

Miradas mexicanas hacia Francia y Estados Unidos

Isabelle Tauzin-Castellanos, Rosa Suarez Argüello Ana, Carlos Estela Vilela, Elodie Vaudry, Margarita Pierini, Leonor Garcia Millé, Rosa Maria Talavera Aldana

▶ **To cite this version:**

Isabelle Tauzin-Castellanos, Rosa Suarez Argüello Ana (Dir.). Miradas mexicanas hacia Francia y Estados Unidos. Ana Rosa Suarez Argüello Institut Mora; Isabelle Tauzin-Castellanos Université Bordeaux Montaigne. , 2022, 9786078793594. hal-04020441

HAL Id: hal-04020441

https://u-bordeaux-montaigne.hal.science/hal-04020441

Submitted on 8 Mar 2023

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Miradas mexicanas hacia Francia y Estados Unidos

Isabelle Tauzin-Castellanos y Ana Rosa Suárez Argüello
(coordinadoras)



historia internacional

Miradas mexicanas hacia Francia y Estados Unidos

Isabelle Tauzin-Castellanos y Ana Rosa Suárez Argüello
(coordinadoras)

historia internacional

CONACYT Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología | 40 Aniversario | Instituto Mora
El Colegio de Michoacán

CIP. INSTITUTO MORA. BIBLIOTECA ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

NOMBRES: Tauzin-Castellanos, Isabelle | Suárez Argüello, Ana Rosa

TÍTULO: Miradas mexicanas hacia Francia y Estados Unidos / Tauzin-Castellanos, Isabelle y Ana Rosa Suárez Argüello (coords.).

DESCRIPCIÓN: Primera edición | Ciudad de México : Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2021 | Serie: Colección Historia. Serie internacional

PALABRAS CLAVE: | Francia | Estados Unidos | Viajeros mexicanos | Diplomáticos | Relatos de viaje | Opinión pública | Siglos XIX y XX |

CLASIFICACIÓN: DEWEY 305.86872044 MIR.m | LC G155 M5

Imágenes de portada: Anónimo/Alamy, Imagen de stock, State and Madison Streets, Chicago, Illinois, Estados Unidos, 1907. ID: BHGA4R.

Université BORDEAUX MONTAIGNE

institut universitaire de France

Libro publicado con el apoyo financiero de 9184A Ameriber IUF Mme Tauzin de l'Université Bordeaux Montaigne

Este libro fue evaluado por el Consejo Editorial del Instituto Mora y se sometió al proceso de dictaminación en sistema doble ciego siendo aprobado para su publicación.

Primera edición electrónica, 2022
Primera edición, 2021

D. R. © Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora
Calle Plaza Valentín Gómez Farías 12, San Juan Mixcoac,
03730, Ciudad de México.
Conozca nuestro catálogo en <www.mora.edu.mx>

ISBN: 978-607-8793-32-7 Rústica
ISBN: 978-607-8793-59-4 PDF acceso abierto

D. R. © El Colegio de Michoacán, A. C.,
Centro Público de Investigación Conacyt
Martínez de Navarrete 505
Las Fuentes
59699 Zamora, Michoacán
www.libreriacolmich.com

ISBN: 978-607-544-151-1 Rústica
ISBN: 978-607-544-172-6 PDF acceso abierto

Impreso en México/*Printed in Mexico*

ÍNDICE

Introducción
Isabelle Tauzin-Castellanos
Ana Rosa Suárez Argüello 9

HACIA FRANCIA

Lorenzo de Zavala y Joaquín Moreno abren la legación de México en Francia
Antonio Nájera Irigoyen 25

La salvación viene de Francia. La solución de los problemas mexicanos desde la visión de un monarquista en la Corte de las Tullerías, 1857-1896
Víctor Villavicencio Navarro 42

Ser mexicano y estar en París: las experiencias de Jesús Galindo y Villa, Justo Sierra y Amado Nervo
Leonor García Millé 57

De Nueva York a París. Ignacio Martínez Elizondo, *flâneur* mexicano
Rosa María Talavera Aldana 76

"Desde París", crónicas de viaje de Carlos Díaz Dufoo en *El Imparcial*
Ana María Romero Valle 98

Los pasos de Nervo y Tablada por la *Belle Époque*
Miguel Ángel Castro 115

Adolfo Best Maugard: diálogo artístico con Francia
Élodie Vaudry 132

Mario Pani y su París de la *Belle Époque* (1925-1934)
Graciela de Garay Arellano 150

Último diario. Antonieta en Burdeos
Margarita Pierini 171

Moro: tan lejos del surrealismo, tan cerca de México
Carlos Estela-Vilela 185

Alemania y Francia ante los ojos de Plutarco Elías Calles
Itzel Toledo García 198

Elena Poniatowska Amor: construcción de una doble cultura entre México y Francia
Isabelle Tauzin-Castellanos 220

HACIA ESTADOS UNIDOS

Viajar en tiempos difíciles: Luis de la Rosa Oteiza y su viaje a Estados Unidos
Laura Suárez de la Torre 245

Comanches, apaches y fronterizos mexicanos. Una mirada a dos naciones originarias americanas desde el sur de la línea divisoria (1848-1882)
Marcela Terrazas y Basante 261

Matías Romero y Estados Unidos en la encrucijada de las guerras paralelas. Comunicación, diplomacias y modelos, 1860-1867
Paolo Riguzzi 275

La mirada de un pintor decimonónico sobre el vecino país del norte, a partir de una estancia en San Francisco
Ma. Esther Pérez Salas C. 304

Francisco Bulnes. Impresiones de viaje en Estados Unidos
Guadalupe Villa G. 324

Viaje a la modernidad: la Prensa Asociada Mexicana en Estados Unidos (1885)
Ana Rosa Suárez Argüello 338

El país del porvenir y el país del progreso en la guía para el viajero. *De México a Chicago y Nueva York* de Adalberto de Cardona
Luz Carregha Lamadrid 357

"Esta oleada de prosperidad": narrativas sobre Estados Unidos en torno a la experiencia de los trabajadores agrícolas temporales
Diana Irina Córdoba Ramírez 379

Estados Unidos y estadunidenses en el cine mexicano durante la segunda guerra mundial. Incidencias de su recreación en aras del panamericanismo proestadunidense
Francisco Peredo Castro 403

Sobre los autores 429

INTRODUCCIÓN

Isabelle Tauzin-Castellanos
Ana Rosa Suárez Argüello

Un proyecto utópico fue el punto de partida de este libro: reunir en un coloquio internacional –coordinado a distancia entre México y Francia, que se llevaría a cabo en la ciudad de México– a académicos de distintas disciplinas, con el fin de comparar las representaciones mutuas, en las circunstancias tan especiales como son las que proporcionan los viajes al exterior desde el territorio mexicano hacia lugares donde todo puede resultar extraño, desde el clima hasta la arquitectura. Se pretendió que, mediante la consulta de fuentes primarias pocas veces examinadas, de epistolarios, guías de viaje y otros testimonios olvidados de los siglos XIX y XX, el enfoque fueran las circulaciones interamericanas y trasatlánticas, aportando luces sobre las miradas recíprocas y dando continuidad a otro congreso sobre las vías de comunicación en América Latina, ocurrido en el puerto de Burdeos en 2013, en el que participarían ambas coordinadoras de esta obra, mexicana y francesa.

Mirar al Otro es mirarse a sí mismo. Lo que difiere radicalmente es ajeno y del todo oculto e ininteligible. Para concretar esa ausencia de visibilidad y comprensión, creemos que pueden contraponerse los viajes de México a Francia y Estados Unidos con las exploraciones más recientes en el espacio exterior, donde los astrofísicos prevén encontrar huellas de agua y oxígeno, imprescindibles en nuestro planeta tierra. Los mexicanos que en el siglo XIX y la primera mitad del XX visitaban esos países hallaron lo que reconocían como propio y lo que les parecía disímil, en naciones donde se hablaba un idioma diferente al español, y se fascinaron tanto por los materiales de construcción en Nueva York como se asombraron por los escándalos de corrupción en París. Esos paralelismos y esas analogías directas o secundarias como formas de entendimiento de la realidad mexicana contemporánea constituían señales

que las coordinadoras de esta obra, Ana Rosa Suárez Argüello del Instituto Mora e Isabelle Tauzin-Castellanos de la universidad Bordeaux Montaigne, convocaron a descifrar y exponer, desde el vastísimo campo de la investigación sobre las circulaciones y las representaciones culturales.

El resultado fue el coloquio que tuvo lugar en junio de 2019 en el Instituto Mora, en el que 36 ponentes procedentes de México, Argentina, Perú y Francia se propusieron rescatar y cotejar las miradas mexicanas sobre Francia y Estados Unidos a lo largo de un arco temporal que va de los albores de la vida independiente a la década de 1940.

***

El presente libro reúne un conjunto de 21 trabajos consecutivos al coloquio. En ellos se habla de numerosos trotamundos, pertenecientes a la elite más ilustrada de su país. Se trató en los inicios de diplomáticos que partían al exterior dispuestos a residir en él por varios años. Los siguieron, ya en el último tercio del siglo XIX, los delegados en exposiciones o misiones internacionales, muchos de ellos escritores o periodistas. No faltaron, a lo largo de esta centuria y el siglo XX, los exiliados políticos que, a veces de manera voluntaria y otras en forma forzada, tenían que partir. Ni tampoco los artistas. Hubo además quienes no provenían de ese grupo selecto y minoritario, sino de las mayorías, casi todos de origen rural y con frecuencia analfabetas, como lo eran los habitantes del septentrión mexicano que combatían contra los apaches y comanches, procedentes del otro lado del río Bravo, y los braceros, jóvenes campesinos que viajaban a Estados Unidos y que llegaban a una nación donde podían adquirir habilidades para modernizar la agricultura, a la vez que se sentían aislados y eran discriminados.

Nuestros viajeros transcribieron su visión del Otro, francés o estadunidense, de diversas maneras. Casi siempre en primera persona y con un estilo introspectivo, en textos escritos sobre la marcha o poco después, en forma de diarios íntimos, apuntes de viaje, epistolarios privados, memorias o crónicas de prensa. Pero también en informes y comunicaciones oficiales, más institucionales y por tanto solemnes, y en forma literaria –cuentos, novelas, poemas–, escritos posteriormente. Los testimonios podían existir paralelamente o combinarse: de tal modo, contamos con el diario personal de Matías Romero, a la vez que con sus despachos diplomáticos, o con los recuerdos de Paula Amor, a través de la pluma de su hija Elena Poniatowska

y de la entrevista que Isabelle Tauzin hizo a la última. Un caso interesante es el de Adalberto Cardona, quien a través de una guía dedicada a quienes desearan viajar por Estados Unidos, se propuso impulsar el turismo desde México, pero también el desarrollo del comercio y los ferrocarriles entre ambos países. Por último, no podemos olvidarnos del género de las entrevistas, como las hechas, además de a Poniatowska, a Mario Pani o los braceros.

Vale hacer mención sobre la forma de transporte que nuestros viajeros utilizaron y que fue cambiando con el paso del tiempo, siendo los barcos de vapor los más socorridos, ya a Francia, ya a Estados Unidos, donde a veces se detenían quienes se trasladaban al Viejo Continente. Por lo general partían del puerto de Veracruz y seguían la ruta de La Habana, Nueva Orleans y/o Nueva York. Pero como toda regla tiene excepciones, Felipe S. Gutiérrez zarpó de Mazatlán a San Francisco, para meses después poner rumbo a Nueva York, por la ruta que implicaba cruzar el istmo de Panamá; Ignacio Martínez Elizondo se vio obligado a marchar en carruaje desde su natal Tamaulipas hasta la capital de México, de aquí abordar el ferrocarril a Veracruz y, finalmente, embarcarse por La Habana a Nueva York; por último, unos años más tarde, Francisco Bulnes navegó hasta la costa atlántica de América del Norte, para luego atravesarla por Filadelfia, Nueva York, Chicago y Omaha hasta San Francisco, con el fin de cruzar el océano Pacífico hasta Japón, donde junto con la comisión científica de la que formaba parte observaría el tránsito de Venus por el sol.

Los itinerantes solían cargar con un pesado bagaje intelectual, derivado sobre todo de lecturas previas que los guiaban en su recorrido y les ayudarían a explicarse a los "otros", pero también de lo que otros les habían contado sobre las tierras que iban a visitar. Fue el caso de Matías Romero, quien era un conocedor de la obra de Alexis de Tocqueville y había conversado con Melchor Ocampo y José María Mata, quienes a su vez habían pasado largas temporadas en el país vecino del norte. Llevaban consigo, además, las ideas propias de su tiempo, y que iban de las ilustradas y del romanticismo en las primeras décadas del siglo XIX, a los del surrealismo y las inquietudes indigenistas de la posrevolución, todo lo cual determinaría su quehacer en el exterior. Por lo general, quienes viajaban a Francia se habían educado en la cultura de este país, la cual, por lo demás, dominaba al mundo occidental, siendo buenos conocedores de sus letras. En cambio, quienes se dirigían a Estados Unidos solían desconfiar de sus ambiciones expansionistas –padecidas en carne propia–, pero admitían los avances materiales de un pueblo que, a lo largo de esta centuria y media, se fue hacien-

do cada vez más fuerte y pujante. Los viajeros del porfiriato y de la primera mitad del siglo XX desearían también averiguar si el progreso mexicano se equiparaba con el que descubrían en el transcurso de su viaje.

La Francia que visitaron o la que vieron no se consideraba el paraíso de la gastronomía ni el templo del perfume, el arte y la cultura, todos esos tópicos que han contribuido a la mitificación del país europeo. Los visitantes –al menos aquellos por los que se interesan los colaboradores de este libro– no fueron ajenos a lo que pudieron observar, si bien las vivencias que transparentan sus testimonios no dejan de ser mexicanísimas. Una decena de ensayos permite comprobar la diversidad de sus experiencias francesas, desde los primeros años de la independencia nacional hasta la Exposición Universal de París de 1900 y luego los años veinte, aquellos de entreguerras, de inestabilidad tanto para México como para la Europa nacida del Tratado de Versalles.

Las relaciones entre México y Francia habían tardado en concretarse por las discrepancias entre los regímenes en ambos lados del Atlántico y por la política expansionista de la Restauración francesa. México aparecía como tierra de promisión para muchos súbditos de los reyes Carlos X y Luis Felipe. Centenares de familias modestas fueron engañadas en su propio país por estafadores que les hicieron soñar con ir a cultivar tierras al otro lado del océano y enriquecerse tan pronto desembarcaran en Veracruz.

Al contrario, en 1833, el liberal Lorenzo de Zavala fue enviado a París para explicar las causas por las que seguía sin ratificarse el Tratado de Amistad, Comercio y Navegación entre ambos países, así como para defender el nombre de México e indagar las intenciones de España. Joaquín Moreno, su secretario, dejó otro tipo de información sobre los detalles más nimios de la realidad que iba descubriendo. Así fue como se fijó en la iglesia gótica de Rouen, aquella que pintaría más tarde el impresionista Monet. Llegados a París a finales de febrero de 1834, Moreno experimentó un "frío boreal", pero llamaron su atención el gran número de carrozas y lo amplio de las avenidas de París, pese a que las obras mayores, los bulevares, se construirían durante el gobierno de Napoleón III. Debido al golpe de Antonio López de Santa Anna contra el presidente Valentín Gómez Farías, en México terminó la república federal; Moreno siguió en Europa, enviado a Roma, en tanto que Zavala dimitió y se marchó al puerto del Havre, en abril de 1835, rumbo a Nueva York, y de allí partió a Texas, donde contribuyó a la independencia de esta provincia a expensas de su país natal.

Como en el caso de Zavala, la biografía de José Manuel Hidalgo y Esnaurrízar se asemeja a la de un traidor a la patria mexicana. Inició la carrera diplomática en Londres en 1848 y al poco tiempo fue enviado a la Santa Sede. Por los vaivenes políticos recibió instrucciones de volver a Londres y favorecer los proyectos de la monarquía, línea política conservadora que mantuvo a lo largo de su vida. En Madrid conoció a la madre de Eugenia de Montijo, recién casada con el emperador francés y, según relató en sus memorias, coincidió con la emperatriz cuando se dirigía a Bayona. En adelante fue un allegado a la Corte francesa y testigo de la vida de los emperadores en el balneario vasco de Biarritz. Fue representante de Francia en México cuando Napoleón III intentó establecer en México una monarquía hereditaria encabezada por Maximiliano de Habsburgo. Cuando decidió repatriar al ejército que tenía en México, Hidalgo decidió residir en Francia y así lo hizo hasta su muerte en 1896. Admirador del lujo napoleónico, despreció el gobierno republicano que terminó por imponerse en este país en los años 1870 y que fue afectado por escándalos de corrupción, como en el caso de la construcción del canal de Panamá, lo cual explica probablemente su juicio tan negativo al apuntar en 1892: "Esta República Francesa está podrida y deshonrada." Como otros muchos latinoamericanos en París, habría de gastar parte de su fortuna en la publicación de novelas, como los dos tomos de *Víctimas del Chic*, y no conocer ningún éxito como literato exiliado.

El médico tamaulipeco Ignacio Martínez Elizondo emprendió el viaje a Europa en abril de 1875; al pasar primero por Nueva York, quedó asombrado por el confort de los hoteles y la independencia de las mujeres estadunidenses. París le resultó esplendoroso, con los amplios bulevares, el jardín de aclimatación, los teatros y cabarets. Mención especial recibió el Bal Mabille, como espacio de bailes y diversiones, pese a que declinó a partir de ese año. A diferencia de las evocaciones de Melchor Ocampo, él no recordó los platillos que pudo disfrutar en esos meses de trotamundos. Le interesaban más monumentos como la tumba de Napoleón o el cementerio del Père Lachaise, donde fueron enterrados los prohombres franceses a lo largo del siglo XIX, que visitar iglesias. De regreso a México, el doctor Martínez fue un enemigo declarado del gobierno de Porfirio Díaz, renunció al grado militar de general y murió asesinado en 1891.

En la Bella Época, probablemente por la aceleración de la movilidad y el auge de la prensa, las representaciones de París en las revistas mexicanas se multiplicaron. Jesús Galindo y Villa, a los 25 años, visitó esta ciudad en 1892 con motivo del IV centenario del descubrimiento de América, llamán-

dole mucho la atención "una maqueta, una reconstrucción a escala, que se puede ver desde arriba, aséptica, ordenada y limpia". En 1900, con motivo de la Exposición Universal, Amado Nervo tuvo ocasión de confrontar sus expectativas con la realidad y, a diferencia de otros, no se sintió desengañado, sino que observó el hervidero de gente que fluía por los bulevares y las vidrieras llenas de productos de lujo. Tal entusiasmo contrastó con la visión de Justo Sierra en los mismos momentos. Este añoraba el sol y se lamentó por el frío, la lluvia y el lodo, volviendo pronto a México para asumir el cargo de subsecretario de Justicia e Instrucción Pública a las órdenes de Díaz.

Junto con Nervo, Carlos Díaz Dufoo fue enviado a la Ciudad Luz por el diario *El Imparcial* con motivo de la Exposición Universal. Dio cuenta de las maravillas del evento, aunque no le gustó la Torre Eiffel construida por el centenario de la revolución francesa en 1889. Enfatizaba en sus crónicas el progreso y la civilización exhibida por México gracias a su gobernante. También observó con mirada crítica a la Francia del caso Dreyfus, del anarquismo y el colonialismo de sus políticos: "el imperialismo comercial, el sistema moderno de dominación dentro de las nuevas fórmulas de la competencia del trabajo humano que han sustituido a la conquista". En París vio muchas contradicciones y carencias: si bien la parisina resultaba un icono de belleza, las modelos contratadas por los pintores se morían de hambre y de tisis e, increíblemente, faltaba agua en verano.

Después de viajar a Japón, de pasar por San Francisco y Nueva York, José Juan Tablada expuso su desencanto acerca de París en las crónicas escritas a partir de 1911. No obstante, poetizó el anochecer en la catedral de Notre Dame, monumento de una historia definitivamente pretérita: "allá arriba las quimeras erguidas y culminantes, sobre París que comienza a encender las luces de su noche pecadora, alzan su *théologie* como la corona gigantesca y bestial de una Babilonia llena de concupiscencias, de vicios y de crímenes". Fue él quien redactó el prefacio del *Método de dibujo* de 1923, de Adolfo Best Maugard, cuyo proyecto de enseñanza nació después de su viaje a Europa entre 1911 y 1914. Best estuvo en Francia con Gerardo Murillo y participó en los Salones de París, admiró y criticó a la vez la labor de los futuristas y cubistas ahí radicados. Planteó la teoría de los siete motivos coincidente con la conocida "gramática de los signos" de Vasili Kandinsky, con la finalidad de sintetizar las formas hasta llegar a la esencia del arte y al orden universal de la naturaleza, presuntamente asequible a los niños y los pobladores indígenas. De esa forma, como educador, artista e ideólogo planteó la absorción y mexicanización de los cánones europeos en el nuevo arte nacional.

Otra visión de París en años de entreguerras del siglo XX fue la de Mario Pani, quien llegó a Francia a los catorce años, durante la Exposición Internacional de las Artes Decorativas e Industrias Modernas, pues su padre había sido nombrado cónsul general de México, después de estar en Bélgica e Italia. La familia Pani permaneció en París hasta 1934 cuando el joven Mario terminó los estudios de arquitectura en la Escuela Nacional Superior de Bellas Artes, en medio de las divergencias entre arquitectos innovadores que empleaban nuevos materiales y diseños como Le Corbusier y tradicionalistas como Roux-Spitz, que pretendían nada más un barniz de modernidad. La revista mexicana *Arquitectura* estuvo inspirada en la experiencia parisina de Pani; la vivencia en el exterior le aportó esa modernidad internacional, en parte inspirada en el *esprit* o ingenio, rasgo típico de los franceses en esos tiempos añorados de la Bella Época de inicios de la centuria.

Antonieta Rivas Mercado, cuyo padre estudiara en el liceo de Burdeos, arribó a esta ciudad en octubre de 1930. Deseosa de educar a su hijo como lo había sido su progenitor, se instaló en una pensión de la rue Lechapelier, celebró la navidad con muchos proyectos y gastos suntuosos, aunque lamentando la lluvia persistente, propia del invierno francés. Se interesó por el polémico Raymond Radiguet, autor de la novela escandalosa *El diablo en el cuerpo*, quien murió a los 20 años, en 1923. Por invitación de José Vasconcelos, candidato frustrado en las elecciones presidenciales de 1929 y con el proyecto de casarse con él, viajó a París el 9 de febrero de 1930. La pareja se paseó por las calles más céntricas, pero el reencuentro desembocó en la falta de entendimiento. Antonieta se suicidó vestida de seda negra en la catedral de Notre Dame disparándose un tiro con la pistola del propio Vasconcelos. Esa muerte trágica en un lugar tan emblemático forma parte del imaginario mexicano de París, como el monumento a Porfirio Díaz en el cementerio de Montparnasse.

El París de los surrealistas acogió un sinfín de artistas plásticos y poetas latinoamericanos. El peruano César Moro vivió exiliado en una patria personal, entre París, Lima y México. De Francia retomó el idioma para publicar poesía en francés como *Le château de grisou.* En México residió desde los inicios de 1938, huyendo de un Perú gobernado por un admirador del *Duce*, y vivió en el país hermano unos diez años, participando en la organización del viaje del padre del surrealismo André Breton a su país de adopción y en la famosa exposición sobre esa revolución artística que arrastró a artistas de numerosos países y culturas diversas.

El testimonio de un político como Plutarco Elías Calles, quien visitó Francia en octubre de 1924 antes de asumir la presidencia de México, dista del de los escritores. Si bien recorrió museos y monumentos, su agenda incluyó también centros de investigación, hospitales y puertos, así como la central sindical de la CGT. Lo que observó fue el país modelo que se le quiso enseñar: "una república democrática comprometida con la mejora de las condiciones laborales y sociales de la humanidad, con una tradición cultural inigualable".

Esa Francia oficial de la década de 1920 no dista mucho del país natal de Elena Poniatowska Amor, aludido desde *Lilus Kikus* hasta la biografía de Paula Amor, en *Nomeolvides* y *Leonor*, así como en las crónicas sobre escritores y artistas franceses de la década de 1950 en *Jardín de Francia*. Su trayectoria corresponde con la recuperación de una identidad nacional, después de que los abuelos maternos fueran franceses por haber nacido en Francia de padres mexicanos (*jus soli*). La escritora tuvo la valentía de librarse de las trabas de sus orígenes, atractivos para muchos conciudadanos, y construir un universo apegado a la realidad de las empleadas domésticas, esa inmensa mayoría cuyas voces siguen inaudibles para el *jet set* cosmopolita.

***

Las miradas mexicanas sobre Estados Unidos ante todo se definen, como las miradas sobre Francia, por la búsqueda identitaria como meta que guiaba a los viajeros. Entre 1830 y 1920, las relaciones fueron inestables y a veces durísimas, siendo México víctima de la política expansionista de su vecino del norte. Fue en el contexto de la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo en el que Luis de la Rosa Oteiza, uno de los artífices del acuerdo, viajó a Washington como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario. Abogado y periodista, estuvo allí durante tres años, proponiéndose conocer las recetas de la energía de la población. Regresó con el proyecto de organizar una colonia en sus tierras de Zacatecas, dejando apuntadas en un diario de viaje sus interesantes observaciones sobre Estados Unidos a mediados del siglo XIX.

Otro diplomático con actuación más que notable fue Matías Romero, oaxaqueño enviado con el mismo cargo en representación del gobierno de Benito Juárez, durante la tensa década de 1860. Sus páginas informativas fueron numerosísimas, como lo serían sus visitas a edificios públicos,

fábricas, astilleros, centrales de gas, imprentas, puertos, museos, templos etc., deseoso de aprovechar las lecciones de la modernización y de la vida democrática que se le brindaban. Al mismo tiempo, debía adquirir armas y organizar su remisión a México, así como negociar bonos de deuda, para financiar la guerra contra los franceses. Su misión fue exitosa y favoreció ampliamente el entendimiento entre México y Estados Unidos.

Felipe S. Gutiérrez, pintor académico de la segunda mitad del siglo XIX, viajó primero a San Francisco en 1862; quedó fascinado por el descubrimiento del país vecino pese a sus sentimientos patrióticos y al recuerdo de la guerra finalizada en 1848. Viajero incansable, afirmaría que en Estados Unidos todo resultaba excéntrico y excepcional. Dejó el testimonio de su estancia en varias cartas íntimas, en las que apuntó tanto su primera visión del mar, como su asombro por la arquitectura de California, los lugares de esparcimiento, la práctica de la fotografía iluminada y los grandes avisos en las calles. También llamaron su atención las costumbres de las distintas comunidades, entre ellas la china, la trata de esclavos y la instrucción de los obreros. En Nueva York, todo le resultó más refinado, ¡especialmente la moda masculina!

Como Gutiérrez, el ingeniero Francisco Bulnes observó la modernidad de los hoteles estadunidenses, con sus elevadores y centenares de habitaciones en edificios altísimos. En esas "Babilonias de mármol" no vio pobres ni vagos sino un bienestar generalizado, por lo que concluyó: "la civilización ha sido tomada por los americanos".

La frontera norte en Sonora y Chihuahua siguió siendo un lugar de enfrentamientos constantes, robo de ganado y secuestro de mujeres y niños hasta los años 1880, cuando se integraron las economías estadunidense y mexicana por los progresos del ferrocarril y la industrialización. Al contrario de los copiosos escritos de Romero, son escasas las fuentes para conocer qué visiones tuvieron los pobladores de esa región sobre los apaches y comanches, más allá de los informes ante comisiones oficiales y las notas de prensa acerca de las correrías que abastecían todo un comercio informal de ambos lados.

En 1885 un grupo de 26 periodistas liberales allegados al gobierno de Porfirio Díaz y capitaneados por Ireneo Paz salieron de México para una gira ferroviaria hasta Canadá, por las principales ciudades estadunidenses, a invitación de E. H. Talbott, director del *Railway Age* de Chicago. Viajaron provistos de gramáticas y libros de texto pues pocos hablaban inglés. A lo largo del periplo contemplaron todos los inventos, adelantos extraordi-

narios y mejoras educativas que se les quisieron mostrar y que habían de inspirarles para enviar crónicas a sus periódicos. La percepción negativa del Otro, enemigo desde hacía medio siglo, se había convertido para entonces en comprensión y curiosidad hacia las realidades al otro lado del río Bravo.

De padres mexicanos y radicado en California, Adalberto Cardona publicó varias guías sobre Estados Unidos, alentado por la cercanía de la exposición universal de Chicago de 1893. Su *Guía para el viajero de México a Chicago y Nueva York* propuso varias rutas por ambos países, cuando existía ya un incipiente turismo, después de 20 años de inaugurada la línea ferroviaria México-Veracruz. Ofrecía sugerencias de sitios por visitar, descripciones de ciudades, edificios y lugares naturales, informaba sobre transportes y horarios y, por supuesto, sobre los progresos técnicos, el trazo de las calles, los materiales de construcción, el alumbrado público, los desagües, en pocas palabras, la infraestructura representativa del avance estadunidense, obviando el tema doloroso de las pérdidas territoriales. La relación entre ambas naciones se había transformado; de ser dominada por la expansión territorial pasó a ser determinada por la extensión económica de la potencia más fuerte. Para llegar al mismo resultado, los mexicanos habrían de demostrar iguales cualidades que los estadunidenses: más ambición, actividad, espíritu de empresa, todo lo cual parecía factible en tiempos de Porfirio Díaz, mostrado a la vez como una figura colosal y simpática.

Después de la revolución, la migración mexicana a Estados Unidos fue la otra cara de la realidad junto con el auge del turismo procedente de este país. El programa bracero fue fomentado entre 1942 y 1964 y modificó la vida de centenares de familias. Pese a la dureza de las condiciones de existencia y la explotación de que fueron objeto, los trabajadores temporales conservaron una visión idealizada del tiempo en el que vivieron fuera. La modernidad rompía con el mundo rural atrasado y, gracias a las ganancias por el trabajo de sol a sol, podía rozarse la sociedad de consumo, inasequible desde México.

Por último, la influencia del séptimo arte en los imaginarios durante la segunda guerra mundial ha de ser motivo de muchos estudios que cotejen las figuraciones de estadunidenses y europeos en el cine mexicano. Tal vez más que en cualquier otro medio artístico, los realizadores seguían dependiendo de la inversión de capitales nacionales e internacionales y, a la vez, satisfacer al público ávido de revanchas por los fracasos y las humillaciones, a través y con ayuda de la pantalla, sobre una vida llena de fracasos y humillaciones.

***

En suma, los viajeros que nos acompañan en estas páginas solían mostrar admiración por distintos aspectos de los países visitados. Francia era, para muchos de ellos, una nación extraordinaria, no sólo por su desarrollo económico, sino por el social y cultural. Para Hidalgo y Esnaurrízar, el país en el que pasó casi toda su vida resultaba grande por la prosperidad y el bienestar reinantes. Para Galindo y Villa, Nervo, Sierra y Tablada, París constituía la capital cultural del mundo, la urbe por excelencia, todo aquello para lo que sus lecturas previas los habían preparado. Sus escritos reforzarían en los lectores mexicanos el mito de la Ciudad Luz.

Algo parecido acontecía con quienes iban a Estados Unidos, que lo hacían convencidos de la superioridad de este país, salvo excepciones como Luis de la Rosa, quien después de la guerra de 1846-1848 llegó con gran recelo. Quizá el ejemplo más conspicuo sea el de Matías Romero, devoto de sus instituciones políticas y la capacidad modernizadora de ese país, tanto como de las virtudes cívicas y sociales de sus ciudadanos.

A estos itinerantes les llamaba la atención lo que no existía en México o era diferente en el Otro y así lo expresaron en sus escritos, aunque a veces de manera implícita. Esto iba desde la presunta tolerancia que Moreno descubrió entre los franceses y claramente no había en México, a la seguridad y eficacia de los agentes de la ley y el alfabetismo reinantes en Estados Unidos, que Felipe S. Gutiérrez constató en San Francisco y Nueva York y sin duda faltaban en su país.

Casi todos disfrutaron de los espectáculos, en particular el teatro y la ópera, en general, de toda la oferta cultural. Justo Sierra, de tal forma, acudiría a una sesión de la Academia Francesa y la gozaría enormemente. Tanto Martínez Elizondo como Francisco Bulnes gustarían de las mujeres, tanto las estadunidenses como las francesas, y las compararían con las mexicanas, que recordarían menos desenvueltas, más conformes con el ámbito doméstico. A veces hacían los contrastes con gran sentido de humor. El mismo Bulnes se burlaba del exagerado protocolo seguido por los meseros en el hotel Continental de Filadelfia, en tanto que Alberto G. Bianchi lo hizo de la profusión de banderas y música mexicana con que se acogía a la expedición de periodistas que recorría Estados Unidos.

En las comparaciones hechas por nuestros viajeros saltaban a la vista los rezagos nacionales. Al referirse al crecimiento en el país del norte, Luis de la Rosa se hizo más consciente del atraso mexicano y de que las secuelas de

la guerra dificultarían el adelantamiento. Cuando Felipe S. Gutiérrez arribó al opulento puerto de San Francisco, sólo pudo pensar en el de Mazatlán que a la distancia le pareció desolado y, en cuanto a la población, afirmó que mientras los vecinos del norte se distinguían como emprendedores, los mexicanos se caracterizaban por su pereza. Por su parte, para Adalberto Cardona, Estados Unidos era una nación que vivía en el progreso y contaba con un porvenir, en tanto que México subsistía en el ayer y el atraso. Los contrastes podían ser muy concretos: Carlos Díaz Dufoo, por ejemplo, contrapuso a los "productivos" bohemios parisinos con los "disipados" bohemios nacionales.

Nuestros viajeros no ocultaron lo que les disgustaba. Tanto en Francia como en Estados Unidos les fastidiaba sobre todo el clima, fuera por las heladas invernales o por el verano "infernal". Y si bien la mayoría admiró a las mujeres, algunos, como Sierra, objetaron a las parisinas por juzgarlas inmorales. Otros criticaron aspectos de la organización social y política. A Moreno le molestaron las actitudes discriminatorias francesas hacia los hispanoamericanos y los impuestos con que el "rey burgués" agobiaba a sus súbditos. Décadas más tarde, Díaz Dufoo expresaría su temor ante el anarquismo y rechazó las conquistas coloniales del imperio francés. Gutiérrez se asombraría por el retraso artístico de la elite en San Francisco, en tanto que a Bulnes le indignó que los estadunidenses relacionaran todo con el dinero, al igual que sus ambiciones hegemónicas sobre el continente americano.

Los itinerantes mexicanos externaron siempre el deseo de que de sus periplos pudieran obtener algo de utilidad para su nación. Así, los habitantes del norte de México deseaban, al observar a los indios "bárbaros", prepararse mejor para combatirlos. En el caso de Best Maugard, conocer cómo se enseñaba el dibujo en Francia, lo decidió a enseñarlo en México de otra forma. Por último, Plutarco Elías Calles, como presidente electo de México, quiso aprender de Francia todo lo que este país podía aportarle en cuanto a instituciones sociales y culturales.

***

La representación del Otro (estadunidense o francés), con sus cualidades y defectos, con su idiosincrasia, resulta así una mirada en el espejo, un autorretrato de México a lo largo de dos centurias. En este año 2020, tan impredecible, la pandemia que acosa a la humanidad debe incitarnos a reforzar los lazos de hermanamiento académico y los mecanismos de reci-

procidad para impedir los discursos de la xenofobia que suelen apuntar a los extranjeros como chivos expiatorios en algunos países europeos y latinoamericanos. Migración e independencia son palabras promisorias. El congreso organizado en Burdeos en 2020, como continuación del coloquio sobre las miradas recíprocas entre México, Francia y Estados Unidos, promovido por el Instituto Mora en 2019, reunió el mismo número de trabajos sobre ambos temas de investigación, indicio de un fructífero diálogo entre las ciencias sociales y las humanidades.

Los lectores de este libro podrán continuar sus exploraciones de los relatos de viaje y otros testimonios, gracias a la prolongación del proyecto Instituto Mora-Université Bordeaux Montaigne con investigadores centroamericanos.

HACIA FRANCIA

LORENZO DE ZAVALA Y JOAQUÍN MORENO ABREN LA LEGACIÓN DE MÉXICO EN FRANCIA

Antonio Nájera Irigoyen

Desde los inicios del movimiento de independencia, Francia se configuró como una suerte de "tierra prometida" para los libertadores novohispanos. Por ello, no debe sorprender que, para 1824, la comisión de Relaciones Exteriores del Senado de la república mexicana subrayase la enorme importancia de establecer relaciones con "esta nación ilustrada".[1] Pero la realidad –y particularmente la política exterior del Quai d'Orsay– se mostraba reacia a cumplir tal deseo: a unos años de haberse proclamado la independencia mexicana, Francia aún acariciaba la posibilidad de imponer una monarquía en México –objetivo del cual recularía gracias, en muy buena medida, a la oposición del Foreign Office inglés.[2]

El objetivo de esta lectura es el recuento del periplo que sortearon los gobiernos mexicano y francés para el establecimiento de sus relaciones diplomáticas. En primera instancia, se repasarán rápidamente las gestiones realizadas desde 1821, con la institución del primer imperio mexicano, siguiendo con los oficios impulsados por la primera república federal, a lo largo de varias administraciones y dentro de un contexto de turbada política doméstica. Ya en un segundo término, analizaremos el momento preciso en que se convino la apertura de legaciones en la ciudad de México y en París. Para ello, nos serviremos de los testimonios de dos de sus artífices: el primero, Lorenzo de Zavala, quien a la sazón había sido nombrado como jefe de la misión que llevaría a buen puerto dicho propósito; el segundo, Joaquín Moreno, secretario suyo de largo tiempo atrás, burócrata discreto y acaso

[1] Pi-Suñer *et al.*, *Historia de las relaciones*, 2010, p. 50.
[2] *Ibid.*

conformista, de quien ignoraríamos todo de no ser por la publicación de su diario íntimo. Del primero, revisaremos los informes diplomáticos enviados durante toda su gestión como ministro, consultables en el Archivo Diplomático "Genaro Estrada" de la Secretaría de Relaciones Exteriores y reunidos también por Jorge Flores en edición de la misma casa editorial. En cuanto concierne al segundo, por su parte, seguiremos de cerca su *Diario de un escribiente de legación* que muchas pistas nos ofrecerá, si no del oficio diplomático, al menos de la vida mundana que siguieron durante todo aquel encargo.

Los primeros contactos entre los gobiernos mexicano y francés tuvieron lugar en 1822, cuando ambos países acreditaron representaciones diplomáticas con carácter informal.[3] Lucas Alamán fue designado por Agustín de Iturbide para desempeñar dichas funciones en nombre de México; no obstante, a juzgar por la documentación oficial disponible, su misión, cuya duración se redujo únicamente a seis meses, no arrojó beneficio alguno.[4] Las relaciones se estancaron hasta 1824. En aquel año, el gobierno de México –republicano ya– recayó en Tomás Murphy, español que había contraído nupcias en Nueva España y que al parecer guardaba lazos de afecto con su patria de adopción.[5] Murphy vivía, por razones personales, en Francia; y por su propia cuenta había decidido iniciar conversaciones con funcionarios de la cancillería de este país, para beneficio de México.[6]

Las gestiones permanecieron más o menos en los mismos términos hasta pocos años después, a partir de la negociación de las llamadas "Declaraciones de 1827". Estos acuerdos tenían el objetivo de normalizar las relaciones de comercio y navegación entre los dos países, estipulando, entre otras medidas, la reciprocidad y el trato de nación más favorecida. No obstante, nunca fueron sometidas al congreso mexicano para su aprobación.[7] Buscaban imponer, a ojos de Guadalupe Victoria y la opinión pública, desventajosas cláusulas a la naciente república mexicana. Este hecho y otros más –como la propia política doméstica mexicana y la revolución de 1830 en Francia– propiciaron que se trabase por algunos años más la relación bilateral.[8]

Hacia 1831, Tomás Murphy solicitó delegar el ejercicio de sus funciones en su propio hijo, aduciendo razones de edad para continuar con

[3] Flores, *Lorenzo de Zavala*, 1951, p. 17.
[4] *Ibid.*, pp. 17-18.
[5] *Ibid.*, p. 29.
[6] *Ibid.*, p. 31.
[7] *Ibid.*, p. 53.
[8] *Ibid.*, p. 67.

el encargo. Con apoyo del célebre Manuel Eduardo de Gorostiza, que se había sumado poco antes como ministro en Londres, Murphy hijo negoció un primer borrador del tratado de reconocimiento en marzo de 1831 y un segundo hacia finales de 1832. Este segundo tratado fue enviado a México para su ratificación, misma que no se otorgó sino provisionalmente, debido a una cláusula relativa al comercio al menudeo que resultaba del todo onerosa para México.[9] Este es el momento en que don Lorenzo de Zavala entró en escena.

El interés de que Zavala ocupase el cargo de ministro extraordinario y plenipotenciario ante el rey de los franceses obedeció, como era obvio para cualquier observador de la época, a un cálculo político de Manuel Gómez Pedraza, entonces presidente en funciones. Y es que, si bien Zavala lo había ayudado a regresar a ocupar el ejecutivo, gracias a los convenios de Zavaleta, ideados, entre otros, por él mismo, el nuevo ejecutivo tenía claro el peligro que revestía el yucateco para la estabilidad de la república desde su posición como gobernador del Estado de México, a la sazón el más rico del país.[10] Dicho temor fue compartido por Valentín Gómez Farías y Antonio López de Santa Anna, quienes sucederían de manera intermitente a Gómez Pedraza en la presidencia a partir de abril de 1833.

Había razones de sobra para que estos tres personajes tuviesen recelo de que Zavala permaneciese en México. En los años previos a su misión en Francia, el yucateco había participado prácticamente en todos los acontecimientos políticos del país: gobernador del Estado de México en 1827, por primera ocasión;[11] conspirador y cabecilla en el Plan de Perote y en la asonada de la Acordada;[12] y ministro de Hacienda, tras la asunción de Vicente Guerrero como presidente,[13] hubo de expatriarse por primera vez, con el triunfo del Plan de Jalapa y por cuanto duró la administración de Anastasio Bustamante.[14] Y, sin embargo, esos dos años de destierro no bastaron para

[9] *Ibid.*, p. 63.

[10] Bástenos recordar el destacado papel que Zavala había desempeñado en las recientes conjuras políticas del país, como fueron el motín de la Acordada, la revuelta del Parián y los convenios de Zavaleta, sólo por mencionar algunos. Véase Costeloe, *La primera república*, 1983, caps. VII, VIII, XII y XV.

[11] Estep, *Lorenzo de Zavala*, 1952, pp. 127-42; Sierra, "Prólogo" al *Viaje a los Estados Unidos*, 1846, pp. 39-40.

[12] Estep, *Lorenzo de Zavala*, 1952, pp. 150-8; Sierra, "Prólogo" al *Viaje a los Estados Unidos*, 1846, pp. 42-44.

[13] Sierra, "Prólogo" al *Viaje a los Estados Unidos*, 1846, pp. 44-6; Estep, *Lorenzo de Zavala*, 1952, pp. 159-179.

[14] Estep, *Lorenzo de Zavala*, 1952, pp. 179-182.

que, tras el regreso de Zavala de Estados Unidos, Gómez Pedraza se sintiese incómodo con su presencia en el país.

Lorenzo de Zavala estaba, como se advierte, también consciente de las razones de su "exilio". Pero, contrario a su proverbial combatividad, no ofreció sino una modesta resistencia a través de la legislatura del estado, cuando, por expresa orden suya, esta negó su aquiescencia para que abandonase sus funciones como gobernador.[15] El 3 de octubre del mismo año, la propia oficina de Gómez pidió de nueva cuenta su disponibilidad a esa Cámara, aduciendo ser "de la más alta importancia" y que "el tiempo exig[ía] ya una pronta resolución".[16] La aprobación demoró hasta el 16 del mismo mes, dando por fin pie a su nombramiento oficial, al día siguiente, en los términos que lo preveía el artículo 11° constitucional.[17]

El gobierno federal comunicó el nombramiento de Zavala al Congreso el 21 de octubre, precisando los términos en que se dispondría su salida del país.[18] Se le asignarían "diez mil pesos de sueldo año" durante el tiempo de la encomienda, poniendo a su inmediata disposición un tercio del monto total correspondiente al primer año de labores.[19] Debido a la poca importancia que imprimía el despacho de Relaciones Exteriores a la misión, las instrucciones eran escasas y claras:

> a) manifestar al gobierno francés las circunstancias por las que había sido imposible ratificar el Tratado de Amistad, Comercio y Navegación firmado *ad referendum* en 1831;
>
> b) el ordenamiento del archivo y correspondencia de la legación;
>
> c) el envío mensual de una reseña política de los acontecimientos que tuvieran lugar en Francia y en el continente europeo;
>
> d) la defensa del "buen nombre" de México y la impugnación de cualquier artículo que se escribiese en contra del país;
>
> e) la facilitación de informes relativos a un eventual intento español de reconquista;
>
> f) la relación del estado de los consulados y viceconsulados en Francia y,

[15] Flores, *Lorenzo de Zavala*, 1951, pp. 122-124.
[16] *Ibid.*
[17] *Ibid.*, pp. 125-126.
[18] *Ibid.*, pp. 126-127.
[19] *Ibid.*, p. 129.

> g) finalmente, la comunicación al gobierno galo de los buenos caminos que pronto estaría por tomar la convulsa nación mexicana.[20]

Como *adendum* a lo anterior, se le encomendó una última obligación: ocuparse, de manera concurrente, de la legación mexicana ante la Santa Sede. A diferencia de la civilización francesa, que le era más o menos cercana, no había mexicano menos *ad hoc* que Zavala para representar al gobierno de México en Roma. Sus diferencias con la Iglesia eran evidentes: durante su encargo como gobernador, por ejemplo, había buscado destruir el monopolio eclesiástico, en aras de distribuirlo a los desposeídos. Huelga precisar, sin embargo, que esta y otras posiciones, más que un anticlericalismo a ultranza, obedecían a una racionalidad económica que privilegiaba el poder del Estado sobre el del clero.[21]

Zavala anunció su partida a la opinión pública el 29 de noviembre de 1833, para partir finalmente con destino a Puebla a las cinco de la mañana de la víspera. Lo acompañaba su secretario personal, el joven Joaquín Moreno, con quien haría el viaje hasta Veracruz. En el puerto se les unieron Agustín Escudero y el propio hijo de Zavala, Lorenzo de Zavala y Correa, quienes estarían a su lado en la misión diplomática fungiendo como secretario y oficial de la legación, respectivamente.[22] El 18 de diciembre, el séquito salió rumbo a Nueva York. Para entonces, sin embargo, es preciso mencionar que el grupo ya se había ampliado. También formaban parte de él la mujer de Zavala, la estadunidense Emily West; Manuel Maneyro, recién nombrado cónsul en Burdeos, y algunos otros desterrados y oficiales menores de las legaciones en Roma y París.[23]

Zavala había estado dos años antes en la Urbe de Hierro; sin embargo, a diferencia de la primera ocasión, en esta no tendremos ningún testimonio suyo de su paso por la ciudad. De quien sí tenemos anotaciones, empero, es del núbil secretario. Acusa una "nieve y frío crueles"; profesa una gran admiración por el "Gobierno e instituciones de este país";[24] y al margen de unas cuantas observaciones más de naturaleza diversa, descollarán

[20] *Ibid.*, pp. 129-132.

[21] Flores, *Lorenzo de Zavala*, 1951, pp. 13-17; Payno, *La reforma social*, 2013, pp. 58 y 71-73.

[22] Flores, *Lorenzo de Zavala*, 1951, p. 99.

[23] Moreno, *Diario de un escribiente*, 1925, p. 6. De Emily West, sabemos que nació en el estado de Nueva York, el 9 de septiembre de 1811. Moriría en Houston, el 15 de junio de 1883. Adina de Zavala a John Henry Brown, San Antonio, 13 de enero de 1889, en Briscoe Center for American History, University of Texas at Austin, John Henry Brown Family Papers, caja 2E58.

[24] Moreno, *Diario de un escribiente*, 1925, p. 9.

únicamente las reuniones en que Zavala atendió sus intereses en Texas.[25] Algunas nevadas después, el 1 de febrero de 1834, Joaquín Moreno, Lorenzo de Zavala hijo, Manuel Maneyro y Agustín Escudero se embarcaron con destino al puerto del Havre; Lorenzo de Zavala, por su parte, permaneció en Nueva York unas semanas más y no llegaría a las costas francesas sino hasta el 28 de marzo de ese mismo año.[26]

Una vez en suelo francés, Moreno refiere que se hospedaron en el Hotel de l'Europe. Y aunque el puerto del Havre era su primer contacto con el Viejo Continente, no le mereció sino unas escasas impresiones. Encontró la ciudad "antigua" y con cierto comercio y presencia de tropas militares. Calculó su población en alrededor de 40 000 habitantes, mismas en la que encontró "modales, urbanidad y sociedad", si bien –agrega– sin la decencia propia a las ciudades estadunidenses.[27] Unos 200 kilómetros separan al Havre de París y, para llegar ahí, debieron pasar antes por los pueblos de Saint Romain, Bolbec, Ville Bonne (poblado que nos ha sido imposible identificar hasta ahora) y Candebec (¿Caudebec-en-Caux?), sólo para alcanzar poco después la célebre Rouen. Salvo por esta ciudad, carecemos de anotaciones sobre este puñado de asentamientos medievales.[28]

En Rouen, se separaron: Moreno y Maneyro pernoctaron, al tiempo que Zavala y Escudero continuaron con su paso hasta París. Se perdieron, sin duda, de las harto sabidas bellezas de la ciudad de Gustave Flaubert. En su diario, el primero repara en la majestad de los dos edificios góticos de la ciudad: el Palacio de Justicia y la catedral. ¿Y cómo no sería de tal modo si, en México, los dos integrantes de la legación no habían conocido nada que se le pareciese? Por lo demás, Moreno lamenta el estado de las estatuas que adornaban el recinto religioso, pues, afirma, la gran mayoría aún se encontraba decapitada tras los desmanes de la revolución.[29]

Asimismo, el mexicano se sorprende por el tamaño de la ciudad –entonces de unas 10 000 personas–, así como de su comercio e industria. Y aquí tuvo su primera manifestación una de las grandes aficiones que este grupo de mexicanos cultivó durante su estancia en Francia: el teatro y la ópera. En este caso, anota, asistieron a la presentación de *Gustavo III*,

[25] *Ibid.*, p. 10.
[26] Flores, *Lorenzo de Zavala*, 1951, p. 99.
[27] Moreno, *Diario de un escribiente*, 1925, p. 16.
[28] *Ibid.*, p. 17.
[29] *Ibid.*

cuyo autor nos es desconocido.[30] Al parecer, se trataba de una primera versión del destino del monarca sueco que, algunos años después, cobraría fama gracias al talento de Giuseppe Verdi. Continuando con su itinerario, el paisaje de la campiña francesa, por su parte, tan diferente al del altiplano mexicano, no pudo sino asombrar a nuestros personajes. Y no sólo nos referimos al paisaje natural, sino también al humano. En el trayecto de Rouen a París, por ejemplo, relata dos cosas: la primera, positiva, alude al adelanto de la industria manufacturera francesa –particularmente textil–; la segunda, más bien negativa, a la presencia de muchos limosneros y asaltantes.[31]

Sin precisar más, Moreno registra su llegada a París el 26 de febrero. Resalta la hermosura de los alrededores de la capital. Saint-Germain, Neuilly, Campos Elíseos y las Tullerías, algunos de los lugares que demandaron su atención en los primeros días de estancia. El grupo permaneció separado. Zavala y Escudero que, como vimos atrás, habían llegado antes a la capital, se hospedaban en un domicilio ignoto; los recién llegados lo hicieron –Moreno– en el Hôtel des Colonies, al tiempo que Maneyro lo hizo con su hermano en el hotel Dunquerque.[32]

De acuerdo con los documentos recogidos por Jorge Flores, en los primeros días de abril, Zavala recibió la legación de manos del hasta entonces encargado de negocios, Francisco Pablo Vázquez, quien permanecería en París en calidad de agente secreto al servicio del gobierno de la república. No obstante, aquí sucede una primera discrepancia entre nuestras fuentes. Si seguimos el diario de Moreno, el encargado de negocios seguía siendo Tomás Murphy, con quien él da cuenta incluso de repetidas entrevistas para tratar asuntos de la legación.[33] Como sea, fuese quien fuese el predecesor de Lorenzo de Zavala, la legación se instaló en el número 67 de la Rue de l'Université, en el barrio de Saint-Germain. Tras una breve estancia en hoteles, ahí se mudaron nuestros dos personajes desde mediados de abril.[34]

Acostumbrados al clima meridional, los mexicanos padecieron el clima parisino desde su llegada. Incluso en primavera, Moreno acusaba resentir el frío boreal; había lluvia y heladas que lo obligaban a mantenerse junto a la chimenea durante varias jornadas.[35] Y como si lo anterior no fuera

[30] *Ibid.*
[31] *Ibid.*, p. 18.
[32] *Ibid.*
[33] Flores, *Lorenzo de Zavala*, 1951, p. 99, y Moreno, *Diario de un escribiente*, 1925, p. 19.
[34] Flores, op. cit., p. 99.
[35] *Ibid.*, pp. 80, 173-180.

suficiente, las cuitas del joven secretario también eran de índole personal: de gran amor propio, se lamentaba desde los primeros días de la indisposición de varios de los miembros de su primer círculo, entre ellos: Basadre, Escudero, el propio Zavala e incluso la esposa de este.[36]

Quizá con el ánimo de distraer el espíritu de estas penurias climáticas, se consagró a diversas actividades del intelecto: frecuentó un curso de química en la Sorbona, asistió a un examen de bachiller en la misma institución y tomó clases de piano, química e inglés. Y así como Zavala en cada una de sus estancias extranjeras, se abonó a publicaciones francesas como *Le Messager*, *Le Journal des Débats* y *Le Courier Français*, e incluso a ibéricas como *Revista* y *El Nacional*.[37]

La primavera de 1834 fue particularmente agitada para toda Europa, y de ello daban cuenta, desde sus respectivos informes, el ministro y el oficial de legación. En España comenzaba la primera de las guerras carlistas; Inglaterra intentaba formar Parlamento bajo el liderazgo del duque de Wellington y Francia, que apenas cuatro años antes había visto llegar al trono a Luis Felipe d'Orleans, tras la abdicación de Carlos X durante la revolución de julio, padecía brotes de republicanismo en ciudades como Lyon y París.[38] El rey burgués logró imponerse a sus detractores; empero, los acontecimientos no permitieron que recibiese al nuevo ministro de México en Francia, para la presentación de sus cartas credenciales, sino hasta el 26 de abril. De lo que Zavala informó: "Antes de ayer he sido presentado en compañía de esta Legación a S. M. el Rey de los Franceses con todas las ceremonias de etiqueta [...] y tengo la satisfacción de anunciar a V. E. que se me han tenido todas las consideraciones que se guardan con los demás ministros extranjeros."[39]

Entre tanto, los problemas de la legación se dejaron sentir sin mayor preámbulo: Zavala aseguró no recibir instrucciones de su predecesor –y peor aún– tampoco fondos para los gastos corrientes de la representación. En carta del 5 de abril, por ejemplo, se dirigió al canciller Andrés Quintana Roo para preguntar sobre otros dineros que pudiesen ayudarlo a mitigar su comprometida situación.[40] Había, para su buena fortuna, una solución relativamente al alcance. Se trataba de unos caudales en posesión del señor Torlonia, ilustre banquero con sede en París. Zavala reclamó no recibir res-

[36] *Ibid.*, pp. 26-29, 54-56, 63, 88-90.
[37] *Ibid.*, pp. 22, 54, 85, 177 y 185.
[38] *Ibid.*, pp. 20-26, 36-37, 41-44, 166-187.
[39] *Ibid.*, pp. 142-143.
[40] *Ibid.*, p. 138.

puesta del despacho de Relaciones Exteriores, por lo que decidió ponerse mejor en contacto con José Ignacio Tejeda, entonces encargado de negocios de México ante la Santa Sede, quien le replicó dos cosas. Por un lado que, de cuanto pertenecía a los fondos del señor Torlonia, 2 000 pesos ya habían sido utilizados para promover la edificación de los obispados de Sonora y Yucatán. Por el otro, estaban los gastos de dos artistas comisionados en Roma por el obispo de Puebla, D. Francisco Pablo Vázquez; este, a través de su enviado en la Santa Sede, monseñor Peña, había solicitado 3 000 pesos para ocuparse de sus rentas y manutención.[41]

El gasto mensual de estos dos artistas era de 18 pesos mensuales por concepto de pensión, cantidad que recientemente les había sido reducida, ya que antes era de 43 pesos por mes, en vista de la difícil situación por la que pasaba la representación. Ante la falta de asuntos importantes que atender ante la corte de Luis Felipe, este pago se convirtió –¡quién lo diría!– en una de las prioridades diplomáticas de D. Lorenzo de Zavala. Los artistas en ciernes eran el escultor Manuel Labastida y el pintor Ignacio Vázquez. El primero había sido comisionado para la confección de una estatua en mármol que representase a Estados Unidos Mexicanos, al tiempo que el segundo facturaba dos cuadros cuyo contenido nos es desconocido.[42]

La situación de los artistas era a tal grado comprometedora que el obispo Vázquez solicitó su regreso a México. Empero, la orden no se cumplió dadas las buenas gestiones del padre Peña, quien pretextó las convulsiones políticas de la patria mexicana, así como también los peligros de la epidemia que azotaba el puerto de Veracruz –que era el puerto donde ambos desembarcaban. A lo anterior se sumaba, además, una razón de orden estrictamente artístico y logístico: en el caso del escultor, trasladar la pieza de mármol, ya adquirido en Roma, revestiría un gasto mucho mayor que el de su propia permanencia en la capital italiana. Los buenos oficios de Peña persuadieron al obispo Vázquez, al punto en que tanto el pintor como el escultor lograron extender su residencia en Roma por casi tres años más.[43]

Era de esperarse que, después de cierto tiempo, un político con las capacidades de Zavala se desesperase de atender problemas de poco valor como lo eran el mantenimiento corriente de la misión o la manutención de dos ignotos artistas mexicanos en Roma. Para quien conociese al oriundo

[41] *Ibid.*, p. 139.
[42] *Ibid.*, pp. 154-157.
[43] *Ibid.*, pp. 157-159.

de Mérida, era obvio que su propia naturaleza lo constreñiría a buscar resolver otros asuntos –aunque no solicitados– por sus propios medios. El primero fue el restablecimiento de relaciones con España. Contrariamente a su encomienda ante la Santa Sede –que, como se ha visto, era del todo opuesta a sus ideas–, en el caso español acaso no había nadie con mejores credenciales que él.

El yucateco trabó velozmente relación con el ministro plenipotenciario de Estados Unidos en Madrid, Cornelius Van Ness. Este, de inmediato, le hizo saber que unirían sus esfuerzos en la búsqueda de "la gloriosa causa de la libertad americana", prometiendo hacer cuanto estuviese a su alcance para tal efecto.[44] Asimismo, aglutinó esfuerzos diplomáticos con otros residentes latinoamericanos en París –entre ellos, el boliviano, el novogranadino y el chileno– para lograr el reconocimiento por parte de su antigua metrópoli.[45] Y de un encuentro con el duque de Frías, entonces embajador español en París, Zavala anota: "me limité a decirle que la España debía hacer lisa y llanamente un reconocimiento franco de la independencia de las colonias emancipadas ya, pues de esta manera daría un paso importante para su comercio y aun para sus miras políticas en cuanto al establecimiento de un sistema liberal de la Península".[46]

Las tensiones entre ambos fueron tales que, de acuerdo con su reporte, en alguna velada se enfrascaron en tan acalorada discusión que cada cual acusó al país ajeno de bárbaro.[47] Moreno estimaba que estas gestiones obedecían "más bien al interés personal [de su jefe] que al patriotismo".[48] Estos rumores se habían esparcido a tal grado que el diarista registra el pensamiento de algunos, según el cual Zavala había incluso ofrecido dinero y otro tipo de beneficios a España con tal de que otorgase el reconocimiento.[49] Estos dichos, siempre siguiendo el testimonio de Moreno, no tenían fundamento alguno.

De manera simultánea, los asuntos con la Santa Sede habían continuado con su decurso. Y es que, aún sin haberse acreditado como ministro concurrente en Roma, Zavala se dio a la tarea de entrar en contacto con el nuncio apostólico en París, el abate Garibaldi, quien le había consultado

[44] *Ibid.*
[45] *Ibid.*, p. 145.
[46] *Ibid.*, pp. 152-153.
[47] *Ibid.*, p. 106.
[48] Moreno, *Diario de un escribiente*, 1925, p. 91.
[49] *Ibid.*, p. 107.

sobre lo que la administración Gómez Pedraza planeaba resolver en materia de negocios eclesiásticos. Los temas eran por lo demás espinosos pero, dado que no tenía instrucciones precisas al respecto, el yucateco se limitó a excusarse y a comprar tiempo para recibir indicaciones de la cancillería y sembrar el terreno para un futuro arreglo.[50]

De igual forma, no dejaban de llegar informes desde México. El mismo día que Zavala pisaba el país galo, por ejemplo, y como si sus destinos estuviesen de alguna manera entrelazados, *El Fénix* traía noticias de una sublevación en Texas. A esta noticia, Moreno comenta que su jefe vaticinó un "nuevo proyecto de ruina para la nación mexicana". El asunto preocupaba al secretario, por lo que más adelante, y a medida que esta insurrección se agudizaba, sus aprensiones también lo harían. Al punto que sobre el ministro plenipotenciario dice: "en mi concepto, tiene faltas para con México, para con el amor propio y para con algunos particulares".[51] Y poco después, no exento de malicia, lo acusa: "más bien parece norteamericano que mexicano".[52] Estos conceptos mudarían con el tiempo; pero, por lo demás, reparemos en la gravedad de los juicios emitidos por alguien tan cercano al diplomático.

La estancia de Zavala y Moreno en París dio pie, igualmente, a una serie de entrevistas inéditas. La deposición del presidente Anastasio Bustamante motivó a este a buscar un rápido exilio en la capital francesa. Estando cerca el uno del otro, resultó inevitable que se reuniera con el yucateco y ambos charlasen de las viejas pasiones encontradas.[53] Joaquín Moreno anota en su diario que tuvieron múltiples entrevistas a lo largo de 1834.[54] A juzgar por el testimonio del oficial de la legación, no hubo arreglo o proyecto político alguno que se desprendiera de ellas. Y lamenta: "¡Cuánto bien resultaría a la Patria si se unieran estos hombres y sus partidarios!"[55]

Ahora bien, desde luego no todo fue trabajo para la legación mexicana en la Ciudad Luz. Conocemos nuevamente gracias a Moreno algunos de los sitios que visitaron estos funcionarios recién promovidos a diplomáticos. Acudieron al Palacio del Louvre, al Palacio de las Tullerías (hoy parte del Museo del Louvre), a la plaza del Carrusel, al cementerio del Père Lachaise, a la iglesia de la Madeleine, al Jardin des Plantes, a la plaza de la

[50] Flores, *Lorenzo de Zavala*, 1951, pp. 153-154.
[51] Moreno, *Diario de un escribiente*, 1925, p. 54.
[52] *Ibid.*, p. 23.
[53] Flores, *Lorenzo de Zavala*, 1951, pp. 40, 52 y 113.
[54] Moreno, *Diario de un escribiente*, 1925, pp. 40, 51, 52, 89, 134-135.
[55] *Ibid.*, pp. 113-115.

Concordia, a Montmarte, a la Académie des Arts y al hotel de los Inválidos. Pero las visitas de recreación no se limitaron a los confines de París. También concurrieron a Versalles, del cual –sabemos siempre gracias al diligente oficial de la legación– quedaron gratamente sorprendidos.[56]

Llamó también su atención el tamaño de los bulevares, la abundancia de coches en las calles y el lujo de las carrozas.[57] Su afición al teatro y a la ópera, decíamos, fue febril: presenciaron representaciones en el Cirque Olimpique, l'Académie Royale, l'Opéra Italienne, l'Ambigu Comique, el Théâtre de Variétés y el Théâtre Français, entre otros. ¿Y qué obras vieron? –se nos preguntará–. Multiplicamos los ejemplos: *Robert le diable* (un tercio de ocasiones), *Il barbiere di Siviglia*, *La révolte au serrail* (dos veces), *Caravage*, *Bertrand et Raton*, *La tentation*, *Guillermo Tell*, *Le comte Ory, Tesupete* (un par de ocasiones también) y *Sylphide* (donde pudieron disfrutar de la interpretación de una de las artistas que hicieron época, Marie Taglioni).[58]

Pero no todo era espectáculos nocturnos. Frecuentaban además el Café Tortoni (en funciones hasta la fecha), "donde concurr[ía] lo mejor de París" y primer lugar al que llegaban las noticias políticas del momento. Ahí fue donde, por ejemplo, Moreno y compañía se enteraron del triunfo de las tropas gobiernistas en los disturbios de Lyon. Además del Tortoni, departieron también en otros restaurantes y comercios hoy desaparecidos: el Rochel Cancale, el Pasage Choisel, el Grignon, sólo por mencionar unos cuantos.[59]

Conforme se extendió la estancia de Moreno y sus amigos en París, tal parece que las salidas recreativas se fueron haciendo cada vez más escasas. Al menos, eso se desprende del hecho de que las anotaciones en el diario de Moreno cada vez sean menos frecuentes. Salvo una salida a presenciar *La nonna sanglante* y *Les aventures de Foblas*, no hubo en este periodo casi nada de teatro ni de ópera, espectáculos recurrentísimos durante sus primeros meses en Europa. Poco antes de partir hacia Roma, Moreno únicamente registra un par de paseos a caballo por los alrededores de París: Villeneuve y Vilerelte son dos de las localidades que excitaron la afición ecuestre del secretario y compañía.[60]

Es obvio que, para cualquier americano de la época, Francia revestía ejemplo de admiración. Moreno se asombraba con la enorme tolerancia

[56] *Ibid.*, pp. 18-19, 70-71.
[57] *Ibid.*, p. 42.
[58] *Ibid.*, pp. 19-37.
[59] *Ibid.*, pp. 19-25, 83.
[60] *Ibid.*, p. 170.

profesada hacia los extranjeros: por ejemplo, cuando mostraban su indulgencia ante aquellos que no dominaban la lengua de Molière.[61] También sostenía que al tener "roce de la sociedad europea" quienes procedían del nuevo mundo recibían una "limada […en sus] usos y maneras".[62]

Ahora bien, no obstante lo anterior, la sociedad gala no estuvo exenta de juicios severos por parte de este mexicano. Así, no dejó de censurar el maltrato que se daba a las jóvenes repúblicas americanas[63] o la frivolidad de la administración de Luis Felipe, cuyas recientes medidas habían creado convulsión entre las clases populares del país. A estas clases, veíamos desde hace algunos párrafos, el mexicano les otorgaba cierta razón:

> ¿Qué remedio queda a una nación que se veía con tantas contribuciones, arrancándole el producto de su trabajo, con perjuicio de las familias, para emplear en cosas de lujo y de necesidades secundarias? Yo no me opongo de ninguna manera a las mejoras; pero creo que éstas deben emprenderse cuando se hayan hecho algunas economías en los demás ramos y cuando el pueblo esté tan rezagado de impuestos, como lo está el francés.[64]

Parece, pues, que la frivolidad, la indolencia y el boato no eran privativos de la clase política mexicana.

Hubo, sin embargo, una serie de acontecimientos que cambió el derrotero de la política mexicana y, con ello, la suerte de nuestros dos viajeros. Para mediados de 1834, el vicepresidente Valentín Gómez Farías –quien una vez más, ante la eterna ausencia del presidente López de Santa Anna, se hacía cargo *de facto* de la administración pública federal– había aplicado una serie de reformas liberales, lo cual no había hecho sino acendrar el encono entre el gobierno, por un lado, y el bando conservador, la Iglesia y el ejército, por el otro. Viendo esto, Santa Anna se preparó para atestar uno de sus característicos golpes: retornó a la capital desde Veracruz, destituyó a Gómez Farías y dio marcha atrás con todo el paquete de reformas recién llevado a la práctica. Estas medidas, aunadas a otras luchas intestinas dentro del gabinete, propiciaron que, en una jugada maestra propia de él, disolviese el congreso y proclamase la instauración de un constituyente que se encargaría de expedir las bases centralistas que acompañarían al país has-

[61] *Ibid.*, p. 164.
[62] *Ibid.*, p. 145.
[63] *Ibid.*, p. 27.
[64] *Ibid.*, p. 143.

ta 1846.[65] La república federal había muerto y, con ella, el compromiso de Zavala de seguir al frente de la misión ante la Corte del rey de los franceses.

Para dar calma a su conciencia, el yucateco puso su renuncia a disposición de la cancillería en su informe del 30 de agosto,[66] al tiempo que lo hacía en correspondencia privada con Santa Anna.[67] Empero, al no aceptársele la renuncia de manera expedita, debió permanecer en la capital francesa hasta noviembre del siguiente año.[68] A la vez aprovechó su tiempo libre para atender asuntos públicos y privados; el 27 de septiembre, menciona haber mantenido una larga audiencia con el rey Luis Felipe, en la que –argüía– pudo haber sacado provecho para los más altos intereses del país de no haberse encontrado en la situación que estaba respecto a la administración de Santa Anna.[69]

Hizo entrega de la legación: en el caso de la francesa, en manos de Manuel Mangino;[70] mientras que la concurrencia en Roma, en las de Joaquín Moreno, su otrora subordinado.[71] Atendió, por último, proyectos personales largamente abandonados: sometió a imprenta su *Viaje a los Estados Unidos* y culminó el segundo tomo de su *Ensayo histórico de las revoluciones de México*, así como su *Viaje a Holanda, Suiza y Alemania*.[72] De no ser por lo anterior, acaso podríamos afirmar que la misión diplomática de Zavala fue todo menos provechosa: sin instrucciones precisas, se vio relegado a actuar bajo su propio arbitrio y guiándose casi en su totalidad por su propio olfato político. Una pena, si pensamos en que pocos como él habrían estado a tal grado capacitados para representar al gobierno de México ante el rey de los franceses.

Zavala había aprendido el francés en el célebre Seminario Tridentino bajo el magisterio de Pablo Moreno, cuando todavía no alcanzaba la veintena de edad.[73] Esto le abrió las puertas de autores como Madame de Staël, Condillac, Diderot, Voltaire, Volney, el barón de Holbach y Helvecio, entre otros autores bajo cuya égida vigorizaría su animadversión hacia "el

[65] Para todo el pasaje anterior, véase Costeloe, *La primera república*, 1983, cap. XV.
[66] Véase anexo 1.
[67] *Ibid.*, pp. 167-170.
[68] *Ibid.*, p. 112.
[69] *Ibid.*, pp. 110-111.
[70] *Ibid.*, p. 116, y Moreno, *Diario de un escribiente*, 1925, pp. 131-135.
[71] Flores, *Lorenzo de Zavala*, 1951, pp. 112-115.
[72] *Ibid.*, p. 112.
[73] Sierra, "Prólogo" al *Viaje a los Estados Unidos*, 1846, pp. 8-10; Estep, *Lorenzo de Zavala*, 1952, pp. 24-25; González Calderón, *El Yucatán de Zavala*, 2012, pp. 43-44.

colonialismo, la esclavitud, la tiranía y el despotismo".[74] El caso de Volney merece una mención ulterior: el interés del yucateco llegó a tal grado que emprendió la "traducción" de sus *Leçons d'histoire*, en un ejercicio que hoy más bien intuiríamos cercano al plagio.[75] Y aunque lo anterior no baste para llamarlo francófilo, todos estos pensadores lo prepararon, hasta cierto punto, para su posterior acercamiento al liberalismo como tal.[76]

Como sea, el cargo de Lorenzo de Zavala como ministro extraordinario y plenipotenciario de México ante la Corte de Luis Felipe d'Orleans tuvo una duración total de once meses, empezando oficialmente el 26 de abril de 1834 y culminando hasta el 26 de marzo de 1835. Zavala partió a América del Havre el 1 de abril y arribó a Nueva York el 5 de mayo, donde, afirma Moreno, sostuvo de manera expedita una conferencia con su viejo amigo, el exministro estadunidense en México, Joel Roberts Poinsett.[77] Desde ahí mandó oficio, dirigido al despacho de Relaciones Exteriores y con orden expresa de que se entregase copia al mismo Santa Anna, en el que pretextaba razones de orden político y personal para no regresar a la capital mexicana a presentar el informe completo de su misión.[78] Se dirigió a Texas, donde su destino es harto conocido para todos.

Moreno, por su parte, se dispuso a abandonar París, para asumir funciones en la legación de México en Roma. Tomó camino vía Melun, Sens, Tonerre, Semour, Auxerre, Dijon y Besançon, desde donde se internó en territorio suizo a través de los Alpes. Siguió su camino hasta Roma, capital donde continuaría con sus funciones diplomáticas y donde, a diferencia de Zavala, alcanzaría un destino más feliz.[79]

[74] Sierra, "Prólogo" al *Viaje a los Estados Unidos*, 1846, pp. 39-40; Estep, *Lorenzo de Zavala*, 1952, pp. 129-132; Hale, *El liberalismo mexicano*, 1987, pp. 259-265.

[75] Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos*, 2001, pp. 25-30; Parcero, *Lorenzo de Zavala*, 1969, pp. 235-238.

[76] Hale, *El liberalismo mexicano*, 1987, pp. 259-265.

[77] Sierra, "Prólogo" al *Viaje a los Estados Unidos*, 1846, pp. 39-40; Estep, *Lorenzo de Zavala*, 1952, pp. 129-132.

[78] Moreno, *Diario de un escribiente*, 1925, p. 139, y Flores, *Lorenzo de Zavala*, 1951, p. 117.

[79] Moreno, *Diario de un escribiente*, 1925, pp. 190-220.

ANEXO 1

Texto de la renuncia de Lorenzo De Zavala al presidente López de Santa Anna el 30 de agosto 1834. Por tratarse de un documento que deja ver con claridad el análisis de Zavala del estado de cosas en México, bien vale la pena citar la misiva *in extenso*:

"No puedo contestar a la reseña que V. E. hace a esta legación del curso de las cosas públicas en México, con fecha 28 de Junio último, sin manifestar el estado de mi conciencia política respecto de aquellos sucesos y comunicarle mis convicciones; porque con mi silencio podría ser confundido con esa porción de hombres desmoralizados que, o no tienen sistemas ni principios seguros, o si los tienen los venden para ascender o mantenerse en destinos que de otra manera no hubieran obtenido, y que por último hacen traición a los gefes o gobiernos que pusieron en ellos fácilmente su confianza. Entro en materia.

Creo que el Congreso general ha cometido equivocaciones y entre ellas la de disolverse antes de terminado el periodo de sus sesiones. Creo también que los diputados así disueltos no tenían derecho ni facultad para reunirse pasado el período de sesiones ordinarias. Estas son mis opiniones.

También el gobierno del presidente ha acabado de destrozar la constitución no reuniendo el Consejo de gobierno, cuerpo constitucional y elemento vital de nuestra forma de gobierno. Reunido este cuerpo todas las dificultades se hubieran [*sic*] allanado, porque entonces se pudo convocar el Cuerpo legislativo a sesiones extraordinarias para los efectos que se le señalasen.

Pero es claro que no se quiso hacer así; y más claro que lo que se buscó fue sacudir el yugo de la representación nacional. En vez de ahogar en su cuna esos ridículos pronunciamientos que el ministro de Relaciones califica en documentos oficiales como opinión pública, debió contenerse a sus autores bien conocidos, y la enérgica voz del presidente hubiera triunfado por tercera vez en este año, y por séptima durante el periodo de su vida pública de los esfuerzos de un partido que jamás podrá dominar los Estados Unidos Mexicanos.

Todo lo contrario se hizo: foméntose la alarma eclesiástico-militar: los periódicos oficiales se evaporaban en elogios de esos movimientos tumultuosos: en declamaciones contra un Congreso, que cualquiera que hayan sido sus aberraciones, fue el primero en entrar con honor y con gloria en la carrera de las reformas exigidas por las necesidades sociales y por la conservación de la libertad. Los amigos de los abusos que veían el brazo del poder protegiendo sus maniobras, osaron levantar la cabeza y cantar el triunfo en el momento mismo de su última agonía.

El ministro plenipotenciario de los Estados Unidos Mexicanos que suscribe, faltaría a su honor si no manifestase al jefe de la República con franqueza repu-

blicana y el abandono de la buena fe, lo que piensa. De consiguiente, no puede continuar en un encargo, que su oposición de ideas con el gobierno existente no le permitiría defender sus principios ni por la prensa, ni en las conversaciones privadas, ni en la Corte; porque nunca dijo otra cosa que lo que pensaba […]". Flores, *Lorenzo de Zavala*, 1951, pp. 165-167.

FUENTES CONSULTADAS

Costeloe, Michael P., *La primera república federal de México, 1824-1835: un estudio de los partidos políticos en el México independiente*, México, FCE, 1983.

Estep, Raymond, *Lorenzo de Zavala: profeta del liberalismo mexicano*, México, Porrúa, 1952.

Flores, Jorge, *Lorenzo de Zavala y su misión diplomática en Francia (1834-1835)*, México, SRE, 1951.

González Calderón, Marcela, *El Yucatán de Zavala*, México, Editorial del Estado de México, 2012.

Hale, Charles, *El liberalismo mexicano en la época de Mora*, 1821-1853, México, Siglo XXI, 1987.

Lajous, Roberta, *Historia mínima de las relaciones exteriores de México 1821-2000*, México, COLMEX, 2013.

Molina, Emma (trans. y trad.), *Lorenzo de Zavala papers*, Texas, s. e., 1995.

Moreno, Joaquín, *Diario de un escribiente de legación*, México, SRE, 1925.

Ortega y Medina, Juan A., *Polémicas y ensayos en torno a la historia*, México, UNAM, 2001.

Parcero, María de la Luz, *Lorenzo de Zavala, fuente y origen de la reforma liberal en México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1969.

Payno, Manuel, *La reforma social en España y México*, México, Consejo Editorial de la Cámara de Diputados, 2013.

Pi-Suñer, Antonia *et al.*, *Historia de las relaciones internacionales de* México, 1821-2010. Europa, México, SRE, 2010.

Zavala, Lorenzo de, *Viaje a los Estados Unidos*, Mérida, Imprenta de Castillo y Compañía, 1846.

LA SALVACIÓN VIENE DE FRANCIA. LA SOLUCIÓN DE LOS PROBLEMAS MEXICANOS DESDE LA VISIÓN DE UN MONARQUISTA EN LA CORTE DE LAS TULLERÍAS, 1857-1896

Víctor Villavicencio Navarro

A lo largo del siglo XIX, Francia ocupó un lugar de preminencia en el imaginario mexicano. Ya dentro del aspecto económico, como uno de los socios comerciales con el cual mantuvo una tensa pero fructífera relación; ya en el terreno diplomático, donde la amistad se alternó con momentos de abuso y altanería; o en el político y militar, pues al ser vista como una referencia de buen gobierno y sus tropas como el primer ejército del mundo, la nación francesa y los acontecimientos que en su país ocurrían fueron de gran interés para los hombres que dieron forma a la esfera política mexicana.

Para José Manuel Hidalgo y Esnaurrízar, Francia fue el lugar idóneo para desarrollar su trabajo y talentos, así como, con el paso del tiempo y gracias al acomodo de las circunstancias, significó la ayuda que entendió indispensable para enderezar el camino de su patria.

DE CHURUBUSCO A EUROPA

Nacido en la capital mexicana en 1826, perteneciente a una familia de origen andaluz, "hijo de un guerrero y una santa", como él mismo escribiría más tarde,[1] Pepe Hidalgo vivió una infancia con varios apuros económicos, razón que le impidió tener acceso a la educación escolar formal. Fue gracias a las influencias de su familia materna que con 19 años de edad encontró acomodo laboral en el ministerio de Hacienda, para trabajar en el departamento de las Rentas Estancadas de Tabaco. Guillermo Prieto,

[1] Hidalgo, *Recuerdos de juventud*, 1887, p. 2.

quien lo conoció en aquel tiempo, apuntó sobre él en sus *Memorias* que "sus pretensiones a la nobleza y a los títulos de sangre azul no tenían límites".[2] Pepe desempeñó su trabajo con eficiencia durante casi un año, a pesar de no sentir afición por "esa rutina que no [ilustraba] la inteligencia ni [movía] el corazón",[3] hasta que comenzaron las hostilidades con Estados Unidos, derivadas de la anexión del territorio de Texas a la Unión Americana. El avance de las tropas invasoras hacia el centro del país obligó a las autoridades mexicanas a preparar la defensa de la capital, por lo que Hidalgo debió enlistarse en el batallón llamado Bravos –compuesto por empleados públicos y algunos civiles– para formar parte de las fuerzas que resistirían el ataque estadunidense en el sur de la ciudad de México.

A mediados de agosto de 1847, el batallón fue acuartelado en el convento de Churubusco, donde el día 20 enfrentó el asedio del enemigo durante tres horas, hasta que tuvo que rendirse junto con los demás defensores del lugar debido a la falta de municiones. Pepe Hidalgo fue hecho prisionero y conducido a San Ángel; recuperó su libertad en febrero del año siguiente, una vez que fue firmado el Tratado de Guadalupe Hidalgo que puso fin a la guerra. Como muestra de agradecimiento, el gobierno del presidente Manuel de la Peña y Peña reconoció a los funcionarios que habían colaborado con la infructuosa pero heroica defensa de la capital. Con esa intención, Hidalgo, quien solía decir que su único sueño era conocer Europa, fue nombrado a mediados de mayo de 1848 secretario de la legación mexicana en Londres, dando así inicio a su carrera diplomática.

Pepe estuvo en Inglaterra sólo dos meses, pues el gobierno mexicano decidió trasladarlo a su representación ante el Sumo Pontífice. Poco antes de la Navidad de 1848, arribó a la fortaleza de Gaeta, al norte de la bahía napolitana, lugar que entonces fungía como Sede Apostólica dados los movimientos por la unificación italiana. Con el tiempo se ganó la simpatía de sus colegas y el propio Pío IX le cobró afecto especial, al grado de concederle bendiciones, la indulgencia plenaria para él y su familia, así como la orden de San Silvestre.[4] En abril de 1850, una vez pacificada la ciudad gracias a la ayuda francesa, el Papa volvió a Roma, junto con el cuerpo diplomático que lo rodeaba. Ahí, Pepe Hidalgo tuvo la oportunidad de disfrutar de una vida placentera:

[2] Prieto, *Memorias de mis tiempos*, 1958, p. 365.
[3] Hidalgo, "Apuntes", prólogo a *Un hombre de mundo*, 1978, pp. 64-65.
[4] Hidalgo, *Recuerdos de juventud*, 1887, pp. 174-175.

> Arreglé mi vida muy agradablemente. La mitad del día al estudio, a la legación y a visitar las maravillas de la ciudad. Tomé un maestro de italiano, con ese acento límpido y simpático de los romanos, y otro de francés. Un sacerdote, preceptor de los hijos del Príncipe Chigi, me dio un pequeño curso de filosofía con el libro del malogrado Balmes. En la tarde, al paseo del *Pincio*, en donde las señoras, después de unas vueltas, paraban sus coches descubiertos y los paseantes a pie íbamos a saludarlas. Luego el paseo en el Corso, muy animado al anochecer, y enseguida las comidas, el teatro, las tertulias íntimas o conciertos, bailes y recepciones, cuando las había.[5]

La cómoda rutina de Hidalgo en Roma contrastaba con los tiempos difíciles que se vivían en México, donde se sucedieron las presidencias de José Joaquín de Herrera, Mariano Arista, el interinato de Juan Bautista Ceballos y Manuel María Lombardini, para dar paso a la que sería la última llegada al poder de Antonio López de Santa Anna. Estos cambios en el gobierno afectaron también al servicio exterior mexicano. En julio de 1853, Pepe recibió instrucciones de volver a Londres para servir nuevamente como secretario de aquella legación. Con tristeza preparó su viaje y abandonó la Ciudad Eterna. Arribó a la capital inglesa a mediados de septiembre.

Se mantuvo en Londres poco menos de un año, pues en agosto recibió la instrucción de trasladarse a España. Esta vez el cambio de legación se debía en realidad al plan secreto de promover una monarquía para México en las Cortes europeas. La orden, dictada por el presidente Santa Anna, había sido encomendada a José María Gutiérrez de Estrada, quien se encontraba en el viejo continente desde 1843, tras salir de México debido a la publicación de un folleto donde exponía sus convicciones monarquistas.[6] Según Hidalgo, fue el propio José María quien solicitó su presencia en Madrid.[7]

Cuando Pepe arribó a España, las gestiones en favor de la monarquía mexicana habían avanzado con cierto éxito, pero se dificultaron con las rebeliones en contra del gobierno de la reina Isabel II y dejaron de ser oficiales cuando arribaron las noticias del derrocamiento de Santa Anna en el otoño de 1855.[8] Sin embargo, fue durante este tiempo en la capital española que el joven Hidalgo tuvo acceso a la casa de la condesa de Montijo, viuda de Manuel Fernández de Teba. Esta mujer era la madre de Eugenia de Montijo,

[5] *Ibid*., p. 59-60.
[6] Villavicencio, "Cuando la prensa", 2019, pp. 159-204.
[7] Hidalgo, *Proyectos de juventud*, 1904, p. 57.
[8] Suárez, "José Manuel Hidalgo", 2001, p. 226.

quien acababa de convertirse en emperatriz de Francia por su reciente matrimonio con Luis Napoleón Bonaparte. Así, la estancia en Madrid incidió de forma peculiar en Pepe Hidalgo: fue ahí donde terminó de convencerse de que sólo un gobierno monárquico podría regenerar a su patria y también ahí entabló las relaciones sociales que, poco después, le harían pensar en Francia como la potencia ideal para ayudar a dicha regeneración.

CAMINO A FRANCIA

En México, mientras tanto, la caída de Santa Anna dio entrada al gobierno de Juan Álvarez, sucedido después por Ignacio Comonfort, quien fue el encargado de convocar al Congreso Constituyente prometido por la revolución de Ayutla. En medio de severos enfrentamientos entre el gobierno y la Iglesia, la nueva Carta Magna fue redactada y jurada en febrero de 1857. La agitación tocaba su punto más álgido. A finales del año anterior, había sucedido el asesinato de varios españoles en la hacienda de San Vicente Chiconcuac, distrito de Cuernavaca, lo cual provocó que Pedro Sorela, entonces encargado de la representación española en la ciudad de México, exigiera que se encarcelara pronto a los culpables. Las investigaciones demoraron y, al no ver satisfecha su demanda, Sorela cerró la legación y dio por terminadas las relaciones de su país con México.

La crisis diplomática llegó a Madrid poco después y Pepe Hidalgo, quien se había mantenido como oficial de la legación, debió hacer frente a los problemas. El gobierno español se mostró intransigente e inclusive dejó de reconocer oficialmente a la representación mexicana. A resultas de lo anterior, a finales de julio de 1857, la legación hubo de cerrar y sus miembros abandonar Madrid para dirigirse a Francia.

Habiendo apenas cruzado la frontera franco-española, a las afueras de la ciudad de Bayona, el carruaje de la emperatriz Eugenia pasaba justo por la calle en la que se encontraba la comitiva mexicana. La condesa de Montijo, con quien Pepe había trabado amistad en Madrid, lo reconoció y le presentó a su hija, la emperatriz Eugenia. A partir de entonces, fue invitado a frecuentar a los monarcas franceses, quienes lo honraron "con una benevolencia tan grata como lisonjera".[9] Este acontecimiento, producto de la casualidad, habría de definir en buena medida el futuro de Hidalgo y el de México pues,

[9] Hidalgo, "Apuntes", prólogo a *Un hombre de mundo*, 1978, p. 82.

sin que él se percatara entonces, puso en sus manos la llave que más tarde abriría la puerta a la intervención de Francia en los asuntos mexicanos.

Ya establecido en París, Pepe quedó profundamente maravillado: "la vida política y literaria, científica y artista, mística o mundana, galante y ociosa […] el bienestar material está al alcance de todas las fortunas, y el carácter nacional, tan ameno y sociable, todo lo facilita a los extranjeros". No perdió oportunidad de afinar sus talentos sociales, al asistir a "todas las suntuosas fiestas", tanto oficiales como privadas, donde "se respiraban el gusto, la riqueza y el poder". Y tampoco dejó de reconocer "el brillo, la fuerza y la prosperidad de la nación entera: el esplendor en su corte, la paz afianzada, al riqueza pública aumentada fabulosamente, las transformaciones materiales, el bienestar general".[10] Pepe comenzó así a idealizar la situación francesa, donde veía claros ejemplos de progreso económico y material, estabilidad política y felicidad de la población. En buena medida, proyectaba en su visión sobre Francia lo que deseaba para su país.

Hidalgo hizo efectiva la invitación de visitar a los monarcas franceses y comenzó a frecuentar la Corte de las Tullerías, al tiempo que recibía noticias de los acontecimientos en México: el abierto enfrentamiento entre el gobierno y las autoridades eclesiásticas a causa de la puesta en marcha de la nueva Constitución, los constantes levantamientos en el interior del país que exigían su derogación, la creciente agitación que se vivía en la capital y, finalmente, el pronunciamiento conservador del general Félix Zuloaga en Tacubaya, que fue secundado de inmediato por el presidente Comonfort a finales de 1857 y dio inicio a la guerra de Reforma. Cuando esta noticia llegó a Francia, le fue exigido a los trabajadores de la legación mexicana que firmaran su adhesión al gobierno de Benito Juárez, quien había asumido la presidencia por ministerio de ley. Dada la consolidación de sus convicciones monarquistas y conservadoras, Pepe Hidalgo se negó a hacerlo, por lo que fue separado de su cargo diplomático.[11] Años más tarde, aceptaría que se le había exigido un reconocimiento contrario a su conciencia.[12]

A partir de entonces aumentó la frecuencia de sus visitas a la Corte parisina, donde era recibido cada vez con mayor intimidad, lo que él aprovechaba para hablar acerca de la penosa situación de su país y la necesidad urgente del apoyo francés para instaurar un trono que resolviera los pro-

[10] *Ibid*., p. 82.
[11] Villavicencio, "José Manuel Hidalgo", 2012, p. 70.
[12] Hidalgo, "Apuntes", prólogo a *Un hombre de mundo*, 1978, p. 81.

blemas que lo abrumaban. "Empezamos a tomar una parte más directa, y aun la iniciativa –escribió–, aprovechándonos de cuantas ocasiones se nos presentaron para hablar de nuestra idea."[13] A mediados de 1858, el gobierno conservador lo nombró su representante ante Napoleón III, con lo cual sus gestiones cobraron mayor fuerza. Tanto así que a principios del año siguiente hizo publicar un texto llamado *Algunas indicaciones acerca de la intervención europea en México*, en el cual afirmaba que en su patria existía un fuerte partido monarquista que apoyaría la llegada de las tropas extranjeras y dejó ver el enorme aprecio y admiración que sentía por el país en el que radicaba desde hacía poco más de un año, particularmente por su monarca: "Siempre he creído y creo que de su poder y grandeza –decía sobre el emperador francés–, de su justicia y sabiduría, podemos esperar grandes bienes."[14] Varios mexicanos radicados en Europa también hicieron llegar peticiones de apoyo a las Tullerías, no obstante, las gestiones no tuvieron éxito. Lo cierto es que, para entonces, en la mente de Pepe ya era claro que sólo la ayuda francesa podría enderezar el camino mexicano.

FRANCIA SALVARÁ A MÉXICO

Una vez terminada la guerra de Reforma, Hidalgo recibió una carta del gobierno liberal donde se le informaba la destitución de su cargo y también se le reclamaba fuertemente por haber colaborado como representante del bando conservador. Así las cosas, libre de cualquier compromiso oficial, Pepe decidió apartarse de los asuntos de México y continuar gozando de la vida parisina, con su lugar de favorito en la Corte francesa. Poco después, sin embargo, se encontró una vez más en el momento y lugar indicado cuando, a principios de octubre de 1861, mientras acompañaba a los soberanos en una de sus acostumbradas estancias en la ciudad de Biarritz, recibió las noticias sobre la ley de suspensión de pagos de la deuda exterior que el gobierno de Benito Juárez había decretado para dar alivio a las finanzas mexicanas. "Seamos sinceros –escribió Pepe después–. ¿Quién en mi situación no habría comprendido que debían aprovecharse tan inesperadas

[13] Hidalgo, *Proyectos de monarquía*, 1904, p. 59.
[14] *Ibid*., p 312.

circunstancias para realizar lo que con tanta buena fe creíamos necesario para salvar aquella nacionalidad y dar la paz y la tranquilidad?"[15]

Si bien la idea de intervenir en América se encontraba alojada en la mente de Napoleón III de tiempo atrás, la relación que Hidalgo había establecido en Madrid con la familia de Eugenia de Montijo y el estrecho contacto sostenido con ella desde su encuentro fortuito en Bayona le habían sido de gran utilidad para tener acceso al emperador de los franceses y hablarle de la gloria que le significaría el intervenir en su país para restablecer la monarquía. Además, como se ha visto, su vida en París le hacía estar seguro de que el auxilio de Francia significaría la mejora en los ámbitos social, político y económico de su nación, tal como sucedía en el país que tanto admiraba. Tuvo lugar entonces una plática entre Hidalgo, Napoleón y Eugenia que giró en torno a lo conveniente que sería para Francia enviar tropas a México.

Los acontecimientos comenzaron entonces a sucederse apresuradamente. A finales de octubre, los gobiernos francés, inglés y español, a quienes afectaba en forma directa la ley juarista de suspensión de pagos, convinieron en enviar fuerzas de mar y tierra a ocupar los puertos del golfo de México, con el fin de presionar para lograr su derogación, pero acordaron no llevar a cabo acción alguna que significara entrometerse en los asuntos políticos de México. Mientras tanto, Pepe Hidalgo trabajó como nunca, muy cerca de la pareja imperial francesa. "Bajaba yo por una escalerita a las habitaciones de la Emperatriz –describe–, o bien ella me hacía llamar cuando tenía algo que decirme. Al Emperador solía yo encontrarle en el aposento de la Emperatriz y discurríamos."[16] Para él, que las potencias de Europa se hubiesen decidido a "tender una mano salvadora […] para establecer un gobierno fuerte y honrado que salvase a México", auguraba el mayor de los éxitos y mostraba en particular la magnanimidad francesa.[17] Tanto más cuanto que, según Hidalgo, el monarca se había mantenido al margen en la discusión respecto a quién debía ocupar el trono mexicano. "No cesaré de repetir, porque así es la verdad –aseguró años más tarde–, [que] en punto a candidato, Napoleón no dejó ver jamás preferencia alguna, dejando la iniciativa de esto a los mexicanos, cualquiera que fuera su elección."[18] De ese modo, aunque sabemos que la realidad fue otra, la

[15] Hidalgo, "Apuntes", prólogo a *Un hombre de mundo*, 1978, p. 17.
[16] *Ibid*., p. 31.
[17] Hidalgo, *Proyectos de monarquía*, 1904, p. 85.
[18] Hidalgo, "Apuntes", prólogo a *Un hombre de mundo*, 1978, p. 19.

generosidad de Francia hizo que la elección de Maximiliano de Habsburgo fuera enteramente mexicana.[19]

Todo parecía ir viento en popa para los planes monárquicos. Las fuerzas interventoras desembarcaron en Veracruz a principios de 1862. El gobierno juarista se apresuró a entrar en pláticas con los comisionados europeos para enterarlos de la derogación de la ley de suspensión de pagos, pero la abierta intención francesa de realizar el cambio de gobierno en México derivó en la ruptura de la alianza tripartita. Las escuadras españolas e inglesa reembarcaron rumbo a Europa, mientras que las tropas francesas comenzaron su marcha hacia el interior del país. Su paso parecía incontenible hasta que fueron detenidas por la célebre victoria del ejército mexicano en la ciudad de Puebla, el 5 de mayo de 1862. Cuando esta noticia llegó a París la conmoción fue enorme. El propio Hidalgo cuenta:

> No puedo recordar sin una punzante emoción lo que pasó aquí al saberse el descalabro de Puebla. Cuando se esperaban triunfos y que los anunciase el cañón de los "Inválidos", llegó esa funesta noticia que llenó de una alegría secreta y antipatriótica a los enemigos de Napoleón […]. No hubo improperio en el público que no se aplicara a los mexicanos monárquicos de Europa, que habían dado informes equivocados, según la frase que andaba de boca en boca contra nosotros.[20]

Como era de esperarse, Pepe se convirtió en el blanco de esos ataques populares. Tal fue la animadversión hacia él, que Eugenia y Napoleón le pidieron que fuera a pasar unos días con ellos, a fin de que los ánimos se calmaran. Al mismo tiempo, el Cuerpo Legislativo aprobó el envío a México de 25 000 militares más.[21]

La llegada de los refuerzos hizo imparable el avance del ejército francés, el cual entró a la ciudad de México el 10 de junio de 1863, en medio de una recepción por parte de sus habitantes que, según los testigos, rayó en el delirio. "Los soldados de la Francia han sido agobiados literalmente bajo el peso de coronas y ramos", escribió Élie-Frédéric Forey, jefe del ejército expedicionario, al ministerio de Guerra francés.[22]

[19] Hidalgo, *Proyectos de monarquía*, 1904, p. 87.
[20] Hidalgo, "Apuntes", prólogo a *Un hombre de mundo*, 1978, p. 43.
[21] Villavicencio, "José Manuel Hidalgo", 2012, p. 74.
[22] Arrangoiz, *México desde 1808*, 1999, p. 537.

Enseguida fue decretada la formación de una Junta de Gobierno, la cual nombró una Asamblea de Notables, integrada por 215 personas. Esta asamblea, a su vez, designó una comisión especial que habría de dictaminar acerca del gobierno que convenía adoptarse para terminar con los problemas del país. Luego de tres días de trabajos, la comisión entregó su dictamen: México debía transformarse en una monarquía moderada, hereditaria y católica, que estaría encabezada por Maximiliano de Habsburgo y, en caso de que este no tomase posesión del trono, sería el emperador francés quien indicaría otro candidato.[23]

La Asamblea de Notables aprobó el dictamen de la comisión y ordenó el nombramiento de una diputación que debía trasladarse al Castillo de Miramar, en el noreste italiano, para ofrecer formalmente la corona al archiduque austriaco, y también viajar a París, donde entregarían a Napoleón III su voto de gracias. Pepe Hidalgo fue nombrado miembro de dicha diputación, por lo que viajó de Francia a Miramar para alcanzar allá a los demás diputados. La ceremonia oficial del ofrecimiento tuvo lugar el 3 de octubre de 1863 y en ella Maximiliano condicionó su aceptación a la manifestación completa de la nación mexicana en su favor y al compromiso por parte de Francia de apoyar su establecimiento en México.[24]

La diputación viajó después a París, pero Pepe Hidalgo, junto con algunos de sus compañeros, se mantuvo en Miramar una semana más a petición expresa de Maximiliano, quien en esos días platicó con ellos sobre diversos aspectos de gobierno del que sería su nuevo país. A Hidalgo, como se ha visto, no le costaba trabajo ganarse la amistad de la gente importante a quien tenía la oportunidad de conocer y el caso de Maximiliano no fue la excepción. En él seguramente encontró al más apto para compartir opiniones de relevancia, además de que era íntimo de los monarcas franceses, patrocinadores de la empresa a la que debía su futuro imperio.

Los miembros de la diputación se reunieron finalmente en París y fueron recibidos por Napoleón III a finales de octubre para hacerle entrega del agradecimiento de los notables. En una cena que los emperadores franceses les ofrecieron, quedaron impresionados por tratar al "hombre que entonces hacía temblar a toda la Europa", mientras Eugenia "habló con todos en español y estuvo amabilísima".[25] Así, los diputados

[23] Un análisis del dictamen en Villavicencio, "Ignacio Aguilar y Marocho", 2013, pp. 520-534.
[24] Villavicencio, "José Manuel Hidalgo", 2012, p. 75.
[25] Hidalgo, "Apuntes", prólogo a *Un hombre de mundo*, 1978, p. 53.

se contagiaron de la confianza que Hidalgo tenía en el éxito de la empresa monarquista auspiciada por ellos.

La diputación se mantuvo en Europa durante seis meses más, maravillándose con Francia y la vida de su capital. Fue hasta principios de abril de 1864 que sus miembros se trasladaron de nuevo a Miramar para asistir a la aceptación oficial de la corona mexicana por el archiduque. En la ceremonia, Maximiliano leyó un discurso en el que dijo aceptarla gustoso, recordó a los mexicanos "la magnanimidad de S. M. el Emperador de los franceses" y aseguró: "nunca olvidará mi gobierno el reconocimiento que debe al Monarca ilustre, cuyo amistoso auxilio ha hecho posible la regeneración de nuestro hermoso país".[26] Enseguida, hizo algunos nombramientos oficiales, dentro de los cuales Pepe Hidalgo fue designado como su representante en Francia. Nadie mejor que él para ese cargo por lo acostumbrado que estaba a la vida parisina, las amistades que ahí había cultivado, su talento para desenvolverse en la alta sociedad y, sobre todo, el lugar de preferencia que ocupaba en las Tullerías.

Hidalgo volvió de inmediato a la capital francesa y se presentó con su nuevo nombramiento ante Napoleón III. Es fácil imaginar la felicidad y satisfacción que le causó encontrarse nuevamente en París, ahora al frente de la representación del imperio mexicano por el que tanto había trabajado, en la ciudad donde se desenvolvía con toda naturalidad. En un principio todo fue miel sobre hojuelas. Maximiliano se mostraba satisfecho con su trabajo diplomático y el emperador de los franceses no dejaba de obsequiarle muestras de estimación y simpatía, tanto así que a finales de 1864 le fue concedida la orden superior de la Legión de Honor, distintivo que atesoró por el resto de su vida.[27]

Las cosas, sin embargo, comenzaron a complicarse con el paso del tiempo. La vacilante marcha del nuevo imperio hizo evidente que su consolidación llevaría más tiempo de lo esperado. Las desavenencias entre Maximiliano y el alto clero mexicano, las guerrillas republicanas que hostilizaban a su gobierno en diversos lugares del territorio y el costo económico que su sostenimiento significaba provocaron que la empresa mexicana se volviera cada vez más impopular entre los franceses. Aunado a ello, para finales del año de 1865, el fin de la guerra civil en Estados Unidos causó serios temores a Napoleón III, pues las autoridades de este país comenzaron a

[26] Arrangoiz, *México desde 1808*, 1999, p. 676.
[27] Villavicencio, "José Manuel Hidalgo", 2012, p. 77.

presionar diplomáticamente para que sacara sus manos de México. Al mismo tiempo, y por las mismas razones, la cuestión empezó a causar disgusto y desesperación en el Cuerpo Legislativo. Frente a estas circunstancias, la pareja imperial francesa comenzó a alejarse poco a poco de Pepe Hidalgo; su trato con él, antes cercano y amable, se tornó frío, seco y esporádico.

EL CONSUELO DE LA VIDA PARISINA

Maximiliano se dio cuenta pronto de la situación que se veía venir y cuando entendió que Francia le retiraría su apoyo mandó llamar a Hidalgo para exigirle cuentas personalmente. Pepe, muy de mala gana, aceptó la orden y se embarcó rumbo a México a finales de 1865. Luego de pasar la Navidad y el Año Nuevo en altamar, arribó a la costa de Veracruz a mediados de enero. De inmediato se trasladó a la capital, donde se entrevistó con Maximiliano y lo acompañó a pasar unos días en Cuernavaca. Allá le explicó con franqueza que la situación era crítica y que Napoleón III estaba decidido a repatriar a su ejército. El emperador de México tomó con disgusto sus palabras y, de vuelta en la capital, se negó a concederle más audiencias. Seguro de que algunos consejeros de Maximiliano conspiraban en su contra y lo culpaban de la decisión francesa de retirar su apoyo militar, Pepe decidió presentar su renuncia al cargo diplomático que ostentaba, convencido de que jugaba el papel de un chivo expiatorio. "Era necesario una víctima y se me eligió", escribiría años después.[28]

En un principio, Maximiliano no aceptó la dimisión de su representante en Francia e inclusive intentó ofrecerle un puesto como Consejero de Estado, a lo cual Hidalgo se negó rotundamente. Ni siquiera cedió a las insistencias de Carlota, quien trató de persuadirlo de quedarse en México y seguir colaborando con su marido.[29] Resuelto a que su participación en el gobierno terminara definitivamente, decidió salir de México. Solicitó una escolta a las autoridades francesas que lo acompañó a Veracruz, donde se embarcó rumbo a Europa a mediados de marzo de 1866. Nunca más volvería a su país.

De nuevo en Francia, descorazonado e indignado, Hidalgo se desentendió por completo de México. "Después de tantos servicios desconocidos y no apreciados –dijo años después–, de mi adhesión profunda y sincera,

[28] Hidalgo, "Ruptura con Maximiliano", 1978, p. 89.
[29] *Ibid.*, p. 94.

acendrada probidad y noble desinterés, el desencanto de mi alma fue tal que parecía llamarme naturalmente al retiro y al aislamiento."[30] Sin embargo, siguió frecuentando las Tullerías y conviviendo con sus otrora colegas diplomáticos, si bien conduciéndose siempre con absoluta discreción respecto a la cuestión mexicana. Fue durante un viaje de paseo por Suiza y Bélgica que se enteró del desesperado viaje que hizo Carlota en el verano de 1866, con el fin de conseguir ayuda en la Corte francesa y de su triste final en Roma, donde perdió la razón frente a Pío IX para por último ser recluida en Miramar y después en Bélgica.

La vida parisina reconfortó a Pepe y le ayudó a olvidarse de la situación de su patria, al menos hasta el año siguiente, cuando, en plena celebración de la Exposición Universal, recibió las noticias del trágico final de Maximiliano en el Cerro de las Campanas, en Querétaro. Decidió entonces abandonar, al menos por un tiempo, la ciudad que tanto apreciaba. "No me era posible permanecer en París en esos momentos –aseguró varios años más tarde–, expuesto a mil interpelaciones, ya sinceras, ya inspiradas por la curiosidad […] y me pareció más prudente irme a Londres, a donde pude vivir algún tiempo aislado sin ver absolutamente a nadie."[31]

Pasado el tiempo, de vuelta en París, Hidalgo siguió desenvolviéndose en la alta sociedad, carteándose a menudo con sus amigos mexicanos y europeos y escribiendo su versión respecto a la malograda empresa monarquista en que había participado tan activamente. En 1868 publicó sus *Apuntes para escribir la historia de los proyectos de la monarquía en México*, con la intención de explicar y defender su colaboración en la instauración del imperio, así como enaltecer la iniciativa francesa de patrocinarla. Poco a poco comenzó a hacer las paces con sus recuerdos sobre México, pero no se presentó a los funerales de Maximiliano, ni en Viena ni en Miramar, que tuvieron lugar en enero de 1868.[32]

Pepe pasó el resto de sus días sosteniéndose gracias al apoyo de las múltiples amistades que había hecho a lo largo de los años, aunque la vida, las modas y las maneras de la sociedad parisina que tanto le encantaban comenzaron a desagradarle con el paso del tiempo. "El brillo y ruido de las fiestas me hace mal al alma", decía hacia sus últimos años.[33] Comenzó

[30] *Ibid.*, p. 113.
[31] *Ibid.*, p. 118.
[32] Villavicencio, "José Manuel Hidalgo", 2012, p. 80.
[33] José Manuel Hidalgo a Luis García Pimentel, París, 22 de junio de 1891, en *Un hombre de mundo*, 1978, p. 170.

a escribir con mayor asiduidad y trató de sobrellevar sus privaciones económicas con la publicación de algunas novelas que tuvieron poco éxito. En la década de 1880, envió a México varios artículos titulados "Crónicas mundanas", publicados por el diario *El Tiempo*, donde describía las modas y prácticas de la sociedad parisina. También publicó sus *Memorias íntimas*, en las cuales plasmó los recuerdos de sus años en Gaeta y Roma.[34] Tiempo después entabló una relación epistolar con Luis García Pimentel, a quien accedió a compartirle sus recuerdos, pues aquel pretendía escribir una historia del imperio de Maximiliano.[35]

Los últimos años de Pepe Hidalgo fueron de apariencias, obligado por la falta de dinero a fingir ser quien ya no era y tener lo que ya no tenía. Aun así, se aferró a la vida parisina, a pesar de que su alto costo le representaba enromes dificultades y que la política de la tercera república le causaba repulsión. "Esta República Francesa está podrida y deshonrada", señaló a finales de 1892, mostrando que anhelaba los años del imperio de Luis Napoleón Bonaparte y que sus convicciones monarquistas se mantenían inmutables.[36]

Poco a poco, las deudas comenzaron a abrumarle, mas no faltaba que alguna de sus ricas amistades se apiadara de él y le regalase alguna suma para poder sobrevivir. Además, los achaques naturales de sus sesenta y tantos años de edad empezaron a debilitarlo. Su vida social, antes tan activa, comenzó a declinar; dejó de salir y pasaba los días leyendo en su departamento del número 12 de la Rue Rivière, escribiendo, intentando dormir y rezando ante un pequeño altar, adornado por un crucifijo que Pío IX le obsequió en los días que compartieron en Gaeta.[37]

El 26 de diciembre de 1896 amaneció con dolores en el cuerpo y una jaqueca más fuerte de lo habitual. Incapaz de hacer cualquier otra cosa, permaneció en cama todo el día, hasta que por la tarde cuando, en el momento de vestirse para acudir a una comida a la que había sido invitado, perdió el conocimiento y cayó al piso sin sentido. La criada mandó a llamar al médico enseguida y al marqués de Casa Riera –uno de los amigos íntimos que

[34] Viveros, "Recuerdos de juventud", 2017, pp. 69-84.

[35] Son estas cartas las recopiladas, prologadas y anotadas por Sofía Verea de Bernal, con el nombre de *Un hombre de mundo*, 1978.

[36] José Manuel Hidalgo a Luis García Pimentel, París, 20 de diciembre de 1892, en *Un hombre de mundo*, 1978, p. 221.

[37] *Ibid.*, p. 391.

tuvo en sus últimos años–, quien se hizo acompañar de un sacerdote. Tras recibir la extremaunción, Pepe falleció a las ocho de la noche.[38]

CONSIDERACIONES FINALES

José Manuel Hidalgo y Esnaurrízar estuvo en Europa durante 48 de los 70 años que vivió, y de esos los últimos 39 los pasó en Francia. Mucho de lo que escribió en sus novelas, *Memorias*, cartas y crónicas dejan ver el gusto, la admiración y el aprecio que le tuvo. Supo encontrar buen acomodo en la sociedad parisina pues había desarrollado las habilidades necesarias para moverse en ella como pez en el agua. Como muchos otros, halló en este país el ejemplo de gobierno y administración que consideraba necesarios para México, la veía como una potencia poderosa, tanto en lo económico como en lo militar, en franco crecimiento y con una influencia indiscutible en el escenario europeo, gracias a la dirección de un gobernante brillante y generoso. Además, debido a las coincidencias de la vida y sus talentos sociales, supo hallarse en el lugar y momento indicados para introducirse en las más altas esferas políticas e incidir desde ahí en el futuro de su patria. La intimidad de su trato con Eugenia y lo que esto significó para tener acceso a Napoleón III, le dieron la oportunidad de exponer el proyecto monárquico mexicano.

Fue Francia, en suma, país donde residió, trabajó, disfrutó y sufrió la mayor parte de su vida, y la de los franceses, la sociedad en la que se sintió tan cómodo durante largos años, el origen e inspiración de lo que deseaba para su patria. Lo cierto es que al final las cosas no resultaron como había deseado, ni para México ni para él mismo.

FUENTES CONSULTADAS

Arrangoiz, Francisco de Paula, *México desde 1808 hasta 1867*, México, Porrúa, 1999 (Sepan Cuántos, 82).

Hidalgo, José Manuel, *Recuerdos de juventud. Memorias íntimas de Don José Manuel Hidalgo*, México, El Nacional, 1887.

_____, *Proyectos de monarquía en México*, prólogo de Ángel Pola y Benjamín Gyves, México, F. Vázquez editor, 1904.

[38] Villavicencio, "José Manuel Hidalgo", 2012, p. 81.

_____, "Apuntes" en *Un hombre de mundo escribe sus impresiones. Cartas de don José Manuel Hidalgo y Esnaurrízar*, compilación, prólogo y notas de Sofía Verea de Bernal, México, Porrúa, 1978, pp. 15-84.

_____, "Ruptura con Maximiliano" en *Un hombre de mundo escribe sus impresiones. Cartas de don José Manuel Hidalgo y Esnaurrízar*, compilación, prólogo y notas de Sofía Verea de Bernal, México, Porrúa, 1978, pp. 86-124.

Prieto, Guillermo, *Memorias de mis tiempos*, México, Patria, 1958.

Suárez Argüello, Ana Rosa, "José Manuel Hidalgo" en Antonia Pi-Suñer Llorens (coord.), *Historiografía mexicana. En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, vol. IV, pp. 223-237.

Un hombre de mundo escribe sus impresiones. Cartas de don José Manuel Hidalgo y Esnaurrízar, compilación, prólogo y notas de Sofía Verea de Bernal, México, Porrúa, 1978 (Biblioteca Porrúa, 16).

Villavicencio Navarro, Víctor, "José Manuel Hidalgo y Esnaurrízar, un monarquista semiolvidado" en Patricia Galeana (coord.), *El imperio napoleónico y la monarquía en México*, México, Siglo XXI, 2012, pp. 63-85.

_____, "Ignacio Aguilar y Marocho, la utopía monarquista mexicana" en Eduardo E. Parrilla Sotomayor (comp.), *La utopía posible: reflexiones y acercamientos*, Monterrey, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, 2013, 3 vols., vol. II, pp. 520-534.

_____, "Cuando la prensa incomoda al sistema político: la libertad de imprenta frente a la propuesta de José María Gutiérrez de Estrada de 1840", *Historia Mexicana*, El Colegio de México, núm. 1 (273), julio-septiembre, 2019, México, pp. 159-204.

Viveros Anaya, Luz América, "Recuerdos de juventud de un imperialista exiliado", *Decires. Revista del Centro de Enseñanza para Extranjeros*, Universidad Nacional Autónoma de México, vol. 17, núm. 21, primer semestre, 2017, México, pp. 69-84.

SER MEXICANO Y ESTAR EN PARÍS: LAS EXPERIENCIAS DE JESÚS GALINDO Y VILLA, JUSTO SIERRA Y AMADO NERVO

Leonor García Millé

Los viajes son experiencias que parecen sumamente personales y subjetivas: la sensación que provoca avizorar una ciudad por primera vez, el gozo inexpresable de una pintura o la atención entre feliz e inquieta de escuchar los sonidos nocturnos en un lugar extraño… Y, sin embargo, el viaje es al mismo tiempo una práctica enmarcada por lo colectivo, por ideas, valores, expectativas, consideraciones sociales, económicas, políticas y culturales, así como por recursos materiales y tecnológicos de una época, de un grupo social. Si ello puede decirse de los periplos, con más razón la aseveración se aplica a los relatos de viaje, textos también cruzados por ambos tipos de hilos. Como nos explican Maynes, Pierce y Laslett: "las historias que las personas cuentan de sus vidas nunca son simplemente individuales, sino que están dichas en tiempos y contextos históricos específicos y recurren a modelos en circulación que establecen cómo unir los elementos de una historia en términos de una lógica narrativa".[1]

A finales del siglo XIX tres intelectuales mexicanos (Jesús Galindo y Villa en 1892, y Justo Sierra y Amado Nervo en 1900), cruzaron el océano Atlántico a bordo de barcos de vapor y arribaron al Viejo Mundo. Si bien visitaron distintos países en sus periplos, los tres peregrinaron sin falta a la metrópoli por excelencia: a París, y dejaron tras de sí huellas escritas de sus propias pisadas por Europa. En las siguientes páginas nos asomaremos tanto al paisaje compartido que construyen de París en sus textos, como a las paletas individuales y particulares con que pintaron su propio viaje; esto, con el fin de intentar dilucidar la imagen de lo que significaba ser mexicano

[1] Maynes, Pierce y Laslett, *Telling stories*, 2008, p. 3.

y estar en la capital francesa cuando el siglo XIX estaba terminando y ya alboreaba el siglo XX.

ORIGEN Y DESTINO/PERSONAJES Y VIAJES

El panorama que se presentaba ante los ojos de nuestros viajeros era uno de confianza en el progreso (aunque pudieran advertirse grietas que presagiaban crisis gestándose en lo subterráneo). El país que despedía a nuestros viajeros estaba bajo la dictadura personal de Porfirio Díaz y experimentaba un proceso de creciente inserción en el mercado internacional como productor de materias primas. La estabilidad que había sido tan elusiva décadas atrás, se presentaba ahora como un hecho cumplido, lo que permitía que los intelectuales concibieran que México "avanzaba" siguiendo el camino de las naciones "civilizadas" y ello contribuía a contagiar a los mexicanos de un cierto sentido de pertenencia a Europa.

Por otro lado, se dirigían a la Francia de la Tercera República, aquella que ya había dejado atrás la desazón y la destrucción de la derrota de la guerra franco-prusiana y gozaba de un régimen político consolidado, de crecimiento económico y de los resultados de la expansión colonial. Una nación que se enseñoreaba por su lugar en el mundo. Stevens señala, sin embargo, que en esos años convivían nuevas y poderosas fuerzas contradictorias entre sí: el socialismo y el extremismo reaccionario de derecha, el antisemitismo y el nacionalismo, las instituciones culturales establecidas con la proliferación de las vanguardias.[2]

En el año 1892, Jesús Galindo y Villa, de 25 años, formaba parte de la delegación que representó a México en los festejos que se realizaron en España por el IV Centenario del Descubrimiento de América, un evento que buscaba afianzar las relaciones de España con las naciones hispanoamericanas. El joven Galindo y Villa estudió ingeniería, pero lo cierto es que para entonces ya resultaba claro que se inclinaba por la historia y el periodismo. Desde 1887 era colaborador de *El Tiempo* y *La Voz de México* y en 1899 publicaría su primer libro sobre Joaquín García Icazbalceta. Además, escribiría para *El Nacional* entre 1892 y 1893. Todavía no había sucedido, pero sería adecuado señalar que en 1919 sería fundador de la Academia

[2] Stevens, "Exposition Universelle", 2000, p. 71.

Mexicana de la Historia y fungiría como director de la Academia de Bellas Artes. Su recorrido en Europa lo llevaría por España, Italia, Suiza y Francia.

Ocho años después, en 1900, el poeta Amado Nervo con 29 años de edad, zarpó con destino al Viejo Continente hacia la Exposición Universal de París gracias a que el periódico *El Imparcial* lo enviaba como su corresponsal. Con la participación de 58 países y construcciones permanentes como el Petit Palais y el Grand Palais, el puente Alejandro III y la primera línea del Metropolitain, se trataba de una exposición internacional sin precedentes. Baste decir que sólo de América del Sur se calcula que la visitaron 10 000 viajeros. Si bien Nervo se estableció en París durante la mayor parte del tiempo, también visitó Gran Bretaña, Suiza, España, Alemania e Italia. Años atrás, en 1894, el poeta había arribado a la ciudad de México y desde entonces se insertó en el círculo intelectual de la capital, trabando relación con personajes como Manuel Gutiérrez Nájera o José Juan Tablada. Colaborador de la *Revista Azul*, de *El Nacional* y *El Mundo*. Cuando llega a costas europeas ya había publicado su novela *El Bachiller* y sus libros de poemas *Perlas Negras* y *Místicas.*

Por último, Justo Sierra contaba con 52 años cuando realizó su viaje como participante del Congreso Social y Económico Hispanoamericano que se realizaría en Madrid y que, tras el desastre del 98, pretendía estrechar los lazos en torno a la lengua compartida. Sierra provenía de una familia de letrados, pues su padre había sido escritor, abogado y periodista y su abuelo gobernador de Yucatán. Él, por su parte, estudió abogacía, pero puede describírsele también como periodista, educador, ensayista y novelista. Además, fue ministro de la Suprema Corte de Justicia en 1894. Justamente estando en Europa se le avisó que se le había nombrado subsecretario de Justicia e Instrucción Pública y por esta razón acortó su viaje y retornó a México.

Varios aspectos unen a estos personajes: se trata de hombres, particularmente de intelectuales que ya habían ejercido la pluma, en todos los casos era su primer viaje a Europa y lo realizaban gracias al patrocinio estatal o privado. Además, para un lector actual, valdría la pena apuntar la extensión de los periplos, pues tal como se acostumbraba en la época, se trató de estancias de seis meses o más.

SER MEXICANO Y ESTAR EN PARÍS: UN PAISAJE COMPARTIDO

Los relatos de viaje vienen diligentemente firmados, tienen un autor que respalda lo escrito con el contundente "yo vi", de manera que parecería quedar sellada la inescapable subjetividad del testimonio. Pero estos textos son intersecciones de lo individual y lo social, intersecciones en las que se cruza el yo orondo de su particularidad con la cultura, los valores, las ideas políticas y las percepciones de una época y un grupo social. Así que, los paisajes particulares que Galindo y Villa, Sierra, y Nervo plasmaron de su experiencia en París, comparten una orografía común y a continuación señalaremos algunas de sus elevaciones.

El primer rasgo es el destino mismo: París. Tanto el joven ingeniero como el abogado ya formado, tenían España como su destino y sin embargo parecía imposible que no tocaran París, la metrópoli por excelencia. La educación en México estaba tan permeada de la cultura de Francia, que la formación intelectual se deletreaba en francés y la admiración se alimentaba desde la distancia por una cultura impresa creciente. Cualquier intelectual, qué intelectual, cualquier rastacueros, fuera un estanciero argentino o un hacendado mexicano, aspiraba acercarse al Sena para decir "He estado en París". Ciudad sonora, ciudad luminosa, ciudad moderna, ciudad luz. La capital francesa era la capital literaria del mundo y qué más deseaba un escritor, un poeta, un historiador, que acercarse para abrevar de ella.

EL PRIMER ENCUENTRO

Una parte esencial de todo viaje es la expectativa que se ha construido desde lo lejos. Lo que el viajero sabe –o cree saber– que va a estar allí esperándolo y por lo tanto la reacción que de alguna manera ya lleva preparada en su maleta. Para los letrados mexicanos a inicios del siglo XX, París se había ido erigiendo culturalmente como la ciudad por excelencia, el destino de todos los destinos y esa preparación implicaba que, en el momento del contacto, hubiera una especie de sobrecogimiento por la obligación de empatar la expectativa con la realidad. Justo Sierra pronuncia: "¡París! ¡Aquel

era París!"[3] Y en ese momento el viajero se voltea a verse a sí mismo para analizar sus propias emociones.

Galindo y Villa nos explica:

> Desde luego el lector justificará el entusiasmo inusitado que precedió a nuestra llegada; el alboroto inmenso que hacía presa de nuestra alma cuando nos encaminábamos por la vía férrea, ya en territorio francés, de Belfort a París. ¡Tanto se nos ponderaba la ciudad del Sena! ¡Tanto se nos hablaba de ella! Tan rica nos imaginábamos la magnificencia de sus calles, la grandiosidad de sus monumentos, la belleza sin par de su conjunto, que en verdad soñaba yo encontrarme algo así semejante a una ciudad encantada, modelo de hermosura perfecta.[4]

Lo que hace de París, esta "moderna Babilonia"[5] es su pasado histórico, sus establecimientos científicos, sus ricos museos y su atractivo en general.[6]

Los intelectuales vienen cargados de las lecciones que su grupo social ha ido recibiendo desde la infancia y por ello pareciera existir un guion ya escrito de la respuesta que el mexicano ha de tener al arribar, lo que podríamos llamar la obligación de la emoción. En Nervo el proceso queda develado:

> –¡Corazón mío, estamos en Francia!
> Y la flemática entraña sigue latiendo como si tal cosa.
> –¡Alma mía, vamos a París!
> Y esa incierta entidad no me oye: continúa dormida.[7]

Al poeta le sorprende su propia tenue reacción y se pregunta si su "yo adolescente" el que "amó esta patria lejana y deliró por ella" ya había muerto. Y uno se imagina que quisiera resucitarlo. Es importante prestar atención al peso que la educación tuvo en todos los casos.

El primer contacto está cargado de ensoñaciones que esperan verse realizadas. Cuando Nervo tocó por primera vez en su vida territorio francés escribe: "Por fin puedo hablar francés, estoy en mi patria: '¡Hacía treinta

[3] Sierra, *Epistolario y papeles*, 1984, p. 71.
[4] Galindo y Villa, *Recuerdos de ultramar*, 1894, p. 327.
[5] *Ibid.*, p. 328.
[6] *Ibid.*, p. 327.
[7] Nervo, *El éxodo y las flores*, 1967, p. 1433.

años que no la veía!'"[8] Francia es entonces la patria cultural, el estudiar la lengua francesa les había permitido formar parte de esta comunidad y una vez allí hablarla con soltura les confería la ciudadanía.

Así, el acercamiento es un movimiento de peregrinación, el contacto con lo que se había estado esperando (¿venerando?) como hombre de letras hispanoamericano, por ello estaba tan cargado de significado y simbolismo. Tan diferente a cualquier otro país europeo.

PARÍS QUE ES BULLICIO Y FIESTA

Las ciudades producen su propio sonido y las ciudades modernas tienen su runrún particular. A decir de nuestros viajeros, en París no se trataba de aquel ruido que se escuchaba en Londres, mecánico y atronador, sino del bullicio, aquel que se producía en las ocasiones festivas, cuando la gente estaba reunida y animada.

Galindo y Villa afirma que el pueblo francés es "siempre alegre y bullicioso"[9] y Nervo lo explica: "Aquí siempre hay fiesta: esta es la fiesta de la actividad humana en la ciudad única." Aún más, podríamos decir que bullicio se entrelaza con locura: "este París adorablemente loco".[10] En palabras de Vanessa Schwartz: "Porque no eran los elementos aparentemente cotidianos de la vida parisina los que servían como medida de lo moderno, sino más bien la implicación y la posibilidad de que el día a día pudiera transformarse en lo espectacular y lo sensacional."[11] Es decir, se concebía que la vida en esta ciudad era distinta: "los valores se trastocan, las normas que en cualquier otra parte del mundo se siguen, aquí se rompen pero con naturalidad y gracia, con una mezcla de donaire y desparpajo. Bajo esta percepción la capital francesa se construye como un espacio de libertad, de irracionalidad."[12]

Para los mexicanos de fin de siglo, París era un lugar festivo en eterno estado de excepción pues, a diferencia del resto del mundo, no tenía que someterse a las reglas del trabajo, del decoro y de la racionalidad.

Las ciudades son también su gente y en los relatos de viaje pueden tomar formas muy distintas. En este caso, nuestros viajeros más que hablar

[8] Nervo, *Crónicas de viaje*, 1967, p. 1382.
[9] Galindo y Villa, *Recuerdos de ultramar*, 1894, p. 330.
[10] Nervo, *Crónicas de viaje*, 1967, p. 1387.
[11] Schwartz, *Spectacular realities*, 1999, p. 16.
[12] García Millé, "Europa desde Hispanoamérica", 2017, p. 104.

de individuos o tipos nacionales en París hablan en términos de multitudes; Sierra lo resuelve en una frase contundente: "París es una multitud".[13]

Los términos que se refieren a cuerpos de agua abundan. Justo Sierra habla de un río: "la gente, un río que se hace y se deshace entre seis u ocho hileras de coches, bicicletas, automóviles, bicicletas, que a un tiempo van y vienen por París".[14] Amado Nervo lo amplía a un océano: "París hervía a mis pies, París, que llenaba todo el orbe. Y me sentí feliz, porque yo era desde entonces un átomo de aquel océano."[15] Y Galindo y Villa: "el bullicio, el estruendo se hace más perceptible, como el ruido de las olas del mar agitado".[16] Así que al visitante no le queda más que sumergirse en la corriente, ser parte de este hervidero de gente, sentir que se pierde la individualidad y adquirir con ello el anonimato, el culmen de la experiencia cosmopolita.

Los viajes pueden constituirse como un cuarto de espejos, en el que el viajero observa una imagen que prestamente compara con la que trae grabada de su lugar de origen y las comparaciones van y vienen a través de múltiples miradas. Por ejemplo, cuando Nervo se encontraban en el *bullier* –salón de baile– observando cómo los parisinos danzaban, gritaban, se cortejaban y enamoraban, le sorprendió la ausencia de gendarmes y a continuación señala a sus lectores "–oídlo, compatriotas míos–, no riñen jamás". La admiración por esta civilidad queda patente en sus conclusiones: "Trasladad el espectáculo a México, y contad, si os place, las cuchilladas."[17]

Una apreciación parecida es expresada por Sierra: "Y en honor de la verdad muy poca borrachera; la espesa y brutal borrachera impertinente y agresiva de los jóvenes de cantina de tu tierra no se ve aquí; debe de haberla, pero no se muestra. La borrachera de los franceses es subjetiva, viene de dentro para fuera, es un hervor de sangre que se vuelve champaña y *mousse* (espuma) en cantos gritos y alegría."[18]

Cuando este mismo autor intenta dar una idea a su mujer sobre lo que significa afirmar que son multitudes las que abarrotaban la Exposición Universal, le explica: "una visita a los monumentos del jueves santo en México no da idea, sino pálida, de cómo se visitaban estos edificios".[19] La

[13] Sierra, *En la Europa latina*, 1984, p. 129.
[14] Sierra, *Epistolario y papeles*, 1984, p. 128.
[15] Nervo, *El éxodo y las flores*, 1967, p. 1438.
[16] Galindo y Villa, *Recuerdos de ultramar*, 1984, p. 337.
[17] Nervo, *El éxodo y las flores*, 1967, p. 1446.
[18] Sierra, *Epistolario y papeles*, 1984, p. 213.
[19] *Ibid.*, p. 130.

comparación llama la atención por muchas razones, pero baste destacar que pone frente a frente el evento laico, cultural y de consumo propio de una ciudad moderna, con el ritual religioso de una sociedad tradicional.

LOS ESPACIOS POR EXCELENCIA: LOS BULEVARES

De la experiencia urbana moderna se destacan los bulevares que Galindo y Villa nos describe como: "anchísimas avenidas plantadas de árboles con edificios suntuosos, cruzadas […] sin cesar por gente de toda clase y condiciones, ya en ómnibus, ya a pie";[20] allí se encuentran "las tiendas más lujosas, el comercio más activo, las principales casas de banco, y el centro de los negocios y de la vida parisiense".[21] Justo Sierra adereza esa imagen que se ofrece a los ojos de los mexicanos: "París es un inmenso escaparate, un escaparate total formado de oro, sedas, encajes, muebles, botellas y comestibles."[22] "París es la gran mesa de banquete del placer material e intelectual."[23] En los bulevares la ciudad se lucía, mostraba y ofrecía en las vidrieras, productos de lujo relumbraban y mientras los pies recorrían las calles la mirada recorría un banquete expuesto para su consumo.

Rematemos con Nervo: "Hombres y mujeres marchaban indolentemente, dejando que sus miradas mariposearan en las ascuas de oro de los aparadores."[24] Lo dicho: recorrido, mirada, vitrinas y oro. En pocas palabras, es el teatro de la vida moderna, un espectáculo en sí mismo y a plena luz del día.[25]

LA DECEPCIÓN COMO PARTE DE TODO VIAJE

Si la expectativa se construye, ladrillo a ladrillo, desde la lejanía, el encuentro implica la comparación entre dos edificaciones: el sueño y la realidad. Y a veces eso lleva al desengaño. En el caso de París, una ciudad "ensalzada por millones de lenguas, aplaudida por millares de millares de hombres, le-

[20] Galindo y Villa, *Recuerdos de ultramar*, 1984, p. 336.
[21] *Ibid*., p. 331.
[22] Sierra, *Epistolario y papeles*, 1984, p. 331.
[23] *Ibid*., p. 209.
[24] Nervo, *El éxodo y las flores*, 1967, p. 1437.
[25] Schwartz, *Spectacular realities*, 1999, p. 20.

vantada por sus adoradores hasta la cumbre más alta á donde puede llegar la fama y la celebridad",[26] que un mexicano pudiera negarse a caer en sus encantos tenía tintes de herejía. En palabras de Galindo y Villa: "Sé que voy á sufrir la excomunión mayor",[27] dice, antes de emitir su juicio crítico sobre la capital francesa. Se arma entonces con un escudo: "Consignaré este juicio con absoluta franqueza, con la plena conciencia de que, en mi opinión, digo la verdad" y se arropa en el hecho de que cuenta "con la tranquilidad de [su] conciencia"[28] y entonces procede a emitir su sentencia: "París no me impresionó tanto como me lo hube supuesto: en más de una vez sentí el frío del desengaño."[29] "El aspecto general de la ciudad… es grandioso y bello, pero en cierto modo monótono."[30] Llama la atención el complicado laberinto que tiene que seguir el autor para poder expresar su punto de vista, para poder decir que París le había decepcionado. En ello reconocemos el imperativo cultural de considerar a esta ciudad como perfecta y por lo tanto el acto de rebeldía que representaba negarse a aceptar tal mandato.

En realidad, Galindo y Villa mismo brinda las pistas para que sus lectores entiendan las razones por las cuales él llegó a este juicio; en efecto, explica que París deslumbraba si no se había conocido previamente ninguna otra ciudad europea, pero como él estuvo en Londres y Madrid previamente, el impacto de la Ciudad Luz se aminoró en él. En este sentido, considera que en términos de monumentalidad Londres la superaba, pero en lo que se refería "a vida y movimiento y alegría, París no tiene rival".[31] El desengaño resulta liberador a aquel joven venido de tierras americanas, porque con alivio puede afirmar: que no sólo en México "estamos llenos de defectos".

En los textos de Justo Sierra, podemos ver también la comparación entre las dos construcciones, la de las expectativas y la de "la realidad", y se repite el desengaño: "hasta hoy no casa el París ideal que yo tenía en la cabeza con éste que me encontré en una madrugada de lluvia, de humo y de lodo".[32]

Por contraste, el gozoso Nervo sólo confirmó que París era la tierra de ensueños que siempre pensó. El único aspecto que empañaba esta percepción provino del mundo cultural, cuando se acercó "a alguno de

[26] Galindo y Villa, *Recuerdos de ultramar*, 1984, p. 328.
[27] *Ibid.*, p. 329.
[28] *Ibid.*, p. 336.
[29] *Ibid.*, p. 331.
[30] *Ibid.*, p. 329.
[31] *Ibid.*, p. 332.
[32] Sierra, *Epistolario y papeles*, 1984, p. 125.

aquellos a quienes yo rendía culto perenne en mi corazón", pues "de esta excursión al país literario torné con muchos cariños menos y con muchos desprecios más; lamentando la merma de esa serena facultad de admirar".[33] Describe entonces a los escritores franceses, encumbrados en su pedestal, y a los escritores extranjeros en actitud servil:

> Hinchados de vanidad los unos, en búdica contemplación de su ombligo, tendida la oreja a todo rumor de adulación, oficiando en un sacerdocio en que no creen; rabiosos los otros, bajo su falso respeto a los maestros, de un culto que quisieran tan amplio como el de estos […] el poeta extranjero adulando al parisiense y mendigando de él una alusión en un periódico, el apoyo de una palabra, de un elogio, o cuando menos pasando lista de presente a su lado con el fin de poder contar después a la credulidad de su tierruca, con más visos de certidumbre; "Régnier me dijo", Moréas me hizo notar.[34]

DEL AFRANCESAMIENTO Y LA DECADENCIA DE LAS MUJERES

A finales del siglo XIX los críticos del modernismo lo acusaban de galicismo, de su tendencia cosmopolita que lo alejaba de España. Galindo y Villa hace eco de ese punto de vista: "hay que decir que nuestro excesivo amor á lo francés y el afán que siempre hierve en nuestra mente por conocer a Paris, está perdiéndonos".[35] Y señala con dedo admonitorio que hay que poner un coto a la copia sin medida de lo que esta nación europea ofrece:

> ¡Qué idea! Esto es el decadentismo que nos invade, como invade la filoxenera perniciosa a las plantas para destruirlas: además del gongorismo moderno que poco a poco van introduciendo en nuestro idioma los que han dado en la extravagancia de pensar verde y sentir azul y hablar amarillo; y poetizar con las bellezas de la tez francesa, de la epidermis china ó de la sangre del Japón. No, no y no: esto no es mexicano, ni es patriótico, ni es digno de

[33] Nervo, *El éxodo y las flores*, 1967, p. 1467.
[34] *Ibid.*
[35] Galindo y Villa, *Recuerdos de ultramar*, 1984, p. 332.

> nuestras pasadas tradiciones. Hagamos guerra sin cuartel a este sistema que nos coloca en el abismo de nuestra ruina literaria.[36]

Efectivamente, Galindo y Villa señala que la lectura de lo francés tendría que venir después "de los clásicos españoles" y considera que "la influencia francesa en la literatura mexicana, digamos así, es no sólo perjudicial sino funesta".[37] Postura que puede ayudar a entender ese rechazo a admirar París sin cortapisas.

Por su parte, el juicio negativo que Justo Sierra emite, tiene que ver con la moral: "aquí el pecado es elegante de arriba abajo para provocar más, pero es infinito; no te imaginas, y cuando lo veas, si lo ves algún día, dirás lo que Tula me decía: la impresión invencible es que todas las francesas en París son cocotas".[38] Y de allí se desata la diatriba:

> A cualquier hora del día o de la noche que se sitúe uno en los barrios habitados de París, no transcurren diez minutos sin que pase una o pasen diez o cincuenta. Por la noche en todos los teatros, en las tabernas, en todos los cafés, bullen […] ¿Y de dónde sale todo esto? No sé; de la exigencia espantosa de goce que hay en esta Babilonia, del amor por el lujo en la mujer, […] del soplo del Diablo que es el viento que aquí reina –Y este es el aspecto visible, el invisible es peor. No sé en Francia, pero en París […] el matrimonio en realidad, no existe.[39]

En estas moralistas líneas se respira el espanto masculino ante lo que se percibía como la invasión de la mujer de los espacios públicos; el juicio fue más severo cuando se trató de la vida nocturna. Imposible no detectar la manera en que se ataba la obligación de la virtud y la moral a la mujer (los hombres están fuera de la escena decadente), y por lo tanto la mujer era también el sujeto y origen del pecado. En Francia el rol de las mujeres como madres estaba en crisis, pero a ojos del mexicano esto tenía aires de decadencia de los valores.

[36] *Ibid.*, p. 333.
[37] *Ibid.*, p. 334.
[38] Sierra, *Epistolario y papeles*, 1984, p. 209.
[39] *Ibid.*, p. 211.

CUANDO LOS CAMINOS SE BIFURCAN: TRES EXPERIENCIAS DISTINTAS

Después de haber señalado los temas, posturas y aspectos que comparten nuestros autores, pasamos a asomarnos a los rasgos individuales de sus relatos.

Jesús Galindo y Villa: París es una maqueta

Para el joven Galindo y Villa, igual que para muchos que acometieron esta tarea antes que él, escribir sobre París representó un gran reto. Primero y antes que nada, confiesa, porque se trataba de describir una ciudad que ya había sido capturada por las plumas de muchos genios y, en segundo lugar, porque para poder cumplir con la tarea de dar cuenta de ella, se requería haber residido allí unos años y, eso, sólo para poder bosquejar su contorno.[40] De manera que, como si se tratara de un acto contractual, él afirma con toda claridad a lo que se comprometía con sus lectores: "Voy a comunicaros mis impresiones lisa y llanamente, tal y cuales las sentí en aquellos días: haced de cuenta que habla, al cabo del tiempo, un fonógrafo que hubiera recogido no sólo mis palabras, sino hasta (a ser posible) los latidos de mi corazón."[41]

Dos son los elementos que podemos destacar: el hilo que seguiría en su relato y que justificaba la existencia del mismo fue la comunicación de sus impresiones, además de contemplar el acto como una narración oral.

En lo que respecta al primer elemento, habría que decir que cuando Galindo y Villa afirma que se abocará a expresar las sensaciones que París le provoca, podría pensarse que estamos a punto de sumergirnos en un texto plenamente subjetivo en el cual la ciudad desaparece del lugar central para ser sustituida enteramente por las reacciones del viajero. Y, sin embargo, nada más alejado de sus páginas.

En efecto, el primer capítulo dedicado a París podría ser definido como el traslado del recorrido que hace por la ciudad al papel. Tan es así que la sección comienza con la mención de su visita al consulado en cuanto él y sus acompañantes llegaron a la capital francesa con el fin de que sus

[40] Galindo y Villa, *Recuerdos de ultramar*, 1984, p. 328.
[41] *Ibid*., pp. 328-329.

pasaportes fueran revisados.[42] A continuación, porque esto sigue un orden estricto, Galindo y Villa nos explica que París se dividía en "dos grandes fracciones": la septentrional y la meridional y para su explicación, que no era otra cosa que didáctica, pide la colaboración del lector: "Imaginaos ahora ver a París, a vista de pájaro."[43] El autor entonces procede a iniciar su caminata y mostrar al lector, al que imagina a su lado, los lugares a los que valía la pena prestar atención: "a vuestra derecha"…[44] Y así, va señalando iglesias, plazas, monumentos y edificios.

Además, con el fin de permitir la transmisión fidedigna de aquello en lo que posa su mirada, recurre a ejemplos de casa: "Suponed, poco más, poco menos, a nuestra avenida del Cinco de Mayo, pero triplemente hermoseada con grandes edificios, con almacenes por ambas aceras, y como otro tanto de larga."[45]

Se advierte en todo esto un intento de ordenar París, de clasificar y agrupar, de nombrar y enumerar, y en ocasiones el autor brinda los aspectos históricos que el común de la gente podía desconocer para cimentar aquello que él describe y con esto demuestra ser capaz de vestir al presente con los ropajes del pasado. Asimismo, los adjetivos se lanzan con prodigalidad, pero carentes de demasiada emoción: notable, espléndida, asombrosa, hermoso, sin dejar de señalar lo difícil que le resultaba la tarea de enumerar edificios y monumentos, por la cantidad de demostraciones de lo bello: "Ya he dicho que el gusto francés, tan exquisito siempre, se revela por doquiera, ya en la colocación de los edificios, en la exornación de éstos, y en general, en todo lo que hacen los franceses."[46]

Como se mencionó antes, el viajero señala la presencia de las multitudes en esta ciudad moderna, pero en realidad su concentración se centra en los monumentos, en las construcciones y, más allá de esta constatación, no acomete la tarea de dar una idea de los parisinos. Y es que el París de Galindo y Villa es una maqueta, una reconstrucción a escala, que puede verse desde arriba, aséptica, ordenada y limpia. De modo que si regresamos a su intención de limitarse a expresar sus impresiones sobre París, nos damos cuenta de que sus impresiones eran cerebrales, medidas e informativas; que

[42] *Ibid*., p. 335.
[43] *Ibid*., p. 336.
[44] *Ibid*., p. 337.
[45] *Ibid*., p. 355.
[46] *Ibid*., p. 342.

es capaz de hacer un balance con desapego: en el que existían multitudes anónimas y grandes edificios y monumentos.

Como ya vimos, Jesús Galindo y Villa critica la imitación desmedida de lo francés y, sin embargo, en dos ocasiones considera que sería provechosa: en el caso del almacén de ropa El puerto de Veracruz recomienda cambiarle la techumbre para que sea "del todo un edificio europeo"[47] y en el del Gran Teatro Nacional afirma: "¡Cuánto podíamos hermosear al nuestro con un poco de buena voluntad por parte de su propietario!"[48]

Ser mexicano implica ese manejo puntual de la información histórica, esa capacidad de situarse en el París moderno, pero con algo de desapego racional, evitando el peligroso cosmopolitismo.

Amado Nervo y un París que es lugar de gozo

En las páginas de Amado Nervo, París es, simplemente, un lugar de gozo. Se trata de la percepción más entusiasta de los tres autores y se explica por el placer que le produjo la experiencia cosmopolita, el hablar francés pero escuchar mil idiomas distintos por la calle y el poder contemplar a esa sociedad que no se cansaba de admirar: "Y reímos, y París hace coro a nuestra risa. Las parejas van enlazadas de los brazos por las calles, besándose a plena boca y en plena luz."[49]

Para el poeta, encontrarse allí era como haber accedido al centro del universo, vivir en la ciudad por excelencia. De esta manera, cuando observaba desde las alturas de la torre Eiffel el panorama que se le ofrecía, afirma: "París no acababa nunca, en ninguna parte" […] "París, que llevaba sus oleadas de palacios hasta las riberas del infinito; París, que no acaba, que no podía acabar, que no tenía límites… París, que no solo era cerebro, sino vísceras y miembros del Universo".[50]

Nervo pobló su París de personajes particulares: parejas que se movían con total libertad por la ciudad, una niña de nombre Francia a la cual el poeta hizo reír con sus ocurrencias, una pianista en el bulevar que toca *Sobre las Olas* sin saber que su compositor era Juventino Rosas y un anciano

[47] *Ibid*., p. 339.
[48] *Ibid*., p. 355.
[49] Nervo, *El éxodo y las flores*, 1967, p. 1396.
[50] *Ibid*., p. 1437.

que alimenta a los pájaros en los jardines de Luxemburgo, quien merece estas líneas:

> […] un viejecito enlutado, frágil, tembloroso, de ancha calva, en el ojal de cuya levita rojea la Legión de Honor. […] Es el amigo de los pájaros, de los gorriones […], de los tordos y otras avecillas que anidan en los matorros y altas ramas de los árboles. Lleva en las manos sendos migajones, y aún no ha entrado al parque cuando ya las avecillas empiezan a removerse, a garrulear, a descender de sus flexibles y hojosas atalayas. Le tratan de tiempo atrás los pájaros adultos, y los polluelos saben, por hereditario instinto, que aquel viejecito los ama.[51]

París es traducido, es hecho asequible a través de sus personajes, porque, a diferencia de Galindo y Villa, aquí no hay visión general, abarcadora y omnipotente que a vuelo de pájaro quiera transmitir París en su totalidad; por el contrario, lo que hay es la narración de escenas particulares y personas comunes, lo que da como resultado el París humano y cotidiano. Porque incluso cuando acomete la tarea de describir un monumento o edificio, podemos advertir que más que una descripción que intenta ser fiel al original, hay un proceso de apropiación y de libertad para expresar las propias impresiones.

Por otra parte, Nervo festeja a las mujeres parisinas, en lugar de juzgarlas como lo hace Sierra:

> Pero las mujeres son más bellas aún que las flores, elegantes a más no poder, graciosas con esa gracia sutil, cuyo encanto solo poseen las parisienses. […] ¡Qué galería de tipos bellos! Van todas sencillamente vestidas, pero poseen todas ese secreto francés de forjar con un trapo cualquiera una toilette ciudadana chic y suficientemente provocativa. […] Cuántas sonrisas furtivas de rostros, que no se vuelven a ver más que en el vaivén de esta Babilonia de sedas y de pétalos.[52]

Hay otro personaje más que es el sol de París:

[51] *Ibid.*, p. 1443.
[52] *Ibid.*, p. 1394.

> No, el sol no es el mismo, no debe ser el mismo en América y en Europa. Vayan ustedes a hacerme creer que esa mancha amarillenta que broncea apenas las yermas sabanas de las tierras árticas, que describe un segmento de círculo en el horizonte boreal, haciendo que se besen en la boca los crepúsculos y las auroras, es el propio sol que empolla en nuestras playas los huevos del pelícano y del cocodrilo.[53]

Pero si a Sierra este sol que casi no emite calor le provocaba nostalgia por la calidez del sol mexicano, Nervo se regodea en la diferencia y se permite exclamar con el fervor que le caracteriza: "Pero ¡qué bello es ese sol de París!"[54] De esta manera, cuando contempla el crepúsculo describe su belleza en los siguientes términos: "usado, tenue, un crepúsculo de seda vieja, […], un crepúsculo cortesano y ceremonioso. No parecía, sino que los ocasos mismos se habían civilizado y refinado en Francia."[55] Como si incluso los astros se civilizaran y refinaran en París.

Justo sierra y la ciudad lluviosa

Justo Sierra era un hombre maduro, que arribaba al Viejo Mundo cargado de expectativas y que en el caso de París se verían truncadas, rotas, por una cuestión aparentemente muy accesoria: el clima.

En efecto, el París de Sierra es el París lluvioso, en el que aparecen elementos que en ninguno de los otros relatos existen: el lodo, la lluvia y el frío que se mete bajo la piel:

> ¡Aquella lluvia, encajonada entre escaparates de cristal empañados de vaho, entre muros de un gris más triste que una poesía de Balart; aquellas calles en que los coches reinan en medio de un perpetuo salpicamiento de lodo: aquel lodo gelatinoso que parece hecho con una solución de suelas de los zapatos de todo un pueblo; y aquellos edificios negruzcos.[56]

Vemos cómo los elementos que podrían provocar admiración (escaparates, calles, coches, edificios) estaban cubiertos por un manto de grisura

[53] *Ibid*., p. 1436.
[54] *Ibid*., p. 1437.
[55] *Ibid.*
[56] Sierra, *En la Europa latina*, 1984, p. 210.

que les despojaba de toda belleza. La eterna lluvia era la culpable de que Sierra no pudiera arribar al París que siempre imaginó. Es por esta razón que tenemos datos sobre su experiencia de permanecer adentro, mientras se lamenta que ese clima pueda darse en la primavera: "El calor de la chimenea, las danzas de la llama crepitante sobre los tueros carbonizados no me hacían feliz. Al mediodía, ni aquel caliente hogar podía llamarse así para mí: los mexicanos llamamos hogar a un foco de vida donde son los combustibles el cariño y el sol."[57] Estas líneas exudan la nostalgia que siente el autor en esos momentos por México.

Sin embargo, Sierra demuestra auténtico entusiasmo en las páginas dedicadas a su asistencia a una sesión de la Academia Francesa. Se trata de una narración que contiene descripciones detalladas acompañadas de comentarios jocosos. Cuando se encuentra en el interior del recinto nos dice:

> Además de estos hombres había otros, probablemente yo no los vi; yo no veía más que plumas, flores, sombreros y abrigos de pieles más o menos boreales, y entre la nutria y el fieltro, anteojos de teatro u ojos sin nada delante, y esos ojos no hablaban de filosofía, ni de ciencia, ni de literatura, sino de malicia, curiosidad y alboroto; esa es la filosofía y la ciencia de los ojos de las francesas.[58]

Llama la atención que una vez más el autor distingue que las mujeres se hallaban en un lugar que concebía como propio de los hombres y en consecuencia considerara que su presencia erosionaba el carácter elevado del evento, pues este se había teñido con características que él asignaba al sexo femenino: malicia, curiosidad y alboroto.

Una vez que los académicos ocuparon sus lugares, el escritor que era Sierra se desgrana en descripciones tan bien realizadas que los personajes toman vida y se vuelven seres de carne y hueso: Jules Lemaître "es un hombre amplio, de cuerpo, de fisonomía, de mirada, de voz"; "¡Qué cara tan genuinamente francesa y episcopal la de [Gaston] Boissier; más bien cural, de cura de aldea, florida, rozagante, armada de una sempiterna sonrisa, […] rechonchón, bonachón, gastronómico! Daban ganas de faltarle al respeto, pero no a la simpatía"; François "Coppée, femenil, especie de mujer elegante que fue bonita y que aún es coqueta"; Victorien Sardou "viejecito chis-

[57] *Ibid.*, p. 209.
[58] *Ibid.*, p. 212.

peante, especie de brujo o Fausto imberbe de setenta años"; Anatole France "un poco poseur, viéndolo todo como quien no quiere ser sorprendido en pleno trabajo de observación".[59]

Como hombre letrado, Sierra está reconociendo a personajes, lo que le resulta fácil, pues "tanto así nos son familiares sus retratos". Se lo explica muy bien a Marcellin Berthelot en un diálogo imaginario: "Le conozco a usted desde hace muchos años, mi respetado señor", de 35 años, le dice, gracias a que el mexicano y los demás "hombres de su generación" eran "lectores asiduos de la *Revue de Deux Mondes*".[60]

Demuestra con prestancia que, además, es íntimo de las rencillas, conflictos e ideas de los miembros de la academia: que si el profesor Bergeret es enemigo político de Lemaître, que si France es anticatólico ferviente por pesimismo, que si Ferdinand Brunetière disiente con Berhelot… parece disfrutar tanto tener al alcance de la vista a los personajes que ha admirado y conocido desde la distancia que exclama con entusiasmo: "¡diablo de gran país amable en que se ven estas cosas profundamente divertidas!"[61]

Los discursos son seguidos como si de la narración de un partido deportivo se tratase: con agilidad. De un lado la voz apagada del fatigado Berthelot ("Querido grande hombre, ¿por qué no tuvo usted mejor voz?") y del otro la "clara, vibrante, exquisitamente modulada" de Lemaitre.[62]

Y remata: "Se disolvió la reunión en grupos íntimos, y éstos fueron desocupando el salón. Cada uno de nosotros llevaba de seguro una gran materia de pensamientos e impresiones dentro del cerebro; yo, por aquel crepúsculo insolado a lo largo del Sena, me fui devanando lentamente la mía."[63]

Expectativas iridiscentes, bullicio y fiesta, multitudes urbanas, miradas cosmopolitas. A veces, una dosis de desencanto, otras, la confirmación del sueño: la experiencia de ser mexicano y estar en París a finales del siglo XIX y principio del XX.

[59] *Ibid.*, pp. 213-214.
[60] *Ibid.*, pp. 214-215.
[61] *Ibid.*, p. 214.
[62] *Ibid.*, p. 216.
[63] *Ibid.*, p. 218.

FUENTES CONSULTADAS

Galindo y Villa, Jesús, *Recuerdos de ultramar. Apuntes de viaje*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1894.

García Millé, Leonor, "Europa desde Hispanoamérica: los relatos de viaje de 1880 a 1914", tesis de doctorado en Historia, México, UNAM, 2017.

Maynes, Mary Jo, Jennifer L. Pierce y Barbara Laslett, *Telling stories: The use of personal narratives in the social sciences and history*, Ithaca, Cornell University Press, 2008.

Nervo, Amado, "Crónicas de viaje" en *Obras completas. Tomo I. Prosas*, Madrid, Aguilar, 1967, pp. 1377-1424.

_____, "El éxodo y las flores del camino" en *Obras completas. Tomo I. Prosas*, Madrid, Aguilar, 1967, pp. 1425-1481.

Sierra, Justo, "En la Europa latina" en *Obras Completas VI. Viajes*, México, UNAM, 1984, pp. 195-356.

_____, *Obras Completas XIV. Epistolario y papeles privados*, México, UNAM, 1984.

Stevens, Maryanne, "Exposition Universelle: 'This vast competition of effort, realisation and victories'" en Robert Rosenbaum, Maryanne Stevens y Ann Dumas, *1900: Art at the crossroads*, Londres: Harry N. Abrams, 2000, pp. 54-71.

Schwartz, Vanessa R., *Spectacular realities. Early mass culture in fin-de-siècle Paris*, Berkeley, University of California Press, 1999.

DE NUEVA YORK A PARÍS. IGNACIO MARTÍNEZ ELIZONDO, *FLÂNEUR* MEXICANO

Rosa María Talavera Aldana

Entre los nueve o diez libros de viajeros mexicanos del siglo XIX que dejaron constancia de su recorrido por el mundo, Ignacio Manuel Altamirano menciona, en la introducción del *Viaje a Oriente* de Luis Malanco, el de Ignacio Martínez Elizondo, médico, militar y trotamundos tamaulipeco, que publicó, no uno, sino tres libros sobre sus viajes. El primero, editado en París en 1883 con el título *Recuerdos de un viaje por América, Europa y África*, lo dedicó a sus padres y "al sabio y bondadoso maestro" Eleuterio González. Las dos obras posteriores: *Viaje Universal*, que apareció en Nueva York, y "Alrededor del mundo" en su periódico *El Mundo*, ambos en 1886, donde el doctor Martínez relata sus aventuras por varios países:

> La política lo expatrió el año de 1870; desde entonces cuando no está confinado en lugares cercanos a la frontera, viaja por Europa o da la vuelta al mundo […]. Interviene en el Plan de la Noria y en el de Tuxtepec, y desafortunado en las dos, deja las armas para ejercer la medicina, que le produce para sus viajes, y para editar dos libros, lujosamente impreso el de 1884, más modesto el segundo, y a nuestro parecer de mayor interés.[1]

Por sus convicciones acerca del principio de No reelección, rechazó los planes de Porfirio Díaz y, en 1878, renunció al ejército mexicano con el grado de general, obtenido en la lucha de Tuxtepec. A partir de esa fecha se convirtió en enemigo declarado del gobierno de Díaz y lo combatió con la pluma desde la frontera norte, en las páginas de *El Mundo*, periódico que

[1] Teixidor, *Viajeros mexicanos*, 2002, p. 91.

fundó en Matamoros. Con esta estrategia pretendía organizar un levantamiento armado con rebeldes de Tamaulipas y Texas. Su postura subversiva lo convirtió en blanco de las agresiones por parte de los aliados de Díaz. Después de sobrevivir a dos atentados, decidió cruzar la frontera, hasta donde llegaron sus enemigos para asesinarlo en 1891. Debido a que es un personaje casi desconocido, a pesar de su intensa vida como militar y viajero, considero importante revivir una parte de sus andanzas como trotamundos. En esta ocasión me refiero a dos grandes ciudades: Nueva York y París, que Ignacio Martínez y otros trashumantes revivieron en sus escritos con múltiples miradas. Las experiencias y conclusiones del viajero se complementan con las peripecias de otros viajeros, reales e imaginarios.

Ignacio Manuel Altamirano señalaba que los mexicanos viajaban y escribían poco sobre sus impresiones de viaje porque "en nosotros la apatía característica es producto de la educación singular que se dio en un nuestro pueblo durante 300 años". Como liberal mexicano en el estudio de lo propio, Altamirano juzgaba que la etapa colonial, periodo de esclavitud y explotación, era el principal motivo de la indolencia del mexicano. La educación asentada en la cultura europea determinó, en Ignacio Martínez, así como en otros viajeros mexicanos, el deseo de buscar en otros países la respuesta a la problemática de su patria, según las reflexiones señaladas en el libro.

El doctor Martínez planeó durante meses su viaje por tres continentes, divulgó la noticia entre amigos y parientes, consiguió cartas de recomendación y se comprometió a visitar algunas personas que vivían en los lugares que visitaría. Abandonó Tula, población situada en la sierra de Tamaulipas, en abril de 1875, rumbo a Guadalajara, en un carruaje tirado por caballos, donde continuó en diligencia hacia a la ciudad de México. Altamirano señala que en tiempo de lluvias, el recorrido se hacía en quince días, en tiempo de seca el recorrido se hacía en ocho. Los avances tecnológicos europeos todavía no llegaban del todo a México donde los medios de transporte, como el ferrocarril y los navíos, aparecieron tarde.

En la capital halló "un valle encantador", con dos elevadísimos volcanes coronados de nieves perpetuas rodeando "una población privilegiada" y, ante el bello paisaje, escribe: "Si Milton hubiera conocido el valle de México, le habría tomado por modelo de su *Paraíso perdido*."[2] El primer día los dedicó a visitar a su querido amigo Ireneo Paz. La alegría del encuentro se transformó en sorpresa por una mala noticia: "Al leer *El Monitor Repu-*

[2] Martínez, *Recuerdos de un viaje*, 2008, p. 98.

blicano encontré […] la horrible noticia de que Catalina Nervo fue muerta por su marido el coronel San Martín […]. ¡Aquella mujer llena de vida y de hermosura, que por venir en una diligencia más rápida que la mía, me precedió un día en la llegada a México, estar en un sepulcro!"[3] Permaneció en la capital una semana: se encontró con amigos, caminó por calles, plazas, visitó templos y llegó hasta el Palacio Nacional.

Prosiguió su recorrido hacia el puerto de Veracruz, donde encontró una "población excesivamente calurosa y malsana", pero con una pequeña y hermosa plaza donde por las noches se reunían las familias para escuchar la serenata. Como médico interesado en su profesión, visitó los hospitales, bien atendidos, con todo lo necesario y hasta con cierto lujo, como el hospital militar con piso de mármol. En contraste, nos describe la centenaria fortaleza construida por los españoles en 1519, con el estilo llamado "traza italiana":

> Frente a la ciudad y como a 700 metros dentro del mar, sobre un islote se levanta apenas el achatado castillo de San Juan de Ulúa, de aspecto triste y repelente, que sostiene un faro y sirve de prisión. La vista de sus calabozos, *Las Tinajas*, oscuros, húmedos e infectos, hace desear la muerte antes que morar en ellos. Ulúa, la *Bastilla de México* es ridículo como fortaleza e infame como prisión.[4]

Tres días después abandona el puerto y su país en el vapor City of Merida, con rumbo a Cuba, la isla más grande de las Antillas, que describe con admiración: "La bahía de esta capital es hermosísima y concurrida por embarcaciones de todos los puertos […]. La entrada del puerto, que en opinión de algunos es el mejor del mundo, está defendida por el castillo del Morro que ostenta un hermoso faro, por el fuerte de la Punta y otras ciudadelas, baterías y castillos de aspecto formidable."[5] El también conocido como castillo de los Tres Reyes, con una posición estratégica, había sido construido en un cerro en 1585 durante el periodo imperial de España, pero no representó para Ignacio Martínez la violencia criminal de Ulúa, sino el símbolo de esta isla. Su estancia fue breve, pero interesante. Al recorrer las calles de La Habana, le sorprendió encontrar una población

[3] *Ibid*., p. 96.
[4] *Ibid*., p. 102
[5] *Ibid*., p. 104.

formada por una mezcla de razas; lo mismo se cruzaba con esclavos negros, mulatos, "gente blanca", que con orientales. Descubrió en Cuba una tierra rica y atrayente, así como bellas mujeres que "son un peligro para el viajero". Pensaba que la calidez del clima formaba el temperamento humano: "Los habitantes de tierra caliente son francos y afectuosos, leales, dicen lo que sienten, abren los brazos al amigo y desdeñan sin rodeos al enemigo."[6]

Tomando en cuenta los parámetros de sus contemporáneos, la percepción del doctor Martínez contradice el desprecio de su paisano Francisco Bulnes, para quien los negros eran casi animales: "Es necesario buscarlos en África mezclados con los leones, incrustados en las tribus y probando por sus actos su descendencia de un marsupial antiguo."[7] El ingeniero Bulnes, miembro relevante del grupo conocido como "los científicos", fue nombrado historiógrafo de la comisión mexicana enviada a Japón por el supremo gobierno, para observar el tránsito de Venus por el disco solar, según aparece en la portada de su libro *Sobre el hemisferio norte. Once mil leguas*, dedicado al entonces presidente Sebastián Lerdo de Tejada. Bulnes ignoraba entonces que en 1915 viviría exiliado en Cuba, desde donde, sin lograrlo, pretendió trasladarse a Nueva York. Siempre polémico, defendió los conceptos de superioridad e inferioridad de las razas basadas en los procesos de alimentación.

El 13 de mayo de 1875, Ignacio Martínez se embarcó rumbo a Nueva York, en una travesía que duró cuatro días, "rápida y feliz", a pesar de los mareos y malestares comunes durante el transcurso del viaje. Al arribar al gran puerto, recordó que cinco años atrás, y en circunstancias adversas, había conocido la gran metrópoli: "En 1870, expatriado por asuntos políticos, residí un tiempo en Nueva Orleans, y después tuve ocasión de recorrer la mayor parte de las grandes ciudades de la Unión Americana […]. Nueva York, Filadelfia y Washington, fueron visitados por mí con febril ansiedad."[8] Cinco años después, persistía su admiración por la esplendidez de los edificios y el movimiento comercial. Al transitar por la que llamaba calle ancha, comenta:

> Eran como a las seis de la tarde [...] Era una especie de marcha de ocho o diez personas de frente por cada acera, rivalizando hombres y mujeres en el gusto

[6] *Ibid*., p. 107.
[7] Bulnes, *Sobre el hemisferio norte*, 1875, p. 24.
[8] Martínez, *Recuerdos de un viaje*, 2008, p. 66.

> y la pulcritud de sus trajes; esperé media hora, una, casi dos horas […] hasta que riéndome de mi propia candidez, comprendí que era la afluencia ordinaria de gente en esta gran arteria de Nueva York que se llamaba Broadway.[9]

En 1847, otro mexicano, Justo Sierra O'Reilly, reconocido historiador, escritor y periodista, había visitado esta ciudad en una misión diplomática, para lograr que las autoridades navales de esta nación permitieran a los comerciantes yucatecos llegar a puerto, porque se habían apropiado de la isla del Carmen. Además, buscaban el apoyo de los estadunidenses en su lucha contra los mayas, durante la llamada guerra de Castas. Sobre esta visita al vecino del Norte, Sierra escribió *Viaje a Nueva York* donde detalla personajes, impresiones e interesantes referencias históricas: "La isla de Nueva York, o de Manhattan, según la llaman las antiguas tribus aborígenes que solían refluir allí en sus grandes cacerías, es una de las situaciones más bellas y felices que pudieran presentarse en el mundo entero. La ciudad y el condado de Nueva York están sobre esta isla, que con razón excitó la codicia de los primeros pobladores."[10]

Los que recorren el Nuevo Mundo han encontrado en la ciudad de Nueva York una especial atracción, por lo que se la ha reconocido con diversos nombres. Sierra la considera la "metrópoli de Estados Unidos" por su importancia comercial, *Empire State* por su riqueza y proporciones colosales. Más tarde, será la ciudad de los rascacielos. Los primeros de estos impactantes edificios se erigieron después de la guerra civil, cuando la economía creció y el suelo urbano alentó la construcción de inmuebles más altos. En 1870, en Broadway se construyó el Equitable Life Building, el primer edificio de oficinas con 40 metros de altura y ascensores para pasajeros. Descrito como a prueba de fuego, fue destruido por un incendio en 1912. Segundo en antigüedad, sería el Tribune Building, concluido en 1875; consistía en una torre de 79 metros rematada por un reloj. Este mismo año, cuando nuestro personaje transitaba por sus calles, el reverendo Thomas de Witt, líder prominente en Estados Unidos durante la segunda mitad del siglo XIX, predicaba para grandes audiencias en el Tabernáculo de Brooklyn. Aunque se le llamaba *pulpit clown*, payaso del púlpito y *mountebank* embaucador, logró con sus sermones que se reconociera a Nueva York como la Nueva Gomorra, por la vida pecaminosa y criminal de sus habitantes.

[9] *Ibid*., p. 111.
[10] Sierra, *Viaje a Nueva York*, 2010, p. 23.

Para nuestros viajeros, el panorama que ofrecía la metrópoli resultaba muy atractivo. A pesar de los 28 años de diferencia entre las visitas de Sierra y Martínez, encontramos cierta semejanza en su percepción sobre la espectacular calle de Broadway, la zona que encontraron más atrayente. Para Sierra era: "La inmensa arteria que se prolonga de un extremo al otro de la ciudad […] la gran calle llamada *Broadway* […] el formidable estruendo que sale de la inmensa multitud de carruajes y de gentes de a pie […] el primor y la elegancia […] todo eso hace de *Broadway* una de las primeras calles del universo."[11] Por su parte, Bulnes admiró el comercio "como el agente más enérgico para perfeccionar la vida". En cuanto a la calle de Broadway, emblema del poderío económico, su pensamiento positivista la refiere así: "Desde los suburbios de la ciudad se presiente el Broadway, con sus lujosos almacenes, sus grandes hoteles, su legión de Bancos y su infinidad de anuncios."[12] Para Martínez, más sensible a otros valores, la vida de los neoyorquinos, llena del lujo y comodidad, influye de manera negativa en su comportamiento:

> Innumerables caballeros y señoritas ataviadas con trajes costosísimos […]. Los teatros y los templos, si no muy espaciosos, son modernos y de mucho gusto […]. Los hoteles son soberbios y se encuentran en ellos todo el lujo y confort del siglo […]. La vida en esta ciudad puede decirse que es de hotel […]. Lo que esta vida de hotel influya en las costumbres y moral en general, es fácil adivinarlo […] ya que la mujer se encuentra libre de todas las tareas domésticas.[13]

Junto a la multitud que deambulaba por las calles, la mirada del médico viajero se detuvo en las mujeres, en las neoyorquinas, que le parecen elegantes, bellas y desinhibidas. Sus consideraciones, propias de un hombre culto y moderno, ponen de manifiesto que los espacios femeninos en México eran aún la casa y la cocina. Esta libertad llamaba la atención a los mexicanos porque la mujer, de todas las edades y cualquiera que fuera su estado, andaba sola por todas partes, como él comenta. En cambio, su compatriota Francisco Bulnes admiró un año antes con sorpresa a la mujer estadunidense:

[11] *Ibid*., p. 30.
[12] Bulnes, *Sobre el hemisferio norte*, 1875, p. 45.
[13] Martínez, *Recuerdos de un viaje*, 2008, p. 112.

> Pero sobre esta epopeya de la piedra, del fierro y del papel moneda tan bien sentida por los dioses de finanzas, aparece la mujer con la libertad como condición de su cultura, con la hermosura como prerrogativa de su raza […]. ¿Qué leyeron en la historia para adquirir esas costumbres purificadas de la hipocresía moderna, que envuelve la hermosura en un sudario y mutila la voluntad, estrellándola en la concepción de un falso pudor social?[14]

Alberto Lombardo, otro mexicano que en 1883 anduvo por esta ciudad, nos muestra su censura al señalar que el desenfado de las neoyorquinas le resultaba poco atractivo porque dice: "las mujeres son muchas y todas mandan en vez de ser dirigidas". En la belleza rubia de las féminas encontraba cierto aire masculino porque no tenían conocimientos estéticos. Y con nostalgia concluye: "Se extraña el semblante dulce y seductor de nuestras mujeres meridionales."[15]

Después una semana de transitar por calles, plazas, templos, teatros, donde el doctor Martínez encontró elegantes hoteles con "todo el lujo y *confort* del siglo" y grandes avances, informa: "Varias líneas de ferrocarriles aéreos que cruzan en toda su longitud la ciudad; están los rieles al nivel del techo de las casas, sostenidos por gruesas y elegantes columnas de hierro."[16] Antes de partir, decidió visitar en Brooklyn el extenso y grandioso cementerio de Greenwood donde los nichos, el verdor, los lagos y los monumentos se mezclaban. Fundado en 1838, en un estilo gótico y majestuoso, representaba la aspiración de todo neoyorquino de terminar sus días terrenales en este espacio. También fue importante para la historia del país porque en 1776, durante la guerra de secesión, se libró ahí la batalla de Brooklyn, motivo por el cual en 2006 se le otorgó el título de National Historic Landmark. El otro visitante, Sierra O'Reilly, lo describe así:

> Otro objeto que atrae al viajero a la ciudad de Brooklyn, es el vasto cementerio conocido allí con el nombre de *Green Wood Cementery*. Desde la colina en que está situado se divisa una vista imponente, magnífica y superior a cualquier descripción. El majestuoso Atlántico, surcado por una multitud de embarcaciones, no es el objeto menos interesante de este majestuoso golpe de vista. Para visitar el cementerio es preciso tomar un asiento en la diligen-

[14] Bulnes, *Sobre el hemisferio norte*, 1875, p. 47.
[15] Lombardo, *Los Estados Unidos*, 1884, p. 114.
[16] Martínez, *Recuerdos de un viaje*, 2008, p. 116.

> cia que sale de Brooklyn cada hora, pagándose por el asiento doce y medio centavos. El *Laurel Hill* de Filadelfia apenas es superior a este cementerio, y aun en algunos puntos no llegue a competir.[17]

El Garden o Rural Cementery era considerado el segundo en extensión en Estados Unidos. Se terminó de construir en 1839 y competía con el de Nueva York en monumentos, obeliscos y esculturas. Pero Martínez prefiere la quietud, el espacio y la naturaleza de Greenwood:

> Nunca había visto el lugar del último descanso con un aspecto tan poético y tan risueño […] sentí tal afecto a aquel sitio que hubiera querido no moverme más de allí. Deseaba que las cenizas de mi padre tan querido, mi adorada madre y mi inolvidable amigo Platón Sánchez estuviesen reunidos en aquellos misteriosos nichos […] un lugar al que me había llevado la curiosidad del turista y de donde volvía con el corazón oprimido por los recuerdos.[18]

Por la tarde abordó un vapor de lujo, donde fue colmado de atenciones, fina vajilla y "manjares en la mesa". Al alejarse contempló a unas tres millas de distancia la bahía que le pareció "imponente y grandiosa". La verdadera aventura del viaje –la conciencia del mismo– comenzaría para el tamaulipeco en Europa. Durante su trayecto a Inglaterra disfrutó de la amable compañía de otros viajeros; navegaban en un barco muy grande, en compañía de señoritas y caballeros que alegraron los diez días de viaje, durante el recorrido de 4 270 kilómetros hasta Liverpool, uno de los puertos "más frecuentados del mundo". Compartió un servicio "regio" en la mesa, tanto por la vajilla como por los platillos, y un salón de recreo "espacioso y magníficamente amueblado y con un excelente piano". Al pasar frente a las costas de Irlanda, las encontró: "Formadas de pequeños cerros y lomas cortadas a pico en cuyas cimas ostentan blancas casitas […]. ¡Qué distintas son estas costas de las de México, generalmente arenosas y áridas! [...]. Estoy muy contento porque he vuelto a ver tierra."[19]

Al llegar al puerto de Liverpool, que según sus cálculos tendría unos 600 000 habitantes, un gran movimiento comercial y buenos edificios, empezó su confusión ante la "turba" de empleados aduanales que revisaban el

[17] Sierra, *Viaje a Nueva York*, 2010, pp. 133-134.
[18] Martínez, *Recuerdos de un viaje*, 2008, p. 119.
[19] *Ibid*., p. 126.

equipaje. En ese tiempo, el tabaco, puros o cigarros, pagaban altos impuestos y los viajeros los ocultaban en su equipaje, así que los empleados del fisco lo revisaban minuciosamente. Para fortuna del doctor, el encargado de limpiar su camarote, le pidió unas monedas para compensar al empleado de la aduana y evitar el traslado de sus pertenencias. Dejando el asunto atrás, le sorprendió encontrar un empleado que "con apariencia de *gentleman* se dejase comprar por cuatro reales […]. Y esto pasa en la nación modelo".[20]

Durante su camino hacia Londres, recorrido que realizó por tren, el mexicano reflexionó sobre Inglaterra porque los que iban "por primera vez de América", hallaban en este país, durante sus paseos por las calles, que las costumbres, trajes, frutas y monedas, eran muy diferentes. A pesar de los días grises y lluviosos decidió conocer la población. Acompañado con un guía para facilitar la comunicación, vio bancos, criptas, iglesias, museos y diversos espacios. Finalmente, lo llevaron a la terrible Torre de Londres, donde miró con asombro la fastuosidad de las joyas y escuchó con interés la terrible historia del lugar y, acreditando su espíritu republicano, concluyó: "¡Cuánto crimen y cuánta sangre aglomerados en este fatídico lugar! Esa es generalmente la historia de las monarquías; matar a los de la familia para heredar la corona: matar al pueblo para reinar."[21] Y tras la ruta de los reyes, decidió visitar el palacio de Windsor, a 22 millas de Londres, residencia de la familia real. El edificio le pareció "sólido" pero, le pareció tétrico y sin atractivo. Siempre inquieto, y para aprovechar el viaje, por la noche visitó los Cremorne Gardens, lugar frecuentado por los libertinos y extranjeros, donde la gente respetable "no pone allí los pies". Por otra parte, tampoco podía faltar al Covent Garden, teatro al que concurría la familia real, donde tuvo la fortuna de escuchar una espléndida presentación: "La noche en que yo estuve se daba la ópera La Traviata, haciendo el papel principal Adelina Patti."[22] La soprano italiana, la *prima donna* de la ópera, reconocida como la cantante más brillante de su tiempo, recibió "frenéticos aplausos" de la exigente sociedad inglesa.

Para el doctor Martínez, admirador de la lengua y la cultura francesas, el idioma inglés sería uno de los problemas que enfrentó en Inglaterra. Recorrió varios hoteles para encontrar alojamiento sin lograrlo. Después concluyó que probablemente, ellos le contestaban *I don't understand*, y él

[20] *Ibid*., p. 133.
[21] *Ibid*., p. 155.
[22] *Ibid*., p. 168.

traducía: no hay cuarto. De ahí que decidiera acompañarse de un *cicerone* durante su recorrido por la capital inglesa. Después de una semana, abandonó este país que no despertó su entusiasmo. No sólo no entendió el idioma, sino que no simpatizó con sus habitantes, ni disfrutó su cocina o el clima. Al continuar su viaje hacia París, compartía la opinión de Mallarmé: "Los ingleses, como las habitaciones de un hotel de lujo, me parecen todos iguales."[23] Después de ocho días en Londres, por la mañana abordó el tren de Dover para navegar en uno de tantos "vaporcitos" que atravesaban el Canal de la Mancha. Durante el trayecto reflexionó acerca de la vida en los pequeños pueblos y en las grandes capitales, habitadas las últimas por millones de personas: "En la moderna Babilonia… pero ninguno es mi amigo […] ningún edificio es mío […]. Muchas veces de joven oí el adagio de que más vale ser cabeza de ratón que cola de león."[24] El movimiento de la embarcación provocaba mareos entre muchos de los pasajeros, pero, para su sorpresa, nuestro viajero, tan proclive a sufrirlos, no los padeció porque la idea de que iba a conocer París lo tenía gratamente distraído. Su alegría era tan intensa como la de un enamorado en su luna de miel.

El viaje a París nos permite conocer la poética viajera de este mexicano. Su propósito desinteresado y su enfoque positivista, pretendía ofrecer a sus lectores una visión sobria y sin prejuicios políticos. Martínez viajó a la Ciudad Luz ocho años después de la victoria de Benito Juárez sobre las tropas de la intervención francesa, aventura imperial de Napoleón III. Descubrió una ciudad que representaba lo que "el paraíso es para los mahometanos en nuestro siglo". La capital francesa ya había padecido los trabajos radicales de George Eugéne Haussmann quien, de 1852 a 1879, le dio la apariencia monumental que hasta hoy conocemos. A él se deben, entre otras cosas, la apertura de los grandes bulevares así como la remodelación de dos parques: el de Boulogne, antiguo bosque de Rouvray convertido en reserva real de caza hasta 1852, cuando Napoleón ordenó la construcción del parque con variada vegetación y dos lagos situados a diferentes niveles unidos por una casada. Mientras el parque Monceau se realizó por disposición de Felipe de Orleans, espacio conocido entonces con el nombre de *Follie de Chartes* porque el duque decidió edificar pequeñas réplicas de obras de otras culturas, entre ellas, una pirámide egipcia, un molino holandés y un templo romano. En 1778, tras adquirir varios terrenos cercanos, el par-

[23] Monteleone, *El relato de viaje*, 1999, p. 93.
[24] Martínez, *Recuerdos de un viaje*, 2008, p. 184.

que alcanzó 12 hectáreas, su máxima extensión. Años más tarde, en 1860, la ciudad de París compró el parque y luego vendió la mitad para diversas edificaciones, y fue gracias al barón Haussmann que la otra mitad fue inaugurada como parque público por Napoleón III en 1861. Parte de su fama se debe a los cuadros que Claude Monet pintó entre 1876 y 1878.

Por tanto, Martínez llegó a un París rutilante hecho para el paseo. El centro de su atención, el alma de su recorrido sería, "la ciudad luz", de la que estaba al tanto "porque había sido escrita". Era la "Babel de arcos y escaleras" de Charles Baudelaire.

A las seis de la tarde nuestro trotamundo llegó a la capital de Francia, que lo era del mundo elegante y de los placeres. Se instaló en el bulevar de Montmarte, el corazón de la urbe, desde donde contempló regocijado oleajes de seres humanos a los que consideró los más elegantes del mundo. Y afirma emocionado que París era el Edén terrestre que todos anhelaban conocer y habían deseado disfrutar, donde: "El excéntrico hijo de la nebulosa Albión, el acaudalado estadunidense, el taciturno habitante del Celeste Imperio, el vivaz cubano, el locuaz portugués, el español adusto y altivo, el bullicioso y alegre italiano, todos concurren a esta capital a derrochar sus fortunas en cambio de refinadísimos placeres."[25]

Por la tarde se apresuró a recorrer los bulevares, gran atractivo de la época, concurridos a todas horas: "Por una multitud de personas entre las que figura desde la duquesa y aristócrata *cocotte*, y desde el *dandy* y el rico negociante hasta la humilde obrera y el desheredado jornalero […]. Apenas puede imaginarse un conjunto más variado, hermoso, rico y deslumbrador que la concurrencia que se ve en los *bulevards* de París."[26] El bulevar es una amplísima calle que corre entre elevadas y sinuosas moradas, con dos espaciosas aceras retiradas de los edificios, sombreadas por una doble hilera de frondosos árboles, con mesitas y asiento desde donde se recreaba la vista. Eran largas avenidas que se transformaban según la hora:

> De las ocho a las doce del día, los concurrentes a los restaurantes y cafés, son los lectores de periódicos, las jóvenes que a la *negligé* visitan las tiendas, cajones y aparadores en busca de guantes, adornos y novedades de la moda, y los lechuguinos de sorbete levita azul o negra y pantalón claro, que recorren aquel lugar con ese aire aristócrata y familiar que se observan en

[25] *Ibid*., p. 189.
[26] *Ibid*., p. 108.

> las estaciones balnearias. De mediodía a las cinco de la tarde, el ruido y la concurrencia, sobre todo masculina, aumenta en los cafés […]. Las seis de la tarde es la hora sacramental para la *cocotte* parisiense; puede malgastar el día de cualquier manera, pero llegada la hora necesita reunir todos sus hechizos, hacer uso de todos sus encantos para conquistar, sin mostrar tal deseo, un compañero para la comida.[27]

En París, estas féminas no le produjeron la desagradable impresión que sintió ante "la espantosa prostitución" londinense. Las parisinas lucían bellas y elegantes, no mostraban la desoladora miseria de las inglesas.

Aunque la palabra *boulevard* procede del término holandés *bolwerc*, esto no impediría que el vocablo en francés se convirtiera en la identidad luminosa de París. Las nuevas arterias comunicarían el corazón de la ciudad, dando agilidad al movimiento entre las estaciones; habría además vías estratégicas para dar acceso al ejército y comunicar los cuarteles con los arrabales. Se abrieron las calles de París para que circularan las ideas, pero ante todo, para que desfilaran los soldados. Así embellecieron al París de todos. La *Guía ilustrada de París*, editada en 1852, describe los bulevares interiores.

> Largas galerías revestidas de mármol y con cubiertas de cristal que atraviesan enteros edificios […] donde el comprador más exigente encontrará cuanto necesite… Un aspecto externo y periférico de la ambigüedad de los pasajes nos lo da su gran número de espejos, ampliando con ello los espacios, como sucede en un cuento de hadas, […] dificultando nuestra orientación.[28]

El espíritu de frivolidad y alegría que los identificaba, se debía a los teatros con música, bailes y piezas ligeras que divertían a sus asistentes. Durante el siglo XIX los bulevares fueron el sitio del carnaval de París. Pero no sólo estas avenidas atraían a multitud de paseantes. También los Pasajes resultaban tanto o más atractivos, porque ahí se reunían los viandantes cuando llovía o el clima era difícil, además de ser un lugar agradable para el encuentro entre amigos o parejas. Para Benjamin se destruía para construir:

> Aquí se ha levantado todo un nuevo pasaje para el París que está a la última moda, ha venido a esfumarse al mismo tiempo uno de los pasajes más

[27] *Ibid*., pp. 107-109.
[28] Citado en Benjamin, *Obras*, 2015, p. 1333.

> antiguos con que contaba la ciudad, el famoso pasaje de la Opera, que ha tragado la prolongación del boulevard de Haussmann hace poco [...] En la vitrina de una librería mezclan manuales libertinos con piadosas estampas de colores, o de aquel grabado de Napoleón a caballo en el campo de Marengo, junto al grueso volumen de Memorias de una camarera de palacio.[29]

En el París de la *Belle Époque* nació el *cabaré*, y los escenarios musicales con un ambiente muy parisino. La música de comedia, el teatro y la danza contaban además con diversos salones para bailar. La atracción por lugares de moda llevó al tamaulipeco, que gustaba del baile, al salón Mabille. Conocido como Bal Maville o Jardin Mabille, era un sitio al aire libre, que en 1831 inauguró uno de tantos maestros de danza para sus alumnos, y más tarde se convertiría en un famoso jardín de baile. En 1844 se abrió al público, cuando *monsieur* Mabille, conocido también como Père Mabille, inició con su hijo una arriesgada aventura que resultó ser el más atractivo espacio de danza en París. Equipado con 3 000 lámparas y coloridos globos de vidrio entre los árboles, muy moderno para la época, permanecía abierto hasta la noche. Los asistentes pagaban precios altos y pocos podían disfrutarlo. Durante un tiempo atrajo a los extranjeros que buscaban bellas mujeres y a los caballeros que ahí se encontraban con sus amantes. El vestuario, las joyas y algunos bailarines profesionales contratados, entretenían a la concurrencia e invitaban a seguir la música. Entre las danzas se introdujeron la polka y el cancán, se dice que ahí se inventó y dieron renombre al lugar donde todos aplaudían, bebían y eran felices, aunque otros nada más asistían para ver y ser vistos. Su fama se mantuvo activa durante varias décadas y finalmente cerró. Sin embargo, no pasó por completo al olvido, porque apareció en diversas obras literarias. Balzac, entre otros, menciona Bal Mabille en *La comedia humana*, como el lugar que frecuentaban varios escritores; lo mismo hace Hans Cristian Andersen en uno de sus cuentos y en la ópera *La Bohème* de Puccini también aparece.

Bal Mabille declinó en 1875, pero Ignacio, nuestro viajero, tuvo la suerte de conocerlo y lo describe con gran admiración. Asistió por la noche, invitado por un amigo, al lugar donde la concurrencia a este mágico recinto era aristocrática y selecta, entre la gente de costumbres "alegres y ligeras". Todo el verano había fiestas y fuegos artificiales: "Las *coccottes* hechizan con sus *toilettes*… ¡Qué delicado y artístico estudio el de esta nación para reunir

[29] *Ibid*., p. 1330.

en tan corto espacio todos los encantos del mundo, todas las seducciones del arte, todos los perfumes de la tierra y toda la poesía de la vida!"[30] En las polkas, valses y piezas por el estilo no encontró nada característico, pero todo cambió al sonar la cuadrilla, porque la música, los danzantes y la concurrencia iniciaron un baile con cabriolas, saltos y dengues, se dejaban caer violentamente hacia adelante, y quedaban en el piso como despernados y, no bien caían, se levantan entre atronadores aplausos. Fue en este lugar representativo de la bohemia, donde el mexicano halló el corazón de la ciudad. "Es en Mabille, en este recinto de luces y de aromas, de mujeres y de armonías, en el que la poesía y el cancán están tan hermanados, donde comprendo a París […]. A París no le puede cantar Victor Hugo; la única que le puede hacer conocer es la vagabunda, caprichosa y atronadora música de Offenbach […] el filósofo que ha comprendido París."[31]

Pero París no sería solamente el lujo y la vida nocturna, el andariego pretendió ver lo que ofrecía la jornada diurna. Así, acompañado de "un *cicerone* francés" recorrió El jardín de las Tullerías, los Campos Elíseos, entre otros lugares. Después de bajar del Arco del Triunfo se dirigió al Panorama titulado "Asedio de París". El panorama o ciclorama se considera arte de la revolución industrial y consistía en gigantescas pinturas circulares con una visión central de 360 grados, en los que se mezclaba el arte y la técnica. Emmanuel Philippoteaux, francés especializado en pinturas históricas, realizó gran número de panoramas, entre ellas, un conjunto de pinturas sobre las batallas napoleónicas. Era el momento en que la arquitectura comenzaba a independizarse del arte en las construcciones de hierro y la pintura lo hacía, asimismo, en los panoramas. Al inicio, Martínez no entendía por qué el guía lo instaba visitarlo y pensó que lo tomaba por un muchacho que se interesaba por ver un simple panorama, y de día, cuando hasta en las ferias y fiestas de los pueblos los había visto. Y al encontrarse en una elegante rotonda de los Campos Elíseos, le sorprendió ver, de pronto, un París cubierto de nieve y en pie de guerra:

> Aquí no hay lienzos, ni biombos, ni lentes, es el aire, es la luz del día; son las calles de París, sí, sus edificios, sus casas incendiándose… sus fuertes cañones ennegrecidos… montones de cadáveres… Esto es mentira, me decía yo, es un simple panorama, me lo han dicho y tengo la conciencia de ello, y sin

[30] Martínez, *Recuerdos de un viaje en América, Europa y África*, 2008, p. 195.
[31] *Ibid.,* p. 196.

> embargo, veo, palpo, puedo decir los objetos. No sé dónde acaba la realidad y donde comienza la ilusión. El terreno que piso y los primeros objetos que me rodean son reales y efectivos, los de más lejos…me parece lo mismo [...] Este panorama, *Defensa de París*, es la más portentosa falsificación de que se puede hacer de la Naturaleza.[32]

Ante la insistencia del guía, a quien llama *cicerone*, visitó el jardín de aclimatación, porque como facultativo debía tener afición a la botánica y a la zoología. Caminaron por la avenida de los Campos Elíseos, luego por la avenida Uhrich hasta llegar al jardín ubicado en los terrenos del bosque de Boulogne e inaugurado por Napoleón III en 1860, con la finalidad de naturalizar en Francia animales, plantas y flores exóticas, útiles o de simple adorno. Después de recorrer invernaderos, edificios, el *Aquarium*, y estar al tanto de arbustos, orquídeas, monos, focas y otros animales, abandonaron el lugar. Salieron por la puerta de Maillot hacia el Arco del Triunfo y la avenida Hortencia para visitar el parque Monceaux que Felipe de Orleans, duque de Chatres, había mandado construir en 1778. Escenario de varios eventos a través de los años, lo compró la ciudad de París durante la Restauración, aunque la mitad de su terreno se vendió para construir edificios. Finalmente, Napoleón III lo inauguró como parque semipúblico en 1861. Por esto, el mexicano pudo disfrutar: "Un delicioso jardín, limitado por una reja dorada cuadrangular que presenta cuatro fuentes colosales y artísticas portadas, y encierra en su recinto uno de los lugares más poéticos y umbríos."[33] Siempre dispuesto a transitar por las calles parisinas para descubrir y disfrutar de la ciudad, nuestro viajero visitó el templo de San Agustín, con su cúpula del siglo XIV y un pórtico del siglo XII. Ante la variedad de estilos arquitectónicos, encuentra que resultaba agradable por la belleza del pórtico, las columnas, las linternillas y capiteles. Sin embargo, cuando el guía le propuso visitar otros templos, el doctor Martínez le dijo que, al parecer, lo tomaba por un ortodoxo y que se iba a llevar un chasco, porque él era el hombre más incrédulo del mundo. A lo cual el guía contestó: "Yo enseño a usted estos edificios como obras de arte […]. El que como usted quiere conocer París, es preciso que lo estudie tanto en los *boulevards* como en los museos, lo mismo en Mabille que en *Notre Dame*."[34] Así que fueron a la

[32] *Ibid.*, pp. 201-202
[33] *Ibid.*, p. 211.
[34] *Ibid.*, p. 212

Capilla Expiatoria, pequeña y artística, en forma de cruz, con unas lápidas mortuorias simuladas para señalar lo que fue el cementerio de la Magdalena, en época de la revolución de 1792, lugar en el que fueron sepultados los restos de Luis XVI y de María Antonieta. Exhumados 21 años después y como un recuerdo del lugar que ocuparon, se levantó esta capilla en 1826. El espacio resultó conmovedor para el mexicano:

> En el interior están dos grupos de mármol blanco, el uno a la derecha, Luis XVI subiendo al cielo, el ángel que lo sostiene le dice estas palabras "Hijos de San Luis, sube al cielo". El otro grupo de la izquierda representa a María Antonieta sostenida por la religión. La impresión que me causó esta capilla fue profunda, y no pude menos de tener piedad de tan infortunados monarcas, no obstante ser republicano de corazón.[35]

Por la noche, asistió al teatro de la Porte Saint-Martin, uno de los más grandes de este bulevar, construido en 1781 para albergar la Académie Royale du Musique, que después sería la Ópera Nacional de París. En 1802 se reabre como teatro, aunque se cerró en varias ocasiones y se incendió en 1870, durante la Comuna de París, para finalmente reconstruirse en 1873. En este lugar, al que no podía faltar, se representaba *La vuelta al mundo en 80 días*, un espectáculo sorprendente con "una *mise de scéne* costosísima", asegura, y nos narra la trama, describe personajes, sus peripecias y comenta entusiasmado: "El público se electriza y no pude menos que aplaudir estrepitosamente esta magnífica pieza […]. De esta manera patente, se ve aquí que el teatro es esencialmente civilizador […]. Desde su cómoda butaca, el espectador puede pasar revista a las modas, costumbres, usos, artes e industria de los pueblos más apartados de la tierra."[36]

En contraste, otro viajero mexicano amante de la ópera, no pudo disfrutarla en Francia. Me refiero a un joven de 26 años que desembarcó en 1839 en Burdeos y quien, como señala Vicente Quirarte en la introducción del libro de este personaje, no era un viajero común: "A semejante condición se sumaban los motivos de su viaje, la personalidad del trashumante y el hecho de que se llamara Melchor Ocampo."[37] En la segunda carta contenida en el libro, el liberal mexicano relata que, con el interés de asistir

[35] *Ibid.*, p. 213.
[36] *Ibid.*, p. 215.
[37] Ocampo, *Viaje de un mexicano*, 2010, p. VII.

a la presentación de una ópera famosa, acudió al Gran Teatro de Burdeos, inaugurado en 1780 y considerado el primero de Francia, un edificio hermoso, con "magnífico exterior" por su estilo neoclásico y por las columnas corintias con estatuas de musas. En el interior del recinto, encontró que una sala, pintada con multiplicidad de colores y dorados: "Pero ¿podía yo adivinar que este mismo entusiasmo degenerado en la más indecente furia, debía privarme enteramente del espectáculo? […] los silbidos, las patadas, golpes […]. En realidad no puedo concebir a pesar de haberlo presenciado, como seres que parecen racionales se pueden entregar a tal delirio."[38]

Aunque las actividades de estos días fueron para el doctor Martínez novedosas y atrayentes, conocer los recintos históricos, en especial el Palacio de los Inválidos y la tumba de Napoleón, le era imprescindible. *Les Invalides*, comenta, se construyó por órdenes de Luis XIV en 1670, para militares mutilados o envejecidos en la carrera de las armas, que careciesen de recursos para vivir decorosamente. En la explanada encontró los cañones conquistados por Napoleón I que ahora, dice, servían para anunciar a París las victorias de su ejército en fiestas o grandes sucesos. Cuando reconoció los cañones mexicanos, la impresión fue dolorosa: "Arrebatados en la lucha más injusta y descabellada de Napoleón III. Todo lo grande, todo lo épico que admiro en Napoleón I, encuentro de pequeño y raquítico en Luis Napoleón. Sí, la invasión de México por el ejército de Napoleón III, es uno de los atropellos más cínicos que registra la historia contemporánea."[39] Recuerda que algunos escritores "serviles y sin pudor" consideraron esta invasión la página más brillante de su imperio. Después se dirigió hacia la tumba de Napoleón I, un magnífico edificio, "digna mansión de un Dios". Ante la cripta circular, severa y grandiosa, se encuentran las tumbas, entre otros, de sus hermanos José y Jerónimo, del general Turena y el mariscal Vauban. Al fondo:

> Sobre la puerta están grabadas estas palabras que fueron tomadas del testamento del ilustre huésped de Santa Elena y que son un verdadero timbre de orgullo y de gloria para París: Deseo que mis cenizas reposen a orillas del Sena, en medio de este pueblo que tanto amé [...] Salí de aquel recinto conmovido hasta lo más profundo de mi alma: Napoleón Bonaparte es no

[38] *Ibid*., p. 39.
[39] *Ibid*., p. 218.

> sólo una gloria para Francia, sino para todo el mundo; no sólo orgullo de su época, sino de todas las edades.[40]

La visita al Cementerio del Père Lachaise fue otra visita obligada para Martínez, por ser uno de los más memorables del mundo. Lleva el nombre del que fuera confesor de Luis XIV: Francois d'Aix de La Chaise. Se construyó en 1804 en las afueras de París, por lo que al principio no fue bien aceptado por los parisinos y es ahora el lugar de descanso de numerosos personajes célebres, de múltiples monumentos, en donde Martínez halló un espacio perfectamente distribuido, con anchas o angostas calles que se cruzan como en una ciudad. Entre las tumbas, llamaron su atención las de Abelardo y Eloísa, siempre adornadas con flores, a los que consideró infortunados amantes que dejaron una estela de luz indeleble de talento y amor:

> Recordando el cementerio de *Greenwood* en Brooklyn, y estableciendo la comparación entre ellos, diré que ambos son hermosos y poéticos, pero en el del Padre Lachaise hay la poesía del arte y en el de Brooklyn la poesía de la Naturaleza; el primero es propia del exigente y refinado viejo mundo, el otro de la joven virgen América. Si me fuese indispensable escoger, sin duda me decidiría por dormir mi eterno sueño bajo el risueño césped y entre los encantadores lagos de un terreno quebrado como el del cementerio de Greenwood.[41]

Este mismo día, después de vagar por calles y bulevares, decidió ir por la noche al teatro Gaité-Lyrique, templo de la opereta, dirigido por Jacques Offenbach desde 1872, para disfrutar de la presentación de *La Jolie Perfumeuse*, con la Theo, una mujer muy bella y en alto grado seductora, cuya aparición en el escenario despertó estruendosos aplausos en el público parisino. La presencia femenina de la actriz recibió exaltados halagos del doctor Martínez: "De esta preciosa y privilegiada mujer puede decirse que apenas tiene voz y que más bien habla que canta; pero lo hace con tal dulzura y chiste que el maestro Offenbach, prendado de ella, compuso especialmente esta encantadora pieza […]. La Theo es actualmente la artista favorita, el encanto de los parisinos."[42] Estaba en París, la ciudad de Jacques Offenbach, quien reinaba en la opereta y convertía temas antiguos

[40] *Ibid*., p. 223.
[41] *Ibid*., p. 264.
[42] *Ibid*., p. 170.

en sátiras en las que ponía juguetonamente al derecho lo que estaba al revés, mientras Wagner aspiraba a causar efectos monumentales. Offenbach prefería lo pequeño y era libre como un pájaro, señala Krakauer, autor de *Offenbach y el París de su tiempo*, obra que recorre la vida del músico y narra la historia de esta ciudad y sus calles:

> Después de la guerra con los prusianos, (1870-71) dio comienzo la guerra civil, se formó la Comuna (duró 4 meses) que reinó con autoridad, ya que la burguesía había emigrado junto con el séquito de lacayos, *cocottes*, vividores e intelectuales […]. El fusilamiento de los insurgentes […] de rehenes […] mostró a los defensores de la Comuna que no resistirían, y en su desesperación quemaron medio París […] de entre las cenizas surgió la rutina. Tras los burgueses que regresaban a casa, afluyeron extranjeros que buscaban emociones fuertes… los insurgentes fueron condenados, los bulevares se animaron llenándose de *rs* […]. Las ganas de juerga, la necesidad de elegancia y el espíritu ligero de los parisinos, todo eso se impuso tras el año de horror.[43]

En 1874, se dio la comedia mágica, una atracción para las masas, atiborrada de piernas y escenas espectaculares, alejadas de toda actualidad. Este es el París que conoció Ignacio Martínez. Incansable y entusiasmado visitó los pasajes que desde 1866 permanecían abiertos hasta las diez de la noche. Los días del doctor fueron organizados para un recorrido exhaustivo de los espacios históricos, teatros, bulevares, pasajes, jardines y todo lo que el viajero informado quiere conocer y disfrutar. Sin embargo, llama la atención que no se refiriera a la cocina francesa, tan apreciada en el mundo y que seguramente saboreó, aunque no lo menciona. Por lo tanto, es el joven Ocampo quien, en carta dirigida a Ana María, su antigua nana, más tarde madre de sus hijas, hizo una cuidadosa descripción de los platillos que más disfrutó. Entre ellos menciona la sopa juliana, el *purée aux croutons*, con cubos de pan tostado en manteca. Encuentra, en cuanto a los dulces, que: "El sistema francés es enteramente distinto al nuestro; sus compotas, mermeladas y frutas en aguardiente no valen nuestros postres; pero del mismo modo nuestras conservas, cajetas y cubiertas no pueden compararse con los métodos de conservar puestos aquí en práctica."[44]

[43] Krakauer, *Jacques Offenbach*, 2015, p. 315.
[44] Ocampo, *Viaje de un mexicano*, 2010, p. 49.

No podemos concluir sin referimos al *flâneur*, sin duda el personaje más interesante sobre quien mucho se ha escrito y comentado. Imprescindible cuestionarse si deambular y disfrutar del ocio convierte a un viajero en *flâneur*, personaje que representa sin duda el poeta Baudelaire. El estudio de Benjamin nos acerca a su compleja personalidad:

> Hay una embriaguez que va invadiendo a quien ha caminado por las calles sin ningún objetivo, largamente. Su marcha va adquiriendo a cada paso una violencia cada vez mayor. La tentación constante de los bares, de las distintas tiendas y comercios y de las mujeres disminuye […] hasta que al fin exhausto y agotado, se derrumba en medio de su cuarto, que le resulta ajeno por completo y de la frialdad más extrema. París creó este tipo humano.[45]

Al *flâneur* se le revela una metamorfosis callejera que le conduce a través de un tiempo actualmente desapercibido, explica Benjamin:

> En la figura propia del *r* –que va arrastrando su ociosidad por entre una ciudad imaginaria, hecha enteramente de pasajes–, el *dandy* oscila entre la multitud, sin atender al choque al que se expone, caminando al encuentro del poeta. Sin embargo, hay también en el *r* (en su interior) una criatura, hace ya mucho desparecida y que, con su mirada soñadora viene a herir al poeta en el corazón directamente.[46]

El término *flâneur* aparece en los apuntes del argentino Faustino Sarmiento, quien viajó a Europa en 1845, 30 años antes que Martínez, Sarmiento visitó París y escribió sobre el término *Flanear*, que consideraba como un arte que sólo los parisienses poseían en todos sus detalles, aunque el extranjero intentara aprender de la encantada vida de París. Que el argentino mencione en su texto: *Je flâne*, yo ando como un espíritu, como un elemento, como un cuerpo sin alma en esta soledad de París. Jorge Monteleone explica: "Es extraordinario porque esa imagen que ofrece el relato sarmentino es *previa* a la poesía de Baudelaire por lo menos diez años."[47] *Flâneur*, dijo Balzac, es "la gastronomía del ojo" y, en la escritura, el extranjero se propone devorarlo todo. Mercancía y ocio son dos elementos

[45] Benjamin, *Obras*, 2015, p. 1346.
[46] *Ibid*., p. 1238.
[47] Monteleone, *El relato de viaje*, 1999, p. 16.

que se vinculan con la figura del *flâneur*. El doctor Martínez no era un poeta soñador, sino un hombre culto, un positivista, un militar que sentía gran admiración por Napoleón I. Un hombre que se deleitaba en recoger por escrito sus reacciones al nuevo ambiente. Las impresiones obtenidas durante el viaje las transformó en un reflejo de sí mismo.

Después de nueve semanas y fiel a su itinerario, el doctor Martínez abandonó París, porque no quiso estancarse como hacen los estadunidenses, para quienes un paseo por Europa significaba algunos meses en París. Recorrió otras capitales europeas y visitó Marruecos. Llegó al puerto de El Havre los últimos días del mes de octubre, para embarcarse en el vapor francés L'Amerique con rumbo a Nueva York, que ante la experiencia vivida en las ciudades europeas había perdido su encanto y ahora le pareció triste y "sin gusto". Siguió a Nueva Orleans, recorrió el río Mississippi y navegó hacia las costas mexicanas en un vapor pequeño, incómodo y mal acondicionado, con marineros poco amables y una comida "infernal". Cuando llegó al puerto de Matamoros, se sintió feliz por estar en su tierra. Ahí se enteró por un antiguo compañero de armas que una nueva revolución estaba por estallar en el país y que estarían en bandos diferentes. Su amigo defendería el gobierno "que vamos a derrocar", porque él decidió adherirse al Plan de Tuxtepec:

> Como muchos otros liberales del siglo XIX, Ignacio Martínez Elizondo manejó tanto la pluma como la espada. No fue un novelista prolífico como Riva Palacio, ni se afanó en figurar en la República literaria como Altamirano, ambos ilustres combatientes como escritores. Su lugar en la historia de nuestras letras lo ocupa por haber escrito tres libros de viaje qué pueden ser considerados únicos desde varios puntos de vista. No fue enviado por el gobierno ni disfrutó, como otros, de una subvención del erario, para el desempeño de una comisión. No sufrió abiertamente destierro ni persecución. Hoy como ayer, el viaje es una invitación a la aventura.[48]

Desde la visión del observador, los viajes implican frecuentemente que un mundo exterior se transforma, mientras la identidad del observador casi nunca se altera. Lo que los apuntes de Martínez reflejan sobre él resulta mucho más interesante que las circunstancias que rodearon su recorrido como actividad concreta. En cuanto a los viajeros, no olvidemos el poema

[48] Talavera, "Ignacio Martínez Elizondo", 2006, p. 139.

de Baudelaire: "Unos, regocijados de abandonar su suelo que les es adverso."[49] "Pero sólo el que parte por partir, es viajero."[50]

FUENTES CONSULTADAS

Altamirano, Ignacio Manuel, *Obras completas XIII. Escritos de literatura y arte*, México, SEP, 2003.

Baudelaire, Charles, *Las flores del mal*, España, EDAF, 2003 (Biblioteca EDAF, 9).

Benjamin, Walter, *Obras. Libro V. Volumen 2: Obra de los pasajes*, Madrid, ABADA Editores, 2015.

Bulnes, Francisco, *Sobre el hemisferio norte once mil leguas*, México, Imprenta de la Revista Universal, 1875.

Krakauer, Siefried, *Jacques Offenbach y el París de su tiempo*, Madrid, Capitan Swing, 2015 (Entrelíneas).

Lombardo, Alberto, *Los Estados Unidos (Notas y episodios de viaje)*, México, Imprenta y Fotolitografía de la Escuela Nacional de Artes y Oficios, 1884.

Martínez, Ignacio, *Recuerdos de un viaje en América, Europa y África*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2008.

Monteleone, Jorge, *El relato de viaje. De Sarmiento a Humberto Eco*, Buenos Aires, El Ateneo, 1999.

Ocampo, Melchor, *Viaje de un mexicano a Europa*, México, Instituto Mexiquense de Cultura, 2010.

Sierra O'Reilly, Justo, *Viaje a Nueva York*, México, Instituto Mexiquense de Cultura, 2010.

Talavera Aldana, Rosa María, "Ignacio Martínez Elizondo, viajero y liberal heterodoxo", tesis de maestría en Letras y Literatura Iberoamericana, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, 2006.

[49] Baudelaire, *Las flores del mal*, 2003, p. 246.
[50] *Ibid.*, p. 247.

"DESDE PARÍS", CRÓNICAS DE VIAJE DE CARLOS DÍAZ DUFOO EN *EL IMPARCIAL*

Ana María Romero Valle

"Francia ha abierto esta tarde al mundo la Exposición que cierra con broche de oro su historia de este siglo. El estado del tiempo ha sido favorable. El sol arranca cintilaciones de las vistosas e innumerables bóvedas y minaretes."[1] Esto escribía Carlos Díaz Dufoo, escritor y periodista mexicano, el 15 de abril de 1900, a propósito de la inauguración de la Exposición de París. Rafael Reyes Spíndola, propietario y director del polémico diario *El Imparcial*, lo había enviado a la Ciudad de la Luz para cubrir este acontecimiento.

Díaz Dufoo viajó al lado de otros escritores y periodistas, como Amado Nervo y el doctor Manuel Flores, para brindar a los lectores del diario un panorama detallado de la Exposición, dando como resultado una serie de 23 crónicas publicadas entre el 2 de abril y el 4 de septiembre de 1900. Además de lo anterior, publicó diez crónicas más sobre el mismo tema en *El Mundo Ilustrado*, entre el 22 de abril de 1900 y el 17 de febrero de 1901.

El presente trabajo tiene como objetivo analizar las crónicas aparecidas en ambos diarios, pues si bien estas ya han sido referencia para otros estudios, particularmente los que se centran en la Exposición Universal, considero que no lo han sido suficientemente y creo que podrían aportar mucho sobre la mirada que Díaz Dufoo, quien colaboraba en una de las publicaciones más consentidas por el gobierno de Díaz, tenía sobre Francia y su relación con México, así como sobre su percepción sobre el progreso y la civilización a finales del siglo XIX.

[1] Carlos Díaz Dufoo, "Apertura de la Exposición de París. Solemnes Ceremonias. Cablegrama directo para *El imparcial*", *El Imparcial*, 15 de abril de 1900.

CARLOS DÍAZ DUFOO Y *EL IMPARCIAL*

Carlos Díaz Dufoo nació en la ciudad de Veracruz en 1861 y murió el 4 de diciembre de 1941 en la ciudad de México. De pequeño vivió en España pero al regresar a México, en julio de 1884, colaboró como periodista en diversos periódicos, entre ellos *La Prensa, El Nacional*, *El Ferrocarril Veracruzano*, *La Bandera Veracruzana*, *El Siglo Diez y Nueve* y *El Universal.*

En 1894 fue fundador, junto con Manuel Gutiérrez Nájera, de la *Revista Azul* y, cuando un año después murió Gutiérrez Nájera, él se hizo cargo del proyecto hasta su conclusión en 1896. Esta revista es considerada una de las precursoras del modernismo en México, pero también ha sido reconocida por su marcada preferencia hacia los autores mexicanos, franceses y españoles. El propio Díaz Dufoo, quien se ocupó de la sección "Azul Pálido", firmaba con el seudónimo de Petit Blue.

En 1896, el gobierno decidió retirar su apoyo a algunas publicaciones y concentrarlo en un solo proyecto editorial y en una sola persona. De esta forma desaparecieron, además de la *Revista Azul*, los dos grandes periódicos del siglo XIX: *El Monitor Republicano* y *El Siglo Diez y Nueve*. En su lugar apareció, el 2 de septiembre de 1896, uno fundado por Rafael Reyes Spíndola: *El Imparcial*.

La aceptación de *El Imparcial* por parte del gobierno de Díaz implicaba no sólo la permisibilidad para publicar muchas noticias que otros diarios no podían, sino que también gozaba de un financiamiento mensual para sostenerse. Una de las críticas más agudas hechas a este diario fue la subvención que recibía por parte del gobierno. Como consecuencia de ella, los otros diarios lamentaban la pérdida de las dos publicaciones más importantes del siglo XIX y repudiaban el hecho de que este diario de manera indirecta lo hubiera propiciado. Pero, el ataque más fuerte estaba en el dinero que recibía porque así la competencia entre *El Imparcial* y los otros diarios se volvía desigual y con grandes desventajas para estos últimos.

Otro de los ataques al diario fue su precio. Desde su inicio *El Imparcial* se vendió a un centavo el ejemplar, con lo cual logró colocarse como el diario más vendido, porque todos los periódicos de su nivel se vendían más caros, variando su precio de cuatro a seis centavos por ejemplar. La razón de esto era la alta tecnología que Reyes Spíndola utilizó: una imprenta completamente moderna con los primeros linotipos Mergenthaler y la primera rotativa de gran producción que se usó en México. El precio permitió que mucha gente pudiera adquirir el periódico a bajo costo.

Además de lo anterior, hubo un último factor que llevó a *El Imparcial* a ser el diario preferido por el pueblo mexicano: las noticias. En sus páginas insertó noticias de nota roja, incluso en la primera plana, que en los diarios tradicionales estaba destinada a los artículos de opinión o políticos. También se incluyeron reportajes, se inauguró un periodismo llamado por muchos "a la americana", al que Reyes Spíndola calificaba como popular, creado para competir con los periódicos doctrinarios. Su consigna era "vender mucho y barato", no importaba que otros periódicos no aprobaran su precio o contenido. Era barato porque costaba un centavo y vendería mucho mediante la información que manejaba.[2]

Díaz Dufoo colaboró en la redacción de este diario desde su fundación y hasta 1912. También participó en otro de los diarios de Reyes Spíndola, *El Mundo Ilustrado*, como director, jefe de redacción y articulista. Fue el segundo director de *El Imparcial*, nombrado el 29 de febrero de 1897. En 1900 Reyes Spíndola retomó la dirección del diario y Díaz Dufoo pasó a ser el jefe de redacción. Ese mismo año viajó como enviado especial a Europa para la Exposición Universal de París.

La participación que tuvo en *El Imparcial* no se redujo a ser jefe de redacción y dos veces director, la segunda durante el golpe de Estado de Victoriano Huerta; fue también un constante colaborador del periódico, en el que publicó con los seudónimos de Monaguillo y Argos. Muchos de los editoriales publicados en *El Imparcial* durante su gestión como director y jefe de redacción, que seguían evidentemente la línea editorial del diario, apoyaban abiertamente el régimen de Porfirio Díaz, respondían a los duros ataques de sus colegas y defendían la postura de ser un periódico de a centavo, destinado a las masas, así como de publicar reportajes en su primera plana.

El propio Díaz Dufoo años después, en 1941, en una entrevista a Roberto Núñez y Domínguez relataba:

> En 1896 Reyes Spíndola fundó *El Imparcial*, llevándome a su lado para no separarnos ya hasta 1911 en que tuvo que vender el periódico al triunfo de la Revolución. A él se debe la creación de la prensa moderna, tal como ahora la conocemos, habiendo tenido la satisfacción de ver cristalizada su idea de convertir el diario, de artículo de lujo que era, en uno de primera necesidad.[3]

[2] Para mayor información sobre *El Imparcial*, véase García, *El periódico* El Imparcial, 2003.
[3] Núñez y Domínguez, *Don Carlos Díaz*, 1941, p. 19.

LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS (1900)

Las exposiciones universales comenzaron en Europa en el año de 1851. La primera fue celebrada en Londres con el objetivo de mostrar al mundo los avances que en materia de industria y progreso tenían las diferentes naciones que acudían a ellas. A la exposición de Londres le siguieron París (1855), Londres (1862), París (1867), Viena (1873), Filadelfia (1876), París (1878), Barcelona (1888), París (1889), Chicago (1893) y, la última del siglo XIX, se celebró en París (1900).

En Europa se vivía el éxito del liberalismo, caracterizado por el ascenso de la burguesía, del nacionalismo, representados en la unificación de Alemania e Italia y del expansionismo de las grandes potencias europeas en el continente africano; además de una serie de adelantos tecnológicos sin precedente, productos de la revolución industrial (el ferrocarril) que sentarían las bases del mundo moderno.

Sobre la importancia que estas exposiciones tuvieron durante el siglo XIX, Julia Morillo señala:

> Durante el siglo XIX es indiscutible el importante papel que las exposiciones universales jugaron como un eficaz vehículo de intercambios comerciales, industriales y culturales. Fueron el único medio para difundir, a nivel mundial, los avances de la ciencia y la técnica. Aunque no sólo tuvieron esa utilidad, sino también, y muy importante, la de poner en juego el prestigio de cada nación organizadora que se disputaba el privilegio de acoger los certámenes como medio de mostrar al mundo su capacidad económica y organizativa.[4]

Para la Exposición Universal de París celebrada en 1900, se trataba de cerrar el siglo XIX mostrándole al mundo la majestuosidad de la Ciudad Luz y todos los adelantos tecnológicos que en el siglo se habían gestado, en dos palabras: la modernidad y el progreso.

La relación entre Díaz Dufoo y Rafael Reyes Spíndola había sido muy cercana y fue por eso que este último decidió enviar a su hombre de confianza a cubrir la Exposición Universal de París. Para el gobierno de Díaz era la oportunidad perfecta de mostrar que México ya estaba a la altura de los países europeos. De acuerdo con Mauricio Tenorio: "El estado financió la participación mexicana en las exposiciones universales

[4] Morillo, *Las exposiciones universales*, 2015, p. 37.

para fomentar la industrialización del país." El mismo autor afirma: "Para los países del nuevo mundo el objetivo que se perseguía asistiendo a las exposiciones internacionales era ofrecer materias primas y hacer publicidad a una imagen moderna de la nación con el fin de atraer inmigrantes e inversión extranjera."[5]

Si bien el Estado financió la participación de México en la Exposición e invirtió una considerable suma en ello, la prensa también desempeñó un papel fundamental en su difusión. Para Tenorio, la prensa oficial y semioficial era la encargada de informar todo lo que ocurría alrededor de las exposiciones nacionales en las ferias mundiales. En este sentido, de acuerdo con sus palabras, se convirtió en parte de la "red de propaganda de México".[6] No sabemos si todos los periódicos, pero lo que es indudable es que *El Imparcial* estaba muy interesado en el tema y cubrió la Exposición casi en su totalidad.

Además de Díaz Dufoo, el diario envió como corresponsales al doctor Manuel M. Flores, quien publicó la sección "Correspondencia de París"; Amado Nervo, que colaboró en "Desde París" y, además, insertó notas de otros periódicos parisinos como *Le Figaro, Le Temps* y *Le Voltaire*.

"DESDE PARÍS"

Como se mencionó líneas arriba, Díaz Dufoo publicó 23 crónicas en *El Imparcial*. Este conjunto de relatos apareció con dos títulos, "Desde París" y "A vuelo de pájaro". El primero, como su nombre lo indica, recogía sus descripciones sobre la Exposición y la Ciudad. Las segundas, plasmaban sus impresiones de algunas ciudades europeas, entre ellas Madrid, Suiza, Milán, Venecia y Monte Carlo. En este trabajo me centraré únicamente en las crónicas parisinas y en las que fueron publicadas en *El Mundo Ilustrado* con los títulos "Páginas de viaje" y "Recuerdos de la Expo". Dejaré para un trabajo posterior las que se refieren a las otras ciudades europeas.

En términos generales me parece importante señalar que Reyes Spíndola podía sentirse muy satisfecho de haber enviado a Díaz Dufoo pues, en sus crónicas, da cuenta exacta de cómo transcurrió la Exposición y deja claro que el Pabellón Mexicano representó dignamente a nuestro país.

[5] Tenorio, *Artilugio de la nación*, 1998, p. 36.
[6] *Ibid*., p. 228.

La primera crónica, dedicada a la apertura, comienza con el siguiente encabezado: "París, abril 14. Hoy se inauguró solemnemente la Exposición Universal. El presidente visitó todos los departamentos, incluso el nuestro. Los minerales exhibidos por México han llamado poderosamente la atención. El entusiasmo es indescriptible. El día 15 se abrirán al público los departamentos. El de México no desmerece en nada."[7] Este mismo tono utilizaría en crónicas posteriores cuando se refiriera a la participación de México en la Exposición.

Presente en la inauguración el 14 de abril de 1900, don Carlos describía ampliamente para sus lectores lo fastuoso del acontecimiento: "En las cercanías de la Exposición, principalmente, millares de flámulas y gallardetes ondeaban al aire dando a todo un alegre aspecto. En los pabellones, dentro de la ciudad de la Exposición, es tal el número de banderas que los edificios están casi completamente ocultos por ellas. En el lugar del certamen, la animación que reina es indescriptible."[8]

Trata ampliamente el éxito que tuvo la ceremonia a cargo del presidente francés Émile Loubet, a pesar de que no se habían concluido aún los trabajos de la feria. Es de llamar la atención en esta primera crónica, cuyo tema central era la Exposición y el lucimiento del gobierno francés, que destacara la participación de Estados Unidos, que había superado en número de expositores a todos los demás países, excepto al país anfitrión.[9]

> Los Estados Unidos ocupan el segundo lugar después de Francia, cuyo número de expositores sobrepasa al de cualquiera nación. El siguiente es el cuadro de expositores que habla elocuentemente en favor de los Estados Unidos.
>
> Francia: 30 000; Estados Unidos, 6 564; Bélgica 2 500; Alemania, 2 000; Italia, 1 000; Gran Bretaña, 600; Colonias Inglesas, 600.
>
> Los Estados Unidos ocupan en la Exposición de París 329 052 pies cuadrados repartidos en 47 secciones, de las cuales 33 en la Exposición principal y 14 en el anexo de Vincennes, sin contar el Pabellón americano construido en el Muelle de Orsay.

[7] Carlos Díaz Dufoo, "Apertura de la Exposición de París. Solemnes Ceremonias. Cablegrama directo para *El Imparcial*", *El Imparcial*, 15 de abril de 1900.

[8] *Ibid.*

[9] *Ibid.*

> La empresa americana no es tan solo notable por las dimensiones del terreno que ocupa, sino también por sus preparativos de instalación, comparándola con la de la mayor parte de los demás países.[10]

La admiración de Díaz Dufoo por Estados Unidos resulta evidente y el hecho de dedicar espacio al vecino país del Norte en una crónica que debía hablar sobre París y la grandeza de su exposición, dejaba ver quien se perfilaba ya como la gran potencia del siglo XX.

Ahora bien, casi todas sus crónicas se dirigían, más que a Francia, a México; su manifestación del progreso en nuestro país estaba plasmada en todo momento, pero no podía ocultarse la realidad. Mientras todos los corresponsales de *El Imparcial* se esforzaban por hacer creer a los lectores que México estaba a la altura de los grandes países con expresiones como las siguientes. "Felicitemos a la República, felicitemos al gobierno por la inauguración del Pabellón patrio".[11] O esta otra de Manuel Flores: "Tal es nuestro Pabellón, tal es la impresión que produce y la emoción que despierta. Es México: el México del trabajo, del estudio, del progreso y de la civilización: El México que, como Lázaro, salió de la tumba de la opresión: que, como el mundo, surgió del caos de la amargura a la vida fecunda de la paz y del trabajo",[12] junto a las noticias sobre la exposición, aparecían algunas más que dejaban ver que el país estaba muy lejos del añorado avance, como por ejemplo una nota aparecida el 13 de junio al lado de una crónica sobre la exposición, donde se denunciaba que los ferrocarriles de la ciudad de México se habían quedado sin luz por media hora, lo que había provocado que los vagones tuvieran que ser arrastrados por mulas en medio de la Plaza de la Constitución. La nota decía: "Entretanto algunos conductores hacían quitar los troncos de mulas de los coches comunes, para arrastrar los eléctricos, lo cual fue saludado con una rechifla monumental por una numerosa turba de pilluelos", y agregaba que, por si esto fuera poco, el desperfecto fue aprovechado por algunos raterillos en los vagones.[13]

[10] *Ibid*.

[11] Carlos Díaz Dufoo, "Desde París. La inauguración del Pabellón mexicano. Cablegrama directo para *El imparcial*", *El Imparcial*, 19 de junio de 1900.

[12] Dr. M. Flores, "Nuestra exposición en París. Cablegrama directo para *El imparcial*", *El Imparcial*, 21 de junio de 1900.

[13] "Eléctricos arrastrados por mulas", *ibid.*, 13 de junio de 1900.

Pero las crónicas mexicanas trataban de mostrar otra cosa, particularmente las referentes a la participación nacional en la feria, en realidad querían destacar los enormes progresos del gobierno de Porfirio Díaz a lo largo de los años: las obras públicas, los miles de metros de vías férreas, el desagüe de la ciudad de México y la construcción de obras en toda la república.

Para Díaz Dufoo, el presidente mexicano era una especie de Mesías, un salvador:

> La voluntad y la clarividencia de un hombre que ha creído en el país y en su progreso: que tenía fe mientras los demás dudaban, que laboraba en tanto que soñaban los otros: Moisés conduciendo a los israelitas a la Tierra Prometida a través del Mar Rojo y del Desierto: una figura severa y alta de estadista a la que un solitario inmenso, León Tolstoi, acaba de consagrar una elocuente página en sus *Almas fuertes*.[14]

El mérito del gobierno de Díaz era, en su opinión, haber llevado a México al progreso y a algo mucho más elevado: la civilización. La Exposición era el espejo perfecto para mostrar a los mexicanos, más que a los franceses o a los visitantes de la exposición, que México estaba en el camino de la civilización gracias a Díaz.

A pesar del éxito que tenía la Exposición y los miles de turistas que habían llegado a París para visitarla, en las crónicas de Dufoo subyace una crítica muy fuerte al sistema político francés. Observa una Francia en decadencia, en la que el caso Dreyfus volvía a la escena política, a la par que el anarquismo iba ganando terreno en toda Europa y el imperialismo era una nueva forma de conquista.[15] En palabras de Juan Carlos Eastman:

> A partir de 1890, el cuadro general [en Europa] estuvo constituido por tensiones sociales dentro de los países y alarmas de guerra en el campo internacional. La respuesta política nacional fue un giro hacia las derechas en los gobiernos, mientras que en el campo internacional se abría con entusiasmo

[14] Carlos Díaz Dufoo, "Desde París. El contingente oficial a la exposición", *ibid.*, 28 de junio de 1900. Este artículo fue escrito el 11 de junio de 1900.

[15] Para mayor información de la situación en Francia a finales del siglo XIX, véase Albertini, *La France*, pp. 97-127.

> el compromiso imperialista. Con ello trataron de encontrar soluciones afuera para los problemas internos.[16]

Aunado a los problemas políticos, los gobiernos europeos enfrentaron conflictos sociales, entre ellos huelgas, movimientos sindicales y una mayor participación de los anarquistas y socialistas en la vida política de las naciones.[17]

Durante la exposición ocurrieron el asesinato del rey Humberto de Italia, a manos de los anarquistas (29 de julio de 1900, en Monza, Italia), regicidio que repercutió en el ánimo de los franceses y en general de todos los europeos, y también el atentado sufrido por el *shah* de Persia en la capital francesa. En sus palabras: "La legión avanza, la terrible huesta gana camino: el anarquismo, torpemente tolerado en su forma contemplativa y poética, llega a las conclusiones de sus terribles premisas. Se necesita arrancar la compasión porque ante estas tragedias monstruosas, la piedad es un crimen."[18] Dirige su crítica y censura a los gobiernos europeos incapaces de detenerla:

> Más ¿a quién asignar la culpa de estas tragedias? Yo creo que la culpa radica en la misma debilidad de los gobiernos, en su actitud pasiva para consentir una propaganda pasiva, llevada a término a ciencia y paciencia de los hombres de Estado y de los hombres de mando. Un rasgo de energía, por violento que pareciera acaso hubiese bastado para ahorrar numerosas e inocentes víctimas.[19]

Era evidente, para el veracruzano, que los anarquistas constituían un peligro, no sólo para los gobiernos sino también para la sociedad. ¿Era esto un aviso para los mexicanos? Recordemos que, por entonces, el 7 de

[16] Juan Carlos Eastman Arango, "La transición global del siglo XIX al XX. Reestructuración capitalista y violencia mundial. Una lectura desde el sur. Las transiciones de los siglo XIX-XX y XX-XXI. *Revista Relaciones Internacionales. Estrategia y Seguridad* 1, núm. 1, 2006, p. 151. Redalyc, La transición global del siglo XIX al XX. Reestructuración capitalista y violencia mundial. Una lectura desde el sur. Las transiciones de los siglos XIX-XX y XX-XXI.

[17] Para mayor información sobre la situación de tensión que se vivía a finales de siglo XIX en Europa, véase Duroselle, *L'Europe*, 1967.

[18] Carlos Díaz Dufoo, "Desde París. A 40° sobre cero. El problema del agua. La Pesca milagrosa. La exposición en la noche. En la calle de París. En los teatros. La majestad hecha de Persia. Asesinato del rey de Italia", *El Imparcial*, 18 de agosto de 1900, P. L.

[19] Carlos Díaz Dufoo, "Desde Paris. En plena anarquía. La tentativa contra el *Shah* de Persia. La Gran Culpa. Soirée anárquica. Espectáculo fin de siglo. El complot Universal", *El Imparcial*, 21 de agosto de 1900, p. 2.

agosto de 1900, se publicó el primer número de *Regeneración*, periódico fundado por Ricardo Flores Magón, cuya postura era contraria al gobierno de Díaz y de una marcada ideología anarquista. Su conclusión resultaba muy pesimista, ¿presagiaba lo que vendría después?: "Curioso espectáculo del que en plena exposición de 1900 –está dando el agonizante siglo XIX–. Se convoca un Congreso Universal de la Paz y surge la guerra: se habla de la barbarie de los pueblos por civilizar y se promete civilizarlos a sangre y fuego: se invoca la fraternidad y estalla el anarquismo. Es una página interesante para un historiador de lo futuro."[20]

Además de las doctrinas que iban cobrando fuerza en Europa, Díaz Dufoo ponía en duda el sistema económico existente en el viejo continente, el cual ya estaba provocando fuertes tensiones. El pabellón del Transvaal fue inaugurado en medio de las pugnas entre Inglaterra y Pretoria. Para nuestro autor, la primera era fuertemente criticada por los franceses, pero también ellos resultaban culpables y se preguntaba: "¡El Imperialismo! ¿Acaso Francia no está también emponzoñada por este virus? ¿No sueña esta nación, como sueñan otras y otras, en ampliar sus horizontes de poderío?" En su opinión, los franceses no debían sentirse orgullosos de sus colonias y tampoco creer, como hacían los ingleses, que llevaban la civilización a los pueblos africanos, pues consistía una excusa para la dominación: "Colonias, si, otras colonias: el imperialismo comercial, el sistema moderno de dominación dentro de las nuevas fórmulas de la competencia del trabajo humano que han sustituido a la conquista."[21]

PARÍS QUE SUFRE

Además de las crónicas sobre la exposición y aquellas que denunciaban los problemas políticos europeos, Díaz Dufoo trató de plasmar en sus escritos su gran admiración por la cultura y el pueblo francés, si bien con un ojo bastante crítico. Así, encontraba que París como ciudad era preciosa, pero no todos los espacios urbanos y monumentos le agradaban: La torre Eiffel le parecía "una enorme araña de hierro":

[20] *Ibid.*

[21] Carlos Díaz Dufoo, "Desde París. La inauguración del Palacio del Transvaal. La Gran Pirámide de oro. El Pabellón de Inglaterra. La patria en el Extranjero. Un concierto del Maestro Campa. El Sr. Bernal, Barítono mexicano. El regreso", *ibid.*, 5 de julio de 1900. Este artículo fue escrito el 14 de junio de 1900.

> Es una grande mistificación. Vista de lejos es fea; os acercáis, y entonces es otra cosa: resulta horrible. Parece baja y es alta, la creeríais negra y está cubierta de un barniz dorado, en donde los rayos del sol se embotan sin ser devueltos. Como prodigio de osadía, una osadía sin objeto preciso, la encuentro abrumadora y no tengo empeño en dudar que pese 7 300 000 kilogramos de hierro. Y eso es la Torre: el triunfo del hierro… Es el hierro baladí que simboliza una extravagancia de "fin de siglo".[22]

De tal modo, Díaz Dufoo juzgaba que la modernidad parisina de finales del siglo XIX era "extravagante" y "abrumadora". Viviendo en un país de grandes montañas como México, Montmartre no lo impresionaba: "El cerro de Monmartre, es donde se alza la iglesia del Sagrado corazón, es una parodia de altura. Pero los parisienses aman los sitios elevados, precisamente por eso, porque no los tienen y han buscado la elevación, acaso para darse cuenta de lo que poseen, para asomarse a este lago de alegrías y tristezas, de cantos triunfales y gritos de dolor, en que se debaten."[23]

Montparnasse, en cambio, le parecía un barrio muy burgués, muy sano, muy atareado, un "alto" en la loca carrera de París.[24] Ya desde entonces era el barrio de los artistas.

Recomendaba a sus lectores que quien quisiera ver la capital de Francia con ojos más humanos debía ir a Notre Dame y escalar sus torres, aunque lamentablemente el día que él subió sufrió vértigo y no pudo continuar la visita.[25] Y para aquellos que quisieran visitar la Exposición, tendrían que hacerlo en la noche, pues por el excesivo calor, la urbe ardía y constituía un "verdadero infierno": "La atmósfera es asfixiante, el sol despide chorros ígneos, el termómetro marca a mediodía 40° sobre cero. Imposible respirar este aire abrasador que quema con su soplo a las cortezas de los árboles y siembra las calles de gentes heridas repentinamente por la insolación. Hace

[22] Carlos Díaz Dufoo, "Desde París. La exposición a vista de pájaro. El cerro de Montmartre. Las torres de Nuestra Señora y el arco de la Estrella. El Campo de Marte. El Trocadero. Países y pabellones", *ibid*., 6 de junio de 1900.

[23] *Ibid*.

[24] Carlos Díaz Dufoo, "Recuerdos de la Exposición. Un escultor mexicano", *El Mundo Ilustrado*, 28 de octubre de 1900.

[25] Carlos Díaz Dufoo, "Desde París. La exposición a vista de pájaro. El cerro de Montmartre. Las torres de Nuestra Señora y el arco de la Estrella. El Campo de Marte. El Trocadero. Países y pabellones", *El Imparcial*, 6 de junio de 1900.

dos días solo en un hospital fueron conducidos 35 personas atacadas de apoplejía fulminante."[26]

Por si fuera poco, ya desde entonces había escasez de agua en la ciudad y el ayuntamiento la cuidaba tanto que, en las esquinas, se pegaban circulares para disuadir a la población de "derroches imprudentes". Así Díaz Dufoo afirmaba: "Pero el agua es en París, en esta estación del año, un licor más precioso que cualquiera de los premiados por el jurado de viticultura."[27] Hacia tanto calor que se había llegado a la necesidad de retirar del río Sena grandes cantidades de peces muertos por la elevación de temperatura de las aguas, lo que había dejado un olor nauseabundo.

Sin embargo, la temperatura no era ningún impedimento para disfrutar la ciudad y, aun en pleno verano, don Carlos aconsejaba algunos paseos nocturnos: "Aparte de la calle de París, se puede ir a las terrazas de la calle de las Naciones, a los jardines del Trocadero, al Campo de Marte, y saliendo de la Exposición –a algún teatro–, porque a despecho del calor, los teatros han seguido funcionando este año con mayor espacio de tiempo que ningún otro."[28]

El teatro estaba más vivo que nunca: en la Port de Saint Martin se exhibía *Cyrano* de Coquelin; en el Chatelet *Los polvos de Pirrimplin* y en la Gran Ópera se escuchaban obras de Wagner. Además de lo anterior, el cronista hacía una particular recomendación:

> Pero en la Calle de París lo que hay que ver antes que su teatro de la danza, antes que su salón de cuadros vivos, antes que su escenario de los "Bon Hommes" –deliciosos autómatas, prodigiosamente movidos dentro de un lujoso marco–. Antes que todos los "halls" de conciertos, pantomimas, cinematógrafos, etc., es la concurrencia femenina que circula en la avenida, una corriente de belleza, de lujo, de gracia, de picardía, de París en una palabra, que haría perder la cabeza a más de cuatro graves amigos míos.[29]

Las parisinas o "sirenas de ojos subversivos", como él las llamaba, lo dejaron impresionado, pues pocas son las crónicas en que hace alusión al

[26] Carlos Díaz Dufoo, "Desde París. A 40° sobre cero. El problema del agua. La Pesca milagrosa. La exposición en la noche. En la calle de París. En los teatros. La majestad hecha de Persia. Asesinato del rey de Italia", *ibid*., 18 de agosto de 1900.

[27] *Ibid*.

[28] *Ibid*.

[29] *Ibid*.

sexo femenino, pero en esta queda claro que eran ellas las que, a su juicio, representaban el espíritu mismo de París, más que sus monumentos y la propia Exposición Universal. Nuestro autor quería transmitir a los lectores la fascinación que era caminar por las calles y observar a las mujeres vestidas para la estación. Las francesas como icono de belleza son uno de los clichés que hasta el momento se conservan.

Lo anterior formaba parte del París de los turistas, pero había uno más oculto, que también recorre y de él Díaz Dufoo nos deja sus impresiones: "Hay un libro por hacer, un libro tierno y doliente, empapado en lágrimas, del que se exhalaría una queja amarga y punzante, un reproche honrado y cruel, que caería como una lluvia de sangre sobre los refinados altiveces de la gran ciudad triunfante. Este libro se llamaría *El París que sufre*."

Se trata de una crónica dedicada exclusivamente a las mujeres, casi niñas, que eran contratadas por los artistas para posar en sus obras. Es de observar que, para él, el París que sufría no era el retratado por Émile Zola en sus novelas, ni tampoco los barrios pobres de los obreros. Su crónica constituía una severa crítica a los artistas bohemios, quienes se aprovechaban de las mujeres, víctimas de la lucha por la vida, que sacrificaban su pudor ante una necesidad económica, trabajadoras de la noche que iban de un artista a otro para completar el jornal, que pasaban su corta vida posando largas horas y que enfermaban, la mayoría de tuberculosis. Al final se pregunta: "¿De qué número de víctimas está hecha una estatua?"[30] La vida bohemia en París no era tan buena como se hacía creer a todos. Tenía sus costos y muchas veces llevaba a la muerte. Lo anterior era un fuerte cuestionamiento para la ciudad que ante el mundo representaba el buen gusto, lo bohemio y artístico por excelencia.

El ojo crítico de nuestro cronista recorre los bajos fondos de París y fija su mirada en lo que llamó las "excentricidades" de los parisinos, en referencia al espectáculo de cabaret, género inventado por ellos, muy de moda y popular a finales del siglo XIX:

> Un día, París, ciudad refinada, enferma de placeres, con paladar de viejo goloso, dispuesto a saborear manjares cada vez más picantes, ahíta de café-conciertos, cervecerías, "vaudevilles", "couplets", teatros y tabernas, inventó el "cabaret", que no es una cervecería, ni una taberna, ni propiamente una sala

[30] Carlos Díaz Dufoo, "París que sufre. Artistas y modelos", *ibid*., 18 de julio de 1900. Esta crónica fue publicada originalmente en *El Mundo Ilustrado* el 10 de junio de 1900.

> de espectáculos, y donde sin embargo, se bebe cerveza, se escucha un poco de mala música y se presencian algunas exhibiciones más o menos plásticas.[31]

A estos espectáculos asistía todo tipo de público: "gente de trueno", como él lo llamaba, pero también acudían burgueses e incluso personas de buena familia. Narraba que para llegar a los cabarets debía irse al barrio de Montmartre, un barrio que desde entonces gozaba de mala fama (ya existía el Moulin Rouge) y ofrecía espectáculos nocturnos a sus diversos visitantes. Algunos de los cabarets famosos de la época eran la Boite a Fursy (La casa de Fursy), La Nada, Cielo y su contrario Infierno. Todos estaban compuestos por diversas salas donde se ofrecían experiencias "muy de fin de siglo" a los visitantes.

Nos narra su experiencia en La Nada:

> Una pequeña puerta, en la que vigila un portero fúnebre, correctamente vestido de negro, conduce a la primera sala del establecimiento, un subterráneo, decorado con esqueletos, ataúdes y avisos burlescos; en el centro arde un gran candil formado de una calavera y varias tibias humanas. En vez de mesas, ataúd, sillas de paja y taburetes. Un cuadro de humorismos lúgubre. […] Un pasadizo estrecho, al que entráis, guiados por un monje, que desliza en vuestros oídos extraños rezos mezclados con chistes de color subido, os lleva a otro saloncito más obscuro, adornado con el mismo gusto de cementerio, y en el fondo un hueco, en el que está adherido un ataúd en plano inclinado.
>
> El director de aquella farsa os dirige entonces un pequeño discurso irónico, sobre la conveniencia de hacer conocimiento con la última habitación en que dormiréis vuestro eterno sueño, e invita a algún espectador o a alguna espectadora a emprender el viaje postrero. Nunca falta un excéntrico ni una excéntrica que se presten el experimento. El muerto se coloca en el ataúd, se le cubre del cuello a los pies con un sudario, y comienza una parodia, poco atractiva, de la descomposición de la materia. A vuestra vista aquella cabeza se ha tornado lívida, los ojos se hunden, la nariz se afila extraordinariamente, el lienzo va haciéndose diáfano y muy pronto no tenéis ante los ojos sino un esqueleto.[32]

[31] Carlos Díaz Dufoo, "Desde París. Correspondencia de Carlos Díaz Dufoo. Exotismos parisienses. Los Cabarets de Montmartre", *El Mundo Ilustrado,* 22 de abril de 1900.

[32] *Ibid.*, 22 de abril de 1900.

Don Carlos comentaba que aquellos que ofrecían esos espectáculos eran "bohemios", pero los definía como "bohemios productivos", a diferencia de los mexicanos, que únicamente se hacían llamar así por su vida disipada:

> Es un puñado de bohemios de talento, de gracia, de travesura, de inteligencia y de sentimientos que ha sabido hacer algo más útil para sí mismos y para la sociedad en que vive, que embriagarse toscamente en el fondo de una cantina, como hacen todos aquí, y allá, y en todas partes del mundo, en donde la "Bohemia" es considerada como una marca del alcoholismo, de la pereza y de la orgía.[33]

Su rechazo a los bohemios mexicanos está expresado con más claridad en algunas de sus crónicas publicadas años antes en la *Revista Azul* (1894-1896) que dirigió junto a Manuel Gutiérrez Nájera. Sobre lo novedoso que pudieran resultar los espectáculos de cabaret, los cuales no existían en la ciudad de México, la idea no le entusiasmaba nada, le parecían lugares excéntricos y decadentes, producto del hastío de fin de siglo. Termina su crónica: "Aquello es a la vez nauseabundo y burlesco, humorismo de gente hastiada de todo, ya menester de estos espectáculos, para producirse una impresión nueva, síntomas de una neurastenia aguda que reclama, día a día, momento a momento, otras emociones, otros placeres que los comunes y corrientes, desechados, irremediablemente insípidos."[34]

CONSIDERACIONES FINALES

Los artículos publicados por Díaz Dufoo en *El Imparcial* y *El Mundo Ilustrado* nos permiten acercarnos a las siguientes conclusiones:

En primer lugar, las crónicas dedicadas a la exposición, en su mayoría positivas, trataron de reforzar el discurso oficial de que México se estaba acercando con pasos agigantados al progreso y la prueba estaba en el excelente papel que el Pabellón Mexicano había desempeñado. En ellas no sólo vemos a Francia y a México, vemos al mundo. Díaz Dufoo deja ver que, a pesar del éxito de la Exposición, esta se vio empañada

[33] *Ibid.*
[34] *Ibid.*

por asuntos políticos. En efecto, desliza una crítica al sistema francés que estaba inmerso en una crisis política, deja vislumbrar muchas tensiones ya entre los países europeos y sus colonias y cómo la emergencia de corrientes ideológicas, como el anarquismo, estaba también causando problemas en el viejo continente.

Sus crónicas contribuyen a alimentar la imagen de París como de ensueño, llena de vida, con mujeres bellas y colmada de lugares emblemáticos para aquel que la visitaba por primera vez. Sin embargo, y a pesar de ser un gran admirador de la Ciudad Luz, Díaz Dufoo plasmó, asimismo, sus impresiones sobre el París cotidiano, el de los bajos fondos, y en este sentido encontraba una urbe decadente, excéntrica, con sus propios problemas sociales, y exhausta para recibir al nuevo siglo.

Lo anterior no significó que su estancia no fuera muy placentera y los lectores se vieran beneficiados por sus escritos, pues Díaz Dufoo no sólo compartió con ellos las noticias de la Exposición Universal, origen del viaje, sino sus propias experiencias recorriendo los distintos barrios de la ciudad, reafirmando estereotipos y derribando otros, mostrándoles lo que muy pocos de ellos podrían ver por sí mismos, y anticipando ya el fin de la modernidad, el declive de la urbe europea y el comienzo de una nueva nación poderosa ante el mundo: Estados Unidos.

Una vez en México, nuestro cronista seguiría escribiendo sobre su experiencia, lo que había significado para él haber estado en la Exposición de París de 1900 y terminaría recordando cómo fue el último día que pasó en ella:

> La obra de destrucción ha comenzado. La piqueta hiere despiadadamente los pórticos de los palacios, abre profundas brechas en las columnatas, desquicia arcos, establece la ley niveladora del caos: ¡la Exposición ha muerto!
>
> Así, esta exposición, con sus necesarias rectificaciones, su concienzuda fe de erratas, estaba destinada a desaparecer.
>
> Y esta visión se desvanecerá; las cúpulas y las estatuas y Los Arcos y las escalinatas serán barridos para no dejar detrás de si más que el recuerdo y la esperanza de nuevas futuras reconstrucciones. Porque el ideal de la Francia –¡oh pueblo triunfante latino!– es borrar las huellas del pasado para improvisar repentinamente el porvenir.[35]

[35] Carlos Díaz Dufoo, "Recuerdos de la Exposición. La calle de las Naciones", *ibid*., 2 de diciembre de 1900.

FUENTES CONSULTADAS

Hemerografía

El Imparcial, ciudad de México.
El Mundo Ilustrado, ciudad de México.

Bibliografía

Albertini, Pierre, *La France du XIXe Siècle (1815-1914),* París, Hachette, 2000.
Duroselle, J. B. *L'Europe de 1815 a nos jours. Vie politique et relations internationales*, París, Presses Universitaires de France, 1967.
García, Clara Guadalupe, *El periódico* El Imparcial. *Primer diario moderno de México (1896-1914)*, México, Centro de Estudios Históricos del Porfiriato, 2003.
Morillo Morales, Julia, "Las exposiciones universales en la literatura de viajes del siglo XIX", tesis para obtener el grado de doctora en Filología, España, UNED, 2015.
Núñez y Domínguez, Roberto, *Don Carlos Díaz Dufoo. Semblanza biográfica*, México, Imprenta de Manuel León Sánchez, 1941.
Tenorio Trillo, Mauricio, *Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales 1880-1930*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

LOS PASOS DE NERVO Y TABLADA POR LA *BELLE ÉPOQUE*

Miguel Ángel Castro

¡Bendita seas, Francia, porque me diste amor!
En tu París inmenso y cordial encontré
para mi cuerpo abrigo, para mi alma fulgor,
para mis ideales el ambiente mejor
…¡y, además, una dulce francesa que adoré!
Amado Nervo[1]

El libro *El viajero y la ciudad*, publicado en 2017 por el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, recoge trabajos de académicos y estudiosos interesados en las experiencias de los viajeros como mediadores culturales entre las grandezas y miserias de las ciudades, entre paisajes y recursos naturales, entre costumbres y tradiciones, y entre individuos y sociedades. Investigadores convencidos de la importancia y riqueza que tienen las impresiones de esos aventureros que experimentan, conservan y difunden la cultura de los otros; o bien, amantes de la literatura de viajes que desean conocer e interrogar las imágenes que proyectan los extranjeros que recorren las calles de las ciudades que visitan con los sentidos atentos y observan curiosos a las personas que les dan vida e identidad. Comienzo este texto con esa referencia porque, a mi modo de ver, algo o mucho de ese espíritu está presente en este libro, y también por otros dos motivos, acaso evidentes: porque *El viajero y la ciudad* no ha sido muy difundido y

[1] Nervo, *Obras completas*, 1951, vol. 1, pp. 19-20.

porque es una obra que puede ser útil para quienes se sientan atraídos por estos temas y, sobre todo, porque confirma mi personal entusiasmo por compartir justamente y desde hace tiempo el gusto e interés por la escritura de viajes con las doctoras Laura Suárez de la Torre y Ana Rosa Suárez, distinguidas investigadoras del Instituto Mora. Así que, en verdad, celebro que la segunda y la doctora Isabelle Tauzin editen esta reflexión colectiva sobre las "Miradas mexicanas" sobre Francia y Estados Unidos durante prácticamente todo el siglo XIX y la primera mitad del XX para saber que revelan epistolarios, diarios y otros documentos olvidados sobre *ellos* y *nosotros*.

Encuentro, pues, la oportunidad de reanudar la lectura de crónicas periodísticas de finales del siglo XIX y comienzos del XX que publicaron escritores que viajaron a Europa y Estados Unidos, y llevaron a cabo estancias en diversas ciudades y, dado el enfoque determinado en este libro sobre Francia y el vecino del norte, retomo dos capítulos de aquel extenso y largo diálogo que establecieron los escritores que visitaron París y sus lectores en la prensa de aquellas décadas para confirmar, o no, si las aspiraciones de la modernidad y civilización se estaban alcanzando. Esos dos capítulos son los que corresponden a Amado Nervo y José Juan Tablada, protagonistas de nuestra Bella Época que conocían muy bien la literatura francesa y estaban al día de lo que sucedía en la entonces capital del mundo.

Afirma Héctor Valdés que en Francia residía el "ideal literario de México", que "todo escritor deseaba ir a París a recibir el espaldarazo definitivo…". Algunos de los que consiguieron hacer el viaje, observa el estudioso de la *Revista Moderna*, "comprobaron que la realidad era bella, pero no a la altura del sueño: París no se movía al antojo de quien así lo deseaba, y los escritores franceses no eran amigos de quienes tanto los emulaban. Los latinoamericanos formaron un mundo aparte –latinoamericano, desde luego–, en un terreno que no era el suyo."[2]

Corresponderá a José Juan Tablada bajar la cortina del escenario principal de la Bella Época, cuando presenta una forma del desencanto de la experiencia, en las crónicas que escribió entre 1911 y 1913, reunidas en el libro *Los días y las noches de París. Crónicas parisienses*, publicado en 1918, resultado de su estancia en esa ciudad entre noviembre de 1911 y febrero de 1912. En la crónica titulada "Tedio parisiense" no oculta cierta decepción: "No, no valía la pena atravesar el Atlántico y haber estado a punto de naufragar en el mar Cantábrico para oír estas conversaciones estereotipadas,

[2] Valdés, Héctor, "Estudio introductorio", *Revista Moderna*, 1987, pp. XXVII-XXVIII.

para encontrar por sarcasmo copias parisienses de rostros aztecas y para saturarme en este aburrimiento gris como el cielo invernal, obstinado como la terca llovizna y espeso y pegajoso como el lodo de estos bulevares."[3]

Es probable que esta visión desilusionada de París se debiera, en opinión de Esperanza Lara Velázquez, quien escribió el prólogo a la edición de las *Crónicas parisienses*, publicada por la UNAM 70 años después de haber aparecido por vez primera, a un momento de depresión o al desengaño que Tablada sufrió ante la imagen irreal de todo aquello que ya no correspondía a sus sueños. La estudiosa considera que:

> Tablada había ya analizado la bohemia parisiense de una manera pesimista en el texto "Los luchadores vencidos". Con un tono moralizante el escritor aludía a la agonía del pintor Juan Mora ¿…? en su chiribitil de la Rue Monge, y ejemplificaba varios casos de artistas mexicanos que fueron a París con ambiciones de triunfo y fracasaron en aras de una bohemia mal entendida, tanto por falta de recursos como de salud física.[4]

Tablada añade categórico:

> Nunca he estado de acuerdo con su visión irrisoria y grotesca de la vida; les he dicho, con sarcasmo o con solemnidad, que antes de ser un intelectual, un pintor divino o un músico inefable, hay que ser un hombre…/ ¿Lo son acaso estos muchachos que vienen a París a contraer enfermedades de griseta, a vivir una imposible vida de héroes de Murger con música de Puccini; que aún creen en las virtudes teologales del ajenjo y que se abandonan a la deriva de la existencia, embrujados hasta la médula por el ópalo de una copa o por el *fru frú* de unas enaguas de seda…?[5]

En efecto, el folletín *Escenas de la vida bohemia*, de Henri Murger (1822-1861), había sido publicado en el periodiquillo *Le Corsaire* entre 1847 y 1849[6] y al año siguiente como libro *Los bohemios del barrio latino*. Theodore

[3] Tablada, *Los días*, 1918 y Tablada, *Obras III*, 1988, p. 220. Cabe advertir que, según Rodolfo Mata, Tablada visitó París con motivo de su viaje de bodas con su primera esposa, Evangelina Sierra, en 1903.

[4] Lara, "Prólogo" en Tablada, *Obras III. Los días*, 1988, p. 30.

[5] *Ibid.*

[6] *Los bohemios del barrio latino* de Henry Murger, según el *WorldCat identities*, tiene 619 ediciones publicadas entre 1850 y 2018 en trece lenguas y con referencias en 2 932 bibliotecas que son miembros del *WorldCat* en todo el mundo. La nota que describe esta obra es la siguiente: "Set in the

Barrière adaptó la historia de Rodolfo y Mimí al teatro, y Giacomo Puccini la inmortalizó, como se sabe, en su ópera *La bohème* en 1896. La influencia de las *Escenas* de Murger, en efecto, habían tenido mucho eco en numerosos países durante la segunda mitad del XIX, pues las traducciones favorecieron su circulación. Denise Fischer Hubert, de la Universidad Rovira i Virgili de Tarragona, en su artículo "La imagen de París en los escritores españoles de comienzos del siglo XX", confirma la influencia de Murger en la península ibérica, y respecto de la imagen de París que se formaron los españoles, observa cómo el libro francés penetró en ese país y cómo las novelas francesas alimentaron la curiosidad y el interés por visitar a la Ciudad Luz. "Baroja, nos refiere, llega a París con la idea de ver, en la ciudad, la imagen de los libros y folletines que ha leído; sus tres primeros viajes denotan ese deseo: 'Estas tres etapas fueron para mí como quien lee un folletín en tres tomos… En aquella primera estancia mía, quise ver a París como quien se pone a leer *Los Miserables* o las hazañas de Rocambole'."[7]

Para comprender los juicios de Tablada importa, entonces, considerar el tiempo que ha pasado entre aquella emoción viajera de los literatos del fin de siglo y la de los miembros de las generaciones de las primeras décadas del siglo XX, justo donde se ubican las impresiones de Tablada, que apenas comienza a asimilar el fin del régimen de Porfirio Díaz. En ese cambio de siglo, o bien se ha perdido la inocencia y la ilusión o se ha viajado más y nada es ya tan nuevo como antes. Advierte Esperanza Lara que "cuando Tablada va

---

Latin Quarter of 1840s Paris, Henri Murger's *La Boheme* creates a stark and colorful record of the boisterous, lean, and sensual world of eternal Bohemia. The author, like his character Rudolph, was a dispossessed poet living from hand to mouth while serving his literary apprenticeship in the hustle-and-bustle streets of the artists' quarter. In order to make a little money, Murger created fictional episodes based on his experiences in the heart of Bohemia and sold the first of them in 1847 –for fifteen francs each– to a small literary magazine titled *Le Corsaire*. From this humble beginning, La Boheme has become an undying tribute to true Bohemians or, as Murger describes them, "those called by art." The episodes first published in *Le Corsaire* were gathered into a book that sold 70 000 copies. Then in 1849 Theodore Barrière made the story into a play, which became a popular sensation in Paris. And finally, Giacomo Puccini transformed Murger's tale into the famous opera, a work that continues to be applauded by audiences throughout the world. La Boheme, is a one-of-a-kind journey to a raw yet romantic place, to a sphere where people hunger for both artistic ideals and morsels of food." <https://www.worldcat.org/identities/lccn-n83140392/> [Consulta: 12 de octubre de 2020.]

[7] Rocambole es un personaje creado por Pierre Alexis, vizconde de Ponson du Terrail (1829-1871) que protagoniza una larga serie de novelas populares publicadas en los periódicos *La Patrie* y *Le Petit Journal*, entre 1857 y 1870. Entre sus características destacan su arrojo, ingenio y simpatía, rasgos de los héroes de historias de aventuras que entretenían a lectores de todo el mundo pues las historias de Ponson du Terrail eran traducidas a otras lenguas al poco tiempo de publicarse como libros. Fischer Hubert, "La imagen", 1998, pp. 165-178.

a Francia y escribe *Los días y las noches de París*, se encuentra ya espiritualmente preparado para enfrentarse a la cultura de ese país …".[8]

París se sueña, como observa Denise Fischer, en el último tercio del siglo XIX tanto en España como en América Latina. Rubén Darío, que sabría conservar largo tiempo esa ensoñación, anticipaba su amistad con Alphonse Daudet, Catulle Mendès, y la posibilidad de escuchar a Ernest Renan en La Sorbona.

La idea y la imagen de París, que como emblemas o representaciones de la cultura de la *Belle Époque*, fueron difundidas en la prensa mexicana y, por ende, contribuyeron a señalar sus rasgos en el cuerpo de la ciudad de México durante el último cuarto del siglo XIX y los primeros años del XX. Explica el crítico e historiador José Luis Martínez:

> La cultura francesa, y sobre todo la poesía parnasiana y simbolista, se considerarán las fuentes por excelencia y el afrancesamiento llegará a ser "galicismo de la mente". Los zenzontles, guacamayas, chirimoyas, guayabas y manglares quedarán, temporalmente, olvidados; y ahora, como ironizaba Vicente Riva Palacio en *Los ceros* (1885), "es perdonable que algunos escritores se firmen *El Duque Job, Raoul,* o simplemente *Moi*; y que llenen columnas enteras con palabras francesas o galicismos; que nadie diga ramillete sino *bouquet*, sello sino *timbre*, y gracia, gusto o garbo sino *chic* y que hasta Agustín Cuenca diga *réverie* y no ensueño o delirio".[9]

La atracción que ejercían los reflejos de la cosmópolis era irresistible y seductora: "Un número considerable de escritores –anota Carlos Monsiváis– anhela vivir en México como en París, y esa sensación de bifurcamiento (pertenecer a dos ciudades, o desvanecer mediante el ensueño la ciudad en que se vive), culmina en el delirio de *estar siempre como en otra parte*. Rubén Darío lo dice: *Mi esposa es de mi tierra, mi querida de París*...".[10] Para Gutiérrez Nájera, por ejemplo, era evidente que en ese momento "toda publicación artística, así como toda publicación vulgarizadora de conocimientos, tiene que hacer en Francia su principal acopio de provisiones, porque en Francia, hoy por hoy, el arte vive más intensa vida que en ningún otro

[8] Lara, "Prólogo" en Tablada, *Obras III. Los días*, 1988, pp. 10-11.
[9] Martínez, "México en busca", 2000, p. 739.
[10] Monsiváis, "Del saber compartido", 2005, pp. 101-102.

pueblo, y porque es Francia la nación propagandista por excelencia".[11] El cronista reseña el libro *Los parisienses y las parisienses* de Clément Bertie-Marirot, en 1884, y advierte la voracidad de la ciudad que como el Minotauro y Gargantúa, devora y traga a las celebridades, con una rapidez semejante a la de una *miss* golosa que pasa por su garganta sin saborear avellanas y fresas. Para ser famoso es indispensable pisar "el pegajoso asfalto de los *boulevards*".[12] Los recursos que la modernidad provee influyen en las comparaciones que los urbanistas literarios hacen de las calles, los edificios y las prácticas cotidianas. El cinematógrafo, por ejemplo, permite observaciones curiosas del descubrimiento de lo otro, como la que recoge Ángel de Campo en la alborada del XX:

> –¡Nuestra Señora de París!, clama una recamarera cuando aparece la imponente fábrica. ¿Ya ves cómo sí usan guantes las cocineras y llevan paletó?, comenta una flota del fogón, cuando parisiense o neoyorquina colega aparecen en pantalla. ¡Allá los porteros barren con cepillo! Y no como usted, con el cuerpo cuando la arrastra su marido.
>
> –¡Recorcho! Timoteo, ¿ya vido con qué prontitud cogieron al ratero? ¡Álgame, si en el extranjis respetan a los gendarmes! ¡A la primera guantada dobló el ratero!
>
> –Y no se ve ni un briago tirado en medio de la calle.
>
> –Ni se suben los burros a las banquetas.[13]

Los escritores más convencidos de la necesidad que se imponían de conocer la "Ciudad Luz", y que Monsiváis llama "exilio interno y hospedaje psicológico", armaron dos magníficas naves de papel: la *Revista Azul*

[11] Manuel Gutiérrez Nájera, "El cruzamiento en literatura", en *Revista Azul*, 9 de septiembre de 1894, p. 289. Los testimonios sobre la veneración que profesa Gutiérrez Nájera por el cosmopolitismo de Francia se multiplican en su obra, por ejemplo, cuando escribía varios años antes de convertirse en editor de la *Revista Azul*: "…esa orgullosa Francia que se diría creada para dar cumplimiento a todas las grandezas. Hay en sus hombres y en sus instituciones algo de un tan halagador cosmopolitismo que, si el sueño de la República llegara algún día a verificarse, si las naciones dejaran de encasillarse en sus barreras para formar la gran confederación humana, de cierto que Francia sería el lugar apercibido de antemano para capital de esa República imposible. Considero a veces el Universo como un organismo gigantesco cuyo cerebro se halla en Alemania, y cuyo corazón palpita en Francia…" Gutiérrez Nájera, "Cosas del mundo", 1877, pp. 1-2.

[12] El Duque Job. "*Los parisienses y las parisienses,* de Bertie-Marriot", *La Libertad*, 11 de septiembre de 1884 y Gutiérrez Nájera. *Obras IX*, 2002, pp. 231-232.

[13] Ángel de Campo, *Tick-Tack*, "Va a comenzar la tercera tanda. Semana alegre", *El Imparcial*, 14 de octubre de 1906.

(1894-1896)[14] y la *Revista Moderna* (dos épocas: 1898-1903 y 1903-1911),[15] que les permitieron hacer la travesía para conversar no sólo con escritores franceses sino abrir fronteras hacia el resto de Hispanoamérica, para anunciar su independencia de la literatura española. Como anota Adela Pineda:

> La imagen ideal de París se proyecta también en una glamorosa y afeminada vista de la Alameda por Tablada y en un homenaje a la najeriana calle de Plateros por Urueta. Por otro lado, con sus múltiples viajeros, París es el escenario que ilustra la diversificación del género de viajes en la *Revista Moderna*. Constituye, en la terminología de Michel Foucault, una heterotopía, es decir: "un lugar real sobre el cual se yuxtaponen e imbrican una variedad de discursos y espacios en tensión o incluso incompatibles". En sus crónicas de 1902 y 1903, reunidas en *El éxodo y las flores del camino*, Nervo enumera las diversas caras de París de acuerdo con los motivos que impulsan a múltiples viajeros hispanoamericanos a concurrir a la Exposición Universal de 1900, destacando la novedad como el sentido principal del viaje a esta cosmópolis.[16]

La ficción concreta la estancia. A fuerza de imaginar, Gutiérrez Nájera se ubica en la ciudad revisitada, y la historia de la única novela que publicó, con el título *Por donde se sube al cielo*, ocurre en París.[17] La modernidad de París carga entonces con una acusación: cobija el pecado y los vicios. El venerado París, sugiere el poeta, es el corazón del mundo, pero también es el escapa-

[14] Jorge von Ziegler plantea la siguiente síntesis: "La importancia de la literatura francesa en la *Revista Azul* sería también considerable en otro sentido. Mientras que respecto a las otras literaturas, incluida la mexicana, sus editores se atuvieron principalmente a los autores del día o del pasado inmediato, para la literatura francesa adoptaron una perspectiva más amplia, la de casi todo el siglo XIX: romanticismo, realismo, naturalismo, parnasianismo y simbolismo. Pero no obstante esta amplitud, es palpable su inclinación hacia los escritores del Parnaso: Leconte de Lisle, Sully Prudhomme, Théodore de Banville, José María de Heredia, Francois Copée, Catulle Mendés y Jean Richepin. Sorprende, en cambio su apertura hacia el naturalismo: Guy de Maupassant, Edmond y Jules de Goncourt, Émile Zola, Paul Margueritte." Ziegler, "Las revistas azules", 2005, p. 214.

[15] Adela Pineda Franco ofrece argumentos sobre la trascendencia de la *Revista Moderna* en tanto que "testimonia la evolución de un problemático cosmopolitismo surgido de los varios optimismos decimonónicos continentales sobre la armonía cívica, la utopía de un pensamiento científico único y la posicionalidad de Francia como la meca universal de la cultura. Dicha postura cosmopolita, no sólo de la literatura, sino también de la historia y la política, estaba ligada al mito liberal del porfiriato y, consecuentemente, a las representaciones de una nación moderna. Como publicación porfiriana se convirtió en el receptáculo, tanto de una conciencia nacional como de la modernidad europea". Pineda Franco, "El cosmopolitismo de la *Revista*", 2005, p. 224.

[16] *Ibid*., pp. 237-238.

[17] La novela fue publicada en 1882 en el periódico *El Noticioso* que editaba Manuel Caballero. Gutiérrez Nájera, *Obras*, 1994.

rate de las tentaciones mundanas, que encuentran lugar en el arte moderno que gusta de explorar las zonas oscuras de la conciencia y del placer.

Amado Nervo llega a París cuando la bohemia es pasado y prefiere la mordacidad pues su experiencia la permite comparar el modelo, que en México servía a los desocupados o pícaros de la época en México.

> El bohemio de México es muy distinto del de París; se le parece en lo negligente... y en lo pobre; pero se le diferencia en otras muchas cosas. Algunas veces escribe; otras, ni aun sabe escribir. Trasnocha sin objeto, vive con el día y lo caracteriza la falta absoluta de aspiraciones. En tanto que el hambre no lo aguijonea, sonríe, y cuando el hambre lo aguijonea *hace filosofía*. El principal componente del carácter bohemio es la negligencia netamente latina, y dicho está con eso que el bohemio mexicano se pinta solo para no hacer nada. Sus instintos artísticos, carne de su carne y sangre de su sangre, lo impelen a meditar mucho, dice él, a observar mucho, a analizar mucho, y es un crimen de lesa naturaleza y leso arte contrariar tales tendencias. Él no nació con aptitudes burguesas para el trabajo. ¡La vida! ¿Acaso vale la pena de apurarse por ella? ¡La vida! Ahora sí que le concedía él a la vida el trabajo más pequeño, el más pequeño sacrificio.
>
> El ¿para qué? sale a sus labios a todas horas.
>
> –Trabaja.
>
> –¿Para qué?
>
> –Pide un empleo.
>
> –¿Para qué?
>
> –Ve al ministro.
>
> –¿Para qué?
>
> Recuerdo haber encontrado una vez a un bohemio así, el cual, a mi pregunta de "¿Qué te haces?", respondió:
>
> –Me estudio para conocerme mejor.[18]

El periodista Carlos Díaz Dufoo, a la par que visita la Exposición Universal, deambula por París con la esperanza de toparse con los bohemios de Murger y su ambiente. Describe la geografía, encuentra el artificio y lo revela a los lectores de *El Mundo Ilustrado*:

[18] Amado Nervo, "Bohemios", *El Nacional*, 31 de diciembre de 1895, en Nervo, *Cuentos y crónicas*, 1971, p. 92. Véase del mismo Nervo, "En este país", *El Nacional*, 26 de diciembre de 1895, artículo en el que sugiere evitar comparaciones y como solución "quedarse en Cuautitlán".

> Para tropezar con ellos (los bohemios) es preciso –¡quién lo creyera!– abandonar el Barrio Latino, dejar muy atrás la silueta ennegrecida de Nuestra Señora, perder de vista las filosas agujas de la Santa Capilla, cruzar el río, el "maelstroon" de los boulevares, y subir hasta Montmartre, […] En el primer café que tropezáis –Place Pigalle– […] Y en un extremo, en una mesa, como abstraídos en una existencia propia, como en un mundo aparte, estaban ellos –Rodolfo, Colline, Schaunard– con sus largos levitones románticos, sus sombreros de anchas faldas, sus corbatas flotantes, su pipa en los labios, sus largas melenas, como desprendidas de una vieja página de la imborrable novela del bohemio. ¿Era posible aquel prodigio? Sí, y Urueta –mi compañero de aquella noche– me explicó la "cosa": parece que el ayuntamiento de París subvenciona a un grupo de artistas con objeto de que ellos conserven la tradición bohemia en la oleada de cosmopolitismo que va inundando París. Ellos son los encargados de revivir toda una época. ¡Ay!, bohemios en la apariencia, buenos burgueses en el fondo, cobijados en el presupuesto, al abrigo de las privaciones, comerciando con una falsa miseria, buenos chicos, a pesar de todo, que explotan el "físico de su empleo".[19]

Hacia 1900, Amado Nervo es ya un poeta que cuenta con una trayectoria reconocida como redactor y cronista en la prensa mexicana. Se había integrado a los proyectos del grupo modernista y, naturalmente, soñaba con visitar París. Y el sueño se le cumplió. Fue enviado por Rafael Reyes Spíndola, el editor de *El Imparcial* y *El Mundo*, a ocuparse del mito de la Ciudad Luz con motivo de la gran Exposición Universal que tendría lugar ese año para dar la bienvenida al nuevo siglo.[20] Lo acompañaron Carlos Díaz

[19] Carlos Díaz Dufoo, "La bohemia en París", *El Mundo Ilustrado*, 5 de mayo de 1901.

[20] Tenorio, *Artilugio de la nación*, 1998, pp. 250-261. Asegura que Nervo y Darío se fascinaban con la exposición y se entregaban al desvelo en París, y que el segundo advertía a su amigo argentino Manuel Ugarte cómo Francia, al final del siglo, "había hecho tabla rasa de todo". El periplo de Amado Nervo a París comenzó cuando fue enviado, junto con Carlos Díaz Dufoo y Manuel Flores, por *El Imparcial* para reseñar la Exposición Universal de 1900. Salió de la capital el 12 de abril, viajó en ferrocarril hasta Nueva York, de donde salió para Dublín, pasó por Liverpool y Londres para su destino a finales de ese mes. "Las impresiones de Amado Nervo sobre París, la Exposición y el Pabellón de México quedan registradas en diversas crónicas escritas entre abril y agosto. Conoce a Rubén Darío y comparten durante nueve meses la casa del 29 Faubourg-Montmartre. En la bohemia parisina convive con escritores, periodistas, artistas plásticos y músicos de México como Justo Sierra, Luis Quintanilla, Gustavo E. Campa y Jesús F. Contreras; asimismo, se relaciona con algunos hispanoamericanos: Guillermo Valencia, Manuel Ugarte y Enrique Gómez Carrillo, entre otros. Conoce y trata ocasionalmente a Jean Moréas. En mayo envía a *El Mundo* "Frente a Irlanda", poema incluido más delante en *El éxodo y las flores del camino*. Visita el balneario de Mers, ubicado en la costa atlántica de Francia, y a

Dufoo y Manuel Flores. Las crónicas que escribió muestran el proceso de adaptación del poeta que deseaba prolongar su credulidad:

> son crónicas poéticas –afirma Francisco González Guerrero– que revelan pasión exaltada por París. '¡Alma mía, vamos a París!', decía en su camino. En París o Lutecia –como preferían decir los modernistas– cofraternizó con Rubén Darío y con otros poetas y escritores hispanoamericanos. Allí conoció a Verlaine, a Moréas, a Wilde [¿?]… Allí escribió uno de sus poemas inmortales *La hermana Agua*, y publicó un libro de versos. Allí encontró, también, el más grande amor de su vida [Ana Cecilia Luisa Dailliez], el que diez años después debía inspirar su bello canto elegíaco a la *Amada Inmóvil*.[21]

Nervo se sirvió de su notable capacidad de observación crítica y logró un conjunto de estampas, anécdotas y retratos que fortalecían el imaginario de sus lectores en este lado del Atlántico. De entrada confirmaba sus expectativas:

> ¡París! Todo lo que pudiera decir de la capital del mundo está dicho ya. Aun cuando la viese a través de mi temperamento, aun cuando la matizase con toda la paleta de mi fantasía, dicho está. ¿Qué París es bello? Lo es sobre toda ponderación. ¿Qué ase, que domina, que subyuga, que arrebata desde el primer instante? ¡Quién podría negarlo!
>
> Es preciso pisar esta tierra bendita, grande aun en sus locuras, interesante aun en sus ridiculeces, amable aun en sus vicios, fuerte aun en sus debilidades, para comprenderla. Pero, ¡Dios mío!, esto ha sido versificado, literaturizado, poetizado, pintado y esculpido; no hay ciudad más favorecida por la admiración en todas sus formas vehementes que "el cerebro del mundo".
>
> Hemos venido a París antes de conocerlo; sabemos de todos sus rincones, de todas sus "manzanas" vedadas, de todas sus delicias prohibidas, de todos sus prodigios de arte, y aunque la realidad siempre tiene fisonomías inesperadas, al escribirla y describirla la fisonomizamos poco más o menos como los que han precedido, y esto es redundancia.[22]

---

finales de julio por varias ciudades de Suiza y Alemania. El 11 de agosto se entera de que Rafael Reyes Spíndola lo despide de *El Mundo* y *El Imparcial*." Nervo, *Obras 2*, 2006, pp. 308-309.

[21] Francisco González Guerrero en Nervo, *Obras completas*, 1951, p. 20. Carlos Díaz Dufoo, "La bohemia en París", *El Mundo Ilustrado*, 5 de mayo de 1901.

[22] Amado Nervo, "Desde París. La tumba de Napoleón", *Obras completas*, 1951, p. 1342. Francisca Noguerol confirma la importancia de este párrafo de Nervo y subraya la función de la crónica

En el libro *El éxodo y las flores del camino*, publicado en 1902, Nervo reunió algunas prosas de tono poético e intimista que escribió durante su estancia en Europa. Cuando el poeta entre sus "divagaciones" se pregunta "¿Por qué va uno a París?", sintetiza el gusto o moda que siguieron algunos escritores y artistas hispanoamericanos al arrancar el siglo XX:

> Hay muchos que viajan por vanidad, por la vanidad de decir: "He estado aquí, he estado allí, he visto, he hecho." Hay otros muchos, superiores a los primeros, que peregrinan por el placer del regreso. La vieja imagen del romero que refiere sus aventuras maravillosas al amor de la lumbre, cautiva aun a ciertos espíritus. (¡Ah, ya no hay aventuras maravillosas en la tierra, desde los tiempos del sagaz Ulises hasta los nuestros, el mundo se ha empequeñecido asaz y asaz vuelto mezquino!) Otros hay que viajan por fastidio; muchos son […]
>
> Pero la característica de unos y de otros, de todos los viajeros, es esta: el anhelo de novedad. Se va especialmente de América a París, porque aquí se nos predica constantemente que en París hay muchas cosas nuevas para nosotros.[23]

***

En efecto, como ya hemos señalado, la novedad, la modernidad de París atraía el interés y la curiosidad de los lectores-visitantes. En palabras de Francisca Noguerol, que ha estudiado el mito de París en la narrativa hispanoamericana:

> *París de la Francia* o *Lutetia parisiorum* [es] un enclave palimpsesto constituido por elementos opuestos e indisociables. La ciudad de la luz y las fuentes, la capital de la modernidad, del amor y la fantasía, se convirtió en la segunda

---

de viaje cercana al reportaje, así como la forma en que sirvió para extender el mito de París en Hispanoamérica: "Las noticias sobre la ciudad francesa a finales del siglo XIX y principios del XX utilizaron como vehículo fundamental la crónica modernista, de amplia difusión en los periódicos transoceánicos de la época, lo que explica la rapidez con la que se categorizó el mito. […] El cosmopolitismo modernista se reflejó especialmente en estas crónicas y libros de viaje, textos que ofrecieron una imagen irreal de París debido a la celeridad con la que se escribían (el cliché era un recurso habitual en estas páginas) y por su estilo impresionista." Francisca Noguerol, "De parisitis y rastacuerismo: Rubén Darío en Francia". García Morales, *Rubén Darío*, 1998, p. 167.

[23] Nervo, "¿Por qué va uno a París? Divagaciones", 1951, pp. 1392-1394.

> mitad del siglo XIX y las primeras décadas del XX en la metrópoli de Occidente. Del fértil "lutus", el lodo que le da nombre, surgieron las más diversas corrientes artísticas y de pensamiento, y por su brillo se sintieron atraídos miles de hombres que recorrieron desigual fortuna en sus calles.[24]

La invitación esperada por muchos de esos hombres del otro lado del Atlántico la proporcionó la Exposición Universal de París de 1900. Las listas de escritores, artistas y personalidades procedentes de diversos países americanos que visitaron la ciudad son largas como las obras que fueron dedicadas a París durante el fin de siglo. El sufrimiento de Horacio Quiroga y las hipérboles o el empalago del guatemalteco Enrique Gómez Carrillo reflejan el nivel de la pasión:

> Gracias al triunfo de las armas y de las ideas francesas, París se ha convertido en la metrópoli del mundo nuevo. Ya de todas partes suben hacia sus altares, entre el humo de los incensarios, los salmos que lo comparan con Atenas, con Roma, con Jerusalén, con todas las ciudades santas que en el transcurso de los milenios han sido […] Faro, antorcha, santuario, torre, baluarte… ¿Qué no es para los que se dan cuenta de la espiritualidad de su destino? […] Es la gracia bendita entre las gracias, la sonrisa que florece cual una rosa, el encanto que todo lo embellece.[25]

Amado Nervo observa con humor la picardía de los que en algún momento fueron discriminados como "rastacueros":

> –Pero señor, yo no le he permitido a usted que me bese…
>
> –¡Ah, señorita! No se alarme usted: *chez nous* es la costumbre. Los caballeros besan a las damas en la boca, una vez que están presentados.
>
> –*C'est drôle*– murmura la francesita entre incrédula y pensativa. [...]
>
> Pero un día las costas de Francia se desvanecen ante el regionalista viajero, y al llegar éste a América, la nostalgia le recibe en la playa. Enton-

[24] Francisca Noguerol, "De parisitis y rastacuerismo: Rubén Darío en Francia", García Morales, *Rubén Darío*, 1998, pp. 165 y ss. La investigadora nos informa que en el artículo "Paris, le 'mal nécessaire' des Latino-américains autour des années 1900", su autora, la profesora Christiane Seris, señala la identificación de la capital francesa con una enfermedad, la "parisina" o "parisitis", no otra cosa que la obsesión por la ciudad, "resultado de la necesidad que sentían los extranjeros por crearse una filiación cultural prestigiosa en Francia". Brunel, *Paris*, 1984, vol. 1, pp. 257-262.

[25] Citado por Francisca Noguerol, "De parisitis y rastacuerismo: Rubén Darío en Francia", en García Morales, *Rubén Darío*, 1998, p. 167.

> ces… ¡Oh! Entonces, ante la realidad implacable, ante el dorado recuerdo lejano, el hombre del *chez nous* se acaba, y nace otro: otro que no cesa de repetir en medio del atraso y la miseria ambientes:
>
> –¡Oh! en París…[26]

La experiencia de Tablada contrasta con la emoción y el humor de Nervo. Tablada se ampara en la autoridad que le conferían sus conocimientos estéticos, era un poeta de vanguardia que había viajado antes a ese país, que fue a Japón y pasó por San Francisco, que conocía Cuba y Nueva York. Importa, por tanto, la respuesta de Esperanza Lara sobre la finalidad del viaje del escritor a París durante el invierno de 1911. Afirma la investigadora que "fue el deseo vehemente de apreciar el arte y la cultura en general; aproximarse a aquellos escritores franceses a quienes tanto admiraba como latinoamericano; en suma, adentrarse en el corazón de París. Su entusiasmo lo llevó al conocimiento de un país vedado al turista común."[27] En *Los días y las noches de París. Crónicas parisienses*, reúne casi todos los textos que escribió para *Revista de Revistas*, contiene 33 crónicas divididas en seis apartados: De tránsito (2), Teatros (5), De arte (8), Varias (9), Bailes Exóticos (6), y Fábulas Vivas (3). Cada conjunto presenta un aspecto de París en el que Tablada fijó la "mirada", y en general, como mencioné al principio, no tienen la emoción admirativa que experimentaron los cronistas enviados por Spíndola a reportar sobre la Exposición de 1900. Quizás por eso resultan más descriptivas y en partes críticas, como cuando se refiere a una exhibición mundial de gimnasia que tuvo lugar en el famoso Velódromo de Invierno, donde lamenta la ausencia de paisanos: "Como era de esperarse, solo México faltó, porque mientras todos los países del mundo pugnan y se afanan por hacerse dignos de la humanidad y por asociarse a la obra de la civilización, México pugna y se afana por alcanzar... ¡todo lo contrario!"[28]

[26] Nervo, *Obras completas*, 1951, pp. 1423-1424. Adela Pineda Franco considera que es posible que el sentido más interesante de París en la *Revista Moderna* sea el sugerido por Nervo en esta crónica: "París constituye ante todo una zona de confrontaciones entre lo nacional y lo cosmopolita. Nervo se refiere a su 'mexicanidad' en París, no sin un dejo de ironía, con el vocablo francés *chez nous*… *Chez nous* constituye aquí la metáfora, no tanto de la capital francesa, sino del espacio que resume los ideales culturales porfirianos. A lo largo de las páginas de la *Revista Moderna*, París funge como eje central sobre el cual gravitan las utopías del fin de siglo en México y las reflexiones en torno a la siempre retardada modernidad europea." Pineda Franco, "El cosmopolitismo", 2005, pp. 237-238.

[27] Tablada, *Obras III. Los días*, 1988, pp. 32-37.

[28] Esta crónica apareció en *Revista de Revistas*, año IV, núm. 165 (20 de abril de 1913), pp. 1 y 9 con el título de "¡Míseros de nosotros!... El salón del músculo vivo", en *ibid.*, pp. 77-78.

En algunos casos, explora los bajos fondos, no como exagera Esperanza Lara, "movido por el mismo impulso, consciente o inconsciente de conocer seres que habitaban un mundo distante al suyo, exótico podría decirse, 'de una vida inferior, casi animal', como él mismo los califica, criaturas en las que sólo los apetititos y pasiones imperan, o acaso por un inexplicable deseo de autotorturarse". Creo que era un interés de viajero estudioso de los otros, así cuando conoce a los "apaches":

> Ver a los apaches es, para todo el que llega a París, una curiosidad tan malsana como vehemente. Contra la delicadeza y el refinamiento de un espíritu civilizado, se busca, de cerca o de lejos el soez espectáculo de aquellos rufianes y mujerzuelas que viven en el emporio de la cultura, en el riñón de la Ciudad Luz, como los ancestros de las primeras edades vivían en sus cavernas con idénticas almas movidas por vehementes apetitos, con iguales impulsos nunca refrenados de codicia, de combate y de amor.[29]

Las ocho crónicas sobre arte pueden resultar más interesantes porque permiten confirmar la inclinación del poeta por la plástica y la estética en general. Confiesa, por ejemplo, en *El embarque a Citerea*: "No ir a Europa era mi tristeza; pero en el fondo de esa amarga y forzosa abdicación, no ver *El embarque a Citerea* era el más inconsolable de los duelos, el más doloroso renunciamiento, la más implacable nostalgia." El acercamiento a Watteau lo debía a las lecturas de Théophile Gautier y de los Goncourt. Así, él se interrogaba: "Como tantas veces, ¿no sería mi sueño más hermoso que la realidad?"

El libro de Tablada nos cuenta muchas cosas interesantes del París que amanece en el siglo XX. Dos crónicas que me gustan particularmente invitan a su estudio, a su lectura: "La tumba de Julio Ruelas" y "A la sombra de Notre Dame". Concluyo con un fragmento de esta última, para imaginar lo que aquellos afrancesados nuestros como Nervo y Tablada podrían haber sentido ante el terrible espectáculo del incendio que esa catedral sufrió el 15 de abril de 2019.

[29] "Fantasmas de apaches", *Revista de Revistas*, año II, núm. 127 (14 de julio de 1912), pp. 1 y 19, apareció con el título de "Crónicas parisienses. Los apaches. El primer gesto y el último", en *ibid.*, p. 161.

Llegamos, por fin, al pie de las torres, a la balaustrada galería donde vive el siniestro pueblo de las quimeras, el monstruoso rebaño de lémures y bestias que parece la visión cuajada en piedra de una profecía apocalíptica.

Dudo que aquel bestiario simbolice en parte las virtudes, aunque allí esté el pelícano que representa a caridad, y el elefante emblema de castidad. En cambio, las hirsutas crineras, las garras crueles, las fauces entreabiertas, los corvos picos, recelan naturalmente vicios y apetitos. Empinados a vertiginosa altura, dominando a París que se tiende a sus plantas, aquellos monstruos macizos y grotescos, más que secundarios accesorios, parecen los númenes legítimos de aquella catedral, profanada por los satanistas medievales, saqueada, ensangrentada, incendiada y pillada por el populacho de París y que quizás por eso ha quedado vacía de prestigios místicos, y ofendida y adversa ha dejado volar hacia templos más piadosos la paloma eucarística de su alma cristiana, dejando sólo la fábrica descarnada, su monstruoso esqueleto de columnas y botareles.

Va a morir el día; ya abajo en la *place du parvis*, vuelvo el rostro para ver por última vez la fachada de Notre Dame.

Como mariposas moribundas cogidas en gigantesca telaraña, mueren los últimos fulgores del crepúsculo en los vitrales del rosetón, y allá arriba las quimeras erguidas y culminantes, sobre París que comienza a encender las luces de su noche pecadora, alzan su *théologie* como la corona gigantesca y bestial de una Babilonia llena de concupiscencias, de vicios y de crímenes.[30]

FUENTES CONSULTADAS

Hemerografía

El Federalista, México.
El Imparcial, México.
El Mundo Ilustrado, México.
El Nacional, México.
La Libertad, México.
Revista Azul, México.

[30] "A la sombra de Notre Dame", *Revista de Revistas*, año II, núm. 119 (12 de mayo de 1912), pp. 1 y 5, apareció con el título de "Crónicas parisienses. A la sombra de Notre Dame", en *ibid.*, p. 151.

Bibliografía

Brunel, Pierre (ed.), *Paris et le phénomène des capitales littéraires*, París, Université de Paris-Sorbonne, I, 1984.

Fischer Hubert, Denise, "La imagen de París en los escritores españoles de comienzos del siglo XX", en *VII Coloquio APFFUE (Asociación de Profesores de Filología Francesa de la Universidad Española)*, Cádiz, 11-13 de febrero de 1998, vol. 1, 2000, pp. 165-178.

García Morales, Alfonso, *Rubén Darío. Estudios en el centenario de* Los raros *y* Prosas profanas, España, Universidad de Sevilla, 1998.

Gutiérrez Nájera, Manuel, "Cosas del mundo", *El Federalista*, t. VII, núm. 2081, 11 de noviembre de 1877, pp. 1-2.

_____, "El cruzamiento en literatura", *Revista Azul*, México, t. I, núm. 19, 9 de septiembre de 1894, p. 289.

_____, *Obras XI. Narrativa I. Por donde se sube al cielo*, ed. de Ana Elena Díaz Alejo, pról., introducción, notas e índices de Belem Clark de Lara, México, UNAM, 1994 (Nueva Biblioteca Mexicana, 118).

_____, *Obras IX. Periodismo y literatura. Artículos y ensayos (1877-1894)*, ed. crítica, introducción, notas e índices de Ana Elena Díaz Alejo, México, UNAM, 2002.

Martínez, José Luis, "México en busca de su expresión" en *Historia general de México. Versión 2000*, México, El Colegio de México, 2000, pp. 707- 944.

Monsiváis, Carlos, "Del saber compartido en la ciudad indiferente: de grupos y ateneos en el siglo XIX" en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra, *La república de las letras: asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, México, UNAM, 2005, vol. 1, pp. 89-106 (Ida y Regreso al Siglo XIX).

Nervo, Amado, *Obras completas*, ed., estudios y notas de Francisco González Guerrero (Prosas) y Alfonso Méndez Plancarte (Poesía), Madrid, Aguilar, 1951, 2 vols.

_____, *Cuentos y crónicas*, pról. y selección de Manuel Durán, México, UNAM, 1971 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 95).

_____, *Obras 2. Tres estancias narrativas (1890-1899)*, ed. de Yólotl Cruz, Gustavo Jiménez y Claudia Cabeza de Vaca, México, Océano/UNAM/CONACULTA, 2006.

Pineda Franco, Adela, "El cosmopolitismo de la *Revista Moderna*" en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra, *La república de las letras: asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, México, UNAM, 2005, vol. 2, pp. 223-238 (Ida y Regreso al Siglo XIX).

Revista Moderna. Arte y ciencia. Edición facsimilar, México, Coordinación de Difusión Cultural-Dirección de Literatura, UNAM, 1987.

Tablada, José Juan, *Los días y las noches de París: crónicas parisienses*, México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1918.

_____, *Obras III. Los días y las noches de París, crónicas parisienses*, prólogo, recopilación y notas de Esperanza Lara Velázquez, México, UNAM, 1988 (Nueva Biblioteca Mexicana, 99).

Tenorio Trillo, Mauricio, *Artilugio de la nación moderna. México y las exposiciones universales, 1880-1930*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

Valdés, Héctor, "Estudio introductorio" en *Revista Moderna*, *Arte y ciencia. Edición facsimilar*, México, Coordinación de Difusión Cultural-Dirección de Literatura, UNAM, 1987, pp. XV-XXXVIII.

Ziegler, Jorge von, "Las revistas azules" en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra, *La república de las letras: asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, México, UNAM, 2005, vol. 2, pp. 209-222 (Ida y Regreso al siglo XIX).

ADOLFO BEST MAUGARD: DIÁLOGO ARTÍSTICO CON FRANCIA

Élodie Vaudry

Adolfo Best Maugard (1891-1964), artista e intelectual mexicano, viajó por Europa de 1911 a 1914, con una estancia prolongada en Francia de 1911 a 1913. Expuso en el Salón de Otoño en 1911, visitó la exposición de la Sección de Oro en 1912 y recorrió los paisajes de Normandía con el pintor Dr. Atl. A su regreso, hizo una parada en Nueva York en 1914 y luego visitó regularmente Estados Unidos, en particular a través de exposiciones en Chicago y Los Ángeles.

Cuando regresó a México en 1914, empezó a reflexionar sobre una metodología del arte propiamente mexicana. Las primicias de su *Método de dibujo tradición y evolución del arte mexicano* que desarrolló, al principio, en la Escuela Industrial Corregidora de Querétaro, en 1918, y su colaboración con Franz Boas y Manual Gamio, en 1911, para el *Álbum de las Colecciones de la Escuela Internacional de Antropología y Etnografía Americana*,[1] le permitieron entrar al gobierno de Álvaro Obregón. En funciones de 1920 a 1924, el ministro de Educación Pública y Bellas Artes, José Vasconcelos (1882-1959), le otorgó el cargo de Director de Dibujo y Trabajos Manuales para educar a la población, a través de la imagen, en los valores nacionalistas mexicanos.[2] Uno de los primeros resultados de los procesos artísticos indigenistas establecidos por el gobierno de Álvaro Obregón fue promover una asimilación plástica y cultural entre las épocas, especialmente entre las civilizaciones precolombinas y los pueblos indígenas de México. Es decir, se favoreció y

[1] Boas y Gamio, *Álbum de las Colecciones*, 1990. La primera edición de esta obra fue de 1921.
[2] Velázquez, *Nacionalismo y vanguardia*, 2002, p. 23.

valorizó la integración de los motivos y las técnicas prehispánicas e indígenas mexicanas en la creación artística moderna.

Los viajes recurrentes y las profundas convicciones nacionalistas permitieron a Best Maugard cuestionar los fundamentos artísticos y educativos de Europa para desarrollar una reflexión propiamente mexicana. Sus libros, como *Método de dibujo, tradición y evolución del arte mexicano* de 1923, editado por la secretaría de Educación Pública con un tiraje de 15 000 ejemplares; *A Method for creative design* de 1926, publicado por el editor estadunidense Alfred A. Knopf; *The simplified human figure. Intuitional expression*, aparecido en inglés en 1937 y en francés en 1938; sus artículos y la correspondencia personal inédita escrita durante su viaje en Europa de 1911 a 1914 nos permiten seguir el camino de su reflexión sobre la formación educativa y artística de la juventud mexicana.

El propósito de este artículo es analizar precisamente cuáles fueron las ideas artísticas y educativas que Adolfo Best Maugard rechazó y escogió de Francia y por qué hizo esta selección. Este enfoque permite entender cómo un intelectual mexicano de la primera mitad del siglo XX percibió en sus escritos personales la modernidad occidental y cómo la adaptó al discurso escolar y cultural mexicano.

Sin pretensión exhaustiva, primero estudiaremos sus descripciones y análisis de los salones artísticos parisinos para entender sus distintas ambigüedades frente a la vanguardia en Francia. Segundo, analizaremos cómo su concepción del nacionalismo mexicano exacerbó un antieuropeísmo y cómo esta posición se tradujo en el lenguaje plástico. En un tercer lugar, estudiaremos sus apropiaciones plásticas, especialmente a través de las correspondencias entre sus obras y las de Vassily Kandinsky.

LOS SALONES ARTÍSTICOS PARISINOS

Durante su estancia en Francia, de 1911 a 1913, Adolfo Best Maugard se instaló en el 3 bis de la rue de Bagneux, situado en el Barrio Latino de París. Allá, encontró artistas mexicanos como Ángel Zárraga, Ernesto García Cabral, Jorge Enciso y Diego Rivera, y con ellos se sumergió en el ambiente artístico parisino, participó en los salones y, sobre todo, desarrolló opiniones sobre las prácticas y teorías estéticas en Francia que tejerían el hilo de sus propios conceptos y producciones futuras. Una de las posiciones más importantes y virulentas que adoptó y mantuvo durante toda su vida se caracteri-

zó por la crítica despiadada de la vanguardia en Francia. Así, después de su visita de la Sección de Oro y el Salón de Otoño en 1912 en París, reconoció su incomprensión ante estos movimientos, escribiendo en las cartas a sus amistades:

> son muchas las tendencias los procedimientos en una palabra los caminos que siguen a los artistas modernos por esto es tan interesante el Salón de Otoño. Hay ensayos no siempre realizados pero que dan una orientación y que para precisar es necesario quitar todas las exageraciones y fantasías de algunos pintores; pero no hay todavía nada definitivamente logrado. Lo que también contribuye a hacer[lo] menos comprensible.[3]

Sigue describiendo los eventos, con palabras que mezclan fascinación y repulsión por los trabajos modernos:

> que exponen ciertos artistas y que pueden tener gran interés para ellos, para los críticos y para algunos aficionados pero que indignan al público que no encuentra nada en ellos de acabado y comprensible. Ahí tenemos entre muchos otros a los futuristas y a los cubistas que han escandalizado a todo París. Picabia expone grandes cuadros en rojo y negro que según el catálogo representan "El manantial". Léger la mujer en azul, Archipenko un grupo familiar, etc. Además del Salón en la sala de la exposición de la Section d'or, podemos ver cuadros más o menos incomprensibles y siempre con raras tendencias. "desnudo bajando la escalera" (Duchamp) parece una serie de impresiones consecutivas de una figura en movimiento. Además, Metzinger, Gleizes y otros muchos presentan telas igualmente incomprensibles y en las que se notó un completo descuido del colorido.[4]

Concluyó su descripción indicando que había "un gran movimiento en contra de estos señores pintores y los críticos Vauxcelles, Arcène, Alexandre Anquetin los tratan muy duramente. No es seguramente ninguna de estas escuelas y teorías raras la que perdurará pero bien puede ser que de ahí nace la futura escuela."[5] Sus cartas denotan más incomprensión que repulsión hacia la vanguardia en Francia. Señala varias veces en sus escritos que tra-

[3] Correspondencia de Best Maugard.
[4] *Ibid.*
[5] *Ibid.*

taba de entender estos movimientos pictóricos, visitaba los museos, leía las críticas de arte como las de Arcène Alexandre y Louis Vauxcelles y admitió que el arte del mañana se estaba preparando allá. Su intuición se confirmó a lo largo de los años y su convicción de una vanguardia balbuciente preparando el futuro se repitió casi 40 años después en el artículo "Diego Rivera. Su ética y estética", publicado en *Cuadernos Americanos*: "Cuando encontré a Diego en París en el año de 1913, era, entonces, el período interesantísimo en que había aparecido la gran inquietud que precede a los grandes eventos, y se iniciaba el cambio cultural del Arte, llevaba a la destrucción del viejo concepto clásico académico, como primer paso revolucionario para permitir el advenimiento de un nuevo concepto para las Artes."[6]

Algunas líneas después, calificó estos movimientos de "teorías superintelectuales" con sus "ismos" innovadores que lo alimentaron a él tanto como a Rivera. Estos ejemplos ponen de relieve el camino progresivo del autor del *Método de dibujo* hacía la escena artística francesa y la distancia que tomó para participar en la creación del arte mexicano posrevolucionario.

Sus críticas se enfocan también mucho sobre los futuristas y los cubistas. Describió las producciones de estos movimientos como opacas y "raras", obras "sin huesos, sin interés y sin intensidad". En una de las cartas redactadas en París en los años 1910, consideró que las obras futuristas escondían, bajo el tema del movimiento, los temas que no les interesaban. Respecto a esta idea, escribió que "los antiguos hacen lo mismo metiendo en la sombra todo lo que no les interesaba y solo alumbrando lo interesante. […] Los futuristas tratan de pintar el movimiento [ḉ] será la falta de un símbolo para el movimiento?"[7]

Aunque hizo una crítica acerba cuando analizó las pinturas futuristas, Best Maugard reconoció el choque que estas le produjeron, especialmente un sentimiento de fascinación por la novedad y la voluntad de romper los marcos de la Academia, así como de repulsión por un arte que calificó de deshuesado. Resumió su ambivalencia diciendo que "estos cuadros los veo todo el tiempo que quiero y no llego a comprender absolutamente nada y ahora me dedico a estudiarlos con todo cuidado".[8] En otra carta del mismo periodo, valoró la vanguardia en Francia cuando afirmó que "el arte está en su patria aquí, con motivo de los futuristas, cubistas, etc., hay una ver-

[6] Best Maugard, "Diego Rivera", 1949, p. 282.
[7] Correspondencia de Best Maugard.
[8] *Ibid.*

dadera campaña en la prensa, [¡] parece que se hará una interpelación a la cámara! Hay vida y movimiento y se puede triunfar".[9]

No obstante, si rechazó el arte y la metodología de la vanguardia en Francia, Best Maugard adoptó también muchos de los principios y términos artísticos europeos e incluso participó en algunos eventos. Aunque criticó alegremente la pintura de caballete, presentó tres cuadros en el Salón de Otoño en 1912. Compartió, con mucha elocuencia y con varias amistades, su aceptación del evento y no se detuvo en los superlativos para compartir su felicidad. Comentó: "inmediatamente que llegué a París mandé mis cuadros al Gran Salón d'Automne, [¡] la exposición más importante de Europa! [¡] Y me aceptaron mis tres cuadros! Allá los tienen en el Salón de Honor".[10] El catálogo del Salón enlista tres de sus paisajes expuestos y nos informa que vivía en el número 3 bis de la calle de Bagneux en París. En una carta durante su estancia en esta ciudad, describió su alegría:

> [¡] Se triunfa! La buena suerte está conmigo, de los cuadros que les decía que había mandado al Salón de otoño me los aceptaron los tres y con los números 125, 126, 127. Están frente a frente de tantas manifestaciones del arte moderno. Están en el salón de honor y en el catálogo comienzan a haber "mexicain". Montenegro hizo un muy simpático retrato de mujer y Zárraga presentó dos grandes cuadros "la procesión" y "los reyes magos" que están bien. Ribera [*sic*] presenta "El Cántaro" y "Retrato".[11]

Su "triunfo" se percibe por el reconocimiento artístico que le procuró ser aceptado en una exposición parisina rodeado de los pintores de la vanguardia, los que ocupaban la parte delantera de la escena artística europea. No se olvidó tampoco de subrayar que los "mexicanos" pertenecían a esta esfera y que eran ellos quienes ocupaban el salón de honor. Por añadidura, escribió varias veces, su desempeño artístico se desarrolló también en Londres donde presentó un trabajo en el Congreso panamericanista, recibió muchas felicitaciones y le "obsequiaron el botón distintivo de los representantes americanistas".[12] Añadió que había vendido una pintura, de lo cual no tenemos, por el momento, más información. El ánimo que se observa en sus cartas denotaba el entusiasmo y la vitalidad de un joven

[9] *Ibid.*
[10] *Ibid.*
[11] *Ibid.*
[12] *Ibid.*

artista mexicano que había conquistado la escena artística europea. Este fervor se notó también al describir su vida cotidiana en París. Después de haber conseguido un estudio en el Barrio Latino, cerca de la estación de tren Montparnasse, consagró su tiempo a descubrir el arte europeo,

> pasando las horas y las horas en los museos en el Louvre, Luxembourg, etc. Encuentro cosas muy bellas y otras muy feas pero casi lo mismo siente enfrente de una *tapisserie* o cualquier otro objeto de arte y al final de cuentas no encuentras en ninguno de aquellos cuadros el resultado convincente que justifique la labor tan grande que ha sido necesaria para producirla y créeme son tan distintos los cuadros que uno se imagina cuando ve una fotografía o lee una crítica de los autores, hay tanta diferencia y es tal el desconsuelo, tan mezquino el resultado y tan grande el esfuerzo que estoy por decirte que [¡] es ridículo pintar! Con seguridad que exagero pero en el fondo es así.[13]

La correspondencia de Best Maugard nos permite seguir sus pasos, tanto intelectuales como plásticos, y así aprehender cómo se elaboró su pensamiento y se desarrolló él mismo en el medio ambiente artístico. Nos invita a entender también su posición ambivalente ante las exigencias estéticas europeas y sus selecciones respecto a la vanguardia en Francia. Nos ayuda igualmente a explicar su obra y las razones de sus opciones pictóricas.

NACIONALISMO *VERSUS* OCCIDENTALISMO

Los movimientos indigenistas resaltan la construcción de un arte propiamente nacional o "Pro Arte Mexicano",[14] elaborado contra el principio de las academias de arte europeas. Como lo destacó Best Maugard en sus libros, hasta entonces los extranjeros dictaban las normas del arte mexicano y estas no correspondían enteramente a las necesidades ni a las expectativas del país.[15] El escritor y diplomático mexicano, José Juan Tablada, quien redactó el prefacio del *Método de dibujo* de 1923, escribió que "los cuadros de caballete" son una "aberración",[16] lo que era una referencia explícita a los cánones estéticos europeos. Siguió escribiendo que el arte había dejado de

[13] *Ibid.*
[14] Cordero, "Para devolver su inocencia", 1985, p. 9.
[15] Best Maugard, *Manuales y tratados,* 1923, p. 18.
[16] Tablada, "La función social", 1923, p. XI.

ser "esotérico y suntuario" y que "una de las grandes reivindicaciones de la revolución ha sido quitarle ese carácter, arrancarlo a las 'manos muertas' de las Academias y al privilegio de los ricos".[17] Best Maugard desarrolló esta idea en la introducción de su *Método* afirmando que

> nuestro arte popular es un compendio del sentimiento del pueblo, y jamás podremos aceptar que se imponga otro arte que, naturalmente, desde el momento en que no es la expresión tradicional de la raza, no podrá ser comprendido ni sentido por él. Además, deberemos amarlo por formar parte de nosotros mismos, de nuestra idiosincrasia, y no caer en una servil imitación de las artes importadas, artes mercantiles, sin valor intrínseco alguno y que, aunque tuvieran un positivo valor estético serían siempre expresados en un lenguaje que no nos es propio, y que por tal motivo carecerán de las características nuestras, habría que asimilarlas, mexicanizarlas, lentamente antes de poder usarlas como expresión nuestra.[18]

En esta afirmación, Best Maugard rechazó el aspecto burgués del arte europeo, lo consideró también como vacío e inepto para la cultura mexicana. Algunas líneas más adelante consideró que el arte oficial y el burgués eran producciones monótonas y contingentes de cuadros de caballete. De manera contundente, concluyó que este tipo de arte "dejó de ser función social y se convirtió en objeto de comercio".[19]

Estos argumentos se completan con el rechazo categórico de la metodología de la enseñanza del dibujo en Francia y, por lo general, en Europa. Así, en varios de sus escritos, Best Maugard insistió en la falta de imaginación que implicaba la copia de la naturaleza. Preconizó más bien la utilización de esta para favorecer un desarrollo personal, intelectual y artístico más auténtico y único. En su correspondencia personal, redactada durante la estancia en París de 1911 a 1914, justificó sus argumentos respecto al método artístico europeo diciendo que "los valores de las artes antiguas casi ha[n] desaparecido de estas escuelas [europeas] contemporáneas por busca de la copia matemática de la naturaleza. El arte debe perseguir el ser ideal, no real. Prefiero lo simbólico a la copia fiel de las cosas. Una escuela

[17] *Ibid*., p. x.

[18] Best Maugard, *Manuales y tratados*, 1923, p. 14.

[19] Correspondencia de Adolfo Best Maugard durante su viaje en Europa. Las cartas no tienen fecha ni tampoco destinatario. Ciudad de México. Archivos personales de Mercedes Tovar, consultados en abril de 2018.

moderna trata de crear símbolos y usar los valores entendidos."[20] Durante su estancia en Francia afirmó también: "para mí el artista debe buscar la manera de poner a su disposición la voluntad y el sentimiento de los demás para así hacerles vivir el momento [y] sentir la sensación que se le antoje. Es mi opinión particular no eres que al fin sera otra la idea de un artista."[21]

Estas declaraciones demuestran el deseo de Best Maugard de cambiar la forma de aprender a dibujar en México, pero también en Francia, donde distribuyó su obra. Tres años después de la publicación en 1923 del Método de dibujo, Manuel Rodríguez Lozano, su futuro sustituto como director de dibujo, elogió a su colega en la revista francesa *Vers la Santé. Fédération Internationale*.[22] En su artículo "El arte del dibujo en las escuelas mexicanas", el autor afirma las virtudes de este nuevo método para desarrollar un arte nacional, que tiende a convertirse en continental y sobre todo en universal. La ambición internacional del gobierno nacionalista de México puede verse a través del aprendizaje del dibujo. Manuel Rodríguez Lozano enriquece los elogios al manual de Best Maugard al describir los sorprendentes progresos realizados por los niños de las escuelas de la ciudad de México. El deslumbrante éxito de su producción fue objeto de una exposición en la Sociedad de Artistas Independientes de Nueva York en 1923.

El deseo de Best Maugard de transformar la educación artística no sólo se manifestó en México, también tenía la intención de modificar el sistema de aprendizaje francés. Como prueba, publicó en 1938 otro método de dibujo, *Le corps humain en schémas simplifiés*, publicado en francés por Hachette en París. Subtitulado "¡Chacun peut dessiner! Par la méthode Best-Maugard",[23] este trabajo parece ser, al día de hoy, una parte inédita de la investigación realizada sobre la obra del autor. Aunque ningún archivo avala la historia y la distribución de esta publicación, es sintomática de la voluntad de Best Maugard de exportar su método al otro lado del Atlántico y de afirmar su negativa a plegarse a las exigencias artísticas francesas o incluso europeas. Así, retoma elementos de su manual de dibujo de 1923, en particular la misma idea de los "principios elementales"[24] formales y el rechazo del historicismo mediante la copia de los grandes maestros. Escribe

[20] *Ibid.*

[21] *Ibid.*

[22] Manuel Rodríguez Lozano, "L'art du dessin", 1926, pp. 239-242.

[23] "¡Todo el mundo puede dibujar! Por el método Best-Maugard", Best Maugard, *Le corps humain en schémas simplifiés*, 1938.

[24] *Ibid.*

al respecto que "el objetivo principal de este método es permitir a los principiantes crear sin esfuerzo, provocándoles, por así decirlo, a atreverse a realizar sus proyectos personales, a realizar sus propias ideas en lugar de copiar la obra de otros".[25] Su intención de emanciparse de los cánones estéticos franceses se hace patente en este manual de dibujo de cuerpos humanos. Aunque el autor se basa en "las proporciones masculinas y femeninas que corresponden a los antiguos cánones clásicos",[26] incita encarecidamente al alumno a desprenderse rápidamente de ellos, escribiendo que "el estudiante debe tener cuidado de no seguirlo [el canon] demasiado de cerca, una vez que se haya familiarizado con la forma en que está construido".[27]

Además, en este manual francés de 1938, el rechazo a la copia se combina con su idea de una producción artística decorativa, una "misión" de la que Best Maugard ya se ocupó durante su estancia en París de 1911 a 1914. Escribió entonces:

> las artes antiguas casi ha[n] desaparecido de estas escuelas contemporáneas por buscar la copia matemática de la naturaleza, coincide con el invento de la fotografía. El arte debe de perseguir el ser ideal no real. Prefiero lo simbólico a la copia fiel de las cosas. Una escuela moderna trata de crear símbolos y usar los valores entendidos [...]. Creo que la pintura debe de tener una misión decorativa por que solo con un conjunto que haga en torno del cuadro el ambiente deseado podrá entonces presuponer el camino para poder sentirse.[28]

Parece que todos los fundamentos artísticos que se concretaron a partir de su *Método de dibujo* de 1923 y a lo largo de su carrera se plantearon en estos años de viaje en Francia.[29] Allá, él mismo definió su posición como artista escribiendo: "En resumen he venido a esta conclusión; soy artista de corazón. Siento el arte en su amplia acepción pero ¿es la pintura el lenguaje que tendré que usar para expresarme cuando siento lo estrecho, lo pobre lo insuficiente que es? ¿Debo de ayudarme de algo para hacerla más inten-

[25] "Le but principal de cette méthode est de permettre aux débutants de créer sans effort, en les provoquant, en quelque sorte, à oser mener à bonne fin leurs projets personnels, à réaliser leurs idées à eux au lieu de copier le travail d'autrui", *ibid*., p. 5.

[26] "Les proportions masculines et féminines répondent aux antiques canons classiques", *ibid*., p. 30.

[27] *Ibid*., p. 30.

[28] Correspondencia de Best Maugard.

[29] Velásquez, "La presencia de la doctrina", 2006, p. 37.

sa?"[30] En Francia confirmó también su rechazo de la enseñanza artística francesa. Según él, los favores dados al arte francés en México se explicaban por la vergüenza que los mexicanos tenían de su propio arte, pero este, aunque joven en comparación con el del viejo mundo, era valioso por su capacidad de evolucionar. En una entrevista con Juan del Sena en 1922, Best Maugard explicó:

> Es un error querer implantar la tradición artística de otro país en el nuestro. Creemos que nuestro arte es despreciable, poco expresivo, que no responde a sus fines, y eso es una torpeza. Los países europeos, como el nuestro, tuvieron su niñez. Ser joven no es un defecto; por el contrario: hay que mostrarse orgulloso por ello. Yo quiero establecer en pintura una corriente de unificación del arte mexicano.[31]

Su voluntad de proclamar un arte mexicano propio e independiente se construyó a partir de sus observaciones en Francia, especialmente cuando visitó las exposiciones de la vanguardia, en París, a principios de los años 1910. Allá, se concretó su convicción de una producción artística nacional, geométrica e ideal, pero entendió el camino que tenía que tomar el arte para volverse el edificio de la civilización del futuro.

APROPIACIONES PLÁSTICAS EUROPEAS

Adolfo Best Maugard trató de crear un arte propiamente mexicano con fuentes vernáculas capaces de traducir el lenguaje nacionalista de los años de la posrevolución. En su proceso indigenista, vilipendió el arte europeo mientras que "mexicanizó" varias metodologías y corrientes pictóricas europeas. En 1922, en una conferencia radiofónica, el artista mexicano afirmó que ya México tiene todo para formar artistas, ya no hay "necesidad de ir a Europa".[32] Así, como subrayó Olivier Debroise en su libro *Figuras en el trópico, plástica mexicana 1920-1940*, el método de 1923 propone un auténtico

[30] Correspondencia de Best Maugard (durante su viaje por Europa).

[31] Juan del Sena, "Best Maugard y su sistema de enseñanza artística", *El Universal Ilustrado*, 6 de julio de 1922.

[32] Best Maugard, entrevista del 2 de octubre de 1922 para el "Examiner Radio Station" publicada en *La Falange. Revista Cultural Latina*, 1 de diciembre de 1922, México FCE, 1980, ed. facsimilar, p. 43.

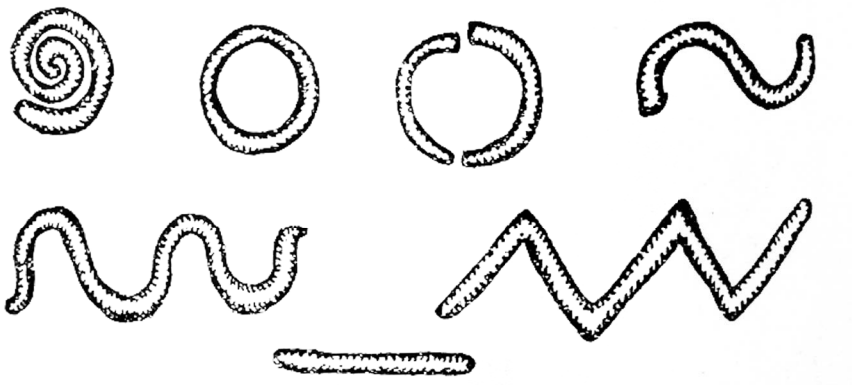
"expresionismo", no una imitación local de formas de vanguardia.[33] Tal cual lo promovieron los miembros del Blaue Reiter (1911-1912), Best insistió en la esquematización hacia la síntesis de la forma para revelar la esencia del artista y la composición. El vínculo que hizo con los "primitivos" mexicanos y con los niños que, según él, eran los poseedores del núcleo de la humanidad, aunó los principios del grupo de Munich. No buscó preparar a buenos pintores, sino despertar fuerzas ocultas de la sensibilidad para dar a luz a una plástica esencialmente mexicana. En *Manuales y tratados. Método de dibujo. Tradición, resurgimiento y evolución del arte mexicano*, el artista escribió:

> No hay que olvidar que todo el esfuerzo del artista es expresionista, ni impresionista; pinta lo que quiere expresar de sus sentimientos, no lo que impresiona los ojos del medio ambiente. Surge así un enorme campo para las verdaderas creaciones; de ese modo lo que pinta el artista es original, es obra de su imaginación o trasunto de su mundo interior y de su herencia.[34]

Este vínculo con los expresionistas alemanes es todavía más obvio cuando se comparan los métodos de dibujo de Best Maugard con los escritos del artista ruso Vassily Kandinsky. Si, como lo notan Olivier Debroise y Karen Cordero, esta influencia no puede comprobarse, el artista mexicano pudo conocer las teorías del padre de la abstracción durante sus viajes en Francia y Alemania en los años 1910. Sobre todo porque, durante su viaje a París de 1911 a 1914, visitó el Salón de Otoño de 1913, donde se presentó la exposición "Imágenes, juguetes y panes del arte popular ruso".[35] Es interesante observar que muchos de sus conceptos e ideas posteriores proceden de un rechazo o una digestión de lo que vio y sintió durante su estancia francesa, lo que es especialmente evidente en sus vínculos con Kandinsky. En efecto, la teoría de los siete motivos de Best –el círculo, el semicírculo, el dibujo S, la línea ondulada, el zig-zag, la línea recta y la espiral– como formas esenciales y diacrónicas de toda la humanidad coincide con "la gramática de los signos" de Kandinsky, en la cual se presenta la hipótesis de que el punto, la línea y el plano son las tres formas esenciales en todas las artes del mundo, pasado y presente. Best explicó, por su parte: "todo el arte tiene un origen común, y si no común, por lo menos semejante, que

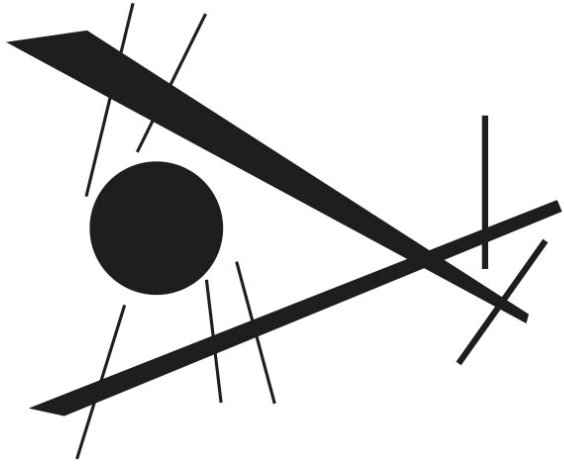
[33] Debroise, *Figuras en el trópico*, 1984, p. 30.
[34] Best Maugard, *Manuales y tratados*, 1923, p. 25.
[35] Cordero Karen, "Ensueños artísticos", 1991, p. 59.

Imagen 1. Los siete motivos.



Fuente: Best Maugard, *Manuales y Tratados*, 1923, p. 104.

Imagen 2. Línea con punto en el límite del plano.



Fuente: Kandinsky, *Punto y línea*, 2003, p. 139.

se manifiesta al principio en los mismos trazos, en los mismos signos y que no es sino hasta más tarde cuando se perfilan y destacan las diferencias de cada raza, de cada pueblo, por las distintas maneras de emplear los mismos elementos primarios en forma decorativa."[36]

Si Kandinsky y Best Maugard coinciden en varios puntos, uno de los más evidentes fueron las comparaciones recurrentes entre los motivos fundamentales de cada uno y la astronomía y los fenómenos naturales. En efecto, ambos compararon la forma de la línea con los relámpagos y la de la espiral con las constelaciones. Los dos tuvieron interés por las ciencias y la astronomía, cuyos progresos al final del siglo XIX y principios del XX impactaron significativamente tanto a los científicos como a los artistas, en especial por el aumento de los telescopios y del tamaño de sus lentes para "acercarse" al universo.

Aunque las metas artísticas de Best Maugard y Kandinsky eran distintas –el primero quería propiciar un arte figurativo y el segundo un arte abstracto–, sí compartieron el interés por una concepción universal del arte. En *Du Spirituel dans l'art* de 1911 y en *Punto y línea sobre el plano* de 1926, el artista alemán buscó el encuentro entre el individuo y el arte universal. Por su lado, en sus métodos, como en *A method for creative design* de 1926, Best Maugard trató de revelar el arquetipo de la forma, diciendo que "el arquetipo es la idea esencial de una cosa". En este mismo libro, escribió: "Todas las artes son formas de experimentar para encontrar la clave del derecho universal."[37]

Los dos artistas compartieron también la misma obsesión por la armonía, cuyo ritmo plástico es el metrónomo de la composición pictórica. Como lo notó Kandinsky en 1926, "el ritmo primitivo es, a su vez, un medio a la obtención de la armonía primitiva en toda parte".[38] Años después, en su teoría de la necesidad interior, el profesor del Bauhaus afirmó que era la "armonización del conjunto del lienzo que produce la obra de arte".[39] Best Maugard planteó la idea en su método de 1923, percibiendo el arte como vector hacia una "armonía universal",[40] e insistiendo sobre "el ritmo y la armonía abstracta que tienen que tomar forma real y plástica. Son ellos los que permiten revelar la pura emoción intuitiva."[41] Como subrayó en el método publicado,

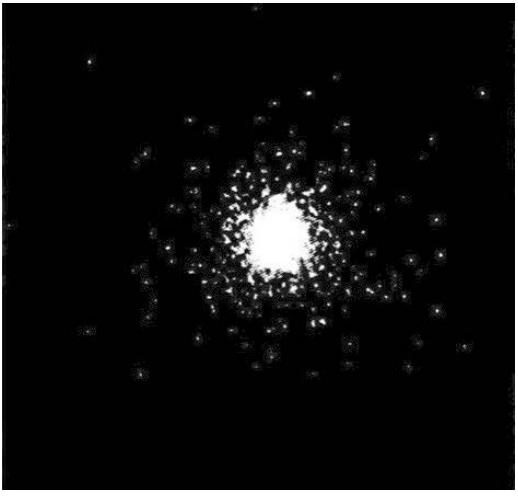
[36] *Ibid*., p. 6.
[37] Best Maugard, *A method for creative*, 1990, p. 151.
[38] Kandinsky, *Punto y línea*, 2003, p. 33. La obra apareció en 1926.
[39] Kandinsky, *Du spirituel dans l'art*, 1989, p. 56. La primera edición es de 1911.
[40] Best Maugard, *Manuales y tratados*, 1923, p. 1.
[41] *Ibid*., p. 2.

Imagen 3. Vía láctea.



Fuente: Best Maugard, *The simplified*, 1937, p. 215.

Imagen 4. Nebulosa en la constelación de Hércules.



Fuente: Kandinsky, *Punto y línea*, 2003, 1926, p. 34.

en inglés, en 1926, "la voluntad de expresar la belleza (ritmo, armonía, orden, etc.) ese sentido de belleza común a todas las razas y tiempos".[42]

Este ritmo armónico puede establecerse gracias a la concepción precisa de un orden plástico. Tanto Kandinsky como Best Maugard preconizaron una organización estricta de la composición artística para tener acceso a la armonía general. El primero insistió en "una nueva autónoma estructuración y ordenación de los recursos gráficos"[43] y el segundo, bajo el impacto de la concepción positivista, consideró que solamente las leyes y el orden ayudarían a la psicología y a la selección de la colectividad. En su método en inglés de 1926, el artista mexicano explicó que el orden debía venir también del alumno: "crea orden en sí mismo, creará orden en el mundo que le rodea, cómo lograr este orden, cómo vibrar al nuevo ritmo de la nueva era, cómo convertirse en uno de los constructores del futuro".[44] Además, en 1958, Best Maugard escribió un libro no-editado bajo el título "Intento preliminar de un ensayo sobre la teoría del orden universal, Posibilidades evolutivas del hombre". Mezclando filosofía y metafísica, trató, a lo largo de la obra, de demostrar la existencia de un orden universal en la naturaleza. En tanto que Best Maugard reconoce una inquietud nacida de la destrucción del antiguo orden académico por la "revolución cubista",[45] ambos insisten sobre la necesidad de percibir el arte como una experimentación gráfica sistemática.[46]

Los estrechos vínculos entre Best Maugard y Kandinsky son tan numerosos que podrían ser el objeto de un estudio más amplio que incluyera sus convicciones comunes hacia el esoterismo, el lema del Bauhaus que promovió "arte y vida, una sola unidad" que Best Maugard retomó a través de la función social de su metodología y el aspecto decorativo de la pintura según la concepción de Henri Matisse.

[42] Best Maugard, *A method for creative*, 1990, p. 112.

[43] Kandinsky, *Punto y línea*, 2003, p. 11.

[44] "He creates order in himself, he will create order in the world around him. How to achieve this order, how to vibrate to the new rhythm of the new age, how to become one of the builders of the future", Best Maugard, *The simplified human figure*, 1937, p. 6.

[45] Correspondencia de Best Maugard.

[46] Kandinsky, *Du spirituel dans l'art*, 1989, p. 19 y Best Maugard, *Manuales y tratados*, 1923, p. 13.

REFLEXIÓN FINAL

El análisis de las publicaciones, públicas y privadas de Adolfo Best Maugard subrayó el potencial de la dinámica dada al arte y a su enseñanza en México durante la primera mitad del siglo XX. Percibido como uno de los procesos más relevantes de la construcción nacional, el campo artístico fue aplicado por estos gobiernos para erigir el porvenir de la nación, de los niños y de cada ciudadano mexicano y, también, para reivindicar su independencia frente a la imposición artística de la vanguardia en París. Además, la comparación de las ideas de Best Maugard con las de artistas europeos activos en Francia permitió mostrar los procesos dialécticos en tensión que se tejieron entre los dos continentes. El cuestionamiento del artista mexicano sobre las nociones artísticas en Francia y en Europa en general se asemejaba entonces a un "gesto de autoafirmación frente a la inaccesible modernidad de la Ilustración Europea y la Revolución Industrial".[47] Este proceso fue acompañado de la valorización de los indígenas del pasado y del presente que gradualmente se convirtieron en un símbolo de afirmación política para la elite criolla mexicana y de la reivindicación de la diferencia mexicana frente a los cánones estéticos del viejo continente. Este gusto por las artes populares y precolombinas fue también una forma de cuestionar el academicismo oficial mexicano y, forzosamente, europeo. En otras palabras, la especificidad indígena exigía la idea de lo vernáculo y lo antieuropeo en su interior, y este antagonismo permitió desarrollar una "modernidad cultural y sociopolítica", específicamente latinoamericana.[48]

Este estudio hizo hincapié en los distintos niveles de recepción y utilización de las fuentes plásticas presentes en Francia: el discurso que Best Maugard construyó para México se tradujo en una digestión y una mexicanización de los cánones franceses y por lo general europeos. En otras palabras, sus escritos, en especial sus métodos de dibujo, propusieron una aplicación sistemática con esquemas fijos que podían emplearse en las distintas capas de la sociedad, diferentes culturas y países del mundo. En suma, produjo un sistema determinado por leyes gráficas y pedagógicas que generaron una ley estética única, propiamente mexicana pero también universal, lo que era una manera de imponer la perspectiva artística de México en la escena internacional.

[47] Camayd-Freixas, "Introduction", 2000, p. XI.
[48] Joyeux-Prunel, *Les avant-gardes artistiques*, 2017, p. 168.

FUENTES CONSULTADAS

Hemerografía

El Universal Ilustrado, ciudad de México.
The Journal of Decorative and Propaganda Arts, Universidad de Florida, Estados Unidos.

Bibliografía

Best Maugard, Adolfo, entrevista del 2 de octubre de 1922 para el "Examiner Radio Station" publicada en *La Falange. Revista Cultural Latina*, 1 de diciembre de 1922, México, FCE, 1980, ed. facsimilar, pp. 41-44.

_____, *Manuales y tratados. Método de dibujo. Tradición, resurgimiento y evolución del arte mexicano*, México, Departamento Editorial de la Secretaría de Educación, 1923.

_____, *The simplified human figure. Intuitional expression*, Londres, Putman, 1937.

_____, *Le corps humain en schémas simplifiés*, Chacun peut dessiner! Par la méthode Best-Maugard, París, Hachette, 1938, 127 pp.

_____, "Diego Rivera. Su ética y estética", *Cuadernos Americanos*, septiembre-octubre de 1949, México, pp. 282-289.

_____, *A method for creative design*, Nueva York, Dover Publications, 1990 (1ª edición 1926).

Boas, Franz y Manuel Gamio, *Álbum de las colecciones de la Escuela Internacional de Antropología y Etnografía Americana*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1990.

Camayd-Freixas, Erik, "Introduction" en *Primitivism and Identity in Latin America*, Tucson, University of Arizona Press, 2000, pp. VII-XIX.

Cordero, Karen, "Para devolver su inocencia a la nación. (Apuntes y desarrollo del método Best Maugard)" en *Abraham Ángel y su tiempo*, México, Museo Nacional de San Carlos, 1985, pp. 9-21.

_____, "Ensueños artísticos: tres estrategias plásticas para configurar la modernidad en México, 1920-1930", en *Modernidad modernización en el arte mexicano 1920-1960,* México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1991, pp. 53-65.

_____, "The Best Maugard drawing method: a common ground for modern mexicanist aesthetics", *The Journal of Decorative and Propaganda Arts*, vol. 26, 2010, México, pp. 44-79.

Debroise, Olivier, *Figuras en el trópico, plástica mexicana 1920-1940*, Barcelona, Océano-Éxito, 1984.

Joyeux-Prunel, Béatrice, *Les avant-gardes artistiques (1918-1945). Une histoire transnationale*, París, Gallimard, 2017.

Kandinsky, Vassili, *Du spirituel dans l'art et dans la peinture en particulier*, París, Denoël, 1989.

_____, *Punto y línea sobre el plano*, Buenos Aires, Paidós, 2003.

Rodríguez Lozano, Manuel, "L'art du dessin dans les écoles mexicaines" en *Vers la santé. Fédération internationale*, 1926, núm. 6, vol. 7, pp. 239-242.

Sierra, Justo, *Discurso inaugural de la Universidad Nacional*, México, UNAM, 2004.

Tablada, José Juan, "La función social del arte" en Adolfo Best Maugard, *Manuales y tratados. Método de dibujo. Tradición, resurgimiento y evolución del arte mexicano*, México, Departamento Editorial de la Secretaría de Educación, 1923, pp. IX-XXVI.

Velázquez Torres, Mireida, "Nacionalismo y vanguardia en la obra de Adolfo Best Maugard (1910-1923)", tesis de licenciatura, México, UNAM, 2002.

_____, "La presencia de la doctrina teosófica en la obra de Adolfo Best Maugard" en Alberto Dallal (ed.), *XXVI Coloquio internacional de historia del arte. El proceso creativo*, México, UNAM, 2006, pp. 27-46.

MARIO PANI Y SU PARÍS DE LA *BELLE ÉPOQUE* (1925-1934)

Graciela de Garay Arellano

INTRODUCCIÓN

Era el año de 1925 cuando Mario Pani llegó a París. Algo importante ocurría. Se presentaba, en los márgenes del río Sena, la Exposición Internacional de las Artes Decorativas e Industrias Modernas. Un acontecimiento fundamental en la historia del arte. El evento convocó a las mentes más originales para dar a conocer los adelantos industriales y las nuevas propuestas plásticas que marcarían las tendencias de la modernidad del siglo XX. La feria duró de abril a octubre y dicen que tuvo 16 000 000 de visitantes. Imposible saber qué pabellón impresionó más al joven Pani, de apenas 14 años, pero puede suponerse que la experiencia fue importante en su formación, sobre todo guiado por un entusiasta del arte como era su padre el ingeniero Arturo Pani, cónsul general de México en París. Además, la capital francesa era en ese momento el centro de la actividad intelectual y artística del mundo.

Pero ¿cómo se desarrollaba la vida en la Ciudad Luz? Pani recordó bien ese periodo porque ahí vivió de 1925 hasta 1934, año en que concluyó sus estudios de arquitectura en la Escuela Nacional Superior de Bellas Artes de París. Sus memorias sobre la cotidianidad en París como estudiante de arquitectura son muy gratas y llenas de entusiasmo. Al respecto, el mexicano comentó:

> Entré a la Escuela de Bellas Artes de 18 años, en el año de 1929. París era muy bonito; la gente tenía la alegría de que había pasado la guerra, que había sido una cosa espantosa, y cierto susto de que hubiera otra; entonces se trataba de disfrutar la vida. Fue una época de cierta alegría, de buena vida,

> de la *Belle Époque*, de cantos de Édith Piaf y de Charles Trenet, muy bonito. Y eso es también cosa de la edad… de la edad de uno.

Bueno, y volviendo a Francia, en París se guiaba la gente mucho por lo que llamaban el *esprit* […] Había que hacerse un poco de chiste y hacer bromas, tomar las cosas con *esprit*.[1]

Aquí vale la pena hacer un alto en el camino para preguntarse ¿cómo vivió Pani su estancia en París, periodo que él identificó con la *Belle Époque*?, ¿cómo transcribió su visión del otro francés? y ¿cómo adaptó en su práctica arquitectónica *l' esprit de la Belle Époque*? Responder a estas inquietudes constituye el objetivo de este trabajo. Desde luego, el imaginario histórico *Belle Époque* se popularizó años después, cuando se le nombró y catalogó en un periodo específico, correspondiente a los años de 1900 a 1914, como se explicará más adelante.

UNA VISTA PANORÁMICA DE FRANCIA, 1925-1934

Antes de hablar de la influencia de la cultura francesa en Pani, conviene señalar que el biografiado nació en la ciudad de México el 29 de marzo de 1911, un año difícil en la historia de México porque había caído la dictadura de Porfirio Díaz y la nación iniciaba su experiencia democrática con la elección de Francisco I. Madero como presidente de la república mexicana. Sus padres fueron Arturo Pani Arteaga y Terán y Dolores Darquí Pani. Mario fue el mayor de los tres hijos que tuvo el matrimonio Pani Darquí.[2]

En 1919, el ingeniero Arturo Pani viajó a Europa porque fue designado cónsul general de México en Bélgica con sede en Amberes. Partió con su esposa y sus tres hijos: Mario, Oscar y Arturo. En 1921, el cónsul solicitó su traslado a Italia. Ahí permaneció como representante de México por cuatro años, primero en el puerto de Génova y luego en la ciudad de Milán. En 1925, asumió el cargo de cónsul general de México en París, consulado que, por cierto, decía el enviado de México, se consideraba el más importante de Europa.[3] En fin, la familia Pani Darquí residió en la capital francesa hasta 1934.

[1] Garay, *Mario Pani*, 2000, pp. 34-36.
[2] Véanse datos biográficos y profesionales de Mario Pani en Garay, *Mario Pani*, 2000.
[3] *Ibid.*, p. 32.

Los jóvenes Pani siguieron sus estudios en el famoso Liceo Janson de Sailly. El colegio fue fundado en 1876 y, aún hoy en día, cuenta con un gran prestigio académico dentro y fuera de Francia. En 1929, al terminar sus estudios de bachillerato, Mario Pani se preparó para ingresar a la École Nationale Supérieur des Beaux Arts, la escuela más prestigiada del mundo pues su historia se remonta a la época de Luis XIV. Después de varios intentos, ganó el primer lugar del concurso de admisión e ingresó a la segunda clase. En esta prueba de selección concursaron 600 aspirantes, de los cuales 90% reprobó. De los restantes 60, sólo uno de cada cuatro podía ser extranjero.[4] Pani hizo una carrera brillante y en 1934 obtuvo su título de arquitecto. Esta formación excepcional contribuyó, en gran medida, a su exitosa trayectoria profesional. Murió en la ciudad de México el 23 de febrero de 1993.[5]

Ahora bien ¿cómo era el París que disfrutó Mario Pani? Las décadas de 1920 y 1930 marcaron el difícil periodo de entreguerras que vivió Europa. La capital francesa era el centro de la cultura mundial, ahí se confrontaba la vanguardia del movimiento moderno con los defensores de la tradición en el diseño y el arte.

El surgimiento de Francia como un país industrial fue la señal más sorprendente de la economía europea occidental de los años de posguerra de la primera guerra mundial. Esto significó también que se convirtiera en una nación más exportadora que antes. Para 1925, los índices de su producción industrial y de transportación ferrocarrilera ya se habían duplicado respecto de 1919. Las bases de la prosperidad parecían más firmes y más durables que las de Alemania. Pero, aun así, la reconfortante recuperación económica requería ajustes que llevaron a nuevos problemas, tanto internos como externos, retos que Francia demostró no estar lista para enfrentar.[6]

[4] Véase Noelle, *Mario Pani*, 2000, ilustraciones, p. 8.

[5] Mario Pani tiene un lugar preponderante en la historia de la arquitectura mexicana por su capacidad visionaria para anticipar el crecimiento desmedido de la Ciudad de México y llevar a cabo arriesgadas propuestas arquitectónicas y urbanas para enfrentarlo. A lo largo de 50 años de práctica profesional, Mario Pani realizó aproximadamente 136 proyectos (66 arquitectónicos y 70 de planificación y urbanismo). Además, su quehacer abarcó todas las clases sociales, ya fuera la primera vivienda colectiva, conocida como multifamiliar (1949), o el primer condominio de lujo (1956) erigidos en México. Además, realizó junto con el arquitecto Enrique del Moral, el plan maestro de la Ciudad Universitaria (1952) en la capital mexicana. Pero su inquietud más importante se centró en la búsqueda y la aplicación de una teoría urbana adecuada para propiciar el reordenamiento de la ciudad de México en el presente y la planeación urbana de su futuro. A la fecha, especialistas y legos discuten sobre el destino de las grandes ciudades.

[6] Thomson, *Europe since Napoleon*, 1977, p. 657.

Internamente, la industrialización había causado una escasez de mano de obra que se tuvo que solucionar con inmigración extranjera, lo cual provocó serias tensiones entre los empresarios agrícolas e industriales, considerando la tradición muy enraizada de una política agrícola proteccionista que mantenía los precios de la comida y los costos de la vida altos y, por tanto, pensados para salarios elevados. Así, externamente, el país entró al comercio de exportación en desventaja, ya que no estaba en capacidad de reducir costos y precios debajo de cierto nivel en un momento en el que vender en el mercado mundial se había vuelto extremadamente competitivo. El consumo doméstico se restringió porque el poder de compra de los trabajadores dejaba poca ganancia para otras cosas que no fueran estrictamente necesarias. Además, el propio comercio internacional estaba a punto de entrar a una fase de rápida contracción a partir de 1929. Era el destino de Francia llegar a un punto de su desarrollo que requería más actividad para mantener su constante prosperidad cuando se hiciera más sensible a una etapa de depresión económica.[7]

Los problemas sociales se multiplicaron y pareció que el país se acercaba a un conflicto muy serio. Los obreros estaban cada vez más enfadados por las condiciones laborales. Un capitalismo extremo los tenía en la miseria. Mujeres y niños trabajaban diez horas al día y, por supuesto, ningún trabajador tenía seguridad social. Francia estaba muy lejos de ser una democracia. Los que realmente gobernaban el país eran capitalistas, banqueros, burgueses y grandes compañías estadunidenses.

Las condiciones de vida obligaron a la población a buscar otras opciones políticas. En esas circunstancias, la izquierda francesa adquirió una gran importancia ya que se fue dividiendo en dos corrientes: la comunista y la nacional socialista, muy identificada con el fascismo. De la izquierda surgió el Partido Comunista Francés (PCF) bajo las órdenes de la Unión Soviética.

Además de los problemas internos, Francia se enfrentó a los reclamos independentistas de sus colonias en Marruecos, Vietnam y Argelia. En Siria ocurrió algo parecido. Para apaciguar estas rebeliones, invirtió grandes cantidades de dinero y de vidas. Esto ocasionó la furia de la población.

Cuando ya era común que gobiernos cayeran por ineficiencia y corrupción, por fin, en 1926, la situación mejoró cuando Raymond Poincaré fue elegido primer ministro, ya que consiguió sacar a la economía del caos en el que se encontraba y recuperar el prestigio del franco. No obstante los

[7] *Ibid.*, p. 658.

logros alcanzados, los escándalos de corrupción en el gobierno continuaron y, desde luego, las protestas de los inconformes se agudizaron.

Finalmente, Francia se enfrentó a la terrible crisis de la bolsa de Estados Unidos, lo cual derivó en la depresión económica mundial de 1929. Aunque la economía gala empezaba a componerse, este acontecimiento la arruinó. La gente estaba descontenta y muy frustrada. Derechistas, comunistas y fascistas llevaban a cabo grandes protestas que suscitaron duras confrontaciones con la policía. No había manera de poner orden en ese caos. En medio de la confusión, Adolf Hitler y el nacionalsocialismo tomaron el poder en Alemania y fundaron el Tercer Reich (1933).

En la década de 1930, las protestas ciudadanas continuaron sin obtener resultados. Por el contrario, siguieron los escándalos por corrupción financiera. El hecho es que las crisis política, económica y el descontento social no pararon y la recuperación de Francia parecía imposible. Las huelgas eran cotidianas. El gobierno trató entonces de calmar los ánimos decretando una semana laboral de 40 horas y vacaciones, pero no fue suficiente.

La indecisión, la incapacidad y el dejar ir que caracterizó a la política francesa de 1918 a 1939 también afectaron a la arquitectura. Los poderes públicos no pudieron poner en marcha un gran programa urbano. Ni el uso cada vez más extendido de materiales de construcción, ni las corrientes experimentales que se presentaron en la Exposición de 1925 en París, ni la necesidad de nuevos edificios públicos y comunitarios fueron suficientes para dotar a la capital de obras de primer nivel. La razón principal de esta carencia se puede atribuir, sin duda alguna, a la distancia conservadora que separaba los encargos oficiales de los arquitectos modernos.[8]

Pocas obras de importancia se realizaron. Los conjuntos de vivienda colectiva proliferaron de acuerdo con la política de habitación de renta moderada predominante. Además, con motivo de las grandes exposiciones (Colonial de 1931 en la Puerta Dorada y la Exposición de las Artes y las Técnicas de 1937 en Trocadero) se erigieron nuevos palacios de bellas artes.

La demolición del viejo Trocadero podría haber permitido levantar un edificio que afirmara en el paisaje parisino la novedad de la arquitectura moderna. En lugar de eso se contentaron con reconstruir las alas del antiguo palacio, creando así un conjunto de valor discutible. En el museo de Arte Moderno, los dos edificios reunidos por una columnata dan una impresión más elegante, pero su distribución interior es aberrante.

[8] *Paris. Guide*, 1999.

El hecho es que la actividad constructiva fue muy desordenada, ningún espacio verde se añadió al legado de Haussmann, por el contrario, estas áreas se ocuparon para construir viviendas de interés social. La habitación antigua, abandonada sin mantenimiento debido a una mala política de rentas, se convirtió en un foco de tuberculosis que no se solucionó más que con la destrucción de los islotes insalubres. Todo esto mientras Le Corbusier imaginaba su proyecto (Plan Voisin) para un nuevo París hecho a partir de inmensos bloques aislados y uniformes, pensados para la ribera derecha del Sena. En esa época se empezaba a fabricar el cemento.

En el periodo de entreguerras, la arquitectura escolar y la universitaria dieron sus mejores frutos. La administración comprendió por fin que una escuela no debería parecer una prisión. Los arquitectos pudieron edificar conjuntos escolares ventilados y con decoración. La misma preocupación puede observarse en la creación de los nuevos edificios de las facultades. En la Ciudad Universitaria de París, Le Corbusier hizo del Pabellón Suizo un verdadero manifiesto de la arquitectura moderna, cuya influencia se extendería a diversos rincones del mundo.

La arquitectura parisina de entre las dos guerras puede definirse entonces como un conflicto permanente entre los arquitectos innovadores Auguste Perret, Le Corbusier, Henri Sauvage, Robert Mallet-Stevens, quienes buscaban una estética vanguardista utilizando nuevos materiales y técnicas constructivas, y los tradicionalistas, como Michel Roux-Spitz, quienes procuraban tranquilizar a su clientela dando un aspecto "moderno" a sus construcciones, pero sin desprenderse por completo del clasicismo todavía soberano ante los ojos de los que dependían de los encargos. Mario Pani vivió este debate desde las trincheras conservadoras de la Escuela de Bellas Artes de París.

PANI Y SU PARÍS DE LA *BELLE ÉPOQUE*

Cuando se habla de *Belle Époque* toda la gente tiene una idea aproximada del cuadro. En sus memorias se mezclan las canciones, la moda, los catálogos de las exposiciones, las fotografías, las tarjetas postales, los carteles, la publicidad, el arte y muchas otras cosas que nos llegan de un pasado no tan lejano. Pero ¿a qué tiempos se refiere la *Belle Époque*? ¿Dónde ocurrió? ¿Cuándo se acuñó el término? ¿Cómo apareció este imaginario histórico? ¿Cómo explicar esta categoría retrospectiva y nostálgica?

La *Belle Époque*, explica Dominique Kalifa, historiador francés, nos remite a Francia, aunque la expresión se ha extendido a otras lenguas y culturas, para señalar la gran impronta, sobre todo cultural, que este país tuvo en el resto del mundo alrededor de 1900. Respecto a esta fecha inaugural existen muchas versiones, pero 1900 es una cifra precisa, un dato atractivo que se retiene bien, que marca los espíritus y constituye un consenso.[9]

La Francia de principios del siglo XX es precisamente el París de la Ciudad Luz que parece atraer todas las miradas y polarizar todas las energías. Indiscutiblemente, la *Belle Époque* es urbana y parisina. Ella rinde un culto a la capital. Pero lo que la *Belle Époque* sugiere casi siempre es el universo despreocupado y frívolo de la alta sociedad, la vida bella de los salones, la modernidad de la *high life*. Esta imagen invita a evocar los teatros, la ópera, los hipódromos, el automovilismo, la aeronáutica. En fin, la paz y el crecimiento económico se conjugan para imprimir a la época un sentimiento de *joie de vivre*.

Otros rasgos que también pueden asociarse al periodo tienen que ver con la idea de progreso. Se dice que la *Belle Époque* es positivista. Su inventario comienza con las maravillas de la ciencia y de la técnica. Ese tiempo es incomprensible sin los destellos de la electricidad que retrasaron las fronteras de la noche, el telégrafo, los trabajos de Marie Curie, quien reinventó el mundo de la física. La Exposición Universal de 1900 que recibió 50 millones de visitantes y fue una gran muestra de los avances tecnológicos del mundo. El cine que acababan de inventar los hermanos Lumière y, de pronto, se convirtió en un gran espectáculo accesible a todos.

Pero otro elemento que caracteriza a la *Belle Époque* corresponde a las vanguardias. Este término es sin duda cultural. Se apoya principalmente en la idea de la creatividad que hizo a París el foco incontestable de las artes y las letras, un centro de la audacia de la experimentación estética. Todo converge a considerar ese periodo como una extraordinaria secuencia marcada por el progreso, la libertad, la innovación. Es el tiempo de los placeres, pero también está ensombrecido por las miserias del mundo: el vicio, el suicidio, la prostitución, las huelgas. Las masas se rebelan para alcanzar la utopía.

La realidad es que el término *Belle Époque* ha suscitado grandes debates entre los historiadores e intelectuales franceses, en particular en el momento de definir el inicio de esa era. Algunos lo colocan a mediados o finales del siglo XIX. Pero el hecho cierto es que la cifra redonda de 1900,

[9] Kalifa, *La véritable histoire*, 2017, p. 11.

año de la Exposición Universal, parece calmar las tensiones. De lo que sí no existen dudas es que la *Belle Époque* llegó a su fin el 1 de agosto de 1914, cuando se declaró la primera guerra mundial.[10]

En todo caso, el término corresponde, según Dominique Kalifa, a lo que los lingüistas llaman un cronónimo. Es decir, un nombre con el que se designa un tiempo, una categoría que se impone poco a poco a la conciencia social para definir la identidad de un periodo. Nombrar no es algo neutral. La operación conlleva intenciones y efectos –a veces científicos, pero también políticos, ideológicos, culturales, comerciales– que al historiador interesa aclarar si en verdad quiere aprehender todos los significados que se han atribuido al pasado, considerando que este, lejos de haberse cerrado o concluirse, nunca cesa de ser trabajado a partir de las miradas o las preguntas que los periodos posteriores colocan sobre él.[11]

Conviene entonces comenzar esta reflexión por advertir que el cronónimo de *Belle Époque* surgió como una fórmula de evasión y nostalgia que, en tiempos difíciles, sirvió a los franceses para evocar la paz y la prosperidad de su país entre 1900 y 1914. De hecho, ante la crisis que dejó la primera guerra mundial, se empezó a ponderar la idea de distinguir la pujante década de 1900 como una era singular, aunque la mayoría prefirió aferrarse a la felicidad de la década de 1920 y no revisitar el pasado que creían los había llevado al desastre. Tal vez por eso todavía no se hablaba de *Belle Époque*. Sucede que esta denominación corresponde a una construcción posterior, a una categoría retrospectiva, a un imaginario histórico y nostálgico que se acuñó en un momento de crisis para rememorar tiempos mejores. De hecho, Paul Morand, en su libro *1900*, publicado en 1931, definió el periodo como frívolo y estúpido, descalificaciones que obligaron a sus contemporáneos a preguntarse si la década anterior a la primera guerra mundial había sido un periodo superficial o, por lo contrario, fue una era de prodigiosa fecundidad y sorprendente creatividad.

Ahora bien, explica el historiador Dominique Kalifa, este imaginario no apareció de manera formal sino hasta 1940, cuando los alemanes ocupaban militarmente Francia y autorizaron a la estación local Radio París a transmitir un programa de entretenimiento que el productor André Alléhaut intituló "¡Ah la *Belle Époque*!" Croquis musical de la década de 1900, fue una emisión que divirtió a los nazis y animó a los parisinos a rememorar épocas

[10] *Ibid.*, p. 17.
[11] *Ibid.*, pp. 16-17.

mejores para evadir una realidad siniestra. Una vez concluida la segunda guerra mundial, ya entrada la década de 1950, con una gran crisis económica encima, la idea de la *Belle Époque* alcanzó su clímax. Entonces ¿de qué o cuál *Belle Époque* habla Mario Pani? ¿Será una segunda *Belle Époque*?

Se dice que, al terminar la primera guerra mundial, la Francia devastada se sumió en un sentimiento de nostalgia y miró entonces a la *Belle Époque* como un consuelo. Pero, a juicio de Kalifa, la realidad fue muy diferente, según lo demuestra en su análisis; argumento del cual yo hago un resumen para entender a qué *Belle Époque* se refiere Mario Pani en su evocación del París de su adolescencia y juventud de los años de 1925 a 1934.[12]

El conflicto bélico marcó una ruptura indescriptible. Las grandes pérdidas y la enorme destrucción se leyeron como el naufragio de una civilización. Fue una fractura total que puso el mundo de cabeza. La ruptura resultó definitiva entre lo que existía y había existido. ¿Qué hacer ante ese vacío?

La desesperanza no invitaba a refugiarse en el mundo de ayer porque se creía que la ceguera del pasado había conducido al desastre. Mientras unos se abocaron a repensar la realidad social otros prefirieron huir y refugiarse en los recuerdos de los años de la preguerra. A pesar del desánimo que producía la incertidumbre, el optimismo prevaleció. Algunos dijeron que después de la sangrienta guerra, la sociedad se apresuró a disfrutar de los placeres de la vida. Los cafés, los teatros, los *music halls*. Otros pasatiempos de la cotidianidad parisina retomaron muy pronto su lugar y su derecho a no jugar la carta de la nostalgia. Montparnasse, que había comenzado a brillar antes de la guerra, se impuso en forma definitiva sobre un Montmartre envejecido. Parecía que París, inmediatamente después de la primera guerra, había sido presa de una locura. Un cinismo brutal, una voluntad, de disfrutar a cualquier precio, marcaba la época y a esto se sumaban la locura del baile, los desnudos de las mujeres y el gusto de ganar la vida sin tener que trabajar. En efecto, el periodo fue de una extraordinaria efervescencia.

El resurgimiento económico y el enriquecimiento general estimularon el consumo cultural y la democratización continua de las diversiones de las masas. Proliferaron los cines y los teatros que, por cierto, siempre se anunciaban llenos. Mientras la radio continuaba como patrimonio de los pobres, la posesión de un fonógrafo se extendió asombrosamente. Los espectáculos deportivos, al diversificarse, multiplicaron su audiencia. La paz reencontrada, gracias a los esfuerzos diplomáticos, garantizó el crecimiento

[12] *Ibid.*, pp. 44-85.

económico. Esta bonanza despertó un apetito por la vida que nada tenía que envidiar a la de los años de la preguerra.

A contracorriente de los lugares comunes sobre el fin del mundo que engendró la gran guerra, la aristocracia francesa mantuvo sólidamente sus posiciones, su fortuna y sus valores. Siguió dando el tono a una vida mundana, en la que la vitalidad nunca se desvanecía. En el teatro, en la ópera, en los salones, la *Belle Époque* del alto mundo continuaba. Los ases de la aviación reemplazaron a los campeones del automovilismo. Se proyectaron viajes en trasatlántico. Todo como antes de la guerra, pero mucho mejor. París conservó su liderazgo en materia de lujo, de elegancia y diversión mundana. En 1920 se lanzó allí la edición francesa de la revista americana *Vogue* y la nueva generación de modistas –Jeanne Lanvin, Jean Patou, Coco Chanel– siguió encarnando la relación casi orgánica entre París, la moda y la feminidad.

La vida cultural también fue muy importante. Las vanguardias que giraban alrededor de Jean Cocteau, de Dadá o los surrealistas no tenían nada que envidiar a aquellas del periodo de preguerra, de las que eran herederas naturales. Los poetas y los pintores de los años de 1910 comenzaron a tener un gran éxito. Pero pronto fueron alcanzados por toda una tropa de recién llegados –novelistas, pintores, escultores, fotógrafos– exiliados, emigrados o simplemente gente que venía en busca de un lugar propicio para la creación. Como a principios del siglo, París seguía atrayendo artistas originarios del mundo entero. El fenómeno se acentuó en la década de 1920: arribaron rusos, polacos, húngaros, alemanes, personas que huían de los problemas y la inestabilidad que afectaba a sus países. Los estadunidenses, que gracias a la guerra se habían familiarizado con Francia, iban a París cada vez más seguido y en mayor número. La actividad tan provechosa que reunió a tantos creadores prodigiosos en la Ciudad Luz se prolongó sin que se produjera una ruptura con lo generado antes de la guerra. Este grupo de artistas tan diverso, que no compartía necesariamente una inspiración estética, pero que se deslumbró con las innovaciones en la pintura, recibió el nombre de École de Paris. Además, el conjunto formó un grupo ecléctico en el que se podía encontrar gente como Chagall, Chaïm Soutine, Moïse Kisling, Jules Pascin, Amedeo Modigliani, Léonard Foujita o Ossip Zaskine. Luego se les sumaron vendedores de arte y coleccionistas como Wilhelm Uhde, Peggy Guggenheim. En fin, esta ola de artistas extranjeros que llegó a París en busca de libertad, al entrar en contacto con los artistas franceses, desató un movimiento pictórico extraordinario. Pero debe reconocerse que la actividad artística de la década de 1920 no puede separarse de la que la precedió.

El caso es que París no se conformó con atraer artistas e intelectuales, también sedujo a gran cantidad de turistas y estudiantes ricos, muchos de los cuales eligieron quedarse en la capital francesa. Los estadunidenses fueron particularmente numerosos. Los intercambios intelectuales resultaron muy intensos, tanto que, desde 1922, existía una Commission Internationale de Coopération Intellectuelle, presidida por Bergson. Cuatro años más tarde, en enero de 1926 se fundó L'Institut International de Cooperation Intellectuelle. L'Exposition Internationale des Arts Décoratifs et Industriels Modernes, inicialmente prevista en 1915, se celebró por fin de abril a octubre de 1925. Sus 150 pabellones representaron a 21 naciones. Por supuesto, no fue 1900, sino el espíritu nuevo del que se jactaba la exposición, el que atrajo a la explanada de los Invalides y el Grand Palais a cerca de 16 000 000 de visitantes. Esta extraordinaria efervescencia cultural y social tendió a atenuarse a finales de la década. En efecto, hacia 1930, París retomó una vida más calmada, más estable, menos febril, menos excesiva. El tumulto de la posguerra se apagó. Cada cosa volvió a su lugar.

Ciertamente, el país reencontraba, después de la gran prueba de 1914-1918, muchos rasgos del periodo precedente, como por ejemplo la paz, que el movimiento pacifista intentó luego sacralizar, el poder recuperado que dio a Francia todo su peso en el concierto de las naciones, la prosperidad, una deslumbrante vida cultural y el deseo de vivir y de gozar el presente. Por eso mucha gente confunde los años locos de la década de 1920 con la *Belle Époque*.

Pero no fue sino hasta 1940 cuando la expresión *Belle Époque* se impuso definitivamente para designar eso que después de varias décadas llamamos la época 1900. Un periodo distinguido como un clímax, el del poder de la Francia, de su cultura, de un arte de vivir a la francesa, envidia de todo el mundo. Hay, sin embargo, una cierta nostalgia en este imaginario. Algunas razones de esta tendencia pueden atribuirse a lo siguiente: un deseo de evasión para afrontar una situación difícil. En efecto, el imaginario *Belle Époque* nació durante la ocupación de Francia por el ejército alemán en la segunda guerra mundial.

LA FORMACIÓN DE PANI EN L'ÉCOLE DES BEAUX-ARTS: ESTRICTA, PERO DIVERTIDA.

El París de la *Belle Époque* de Mario Pani es el París de un joven estudiante de arquitectura. Su entusiasmo por ese periodo sólo se comprende si se conoce lo que era la cotidianidad en la Escuela de Bellas Artes, los métodos de enseñanza de la institución, las dificultades para ser admitido, siempre compensadas por la satisfacción de haber ingresado de manera sobresaliente y, desde luego, de haber demostrado tener *sprit* para afrontar la vida. Se necesitaba un poco de buen humor y un poco de *joie de vivre* para disfrutar la Escuela y sacar adelante los concursos.

Cuenta Pani que estando en París aprovechó para inscribirse en la mejor Escuela de Bellas Artes del mundo, la cual, por cierto, estaba ahí. Desgraciadamente, en ese entonces la institución estaba muy denigrada por los cambios del modernismo y el antiacademicismo. Pero la realidad es que era una escuela que tenía tres siglos de haber sido fundada y los grandes arquitectos siempre habían salido de ahí, como por ejemplo algunos de los arquitectos estadunidenses de finales del siglo XIX y principios del XX, quienes tenían su propia escuela en el castillo de Fontainebleau, a donde acudían los premiados. Lo que hacía un ambiente muy interesante.

La enseñanza de la arquitectura, relata Pani, era muy bonita. Había tres talleres oficiales que estaban en la propia escuela, con profesores nombrados por el ministerio de educación, y además existían diez talleres libres, en los cuales los estudiantes elegían a sus maestros, es decir que alquilaban el local donde estudiaban, pagaban la renta, el agua, la luz y al maestro, "o sea que escogían al maestro que se les *pegaba la gana*, siempre y cuando fuera un arquitecto titulado por el gobierno francés y que naturalmente fuera bueno para que les enseñara bien".[13]

Lo importante era que los maestros debían pertenecer al jurado de la escuela para que pudieran defender a sus alumnos en los concursos. Los estudiantes se pasaban haciendo proyectos y deberían aprobar un número de ellos para pasar a la segunda clase. "Ahí no era cuestión de examen sino de demostrar en proyectos la capacidad de cada quien en el aspecto de composición arquitectónica. Al taller se le daba una importancia enorme."[14]

[13] Garay, *Mario Pani*, 2000, p. 34.
[14] *Ibid.*

A juzgar por los comentarios de Pani, la Escuela era un paraíso de libertad. Se procuraba la creatividad, aunque se seguían con rigor los principios académicos. De cualquier manera, el estudiante tenía mucho margen para avanzar a su ritmo. Por ejemplo, dice Pani: "Las materias teóricas, digamos medulares, de estructuras, de construcción, de matemáticas se hacían en cursos sin tomar calificaciones; es decir, se iba al curso si se quería, si no, no se iba; y si pasaban un examen, se pasaba el examen, y si no, no había ninguna lista de ingreso ni de asistencia ni nada de eso. Era interesante."[15]

La cuestión era prepararse bien para pasar a la segunda clase cuando el estudiante se sentía listo.

Otra particularidad de la institución era el sistema pedagógico. Al respecto, Pani comenta:

> La enseñanza del taller era muy bonita, porque estaban los alumnos que acababan de entrar con los que ya estaban allá dentro; los que estaban en curso de altos grados, hasta los últimos que estaban haciendo el *Gran Prix de Rome,* un proyecto enorme; y los señores que tenían treinta años o más que estaban también haciendo sus estudios, pero que les daban una categoría profesional. O sea que usted estaba aprendiendo, viendo que decían y hacían los compañeros de los distintos niveles de arquitectura. Era una enseñanza muy buena, mucho muy buena.[16]

Respecto de la enseñanza en el taller, los arquitectos coinciden en que este método de aprender viendo cómo se hacían las cosas les sirvió mucho, sobre todo el intercambiar opiniones con el colega de junto, cosa que ya no existe. Ahora todo es por computadora y los jóvenes trabajan de manera aislada.

Ahora bien, para entrar a la Escuela de Arquitectura, como ya se explicó, había que pasar un concurso muy difícil. Sucede que sólo se admitía a 60 alumnos en cada curso, o sea, entraban 120 alumnos por año. Eso permitía que en la escuela sólo hubiera 1 500 alumnos máximo. Al respecto Pani recordó:

> Era muy difícil la entrada, es decir desde la entrada realmente demostraba usted si podía hacerlo o no; porque era difícil. Usted entraba, se inscribía en

[15] *Ibid.*
[16] *Ibid.*

> un taller libre o en el otro, y empezaba a estudiar arquitectura, y el examen de ingreso empezaba con un concurso de arquitectura y duraba doce horas. Generalmente nunca entraba uno a la primera vez. Yo me presenté cuatro veces; en la primera vez duré dos horas trabajando y luego ya no pude y me fui; la segunda pues sí medio acabé, mal; la tercera más o menos mejor y la cuarta pasé. Pero pasé de una manera creo muy importante para mí, porque entré en primer lugar de los seiscientos, porque eran seiscientos los que se presentaron en esa oportunidad.[17]

Pani disfrutó mucho sus estudios y su formación lo distinguió en el campo. Sus alumnos cuentan que fue un gran maestro, cuyas correcciones de los proyectos eran muy interesantes, pero, sobre todo, que había que ver cómo defendía a sus estudiantes en los concursos que organizaba la Escuela de Arquitectura.

Y volviendo a otro punto de la *Belle Époque* que vivió Pani en París, conviene citar otro de sus comentarios:

> […] en París se guiaba la gente mucho por lo que llamaban ellos *esprit*, el espíritu. Incluso en los talleres estaban divididos los alumnos en dos categorías: los nuevos y los antiguos. Los nuevos eran verdaderos esclavos que les limpiaban los zapatos a los antiguos […] los desnudaban, los hacían que caminaran desnudos por las calles, que trajeran esto, que trajeran aquello y que volvieran para acá. Y los antiguos al revés, eran verdaderos tiranos. Entonces dependía mucho de cómo era la persona para saber cuánto tiempo se quedaba de nuevo. Había algunos gringos que ya tenían como ocho o diez años y seguían de nuevos y otros que duraban dos años, y ya eran antiguos. A mí me tocó muy rápidamente ser de los antiguos.
>
> Había que hacerse un poco de broma, tomar las cosas con *esprit*. Entonces en esa idea de espíritu, había muchísimos extranjeros. En el taller nuestro, por ejemplo, había muchos egipcios y sudamericanos; un príncipe, el príncipe de Rumanía, que ya estaba adelantado […] cuando de repente entra un chofer, todo uniformado y dice "*Monsieur le prince, madame la princesse est là*", y una burla tremenda. El mexicano trae una cosa un poco exótica también. Me acuerdo que encontraron en una revista una fotografía de mi

[17] *Ibid.*, p. 35.

> tío Alberto con un uniforme diplomático, la recortaron y la pusieron ahí con un letrero que decía. "*l'oncle de Pani*". Esa era la parte graciosa.[18]

Como puede verse, Pani pasó una juventud muy divertida en París, además de estudiar una carrera que le gustó mucho y la terminó con honores. Pero también es cierto que a su regreso a México dejó a un París atrapado en la segunda guerra mundial. Eran tiempos difíciles. Tuvo que hacer gestiones para traer a México a Vladimir Kaspé, su compañero en la escuela de Bellas Artes quien era judío ruso. Su propósito fue evitar su deportación a un campo de concentración alemán. Eran los tiempos de la segunda guerra cuando el imaginario *Belle Époque* ya había cuajado como fórmula nostálgica para evadir momentos desoladores.

Otra cosa interesante fue su determinación de traducir al español la obra *Eupalinos o el arquitecto*, escrita por Paul Valéry en 1923. El texto se publicó en 1938 en la revista *Arquitectura*, que fundó en México el propio Mario Pani. Se trataba de una reflexión filosófica del maestro en torno al arte de la arquitectura, que fue una inspiración para el mexicano y algunos de sus colegas, porque no todos lo entendieron.

Y ahora que se menciona la revista, creo que la idea de fundar y editar esta publicación tuvo mucho que ver con la experiencia que tuvo Pani de un París vibrante siempre abierto a difundir la cultura y la actividad artística por todos los medios de comunicación a su alcance. *Arquitectura* constituyó un éxito editorial porque por más de 40 años sirvió como referente para conocer las obras que se hacían en México y en el mundo.

Asimismo, conviene apuntar que la Escuela de Bellas Artes de París preparaba profesionales para hacer edificios públicos. En otras palabras, formaba a arquitectos para servir al Estado. Este fue el caso de Mario Pani a quien correspondió proyectar construcciones para albergar las flamantes instituciones del Estado posrevolucionario mexicano.

Pero ¿cuáles eran los preceptos pedagógicos de la Escuela de Bellas Artes de París, heredados del antiguo régimen? Estos se pueden resumir en los siguientes puntos: el aprendizaje de los principios clásicos de la composición y de la proporción; la composición a partir del uso de los ejes primarios y secundarios, el uso de la simetría axial; la jerarquía de los espacios, desde "espacios nobles" –grandes entradas y escaleras– a los espacios utilitarios; la separación de las circulaciones de las áreas servidas; el análisis

[18] *Ibid.*, pp. 35-36.

de los edificios del pasado, una tendencia a la monumentalidad; una admiración y conocimiento profundo de las antigüedades clásicas griegas y de la arquitectura romana; la realización de constantes referencias o citas, más o menos explícitas, de los estilos históricos en las obras proyectadas; demostraciones efectivas del eclecticismo; manejo fluido de diferentes "maneras", siguiendo siempre los requerimientos del cliente y el programa arquitectónico; la precisión en el diseño y habilidad en la elección de un profuso catálogo de detalles arquitectónicos. Balaustradas, pilastras, paneles de bajo relieve, figuras escultóricas, guirnaldas, consolas de soporte, *cartouches*, acompañados de un prominente despliegue de detalles; el uso de copiosa ornamentación y gran preparación en el dibujo.[19]

Mario Pani aprendió el estilo *beaux arts* y fue el que aplicó en sus primeros edificios públicos, pero por el uso de elementos como el ladrillo, los marcos acusados de las ventanas y relieves de temas mexicanos, se les pueden considerar como expresiones del *art déco* neoclásico moderno o *art déco* académico. Se puede decir que este estilo se adaptó muy bien a edificios como la Escuela Normal de Maestros (1945) y el Conservatorio Nacional de Música (1946). Ambas construcciones presentan fachadas escenográficas, un gran acceso, columnas, frontón, relieves, remates, solución a base de ejes, simetría axial. Los toques modernos se notan en el uso de ladrillos, piedra local, marcos de ventanas acusados. Son edificios pensados para un país que se modernizaba y creaba sus instituciones.

Además de la formación que recibió en la *école des beaux arts* de París, Mario Pani también conoció las propuestas vanguardistas del arquitecto Le Corbusier (1887-1966) respecto a la arquitectura y el urbanismo del mañana. Pani empezaría a aplicar estas ideas de una manera más decidida y abierta a finales de la década de 1940, cuando, por un lado, se hizo necesario planear el desarrollo urbano de la ciudad de México y, por otro, imaginar una vivienda moderna para una población que se había multiplicado por el crecimiento natural y la migración del campo a la ciudad.

En materia de vivienda, Mario Pani probó un *art déco* funcional en las torres de departamentos privados que edificó en la colonia Cuauhtémoc de la ciudad de México, en los cuales ensayó originales distribuciones internas que le permitieron desarrollar departamentos en dos niveles, solución derivada del departamento dúplex, concebidos por Le Corbusier para La Ville Contemporaine Pour Trois Millions D'habitants (1922). La ville contempo-

[19] Curtis, *Modern architecture*, 1997, pp. 77 y 82.

raine es un proyecto de modelo de ciudad que Le Corbusier diseñó para resolver los problemas urbanos del centro de París. Se mostró por primera vez en noviembre de 1922 en el salón de otoño de la ciudad. Fue diseñado para albergar a seis veces la población del centro de París.

Cabe señalar que las pequeñas torres de departamentos de seis pisos, llamadas despectivamente "rascacielitos" por sus detractores, se distinguieron precisamente por la considerable altura de los edificios –no acostumbrada entonces– en relación con el tamaño de la planta. Con esta búsqueda Mario Pani resolvía dos inquietudes: 1) investigar una fórmula para densificar las zonas céntricas de la ciudad de México (a base de construir edificios de altura máxima y planta mínima, ya que a mayor altura mayor cupo de habitantes dentro de una superficie dada y 2) explorar nuevos aspectos estructurales que le permitieran solucionar la cimentación de edificios más altos en el suelo jabonoso de la ciudad de México.[20] Cabe subrayar que los experimentos de Pani en arquitectura doméstica lo prepararon para sus grandes aportaciones a la vivienda social.

En cuanto a la planeación de ciudades, Mario Pani siguió las ideas Le Corbusier plasmadas en el libro intitulado *Urbanisme*.[21] En su trabajo el maestro reconocía que la ciudad ya no funcionaba, pero la aceptaba como un hecho dado a partir del cual había que trabajar para establecer un nuevo orden y así conseguir un espacio cotidiano digno.

Como solución Le Corbusier propuso La Ville Contemporaine Pour 3 Millions D'habitants, un proyecto visionario. A grandes rasgos, la propuesta se resumía en tres principios básicos: densificar el uso del suelo a partir de edificios altos, la separación de funciones de la ciudad, mediante áreas verdes, y la diferenciación de las circulaciones para peatones y automóviles.

En 1932, Le Corbusier elaboró el plan para La Ville Radieuse que, aun cuando mantiene los principios de La Ville Contemporaine incluye modificaciones. porque ya no se trataba de una ciudad centralizada y elitista, ahora se organizaba como una ciudad lineal, descentralizada, semejante al cuerpo de un hombre. En la cabeza se localizaban los rascacielos de oficinas y el cuerpo lo conformaban las zonas residenciales. Ahora, los edificios de vivienda *a redent* formaban bandas escalonadas, a manera de zigzag, para generar entre cada escalón del zigzag, una especie de bahía y ahí alojar un

[20] Larrosa, *Mario Pani*, 1985, p. 45.
[21] Le Corbusier, *La ciudad del futuro*, 1985.

jardín, una cancha de deportes o áreas para la circulación de peatones. Todos los servicios eran colectivos, ya no había distinción de clases sociales.[22]

Ahora bien, no fue sino hasta 1933 cuando las propuestas urbanas de Le Corbusier fueron aceptadas internacionalmente. Efectivamente, en ese año, los miembros del Congreso Internacional de Arquitectura Moderna (CIAM), reunidos en Atenas, adoptaron, bajo la dirección del propio Le Corbusier, las ideas señaladas en La Ville Radieuse con el fin de redactar la Carta de Atenas, la cual sustenta la noción de "ciudad funcional". Gracias a este documento, el teorema lecorbusiano se convirtió en el catecismo del urbanismo moderno, que tenía como objetivo aplicar en las ciudades una zonificación por funciones (habitación, trabajo, recreo, transporte y edificios históricos), separadas por áreas verdes y servidas por vialidades diferenciadas para autos y personas.[23]

No obstante sus numerosos planes para desarrollar las ciudades del futuro, Le Corbusier no contó con el apoyo suficiente para concretarlos. Irónicamente, el único proyecto urbano que realizó fue el plan regional de Chandigarh (1951-1956) en la India. En Francia, el maestro erigió la Unidad de Marsella (1947-1952), aunque sólo se construyó el edificio inicial del que se desprendería el resto del conjunto. Fue con la Carta de Atenas que Le Corbusier logró que sus seguidores materializaran sus utopías. Uno de los grandes testimonios de la herencia lecorbusiana es la ciudad de Brasilia, y en la ciudad de México se pueden mencionar los proyectos de vivienda social y planificación urbana del arquitecto Mario Pani, entre los que se cuentan: el Multifamiliar Miguel Alemán, el Conjunto Urbano Nonoalco Tlatelolco, el plan maestro para Ciudad Universitaria y Ciudad Satélite.

Al proyectar Pani el Multifamiliar Miguel Alemán (1949) en la ciudad de México se inspiró en La Ville Radieuse de Le Corbusier. Se trata del primer edificio en su género en México y América Latina. El conjunto ocupa 25% del terreno y consta de seis edificios altos de trece pisos cada uno y seis edificios bajos de tres pisos cada uno, el 75% restante del predio se reserva para jardines, cosa totalmente desusada en esos años.[24]

El Multifamiliar Alemán cuenta además con oficinas para la administración, escuela con capacidad para 600 alumnos, guardería, lavandería con máquinas automáticas individuales y cámaras de secado, dispensario

[22] Curtis, *Modern architecture*, 1997, pp. 118-119.
[23] *Ibid*., p. 325.
[24] Pani, *Los multifamiliares de pensiones*, 1952, pp. 17-38.

médico, casino, salón de actos y facilidades deportivas como canchas de futbol, volleybol y alberca semiolímpica, con purificador de agua, baños y vestidores. Se separó el espacio de peatones de los estacionamientos o áreas de circulación vehicular, de tal manera, que los automóviles se movieran en el perímetro del multifamiliar y la vida comunitaria se desenvolviera en el interior del conjunto.

El Multifamiliar Alemán, desde el punto de vista urbanístico, es clave porque en una gran manzana de cuatro hectáreas, parcialmente ocupada por edificios altos y medianos, 1 080 familias comparten áreas verdes, centros deportivos, comercios y servicios. Áreas de circulación peatonal separadas de las áreas de circulación vehicular. Se trata de la materialización de las propuestas del Movimiento Moderno en Arquitectura.

Estos planteamientos urbanísticos los seguiría aplicando y perfeccionado en la vivienda colectiva que realizó después, entre los que se cuenta el Conjunto Urbano Presidente Juárez (1952) y el Conjunto Urbano Nonoalco Tlatelolco (1966), el más grande de México y América Latina, ya que se trata de "una ciudad dentro de la ciudad", ejemplo de regeneración urbana. Sus búsquedas por mejorar la habitación moderna abarcaron todas las clases sociales, así fueran viviendas colectivas o privadas.

Pero lo más asombroso fue el interés de Mario Pani por la manera francesa de vivir o habitar la casa. Práctica que el joven arquitecto pudo observar y luego replicar en las soluciones espaciales de las viviendas, tanto privadas como colectivas, que diseñó a lo largo de su carrera. Se trata de su preocupación por lograr un espacio doméstico con áreas públicas y privadas bien diferenciadas. De esta manera, los usuarios, independientemente de sus posibilidades económicas y estratos sociales, podían tener un espacio íntimo.

¿Cómo lograba Pani en modestos departamentos de interés social, resueltos en áreas mínimas de 49 metros cuadrados, ofrecer a sus moradores la sensación de disponer de un área vital agradable y humana? El hecho es que los departamentos están resueltos en dos niveles, lo que permite una clara distinción entre las zonas reservadas a la familia y las accesibles a extraños. Esta fórmula la aplica en todos los tipos de moradas que proyectó aun cuando conserva el concepto de planta libre introducido por la arquitectura moderna. Se trata de un espacio fluido susceptible de subdividirse a partir de las necesidades de sus ocupantes.

De hecho, para garantizar a los usuarios viviendas mínimas dignas, el arquitecto pensó en proyectar unidades barriales. Es decir, una estrategia que implica escalar los espacios domésticos a urbanos. En otras palabras, al

diseñar unidades habitacionales de edificios de alta densidad, se deja libre una porción del terreno para jardines y otro tanto para estacionamientos. En las áreas verdes la gente puede salir de su casa para recrearse, caminar o convivir con los vecinos y amigos. Además, como ya se explicó, Pani siempre imaginó que estos multifamiliares o conjuntos habitacionales debían concebirse como pequeñas ciudades dentro de la ciudad, equipadas con todos los servicios que requiere una comunidad. Se puede decir que Pani rescataba la calle como antesala de la casa donde se mezclarían todas las clases sociales.

REFLEXIONES FINALES

Si bien es cierto que en los años 1925-1934, periodo que comprende la estancia de Mario Pani en París, no se hablaba de la *Belle Époque*, porque el término no se acuñó sino hasta 1940, no puede negarse que, en su adolescencia y juventud, el arquitecto disfrutó un París de gran vitalidad y *joie de vivre*. Probablemente esta fue una segunda *Belle Époque*, ya que la primera, de acuerdo con los expertos, comenzó en 1900 con la Exposición Universal y terminó en 1914, cuando estalló la primera guerra mundial. El punto es que el mexicano pudo reconocer y sentir que vivía un momento de una sensibilidad especial.

Pero lo más importante es destacar que a Pani le tocó un París de gran efervescencia cultural, artística y musical. Durante su estancia en la Ciudad Luz pudo percatarse de las discusiones entre los tradicionalistas y Le Corbusier, uno de los precursores de la arquitectura moderna. Además, se enteró de las propuestas musicales, considerando que él era un virtuoso del chelo y su madre del piano. Aprovechó el cosmopolitismo de París, en particular en la Escuela de Bellas Artes donde aprendió a convivir con muchos extranjeros. Ese contacto con otras culturas le dio la visión de una modernidad internacional.

Otro elemento que, en mi opinión, dio a Pani la experiencia de la *Belle Époque* fue el sentimiento de libertad creativa. Efectivamente, cuando ejerció su carrera de arquitecto se atrevió a hacer audaces y grandes propuestas, como el Conjunto Urbano Presidente Miguel Alemán (1949), primer multifamiliar de México y América Latina, inspirado en La Ville Radieuse de Le Corbusier. Se atrevió a proponer, en los tempranos años 1930, inspirado en la forma de vivir de los franceses, edificios de departamentos de apenas seis pisos, cosa desusada porque se temía que el suelo jabonoso y sísmico de la ciudad de México no lo permitiera. Su idea era optimizar el uso del

suelo y procurar el crecimiento vertical de la ciudad para impedir que esta se expandiera en forma horizontal, como al final ocurrió y hoy constituye uno de los principales problemas de la capital mexicana.

Proyectó con el arquitecto Enrique del Moral el plan maestro de Ciudad Universitaria (1952), ubicada en la capital mexicana. Se trata de un hito de la modernidad arquitectónica del país. El campus central de la Universidad Nacional Autónoma de México ha sido reconocido como patrimonio de la humanidad.

Para resolver los problemas del desorden urbano de la ciudad de México, el maestro propuso el Conjunto Urbano Nonoalco Tlatelolco (1964), una ciudad dentro de la ciudad, así como el plan maestro de Ciudad Satélite (1954), una ciudad fuera de la ciudad, ubicado en el municipio de Naucalpan, en el Estado de México.

Como el mismo Mario Pani dijo, además de tener un poco de suerte, demostró que podía ser arquitecto, pero con *sprit*.

FUENTES CONSULTADAS

Bibliografía

Curtis, William J. R. *Modern architecture since 1900*, Singapur, Phaidon Press Limited, 3a. ed., 1997.

Garay, Graciela de, *Mario Pani*, México, CONACULTA/Instituto Mora, 2000. (Historia Oral de la Ciudad de México: Testimonios de sus Arquitectos, 1940-1990).

Kalifa, Dominique, *La véritable histoire de la "Belle Époque"*, Francia, Fayard, 2017.

Larrosa, Manuel, *Mario Pani, arquitecto de su época*, prólogo y edición de Louise Noelle, México, UNAM, Imprenta Universitaria, 1985.

Le Corbusier, *La ciudad del futuro (Urbanisme)*, Buenos Aires, Ediciones Infinito, 3ª ed., 1985 (Biblioteca de Planeamiento y Vivienda). (Edición original en francés, 1924).

Morand, Paul, *1900, Les éditions de France, 193*, Flammarion, 1942.

Noelle, Louise, *Mario Pani. Una visión moderna de la ciudad*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Dirección General de Publicaciones, 2000.

Pani, Mario, *Los multifamiliares de pensiones*, México, Editorial Arquitectura, 1952.

Paris. Guide Bleu, París, Hachette, 1999.

Thomson, David, *Europe since Napoleon*, Gran Bretaña, Pelican Books, 1977.

ÚLTIMO DIARIO. ANTONIETA EN BURDEOS

Margarita Pierini

Cuando hace algunos meses fuimos atónitos espectadores de las imágenes de Notre Dame en llamas, cada uno de nosotros, seguramente, pudo asociar lo que veía en las pantallas con sus propios recuerdos, vivencias, lecturas, en esta apropiación de algunos lugares y figuras icónicas del mundo francés que resulta una constante para los latinoamericanos.

Entre esas imágenes-recuerdos-lecturas, seguramente también para muchos estuvo la de Antonieta Rivas Mercado. El lugar que eligió para cerrar su existencia errabunda está marcado en nuestra memoria, dentro de los diez siglos de historia de la catedral, por la imagen de esa mujer que, vestida con su traje de seda negra y el velo que las mujeres debían usar tradicionalmente para ingresar a un templo católico, se disparó un tiro con la pistola de Vasconcelos.

Empezamos por ese final que le da un aura mítica, como reiteran sus biografías, los estudios que se le han dedicado a partir de la publicación de sus textos, siempre fragmentarios, y en gran medida póstumos.

En este trabajo nos centramos en el último diario[1] que escribió durante los meses finales de su vida en el lugar que había elegido para asentar su vida y la de su hijo, y en el cual pensaba prepararse para iniciar una nueva etapa. Este diario, trashumante como su autora,[2] ha sido objeto de una edición facsimilar y crítica que nos acerca al trazo del pensar y el sentir

[1] Rivas Mercado, *Diario de Burdeos*, 2014. Citamos por las páginas de la transcripción, ya que el cuaderno no está foliado.

[2] En la "Advertencia filológica" de la edición facsimilar se traza el recorrido del cuaderno iniciado el 6 de noviembre de 1930 y suspendido después de una última entrada el 23 de enero de 1931. "El 7 de febrero Antonieta sale de Burdeos hacia París, dejando a su hijo Antonio al cuidado de la

de Antonieta en los tres meses de su estancia en Burdeos. El cuaderno concluye el 23 de enero de 1931. En la edición de su *Correspondencia* (2005) se incluye una entrada fechada en París, el martes 10 de febrero de 1931, con el relato de sus últimos, breves días con Vasconcelos, y la preparación de su suicidio. Páginas que trazan un diálogo donde las palabras ya no comunican: contribuyen a afianzar la decisión final.

Pero antes de introducirnos en estos escritos, quisiéramos hablar de los trayectos que en distintas etapas de su vida llevan a Antonieta a Francia, siguiendo los caminos que su origen social y sus intereses culturales privilegiaban. En estos viajes, los cuales implican largas estadías, Antonieta ofrece muchos aspectos en común con su contemporánea sudamericana, Victoria Ocampo: como ella, mujer independiente, de notable belleza y fuerte personalidad, con una importante fortuna, que se dedica a impulsar empresas culturales: orquestas innovadoras (la Orquesta Sinfónica de México, de Carlos Chávez, con Antonieta; Ernest Ansermet y la APO –Asociación del Profesorado Orquestal–, con Victoria), proyectos de publicaciones, mecenazgo orientado a la promoción de escritores, músicos, intelectuales de un lado y otro del Atlántico.[3] "Por breve tiempo representó entre nosotros –dice de ella José Emilio Pacheco– el papel que durante décadas cumplió Victoria Ocampo en la Argentina."[4] Aunque nunca llegan a coincidir en sus estadías en Francia –a veces por pocos meses: Victoria se encontraba en París a mediados de 1930; Antonieta llega a Francia en octubre de ese año–, Antonieta está bien informada sobre el lugar que ocupa Victoria en su ámbito cultural, y apela a Rodríguez Lozano, quien había estado en Buenos Aires en 1925 presentando una exposición,[5] para que la vincule con ella. Le escribe desde Nueva York el 20 de octubre de 1929:

---

familia Lavigne. Entre los objetos que quedan en ese apartamento está el cuaderno donde anotó su último diario", señalan las editoras de la edición facsimilar en su "Advertencia filológica". *Ibid.*, p. 99.

[3] Comparten también la amistad con García Lorca: Antonieta en Nueva York en 1929,Victoria durante la visita del poeta a Buenos Aires en 1933; y también la amistad con Waldo Frank, el socialista estadunidense vinculado estrechamente con América Latina gracias a sus viajes y escritos.

[4] Pacheco, *Inventario*, 2017, vol. 1, p. 109.

[5] El pintor Manuel Rodríguez Lozano visitó Buenos Aires en el invierno porteño de 1925. La exposición que presentaron con Julio Castellanos en la Asociación Amigos del Arte sobre Arte Infantil Mexicano fue reseñada elogiosamente en la *Revista Martín Fierro*, como una muestra de la orientación de la enseñanza artística en las escuelas de México. La revista publicó también dos artículos del artista sobre Abraham Ángel y Miguel Covarrubias.

> Necesito que me mande usted cartas para sus amigas argentinas, Victoria [Ocampo], Marta Casares, quien crea conveniente [para llevar una compañía de teatro estadunidense a Buenos Aires]. Quiero ponerme al habla con ellas y, si es necesario, iría a París unas semanas para formar contacto personal. […] Puedo convertirme en el punto de contacto y fusión de la América de Norte y del Sur.[6]

Comparten también el difícil lugar de las mujeres "emancipadas" y con proyectos, que se vuelcan fundamentalmente en la promoción de las creaciones de otros; su propia obra resulta, en comparación, escasa y fragmentaria.

ANTONIETA EN FRANCIA

Francia era un lugar familiar para Antonieta. Su padre se había formado allí, desde muy joven, en el Liceo de Burdeos, y luego en París, donde cursó sus estudios de Arquitectura e Ingeniería.[7] El admirado modelo paterno es el que la llevará a instalarse en Burdeos, a finales de 1930, con su hijo de diez años, para inscribirlo en ese mismo Liceo. La presencia del padre marca también sus primeros viajes a Europa: en 1909, niña aún; en 1923, en un viaje que se extiende por tres años, ya como una joven que, como muchas mujeres de su clase, no posee estudios formales pero sí una vasta cultura que se abre al interés por las vanguardias contemporáneas: pintores, teatros experimentales, músicos innovadores. El tercero será su último viaje: huyendo del fallo judicial de un complicado divorcio, sale de México llevándose a su hijo Antonio, para instalarse en Burdeos, donde proyecta quedarse hasta que el muchacho concluya su Liceo.

Entre esos dos últimos viajes está el encuentro con Vasconcelos, la campaña por la candidatura presidencial de ese hombre aclamado por multitudes, que levanta los ideales de Madero; y después, la derrota en las elecciones del 17 de noviembre de 1929, la tormenta, el desastre, el exilio.

El relato del viaje final de Antonieta nos llega como una historia construida a varias manos. Ella habla por sus escritos: sus cartas (a Rodríguez Lozano, a su hermana Amelia, al cónsul Arturo Pani), su diario. Y es relatada por los testigos (el periodista Deambrosis –secretario y agen-

[6] Rivas Mercado, *Correspondencia*, 2005, p. 271.
[7] Bradu, *Antonieta*, 1991, p. 16.

te de Vasconcelos en Francia–, Pani, su esposa Dolores y Vasconcelos). Esta construcción nos deja una imagen donde Antonieta resulta observada a través de múltiples espejos, a veces empañados, a veces deformantes. Nunca terminan de dar la verdadera imagen de esta mujer vital, llena de proyectos, que enumera, confiada en su capacidad de creación y de renovación, en su *Diario de Burdeos*.

ANTONIETA EN BURDEOS

"Manuel: mi estancia en París, en esta ocasión, está por terminar. En unas horas habremos partido para un rincón tranquilo, donde Antoñito entre al colegio y yo me ponga a trabajar", le escribe en octubre de 1930.[8] El rincón tranquilo, el cual no especifica Antonieta en esta carta a Rodríguez Lozano –guardando una reserva que poco después va a romper para darle su dirección– es Burdeos, adonde se instala en la pensión de la señora Lavigne.[9]

Es otoño en el lugar que elige para enraizarse, en ese rincón de la burguesísima Francia, como asienta en la primera página de su diario.[10] No es, por cierto, el primer diario que escribe, pero es el único que va a perdurar. Los anteriores fueron destruidos, dice, en un auto de fe, para que sus secretos no cayeran en manos de su marido. Destinos/ironías: el primer lector de este diario será el otro hombre decisivo en su vida, Vasconcelos, su líder político, su amante.

Por las circunstancias de su viaje –llevándose consigo a su hijo contra la voluntad del padre y el dictamen judicial– y para cumplir con su objetivo de convertirse en "la primera escritora dramática de Hispanoamérica",[11] Antonieta se enclaustra voluntaria y absolutamente en la pensión que elige para pasar lo que prevé, proyecta, desea, será un periodo de varios años, hasta que su hijo termine los estudios. Es recurrente la idea de ese enclaustramiento, que asocia con el gesto de Sor Juana cortándose el cabello de acuerdo con las metas que se fijaba para cumplir con sus estudios: "Así como Sor Juana en cierta ocasión se cortó media cabellera hasta no haber dominado ciertos conocimientos que pretendía adquirir, vedándose el con-

[8] Rivas Mercado, *Correspondencia*, 2005, p. 319.

[9] "Una pensión situada en el 27 de la calle Lechapellier, bajo la protección cariñosa de la señora Lavigne y de su hija Irene, las dueñas." Bradu, *Antonieta*, 1991, p. 195.

[10] Rivas Mercado, *Diario de Burdeos*, 2014, p. 39.

[11] *Ibid.*, p. 41.

tacto con sus semejantes, yo me prohíbo volver a la vida antes de haber realizado los siguientes proyectos."[12]

En ese mundo cerrado en el que se recluye, casi no hay referencias al entorno. Y las pocas que registra no son amables: "Me hallo bajo un cielo gris, que [toca] con la mano, bajo un manto pluvioso."[13] Metáfora de sí misma, que no le permite asomarse a contemplar los callejones de la ciudad antigua, la plaza de la catedral, la flecha dorada de Saint Michel, el río luminoso, los puentes, las grandes explanadas…

"Mi vida a nada se parece más que a la de usted: un claustro del cual soy abadesa –le escribe a Manuel Lozano (14 de enero). Ocho a diez horas de estudio diario, un constante arrebato interior […] y la meta tan alto que la estrella más lejana parece baja, y Antoñico que florece como planta noble en terreno sano."[14]

Un episodio que más tarde relatará Deambrosis a Vasconcelos –por cierto con reproche tácito hacia esa dama que no sabe de restricciones económicas–, nos ofrece, como contraste, la vivencia de un momento feliz:

> El día que recibió mis fondos [le había solicitado un préstamo de 2500 francos, una suma elevada para el periodista] se fue a una juguetería; era época de Navidad y le compró a su chico juguetes por valor de quinientos francos; a los míos les obsequió en forma que yo nunca he podido igualar. Y a mi esposa la llevó al restaurant más caro de Burdeos, por cierto que usted sabe, Simone es persona modesta y se sintió deslumbrada, casi molesta en aquel lujo.[15]

El diario confirma y resume su estado de ánimo: "Estoy bien en mi quieto retiro y sólo anhelo que dure el tiempo que mi hijo crece."[16] Un tiempo de encuentro interior (con la voluntad de ahondar en sí misma y de reafirmarse como intelectual).

Su decisión de crear la lleva a hacer largas y puntuales listas de sus proyectos –con días, meses, años fijados en esa agenda ideal. A saber: una, dos, tres novelas; obras de teatro; un texto sobre la campaña de Vasconcelos, el único que llega a concluir, cerrando el año de 1930–; traducciones que, imagina, le permitirán ganar lo suficiente para lo que prevé como mo-

[12] *Ibid.*, p. 45.
[13] *Ibid.*, p. 39.
[14] Rivas Mercado, *Correspondencia*, 2005, pp. 326-327.
[15] Vasconcelos, *El proconsulado*, 1968, p. 387.
[16] Rivas Mercado, *Diario de Burdeos*, 2014, p. 65.

destos gastos; artículos para diversas publicaciones, contando con sus contactos en Francia y Estados Unidos. Al mismo tiempo, se propone avanzar en su formación cultural, con el estudio del latín ("ensueño de mi juventud, jamás realizado, una vez, verano de 1925, iniciado",[17] el griego, el alemán, la música. Sus planes se extienden, año por año, hasta 1935. Después proyecta ir a París, ya con un capital asegurado con sus obras, para dedicarse a realizar ediciones de arte, exposiciones, integrarse al mundo cultural, asociarse con la galerista Jeanne Bucher, difusora de las vanguardias.

Este proceso de trabajo intelectual se acompaña de un análisis sobre el trabajo interior que siente ir realizando sobre sí misma. Los proyectos literarios son paralelos –¿o son fruto?– a la tarea de creación de una mujer independiente, que sin renunciar a la entrega pasional de los cuerpos sostiene su libertad de elección. "Habrá tiempo para todo. Puedo, sin prisa, madurar."[18]

Pero no habrá tiempo para todo. A finales de diciembre una carta de Vasconcelos anunciaba su llegada a París con propósitos, aparentemente, de vida en común, más aún, de casamiento (pidiendo "registro civil de nuestra boda, que lo avise a sus hijos por conducto de Chimino"),[19] irrumpe para conmover estos planes y alterarlos radicalmente. El 23 de enero es la fecha de la última entrada a su *Diario de Burdeos*. El siguiente registro lo escribe en París, el martes 10 de febrero de 1931: "He decidido acabar –no lo haré aquí, en el hotel, para no comprometer a los que me han ayudado."[20]

LA ESCRITURA DE *UN DIARIO BORRADO*

Toda edición facsimilar convoca siempre a una lectura distinta de la versión que ha pasado por los recursos aportados por la imprenta, los revisores, la gráfica que impone una editorial, una colección, un sistema, en fin, que pule, corrige, ordena y en definitiva, uniforma un texto.

El último diario de Antonieta está escrito en un cuaderno cuadriculado, donde se alternan lápiz y tinta, azul o negra. Las tachaduras que eliminan frases, las enmiendas de palabras, los trazos que ayudan a probar una nueva pluma, los manchones de tinta, aparecen a lo largo de estas páginas de escritura apretada, con letra que revela los distintos impulsos que guían

[17] *Ibid.*, p. 64.
[18] *Ibid.*, p. 47.
[19] *Ibid.*, p. 68.
[20] Rivas Mercado, *Correspondencia*, 2005, p. 385.

la urgencia de la idea o la pausa de la duda. Está la huella de las páginas arrancadas. Y están también las páginas finales que quedaron en blanco, signo de la trayectoria truncada, que se inicia un jueves 6 de noviembre de 1930 en Burdeos, y tiene su último registro el 23 de enero de 1931.[21]

"Intentar escribir un diario borrado equivale a confesarse", afirma en la primera página. Sin embargo, resulta exacta la apreciación de Vasconcelos, primer lector del *Diario*, como custodio de los papeles dejados por la suicida: "El *Diario* resultó reservado, pero en el sentido de que no denunciaba su alma al desnudo. Fue escrito en los intervalos de una acción literaria intensa y contenía observaciones sobre libros y lecturas, poco o nada íntimos."[22] En efecto, más allá del análisis sobre su relación con el "Maestro" y amante, en el texto se vuelcan, fundamentalmente, sus ideas sobre su país, con el que siente haber ya pagado su deuda, y las largas reflexiones acerca del sentido de la escritura para todo intelectual que escriba en esos tiempos decisivos: siguiendo a Trotsky en su *Autobiografia* –"Tout en exposant je caractérise et j´apprécie"–, afirma una ética de la creación: la labor del escritor no consiste en reflejar, sino en intervenir.[23]

Es el diario de una intelectual que se afirma como integrante de "esta generación de posguerra a la cual me descubro pertenecer con un rigor insospechado".[24] Desde ese lugar elige sus guías, sus pensadores faros: en primer lugar Nietzche, largamente citado en diversos pasajes: "Leo Nietzche con avidez, como el afilador que aguza sus cuchillos contra la piedra que gira." Lo que le interesa, dice, más que su filosofía propiamente dicha, es "su actitud vital y la increíble riqueza de intuición, observación". Y acota en una curiosa asociación: "Se diría un hermoso paisaje psicológico pintado por el Aduanero."[25]

Trotsky es también un modelo para su proyecto de vida y de escritura. De la lectura de su *Autobiografi*a extrae la misma imagen que usara con Nietzche: "La vida de Leo D.T. está siendo mi propia piedra de afilar."[26]

El *Diario* da cuenta de una ferviente actividad lectora donde sus clásicos griegos –Sófocles, Esquilo, Eurípides–, a quienes relee como parte de su

[21] Rivas Mercado, *Diario de Burdeos*, 2014. Hacemos referencia a las páginas 37 y 83, de la edición que transcribe el facsimilar.

[22] Vasconcelos, *El proconsulado. Cuarta*, 1968, p. 399.

[23] Rivas Mercado, *Diario de Burdeos*, 2014, p. 51.

[24] *Ibid.*, p. 73.

[25] *Ibid.*, pp. 72-73.

[26] *Ibid.*, p. 59.

proyecto de formación, alternan con autores muy cercanos, como Raymond Radiguet, célebre en esos años por sus novelas *El diablo en el cuerpo* y *El baile del conde de Orgel*. En la asociación con el pintor Abraham Ángel –los dos desaparecidos muy tempranamente–[27] está latente la vinculación de ambos con Manuel Rodríguez Lozano, el amor nunca correspondido de Antonieta: "Leído *El baile del conde de Orgel* de Raimundo Radiguet. Vida-caso que recuerda al de Abraham Ángel, muerto a los 20 años, tres en que trabaja obra aguda de ambiente cuyo sofisma literario es tan fino que no se percibe."[28]

Esa lectura la lleva a una reflexión más profunda sobre algunas vertientes de la literatura francesa (casos Radiguet, Cocteau, "el insoportable Barrès") frente a la literatura de América Latina. *Artificio vs. vida* es lo que contrapone en este panorama. Y afirma la necesidad de una palabra propia que represente la realidad de estos atormentados de América:

> De la lectura que hice en una tarde, sin despegar el espíritu, desprendo un: "No es eso" categórico. Cocteau, Radiguet son naturales en su precioso artificio construido, aquí, en función de Francia, para nosotros, atormentados de América, son insensatos. Necesitamos otra cosa, obras que sean vida, guía, afirmación propia. Que canten nuestro mal, que mientan nuestras mentiras y finjan nuestras farsas, las propias, autóctonas.[29]

Pero no sólo cuestiona a los autores franceses que se encierran en sus sofismas. También sale al quite de las declaraciones de Alfonso Reyes –por entonces embajador en Brasil–, en una de las entregas de su *Correo Literario Monterrey*. Desde sus inicios en el Ateneo, como sabemos, Reyes siempre predicará la importancia de que los americanos aspiren a una literatura universal. Frente a las corrientes nacionalistas impulsadas por la revolución mexicana y sus construcciones culturales, Reyes considera que "nuestro escritor, si realmente lo es, huye como la peste de todo abuso del amado 'color local' y procura escribir libros de valor universal y no puramente curiosidades o siquiera 'documentos humanos'".[30] Esta postura, que por esos años le

[27] Raymond Radiguet (1903-1923); Abraham Ángel (1905-1924).
[28] Rivas Mercado, *Diario de Burdeos*, 2014, p. 51.
[29] *Ibid.*
[30] *Ibid.*, p. 53. La cita de Reyes corresponde a su "Guardianes de la pluma", *Monterrey. Correo Literario de Alfonso Reyes*, núm. 3, p. 1. Citado en *ibid.*, pp. 51-52.

valdrá a don Alfonso fuertes críticas y más de una polémica,[31]despierta en Antonieta enojo y pena por el "amigo bueno". No sólo por sus opiniones que revelan, dice, falta de enjundia; el cuestionamiento estético es inseparable del reproche político, a partir de la participación de Reyes en todos los gobiernos posrevolucionarios: "Su espíritu de conciliación en el que se pierde, como debe perderse su hombría y su voluntad en la carrera diplomática."[32]

Su enclaustración voluntaria no la aísla del movimiento cultural y político de esos años decisivos para el porvenir de América y Europa. En línea con la prédica del maestro Vasconcelos, denuncia la intervención de Estados Unidos sobre la política mexicana, apuntando a una lucha que no debe ser sólo "contra el imperialismo norteamericano sino contra las ideas que sostienen su poderío, contra el capitalismo".[33] Y con espíritu internacionalista, se muestra atenta a los movimientos de lucha que se dan en "México, España, Rusia, India: ahí donde fuerzas semejantes se expresan está mi interés".[34]

FINAL DEL VIAJE

En uno de sus *Inventarios*, José Emilio Pacheco reconstruye el trayecto final de Antonieta:

> En su incesante destrucción la ciudad de México borra toda escenografía para la memoria. Aquí es inútil buscar la mayor parte de los sitios donde transcurrió la relación de amor más intensa y más trágica de nuestra literatura. París, en cambio, permite reconstruir casi inalterado el camino probable que ella siguió aquel miércoles 11 de febrero de 1931. Al salir del hotel en la Place de la Sorbonne, fue por la rue des Écoles hasta la rue Saint-Jacques. Cruzó el Petit-Pont para llegar a la Île de la Cité. Entró en esa catedral en que la luz filtrada por los vitrales parece suspender una Edad Media. Tomó asiento frente al crucifijo de uno de los altares, sacó la pistola Colt que había acompañado a Vasconcelos durante la campaña de 1929 y se disparó al corazón.

[31] El volumen recopilado por Jorge Zadik Lara, *La polémica*, 1984, reúne la correspondencia entre Reyes y algunos de sus amigos y adversarios en este debate.

[32] Rivas Mercado, *Diario de Burdeos*, 2014, p. 51.

[33] *Ibid.*, p. 56.

[34] *Ibid.*, p. 65.

> […] Durante casi medio siglo la muerta siguió prisionera de Notre Dame, y su historia sólo se transmitió en secreto, con seudónimo, en voz baja.[35]

Vasconcelos había llegado a París el 9 de febrero. Instalado en su hotel, espera a Antonieta, que llega en la mañana del 10, acompañada por el periodista uruguayo Deambrosis, colaborador en el proyecto de publicar la revista *La Antorcha*, con la cual se proponía continuar su acción política.

Las 36 horas que pasan juntos forman un relato contado a dos voces: en las últimas páginas del diario que Antonieta redacta en París y en los capítulos finales de *El proconsulado*, el volumen de sus memorias que Vasconcelos dedica "a la memoria de Doña a. r. m. y de todos los que cayeron por el ideal de un México regenerado".

La geografía de la ciudad antigua va a ser recorrida por esta pareja que camina por París en un diálogo de los cuerpos que no es acompañado por el encuentro de las palabras. Así queda patente en el episodio de la búsqueda de una *bodega* portuguesa de inolvidables oportos, sustituida, para desencanto de Vasconcelos, por una moderna perfumería: "la norteamericanización no respetaba ni la Ciudad Luz".[36] En su lugar, buscará otro sitio cualquiera donde beber un oporto mediano. Desencuentros: frente al placer con que Vasconcelos disfruta lo alcanzado, Antonieta observa los "goces un tanto pueriles" en los que cae, "como el gusto con que visita una bodega de vinos portugueses; se hace servir una o dos copas, contempla el vino al trasluz, hace que todos lo bebamos y a poco se levanta y se olvida; se diría que la sensación no penetra más allá de su corteza".[37] La mirada impiadosa convierte en signo de identidad el gesto festivo del gran gozador que es Vasconcelos.

El relato del último paseo nos llega a través de sus palabras, que imaginan una unidad que ya no existe: "Valeria[38] deseaba recorrer, a pie, los vericuetos del barrio latino. Nos perdimos, por detrás de San Severin, rumbo a Santa Genoveva y las calles escolares, que a esa hora se hallaban desiertas. El paso regulado, el leve, grato roce que liga los cuerpos, sincroniza las almas de dos que se han unido en la ilusión de la eternidad."[39]

[35] Pacheco, *Inventario*, 2017, vol. 1, p. 589.

[36] Vasconcelos, *El proconsulado*, 1968, p. 385.

[37] Rivas Mercado, *Correspondencia*, 2005, p. 388.

[38] Es el seudónimo –transparente– con el que Vasconcelos designa a Antonieta en sus memorias. Valeria era su segundo nombre, por el santo del día de su nacimiento (28 de abril).

[39] Vasconcelos, *El proconsulado*, 1968, pp. 386-387.

Después, es el encuentro en la habitación del hotel y la conversación que tendrá consecuencias definitivas. En la voz de Antonieta:

> No me necesita, él mismo lo dijo cuando hablamos largo la noche de nuestro reencuentro aquí en esta misma habitación. En lo más animado del diálogo pregunté: "Dime si de verdad, de verdad tienes necesidad de mi". No sé si presintiendo mi desesperación o por exceso de sinceridad, reflexionó y repuso: "Ninguna alma necesita de otra, nadie, ni hombre ni mujer, necesita más que de Dios. Cada uno tiene su destino ligado sólo con el Creador."[40]

En sus memorias, Vasconcelos recuerda esas mismas palabras suyas, pero las prolonga con un agregado exculpatorio: "Mi intención era llevarla a que, independientemente de mí y de todo el mundo, reorganizara su vida y la asentara sobre bases firmes."[41]

La mañana siguiente los encuentra caminando por París, con un cielo inesperadamente luminoso, mientras realizan trámites –bancos, consulado, casa de fotografías, búsqueda del pasaje para Antonieta, quien finge aceptar el viaje a México que se le impone para ordenar sus asuntos económicos y legales. Pasean por la Rue de la Paix, contemplan las vitrinas de las joyerías, la columna Vendôme. Se citan para el mediodía en uno de los cafés más conocidos del bulevar de los Italianos. "Y a la puerta de la fotografía, por la Magdalena, nos separamos."[42]

La última entrada del diario de Antonieta es un relato de anticipación. La mujer que en su *Diario de Burdeos* había trazado las metas para su futuro durante los siguientes cinco años, va a cumplir solamente un proyecto, lo inmediato, el día de mañana:

> Terminaré mirando a Jesús; frente a su imagen, crucificado... Ya tengo apartado el sitio, en una banca que mira al altar del Crucificado, en Notre Dame. Me sentaré para tener la fuerza para disparar. Pero antes es preciso que disimule. Voy a bañarme porque empieza a clarear. Después del desayuno

[40] Rivas Mercado, *Correspondencia*, 2005, p. 388.

[41] Vasconcelos, *El proconsulado*, 1968, p. 392. Quince años antes, en su relación con otra mujer importante en su vida, "Adriana" (Elena Arizmendi) ella había llegado a la misma conclusión: "Un hombre como tú no necesita de nadie […]. Serías capaz de sacrificarme a lo que tú creyeras tu ideal en un momento dado… Te costaría trabajo, sufrirías, pero a la postre, puesto a elegir entre tu ideal y yo, me sacrificarías…". Vasconcelos, *La tormenta*, 1970, p. 214.

[42] Vasconcelos, *El proconsulado*, 1968, pp. 394-395.

> iremos todos a la fotografía para recoger los retratos del pasaporte. Luego, con el pretexto de irme al Consulado, que él no visita, lo dejaré esperándome en un café de la Avenida. Se quedará Deambrosis acompañándolo. No quiero que esté solo cuando le llegue la noticia.[43]

La continuación la escribe Vasconcelos: el mensaje que le llega desde el consulado, con la noticia de la muerte de Antonieta. En su bolsillo ella había dejado una carta por la cual la identifican de inmediato. Siguen los trámites en el Hotel Dieu, la entrega del cuerpo; las vacilaciones del jefe de policía para redactar un parte que diera cuenta respetuosamente de las razones del suicidio de esa dama de calidad. La fórmula a la que se arriba responde al *sentido común* en estos casos: "Si les parece, propuso el Comisario, daremos como causa aparente del suicidio, perturbación mental momentánea, ocasionada por dificultades matrimoniales."[44] Antonieta tal vez habría esbozado una sonrisa irónica.

Vasconcelos recoge la información y los buenos deseos de un amigo francés: "El Colegio de Canónigos mandó cerrar Notre Dame unas horas, mientras exorcizaban el templo que el suicidio profanaba. 'Esto, me explicó un amigo católico que empezó a visitarme, el señor Lefebre, no supone anatema del alma de la suicida. Usted sabe, un acto de contrición, a la hora de la muerte, basta; pero el exorcismo es ritual indispensable… Sirve para ahuyentar el espíritu maligno…'".[45]

El entierro se realizó el 16 de febrero "en el nuevo cementerio parisiense de Thiais, a unos 20 km de París, sobre la carretera a Fontainebleau […]. En 1936 caducó la concesión de su tumba y sus restos fueron trasladados a la fosa común".[46]

En las últimas páginas de su diario en París, Antonieta escribe: "Estoy segura de que él no volverá a sentirse ligado tan íntimamente como lo ha estado conmigo. […] No podrá olvidarme jamás: me llevará incrustada en su corazón hasta la hora de su muerte."[47]

"En el reino de la sombra", tituló Vasconcelos el relato de sus días en París después de la muerte de Antonieta, cuando se preguntaba "qué

[43] Rivas Mercado, *Correspondencia*, 2005, p. 390.
[44] Vasconcelos, *El proconsulado*, 1968, p. 397.
[45] *Ibid*., p. 402.
[46] Bradu, *Antonieta*, 1991, pp. 231, 236.
[47] Rivas Mercado, *Correspondencia*, 2005, p. 389.

valdría, sin ella, el regreso a la patria".[48] En esos cruces de la memoria a través del tiempo, aparece un recuerdo de Andrés Henestrosa, el joven escritor zapoteco a quien ella había cobijado en su casa de México,[49] pocos días antes de que ambos se lanzaran a la campaña de Vasconcelos. Mucho tiempo después, entrevistado por Beatriz Espejo (1983), Andrés recordaba un momento vivido con el escritor: "Pasados muchos años, estábamos reunidos. Un amigo sacó la guitarra para cantar esa tonada que dice: *Cuando tú te hayas ido, me envolverán las sombras.* Vasconcelos se puso a llorar."

Los versos de Rosario Sansores quedan resonando a modo de despedida de la prisionera de Notre Dame. Y este diario *no borrado*, que nos acerca la palabra de Antonieta, sin espejos ni mediaciones.

FUENTES CONSULTADAS

Bibliografía

Blair, Kathryn S., *A la sombra del ángel*, México, Planeta, 2018.

Bradu, Fabienne, *Antonieta (1900-1931)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

Cano, Gabriela, *Se llamaba Elena Arizmendi*, México, Tusquets, 2010.

Carballo, Emmanuel, *Ulises criollo cumple sesenta años*, México, IIFL-UNAM, 1998.

Castañón, Adolfo, "Cien años de Andrés Henestrosa. El hombre que dispersó su sombra", *Revista de la Universidad de México*, núm. 33, en <http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/ojs_rum/index.php/rum/article/view/2743>. [Consulta: 16 de febrero de 2020.]

Espejo, Beatriz, "El pueblo se habría levantado en armas contra Vasconcelos. Entrevista a Andrés Henestrosa", *Revista Punto*, México, 7 de marzo de 1983, p. 20.

Gay, Juan Pascual, "Antonieta Rivas Mercado en su Diario", *Revista Arrabal*, 2007, núm. 5, pp. 121-129, en <https://www.raco.cat/index.php/Arrabal/article/view/140515>. [Consulta: 28 de abril de 2019.]

Henestrosa, Andrés, *María Antonieta Rivas Mercado*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1999.

Historia general de México, México, El Colegio de México, 1977, vol. 4.

[48] Vasconcelos, *El proconsulado*, 1968, p. 398.

[49] Andrés Henestrosa (1906-2008) publicó en 1929 su primer libro, *Los hombres que dispersó la danza*, el cual fue financiado por Antonieta. Para la trayectoria de este autor, véase Castañón, "Cien años", 2006.

Luongo Morales, Gilda, *La escritura (in)completa de Antonieta Rivas Mercado*, en <http://www.bibliotecafragmentada.org/wp-content/uploads/2014/06/>. [Consulta: 28 de abril de 2019.]

Matamoro, Blas, *Genio y figura de Victoria Ocampo*, Buenos Aires, Eudeba, 1986.

Ocampo, Victoria, *Autobiografía*, Buenos Aires, Sur, 1979-1984, 6 vols.

Pacheco, José Emilio, *Inventario. Antología*, México, Era/UNAM/El Colegio Nacional, 2017, vol. 1.

_____, "Las palabras perdidas: las cartas de Antonieta Rivas Mercado" [artículo publicado en *Proceso*, México, 14 de septiembre de 1975] en José Emilio Pacheco, *Inventario. Antología*, Era/UNAM /El Colegio Nacional, 2017, vol. 1.

_____, "Vasconcelos; la prisionera de Notre Dame (I)" [artículo publicado en *Proceso*, México, 8 de marzo de 1982] en José Emilio Pacheco, *Inventario. Antología*, Era/UNAM /El Colegio Nacional, 2017, vol. 1.

_____, "Vasconcelos: la tumba sin sosiego (II)" [artículo publicado en *Proceso*, México, 15 de marzo de 1982] en José Emilio Pacheco, *Inventario. Antología*, Era/UNAM /El Colegio Nacional, 2017, vol. 1.

_____, "Vasconcelos: El Señor 'v'. Cuando emprendas el viaje rumbo a Itaca (III)" [artículo publicado en *Proceso*, México, 22 de marzo de 1982] en *Inventario. Antología*, México, Era-UNAM-El Colegio Nacional, 2017, vol. 1.

Rivas Mercado, Antonieta, *Correspondencia*, comp., preámbulo y notas de Fabienne Bradu, Xalapa, Universidad Veracruzana, 2005.

_____, *Diario de Burdeos*, edición crítica, México, UAEM/Siglo XXI, 2014.

Rodríguez Lozano, Manuel, "El pintor Abraham Ángel", *Revista Martin Fierro*, núm. 19, 18 de julio de 1925, Buenos Aires (de la ed. facsimilar).

_____, "Miguel Covarrubias", *Revista Martin Fierro*, núm. 21, 28 de agosto de 1925, Buenos Aires (de la ed. facsimilar).

Vasconcelos, José, *El desastre. Tercera parte de Ulises Criollo*, México, Jus, 1968, 7ª edición.

_____, *El proconsulado. Cuarta parte de Ulises Criollo*, México, Jus, 1968, 5ª edición.

_____, *La tormenta. Segunda parte de Ulises Criollo*, México, Jus, 1970, 10ª edición.

Zadik Lara, Jorge (comp.), *La polémica*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1984 (Cultura universitaria, 17).

MORO: TAN LEJOS DEL SURREALISMO, TAN CERCA DE MÉXICO

Carlos Estela-Vilela

César Moro vivió exiliado en una patria personal. Su condición de artista entregado incondicionalmente, ineludiblemente, a esta vocación lo condujo a la marginalidad. Por otro lado, el hecho de asumir su homosexualidad libremente le cobró el precio que puede imaginarse con facilidad a inicios del siglo XX en una sociedad en particular conservadora como su natal Lima. Esto no podría ser de otro modo, puesto que no se traicionó nunca. No sacrificó en ningún momento y por ninguna condición, ya fuera económica o social, sus ideales estéticos o su modo de vida. Incluso, como intentaremos demostrar en las líneas que siguen, su fervorosa filiación al movimiento surrealista –en el cual participó activamente durante sus años de vida en París–, que alcanzó por momentos cierto grado de devoción por algunos de sus miembros, no le impidió mantener una distancia radical cuando resultó necesario.

México sería fundamental en su labor. Allí vivió una década intensa, deslumbrante, sin dejar de ser dolorosa. Su más grande amor e inspirador de su poesía fue mexicano y el testimonio de esta conflictiva relación se encuentra en cartas y poemas. En este país que sintió cercano a su paradójico Perú, se abocó a una dedicada divulgación del surrealismo, pero también marcó una distancia tajante con él. Moro es un puente con Francia que opera desde México. Su dominio del francés, sus relaciones en el seno del grupo surrealista y su propio recorrido en él –que lo llevan a organizar la Exposición Internacional Surrealista– son prueba de su intensa actividad de artista y gestor y este vínculo explica su presencia en este libro. Se justifica además en que México le permitió reconocer el inmenso potencial vivo de la tradición precolombina que descubre se-

mejante a la de su país de origen, así como tomar ciertas distancias del proyecto surrealista francés. Todo esto, sumado a diversas circunstancias amorosas, intelectuales, económicas que encontró, permitió que su obra alcanzara la madurez –la gran mayoría producida en francés–, una que es imprescindible revisitar y permanece casi intacta, como el ajuar fúnebre de algún señor inca esperando iluminarnos nuevamente.

UNA VIDA ESCANDALOSA

El otro gran César de la poesía peruana, Moro, nació en Lima en agosto de 1903, hijo de un médico que murió cuando él era todavía muy joven y de una madre ultracatólica, quien lo sobrevivió. Nació como Alfredo Quíspez Asín, bajo el signo incurable de la poesía, en el seno de un hogar pequeñoburgués de la capital peruana, a la que bautizaría con el sugerente epíteto de "la horrible".

Cuando, a instancias de la madre, consiguió del gobierno de Augusto Leguía una beca para trasladarse a París, tenía en mente desarrollarse como pintor y bailarín. Así lo atestigua la preciada correspondencia que conforma la principal fuente para reconstruir su biografía ante la escasez de testimonios o diarios, el transcurrir de sus años, pero, sobre todo, frente a una suerte de extraña voluntad para entregarse al olvido por parte del propio artista.

En lo que tiene que ver con las artes plásticas, Moro ya había ilustrado las carátulas de algunos libros antes de salir de Perú en 1925. El mismo año en que expuso en el Cabinet Maldoror en Bruselas, 1926, enferma de pleuresía y abandona sus clases de danza; se dice que trabajó posteriormente impartiendo clases de baile. El año siguiente, junto con Jaime A. Colson, expuso sus obras en la asociación Paris-Amérique Latine. Se piensa que sus dificultosas circunstancias económicas tuvieron que ver con la escasez de obras correspondientes a esta época.

Quizá sus últimos años en Lima, luego de un fulgurante pago de sangre mexicano, se resuman en el amargo martirio autoinfligido que fue soportar, a viva piel, la sorna adolescente de los cadetes de la escuela militar Leoncio Prado contra su homosexual profesor-poeta de francés, contra sus excéntricas gálicas maneras.

MORO EN EL SURREALISMO Y POR EL SURREALISMO

Hacia 1928, en París, se vinculó con André Breton y las principales figuras del movimiento surrealista (Paul Éluard, Benjamin Péret). Se trata de los años dorados del grupo. En 1933 ya participa en un texto anexado en letras rojas al libro colectivo *La mobilisation contre la guerre n'est pas la paix*, en el que denuncia los actos crueles del dictador peruano Luis Miguel Sánchez Cerro, en su poema "Renommée de l'amour", en el número cinco de *Le surréalisme au service de la révolution*, y en la *plaquette* en honor a la parricida Violette Nozières. Ese mismo año regresó a Perú atendiendo a las súplicas de su madre, quien le apartó el pasaje en un buque que zarpó de Londres, luego de su estadía de alrededor de un mes, misma que está detrás del apelativo *Lord Moro* que empleó en algunas cartas y el nombre de su tercer conjunto: *Trafalgar Square*.

Volver al Perú esta primera vez significó encontrar a Emilio Adolfo Westphalen, con quien llevó adelante varios proyectos de difusión del surrealismo en Sudamérica: la organización que se conoce como primera exposición surrealista latinoamericana en la Sala Alcedo (1935), en cuyo catálogo inserta un texto contra el poeta chileno Vicente Huidobro, con quien tendría un virulento intercambio a través de libelos recalcitrantes (*V. H. o El obispo embotellado*). Ambos, Westphalen y Moro, junto con el también poeta Manuel Moreno Jimeno, publican en 1937 cuatro números del boletín del Comité de Amigos de los Defensores de la República Española, motivo por el que el primero estuvo encarcelado poco más de un mes. Con él también publicó el único número de *El uso de la palabra* (1939). Westphalen fue uno de los amigos más queridos de Moro, con quien mantuvo una intensa y, aunque poco conocida, reveladora correspondencia, gracias a la cual se pueden reconstruir sus años en México, país al que se trasladó a inicios de 1938 debido, probablemente, a la persecución política del gobierno de Óscar Benavides alineado con Francisco Franco.

ENVUELTO EN SOMBRA YAZGO SOBRE UN LECHO DE LUMBRE

Moro escribió la mayor parte de su obra en francés. En vida publicó únicamente *Le château de grisou* en 1943, el folleto *Lettre d'Amour* en 1944 –ambos

en México– y *Trafalgar Square* en 1954, en Lima, dos años antes de morir. Todos ellos libros de poesía. Luego de tres años en París, en 1928 decidió adoptar esta lengua para su trabajo poético. Más tarde, en México y hasta sus últimos días en Perú, se comunicaba por correspondencia y oralmente en la lengua de su adorado Marcel Proust.

Sus lectores hispanohablantes, verdaderos apasionados por el hermetismo que puede conllevar su estética surrealista, están obligados a leer traducciones en las que los juegos de palabras, la morfología dinamitada adrede por la irreverencia del poeta que se apropia de una lengua segunda, son traicionados. Por su parte, los pocos lectores francófonos atraídos por la rareza que puede envolver a un surrealista sudamericano –enrolado en las meras filas del movimiento– deben esperar condiciones verdaderamente particulares para tener acceso a su obra. Hasta hace algunos años podía encontrarse en París *Amour à mort et autres poèmes*, editado a principios de los noventa por la recién extinta fantástica Éditions de la Différence.

Aquellos que se fascinaron incendiados entre las páginas fotocopiadas de la edición del Instituto Nacional de Cultura [de Perú] preparada por Ricardo Silva agradecemos esta publicación puesto que las primeras ediciones de la obra de Moro son inhallables. Se trataba de tirajes que, en el mejor de los casos, no solían exceder las dos o tres centenas, autoeditados, distribuidos al antojo del poeta, y que hacen que este libro de 1980 sea un hito en lo que a la difusión de su obra se refiere. El otro intento de semejante envergadura es la edición de la *Obra Poética Completa* de la colección Archivos,[1] la cual demoró –como si se tratase de un conjuro– varios lustros para ver la luz en 2015 y permitir a los ávidos seguidores acceder a "la totalidad quizá imperfecta [de la obra], pero que tiene el mérito de ser la más exhaustiva y coherente",[2] que ya ha propiciado algunas traducciones difundidas precisamente en México.[3]

La construcción del "poeta" tuvo como piedra de toque la elección de otra lengua. Sin embargo, se realiza asimismo sobre la identidad de «César Moro», que adoptó desde los 20 años, antes de partir la primera vez de Lima, y que formalizó ante la ley –tal como se lee en la anotación en su acta de nacimiento– en marzo de 1950.

[1] Moro, *Obra poética*, 2015.
[2] Lefort, "Introducción", p. XL.
[3] Moro, *Praderas temporarias*, 2017.

Reemplazó el nombre que era "una tortura", según una carta a su hermano Carlos instalado en Madrid para cursar estudios en bellas artes. El nuevo nombre, prestado a un personaje de Ramón Gómez de la Serna, le resulta más "eufónico". No podemos conocer sus razones, tampoco es necesario. Lo que resulta evidente es la insistencia por instaurar una nueva identidad, dejando el país natal, abandonando la lengua materna, cambiando de nombre. Moro, con la lucidez y decisión que lo caracterizaron, llevó a cabo su plan.

Durante el fuerte intercambio sostenido con Huidobro, una pura delicia contestataria surrealista, el poeta chileno pensó atacarlo llamándolo "piojo homosexual". Un comentario de este calibre –del tipo que, tristemente, podemos escuchar actualmente– debe haber sido algo común a principios del siglo pasado, en particular en una ciudad como Lima que cobijaba una sociedad pacata, "un páramo, [en] que lo cursi, lo mediocre, lo falso imperan sin recurso".[4]

Este contexto fue adverso no sólo en lo que respecta a la libertad sexual del joven poeta. La exploración estética, ideológica, de Moro se hallaba también coaccionada en la capital limeña generando un sentimiento ambivalente de atracción y rechazo. Allí estaba la madre que con seguridad intervino en el primer retorno y a la que –hay indicios para ello en la correspondencia– el hijo deseaba acompañar en su vejez. Por otro lado, también había este ambiente de intolerancia, "donde todo se cierra, donde todo adquiere, más y más, un color de iglesia al crepúsculo" y al que el artista no podía abstenerse de atacar, tal como queda explícito en cartas o en las prosas de *Los anteojos de azufre*.

Menudo esfuerzo para hacerse olvidar.

MÉXICO EN LAS ENTRAÑAS

"... ahora vive entre nosotros una personal existencia, de voluntario inadaptado"[5] dice en su nota sobre la aparición de *Le château de grisou*, Xavier Villurrutia, quien probablemente haya sido presentado a Moro por Agustín Lazo, a quien conociera en la estancia parisina y quien intercediese con

[4] César Moro a Emilio Adolfo Westphalen, 30 de marzo de 1948, en *Testimonios* [dossier digital en el CD que acompaña a Moro, *Obra poética completa*, p. 233]. Esta correspondencia es reproducida de *Exposición: César Moro pintor (Lima, México, París)*, Lima, 1989.

[5] Moro, "Le château de grisou", *El Hijo Pródigo*, México, 7 de octubre de 1943. Estela y Padilla, *Amour à Moro*, 2003, p. 13.

las autoridades para facilitar su ingreso al país. Ambos se convertirían en entrañables amistades del peruano. Otros cercanos fueron Leonora Carrington, Alice Rahon, Remedios Varo, Benjamin Péret, Wolfgang Paalen, Luis Cardoza y Aragón, Elías Nandino y Octavio Paz.

Rafael Vargas, quien ha escrito varias veces sobre la década mexicana de Moro, se sorprende de que este tránsito no quedara registrado más que en algunas menciones esporádicas, reseñas, algunas "fotografías que sobreviven como para contradecir tal olvido". Imagina que, quizá, se le habría recordado mejor de haber conseguido publicarse en México *La tortuga ecuestre* –lugar donde fue concebido este único libro en castellano. Del mismo modo escribió en ese país norteamericano *Pierre des soleils* y los dos primeros libros que publicase: *Le château de grisou* y *Lettre d'amour*. Se trata de conjuntos de madurez en los que se percibe la digestión de la escritura automática y en los que la volcánica libertad expresiva encuentra un equilibrio luminoso.

Esta etapa fue prolífica no sólo en cuanto a poesía. Su participación en revistas como *Poesía*, *Letras de México*, *Revista de Guatemala*, *Dyn*, *El Hijo Pródigo* (dirigida por Villaurrutia), aportando, además de poemas, reseñas, traducciones y manifiestos es intensa. No deja de contribuir también a *Las Moradas* de Westphalen en Lima. Todo esto sorprende puesto que, paralelamente, tuvo que ganarse la vida en diversos trabajos menores. Cuenta Cardoza que trabajó en la boletería del teatro del palacio de Bellas Artes, por citar un ejemplo. Apenas llegado y advertido de la visita de Breton –que desembarcó sólo poco más de un mes después– se lanzó a preparar traducciones y antologías de textos surrealistas para *Letras de México* y *Poesía.*

Del encuentro con el líder del surrealismo nació la idea de la Exposición Internacional del Surrealismo, que coorganiza con Wolfgang Paalen y se inaugura en enero de 1940. Luego de la partida de Bretón, sólo Moro trató de mantener viva la llama surrealista en la prensa cultural mexicana. Si bien, por un lado, la organización fue accidentada (una serie de motivos, como la división de los artistas locales y extranjeros o la censura del texto del catálogo) y, por otro, el evento no tuvo la recepción crítica esperada –de hecho, Luis Cardoza y Aragón, amigo de Moro la criticó ácidamente– se trató de un hito pictórico y social sin precedentes logrando revelar, como menciona Luis Mario Schneider "un arte mexicano alejado del compromiso nacionalista, de la pintura con temática didáctico-revolucionaria, y de la supeditación a una historia mexicana construida a base de estereotipos".[6]

[6] Schneider, *México y el surrealismo*, 1978, p. 170.

Lo cierto es que México es más intenso para Moro debido al encuentro amoroso que sostuvo con el soldado Antonio Acosta Martínez, con quien vivió una desgarradora historia de amor, producto de la cual existen *Lettre d'amour*, *La tortuga ecuestre* y una serie de maravillosas cartas que nos obligan a repensar los límites entre el género epistolar y el literario. Moro fue capaz de regresar al castellano para enviar su mensaje al rudo amante intermitente que era Antonio. Asimismo, en paralelo, se desplegó la correspondencia en francés con Westphalen y a la que es conveniente remitirse como documento histórico tanto como objeto literario.

Los investigadores han prestado ya atención a las relaciones que se establecen entre estos diversos textos, a la transposición de los diversos sujetos que enuncian, la construcción del tono, en el estilo de Moro, cuya fuente era esta tragedia amorosa, cuya estrategia fue hacer presente al amante transfigurado en dios creador precolombino ausente –tan ausente como ese pasado– a través de las palabras.[7]

MORO CONTRA EL SURREALISMO

Queda aún, seguramente, mucho que reflexionar respecto del papel de la mujer en el arte y, precisamente, en el surrealismo, a la luz de orientaciones más contemporáneas –más sensatas. Cuando se alude a Breton como "Papa" del movimiento es irresistible asociarlo con el concepto de *patriarcado*. Fue un empecinado defensor de las jerarquías, las excomuniones al seno de un grupo eminentemente masculino, para el que la figura femenina pareció ser –la mayoría de las veces– una herramienta para ofender la moral burguesa, asociada con una suerte de eterno femenino y pocas veces proponiendo una emancipación real en lo práctico. Sin embargo, como anota Xavière Gauthier en *Surréalisme et Sexualité*, la revolución del deseo en los surrealistas no derribó el eros burgués. Es evidente que ella también está atraída por el asunto que nos interesa: la relación con la homosexualidad.

La homofobia de Breton es bien conocida. Uno de sus comentarios más célebres en este sentido, y que resume su punto de vista de manera rotunda, se produce durante las sesiones de las "Recherches sur la sexualité", reproducidas en 1928 en el número once de *La Révolution Surréaliste*:

[7] Helena Usandizaga, "Saber y violencia en los ensayos de César Moro". Estela y Padilla, *Amour à Moro*, 2003, pp. 120-128.

"Acuso –dice Breton– a los pederastas de proponer a la tolerancia humana un déficit mental y moral que tiende a erigirse como un sistema y paralizar todas las empresas que respeto."

André Masson, ilustrador de varias publicaciones surrealistas, en 1957, durante una entrevista para la Radiodiffusion-Télévision Français (RTF), al tocar las razones de su alejamiento, comentó sobre esta incoherencia y que le resultaba "extraño pensar que un hombre que vinculaba su nombre a una empresa de subversión total, como él decía, haya podido, a pesar de ello, cobijar prejuicios como los prejuicios sexuales".

El detalle acerca del trato que recibieron en el seno del grupo surrealista aquellos artistas con orientaciones homosexuales es parcialmente conocido. En lo que concierne a Moro, no puede asegurarse que esta aversión de Breton tuviera que ver con su distanciamiento. De hecho, aunque Moro resaltó los errores del fundador del movimiento, siempre reconoció el impacto positivo que tuvo en él. Las razones del alejamiento no resultaron de este detalle que revela una lógica incongruente, una falta de "rigor" e incluso una pérdida de "lucidez" con las que él estaba en desacuerdo total.

Para 1944, cuando escribe su crítica –no publicada– sobre el cuarto número de *VVV*, la revista de los surrealistas exiliados en Estados Unidos, ya había manifestado su recelo sobre las proximidades que permitiera Breton, específicamente en relación con Diego Rivera, a quien llamó "el fresco de los pintores" e identificaba desde que se cruzara con él en París. Sin embargo, es en esta nota en la que solicitaba con urgencia el "sicoanálisis de los líderes", orientándolos a solucionar sus conflictos individuales antes de intentar remediar los colectivos.

Todas estas críticas reaparecieron un año después, a mediados de septiembre de 1945, en la reseña sobre *Arcane 17* publicada en *El hijo pródigo*, publicación periódica cultural mexicana,[8] en la que retoma fragmentos enteros del texto mencionado anteriormente, en el que Breton preconiza el amor heterosexual como norma, pretensión que Moro rechazaba porque, aunque bella resultaba oscurantista. Esta reacción debe haber tenido alguna influencia en las consideraciones del francés sobre el surrealista peruano. En una nota a *Souvenir du Mexique* sobre Moro, incluida en las *Obras completas* de Breton (*Bibliothèque de La pléiade* de Gallimard), se menciona que el distanciamiento se dio a partir de esta crítica.

[8] *El Hijo Pródigo*. Estela y Padilla, *Amour à Moro*, 2003, pp. 204-206.

André Coyné también considera este año como determinante. Muy probablemente tomando en cuenta este mismo suceso, propone distinguir la trayectoria de Moro a partir de 1944, momento en que se daría no una ruptura sino una "introversión", una versión hacia adentro –dice–, hacia "soluciones individuales" más que "colectivas".[9] En otras palabras, Moro sigue el dictado de su propia consciencia y exploración personal, alejados del dogma al que Breton estaba conduciendo al surrealismo.

Las reflexiones de Moro entran en clara sintonía con el proyecto que animaba al grupo que el pintor-filósofo austríaco Wolfgang Paalen impulsara detrás de la revista *Dyn*, producida en México, pero orientada al público estadunidense, dado que la gran mayoría de los textos allí divulgados estaban escritos o habían sido traducidos al inglés. Además de publicar algunos poemas en francés, Moro firmó –junto con John Dawson, Alice Rahon, Eva Sulzer y Paalen– el manifiesto "Suggestion for an objective morality",[10] aparecido en el primer número en 1942, el cual contiene a la vez "Farewell au Surréalisme". Ambos textos marcan uno de los horizontes de estos llamados "surrealistas disidentes" desvinculados de la política, ajenos a los "ismos", que perseguían una manera "objetiva" de actualizar el papel del arte en la vida social frente al "recurrente error [surrealista] de poetizar la realidad", la sexualidad o el arte "primitivo". [11] El título del segundo texto es bastante explícito; otros textos en la fugaz vida de esta revista son igualmente punzantes.

EL PASAJE PROFÉTICO DEL AVE DE LEYENDA

Otro punto de distancia con Breton es la idea del arte precolombino en relación con el surrealismo. En diciembre de 1943, año en que aparece *Lettre d' Amour* bajo el sello *Dyn*, Paalen entrega a imprenta el número 4-5, conocido como el "número amerindio", que casi finaliza con "Coricancha. The golden quarter of the city", texto de Moro acompañado con fotografías de Martín Chambi.[12] Paalen, a través de *Dyn*, propone un acercamiento a la superficial, poetizante visión surrealista sobre el arte indígena a partir

[9] André Coyné, "Presentación a *Los anteojos de azufre*". *Ibid*., p. 164.

[10] Se incluye a Charles Givors, un seudónimo del artista austríaco.

[11] Garza Usabiaga, "Anthropology in the journals", 2012. p. 96.

[12] Este texto comparte varios fragmentos de otro titulado *Biografía peruana*; según Silva-Santisteban, escrito en 1940.

de investigaciones serias (incluye textos de Miguel Covarrubias o Alfonso Caso), buscando además legitimar el arte amerindio en el contexto surrealista, integrarlo en "la conciencia del arte moderno".

Es tarea pendiente aún la de profundizar en el pensamiento de Moro sobre el arte precolombino. Ciertamente, Helena Uzandizaga ha trazado ya un sugerente bosquejo al respecto. "Coricancha" es un bello y vibrante punto de partida en ese sentido. A partir de este texto surgen diversas interrogantes de Moro acerca del origen del saber arqueológico y cosmogónico, su relación con este pasado fulgurante, fracturado por el tiempo, del que sus contemporáneos se encontraban distanciados, la manifestación de su rechazo a la folclorización y el uso criollo de los tópicos indígenas. Convendría dedicarse también a poner en relación esta mirada moreana, por ejemplo, con la de otro artista multimedia como Jorge Eduardo Eielson, apasionado por la América milenaria, e incluso, un acercamiento a la luz del pensamiento de José Carlos Mariátegui o José María Arguedas, quienes producirían, estamos seguros, interesantes revelaciones. Esto porque las preguntas que se hacía nuestro poeta merecen ser retomadas.

En los textos en los que aborda tal cuestión, Moro hace transparente su inquietud sobre la supervivencia de este legado: "Me pregunto angustiado si tantos tesoros animistas van a perderse o están ya perdidos irremediablemente." Y es que considera que los hombres y mujeres actuales se revelaban sordos y ciegos ante ellos, una "fuerza desaparecida" que les resultaba "extranjera" a su alienado mundo moderno. Aunque no para "los poetas exiliados", como él, que la reclamaban suya avisados no sólo del valor arqueológico o artístico, sino viéndola como "percepción estética extrema" y sagrada en la que pueden integrarse a través del arte.[13]

A diferencia de Breton, tanto Paalen como Moro pensaban que era posible, pero también necesario actualizar el arte precolombino en el seno del contemporáneo. Esta misión urgente podía ser acometida desde las letras y no necesariamente surrealistas. En una carta de 1948, agradeciendo a Villaurrutia el envío de *Canto a la primavera y otros poemas*, escribe: "¿No es justo que tu libro, planta que se posa en la sombra, ejemplo de juventud madura, de dominio de los demonios nos llegue desde el país en que sangre

[13] Helena Usandizaga, "Saber y violencia en los ensayos de César Moro". Estela y Padilla, *Amour à Moro*, 2003, p. 128.

y cielo, delirio y contemplación, terror y mano que no tiembla guiaron el arte milenario de mi México entrañable?"[14]

México es para Moro una fuente de "cordura", la sedimentación de las múltiples experiencias vitales y culturales tan diversas de las que el país y la sociedad fueron testigos (en la misma carta refiere las civilizaciones precolombinas, la conquista, la invasión francesa, la revolución mexicana). El contexto particular que vivió lo hizo concebir a este país de adopción, del que "aprendemos y aprehendemos nuestro apasionado y difícil equilibrio lento", y que comparte con la patria original aquella herencia fulgurante. Si bien tal vez percibe su evolución como más propicia. En otra declaratoria de amor a México, "Breve comentario bajo el cielo de México", insiste: "México mejor, probablemente, que otros países latinoamericanos ha sabido, al mismo tiempo que asimilaba, conservar sus fuerzas tradicionales prehispánicas, coloniales y ahora efectúa su elaboración llena de aliento hacia la realidad y el porvenir, vale decir enteramente actual."[15]

Sin duda, el documento más accesible en el que propone esta urgente reconciliación es la introducción al catálogo de la Exposición Internacional Surrealista:

> Por primera vez en México, desde siglos, asistimos a la combustión del cielo, mil signos se confunden y se distinguen en la conjunción de constelaciones que reanudan la brillante noche precolombina. La noche purísima del Nuevo Continente en que grandiosas fuerzas de sueño entrechocaban las formidables mandíbulas de la civilización en México y de la civilización en el Perú. Países que guardan, a pesar de la invasión de los bárbaros españoles [este fragmento fue censurado por Inés Amor] y de las secuelas que aún persisten, millares de puntos luminosos que deben sumarse bien pronto a la línea de fuego del surrealismo internacional.[16]

PATRIA LLAMADA "EXILIO"

¿Puede el exilio ser voluntario? En Moro, parece ser una condición muy prematura, coherente: renuncia a su lengua, su nombre, consecuentemente,

[14] Estela y Padilla, *Amour à Moro*, 2003. p. 249.
[15] *Ibid*., p. 239.
[16] *Ibid*., pp. 187-188.

a su patria. Para Ferrari, se trata de un "extranjero nato",[17] Ades retiene una frase epistolar: "Nosotros que no tenemos ni iglesia ni país."[18]

¿Qué es una nación sino una comunidad que uno imagina?[19] Aquella que se construyó Moro atravesaba París, México, Lima, buscaba proyectarse miles de años atrás para crear un presente sensato, consecuente. En esta idea su propia identidad se diluía entre las sombras que prefirió a cualquier vitrina mundana y vociferante, ocultándose bajo el polvo, el mismo que cubre los restos de Pachacamac o Narihualá.

Y qué mejor que hablar su exilio que a través del género de la correspondencia, una construcción propia que se anuncia tempranamente, en 1925, en aquel "primer poema escrito en Europa" y otros textos redactados en Arcachon y dirigidas a un destinatario inclasificable, en ese intento desesperado de crear al interlocutor ("Contéstame. Alo? Hasta luego", termina otro escrito desde la costa sudoeste de Francia[20]), cartas que evolucionan cuestionándose visceralmente los límites entre vida y literatura, correspondencia poética que nos toca desenterrar todavía documental y estéticamente.

Y el México indeleble… el del aprendizaje del equilibrio sobre una cuerda, el de la amistad fraterna, de los dioses celestes y tutelares, del amor herido… En una entrevista recopilada en *Los anteojos de azufre* leemos su adiós sin despedida: "el recuerdo de México será una experiencia tan adherida a mi vida futura que toda ella estará condicionada por este recuerdo que nunca dejará de ser actual. No quisiera irme jamás de México. México es entrañable. […] voy de nuevo a lo desconocido."

FUENTES CONSULTADAS

Bibliografía

Ades, Dawn, "We who have neither church nor country. César Moro and Surrealism" en Dawn Ades, Rita Eder y Graciela Speranza, *Surrealism in Latin America*: *Vivísimo muerto*, Los Ángeles, Getty Institute, 2012, pp. 15-40.

Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

[17] Ferrari, "César Moro", 2003, p. 238.
[18] Ades, "We who have", 2012.
[19] Anderson, *Comunidades imaginadas*, 1993.
[20] "Querido gracias" en Moro, *Obra poética*, 2015. p. 128.

Estela, Carlos y José I. Padilla, *Amour à Moro. Homenaje a César Moro*, Lima, Signo Lotófago, 2003.

Ferrari, Américo, "César Moro y su obra poética" en *La soledad sonora: voces poéticas del Perú e Hispanoamérica*, Lima, Fondo Editorial de la PUCP, 2003, pp. 229-238.

Garza Usabiaga, Daniel, "Anthropology in the journals *Dyn* and *El Hijo Pródigo*. A comparative analysis of surrealist inspiration" en Dawn Ades, Rita Eder y Graciela Speranza, *Surrealism in Latin America*: *Vivísimo muerto*, Los Ángeles, Getty Institute, 2012, pp. 95- 110.

Gauthier, Xavière, *Surréalisme et sexualité*, París, Gallimard, 1971.

Lefort, Daniel, "Introducción de los coordinadores" en César Moro, *Obra poética completa*, Córdoba, Argentina, Alción Editora, 2015, pp. XXIX-XLVIII

Moro, César, *Obra poética completa*, Córdoba, Argentina, Alción Editora, 2015.

———————, *Praderas temporarias / Prairies temporaires*, Reynaldo Jiménez (sel., trad. y posfacio), Ciudad de México, Libros Magenta/Dirección General de Publicaciones de la Secretaría de Cultura, 2017.

Schneider, Luis Mario, *México y el surrealismo (1925-1950)*, México, Arte y libros, 1978.

ALEMANIA Y FRANCIA ANTE LOS OJOS DE PLUTARCO ELÍAS CALLES

Itzel Toledo García

Antes de ejercer el cargo como presidente, el general Plutarco Elías Calles tenía pensado visitar Estados Unidos y países europeos, entre ellos Francia, Alemania, Italia, España, los Países Bajos y Bélgica, con los cuales México tenía relaciones diplomáticas estables. En cambio, se negó a visitar Gran Bretaña dado el punto muerto en el que se encontraban sus relaciones con México.[1] Después de pasar por Estados Unidos, del 28 de julio al 9 de agosto, y cruzar el Atlántico, estuvo en Alemania, del 19 de agosto al 3 de octubre, y después en París, del 4 al 18 de octubre. Regresó a territorio estadunidense el 25 de octubre, visitó Nueva York y Washington de manera oficial, volviendo a México por el puerto de Tampico el 9 de noviembre de 1924.[2]

La visita de Calles a Estados Unidos, Alemania y Francia de finales de julio a principios de noviembre de 1924 ha sido estudiada por Georgette José Valenzuela, quien analizó su estancia en el extranjero en conexión

[1] El gobierno británico se negó a reconocer *de jure* a los gobiernos de Venustiano Carranza (1917-1920) y Álvaro Obregón (1920-1924). La legación británica en la ciudad de México quedó en manos de Cunnard Cummins como encargado de los archivos y fue él quien tenía el contacto con el gobierno mexicano. La administración obregonista decidió expulsarlo por sus exigencias ante Aarón Sáenz, secretario de Relaciones Exteriores, respecto a frenar la violencia en el país en el contexto de la rebelión delahuertista. En junio de 1924 Cummins salió de México y tuvo lugar un *impasse* diplomático, el cual se resolvió con el otorgamiento del reconocimiento diplomático por parte del gobierno británico a Plutarco Elías Calles, en agosto de 1925. Véase Cunnard Cummins a Aarón Sáenz, ciudad de México, 31 de diciembre de 1923, en Archivo Plutarco Elías Calles (en adelante APEC), exp. 10: Saenz, Aarón, leg. 1/6, inv. 5210, f. 20; Secretaría de Relaciones Exteriores, "Circular telegráfica enviada a nuestros representantes en el extranjero", ciudad de México, 14 de junio de 1924, en APEC, exp. 62: Schoenfeld, H. F. Arthur, leg. 1, inv. 5349, ff. 27-30; Meyer, *Su majestad británica*, 1991, pp. 358-360.

[2] José Valenzuela, "El viaje", 1995, pp. 193-199.

con las relaciones diplomáticas de México con Estados Unidos y con la campaña presidencial de aquel año. Por su parte, Mauricio Ortiz ha examinado el viaje en Francia considerando el México que Calles gobernaría los siguientes cuatro años y Jürgen Buchenau se ha enfocado en la estancia en Alemania, en relación con la importancia de aquel país como modelo para él a lo largo de su carrera política. Los ensayos de estos dos últimos autores contienen material fotográfico y documentos de archivo de dicho viaje, pertenecientes al Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca.[3] José Valenzuela, Ortiz y Buchenau han señalado que el viaje tenía varios objetivos, desde explicar los motivos que llevaron a la revolución mexicana como el de asegurar la paz existente en el país –sobre todo después de la rebelión delahuertista–, y recalcar las buenas relaciones bilaterales de México con estos países. Asimismo, Calles estudiaría las condiciones sociales, los programas y las reformas en materia laboral, agrícola y educativa que podrían ser útiles ejemplos para su periodo presidencial de diciembre de 1924 a noviembre de 1928. Aprovechó además su estancia para lidiar con un problema de salud: "sufría de una dolencia reumática contraída durante el sitio de Naco, Sonora, en el invierno de 1915, y de la cual recayó durante la campaña electoral".[4]

José Manuel Puig Casauranc organizó las actividades públicas en Europa, en las que Calles visitó museos, monumentos, centros de investigación científica, hospitales y puertos; aunado a ello tuvo reuniones con importantes figuras públicas de los sectores político, económico, académico y obrero, y estuvo en contacto con la prensa. Estos encuentros permitieron su presencia y la del proyecto revolucionario mexicano en la prensa alemana y francesa, que llamaron a continuar estrechando los lazos diplomáticos, económicos y culturales. A su vez, los periódicos mexicanos hicieron un seguimiento de su estancia en Alemania y Francia y se plantearon ideas de lo alemán y lo francés.

El objetivo de este capítulo es justamente analizar la forma en que el viaje de Calles permite entender la construcción de lo alemán y lo francés en la prensa mexicana, francesa y alemana. Ello implica revisar la percepción del político mexicano sobre el carácter nacional y el ejercicio de la modernidad a través de métodos novedosos en hospitales, puertos, museos,

[3] *Ibid*., pp. 191-210, Ortiz, "Un mexicano", 1997, pp. 1-32, y Buchenau, "Plutarco Elías Calles", 2006, pp. 1-32.

[4] Buchenau, "Plutarco Elías Calles", 2006, p. 7.

escuelas, etc. Tal percepción quedó reflejada en los discursos oficiales en banquetes y ceremonias, así como en las entrevistas que dio a los periódicos en ambos países. A su vez, la visita de Calles permite ver la forma en que la prensa en México, Alemania y Francia construyó el significado de lo mexicano respecto a lo alemán y lo francés. Para Calles, lo que se realizaba en estos países europeos estaba en conversación con el proyecto revolucionario mexicano.

A continuación, se presenta una breve revisión panorámica de las relaciones bilaterales México-Alemania y México-Francia durante el gobierno de Álvaro Obregón para después analizar la estancia de Calles en Alemania y Francia, en la que se irá viendo cómo Calles habló de los pueblos alemán y francés en relación con el mexicano, y cómo la prensa describió a México, Alemania y Francia. Este texto se cerrará con una sección de conclusiones donde se comparará la mirada de Calles sobre lo alemán y su mirada sobre lo francés.

LAS RELACIONES BILATERALES MÉXICO-ALEMANIA Y MÉXICO-FRANCIA (1920-1924)

El fin de los conflictos armados de la revolución mexicana y la primera guerra mundial implicaron una reconfiguración interna en México, Alemania y Francia. Igualmente, el periodo de entreguerras tuvo como consecuencia una redefinición de las relaciones internacionales de los tres países, ante el auge de Estados Unidos como una potencia mundial y el peligro que suponía la revolución rusa para la estabilidad europea y mundial.

El triunfo de la rebelión de Agua Prieta contra el presidente Venustiano Carranza y su asesinato el 21 de mayo de 1920, llevaron a que se volviera necesario para el nuevo grupo en el poder, los sonorenses, asegurar las relaciones del país con el exterior, pues según la práctica internacional del momento, la llegada de un nuevo grupo al poder después de una rebelión debía ser reconocido por la sociedad internacional. Para Adolfo de la Huerta, como presidente provisional de mayo a noviembre de 1920, no resultaba posible obtener el reconocimiento, pero sí lo era para Obregón, presidente constitucional de diciembre de 1920 a noviembre de 1924. Así, uno de los principales retos para su administración fue obtener el reconocimiento diplomático y asegurar lazos estables.

En el caso de Alemania, el ministro plenipotenciario y enviado extraordinario, el conde Adolf von Montgelas, explicó a la secretaría de Relaciones Exteriores que su gobierno había decidido que no podía ser el primero en reconocer a México y prefería esperar a que Estados Unidos lo hiciera para evitar tensiones. Sin embargo, una vez que España e Italia reconocieron a Obregón, Alemania decidió hacer lo mismo en agosto de 1921, justo días antes de que tuvieran lugar las celebraciones del centenario de la culminación de la independencia de México.

En el caso de Francia, el reconocimiento a Obregón se otorgó en septiembre de 1923. En marzo de 1921, el gobierno obregonista consideró que esto había sucedido tras recibir una carta del presidente francés, Alexandre Millerand, en la que señalaba que estaba enterado de la posición que Obregón ahora ejercía a cargo del ejecutivo. El encargado de negocios francés en la capital mexicana, Victor Ayguesparsse, no aclaró que no se trataba de un reconocimiento *per se*, sino que dejó que el gobierno mexicano lo interpretara de este modo para evitar tensiones. En los siguientes meses, el gobierno francés condicionaría el reconocimiento *de jure* a que Obregón se comprometiera a proteger la vida y propiedad de los ciudadanos franceses y a pagar la deuda. Ahora bien, la firma del acuerdo De la Huerta-Lamont, en junio de 1922, no llevó al reconocimiento, el cual solamente se otorgó una vez que el gobierno de Washington reconoció a Obregón. El 3 de septiembre de 1923 Jules Blondel, el encargado de negocios francés, avisó que su gobierno reconocía a Obregón y pidió autorización para que se enviara un ministro plenipotenciario y enviado extraordinario a México: Jean Périer.[5]

Mientras Obregón obtenía el reconocimiento oficial, Alemania y Francia intentaban asegurar simpatías en México hacia su país. Por un lado, el gobierno alemán aplaudió el establecimiento de la Agencia Duems por el colono alemán Carl Düms en la ciudad de México, en mayo de 1920, la cual, a partir de 1921 y hasta su cierre en 1932, tuvo la exclusividad en las relaciones de prensa entre los dos países y se encargaría de mejorar los lazos en este ámbito.[6] Por otro lado, la diplomacia francesa vio con recelo la neutralidad de la prensa mexicana frente al conflicto del Ruhr; por ejemplo, en un periódico como *El Universal*, que durante la primera guerra mundial había sido profrancés y, en 1923, publicó tanto una edición especial celebrando la revo-

[5] Toledo, "The dilemma of revolution", 2017, pp. 113-133.
[6] Rinke, "*Der letzte freie Kontinent*", 1996, p. 497.

lución francesa como otra festejando a la República de Weimar.[7] Asimismo, la Secretaría de Hacienda envió "gruesas sumas para la alimentación de los niños en los territorios ocupados por los franceses", ayuda que se complementó con cantidades reunidas por la juventud y las iglesias en México que "habían organizado colectas para aliviar la miseria en Alemania".[8]

El otorgamiento del reconocimiento diplomático *de jure* de los gobiernos alemán y francés a Obregón implicó una estabilidad en las relaciones diplomáticas bilaterales. Esta estabilidad permaneció aun durante la rebelión delahuertista, si bien cabe mencionar que esta sí provocó tensiones pues compañías alemanas vendieron armas a los insurrectos y las enviaron desde Hamburgo, a pesar de que la Secretaría de Relaciones Exteriores, a través de Pascual Ortiz Rubio, quien era el ministro plenipotenciario y enviado extraordinario mexicano en Berlín, pidió al ministerio alemán de Asuntos Exteriores que lo evitara. Además, Aarón Sáenz, secretario de Relaciones Exteriores, diría al conde von Montgelas que el hecho de que su gobierno no hubiera bloqueado dicha carga había resultado decepcionante para la administración obregonista, argumentando que durante la primera guerra mundial México "se había puesto en el límite al arriesgar su propia existencia" al no romper relaciones y no declararle la guerra a Alemania.[9] En efecto, el gobierno alemán no prohibió el transporte de armas pues consideró que fue hecho por la falta de aclaración de la situación consular mexicana en Hamburgo. Incluso Rafael Cabrera, encargado de negocios mexicanos en París, había pedido al ministerio francés de Asuntos Exteriores que interviniera, lo cual no era posible pues no tenía control sobre territorio alemán.

En este contexto, la visita de Calles sería una oportunidad tanto para la República de Weimar como para la Tercera República Francesa de convencer al candidato triunfador para el cargo ejecutivo de que convenía mantener una relación estrecha e impulsar un acercamiento económico y cultural. Veamos cómo fue que, después de haber ganado las elecciones de julio de 1924, Calles realizó su viaje por Alemania y Francia; dilucidemos

[7] Toledo, "La propaganda", 2017, pp. 307-333.

[8] Agencia Duems, Berlín, 23 de agosto de 1924, citado en *El Demócrata*, ciudad de México, en Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca (en adelante FAPECYFT), fondo 12, serie 010602, exp. 78: Prensa, recortes de, leg. 1, inv. 178, f. 121. También citado en *El Universal* (ciudad de México), *El Porvenir* (Monterrey, Nuevo León.), *El Sol* (Monterrey, Nuevo León), *El Informador* (Guadalajara, Jalisco), *La Revista de Yucatán* (Mérida, Yucatán), *La Patria* (Ciudad Juárez, Chihuahua).

[9] Legación alemana en México al Ministerio alemán de Asuntos Exteriores, ciudad de México, 26 de febrero de 1924, en Politisches Archiv des Auswärtigen Amts (en adelnte PAAA), R79598, sin foja.

cómo entendió lo alemán y lo francés y cómo, en el transcurso del viaje, también definió al México posrevolucionario.

CALLES EN ALEMANIA

Durante su estancia en Alemania, Calles tuvo oportunidad de reunirse con políticos, embajadores, periodistas y empresarios. A su llegada se puso en contacto con la agencia de noticias germano-mexicana Duems, pues estaba interesado "en el desarrollo de eficaces servicios informativos entre los dos países, como uno de los medios más efectivos para fomentar sistemáticamente las relaciones culturales y económicas e intensificar la comprensión mutua entre ambos pueblos".[10] Los periódicos mexicanos en la capital y el resto del país, en efecto, usaron la cobertura de Duems para describir sus actividades en Europa, así como para citar discursos y entrevistas, en las cuales habló de la energía del pueblo alemán para resurgir después de la primera guerra mundial. Por su parte, varios periódicos del país visitado retrataron a México como una tierra prometida. Además, la compañía Ufa hizo una película sobre la estancia de Calles en territorio alemán.[11]

De hecho, la Agencia Duems informó desde el 14 de agosto que Calles llegaría a Alemania en el trasatlántico Deutschland, señalando que se veía como un acto de fineza que hiciera el viaje con un vapor alemán y visitara primero este país, al que esta agencia de noticias presentó como "la nación que tan espantosas heridas ha recibido por medio del Tratado de Versalles, y que en la actualidad, está todavía bajo la presión del vencedor, [y] hace supremos esfuerzos con toda energía para sostener la categoría que le corresponde entre los grandes pueblos y sanar las heridas de la guerra".[12] La misma agencia señalaba que Alemania "podrá referirse con orgullo a su

[10] Agencia Duems, Hamburgo, 20 de agosto de 1924, citado en *El Demócrata*, ciudad de México, s. f., en FAPECYFT, fondo 12, serie 010602, exp. 78: Prensa, recortes de, leg. 1, inv. 178, f. 114.

[11] La película "General Calles in Deutschland" (1924) presenta varios momentos de la visita de Calles a Alemania: su llegada al puerto de Cuxhaven, en donde se le puede ver caminando; conviviendo en el tren con su familia; en un barco hablando con las autoridades; caminando en Potsdam en su visita al palacio de Sanssouci; presentando una corona en el monumento al soldado caído y visitando el Garnisonkirche. Bundesarchiv-Abteilung Filmarchiv, Berlín, Alemania.

[12] Agencia Duems, Hamburgo, 20 de agosto de 1924, citado en *El Demócrata*, ciudad de México, s. f., en FAPECYFT, fondo 12, serie 010602, exp. 78: Prensa, recortes de, leg. 1, inv. 178, f. 114. Noticia también publicada en *El Universal* (ciudad de México), *Excélsior* (ciudad de México), *El Informador* (Guadalajara), *El Porvenir* (Monterrey), *El Dictamen* (Veracruz), *El Sol* (Monterrey).

energía y a su industria, en vías de recuperación, la cual, sin que ningún enemigo haya podido aniquilarla, se levanta como el Fénix de las cenizas de la paz de violencia".[13] Sobre la visita de Calles, explicó que "se desea expresar los sentimientos de profundo agradecimiento que animan al pueblo alemán por la admirable neutralidad observada durante la guerra mundial por México, país tan celoso de su independencia".[14]

Después de atracar en el muelle "Imperator" en Cuxhaven, Calles recibió una amable bienvenida: la estación estaba decorada con banderas alemanas y mexicanas y se escucharon varios "¡Viva México!" en el momento en el que descendió del barco. El general iba acompañado por varios miembros de su familia y conocidos: "Señorita Natalia Elías Calles, señorita Ernestina Elías Calles, señorita Lydia Calles, señor Adolfo Elías Calles y esposa; don Francisco Obregón, sobrino del Presidente Álvaro Obregón, señor Arturo M. Elías, doctor F. Campos, señor José Germán, señor Francisco Vizcarra y señor Guillermo Zárraga."[15] Calles y su comitiva abordaron un tren especial al cual iba agregado un carro-salón, que proporcionó el gobierno alemán para llegar a Hamburgo, donde fue recibido por el Bürgermeister Carl Wilhelm Petersen; el presidente del senado de la ciudad, Max Schramm, y otros representantes oficiales. Tanto en la estación principal, como en todo el recorrido "se había congregado una numerosa multitud que recibía a los viajeros con el grito de "Viva México".[16]

La Agencia Duems presentó a Hamburgo como una ciudad comercial y marítima modelo para el resto del mundo, en la cual:

> la fase principal de desarrollo del puerto de Hamburgo se verificó en las últimas décadas y por consiguiente pudieron aprovecharse las experiencias de una técnica grandemente avanzada, organizándose y edificándose todas las construcciones y las instituciones desde un principio de una manera adecuada y unificada, a medida que el comercio florecía de un modo asombrosamente rápido. Actualmente ocupa una superficie de 4.000 hectáreas, de la cuales corresponden 1,350 al puerto libre.[17]

[13] *Ibid.*

[14] *Ibid.*

[15] Agencia Duems, Hamburgo, 19 de agosto de 1924, citado en *El Demócrata*, ciudad de México, en FAPECYFT, fondo 12, serie 010602, exp. 78: Prensa, recortes de, leg. 1, inv. 178, f. 110.

[16] *Ibid.*

[17] Agencia Duems, Hamburgo, 20 de agosto de 1924, citado en *El Demócrata*, ciudad de México, en *ibid.*, f. 114.

Sobre la población de esta ciudad, la misma agencia de noticias señaló la audacia de los hamburgueses para tener "la vista fija al otro lado de los mares, su mentalidad inherente encaminada al dominio crucial, teniendo el firmísimo propósito, a pesar de las difíciles condiciones de su patria, de vencer los obstáculos que se oponen a la reconstrucción de su país mediante el fomento de las relaciones mercantiles combinado con los frutos de la ciencia y de la civilización".[18]

Después de presentar tanto al puerto como a su población, la Agencia Duems resaltó que "causó gran admiración al general Calles el oír de sus guías la enorme cantidad de trabajo realizado por un Estado tan pequeño como Hamburgo" e informó de una interesante interacción en la que el senador Schramm habló de que en este puerto se trabajaba según la experiencia y el espíritu anseático, a lo cual Calles respondió: "Y entonces seguro que nunca faltará el éxito."[19] Se propagaba la visión del alemán enérgico que se levantaría de cualquier desastre.

El 20 de agosto se ofreció un banquete oficial en honor a Calles en el Ayuntamiento de la ciudad. El Bürgermeister Petersen habló de las relaciones entre el puerto de Hamburgo y México, que databan de mucho tiempo atrás, y de la hospitalidad dada por este a los ciudadanos alemanes. Por su parte, Calles afirmó que México continuaría ofreciendo amistad y cordialidad a aquellas naciones que respetaran su soberanía e independencia.[20] El próximo presidente posicionaba a su país como uno en el cual la dignidad y el orgullo nacionales serían cuidados hasta su última consecuencia.

Acompañado por senadores de Hamburgo y por Eugen Will –acompañante de honor y quien sería el próximo ministro plenipotenciario y enviado extraordinario alemán frente al gobierno mexicano–, Calles visitó varias instituciones científicas, médicas, educativas y de beneficencia: "estuvo en los asilos y casas de salud para criaturas de pecho, niños pequeños y niños en la edad escolar, dando la oportunidad al general para que se informara detenidamente sobre el radio de acción de la previsión social".[21] Además, visitó la Escuela Social de Mujeres, el Instituto Social Pedagógico, la Sociedad para Dar Trabajo, el Instituto de Higiene, el Centro de Investigación Científica y el plantel incorporado a este. También visitaría, el 21 de agosto, el Instituto para Enfermedades Tropicales, el cual había sido fun-

[18] *Ibid.*
[19] *Ibid.*
[20] *Ibid.*
[21] *Ibid.*

dado una década antes, cuyos laboratorios, colecciones, salones y hospital estaban en la punta de lanza en este tema de investigación. Es decir, con este tipo de instituciones, Alemania se colocaba como un modelo para otros países, en referencia a la mejora de las condiciones sociales de la población, siendo el interés de Calles posicionar a México como un país comprometido en los mismos ámbitos.

Asimismo, el presidente electo visitó el barco de vapor Río Bravo, de la línea Ozean, que el 25 de agosto inauguraría una ruta entre Hamburgo, Veracruz y Tampico, poniendo así en contacto a importantes puertos para los negocios binacionales.[22] Alemania y México no sólo compartían intereses de justicia social, sino que tenían una relación política estable y buscaban acercarse como pares comerciales.

De Hamburgo, Calles pasó a Berlín, donde fue acogido con cordialidad. En la estación de tren lo recibieron el canciller Wilhelm Marx y Gustav Stresemann, el ministro de Relaciones Exteriores. A su llegada "se oyó, desde la plaza Lustgarten, conforme a la ordenanza, una salva de diecinueve cañonazos con breves intervalos y simultáneamente se izó en las astas de la estación el Pabellón Mexicano, junto al alemán".[23] Por su parte, el presidente Friedrich Ebert organizó una cena gala para darle la bienvenida. En esta señaló que su visita simbolizaba la amistad que tradicionalmente había unido a ambos países, se había reforzado en tiempos difíciles y describió una "amistad fundada en la mutua admiración y recíproco respeto por las viejas y gloriosas tradiciones de cultura de ambos países y fortalecida por la comunidad de principios democráticos, que son la base de nuestras instituciones políticas".[24]

Ebert también explicó a Calles "que Alemania desea ardientemente, en pacífica colaboración con los demás pueblos, cicatrizar las heridas de la guerra y de la posguerra y aportar su esfuerzo a la resolución de los gran-

[22] "La Actualidad del Comercio Alemán en México", *Jueves de Excélsior*, ciudad de México, 21 de mayo de 1925.

[23] Agencia Duems, Berlín, 22 de agosto de 1924, citado en *El Universal*, s. f., en FAPECYFT, fondo 12, serie 010602, exp. 78: Prensa, recortes de, leg. 1, inv. 178, f. 119. Esta noticia también salió en *El Demócrata* (ciudad de México), *Excélsior* (ciudad de México) *El Informador* (Guadalajara), *El Porvenir* (Monterrey), *La Patria* (Ciudad Juárez, Chih.).

[24] Discurso de bienvenida de Friedrich Ebert en Agencia Duems, 22 de agosto de 1924, citado en *El Demócrata*, s. f., en FAPECYFT, fondo 12, serie 010602, exp. 78: Prensa, recortes de, leg. 1, inv. 178, f. 121.

des problemas que tiene planteados la Humanidad",[25] y afirmó que en los alemanes encontraría a "un pueblo que, fiel a sus más nobles tradiciones, se esfuerza en organizar su vida sobre los augustos principios de libertad y de justicia social para todas las clases, en fomentar el intercambio intelectual y material entre los pueblos y en servir al progreso de la civilización".[26] Igualmente, agradeció a Calles y Obregón por haber recibido a varios de sus connacionales, quienes habían encontrado en México una segunda patria y por la ayuda que se les había ofrecido en tiempos difíciles, como cuando se recolectó dinero para los niños afectados por la inflación de 1923.[27]

Es decir, el presidente alemán presentó a su país como preocupado por resolver los problemas de la humanidad, partiendo de los principios de democracia, libertad y justicia social. Calles contestó, sin ninguna representación oficial todavía, porque no había sido formalmente declarado presidente, que el pueblo mexicano se sentía cerca de los alemanes por su amistad tradicional y los mismos principios democráticos. Enfatizó que "México, al igual de Alemania, después de un largo periodo de pruebas, ha salido adelante para restaurar la vida nacional con los mismos principios que su Alteza menciona, de libertad y justicia social para todas las clases".[28] Agregó que compartía los objetivos de colaborar para resolver los grandes problemas de la humanidad y que: "es nuestra más honda convicción que sólo los principios de estricta equidad y de verdadero altruismo y la subordinación absoluta de los valores del orden material a los altos valores humanos y del orden moral, será lo que traiga la anhelada cooperación de todos los pueblos y de confraternidad universal que es indispensable para la paz y la felicidad del mundo."[29]

Finalmente, al igual que Ebert, Calles celebró a Obregón, "porque pocos hombres han luchado con tanto desinterés y tanta energía como él para afirmar el principio de respeto para los pueblos débiles; por el desarrollo económico de mi país y por la consolidación de las conquistas sociales

[25] Agencia Duems, 23 de agosto de 1924, citado en *El Demócrata*, s. f., en FAPECYFT, fondo 12, serie 010 602, exp. 78: Prensa, recortes de leg. 1, inv. 178, f.121.

[26] *Ibid.*

[27] *Ibid.*

[28] "Mexico, as well as Germany, after a long period of trial, works out to restore its national life on the same principles that Your Highness mentions, from liberty and social justice for all classes". Discurso de Calles en Agencia Duems, Berlín, 23 de agosto de 1924, citado en *El Demócrata*, s. f., en FAPECYFT, fondo 12, serie 010 602, exp. 78: Prensa, recortes de leg. 1, inv. 178, f.121.

[29] *Ibid.*

y democráticas de México."[30] A lo largo de su discurso, Calles posicionó al proyecto revolucionario junto con la socialdemocracia alemana, con programas nacionales similares y por compartir intereses generales en el bienestar de la humanidad. Asimismo, Calles presentó a México como un país débil comprometido con los valores humanos y el orden moral.

La Agencia Duems no sólo habló de las actividades y discursos de Calles, sino que también reportó la recepción de su visita en la prensa alemana. Por ejemplo que, como resultado de estos discursos, el *Deutsche Allgemeine Zeitung* mencionó que México "ha desarrollado una política prudente a la vez que vigorosa y que como la nación más septentrional de raza latinoamericana ha actuado de consciente centinela para la protección de dicha raza".[31] Este periódico también trajo a cuento los logros de Obregón: obtener el reconocimiento estadunidense y llevar "al pueblo mexicano por una era de pacífico y firme progreso económico y cultural".[32] Otras publicaciones también hablaron del papel que el país estaba jugando para atraer "la atención de los científicos y técnicos alemanes, muchos de los cuales se trasladan a él ofreciendo sus servicios para colaborar en la exploración de sus inmensas riquezas nacionales".[33] Fue presentado como un país en pleno desarrollo, en el que podían contribuir los alemanes, y que cuidaba los intereses de la humanidad, sobre todo de su población nacional, y podía ser un ejemplo para el resto de la región latinoamericana.

En los siguientes días, Calles y sus acompañantes llevaron a cabo una excursión en automóvil a Pichelsberg y tomaron un vapor especial a través de los lagos, por ejemplo visitarían el Wannsee. El futuro presidente visitó además Potsdam, para conocer el castillo de Sanssouci y la tumba de Federico el Grande. Además, estuvo en un sanatorio en Grünewald, "en busca de alivio para el dolor en la pierna que había sido su constante compañía durante casi diez años".[34] Después, pasó cinco semanas de recuperación en la casa de Enrico Schöndube, director de la A. E. G. en la ciudad de México. Durante ese periodo, tuvo acceso a información sobre leyes, instrumentos, técnicas, reglas sobre diversas industrias y cooperativas.[35]

[30] *Ibid.*

[31] Agencia Duems, Berlín, 24 de agosto de 1924, citado en *El Demócrata*, s. f., en FAPECYFT, fondo 12, serie 010 602, exp. 78: Prensa, recortes de leg. 1, inv. 178, f.121., f. 122.

[32] *Ibid.*

[33] *Ibid.*

[34] Buchenau, "Plutarco", 2006, p. 13.

[35] Krauze menciona que Calles tenía traducciones de "El reajuste de fincas rústicas en Prusia para su mejor explotación", "Carreras domésticas para las campesinas de Prusia", "Cooperativas

Calles también ofreció entrevistas en las que dejó ver su entendimiento de lo alemán y la relación de este con México. En una entrevista del 27 de agosto, abordó aspectos que permitirían establecer vínculos científicos e intelectuales, siendo el Instituto para Enfermedades Marítimas y Tropicales de Hamburgo el que más le había impresionado. Desde su perspectiva, debía incentivarse el "intercambio que no debería aplicarse únicamente a los profesores y científicos de los dos países, sino abarcar también y muy especialmente a la juventud estudiantil, que así obtendría la oportunidad de conocerse y estimarse mutuamente en el trabajo".[36] Asimismo, el general mencionó que, después de visitar varias fábricas, planeaba nombrar una comisión para estudiar los sistemas técnicos e industriales alemanes. También señaló que había arraigado en él una impresión favorable sobre Alemania y "sentía admiración por el pueblo alemán, que estaba atravesando de lleno por un periodo constructivo, el que a su juicio haría cicatrizar las heridas de la guerra, dada la proverbial energía y amor al trabajo de los alemanes".[37]

Antes de partir hacia París, el 3 de octubre, Calles dio otra entrevista al representante de la Agencia Duems, en la cual resaltó que la capacidad económica de Alemania se debía a la inteligencia, energía y trabajo fuerte de su pueblo. En sus palabras: "La impresión que tengo de la capacidad económica de Alemania es magnífica, pues con un pueblo enérgico, laborioso e inteligente como lo es el pueblo alemán, creo que en muy poco tiempo reconstruirá su industria y será un factor de primer orden en la economía mundial."[38] Habló también de que estaba convencido de que México seguiría manteniendo una relación amistosa con el gobierno alemán y su población pues respetaban las leyes mexicanas y su soberanía. Así, la migración e industrias germanas seguirían siendo aceptadas con agrado "porque se ha[n] caracterizado por la moralidad y laboriosidad de sus componentes y porque han ido a compartir con nosotros nuestros días de sufrimientos, así como las épocas de ventura, adaptándose a nuestras costumbres, estable-

agrícolas y crédito rural en Europa", "La organización Raiffeisen" y *Los consejos obreros en las industrias y estudios sobre sociedades de consumo*. Krauze, *Biografía*, 1997, p. 317.

[36] Agencia Duems, "Declaraciones a la Agencia Duems", 27 de agosto de 1924, Berlín, citado en *Excélsior*, s. f., en FAPECYFT, fondo 12, serie 010602, exp. 78: Prensa, recortes de, leg. 1, inv. 178, f. 126. También citado en *El Demócrata*.

[37] *Ibid.*

[38] Entrevista a Plutarco Elías Calles por la Agencia Duems, Berlín, 3 de octubre de 1924, publicada en *El Universal*, *El Demócrata* y *El Día Español*, periódicos de la ciudad de México, y por *La Revista de Yucatán*, localizada en Mérida, Yucatán. FAPECYFT, fondo 12, serie 010602, exp. 78: Prensa, recortes de, leg. 1, inv. 178, f. 136.

ciendo hogares mexicanos y llevando por lo tanto al país un contingente de progreso".[39] Pareciera entonces asumir el atraso de México frente a Alemania. Calles agregó que los industriales mexicanos encontrarán "a más de abundancia en materias primas, facilidades de todo género y obreros inteligentes que en muy poco tiempo serán aptos en la industria en que trabajen",[40] pero debían hacerlo teniendo relaciones humanitarias con los trabajadores, y de respeto hacia el gobierno y las leyes nacionales. Hizo referencia además a su deseo de que los trabajadores mexicanos tuvieran una relación más cercana con el movimiento obrero alemán y del mundo. Agradeció finalmente las atenciones de la clase obrera germana.[41]

El político mexicano esperaba que estas entrevistas fueran un incentivo para que los empresarios alemanes empezaran a invertir y comerciar en México o continuaran haciéndolo. Es un hecho que su visita aumentó la mención del país en la prensa alemana, la cual mencionó cuáles eran los productos que ofrecía al mundo: petróleo, oro, plata, cobre, café, madera, tabaco, cacao, etc. Además, los periódicos alemanes hablaron sobre la importancia de los vínculos históricos entre las dos naciones, de los avances sociales más recientes en México y de las oportunidades económicas que representaba, especialmente para conseguir intercambios económicos. Sin embargo, no mostraron interés en temas de intercambio académico o de conocimiento.[42]

En la tarde del 3 de octubre, Calles partió desde la estación del Jardín Zoológico hacia Francia, en un coche especial que se agregó al tren expreso Varsovia-París. En la estación lo despidieron funcionarios, científicos, empresarios y miembros de las colonias latinoamericanas.[43]

[39] *Ibid.*

[40] *Ibid.*

[41] *Ibid.*

[42] Algunos de los periódicos alemanes que mencionaron la estancia de Calles en Hamburgo y Berlín son: *Hamburger Nachrichten*, *Hamburger Fremdenblatt*, *Vossische Zeitung*, *Deutsche Allg. Zeitung*, *Der Tag*, *Berliner Tageblatt*, *Die Zeit*, *B. Z. am Mittag*, *Welt-Rundschau*, *Deutsche Zeitung*, *Neuste Nachrichten*, *Hamburger Correspondent*, *Harungsche Zeitung*, *Breslauer Zeitung*, *Hamburger Echo*, *Schlesische Zeitung*, *Thueringer Allg. Zeitung*, *Leipziger Tagesblatt*, *Muench. Neuste Nachricht*, *Lokal Anzeiger*, *Neue Preussische Kreuzzeitung*, *Deutsche Tageszeit*, *Der Bund*, *Koelnische Volkszeitung*, *Der Jungdeutsche* y *Fraenkischer Courier*. Véase FAPECYFT, fondo 12, serie 010 602, exp. 78: Prensa, recortes de leg. 1, inv. 178, fs. 1-104/165. Descripción: álbum con recortes de prensa en alemán.

[43] Entrevista a Plutarco Elías Calles por la Agencia Duems, Berlín, 3 de octubre de 1924, publicada en *El Universal*, *El Demócrata* y *El Día Español*, periódicos de la ciudad de México, y por *La Revista de Yucatán*, localizada en Mérida, Yucatán. FAPECYFT, fondo 12, serie 010 602, exp. 78: Prensa, recortes de leg. 1, inv. 178, f.121., f. 136.

CALLES EN FRANCIA

El presidente electo estuvo en París del 4 al 18 de octubre de 1924. En la Gare du Nord fue recibido por representantes del gobierno francés, de la legación y el consulado mexicanos en París, y por la colonia mexicana en esta ciudad, alegre de saludarlo.[44] A lo largo de su estancia conoció a personajes de la política, economía y la ciencia, además visitó espacios donde Francia se desarrollaba científica y culturalmente (institutos, escuelas, museos, etc.) y que podían ser ejemplares para México. También mantuvo cercanía con la prensa; sin embargo no existía una agencia como la mexicano-alemana Duems que se encargara de transmitir todos los detalles del viaje a los medios nacionales.

Calles recibió a los representantes de la prensa a las once de la mañana del 5 de octubre. El periódico *Gaulois* caracterizó a México como "tierra maternal de las civilizaciones antiguas americanas, es también una tierra de sismos volcánicos y políticos" y una "república latina". Vemos entonces que si bien se consideró al país como una república con un importante pasado histórico, también se planteó como un lugar caótico. La misma publicación reportó que Calles dijo que México:

> está en plena actividad industrial y agrícola, mantiene, con todas las potencias –y en particular con Francia– relaciones económicas cada vez más importantes. Sus lazos con los Estados Unidos, anteriormente algo tensos, se han mejorado considerablemente. La colaboración, entre los dos gobiernos, ha pasado a ser cordial. Las comisiones mixtas de arbitraje, instituidas por los tratados, han comenzado a operar y todas las dificultades que éstas tienen que resolver están en proceso de un arreglo amigable.

También confirmó su compromiso con la intención de seguir una política conforme a la Constitución y respetuosa de las leyes del país y que no se separaría de la actitud mantenida por Obregón. Aunado a ello, confirmó sus simpatías personales por Francia y el deseo de ver en México tanto sus intereses económicos como su alta cultura.[45] Así, Calles intentó mejorar la imagen que existía en Francia del México revolucionario al mencionar la

[44] "Le général Calles à Paris", *Salut Publique*, Lyon, 4 de octubre de 1924; "Le Président du Mexique à Paris", *Gaulois*, París, 5 de octubre de 1924, en FAPECYFT, fondo 12, serie 010 602, exp. 78: Prensa, recortes de leg. 1, inv. 203, fs. 9 y 11.

[45] "Le Président du Mexique à París", *Gaulois*, París, 5 de octubre de 1924, en FAPECYFT, fondo 12, serie 010 602, exp. 78: Prensa, recortes de leg. 1, inv. 203, f. 11.

mejora de lazos diplomáticos, la estabilidad política y el desarrollo industrial y agrícola, planteó entonces a un país en proceso de modernización que, además, tenía el propósito de mejorar su condición cultural. Añadió que en este proceso se vería con buenos ojos la participación de franceses, pero que estos tendrían que aceptar la Constitución y las leyes revolucionarias.

El 7 de octubre el presidente francés ofreció un desayuno en honor al viajero mexicano. En este evento, Calles y Alexandre Millerand expresaron su deseo de continuar con la relación de amistad existente y de incrementar el comercio; lo anterior ocurrió en una forma menos emotiva que en el encuentro germano-mexicano. Según José Valenzuela, la diferencia entre la visita de Calles a Francia y Alemania se debió a que la relación con el primer país no solamente estaba marcada por un vínculo histórico, como ocurría en el caso alemán, sino por la suspensión del pago de la deuda de México en 1924, deuda en la que había titulares de bonos franceses.[46] Además de esta situación, la diferencia en el tono se debía también a la forma en que cada país ofreció el reconocimiento. Como se vio anteriormente, Alemania no había intentado condicionarlo ni manifestado ningún descontento político hacia Obregón; simplemente prolongó la suspensión por algún tiempo para evitar problemas con las otras potencias, especialmente con Estados Unidos. En cambio, Francia decidió esperar al reconocimiento estadunidense para otorgar el propio.

Durante la estancia en Francia, además de entrar en contacto con políticos de alto rango, Calles asistió a un almuerzo mexicano en Saint-Germain, organizado por los cónsules mexicanos en Francia, Bélgica y Suiza, en donde tuvo la oportunidad de indicar a los empresarios franceses cuáles eran las oportunidades que ofrecían los vínculos entre Francia y México. Asimismo, participó en distintas actividades económicas y culturales. La Sociedad Económica Franco-Mexicana y el Comité France Amérique organizaron visitas a la estación de radio St. Assize, al Instituto Pasteur, Fontainebleau, Versalles, Les Invalides, la Escuela Normal Superior, el Museo Trocadero y a una fiesta.

El 10 de octubre Calles firmó el *Libro de oro* de la capital francesa y fue homenajeado con la medalla de oro de la ciudad y con un ejemplar de dos obras editadas por la municipalidad: *Paris pendant la guerre* y *Premier voyage oficiel, en Alsace-Lorraine française* de René Weiss. A las palabras de bienvenida, Calles respondió que se sentía "vivamente conmovido por la manifesta-

[46] José Valenzuela, "El viaje", 1995, p. 201.

ción de simpatía hacia su país" y mencionó la emoción que sintió al rendir homenaje en el Arco del Triunfo, en sus palabras "el símbolo de todas las esperanzas de la gran masa anónima".[47]

El periódico español *Libertad* también mencionó la visita de Calles a París y lo citó declarando en el Consejo Municipal parisino: "Identificado en todo con el Sr. Obregón, rechazaré todos los privilegios, todas las oligarquías y todas las expoliaciones. Mi programa es el programa de Jaurès: hacer de la República una organización política y social en donde la soberanía del pueblo sea efectiva y práctica, no sólo en el terreno político, sino también, y fundamentalmente, en el orden económico."[48]

En una cena el 11 de octubre, Calles indicó que se sentía altamente honrado por la recepción en Francia. Agradeció a André Honnorat, senador por Basses-Alpes, por la organización y la presencia del general Henri Gouraud –"símbolo de los grandes deberes del soldado francés"–, del ministro de Industria y Comercio, del canciller de la Academia de París, del presidente de la Cámara de Comercio de París y de los representantes de las sociedades americanas. El presidente electo esperaba que los dueños de los intereses materiales ayudaran a desarrollar el programa de su futuro gobierno: "siendo en sí ese programa un alto ideal de humanidad y de justicia […], en esta cruzada de ideal que hemos emprendido en México para seguir los nobles pasos de equidad y de justicia social que ha[n] marcado este gran país a la conciencia de todos los pueblos".[49]

Calles no dudó en mostrar su interés por el movimiento obrero durante su estancia en Francia y visitó la Confédération Générale du Travail (CGT) en París donde fue reconocido por su apoyo a los obreros de México.[50] Después de una cordial bienvenida, Calles señaló que había ganado las elecciones para la presidencia mexicana "por la confianza de los trabajadores agrícolas e industriales y yo continuaré la obra social comenzada con ellos y por ellos". También señaló que le resultaba fundamental estar "ahí donde se trabaja para mejorar el destino de los proletarios y a llevar a cabo el ideal común de los trabajadores de México como de otros paí-

[47] "Le général Elias Calles Président de la République du Mexique a été reçu, hier, á l'Hôtel de Ville", *Avenir*, París, 11 de ocubre de 1924, en FAPECYFT, fondo 12, serie 010603, exp. 78: Prensa, recortes de, leg. 1, inv. 203, f. 40.

[48] "El general Calles en París", *Libertad*, Madrid, 16 de octubre de 1924, en *ibid*., f. 99.

[49] Discurso de Plutarco Elías Calles en la fiesta organizada por la *Unión Económica Francia México*, en APEC, exp. 118: Discursos Varios. No incluye declaraciones de P.E.C., leg. 2/4, inv. 1583, ff. 60-61.

[50] "Le président du Mexique rend visite á la C. G. T.", *Le Peuple*, París 17 de octubre de 1924, en FAPECYFT, fondo 12, serie 010603, exp. 78: Prensa, recortes de, leg. 1, inv. 203, f. 68.

ses".[51] En conversación con el secretario general de la CGT, Léon Jouhaux, Calles intercambió ideas sobre la situación de ambos países y la legislación mexicana –especialmente sobre las innovaciones respecto al derecho tradicional–, así como las concepciones de organización de la CGT. De tal forma, posicionaba a México como un país en la punta de lanza respecto a derechos laborales.

Es claro, pues, que en los eventos Calles logró presentarse a sí mismo como un promotor de la economía mexicana con un enfoque que reconocía la necesidad de derechos laborales y sociales, y en el cual se empalmaban los objetivos de Francia y México, una especie de comunidad socialdemócrata. Al igual que ocurrió con su visita a Alemania, varios periódicos franceses mencionaron sus actividades en París.[52] En una entrevista publicada por *Excélsior*, el político mexicano dijo que "nuestras relaciones con la República francesa, desde el punto de vista político son de lo más cordiales, desde los puntos de vista económico e intelectual, éstas son considerables".[53] Habló de la continuidad del comercio entre México y Francia que se guiaba por el principio de absoluta reciprocidad. También que tenía el deseo de ampliar "el intercambio de profesores y de estudiantes y por una difusión mejor de obras literarias y científicas".[54] Su interés por la cuestión científica se evidenció con su recorrido del 8 de octubre por el Instituto Pasteur. Después de conocer las aulas y laboratorios, visitó la cripta de Pasteur y declaró que lo consideraba como el más grande benefactor a la humanidad.[55]

En entrevistas Calles también dejó ver su percepción sobre el pueblo francés. Según *Petit Bleu*, profesaba "la más grande admiración, el respeto más profundo por el pueblo francés, por el trabajador francés 'quien da al mundo un tan espléndido ejemplo de voluntad, de esfuerzo pensante y de amor a todas las virtudes cívicas y humanas'".[56]

[51] "Le président du Mexique rend visite á la C.G.T.", *Le Peuple*, París, 17 de octubre de 1924, en *ibid.*

[52] Véase *Telegramme* (Toulouse), *Progres de Lyon* (Lyon), *Eclaireur* (Nice), *Eclair de l'est* (Nancy), *Populaire* (Nantes), *Petit Provance* (Marseille), *Lyon Républicain* (Lyon), *République de l'Isère* (Grenoble), *Messager Normand* (Le Havre) y otros.

[53] "Le Président Élu du Mexique à Paris", *Excelsior*, París 5 de octubre de 1924, en FAPECYFT, fondo 12, serie 010603, exp. 78: Prensa, recortes de, leg. 1, inv. 203, f. 12.

[54] *Ibid.*

[55] "La Journée du Président Calles", *Paris-Times*, París, 8 de octubre de 1924, en *ibid.*, f. 52.

[56] "Le président du Mexique ne vient pas chercher d'argent mais peut-etre serait il équitable de nous en apporter", *Petit Bleu*, París, 7 de octubre de 1924, en *ibid.*, f. 31.

El *Journal du Havre* presentó una entrevista que realizó Jules Avril a Calles, el día 13 de octubre. En ella, el futuro presidente mexicano lamentaba no haber podido visitar El Havre por cuestiones de salud. Desde su perspectiva, el puerto sería un lugar ideal para el comercio franco-mexicano,[57] una puerta de entrada para productos de origen mexicano, como el café: "Puerto importador del café, El Havre tiene un interés primordial de recibir directamente los cafés mexicanos cuya producción es importante y cuya calidad es superior", y el algodón en tanto que "El Havre, que sufre de la escasez de la producción mundial, de la competencia de Liverpool, y del auge de la industria textil en Estados Unidos, debe solicitar a nuevos países productores el algodón, alimento necesario para los hilanderos y tejidos franceses", por ejemplo, el algodón producido en La Laguna y en otros puntos del territorio mexicano. En esta entrevista, Calles indicó que "durante mis cuatro años de presidencia, dedicaré todo mi esfuerzo a promover el desarrollo de esta cultura; y espero que México esté a medida de proporcionar, poco a poco, a la industria textil el complemento de materia prima del que carece".[58] Según él, esto podría ocurrir si El Havre enviaba representantes a la ciudad de México, Tampico, Veracruz y Puerto México. Pidió incluso al entrevistador que "le diga, de mi parte, a los dueños de barcos y a los importadores de El Havre que, durante mi presidencia, facilitaré y favoreceré en la mayor medida posible las transacciones entre México y Francia por medio del puerto El Havre".[59]

Antes de dejar París y volver al continente americano, *Intransigeant* informó de una última entrevista a Calles, en la cual este sostuvo que había viajado a Europa "para documentarme antes de tomar la presidencia del Estado mexicano", y que durante su visita recolectó "información preciosa que me hace esperar para mi país un despertar económico que restaurará la prosperidad de nuestras finanzas". Esto, desde luego, formaba parte del objetivo posrevolucionario de estabilizar la economía y continuar con el proyecto modernizador dentro de un nacionalismo económico. También explicó que se había "dado cuenta de que la república latina que voy a

[57] Jules Avril, "Ce que m´a déclaré le Président Calles", *Journal du Havre*, El Havre, 15 de octubre de 1924, en FAPECYFT, fondo 12, serie 010 602, exp. 78: Prensa, recortes de leg. 1, inv. 178, f. 98.

[58] "Pendant mes quatre années de Présidence, je ferai tous mes efforts pour encourager le développement de cette culture; et j´espère que le Mexique sera en mesure de fournir, avant peu, á l´industrie textile mondiale le complément de matière première qui lui fait défaut". *Ibid.*

[59] "Dites de ma part aux armateurs et aux importateurs havrais que, pendant toute ma Présidente, je faciliterai et je favoriserai dans la plus large mesure possible, les transactions entre le Mexique et la France par le port du Havre". *Ibid.*

representar podrá contar con la amistad de las democracias del otro lado del Atlántico. Espero que mi esperanza sea fundada. El recuerdo del recibimiento que se me ha hecho en Francia quedará grabado en mi corazón".[60]

Evidentemente, para él, Francia era una república democrática comprometida con la mejora de las condiciones laborales y sociales de la humanidad, con una tradición cultural inigualable, además de fuertes intereses económicos y una población trabajadora con virtudes cívicas y humanas. Calles quería estar cerca de este país, cuyo gobierno compartía intenciones del programa revolucionario que había ejercido Obregón y que él planeaba continuar.

CONCLUSIÓN

La visita de Calles a Alemania y Francia funcionó tanto como una celebración de las relaciones, estabilizadas gracias al reconocimiento otorgado a Obregón, como la reafirmación de un vínculo que se deseaba más fuerte en lo político, económico, social y cultural. Fue un acto de relaciones públicas: era la primera vez que un presidente (electo) mexicano hacía una gira por Europa –práctica común hoy en día– y promocionaba el proyecto nacional revolucionario. Calles se encargó de reforzar una relación amigable con Alemania, país que estaba agradecido por la neutralidad mexicana en la guerra, y de mejorar la visión de la prensa francesa sobre México, ya no como un país caótico, sino como uno en reconstrucción.

El próximo presidente quería que México fuera asociado con este tipo de repúblicas socialdemocráticas. En cambio, no buscó un acercamiento igual con la Unión Soviética o con otros países europeos que no le despertaban la misma admiración o se habían negado a reconocer a la revolución mexicana, es decir, Gran Bretaña. Para Calles, Alemania y Francia, en tanto repúblicas que buscaban mejorar las condiciones laborales y sociales de la población, eran un ejemplo a seguir y con las cuales había que estar en

[60] "J'étais venu en Europe pour me documenter avant de prendre la présidence de l'État mexicain. Je rentre avec de précieux renseignements qui me font espérer pour mon pays un réveil économique qui rétablira la prospérité de nos finances. J'étais venu aussi me rendre compte que la république latine que je vais représenter pourra compter sur l'amitié des démocraties outre-Atlantique. Je vois que mon espérance était fondée. Le souvenir de l'accueil qui m'a été fait en France restera gravé dans mon cœur." "Le départ du Président du Mexique", *Intransigeant*, 20 de octubre de 1924, en *ibid*., f. 71.

contacto, pero también espacios que generaban capitales y personas útiles para continuar la modernización del país en términos políticos, económicos, científicos, laborales y sociales.

Para Calles, Alemania era un país en donde se estaba restaurando la vida nacional tomando en cuenta los principios de libertad y justicia social. Un país comprometido con llevar a cabo reformas sociales y laborales para lograr mejores condiciones de vida, cuya población era enérgica, laboriosa e inteligente. También resaltó que se trataba de una población que, una vez que residía en México, tenía la capacidad de adaptarse y acompañar al país en su modernización, mostrando solidaridad en épocas buenas y malas.

Calles vio también en Francia a un país comprometido en realizar avances médicos, científicos y culturales desde un alto ideal de humanidad y justicia social. Sobre la población francesa, habló de la ejemplar actitud de los trabajadores en su voluntad, pensamiento y amor por las virtudes. Si bien estaba consciente de la importancia del francés para el desarrollo económico de México, no mencionó su capacidad como migrante.

En cuestiones políticas, México fue presentado como débil, pero celoso de su independencia que estaba entregado a la defensa de las leyes y la Constitución, por lo cual toda persona que quisiera participar en su modernización debía estar muy consciente de ello. También se exhibían sus relaciones diplomáticas estables y que era un país obligado con el bienestar de la humanidad. Como Alemania y Francia, tenía un compromiso con la paz internacional y con la búsqueda de soluciones ante problemas globales.

En cuestiones económicas, México fue caracterizado como un exportador de materias primas que necesitaba del capital y los ciudadanos europeos para conseguir modernizarse, pero también como un lugar interesado en una productividad económica en la que los derechos laborales fueran tomados en cuenta. En pocas palabras, al igual que Francia y Alemania, se presentaba como una república interesada en los derechos de los trabajadores.

En cuestiones culturales, Calles posicionó a México como un país interesado en los valores de la equidad y el altruismo, donde lo material no debía ser más importante que lo humano y lo moral. Esta postura ayudaría a la cooperación de todos los pueblos. Era compartida por los gobiernos alemán y francés después de la desastrosa primera guerra mundial.

En suma, el estudio de las actividades que Calles realizó en Alemania y Francia, así como los discursos que emitió y las entrevistas que dio nos dejan ver que el presidente electo veía a esos países como repúblicas socialdemocráticas. Del pueblo alemán resaltó su capacidad para resurgir

enérgicamente, mientras que habló del pueblo francés como trabajador y comprometido con las virtudes cívicas y humanas. En Alemania, quedó impresionado por los programas de beneficencia y bienestar, mientras que en Francia se interesó más por reforzar las relaciones intelectuales. Al visitar estos países, Plutarco Elías Calles encontró ejemplos y aliados para el México posrevolucionario.

FUENTES CONSULTADAS

Archivos

APEC	Archivo Plutarco Elías Calles (FAPECYFT), México.
BAF	Bundesarchiv-Abteilung Filmarchiv, Berlín, Alemania.
BIIA	Biblioteca del Instituto Ibero-Americano, Berlín, Alemania.
FAPECYFT	Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca, México.
PAAA	Politisches Archiv des Auswärtigen Amts, Berlín, Alemania.

Hemerografía

Avenir, París, Francia.
El Demócrata, ciudad de México, México.
El Universal, ciudad de México, México.
Excélsior, ciudad de México, México.
Excelsior, París, Francia.
Gaulois, París, Francia.
Intransigeant, París, Francia.
Journal du Havre, El Havre, Francia.
Jueves de Excélsior, ciudad de México, México.
Libertad, Madrid, España.
Le Peuple, París, Francia.
Paris-Times, París, Francia.
Petit Bleu, París, Francia.
Salut Publique, Lyon, Francia.

Bibliografía

Buchenau, Jürgen, "Plutarco Elías Calles y su admiración por Alemania", *Boletín. Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca*, núm. 51, enero-abril, 2006, México, pp. 1-32.

José Valenzuela, Georgette, "El viaje de Plutarco Elías Calles como presidente electo por Europa y Estados Unidos", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 57, núm. 3, julio-septiembre, 1995, México, pp. 191-210.

Krauze, Enrique, *Biografía del poder. Caudillos de la revolución mexicana (1910-1940)*, México, Tusquets, 1997.

Meyer, Lorenzo, *Su majestad británica contra la revolución mexicana. El fin de un imperio informal, 1900-1950*, México, El Colegio de México, 1991.

Ortiz, Mauricio, "Un mexicano en París", *Boletín. Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca*, núm. 25, mayo-agosto, 1997, México, pp. 1-32.

Rinke, Stefan, *"Der letzte freie Kontinent": Deutsche Lateinamerikapolitik im Zeichen transnationaler Beziehungen, 1918-1933*, Stuttgart, Verlag Hans-Dieter Heinz, 1996.

Toledo García, Itzel, "La propaganda alemana en México desde la perspectiva francesa, 1920-1924", *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos*, núm. 65, enero-junio, 2017, México, pp. 307-333.

_____, "The dilemma of revolution and stabilisation: Mexico and the European powers in the Obregón-Calles Era, 1920-1928", tesis doctoral, Colchester, Departamento de Historia-Universidad de Essex, 2017.

ELENA PONIATOWSKA AMOR: CONSTRUCCIÓN DE UNA DOBLE CULTURA ENTRE MÉXICO Y FRANCIA

Isabelle Tauzin-Castellanos

Escribir es también un modo de relacionarme con los demás y quererlos.
Lo que no se puede decir en voz alta por timidez, por pudor lo escribo.
Elena Poniatowska, "Las escritoras mexicanas", 1975.

La obra de Elena Poniatowska se desenvuelve a lo largo de más de 60 años, desde la primera crónica en *Excélsior* en 1953.[1] La consagración le llegó al publicar *Hasta no verte Jesús mío*, en 1969. Los altibajos de la fortuna literaria y las luchas sociales continuaron hasta el Premio Cervantes (2013), aunque no han desaparecido los catones, enojados por su compromiso político y la narrativa encaminada a retratar la comedia mexicana del siglo XX.

Poniatowska ha llegado a empaparse, dominar y reinventar el español de México, el habla popular y no por eso ha debido desarraigarse de la tierra natal y el idioma materno, como aparece en esta elegía a Paula Amor: "*Maman* la llamo en francés y aparece a mi lado, la encuentro en el aire que respiro, en el ramo de flores que me regalan, en la luz que enciendo en la noche."[2]

Aquí, como investigadora francesa, voy a tratar de desmontar el entramado sutil de esa doble pertenencia cultural entre México y Francia. Primero recordaré la exitosa novela testimonial *Hasta no verte Jesús mío*, por los mecanismos de transculturación en la biografía de la protagonista, Jesusa Palancares como alter ego de Poniatowska. Luego, en la segunda parte, en-

[1] Entrevista con el embajador de Estados Unidos, posibilitada por Paula Amor Poniatowska. Véase Schuessler, *Elenísima*, 2013, pp. 92-94. Las citas de este trabajo remiten a esta edición.

[2] Schuessler, *Elenísima*, 2013, p. 91.

focaré el libro radicalmente diferente, de memorias autobiográficas: *Nomeolvides*, en realidad de doble autoría, Elena y Paula Poniatowska, sin un atisbo de ficción, recuerdos de Francia y de México de la madre de Elena Poniatowska, Paula Amor, traducidos al español por la escritora. La tercera parte viene a ser un testimonio enmarcado en el tiempo, 2019, cuando entrevisté a Elena Poniatowska acerca de la rememoración escrita con los recuerdos.[3]

JESUSA: DESDE LA INMENSIDAD DE MÉXICO, UN PASITO HACIA FRANCIA

El peritexto no son líneas vacuas sino que, para cualquier autor, tienen una gran importancia, como ofrenda a los seres queridos. La dedicatoria vincula el libro como objeto visible con la vida más íntima. Poniatowska cambió la dedicatoria de una edición a otra de *Hasta no verte Jesús mío*: de su hermano Jan muerto en un accidente en diciembre de 1968 a su segundo hijo Felipe nacido en junio del mismo año. Volvió en otras ediciones a la primera dedicatoria, inmortalizando al hermano menor, cuya desaparición sumó a los padres Jean y Paula Poniatowski en el inagotable desconsuelo que representa la muerte de un hijo.

Producir un libro, ficción o no-ficción, es desbrozar una trocha y tropezar con obstáculos imprevisibles, que luego pasan desapercibidos a los lectores. Si Virginia Woolf planteó la necesidad del cuarto propio para escribir con tiempo y libertad, además de tener dinero para estar liberada de otro trabajo, en el caso de Elena Poniatowska existieron otras trabas inconfesables durante más de 30 años, como relató en una entrevista con la investigadora chilena Waleska Pino Ojeda: "le fallé terriblemente a la Jesusa porque tuve problemas muy graves con mi esposo, pues al final no me dejaba ir a verla porque decía que era todo un día y que para qué llevaba yo a los niños y bueno, me hizo la vida muy difícil con la Jesusa. Y yo, por

[3] Las revelaciones de la escritora en diciembre de 2019, por haber sido víctima de abuso sexual y quedar embarazada en 1954 tienen relación con la historia francesa de Poniatowska, ya que retornó a Europa para dar a luz en forma clandestina. En la carta que se ha difundido recientemente en la prensa y que la joven Hélène de 22 años escribía disculpando a su violador, Juan José Arreola, remitía al Nobel francés a quien iba a entrevistar con la irreverencia de la juventud: el "estúpido de François Mauriac".

depresión […], por dejadez, por falta de carácter, me dejé en cierta manera aplastar. Es una de las cosas que tengo en mi conciencia."[4]

De hecho, *Hasta no verte Jesús mío* está configurado como un monodiálogo entre una locutora voluble y su interlocutora callada. El epígrafe lleva una firma: Jesusa, como una mujer con existencia propia. Jesusa anticipa las preguntas, responde a la escriba muda y profetiza en los umbrales del relato:[5]

> Algún día que venga ya no me va a encontrar, se topará nomás con el puro viento. Llegará ese día y cuando llegue, no habrá ni quién le dé una razón. Y pensará que todo ha sido mentira. Es verdad, estamos aquí de a mentiras: lo que cuentan en el radio son mentiras, mentiras las que dicen los vecinos y mentira que me va a sentir. Si ya no le sirvo para nada, ¿qué carajos va a extrañar? Y en el taller tampoco. ¿Quién quiere usted que me extrañe si ni adioses voy a mandar? Jesusa.

Constructo literario, Jesusa Palancares sustituye a Josefina Bórquez, la lavandera analfabeta con quien Elena Poniatowska se entrevistó semana tras semana, aceptando los gajes del oficio, como pasearle a las gallinas, disciplinándose para compenetrarse en las penurias cotidianas del *lumpen* mexicano, especialmente la enajenación de las mujeres. Últimamente la escritora ha justificado la sustitución del apellido atribuido a Jesusa:

> Hacia 1966 […] acompañé a Aguirre Palancares a un viaje a Juchitán y a San Mateo del Mar en Oaxaca, y me conmovieron no sólo los lugares sino el buen trato que daba a los campesinos y el respeto con el que abordaba a ancianos, mujeres y a niños […] A sus ojos inteligentes nada se les escapaba. Ya tenía casi 70 años, porque había nacido en septiembre de 1905, en Santiago, Pinotepa Nacional, Oaxaca. Sabía oír a los campesinos y caminar a su lado. Hablar con él era abrirse paso entre los maizales; por eso le puse a la Jesusa de *Hasta no verte Jesús mío* el apellido Palancares.[6]

Poniatowska recuerda que recibía cartas de Josefina Bórquez:

[4] Pino Ojeda, *Sobre castas y puentes*, 2000, p. 34.

[5] El futuro predictivo encabeza de forma parecida el primer epígrafe de *Balún Canán*, sacado de *El Popol Vuh:* "Musitaremos el origen. Musitaremos solamente la historia, el relato…". Castellanos, *Balún Canán*, 1957, p. 8.

[6] Elena Poniatowska, "Aguirre Palancares y reforma agraria", *La Jornada*, 22 de julio de 2018.

> Las suyas eran las primeras que me llegaban, porque las ponía en Correo Mayor. Iba a los portales de Santo Domingo y se las dictaba a un evangelista. Eran a máquina. Eran graciosas: comenzaban diciendo "Por medio de la presente, la saludo deseándole se encuentre bien de salud y a continuación paso a decirle lo siguiente […]." Esta correspondencia me halagó y me gratificó mucho. Por ahí debo tenerla.[7]

El tema de la lectoescritura es obsesivo en nuestra sociedad dominada por la letra como prueba fehaciente y signo de sabiduría. Una de las primeras cosas que me cuenta Elena Poniatowska en la entrevista de junio de 2019 es que Martina, el ángel de la guarda que la acompaña a diario, no sabe escribir ni le interesa aprender. Mi visita no se relaciona con la labor de Martina, pero el exabrupto es revelador de las dos culturas –creo– que nos acercan a la escritora y a mí, y que nos separan de Martina, lo cual no significa un juicio o prejuicio: la aceptación de la "Cultura del Otro", con esa expresión que quiere ser ética y correcta, pasa por el reconocimiento de otras formas de conocimientos o *epistemes* distintas de aquella heredada de la antigüedad grecorromana, tanto más cuanto que la determinación de Martina de mantenerse apartada de la escritura la distingue de Josefina Bórquez, a quien Poniatowska, discípula de Oscar Lewis, vio intentando tomar lecciones de escritura en la radio: "Porque quiero morirme sabiendo leer y escribir."[8] A Martina le encanta cocinar y cultivar el jardín, mientras Elena dedica parte de los momentos de ocio a su afición por la pintura. Desde la década de 1970, los sociólogos han observado cómo las representaciones de la realidad y los temas de interés difieren según criterios de género: antes de esta teorización, en *Hasta no verte Jesús mío*, la épica de la revolución, omnipresente en la narrativa masculina, ha sido reemplazada por la materialidad de las recetas de cocina, dignificando la sabiduría pacifista femenina.

Jesusa reconstruye su vida y reivindica su identidad a lo largo de esa confesión en la que el lector cómplice del narrador, como lo definiera Cortázar, va atando cabos y deduce que la Jesusa del epígrafe es la hablante, lo cual será confirmado más adelante, cuando la protagonista al servicio de la acaudalada dueña de la botica de Tehuantepec, reciba su nombre como una

[7] Virginia Bautista, "Ese sí fue amor del bueno. Poniatowska recuerda amistad con Josefina Bórquez", en *Excélsior*, secc. Expresiones es cultura, México, 21 de julio de 2019, en <https://www.excelsior.com.mx/expresiones/ese-si-fue-amor-del-bueno-poniatowska-recuerda-amistad-con-josefina-borquez/1325686>. [Consulta: 5 de octubre de 2019.]

[8] Poniatowska, *Hasta no verte*, 1969, p. 42.

gracia otorgada por una voz ajena, fuera del hogar: "A mi madrina siempre le dije 'Señora' y ella me llamaba 'María de Jesús'."[9] La boticaria también tiene nombre y apellido completo, es recordada como Felisa Martínez de Henestroza a diferencia de otra ama, una francesa sin nombre y desaseada, cuyos hijos andan sucios a lo largo del día. Luego Jesusa pasa al servicio de la "señora del gringo, dueño del dique", con quien aprende a fabricar panqueques, mientras que nunca le saldrán bien las tortillas. ¿Acaso será una denegación de la mexicanidad congénita? En el umbral de la adolescencia, de once o doce años, Jesusa tuvo la oportunidad –es un decir– de casarse con un chino dueño de una tienda en Salina Cruz y enamorado de ella. Rechaza esa opción de vida, como se molesta al ser llamada con el nombre náhuatl de Xóchitl por los soldados que la observan bañarse; se negará a casarse las dos veces que no se vea forzada a someterse a un dueño. Presume ante la interlocutora silenciosa: "Desde chiquilla hablaba yo castilla; con mi madrastra aprendí la idioma zapoteca porque ella era tehuana, pero sabía las dos. Hasta la fecha entiendo el japonés, el catalán, el francés, el inglés porque trabajé con gringos. Como quien dice, trabajé con puros extranjeros y los de aquí siempre me han tratado como extraña."

Ese cosmopolitismo se construye luego con las lecturas que Pedro –el esposo que le impuso el general Genovevo Blanco evitándole el otro destino de prostituta– le hace a Jesusa, cuando la soldadera llega a rebelarse y a reemplazar el jabón de la lavandera esclavizada por la pistola con que asusta al macho y le quita la hombría. Convertido en Sherazade, Pedro lee a Jesusa las novelas históricas de Alejandro Dumas con escenarios y monarcas franceses.

En los 60 años de su vida, Jesusa recorre gran parte del territorio mexicano, especialmente en tiempos de la revolución, cuando pasa del estado de Oaxaca a la ciudad de México y luego llega hasta la frontera norte, siendo apresada en Marfa, Texas. Años más tarde vuelve a peregrinar de Oaxaca a la Huasteca potosina en pos de la vida militar.

Otro vínculo posible con la cultura de la oyente sin nombre y de rasgos imprecisos, son los héroes científico-religiosos de Jesusa, Mesmer y Charcot. Mesmer triunfó en París por los años 1780 como teórico y práctico del magnetismo y Charcot como partidario del hipnotismo fue otro guía invisible de Jesusa: "En las carnes indias habla en francés y yo lo entiendo,

[9] Perilli, "Contar la vida", 2005, pp. 179-190.

de veras lo entiendo."[10] Poniatowska volverá en *Luz y luna, las lunitas* sobre el espiritualismo de Josefina Bórquez y la frustración de esta por no conseguir que su interlocutora compartiera el mismo entusiasmo: "Pues ¿qué no ya se lo platiqué? ¡Cuántas veces voy a tener que contárselo! Hablaba de Alain Kardec, de su padre y protector Manuel Antonio Mesmer y […] así como de los experimentos hipnóticos que más tarde habrían de poner en práctica el doctor Jean Martin Charcot de la Salpetrière con los esquizofrénicos."[11]

Aquellos padres espirituales europeos amparan a Jesusa, la ayudan a salir de la nada y a ascender en la sociedad como médium, a diferencia de su padre biológico, quien se opuso a que aprendiera a leer y escribir, tuvo un hijo con su nuera ("Mi papá la visitaba cada vez que quería y su marido nunca dijo nada cuando mi papá se quedaba a dormir. Así es de que hay un niño Palancares por allí"),[12] desconoció a Jesusa y luego la buscó para que le sirviera como soldadera. Después de lo cual, Jesusa no sintió ningún cariño ni añoranza hacia el padre abusivo, tan diferente de aquel que le entregara una muñeca de ardilla.

Viuda de Pedro Aguilar, tras solicitar en vano un montepío ante Venustiano Carranza, "el de las barbas de chivo", la soldadera ocupó mil puestos de trabajo, se acostumbró a la vida en la capital y entabló relaciones amistosas con muchos, al borde del abismo entre el alcoholismo, la sífilis y sin cuarto propio. Jesusa danzó el "baile apache" con el cirquero Manuel, apodado el Robachicos, *alter ego* de Jesusa que sueña con ser mujer mientras ella anhela la libertad de ser hombre. Cabe destacar el atrevimiento de Elena Poniatowska por los años 1968, retratando con empatía a este personaje, cuando la homosexualidad seguiría condenada hasta finales del siglo XX. Jesusa danza "baile apache", que estilizaba el maltrato de un hombre a su pareja y estuvo de moda como danza importada de Francia, lo que comenta la protagonista al definir que "en otro país fuera de aquí, es de una mujer de la calle". Se llamaba apaches en la jerga parisina, como metonimia de los indios apaches, a las pandillas de delincuentes locales, representados como héroes plebeyos en aquellos bailes violentos.

Jesusa refiere cómo llegó a los 24 años a Oaxaca. Al oír su apellido, una mujer la relacionó con un oaxaqueño acaudalado, pero, en lugar de abrazarla, dicho tío la desconoció. Relata entonces su ascendencia con un

[10] Poniatowska, *Hasta no verte*, 1969, p. 21.
[11] Poniatowska, *Luz y luna*, 2007, p. 70.
[12] Poniatowska, *Hasta no verte*, 1969, p. 3.

abuelo mexicano y otro francés, siendo este último un soldado de la intervención francesa (1862-1867), quien se afincó en Oaxaca después de la derrota de los invasores. El padre de Jesusa heredó los rasgos europeos de un padre que se enamoró de su nuera ("mi abuelo murió de pura tristeza porque se le desapareció mi madre").[13] Las relaciones incestuosas forman parte de la realidad familiar en la que se mueve la protagonista. Sus padres huyen de la venganza de los tíos con un niño recién nacido, como José, María y Jesús por el desierto egipcio. Por determinismo social, pese a haber nacido en Miahuatlán, donde Porfirio Díaz venció al ejército francés, Jesusa se define como apátrida:

> Al fin de cuentas, yo no tengo patria. Soy como los húngaros: de ninguna parte. No me siento mexicana ni reconozco a los mexicanos. Aquí no existe más que pura conveniencia y puro interés. Si yo tuviera dinero y bienes, sería mexicana, pero como soy peor que la basura, pues no soy nada. Soy basura a la que el perro le echa una miada y sigue adelante. Viene el aire y se la lleva y se acabó todo. Toda mi vida he sido el mismo microbio que ve.[14]

El escepticismo perdura en el último tercio de la confesión de Jesusa cuando se acerca a la vejez y se queda sola, abandonada por el adolescente que crió, Perico, quien reaparece presentándose como "el hijo de Chuchita" y dándole una identidad de madresposa que nunca quiso, conforme con el discurso hegemónico, pues busca a "Jesusa Aguilar" en lugar de la oaxaqueña Jesusa Palancares.

En el mismo capítulo final, Jesusa pondera otra genealogía y sueña con un tiempo mítico de armonía natural y abundancia universal, sin atropello ni servidumbre: "nuestros abuelos caminantes comían legumbres y pescado. Sus antepasados bebían leche y miel en los ríos y llovía el alimento del cielo". Aprovechando el poder de la palabra, maltrata a la interlocutora que sigue callada y excluida de la comunidad mexicana: "allá en la Francia creen esas changueses, pero aquí en México somos cristianos y tenemos el cerebro más abierto".[15]

Jesusa sueña con la muerte, esperando volar, como gusano atrapado por un zopilote y llevado por los aires, lejos de la ciudad y de las puertas

[13] *Ibid.*, p. 21.
[14] *Ibid.*
[15] *Ibid.*, p. 29.

de las casas que encierran la soledad y la desgracia. La visión del vuelo del zopilote como destino final parodia el mito nacional de México: el águila que se posa con la serpiente en el nopal. Su biografía jaquea la versión oficial acerca de la filiación mexicana: la lengua, la religión, la revolución. Los fundamentos de la comunidad nacional imaginada no tienen sentido para ella ni para todos los de abajo, segregados del México oficial: "Todo el que viene nos muerde, nos deja mancos, chimuelos, cojos y con nuestros pedazos hace su casa. Y yo no estoy de acuerdo con eso, sobre todo ahora que estamos más arruinados que antes."[16]

Después de confesar aquella ensoñación, Jesusa despide a la oyente: "Ahora ya no chingue. Váyase. Déjeme dormir." La aspereza final traduce la liberación de la palabra a lo largo de los años de entrevistas. En la reconstrucción del proceso de redacción, Poniatowska apuntó la franqueza en el habla de la lavandera: "a medida que nació la confianza y sobre todo a mi regreso de un viaje de casi un año en Francia, Jesusa se soltó, me integró a su mundo, ya no se cuidó".[17] En 1978, después de diez años, la transfiguración de identidades fue trascrita con entusiasmo por la autora:

> Mientras ella hablaba, surgían en mi mente las imágenes, y todas me producían una gran alegría. Me sentía fuerte de todo lo que no he vivido. Llegaba a mi casa y les decía: –Saben, algo está naciendo en mí, algo nuevo que antes no existía, pero no contestaban nada. Yo les quería decir:
>
> Tengo cada vez más fuerza, estoy creciendo, ahora sí voy a ser una mujer. Lo que crecía o a lo mejor estaba allí desde hace años era el ser mexicana; el hacerme mexicana; sentir que México estaba adentro de mí y que era el mismo que el de la Jesusa y que con solo abrir la rendija saldría […]. Una noche, antes de que viniera el sueño, después de identificarme largamente con Jesusa y repasar una a una todas sus imágenes, pude decirme en voz baja: "Yo, sí pertenezco".[18]

Esta frase final exalta la mexicanización de la escritora nacida en Francia.

La inspiradora de Poniatowska terminó por aceptar dar la cara, tapándose la boca, como denegando "esta boca es mía" en la primera foto-

[16] *Ibid.*, p. 7.
[17] Poniatowska, *Luz y luna*, 2007, p. 49.
[18] Poniatowska, "Hasta no verte", 1978, p. 8.

Imagen 1. Entrevista Elena Poniatowska a Josefina Bórquez, febrero de 1966. Fotografía de Héctor García.



Fuente: Archivo Fundación María y Héctor García.

Imagen 2. Entrevista Elena Poniatowska a Josefina Bórquez, febrero de 1966. Fotografía de Héctor García.



Fuente: Archivo Fundación María y Héctor García.

grafía pública que reunió a Josefina y a Elena. En la segunda foto tomada a continuación por Graciela Iturbide, la biografiada y la biógrafa dejaron de ser colonizadas una por otra; por la vestimenta como por la sonrisa llegan a equipararse como hermanas.

AMOR A UNA MADRE: FIDELIDAD E ILUMINACIÓN

En 1996, Elena Poniatowska prologó el libro de memorias de su madre Paula Amor titulado *Nomeolvides*. Se trata de un testimonio íntimo, traducido del francés y del inglés por la propia Elena, a partir de los diarios de sus padres. Es un libro muy querido de la escritora, aunque probablemente se enfrentara con escollos al dar forma a aquel mosaico, lo que se deduce de una conversación de Paula Amor en presencia de Elena Poniatowska:

> Recuerdo que una vez una amiga suya le dijo: "¡Paulette, regálame tu libro en español!" y ella le contestó: "Oh no, Espérate a que salga en francés porque es tantísimo mejor." Bueno, yo me sentí un poco ofendida, como si estuviera diciendo que yo no lo había traducido bien, cuando yo siento que lo mejoré en un cien por ciento, llené los vacíos y establecí conexiones entre unas cosas y otras.[19]

El libro casi no se encuentra a la venta en 2019.[20] Reproducida de Plaza y Janés, la segunda edición tiene la apariencia artesanal de un libro publicado por cuenta propia, con numerosas fotos de familia, que ostentan la grandeza e intimidad familiar. También está adornado con un ramillete que separa los apartados: unos miosotis estampados que semantizan sinceridad y fidelidad. La novela autobiográfica *La "Flor de Lis"*, publicada en 1988, había sido la versión primigenia de estas memorias a cuatro manos. El título ya está explicado en *La "Flor de Lis"*, en una invocación de la niña narradora: "oh mi mamá de flores, me besa rápido llamándome 'mi myosotis' palabra que guardo en mi mano […] Me quedo sola con el nomeolvides aprisionado, latiendo uno, dos, uno, dos, sus pequeños pálpitos azules".[21]

[19] Pino Ojeda, *Sobre castas y puentes*, 2000, p. 24.

[20] La segunda edición de *Nomeolvides* me fue regalada por el profesor Efrén Ortiz Domínguez. Las citas remiten a esa edición de 1998.

[21] Poniatowska, *La "Flor de Lis"*, 2005, p. 17. Remito a la edición de *La "Flor de Lis"* de 2005 en este trabajo. Las comillas se explican por ser "Flor de Lis" el nombre de una tamalería de la

Madre e hija compartían las mismas vibraciones ante la visión de las flores silvestres, como aquel campo de narcisos blancos, en Suiza, "el símbolo de la infancia feliz […] ese campo de blancura perfumada en el que la luz era la de la felicidad", recuerda Paula.[22]

En el prólogo de *Nomeolvides*, Elena Poniatowska toma la pluma para contar las rutinas de una noche con su madre de 87 años en un hotel, hacia 1995. Relata que la biografía se inició como terapia, a la muerte de Jan, recomendada por la propia Elena, ante el abismo que representó la pérdida del único hijo varón.[23] La diarista Marie Bashkirtseff (1858-1884) inspiró a Paula Amor; recuerda: "el libro de Marie Bashkirtseff me hizo comprender el lado eslavo de mi genealogía al ver que ambas familias vivían existencias ociosas en villas alquiladas, acudían a las estaciones termales de Europa, hacían gala de nuestro mismo espíritu de independencia y originalidad. Eran infinitas sus semejanzas con nuestra forma de ser."[24]

El poeta católico Francis Jammes fue un corresponsal que a la vez dio consejos sobre la educación de las niñas y felicitó a Elena Iturbe de Amor, la abuela de Elena Poniatowska, por su fe, en una carta reveladora de la confianza y estima mutua entre el escritor afincado en los cercanos Pirineos y la señora de Amor:

> Veo frente a mí, cuando levanto los ojos, la maravillosa viñeta de Nuestra Señora de Guadalupe, en una mesa grande que mandé instalar, después de su partida, en la recámara en la que murió mi madre y en la que leímos y rezamos ese día de tempestad. El delicioso libro que usted me obsequió también está allí y creo que nunca me separaré de él. Es una fácil invitación a invocar a la dama cuyo traje parece haber sido hecho con el sol, la concha de nácar y las mariposas de México.[25]

La religiosidad de Paula trasciende desde las primeras líneas de *Nomeolvides*. En la edad adulta, el misticismo sería una línea divisoria entre madre e hija. La vida de Paula fue acompasada por las misas y los compro-

---

Ciudad de México. La flor de lis fue el emblema de la realeza francesa hasta que se impuso un gobierno republicano.

[22] Amor Poniatowska, *Nomeolvides*, 1998, pp. 48-49.

[23] La diferencia de *status* entre los hijos Poniatowski sería muy notable en las relaciones familiares, entre la sumisa vida femenina en el convento y el aprendizaje de la mecanografía, y la libertad del único varón, nacido y mimado en México, *alter ego* del padre aristócrata.

[24] Amor Poniatowska, *Nomeolvides*, 1998, p. 43.

[25] *Ibid.*, p. 27.

misos con la Iglesia, hasta ser dominada por un sacerdote francés, Paul Lefaubel, quien llegó a inmiscuirse en la casa familiar, como ángel del mal posesionándose de las mentes de todos e intentando violar a Bichette, una de las dos hermanas de Paula.[26] Elena Poniatowska, fascinada desde la niñez por el mensaje católico de caridad y solidaridad, quedó "como sonámbula" al oír cómo el padre espiritual se había declarado "un obseso sexual".[27]

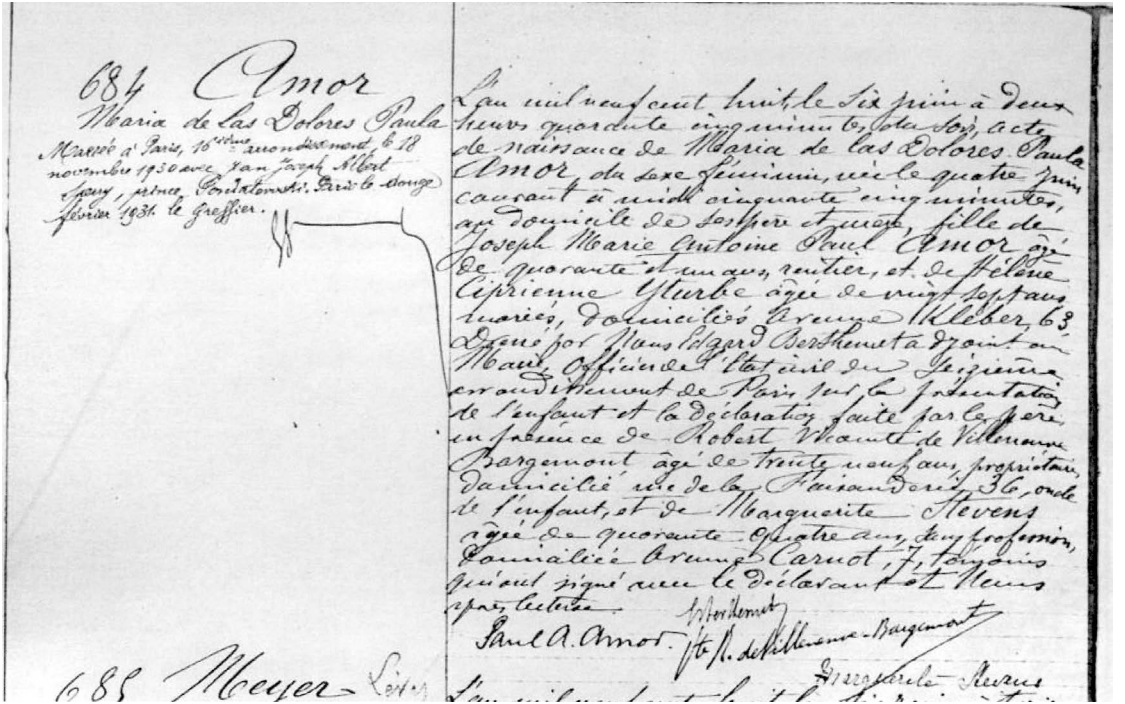
Las grafías francesas, inglesas y españolas se entremezclan en *Nomeolvides*, a imagen y semejanza del cosmopolitismo que orientó la historia familiar de los Amor desde el siglo XIX, no tanto por presunción sino por la naturalidad de la diglosia en familias bilingües. Poniatowska recordó: "mi madre habla mal español, lo habla con acento francés, aunque lo entiende muy bien".[28]

Un modelo escritural fue el abuelo André Poniatowski, autor de *D'un siècle à l'autre* sobre la genealogía familiar por Europa y América, un libro publicado en París en 1948. Las libretas del padre de Elena, Jean E. Poniatowski, redactadas en inglés a partir de octubre de 1943, fueron trascritas por Paula desde "su minúscula agenda con una lupa",[29] y alternan con las escasas cartas recibidas en tiempos de la segunda guerra mundial, cuando Johnny, de madre estadunidense, llegó a reunirse con las tropas de la Francia Libre en África del Norte. Los peligros de aquella época, los arrestos e interrogatorios están admirablemente trascritos y hacen de *Nomeolvides* un testimonio histórico sobre los peores años de la historia de Francia.

Nomeolvides, organizado en capítulos con títulos,[30] empieza con el nacimiento el 4 de junio de 1908 de la madre de la escritora, en el París más aristocrático, aquel de los distritos 8 y 16 de los Campos Elíseos, del Bois de Boulogne, la avenida Kleber y la plaza de Iena. La partida de nacimiento de Paula Amor Yturbe,[31] que está en el archivo histórico digitalizado de París, corrobora los datos de *Nomeolvides*, con esas variaciones tan frecuentes entre dos nacionalidades, como una errata en el nombre de pila por la oficina de Registro Civil (María de las Dolores). Paula o Paulette fue hija de padres mexicanos nacidos ambos en París (Joseph, Marie, Antoine, Paul Amor,

[26] *Ibid.*, p. 282.
[27] *Ibid.*
[28] Citado en Pino Ojeda, *Sobre castas y puentes*, 2000, p. 24.
[29] Pino Ojeda, *Sobre castas y puentes*, 2000, p. 205.
[30] En este aspecto *Nomeolvides* difiere de la construcción de *Hasta no verte Jesús*, pues la novela testimonial consta de secuencias simplemente numeradas que se ciñen al orden cronológico después del primer capítulo.
[31] Se alternan las grafías Yturbe e Iturbe según los usos administrativos (por la mayúscula de la I) y las preferencias individuales.

Imagen 3. Partida de nacimiento de Paula Amor, 4 de junio de 1908.



Fuente: Archives de Paris, 16N 99_C.

rentista de 41 años y Hélène, Cyprienne Yturbe de 27 años) y casados en México, una precaución de los tíos de Paula para salvaguardar la red familiar ante los riesgos de la pasión amorosa.

En 1907 la madre de Elena Yturbe y de otros tres hijos, viuda de Felipe Yturbe desde 1886, volvió a casarse en Burdeos con un escritor y aventurero francés, Frédéric Chasseriau, 22 años menor que la acaudalada Hélène Idaroff de Yturbe. Paula Amor recordará el escándalo en torno a su abuela, decisivo para la suerte de sus propios padres:

> Ese matrimonio [de la abuela] no le parecía decente [a Miguel Yturbe] arregló no sé cómo, que mamá y su hermana Thérèse vivieran primero en la Place des États-Unis y de allí acompañada por su chaperona, Miss Stevens, salieran a México a alcanzar a sus hermanos Paco y Pipo. A causa de su severa vigilancia, mamá y auntie Geis no se divertían nada. Por eso fue que de muy buena gana, mamá aceptó el partido que le ofrecían sus dos hermanos: Pablo Amor quien también venía de Europa. Jugadores de polo, *amateurs* de caballos, Pipo y Paco [los tíos Yturbe] apreciaban a tu abuelo, Pablo Amor.[32]

El enaltecimiento de la familia es prioritario en las alianzas matrimoniales. La abuela nacida en San Petersburgo e hija del embajador de Rusia en México, Helena Idaroff estuvo casada con un Yturbe. Viuda, llevó una vida más libre con el apoyo de su hijo predilecto, el diplomático y pintor Francisco Yturbe, mientras Paula tardaría más de 20 años antes de volverse a casar. Hélène Idaroff, a la vez modelo y antimodelo, es recordada en *Nomeolvides* como la "madona de los *sleepings*", por sus viajes en vagones de lujo al centro de Europa. Elena Poniatowska ha pintado recientemente esa figura mítica de la familia a partir de los recuerdos y fotos de su madre: la abuela bajita y pelirroja murió en 1932 el año en que nació Elena.

La elección de Paula Amor al casarse con el príncipe Poniatowski corresponde a las mismas obligaciones internalizadas de ubicarse en la alta sociedad y evitar descastarse tanto más que una prima se había casado con un príncipe alemán[33] y las dos hermanas de Paula también se casaron con hombres de la alta sociedad en México o en París. En cuanto a Elena, se

[32] Amor Poniatowska, *Nomeolvides*, 1998, pp. 45-46.

[33] María de la Piedad (Piedita) Iturbe y Scholtz (1892-1990), hija de Manuel Yturbe (migrante bilbaíno, nombrado diplomático mexicano en Madrid) y de Trinidad von Scholz Hermendorf de una aristócrata alemana, con raíces en Andalucía, se casó con el alemán Max-Egon de Hohenlohe registrado en el Gotha.

casaría en 1968 con el famoso astrónomo Guillermo Haro, quien le llevaba 19 años.

Nomeolvides relata primero la infancia de Paula Amor. Sus balbuceos fueron en inglés al vivir en un castillo de Gran Bretaña (Fairlight) y criada por una nodriza inglesa, tal vez Margarita Stevens, firmante del acta de nacimiento junto con el vizconde Robert Villeneuve de Bargemont, esposo de María Teresa Yturbe. El hijo de la pareja, Boby Villeneuve Yturbe sería uno de los admiradores de Paula y también un alpinista que murió ascendiendo el Pic du Midi, en los Pirineos franceses, todo un modelo de héroe que imitar y superar. Si bien la elite económica hispanoamericana adoraba París, los parisinos no compartían la misma admiración hacia los forasteros como ya lo había apuntado Ignacio M. Altamirano, en 1891 cuando se vio obligado a asistir a un entierro con "los *rastaquoueres* hembras y machos de la colonia mexicana, compuesta en su mayoría de conservadores, traidores a la patria y enemigos de la República de México y de la de Francia, en la que viven, pretendiendo asociarse a los aristócratas de aquí que los desprecian profundamente".[34]

Cuando comenzó la gran guerra, los Amor, como otras familias extranjeras, viajaron al sur de Francia y se instalaron en Biarritz donde solían veranear las colonias más acaudaladas, tanto eslavas como hispanoamericanas, en el balneario inaugurado por la emperatriz Eugenia de Montijo y Napoleón III.

Allí llegaron los Iturbe, los Corcuera, los Subervielle, los Landa, los Rincón Gallardo,[35] y también los Díaz, los Escandón, los Casasus, los Limantour, los Altamirano,[36] aunque la biografía de Paula Amor no aluda a la presencia de estos últimos. A partir de 1915 sufrieron el embargo alemán, que dificultó las transferencias bancarias además de los efectos directos de la revolución mexicana. *Nomeolvides* cuenta el tan temido desclasamiento que afectó a las familias exiliadas cercanas: los Amor, los Yturbe y los Subervielle. Elena Amor Yturbe se ve obligada a vender sus alhajas; su madre, Elena Idaroff de Yturbe se desespera al vender la casa Haitsura; "lloró mucho después de la firma de compraventa y regresó a buscar a los compradores de nombre Aramayo pidiéndoles que anularan el contrato".[37] Para consolarla, Francisco Iturbe le ofreció vivir en otro palacete de Biarritz, la *villa* Fal, una casa con

[34] Altamirano, *Obras completas*, 1989, vol. 20, p. 365 (entrada 1891), citado en Rodríguez, "Mexicanos en París", 2017, pp. 282-283.

[35] Amor Poniatowska, *Nomeolvides*, 1998, p. 24.

[36] Tello, *Un relato*, 1993, pp. 47-48.

[37] Amor Poniatowska, *Nomeolvides*, 1998, p. 29.

fachada de templo griego inspirada de la obra de Wagner, Parsifal, y que él había mandado construir antes de que ocurriera la revolución mexicana.

Los juegos de las niñas Amor se ven entristecidos por la enfermedad. Paul Amor queda paralítico y mudo, sólo capaz de amenazar la alegría de Paulette cuando esboza un pasito de baile en su presencia. Muere el 30 de octubre de 1918 en la casa de huéspedes Toki Ona,[38] en el centro de Biarritz, a pocos días del armisticio de la gran guerra. La partida de defunción no da ninguna información que lo relacione con México, sino que lo define como rentista, nacido en 1866 en Varengeville, hijo de Ignace Raphaël Amor y casado con Hélène de Yturbe. No se registró ninguna sucesión en la notaría de Biarritz: se declaró que no había activos que transferir.[39] Pero, como recuerdo, a lo largo de su vida, Paula conservó "una acuarela de una casita sobre el camino a Bayonne",[40] además de otros paisajes y cuadros de flores pintados por Felipe Iturbe, su tío y por la pintora impresionista, Mathilde Sée, amiga de su madre y conocida en la historia del arte por algunos hermosos pasteles.

Madre y huérfanas permanecieron en Biarritz por unos meses; Paulette recuerda con mucha emoción su primera comunión el 19 de junio de 1919 en la iglesia Saint Charles (San Carlos) de Biarritz y el regalo de un papalote "soberbio, tricolor" que le hizo su amiga Carmen Corcuera, ya que "no quería nada de cosas religiosas: ni rosario, ni misal, ni crucifijo, ni ánfora de agua bendita".[41] Elena Iturbe de Amor vistió en adelante de luto. Por vez primera, llevó a sus hijas a México, aprovechando la relativa estabilidad política y en busca de la herencia de su esposo, igual que, como a finales del siglo XIX, Adelaida Subervielle trató de recuperar parte de los bienes de Ignacio Amor en México contra la familia Escandón.

Entre los primeros recuerdos de Paulette, al llegar de Nueva York, están la celebración de Navidad, con las posadas tan propias de México y luego una estadía en la hacienda de los Iturbe, la Llave en Querétaro, salvada de las destrucciones de la revolución por la permanencia de uno de los tíos: "fue para mí el descubrimiento del paraíso".[42]

[38] La inscripción Toki Ona (lugar bueno) sigue visible en la puerta del hotel Alcyon de Biarritz, calle de la Maison Suisse.

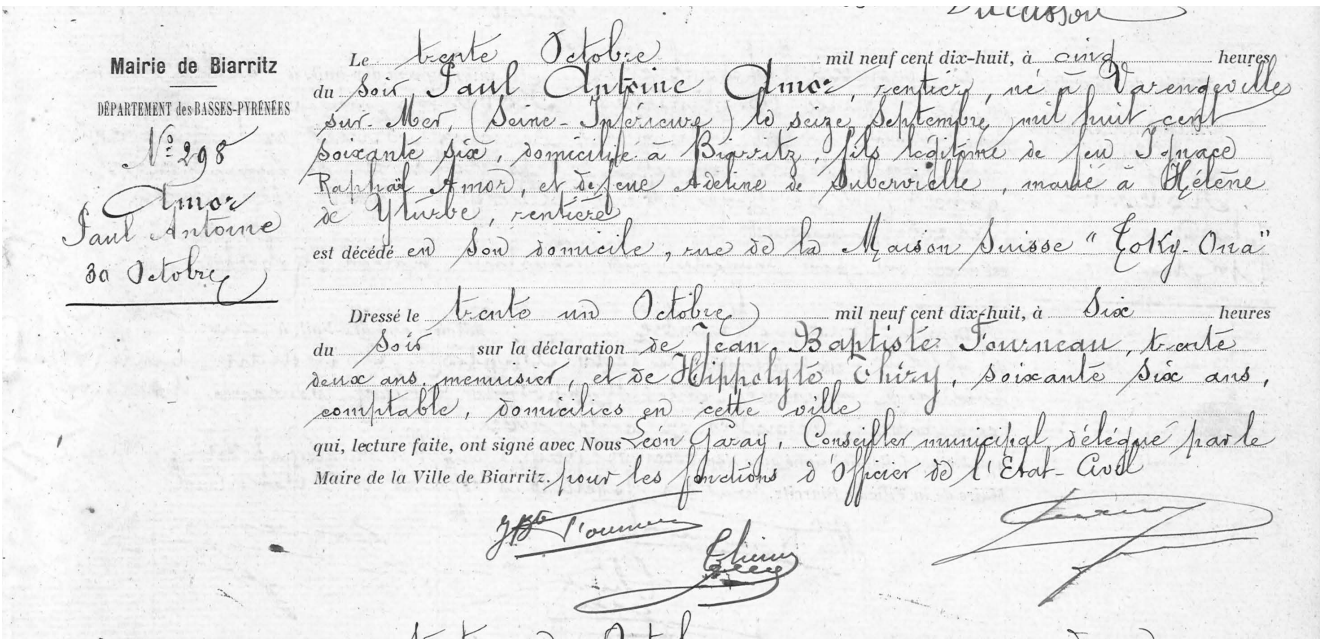
[39] Consulta realizada por Nathalie Rebena, del Archivo Departamental de Pirineos Atlánticos, en los protocolos notariales de Biarritz.

[40] Amor Poniatowska, *Nomeolvides*, 1998, p. 301.

[41] *Ibid.*, p. 28.

[42] *Ibid.*, p. 39.

Imagen 4. Partida de defunción de Paul Amor, 30 de octubre de 1918.



Mairie de Biarritz

DÉPARTEMENT des BASSES-PYRÉNÉES

N° 298

Amor
Paul Antoine
30 Octobre

Le trente Octobre mil neuf cent dix-huit, à cinq heures du soir Paul Antoine Amor, rentier, né à Varengeville sur-Mer, (Seine-Inférieure) le seize Septembre mil huit cent soixante six, domicilié à Biarritz, fils légitime de feu Ignace Raphaël Amor, et de feue Adeline de Subervielle, marié à Hélène de Yturbe, rentier,
est décédé en son domicile, rue de la Maison Suisse "Eoky-Ona"

Dressé le trente un Octobre mil neuf cent dix-huit, à Six heures du Soir sur la déclaration de Jean Baptiste Fournean, traité deux ans, menuisier, et de Hippolyte Chiry, soixante six ans, comptable, domiciliés en cette ville
qui, lecture faite, ont signé avec Nous Léon Garay, Conseiller municipal délégué par le Maire de la Ville de Biarritz, pour les fonctions d'Officier de l'Etat-Civil

Fuente: Archives départementales des Pyrénées-Atlantiques, Pôle de Bayonne, 4 E 122/66.

Aunque fugaces, las impresiones develan la desigualdad social, la cultura inasequible de los indios "vestidos de satines incrustados de espejos, con plumas en la cabeza y [que] bailaban y cantaban con una voz monótona durante horas sin cansarse, en todas esas impresiones que se me grabaron para siempre está el origen de mi amor por México".[43]

Una foto de Paula vestida de china poblana ilustra la voluntariosa adhesión a la identidad mexicana, descubierta por los viajes iniciáticos que se repitieron entre los once y los quince años, tiempo en que fue alumna en el convento San José de las monjas francesas, antes de regresar a Europa y estudiar en un internado suizo. Esta foto sería motivo de inspiración para Elena Poniatowska; la escritora pintó a su madre de china poblana "todo con listones y cintas".[44]

En varias oportunidades Paulette y sus hermanas se disfrazaron como aseveran las fotos.[45] La elección de un traje no está desprovista de sentido, sino que tiene todo un trasfondo sicológico: es una estampa para una misma, y también para los familiares a los que se les hará entrega como prueba de vida y seña de identidad.

Si bien *Nomeolvides*, como indica la portada, es la autobiografía de Paula Amor Poniatowska, los lectores deben confiar enteramente en la fidelidad de la traducción por amor filial, a diferencia de la rescritura en *Hasta no verte Jesús mío*, *La "Flor de Lis"*, *El tren pasa primero* y otras tantas ficciones de Poniatowska destinadas al público anónimo, y no discutibles por el entorno familiar.

OTRO TESTIMONIO, JUNIO DE 2019

En junio de 2019, como en 2018,[46] Elena Poniatowska aceptó mi solicitud de una cita y me recibió en su casa de Chimalistac. Quería averiguar una serie de informaciones de *Nomeolvides*, y especialmente tener acceso a las libretas originarias de Paula Amor y Jean E. Poniatowski. Pero, por correo, me informó de que no las ubicaba. Esta vez, Elena tuvo más tiempo

[43] *Ibid.*

[44] Schuessler, *Elenísima. Ingenio*, 2013, p. 71.

[45] Carlos Fuentes recordó a "'La Poni': la vi por primera vez disfrazada de gatito en un baile del Jockey Club de México". *Ibid.*, p. 29.

[46] Véase el artículo: Isabelle Tauzin-Castellanos, "Un vent d'espoir souffle sur le Mexique. L'écrivaine Elena Poniatowska raconte" en *The conversation*, 29 de junio, 2019, en <http://theconversation.com/un-vent-despoir-souffle-sur-le-mexique-lecrivaine-elena-poniatowska-raconte-98976>. [Consulta: 10 de octubre de 2019.]

para dialogar;[47] el año pasado iba a recibir una clase de pintura y toda la casa estaba dispuesta, previendo la cita con el profesor de dibujo. El 12 de junio de 2019, se presentó alborozada, bajando las escaleras interiores, agilísima, vestida con un chándal rejuvenecedor, color de rosa. Martina, quien administra la cocina y el jardín, me ofreció un riquísimo aperitivo: "Son botanas", precisó Elena Poniatowska, instruyéndome con ese mexicanismo. La comida es casera y a la vez refinada, con un postre de toronja en forma de tornasol.

Elena Poniatowska me asombra por el relato tan directo sobre su familia, explicaciones que corroboran lo que estaba entre líneas en *Nomeolvides*. La vida familiar no fue un largo río tranquilo; el padre, el aristócrata héroe de la liberación de Francia, descendiente de príncipes polacos, ahogó sus penas y fracasos empresariales con el licor; Paula Amor nunca quiso vivir en México y siempre soñó con regresar a instalarse en Francia. De hecho, los abuelos Poniatowski no estaban de acuerdo con la partida de la madre y las niñas pese a la ocupación de Francia por los alemanes. El retorno se hizo imposible porque les fue mal en los negocios y, según el testimonio recogido por M. Schuessler, la devaluación del peso arruinó para Elena las posibilidades de seguir una carrera universitaria en Estados Unidos. En lugar de comprarse un departamentito en París, los padres terminaron adquiriendo uno en la Riviera francesa, cerca de Cannes y Saint-Tropez, balnearios míticos, lugares del desembarco en Provenza en 1944, pero sin gracia en comparación con París ("maman était malheureuse, elle aurait voulu retourner en France mais cela n'a pas été possible").[48] La conversación se desliza sin tapujos –"à bâtons rompus"–, íntima y a la vez interesante porque permite desbaratar la leyenda de la vida fácil por no decir principesca de Elena.

Por la contemplación de la sumisión en y fuera del hogar, se entiende la sensibilidad de Poniatowska a la condición femenina, expresada tanto en escritos recientes como en entrevistas antiguas junto a la abogada feminista Giselle Halimi, quien resumió ante Elena hacia 1974: "Debemos crear una estructura femenina en la que las mujeres se sometan a una especie de pedagogía de la política y de la libertad, una dinámica feminista. Que se

[47] Elena Poniatowska dio una conferencia en 2009 en la universidad Bordeaux Montaigne, en <https://www.franceculture.fr/conferences/universite-bordeaux-montaigne/elena-poniatowska-amor>. [Consulta: 10 de octubre de 2019.]

[48] "Mamá fue infeliz; hubiera querido volver a Francia pero no se pudo". Entrevista a Elena Poniatowska, realizada por Isabelle Tauzin, Chimalistac, Ciudad de México, el 12 de junio de 2019.

enseñen a ponerle fin al subdesarrollo, que aprendan a hablar porque no suelen hacerlo."[49]

Cuando más joven, por los años 1950, Elena no se atrevió a dirigirse a Simone de Beauvoir pese a estar en el mismo café. A expensas de una entrevista, bromeó con el humorismo que define su escritura, que es una disculpa, un pudor y no tiene nada de la gravedad y presunción francesas: "Simone de Beauvoir debería vivir en México una temporada, morder una calaverita de azúcar con su propio nombre, colgar una calaca en la cabecera de su cama, probar pan de muertos en el mes de noviembre, prender veladoras, y tarde o temprano, ¡o se cura o se muere!"[50]

Jardín de Francia, esa suma de entrevistas, es un increíble tesoro sobre la Francia de la segunda mitad del siglo XX y las relaciones bilaterales entre México y Francia, con entrevistas a actores (Gérard Philippe, Madeleine Renaud...), escritores (Eugène Ionesco, Françoise Sagan…), intelectuales como Jean-Paul Sartre y Raymond Aron, historiadores como Bataillon y Braudel… A la vez permite observar el precoz compromiso de Elena, quien entrevista al fundador del movimiento de solidaridad *Emaús*, el abate Pierre: "Si no somos capaces de canjear nuestra comodidad por la miseria ajena, sólo somos farsantes", y también a la musa del existencialismo, la cantante Juliette Greco: "Me interesa el trópico […] quisiera conocer México porque a mi gran amigo Charles Trenet le encantaron los mexicanos […] Me fascinaría ver las ruinas de Chichén Itza y Uxmal, pero lo que más me gustaría es que me acompañara mi hija Laurence. ¿Y su marido? –No tengo marido– respondió con voz seca y dio por terminada la entrevista."

El casamiento de Paule Amor con Jean Poniatowski fue, más que enamoramiento, por las conveniencias sociales, por seguir el ejemplo de las otras dos hermanas. La escritora me explica que desposarse con un príncipe era cumplir con el sueño de formar parte de la aristocracia. La condición femenina que conoció Paula Amor fue la sumisión y no tuvo otra oportunidad fuera del matrimonio, de ahí la religiosidad en México. En la Francia de los años locos, había trabajado en el Museo del Hombre clasificando cerámicas mexicanas, había seguido las clases del antropólogo Paul Rivet y conocido a Jacques Soustelle. Para evadirse de la vida de recién casada, "que no [le] traía muchas alegrías acostumbrada a la conversación

[49] Poniatowska, *Jardín de Francia*, 2005, pp. 259.
[50] *Ibid.*, pp. 288-289.

de la casa de mamá en la que todos intervenían a tontas y a locas",[51] fue vendedora y luego encargada de las relaciones públicas para la modista Elsa Schiaparelli. Entre 1939 y 1942, puso su vida en peligro conduciendo ambulancias de la Cruz Roja, en medio de los refugiados, los bombardeos y los campos de internamiento en el norte de Francia. En cuanto a Jean Poniatowski estuvo peleando en todos los frentes, hasta en el África y en Italia. La violencia de las escenas a las que asistió debió de afectarle e impedir el regreso a una vida normal, después de pasar años en medio del ruido, el furor, los cadáveres y las ruinas, lo cual confirma las reflexiones en *Elenísima*: "llegó de la guerra muy golpeado. Tuvo varias misiones muy peligrosas en que lo tiraban en paracaídas a zonas de ocupación. Regresó héroe de guerra […] lleno de condecoraciones pero con una salud quebrantada […] Mamá vivió en un estado latente de dolor que jamás enseñaba."[52]

Ante mí, espontáneamente, Elena rememora emocionada las salidas en bicicleta con su hermana en la meseta central de Francia, en un pueblecito llamado Francoulès donde tuvieron a dos amiguitas francesas como ellas. No sabe qué fue de ellas después de la guerra ni le puedo dar razón por no haber llegado a ubicarlas. Allí está la capilla mortuoria de los abuelos Poniatowski.[53] Acerca de la escena relatada en *Nomeolvides*, en la que las dos hermanas juegan en la estación de Cannes, imitando a Hitler y Mussolini, en 1942, en plena ocupación alemana, recuerda sobre todo que ambas discutían constantemente y por eso, ya en México, fueron enviadas a estudiar a un convento en Estados Unidos, un régimen muy duro que Kitzia no aguantó.

Elena Poniatowska agradece la entrega de una historieta francesa que empezó a publicarse a inicios del siglo XX, en la revista para niñas *La Semaine de Suzette*; Paulette Amor contaba que ella la leía en Biarritz, en aquellos años de la gran guerra. Se alegra por ella y dice que Bécassine, la protagonista bretona, la criada cándida que llega a la ciudad sin saber nada, no es una tontuela, sino que la gente la mira de esa manera (como a Jesusa), no saben ver la vanidad de su propia existencia en los ojos de la muchacha trasplantada en París. La visita termina después de que Elena Poniatowska me enseña las gruesas cajas donde está el manuscrito ya tipeado de *Nomeolvides*, junto con muchas fotos, las que están en el libro y

[51] Amor Poniatowska, *Nomeolvides*, 1998, p. 85.
[52] Schuessler, *Elenísima*, 2013, pp. 89-90.
[53] Una foto del 'caveau' es visible en un libro de historia local del departamento rural de Lot.

una que no está, de la abuela Elena Idaroff jovencísima, la futura madona de los *sleepings cars*, su inspiradora.

Concluye la entrevista y deduzco para mis adentros, que sí, existe un vínculo entre las vivencias de Jesusa y la vida de otras muchas mujeres, incluso las Amor y Poniatowska. De ahí que la novela llegue a los 50 años, tan contemporánea y para nada se la puede olvidar en un cajón, como "démodée", pasada de moda. En cuanto a la situación de México, el 5 de junio López Obrador acaba de pasar por las arcas caudinas de Trump para evitar la quiebra de la economía nacional (como los acuerdos en 1938 de ingleses y franceses en Munich ante Hitler). México se compromete a reducir el flujo migratorio desde la frontera sur. Elena Poniatowska termina expresando su temor a la recién creada Guardia Nacional. Ante el crimen y la corrupción generalizados todavía no se ve el cambio anhelado.

FUENTES CONSULTADAS

Archivos

Archivo Departamental, Bayona.
Archivo de París, Francia

Hemerografía

Excélsior, ciudad de México.
La Jornada, ciudad de México.

Bibliografía

Amor Poniatowska, Paula, *Nomeolvides*, México, Plaza y Janes, 1998.

Barbería, Graciela, "Configuraciones de la memoria individual y colectiva en *Hasta no verte Jesús mío*", *Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas (CELEHIS)*, Universidad Nacional de Mar del Plata, núm. 10, 1998, Argentina, pp. 11-22.

Castellanos, Rosario, *Balún Canán,* México, Fondo de Cultura Económica, 1957.

Castro, Miguel Ángel y Ana María Romero Valle, *El viajero y la ciudad*, México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas-UNAM, 2017.

Franco, Jean, "*La Flor de Lis* (Elena Poniatowska) dans le miroir de *Nomeolvides* (Paula Amor Poniatowska): identité et mysticisme", *Elena Poniatowska ou la littérature qui monte de la Rue*, Universidad de Lyon, 20 de marzo de 2009, en <https://www.institutdesameriques.fr/sites/default/files/154067_elena_poniatovska.pdf>. [Consulta: 16 de junio de 2019.]

Perilli, Carmen, "Contar la vida para no comer olvido", *Inti: Revista de Literatura Hispánica*, vol. 1, núm. 61, primavera-otoño, 2005, pp. 179-190.

Pino Ojeda, Waleska, *Sobre castas y puentes: conversaciones con Elena Poniatowska, Rosario Ferré y Diamela Eltit*, Santiago de Chile, Cuarto Propio, 2000.

Poniatowska Amor, Elena, *Hasta no verte Jesús mío*, México, ERA, 1969.

_____, "Las escritoras mexicanas calzan zapatos que les aprietan", *Los Universitarios*, núm. 54, octubre, 1975, México, pp. 15-31.

_____, *La "Flor de Lis"*, México, ERA, 2005.

_____, *Jardín de Francia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005.

_____, *Luz y luna, lunitas*, México, ERA, 2007.

_____, "Hasta no verte Jesús mío", *Vuelta*, núm. 24, noviembre, 1978, México, pp. 5-11.

Rodríguez, Miguel, "Mexicanos en París: visión de la Ciudad Luz a partir de los diarios íntimos" en Miguel Ángel Castro y Ana María Romero Valle, *El viajero y la ciudad*, 2017, pp. 282-283.

Schuessler, Michael K., *Elenísima. Ingenio y figura de Elena Poniatowska*, México, Booket, 2013.

Steele, Cynthia, "Testimonio y autoridad en *Hasta no verte Jesús mío*", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, núm. 18, 1992, Lima, pp. 156-180.

Tauzin-Castellanos, Isabelle, "Tren, cárcel y condición femenina, tres novelas en una: ¿Cómo leer El tren pasa primero de Elena Poniatowska?", *Revista Comunicación*, Universidad Pontificia Bolivariana, núm. 27, enero-diciembre, 2010, Colombia, pp. 125-135.

Tello Díaz, Carlos, *Un relato de familia*, Barcelona, Debolsillo, 1993.

HACIA ESTADOS UNIDOS

VIAJAR EN TIEMPOS DIFÍCILES: LUIS DE LA ROSA OTEIZA Y SU VIAJE A ESTADOS UNIDOS

Laura Suárez de la Torre

Para cuando Luis de la Rosa emprendió el viaje a Estados Unidos, con una designación oficial en tanto ministro extraordinario y enviado plenipotenciario, contaba con un gran bagaje cultural en tanto abogado, lector incansable, escritor prolífico, redactor del *El Siglo Diez y Nueve*, colaborador en distintas revistas como *El Mosaico Mexicano*, *El Museo Mexicano*, la *Revista Científica y Literaria*, entre otras, admirador de madame de Staël, de Chateaubriand y Byron.

Con una trayectoria política que lo había llevado a estar en su natal Zacatecas fungiendo como diputado o a nivel nacional en el congreso en reiteradas ocasiones, se le conocía por su postura liberal moderada. Estableció lazos con José Joaquín de Herrera y Manuel de la Peña y Peña, quienes en los momentos más decisivos durante y después de la guerra con Estados Unidos, le pidieron su colaboración para ejercer como ministro universal y pactar la paz y, posteriormente, representar a México, después de la derrota, ante el gobierno estadunidense.

Se le reconocía como un hombre que amaba profundamente a México. Sus escritos revelan esta faceta. Esas colaboraciones que redactó para las principales revistas literarias recogen su visión sobre la naturaleza del país, sobre la riqueza histórica, sobre cuestiones filosófico-religiosas. Se podría decir que la vida de Luis de la Rosa transcurrió en "combinar sus actividades públicas con empresas editoriales". Desarrolló una "labor en pro de la cultura nacional" y era consciente de la necesidad de participar en distintos proyectos culturales.[1] Para *El Ateneo* preparó su magnífico texto "Utilidad

[1] Suárez de la Torre, "Luis de la Rosa" (Introducción), 1996.

de la literatura en México" en el que señalaba la importancia de las letras en el desarrollo de una nación y exponía las distintas etapas de la literatura en el mundo occidental, así como las lecturas obligadas para su aprendizaje, entre otras muchas recomendaciones.

Ese bagaje cultivado en lecturas, viajes por el territorio nacional, conversaciones, escritos, traducciones, le brindarían todo un cobijo intelectual para enfrentar debates políticos, para redactar las páginas literarias y científicas, para manifestar sus intereses como ilustrado y romántico y para mostrarse como un hombre de su tiempo con aspiraciones y preocupaciones por el México que estaba construyendo.

Ese bagaje sería también indispensable para calibrar y poder apreciar el desarrollo y potencial de Estados Unidos. No obstante, el momento en el que viaja afianzará sin duda, en un primer momento, su identidad como mexicano y le hará mirar desde esa perspectiva su encuentro con el país vecino.

Con este texto, me propongo mostrar la mirada que tuvo Luis de la Rosa de Estados Unidos y destacar aquellas cuestiones que generaron en él los motivos para consignar en sus escritos y recoger de sus testimonios aquellos aspectos que revelen su postura frente a esa nación. Me interesa presentar la visión que se propuso ofrecer del vecino norteño en su diario de viaje que redactó entre octubre y noviembre de 1848, cuando con un cargo oficial partió a Estados Unidos, tan sólo unos meses después en que México había firmado el tratado de paz, tratado en el que De la Rosa había sido uno de sus artífices, así como mostrar cómo ese viaje le ofreció grandes enseñanzas y cómo quiso aprovecharlas para su país, al redactar otros textos que revelarían su admiración por esa nación.

EL DIARIO DE VIAJE

Cuando comenzó su periplo hacia el vecino del norte, viajar fuera del país no era común entre los mexicanos. Sin embargo, el XIX sería conocido como el siglo de los viajes puesto que entre los europeos de la elite se había convertido casi en una obligación, pues se decía: "los viajes educan a la juventud".[2] Se consideraba que el aprendizaje que otorgaban los viajes no se comparaba con ninguna otra educación. Las artes viajeras o apodémicas

[2] Venayre, "Escribir el viaje", 2018, p. 9.

establecían rutas, señalaban prácticas, acercaban a la historia y a la geografía. Pero sobre todo el viaje se convertía en un constante aprendizaje al enfrentar "al Otro", pero, al mismo tiempo al enfrentarlo consigo mismo.[3]

Los viajes en esa centuria se multiplicaron como lo hicieron los caminos y los transportes, facilitando los desplazamientos y reduciendo los tiempos para alcanzar otros espacios.[4] La cultura del viaje reflejaría distintos problemas como la idea del tiempo, la velocidad, el desplazamiento, los imaginarios y las representaciones que se hacen, pero también implicaría de manera importante la escritura que dejaría en testimonios apreciaciones de lo visto y, al mismo tiempo, los sentimientos que se generan en el autor;[5] se presenta como un reencuentro, en tanto reconocimiento de lo imaginado y, en paralelo, como una experiencia personal que se busca dejar plasmada como expresión de lo vivido y con la intención de compartirse.

Cuando a finales de 1848 De la Rosa viajó a Estados Unidos con la encomienda diplomática, en México existía un imaginario en torno a ese país, del que se consideraba que, en muy poco tiempo, había logrado un desarrollo político y económico que no dejaba de sorprender a los mexicanos. Quienes habían viajado al vecino del norte, reconocían a su población como "laborios[a], activ[a], reflexiv[a], circunspect[a], religios[a]… tolerante, libre, avar[a], orgullos[a] perseverante".[6] Representaba la modernidad y, al mismo tiempo, la aspiración de lo que se quería llegar a ser. El mejor ejemplo de este éxtasis lo estampó Lorenzo de Zavala, quien pretendía hacer de México un país a imagen y semejanza de la pujante nación.

La guerra que había arrebatado territorio a México marcó una reticencia hacia Estados Unidos pues se constataba que, sin pudor alguno, se expandía hacia el oeste y el sur contrariando los intereses mexicanos. Difícil debió haber sido para Luis de la Rosa asumir la tarea que se le en-

[3] Venayre, *Le siècle du voyage* (Présentation), 2006, p. 9.

[4] En su tendencia a condenar la etapa colonial, Ignacio Manuel Altamirano "…considera que las prohibiciones durante la Colonia provocaron el fin de la condición nómada de nuestros ancestros, obligándolos a radicar dentro de sus propias fronteras." Si bien en ello hay una parte de verdad, tendría que aclararse que viajar no fue fácil ni en la etapa colonial ni después de la independencia. Los caminos y los transportes no se correspondían ya en el XIX con los adelantos que tenían en Europa y Estados Unidos. Viajar estaba destinado a unos cuantos. Chávez, "Viajeros mexicanos del siglo XIX", 2009, p. 130.

[5] Bajo la influencia de la estética romántica, los viajeros-escritores intentaban expresar las emociones experimentadas.

[6] Enrique Krauze, "Mirándolos a ellos. Actitudes mexicanas frente a Estados Unidos", *Letras Libres*, 30 de junio de 2007, en <https://www.letraslibres.com/mexico-espana/mirandolos-ellos-actitudes-mexicanas-frente-estados-unidos>. [Consulta: 28 de mayo de 2019.]

comendaba en ese momento por el compromiso que significaba: vigilar el cumplimiento del tratado, así como tener que marcharse de su patria. No obstante, su interés por conocer y por descubrir a la nación vecina se haría patente en las páginas que redactaría.

Seguramente su estado de ánimo, antes y durante la travesía, estuvo marcado por muchos sentimientos: abandonar México, saber que se enfrentaría al vecino triunfante y que lo que vendría sería una labor diplomática difícil en un país al que se consideraba moderno y próspero, pero también ambicioso y peligroso. El interés por conocerlo le animaba y el de reflejar su visión sobre él le llevó a escribir un diario de viaje, apuntando las primeras impresiones de lo que enfrentaba. Ese diario le acompañaría desde el momento en que se marchó de la ciudad de México el 25 de octubre de 1848 y lo terminaría un mes después, el 24 de noviembre, día en que llegó a Washington. Su mirada curiosa le fue dando los motivos para anotar y registrar aquello que llamó su atención y, al mismo tiempo, manifestar los sentimientos que le acompañaban.

Como mencioné, cuando salió del país conllevaba una larga trayectoria como político experimentado, pero también como escritor de pequeñas composiciones literarias. Es curioso ver que antes de salir reunió y entregó al impresor José Mariano Fernández de Lara una serie de páginas literarias, publicadas aquí y allá, en revistas misceláneas para las que colaboró. Su objetivo era constituir un pequeño librito en cuyo prefacio anunciaba el motivo de su publicación. Reunir aquellos textos que hacían "la descripción de los más hermosos paisajes de México que yo he podido observar, y cuyas bellezas he procurado bosquejar ligeramente".[7]

Publicaba esta *Miscelánea de escritos descriptivos* como un testamento simbólico de lo que, podemos pensar, en caso de no regresar dejaba como testimonio de sus impresiones sobre México, que no únicamente incluía las bellezas naturales, sino también aquellas situaciones que para él resultaban representativas y requerían ser descritas: escenas campestres, fenómenos naturales, cuestiones morales o filosóficas, es decir, lo que para él simbolizaba a México, lo que requería ser destacado.

Allí también refirió su interés por la escritura. La consideraba un entretenimiento en "las horas de descanso", "en los ratos de fastidio que suele uno sufrir en la vida del campo, o en las noches cansadas y tristes que se pasan algunas veces en la soledad, principalmente en el Otoño y en el

[7] Rosa de la, *Miscelánea de escritos*, 1848, p. 10.

Invierno".[8] Y en esas páginas iniciales daba consejos a los jóvenes de cómo escribir:

> no se dejen arrebatar de las primeras impresiones: […] observen y contemplen la naturaleza; que la estudien en la soledad profundamente; que se concentren en sí mismos para meditar en las bellezas que han de describir; que no hagan abortar jamás sus pensamientos; que no sea confidente de ellos sino Dios, hasta que una chispa de su divina inspiración los vivifique y los encienda.[9]

Con sus propias herramientas conceptuales, De la Rosa iniciaría la escritura de su diario. Entre que comenzó a escribir "para sus amigos" y publicó el diario, podemos pensar que transcurrió un año. Lo imprimió en Estados Unidos, con una intención expresa: "con el bosquejo que hago de algunas bellezas de este país, excite a mis amigos a venir a examinarlo […] este viaje les proporcionará muchos deleites y conocimientos muy importantes para los progresos de la civilización en México".[10] Esta es una clave que se tiene que considerar pues, para él, Estados Unidos representaba la idea que Zavala había planteado y que el propio ministro constató. La introducción en la que están contenidas estas aspiraciones la escribió justo para la publicación. Puede pensarse entonces que de ser un escrito originalmente para él, en el que consignó lo que presenció, con el tiempo se planteó la necesidad de publicarlo, pues no era únicamente la admiración que proclamaba, sino lo que podía hacerse para el progreso de México.

Como en todo diario de viaje, él decidiría qué quería consignar, qué importancia dar a lo que encaraba y desde qué mirada lo haría. Sin duda él no podía quitarse de la mente el que representaba al país derrotado y que se enfrentaría a un vecino poderoso con el que tendría que trabajar. Así lo deja ver cuando, en Puebla, fue a misa y el religioso franciscano le dijo: "Voy a ofrecer esta misa por intención de usted; voy a pedir a Dios que le dé a ustedes un buen viaje y a usted mucha felicidad en el desempeño de la comisión que el gobierno le ha confiado. ¡Ah cuán viva conmoción produjeron en mi alma estas palabras! ¡Cuántos pensamientos excitaron en mi corazón!"[11] Con ello deja ver la ilusión de hacer un trabajo por México

[8] *Ibid*., pp. 9-10.
[9] *Ibid*., p. 11.
[10] Rosa de la, "Impresiones de un viaje", México, 1996, pp. 441-442.
[11] *Ibid*., p. 447.

y, al mismo tiempo, la incertidumbre de enfrentar a un viejo conocido, pero a la vez desconocido.

Su salida conllevaba la tristeza y en las primeras páginas se esforzó por rescatar aquello que le podía dejar un buen sabor. Su mirada atenta era la del ilustrado que iba dejando constancia de sus saberes aprendidos, con el conocimiento de la naturaleza mexicana –con la variedad de plantas, con la belleza de sus montañas nevadas, con sus magníficos valles–; con el conocimiento histórico y estético que le permitía reconocer la magnificencia de las pirámides y de las iglesias. Era la del mexicano que no podía olvidar la guerra reciente al constatar las fortificaciones y los árboles cortados para impedir el paso del invasor o al mirar el puerto Veracruz, bombardeado, destruido. Constató el problema de la inseguridad al señalar que otra "partida como de quince hombres recorría el camino en persecución de los ladrones",[12] de los que nadie se libraba en los caminos de México.

Todo llamaba su atención. No quería perder de vista lo que representaba al país. Aprovechó su tránsito hacia el puerto como una oportunidad para también llevar a cabo una recolección de plantas con la finalidad de clasificarlas. Muchos aspectos robaron su atención. No quería dejar de consignar lo que consideraba debía quedar para la memoria. Hablaba de las cosas positivas pero también refería algunas negativas, como la situación de los caminos en mal estado, la presencia de bandidos que asolan las diligencias, el calor insoportable, las picaduras de mosquitos.

Su última visión es justo la de Veracruz devastado, "tristes recuerdos de mi patria". Con esa imagen de desconsuelo subió al barco y emprendió al viaje hacia Estados Unidos, "una tierra extranjera, que uno ha deseado conocer, por mucho tiempo". [13]

Su primera impresión es el Misisipi, un río caudaloso con muchos barcos, una ribera con casas de ladrillos "todas aseadas, todas pintadas, todas con vidrieras y chimeneas, y todas con pequeños jardines de limoneros, de tamarindos, de naranjos". Hay sementeras de arroz, cañaverales, trapiches, fábricas de ladrillo, panaderías y chozas de leñadores que proveen a los barcos de vapor, pero también esclavos. Su mirada se perdía en los bosques y la naturaleza que tanto llamaba su atención y desde esa primera descripción la comparación entra en su escritura como un medio para reforzar a México. Los adjetivos le sirven para describir dos realidades

[12] *Ibid.*, p. 444.
[13] *Ibid.*, pp. 461 y 463.

que se enfrentaban. Su país tendría más belleza, vitalidad, alegría y mejores construcciones de mampostería. Su contemplación del paisaje le lleva a evocar las lecturas hechas. Chateaubriand le viene a la mente y allí brota un espíritu romántico en donde la contemplación y el silencio y la referencia lectoral se conjugan para describir lo que su mirada le dictaba.[14]

Desde su percepción, la naturaleza mexicana es más pródiga, pero el adelanto que le muestra Estados Unidos es innegable. Lo advierte con el telégrafo o cuando enfrenta la prensa de vapor de Hoe del *Picayune*, al ver que logra tirar 6 000 ejemplares por hora.[15] Se entusiasma por los adelantos al constatar los barcos de vapor navegando por el Misisipi y le impresiona el carácter estadunidense al reconocer el dinamismo de la gente para "hacer *dollars*".

En su trayecto hacia Washington constató el desarrollo de las comunicaciones: pasa de los barcos a los ferrocarriles y se asombra con el sentido de la velocidad. Por ello afirma: "Cuando uno viaja por camino de fierro, todo pasa a su vista como una ilusión o como un sueño."[16] Cómo no entender esta fascinación ante el avance que muestra el vecino país, si los avances eran evidentes a su paso, no tenía que buscarlos. Este descubrir Estados Unidos en su realidad cotidiana le lleva a estar consciente del atraso que caracterizaba a México, no sólo por lo poco que estaban desarrolladas las comunicaciones y los transportes, sino también por las secuelas que la guerra había dejado en el país, complicando las posibilidades de desarrollo en un futuro inmediato.

Después de leer este diario, si hiciéramos un balance entre ambos países, México ganaría por la riqueza y belleza natural, por sus edificaciones, por su religión católica, por su gente alegre. Sin embargo, Estados Unidos le presentaría durante estas primeras impresiones una serie de resultados y desarrollo que, a su vez, le propondrían ideas progresistas, cuya finalidad sería poner en práctica en su país, al regreso.

[14] *Ibid*., p. 465.
[15] *Ibid*., p. 468.
[16] *Ibid*., p. 473.

PROPUESTAS PARA MÉXICO

La estancia de Luis de la Rosa en Washington transcurrió tranquila desde 1848 en que llegó y hasta 1851 en que finalmente volvería a México. Se correspondía con una delicada misión en la que se desempeñó con dignidad, firmeza y pundonor, aunque no siempre con éxito. Conocía al pie de la letra el tratado de Guadalupe Hidalgo y se esforzó por hacerlo cumplir, aunque el panorama en el Congreso estadunidense no era propicio para él.

Su estancia, más allá de las tareas diplomáticas, le llevó a estar atento de lo que representaba ese país y tratar de desentrañar cómo, en tan pocos años, había logrado tanto. De ahí que dedicó tiempo para observar, leer y escribir. Los años que estuvo ahí llevó a cabo sus tareas diplomáticas y, en paralelo, preparó distintos materiales con el objetivo de poner en marcha en México. Así redactó un *Plan para el establecimiento de una colonia en Zacatecas*, publicado en Baltimore en 1852 y las *Observaciones sobre varios puntos concernientes a la administración pública de Zacatecas*. Ambos escritos nos hablan del interés que tenía por tomar como referentes ejemplos tomados de su experiencia estadunidense que pudieran abonar en beneficio de México y de los mexicanos.

El desconocimiento que se tenía entre los mexicanos de su propio país le llevó también a plantear una especie de levantamiento sobre la realidad de México que tendría por título *Biblioteca económica de México*, una especie de diccionario que estaría dedicado a ofrecer datos, noticias y observaciones sobre la geografía nacional, estadísticas, necesidades. Un compendio que daría una idea del país. El pie de imprenta nos refiere que lo dio para su publicación, en 1851, a una imprenta de Nueva York, la de Stewart. Si bien conocemos este dato, no logré localizar el impreso y sólo encontré referencias, vía Francisco Zarco, quien hace alusión a este libro en *La Ilustración Mexicana* del mismo año.

Su viaje por Estados Unidos y por Canadá, como él mismo lo dice lo puso en contacto con una serie de adelantos tecnológicos, propuestas viables que podrían llevarse a cabo en México, reformas que no implicarían gastos mayores y que redundarían en beneficio del país.[17] Ese aprendizaje le

[17] Desde muy joven se había preocupado por buscar soluciones para las problemáticas del país. Así lo hizo en 1826, cuando escribió sobre temas del momento, como el asunto de las cárceles para las que propuso reformas y en 1829 en torno a la pena de muerte, la que consideraba que no tenía sentido. Véanse Luis de la Rosa, "Cárceles", *Correo Político*, Aguascalientes, 28 de diciembre de 1826 y *El Pasatiempo*, Zacatecas, 1 de agosto de 1829.

llevaría a tratar de ponerlo en práctica. Su apuesta consistía en experimentar primero en Zacatecas, para después emprender la gran reforma a nivel nacional. El punto de partida sería organizar una colonia en sus terrenos de Pinos, Zacatecas, pues consideró que el sistema para lograr el poblamiento emprendido en Estados Unidos fue exitoso.

En el texto dedicado a este proyecto, además de la experiencia obtenida en su estancia estadunidense, se perciben planteamientos de lecturas teóricas que reconocen la viabilidad de las colonias como promotoras de individuos-propietarios, trabajadores que dedicaran sus esfuerzos a aprovechar al máximo el terreno y a laborar en favor del desarrollo de la colonia.

De la colonia que pretende establecer nos ofrece detalladamente todo aquello que implica su planeación y los medios para emprenderla. Elabora para ello *El plano de la población central de la colonia y sus alderredores* [*sic*], y estipula cada uno de los recursos disponibles y requerimientos para establecerla. De ahí que se refiera a los recursos naturales que poseía el terreno, el sistema de arrendamientos, los empleos que podrían desarrollarse; los caminos y transportes, el comercio, los espacios para la autoridad. Estipula en este plan una idea concreta. Su escrito abarca toda una gama de realidades enfocadas a proveer a la colonia de educación, salud, limpieza, ornato, etcétera.

Para entonces, Estados Unidos le había cautivado, ya no consistía únicamente en el país ambicioso, sino en un ejemplo a seguir. Las pautas que proponía eran tomadas de la realidad nueva en que vivía. Así, propone que la construcción de los primeros edificios y casas se hiciera a la manera estadunidense, en madera o en ladrillo, cuya fabricación resultaba muy económica.

El proyecto le entusiasmó sobremanera. Había recorrido distintos espacios estadunidenses que le han mostrado pautas para encauzar a México hacia el desarrollo. Buscaba hacer realidad el proyecto de la colonia. Por ello:

> Para hacer mi parte un ensayo de esta especie de colonización, he invertido ya en este país una parte considerable de mis escasos fondos en la compra de máquinas e instrumentos agrarios y de instrumentos de toda clase de oficios y artes mecánicas que debo remitir muy pronto, y que me propongo distri-

> buir a precios muy cómodos entre las familias que colonicen mis terrenos, dándoles largos plazos para el pago.[18]

No era una idea fútil, era una propuesta concreta que buscó reforzar con otro escrito, que también redactó durante su estancia, y preparó como una respuesta al gobernador Javier Echeverría quien le solicitaba se hiciera cargo del ejecutivo en Zacatecas. Para los grandes problemas que enfrentaba su entidad natal redactó las *Observaciones sobre varios puntos concernientes a la administración pública* […] *de Zacatecas.* Allí vuelca su conocimiento sobre la historia, la economía, la tenencia de la tierra, los recursos, la hacienda pública, entre muchos otros temas. De cada uno hará un puntual análisis y a cada uno ofrecerá una posible solución.

Las lecturas hechas –Lamartine, Bentham, Malthus, Campomanes–, y ante todo la experiencia vivida en Estados Unidos, permitieron a De la Rosa ampliar su horizonte propositivo. Estados Unidos le aportó posibles soluciones ante el desolador panorama que presentaba Zacatecas. Para cada problema encontró medidas pertinentes. Su experiencia en el extranjero le había permitido confrontar nuevas visiones frente a la educación, la libertad de comercio, el aprovechamiento de recursos naturales, el sistema de abastos, las comunicaciones, entre muchas otras inquietudes.

Varias de sus propuestas para mejorar la penosa situación de Zacatecas fueron tomadas de las vivencias en Estados Unidos. Su apuesta fue introducir el progreso mejorando los transportes, fomentado la inmigración, procurando la distribución territorial, cambiando la legislación sobre minería, reformando las cárceles, ocupándose de las clases laboriosas, por ejemplo.

Siguiendo su experiencia estadunidense propuso echar mano de "lo útil y bueno" y dejar de lado lo espléndido y grandioso, en relación con el tipo de construcción que se hacía en México. Así afirma:

> Aquí admiro la prontitud, la sencillez y la economía con que se construyen aun en las grandes poblaciones los edificios públicos. Paredes de tabiques de ladrillo, pisos formados solo por tablas, algunas vigas, tejados de pizarra, puertas, ventanas de madera de pino, vidrieras y chimeneas, que aquí son de primera necesidad; todo pintado y adobado de la manera más conveniente para darle una buena apariencia, esto es todo cuanto aquí se necesita para

[18] Véase nota H en Rosa de la, *Observaciones,* 1851.

> construir una escuela, un templo, un colegio, un hospital, una casa de pobres, una casa consistorial o cualquier otro edificio público.[19]

Su estancia en el vecino norteño deja ser un solo referente de comparación para convertirse en una fuente constante de enseñanzas. Luis de la Rosa el observador, el estudioso, el viajero que recorre distintos puntos de Estados Unidos, encuentra en su experiencia foránea soluciones posibles para los males que aquejan a su estado natal. De ahí que atento a lo que mira, recoge aquello que puede servir para resolver problemáticas de su país.

Plantea, por ejemplo, la acumulación de la propiedad en pocas manos como un factor negativo para el progreso de su entidad y propone "la sanción de leyes dirigidas a hacer una distribución de terrenos entre millares de familias ahora casi indigentes; pero sin que las tierras se diesen gratuitamente, para no hacer al pueblo perezoso e indolente, y sin herir en lo más mínimo los derechos de ningún propietario territorial, ni los de clase, corporación o establecimiento".

Refrenda en este documento su preocupación por los presos y reconoce el sistema carcelario del vecino país que, si bien castigaba al infractor, lo hacía con un sentido de "mejora moral del hombre", guiado por el *Evangelio*. El reo, recluido en espacios amplios, con ventilación, aseo y "la limpieza que contribuyen a la salubridad"; ocupado en trabajos mecánicos desempeñados en talleres comunes, saldrá regenerado, listo para insertarse de nuevo en la sociedad.

Reclama un mejor pago para los trabajadores, guiado por el ejemplo estadunidense. Aplaude que el pequeño propietario cultivador apoyara su trabajo en máquinas, instrumentos y aparatos que le ayudasen en las penosas faenas de zanjas y vallados, de desmonte de terrenos, de riego, poda y corte de maderas o la siega del trigo. Por ello, afirma que:

> La introducción y generalización de todas las clases de arados de que se usa en Estados Unidos sería utilísima para nuestro país. Nuestros bimbaletes podrían ser sustituidos con indecibles ventajas por las bombas de mano. Nuestras hachas de podar deberían ser remplazadas por muchos instrumentos excelentes que en el día se usan para la poda. Para hacer el corte de trigo deberíamos adoptar la guadaña […] En la economía doméstica, la introducción de algunas estufas de hierro y de algunos molinos de maíz,

[19] Rosa de la, *Observaciones*, 1851.

> ahorrarían más de la mitad del tiempo y del trabajo en que se ocupan las mujeres de la clase pobre… En fin, yo sería interminable si hablara sobre todas las mejoras sencillas, practicables y nada costosas, que deberíamos introducir en nuestra agricultura, en nuestras artes mecánicas y en nuestra economía doméstica.[20]

Interesante resulta ver que el diplomático observa y recoge aquellas prácticas que realmente podrían introducirse a la realidad mexicana. Unas que implicaban reorganización, otras, imitación y otras más, inversión. Destacan sus escritos hechos en Estados Unidos por el interés que puso en reconocer al otro país como ejemplo de desarrollo y de uso de tecnología.

No se contentó con mirar y recoger simples apuntes, sino que su labor implicó observación, estudio y reflexión. Sus opiniones responden a problemas concretos y en su afán de proporcionar soluciones, recoge de su experiencia cotidiana en el campo o en la ciudad todo aquello que pueda servir a mejorar la economía, el trabajo, el nivel de vida. Las propuestas están enfocadas a mejorar la condición de vida de los zacatecanos y con ello el mejoramiento del estado.

Ya en México, Luis de la Rosa se daría a la tarea de escribir una nueva obra que abarcaría *La administración pública de México y medios de mejorarla.* Su intención era ofrecer una serie de reflexiones y posibles soluciones para mejorar la situación de su país, teniendo como referente y modelo a Estados Unidos. De ahí que en este texto señalara:

> si hablo con frecuencia de los Estados Unidos en este escrito, es porque ellos son el único país extranjero que yo haya visitado y que haya podido estudiar detenidamente. Admirador como el que más, de muchas de las leyes e instituciones administrativas de aquellos Estados, estoy lejos de creer que allí la administración pública haya llegado a su perfección… Mas no habiendo otro término de comparación, la analogía o casi identidad de nuestras instituciones políticas con las de los Estados Unidos me hará citar con frecuencia los principios administrativos adoptados en aquel país, como los más seguros para resolver cuestiones de administración pública, que en nuestro país están por decidirse todavía.[21]

[20] *Ibid.*
[21] *Ibid.*

Su viaje hacia el vecino norteño y su estancia en aquellas tierras le habían dado muchas y nuevas herramientas para ilusionarse con la posibilidad de encontrar un mejor futuro para México, un país que, pensaba, con orden y con una nueva idea para la administración pública, podría alcanzar el progreso de Estados Unidos que tanto admiró a lo largo de su permanencia en este y que anhelaba para su país.

PARA TERMINAR

La mirada de Luis de la Rosa hacia Estados Unidos estuvo puesta desde dos visiones: la de las primeras impresiones y la del admirador y estudioso de una sociedad progresista. La primera corresponde al viajero que busca dejar un testimonio del impacto inicial que recoge en su primer contacto con la realidad estadunidense y que está en constante paralelismo con México, la realidad que habría dejado, la que llevaba grabada en el corazón. Son esos apuntes escritos para sus amigos, son esas páginas redactadas al vuelo y corregidas para su publicación.

La segunda es una mirada más racional, menos emocional y le permite valorar con mayor detenimiento, apoyado en ejemplos y lecturas, al país que le acogía y le impresionaba por su dinamismo, desarrollo, educación y libertades. Esta segunda se corresponde con la escritura de páginas reflexionadas, pensadas para una publicación específica, corregidas y apoyadas en autores varios, especialistas en el tema. Son páginas que acopian la visión entusiasmada del político ante el progreso que presentaba Estados Unidos. Que busca replicar experiencias en su entidad para solucionar los problemas y, más tarde, incluso proponer reformas para la administración pública del país, teniendo como referente constante a la nación que acabó por admirar.

Los escritos que redactó entre su salida de México, 1848, y su estancia en Estados Unidos, 1848-1851, denotan distintas facetas de nuestro personaje. De las primeras impresiones para sus amigos, a la redacción de documentos formales para el beneficio de México, demuestran el aprendizaje hecho en Estados Unidos. El azoro por la naturaleza, las comunicaciones, los negocios se dejan de lado para entrar en el estudio y comprensión de la realidad americana. ¿Cómo no indagar y valorarla en beneficio de su estado y, por ende, de su país? ¿Cómo no aprovechar las enseñanzas que le brindaba su estancia estadunidense?

De ahí que su segundo escrito sobre el establecimiento de una colonia en Zacatecas presenta a un Luis de la Rosa diferente pues ya no es el viajero que se trasladaba de un lugar a otro, ni que únicamente atesoraba impresiones primeras. Este texto sobre la planeación de una colonia refleja al residente curioso, al mexicano interesado en desentrañar el éxito alcanzado por Estados Unidos, que gracias a esa condición logró apreciar el panorama de lo que significa un nuevo asentamiento pensado para nuevos colonos. Al mismo tiempo, denota el estudio, la evaluación y el conocimiento de cada una de las necesidades de la colonia para organizarla. De ahí que contemplara cuestiones diversas como la administración pública con las instituciones adecuadas para un buen funcionamiento; la economía con la explotación del campo, sustantivo para el mantenimiento de la población, en donde los avances tecnológicos devendrían fundamentales y que visualice las necesidades de los habitantes para lo que proyectaba comercios diversos, establecimientos varios que ofrecieran servicios a la población, entre otros asuntos prioritarios.

Su papel fue el del empresario que proyectaba la colonia en sus terrenos. Con ello reflejó una mentalidad aprendida pues ya no sería el gobierno quien encabezara el plan, sino el individuo con iniciativa el que arriesgaría su patrimonio para echar a andar la propuesta. Sin duda que su estancia en el vecino país había rendido frutos pues le proporcionó múltiples ideas para mejorar la situación de su entidad natal y de su país.

Más allá de las primeras impresiones, De la Rosa construyó sus otros escritos con propuestas de la realidad estadunidense con el objetivo de desarrollar la industria, la agricultura, la minería, el comercio, las comunicaciones; mejorar la educación, la beneficencia; acabar con el acaparamiento de tierras; propiciar el poblamiento, asumiendo la inmigración de acuerdo con las necesidades de México; mejorar las cárceles, correccionales y penitenciarías. Y se preocupó por explicar los beneficios de considerar los usos, costumbres y avances de la sociedad en la que había vivido por unos años.

Sus propuestas constituyen un programa político-administrativo. Los tres años de estancia en el país vecino le cambiaron su mirada inicial y le llevaron a considerarlo como un ejemplo y un referente para encauzar a México hacia el progreso.

La enfermedad le había aquejado durante su estancia y en diversas ocasiones solicitó el regreso. No fue sino hasta 1852 que pudo volver a México. En abril, expresó su contento por estar en su país. Su experiencia estadunidense le había brindado múltiples ideas que le interesaba poner en

marcha, primero en Zacatecas y después en el resto del país. De ahí que redactaría un proyecto con esta finalidad. La publicación la empezó a imprimir en 1853 con el título *Ensayo sobre la administración pública de México y medios de mejorarla*, bajo el sello de la imprenta de Ignacio Cumplido, pero, dadas las circunstancias nacionales, no logró completar.

Los textos, resultado de sus primeras impresiones y de sus vivencias en Estados Unidos, dan cuenta del impacto que generó en Luis de la Rosa la experiencia como viajero y como residente en el vecino país norteño. Revelan al mexicano que salió de un país vencido y enfrentó al "Otro", el vencedor; al político que supo reconocer a la nación ambiciosa, ordenada y progresista que le ofrecía un sinnúmero de pistas que ayudarían a mejorar a México y a los mexicanos; al lector que recogía ideas que complementaban su visión.

FUENTES CONSULTADAS

Bibliografía

Chávez Jiménez, Diana, "Viajeros mexicanos del siglo XIX" en Vicente Quirarte (coord.), *Republicanos en otro imperio. Viajeros mexicanos a Nueva York (1830-1895)*, México, Coordinación de Humanidades-UNAM, 2009.

Krauze, Enrique, "Mirándolos a ellos. Actitudes mexicanas frente a Estados Unidos", *Letras libres*, Letras Libres, S. A de C.V. núm. 69, 30 de junio, 2007, México, pp. 32-40.

La Ilustración mexicana, 1851, México, Ignacio Cumplido, 1851-1855.

Quirarte, Vicente (coord.), *Republicanos en otro imperio. Viajeros mexicanos a Nueva York (1830-1895)*, México, Coordinación de Humanidades-UNAM, 2009.

Rosa, Luis de la, *Biblioteca económica de México o colección de datos, noticias y observaciones sobre geografía física del país, sobre su estadística, su riqueza, necesidades y recursos y sobre la administración pública en todos sus ramos*, Nueva York, imprenta de Stewart (inédito).

_____, *Miscelánea de escritos descriptivos*, México, Imprenta de Lara, 1848.

_____, *Impresiones de un viaje de México a Washington en octubre y noviembre de 1849*, Nueva York, Imprenta de W. G. Stewart, 1849.

_____, *Observaciones sobre varios puntos concernientes a la administración pública de Zacatecas*, Baltimore, Juan Murphy y Cía., Impresor Librero, núm. 178 Calle del Mercado, 1851.

_____, *Plan para el establecimiento de una colonia en Zacatecas*, Baltimore, Juan Murphy y Cía., Impresores Libreros, núm. 178, Calle del Mercado, 1852.

_____, *Ensayo sobre la administración pública y medios de mejorarla. Prospecto*, México, Imprenta de Cumplido. Calle de los Rebeldes, núm. 2, 1853.

_____, *Obras. Periodismo y obra literaria*, México, UNAM/Instituto Mora, 1996.

Suárez de la Torre, Laura (comp.), *Luis de la Rosa Oteiza. Obras. Periodismo y obra literaria*, prólogo, introducción y notas de Laura Suárez de la Torre, México, UNAM, 1996.

Suárez de la Torre, Laura, "Luis de la Rosa Oteiza, político del México independiente. 1805-1856", tesis doctoral en Historia, México, Facultad de Filosofía y Letras-División de Estudios de Posgrado-UNAM, 1997.

Venayre, Sylvain (coord.), *Le siècle du voyage, societés et représentations*, Éditions de la Sorbonne, núm. 21, 2006, París, Isor/Chrehess.

Venayre, Sylvain, "Escribir el viaje: de Montaige a Le Cléizo", en *Secuencia Revista de Historia y Ciencias Sociales*, Instituto Mora, núm. 102, septiembre-diciembre, 2018, México, pp. 6-22. DOI: https://doi.org/10.18234/secuencia.v0i102.1668 [Consulta: 6 de junio de 2020.]

COMANCHES, APACHES Y FRONTERIZOS MEXICANOS. UNA MIRADA A DOS NACIONES ORIGINARIAS AMERICANAS DESDE EL SUR DE LA LÍNEA DIVISORIA (1848-1882)

Marcela Terrazas y Basante

Este texto, a pesar de formar parte del volumen *Miradas mexicanas sobre Estados Unidos y Francia*, no contará relatos de viajeros en París, ni hablará de las impresiones de diplomáticos connotados en Washington, ni de insignes mexicanos en Nueva Orleans. Compartirá, sin embargo, algunos relatos de mexicanos vecinos de la "frontera", sus encuentros con apaches y comanches y la idea que de ellos se formaron. Para rematar las singularidades, el que aquí se presenta no ofreceré la épica imagen que hoy brinda un acreditado sector de la historiografía estadunidense sobre estas naciones y sus hazañas. En su lugar, hablará de cómo vieron y vivieron los fronterizos a aquellos pueblos.

Conviene anticiparse a las críticas que posiblemente surgirán: este estudio incurrirá en "incorrecciones políticas", pues empleará adjetivos un tanto rudos y aun hoscos para caracterizar a esas naciones de indios libres. No es que coincidamos con los sustantivos y adjetivos que aparecerán en las siguientes cuartillas; al traerlos a colación, buscamos recrear la manera en que los vecinos del norte de México miraban a aquellas naciones. Los presentaremos, pues, tal cual los encontramos en las narraciones –en los periódicos locales o nacionales, o en los testimonios de sonorenses, chihuahuenses, neoleoneses, coahuilenses, tamaulipecos ante la Comisión Pesquisidora con motivo de las correrías de los trashumantes, así como en los escritos surgidos de las plumas de autoridades civiles y militares o de instrucciones o despachos diplomáticos.[1]

[1] Los grupos documentales resguardados en el Archivo Histórico Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores (en adelante AHSREM) son: Artículo XI del Tratado de Guadalupe

La lectura de las noticias aparecidas en los diarios, la revisión de los informes militares y de la correspondencia diplomática entre los gobiernos de Estados Unidos y México o el examen de los documentos de la Comisión Pesquisidora y del informe que rindió nos llevan a preguntarnos ¿cuáles fueron las percepciones que se formaron los fronterizos de los apaches y comanches? Y, sobre todo, ¿cómo explicarlas? Empero, teniendo en cuenta que durante las tres y media décadas cubiertas por nuestra investigación muchas cosas se modificaron, en particular hacia el final del periodo,[2] nos hemos cuestionado: ¿cambió la mirada de los vecinos del septentrión mexicano hacia aquellos pueblos originarios?, ¿por qué?

El estudio abarca del año de la firma del tratado de Guadalupe Hidalgo –1848– al de 1882, cuando se estableció el acuerdo entre Washington y la ciudad de México, que puso fin a las querellas generadas por las correrías indias y acordó el paso recíproco de tropas en su persecución. Se ocupará de Sonora y Chihuahua con particular atención, pues fueron los estados que resintieron en mayor medida las incursiones indias en los años referidos.

La guerra entre México y Estados Unidos había terminado, faltaban sólo unos días para la firma del tratado de paz, cuando el presidente interino, Pedro María Anaya, lanzó un desesperado decreto para levantar una fuerza armada que atendiera "la urgencia que ha[bía] de libertar a los Estados fronterizos de la ferocidad de los indios bárbaros en las frecuentes incursiones que ejecutan muchas veces con impunidad, y cuyas devastaciones han producido para aquellos Estados todo género de calamidades [...]".[3]

En efecto, Anaya ponía el dedo en la llaga. La condición de los vecinos de la frontera entre 1848 y 1882 se expresaba en las mil y una notas publicadas en los rotativos nacionales y de la región. De esta suerte, en

---

Hidalgo de 1848; Reclamaciones, los Cuadernos de Pruebas de la Comisión Investigadora de los Estados de Sonora y Chihuahua, que forman parte de la documentación reunida por la Comisión Pesquisidora. La Comisión Pesquisidora fue creada por el gobierno mexicano en 1872 en respuesta a la Comisión Robb, establecida meses antes por el gobierno de Estados Unidos para investigar las quejas sobre robo de reses y caballada de los ganaderos texanos, quienes culpaban a los mexicanos de tales hechos. La Comisión Pesquisidora emprendió su propia averiguación, indagando tanto las reclamaciones de los mexicanos, como de los estadunidenses desde 1848. Los delegados escucharon las quejas de los vecinos de México y Texas y entrevistaron o recibieron informes de autoridades municipales de las entidades afectadas. El resultado del trabajo fue una colección de informes que respondieron al gobierno de Estados Unidos y la edición de un reporte, en 1875, cuyos asuntos principales son las incursiones de indios y el robo de ganado en la frontera entre los dos países. Los expedientes pueden consultarse en el AHSREM. Véase también Negrete, "La frontera texana", 1981.

[2] Nos referimos al segundo lustro de la década de 1870 y primeros años de la de 1880.

[3] "Partes Oficiales. Ministerio de guerra y marina", *El Monitor Republicano*, 17 de enero de 1848.

septiembre de 1851, se leía en *El Monitor Republicano* sobre las depredaciones de los bárbaros en los estados fronterizos, donde apaches y comanches

> ya no sólo se conformaban con […] recorrer la línea divisoria, robando, asesinando e incendiando las pequeñas poblaciones, […] sino que penetraban hasta el corazón de la república, de manera que sus habitantes están en una continua alarma […] no pueden gozar ni un momento de sueño ni reposo, temerosos de despertar en medio de las llamas de un incendio, viendo a su lado perecer en la desesperación a sus padres, parientes, amigos y cuanto tienen de más caro en la tierra.[4]

Así también, en diciembre de 1857, el mismo diario señalaba que las incursiones de los bárbaros eran cada día más repetidas "y en mayor número de gandules", cuya audacia crecía asombrosamente, viéndose que acometen empresas a [las] que anteriormente no se atrevía[n], y que se interna[n] a puntos que antes había[n] respetado". Advertía que "si no se emprend[ía] la guerra contra el salvaje, los estados más distantes de la frontera y más cercanos al centro, tendrán dentro de pronto que escuchar el feroz alarido del hijo del desierto […]".[5]

Los años corrían y la amenaza de los indios libres sobre las entidades de la frontera persistían. Aun meses más tarde de la caída del imperio de Maximiliano, en diciembre de 1868, el diario chihuahuense *La República* afirmaba que "las incursiones de aquellos [indios] continuaban siendo frecuentes, [y seguían] cometiendo toda clase de depredaciones y asesinatos en el lugar que tiene la desgracia de ser visitado por tan crueles huéspedes".[6]

El horror enfrentado por los fronterizos no parecía tener fin y, 20 años después del término de la guerra entre México y Estados Unidos, en el año de 1868, el gobernador de Durango, Francisco Gómez Palacio, denunció el cautiverio al que estaba sometida

> una multitud de niños y mujeres destinados los primeros a ser feroces y bárbaros guerreros salvajes, y las segundas a ser las mujeres de ellos y servir para su multiplicación. Cuando se considera que esos infelices eran arrancados de sus familias, removidos de una sociedad civilizada y cristiana para

[4] "Indios bárbaros", *El Monitor Republicano*, 17 de septiembre de 1851.
[5] "Coalición", *El Monitor Republicano*, 12 de noviembre de 1857.
[6] "Indios bárbaros", *El Monitor Republicano*, 22 de diciembre de 1868.

> vivir en el desierto la vida del bárbaro y asesino apache, y degradándose hasta llegar á su nivel, se olvidan todas las demás pérdidas materiales causadas por los indios, todo resarcimiento de intereses, toda cuestión de pesos y centavos, para no pensar mas que en los miserables cautivos.[7]

Un lustro más tarde, en diciembre de 1873, se reportaba la presencia de "estos enemigos de la paz y el orden en Bavispe, Fronteras y Agua Zarca, Sonora, donde ha[bía]n cometido sus acostumbradas depredaciones".[8] Ese mismo mes y año, el gobernador de Sonora denunciaba que los indios apaches establecidos en una reserva cruzaban la frontera "con el vestido de la civilización, montados en sillas del ejército americano, de suerte que los viajeros en el estado, creyéndolos gente civilizada, los dejan acercarse, y entonces pagan la equivocación con sus vidas".[9] Hacia mediados de 1875, el periódico sonorense *La Estrella de Occidente*, tras informar sobre un enfrentamiento entre vecinos e indios, se preguntaba: "¿Hasta cuándo esta maldita raza de asesinos, querrá dejarnos descansar?"[10]

Ya hemos visto los calificativos con los que se adjetivaba a comanches y apaches: crueles, feroces, bárbaros, hijos del desierto, enemigos de la paz y el orden, raza asesina. Se les acusaba de asesinar, robar, especialmente ganado mayor o caballada, incendiar rancherías y algo muy sensible a los pobladores: tomar a sus hijos y a sus mujeres como cautivos. Las imputaciones no eran menores y explican los adjetivos que les aplicaban los residentes de la región fronteriza y bastante más al sur (Zacatecas y Durango).

¿Acaso estas imágenes sobre aquellas naciones indias eran privativas de los vecinos del septentrión de México? Como un elemento para contrastar la mirada de los fronterizos mexicanos sobre comanches y apaches, permítasenos exponer un testimonio del exgobernador del distrito de Columbia, y notable político estadunidense Alexander R. Shepherd, quien

[7] Gómez Palacio tomó parte en la Comisión Mixta de Reclamaciones mexicanas y americanas (1868), la cual se encargó de dirimir las diferencias provenientes de los daños causados a extranjeros en cualquiera de los dos países. Méndez Silva, "Comisión de Reclamaciones", *Enciclopedia del Derecho y las Ciencias Sociales Online*, en <https://leyderecho.org/comision-de-reclamaciones/>. [Consulta: 19 de octubre de 2019.]

[8] "Indios bárbaros", *El Monitor Republicano*, 22 de octubre de 1873.

[9] "Reclamaciones entre México y los Estados-Unidos. Incursiones de los bárbaros en Sonora", *El Monitor Republicano*, 13 de diciembre de 1873; Francisco Gómez Palacio, *Reclamaciones de indemnización por depredaciones de los indios. Dictamen del Sr. D. Francisco Gómez Palacio*, México, Imprenta del gobierno, en Palacio, a cargo de José María Sandoval, 1872, p. 84, en <https://hdl.handle.net/2027/nyp.33433067350870>. [Consulta: 6 de octubre de 2020.]

[10] "Indios bárbaros", *El Monitor Republicano*, 21 de julio de 1875.

se estableció en Batopilas, Chihuahua, y escribió una carta al general Guillermo W. Whipple.[11] En ella relataba que acababa de volver de un viaje largo por el estado; afirmaba, como testigo presencial, que no se habían exagerado los graves perjuicios causados a hacendados y mineros pacíficos de aquella población amiga por las incursiones de los indios que fueron llevados a fuerza y por el gobierno de Estados Unidos a una reservación inmediata al territorio mexicano y donde se suponía vivían pacíficamente:

> Estos indios no solo son belicosos y guerreros, sino que han sido armados por nuestro gobierno con rifles de las mejores patentes y de la mayor eficacia. Cuando se ven impelidos por la esperanza del pillaje y por su natural barbarie, pasan el río Grande y roban a los rancheros inofensivos y sin protección y cargados con el botín huyen al desierto. Si se les hace la más leve oposición, agregan al robo y al despojo el asesinato.
>
> No es posible para los mexicanos hacer resistencia, porque fácilmente son cazados con los rifles de aguja y los Winchester, estando ellos tan mal armados que tienen sus vidas e intereses en constante e inminente peligro.[12]

¿CUÁNDO Y CÓMO COMENZÓ ESTA SITUACIÓN?

Desde finales del siglo XVIII, como consecuencia del avance europeo, la presión de otros grupos nativos, la adopción del caballo y la gradual disminución de los búfalos tuvo lugar el desplazamiento hacia el sur de los grupos comanches y atapascanos, las familias lingüísticas, a las cuales pertenecen comanches y apaches. Ya desde entonces sus correrías generaron el despoblamiento de ranchos y asentamientos vulnerables a los ataques, en sitios tan al sur como Zacatecas. Manuel Díez de Bonilla, secretario de Relaciones Exteriores de México, afirmó en una carta a James Gadsden, representante de Estados Unidos ante el gobierno mexicano, que

[11] Alexander R. Shepherd, político y empresario controvertido a quien, por un lado, se ha tachado de corrupto, pero, por otro, ha sido considerado como un líder cívico y un visionario urbano que sentó las bases para el moderno Distrito de Columbia. En 1876, tras declararse en bancarrota, se trasladó con su familia a Batopilas, Chihuahua, donde rehizo su fortuna en la explotación de la mina del lugar. En esta ciudad murió en 1902. Sobre la labor urbanista de Shepherd, véase Richardson, *Alexander Robey Shepherd*, 2016.

[12] "Invasión de Indios de los Estados-Unidos en Chihuahua", *Diario Oficial*, México, 8 de enero de 1880, p. 3, en AHSREM, [Reclamaciones], 22-23-60, f. Inserto.

> contra lo estipulado en el artículo 11, [los indios] encuentran favor y protección en el territorio Americano, por que [*sic*] allí venden el fruto de sus robos, recibiendo en cambio armas, aún vedadas, cual son dardos de flecha acerados, que el Sr. Ramírez, que como antecesor del que suscribe dirigió aquella nota, había visto en poder de indios muertos en el Departamento de Durango, revestidos aun de la marca de su fabricante en los Estados Unidos.[13]

El gobierno español había puesto en práctica políticas ilustradas borbónicas de "conquista pacífica", entregando raciones de alimento y mantas a los indios, con quienes buscó un entendimiento y procuró contrarrestar el tráfico de semovientes (mulas, ganado vacuno y caballada) sin lograr su fin.[14] Una década después de independizado, a principios del decenio de 1830, México cortó ese suministro a los indios; fue entonces que comenzaron sus incursiones sobre el septentrión.[15]

También del periodo español datan las prácticas de abigeo y tráfico ilegal de ganado y cautivos, intensificadas notablemente en el periodo que nos ocupa. El robo y comercialización de caballada y reses fueron fundamentales para la vida económica de los indios libres, quienes tuvieron un relevante papel en la economía de la zona en general, se vieron estimulados por el auge del negocio ganadero en Estados Unidos en las dos décadas que siguieron a la guerra de secesión (1866-1885) y conllevaron una demanda extraordinaria de semovientes.

Empero, por contradictorio que parezca (por lo expuesto a lo largo de este texto), aquellas prácticas no fueron exclusivas de apaches y comanches. La actividad asoció a los indios con bandas de estadunidenses y cuadrillas de mexicanos residentes en las *borderlands*. En una nota periodística sobre la situación de la frontera del 11 de marzo de 1851, se reportaba que los bárbaros eran auxiliados en sus correrías por guías, denominados "apacheros",

[13] García, "Independencia", 2010, pp. 36, 44. Manuel Díez de Bonilla a James Gadsden, 18 de octubre de 1853, AHSREM, 12-1-18-II (copia), Artículo XI del Tratado de Guadalupe Hidalgo de 1848, entre México y Los Estados Unidos de América. Gestiones por parte de México ante los Estados Unidos de América para el cumplimiento del citado (segunda parte).

[14] Weber, *Bárbaros. Los españoles*, 2007, p. 25.

[15] Brian DeLay afirma que la violencia asociada al saqueo de ganado comenzó cuando los comanches, apaches, navajos y otros grupos abandonaron los viejos tratados de paz con los mexicanos al iniciarse la década de 1830. DeLay, *War of a Thousand*, 2008, p. xv. Otros autores señalan que fue en 1835 cuando dio principio el periodo más violento de la guerra contra los apaches y que la crueldad se incrementó con la irrupción de los comanches en la cuenca del río Florido (en el actual municipio de Jiménez, Chihuahua) a partir de 1843. Cramaussel, "La violencia en el estado", 2015, pp. 198-199; Velasco Ávila, "Milicias en El Carrizal", 2014, pp. 67-70.

que los ayudan a pasar a uno y otro lado de la línea fronteriza.[16] Y en otra nota del 8 de mayo de 1883, se reveló que los apaches que invadían Sonora habían adoptado nuevas tácticas en sus correrías debido a que entre ellos había texanos o *cowboys*.[17] Apaches, comanches, mexicanos y estadunidenses hicieron a los ganaderos sonorenses, chihuahuenses, y aún novomexicanos y texanos víctimas de saqueos acompañados de creciente violencia; en particular, cuando la actividad cobró un carácter crecientemente capitalista durante el *boom* ganadero texano.[18]

Lo trágico de todo esto fue que el tráfico y comercio de semovientes que estas naciones indias vendieron en Estados Unidos –y muchas veces en México– se tradujeron en la superioridad de las armas de apaches y comanches, con las que atacaron ferozmente a los fronterizos mexicanos, así como a algunos texanos y novomexicanos.[19] Así lo confirmó el exgobernador Shepherd en una carta al general William W. Whipple, asistente ayudante general de la división militar de Missouri-Chicago; en ella relató que acababa de volver de un viaje largo por el estado de Chihuahua y, en calidad de testigo presencial, reconoció que no se habían exagerado los graves perjuicios causados a hacendados y mineros pacíficos de aquella región por las incursiones de los indios:

> Estos indios no solo son belicosos y guerreros, sino que han sido armados por nuestro gobierno con rifles de las mejores patentes y de la mayor eficacia.
>
> Cuando se ven impelidos por la esperanza del pillaje y por su natural barbarie, pasan el Río Grande y roban a los rancheros inofensivos y sin protección y cargados con el botín huyen al desierto. Si se les hace la más leve oposición, agregan al robo y al despojo el asesinato.[20]

Para comprender este proceso, debe considerarse el valor que comanches y apaches daban a los equinos (base de su poderío, fundamento de

[16] Escobar Ohmstede y Rojas Rabiela, *La presencia del indígena*, 1992-1993, p. 198.

[17] *Ibid.*, p. 462.

[18] Terrazas, "Ganado, armas y cautivos", 2019, pp. 171-203.

[19] Amparo Angélica Reyes Gutiérrez, Ignacio Almada Bay y David Contreras Tánori sostienen que los atapascanos intercambiaban semovientes robados en Sonora por armas de fuego de repetición, con comerciantes de Nuevo México y Arizona. Esto se veía favorecido por la tolerancia de oficiales del ejército estadunidense. Los fronterizos sonorenses, por su parte, sólo contaban con "armas primitivas y el parque escaso". Reyes, Almada y Contreras, "Medidas ofensivas", 2006, p. 1195.

[20] "Invasión de Indios de los Estados-Unidos en Chihuahua" en *Diario Oficial*, México, 8 de enero de 1880, p. 3, en AHSREM, [Reclamaciones] 22-23-60, f. Inserto.

su imperio y símbolo de su prestigio personal), y tomar en cuenta el *boom* de la industria ganadera texana, así como los cambios demográficos en la región.[21] Nos referimos a la avalancha de colonos euroamericanos hacia las tierras adquiridas en la guerra del 47 y al *Gold Rush*, en cuanto a los euroamericanos se refiere. Los comanches y apaches, por su parte, sufrieron de sucesivas epidemias de viruela y cólera, así como de la paulatina extinción del búfalo, base de su economía y cultura, lo cual los llevó a buscar otras fuentes de subsistencia.[22] Todos estos factores pesaron decisivamente en la demanda de caballada y reses y en general en la interacción entre indios y fronterizos; el abigeo y la violencia no sólo persistieron en estos años; se intensificaron.[23] Ninguno de estos pueblos advirtió en la línea divisoria un impedimento al tránsito o al tráfico de bienes y personas.[24]

Lo que debemos resaltar en este punto es que, aun cuando algunos mexicanos tomaron parte en el abigeo y el tráfico de ganado, ellos constituían una minoría de la población, mientras que la mayoría de los vecinos, dedicados a actividades agrícolas, ganaderas o mineras –sin mayor conocimiento del manejo de las armas (de las que muchas veces carecían) y desprovistos de tradición en el "arte de la guerra" (al menos en los primeros años del periodo en estudio)– se enfrentaron a formidables jinetes y guerreros implacables con una cultura bélica notable y bien armados. Muchos relatos, como el de Alexander Shepherd antes citado, describen que los pobladores salían a perseguir a comanches o apaches a pie y armados con palos o armamento inservible. "No es posible para los mexicanos hacer resistencia, porque fácilmente son cazados [por los indios] con los rifles de

[21] Sobre el significado de los equinos para las culturas comanche y apaches, véanse dos títulos que se han convertido en clásicos: Hämäläinen, *The Comanche Empire*, 2008 y DeLay, *War of a Thousand*, 2008.

[22] Véase Rivaya, "Incidencia de la viruela", 2010, pp. 63-81.

[23] Entre 1848 y 1883 sólo en Sonora, Chihuahua y Durango fue de 40 707. Véase Terrazas, "Old violence", en prensa.

[24] En una carta de 27 de noviembre de 1849, se informó al gobernador de Chihuahua que el 9 del mismo mes "salió una partida compuesta por 19 hombres de tropa y 20 vecinos a las órdenes del Alférez de la Compañía del Príncipe D. Jesús Portillo en persecución de los Apaches, que en número de 9 hostilizaron la noche del 7, este presidio, robándose cuantas bestias pudieron recoger de las orillas de la población". Además se comentó que, no obstante los esfuerzos realizados por la partida, no fue posible apresarlos por "la inutilidad de las bestias" y por "la prontitud con que los enemigos se pasaron a la banda izquierda del Bravo siendo este el principal motivo que impide en esta frontera el castigarlos". Luis Colomo al Gobernador y Comandante general de este Estado, Chihuahua, [Comandancia Militar del] Norte, 27 de noviembre de 1849, AHSREM, Artículo XI del Tratado de Guadalupe Hidalgo de 1848, entre México y Los Estados Unidos de América (copia).

aguja y los Winchester, estando ellos tan mal armados que tienen sus vidas e intereses en constante e inminente peligro."[25]

La respuesta ante las incursiones indias concitó esfuerzos para perseguir a los saqueadores. En ocasiones, las expediciones fueron encabezadas por las autoridades locales (presidentes municipales), aunque hubo también iniciativas de los gobernadores para perseguir y castigar a los indios libres.[26] Cito como testimonio la comunicación del gobernador de Chihuahua, Luis Terrazas, a Benito Juárez, quien recién había dejado Paso del Norte; le informaba que, en enero de 1867, habían sido abatidos los apaches de las cercanías del presidio de Paso del Norte, "habiéndolos ahuyentado del territorio nacional y matándoles a tres o cuatro gandules […]".[27] El gobierno federal intentó, infructuosamente, establecer las colonias militares para frenar las correrías.[28] Al final debe señalarse que fueron los vecinos de las entidades fronterizas quienes, atenidos a sus fuerzas, enfrentaron a los indios. En este trayecto, hicieron propias las prácticas de apaches y comanches. Pusieron precio a las cabelleras indias y tomaron niños cautivos.

[25] Shepherd escribió también: "Cuando volvimos pasamos por una parte del territorio que acababa de invadir una banda hostil de apaches y palpamos la evidencia de su brutalidad y devastación". "Invasión de Indios de los Estados-Unidos en Chihuahua", *Diario Oficial*, México, 8 de enero de 1880, p. 3, en AHSREM, Reclamaciones, 22-23-60, f. Inserto.

[26] Eugenio Baeza, presidente municipal de la villa de Ojinaga, Chihuahua, informó al gobierno estatal en 1852: "haber salido con vecinos en persecución de dos Apaches Gileños que se dio aviso habían pasado el río Bravo para lo interior del Estado[,] cuya campaña regresó al día siguiente y presentó tres bestias que quitaron a los apresados Apaches que llevaban ya robadas de los vecinos de esta villa y que en el mismo día se tuvo noticia que por Rancho de San Juan se internaban al Estado ocho Apaches Gileños, y salió en su persecución don Albino Villa con 20 hombres regresando al día siguiente sin castigar al enemigo por haberse dispersado". Noticia que esta Presidencia Municipal presenta a la Comisión Investigadora de los daños y perjuicios recibidos en esta Cabecera Municipal por los Comanches, y apaches Gileños, radicados en territorio americano, así como de los causados por CC americanos residentes en la línea limítrofe desde el mes de enero de 1848 hasta la fecha, y de las campañas promovidas por las autoridades Políticas de este Municipio para evitar tales perjuicios, cuyos datos se han tomado del archivo de esta Presidencia Municipal, Cuaderno de pruebas. Comisión Investigadora en los Estados de Sonora y Chihuahua, AHSREM, 20-9-1/14. Estos testimonios formaron parte de la documentación reunida por la Comisión Pesquisidora.

[27] Carta del gobernador de Chihuahua Luis Terrazas al Supremo Gobierno sobre la hostilización del gobierno estatal contra los apaches, 12 de junio de 1867, en Archivo Histórico Militar (AHM), Secretaría de la Defensa Nacional, expediente 10638, clasificación: XI/481.4/10638, 4 ff.

[28] De acuerdo con Alejandro González, el decreto del presidente José Joaquín Herrera, publicado en 1848, planteó el establecimiento de las colonias militares para "conservar la integridad política y territorial y defender a los estados de las incursiones de los bárbaros y [para] el control de las rebeliones." González, "Colonias militares", 2012. También sobre las colonias militares, véase Nieto, *Defensa y política*, 2012.

Cabe ahora preguntarse ¿hasta qué momento y por qué terminaron las expediciones de los llamados indios libres en las entidades fronterizas de México? Todo se originó cuando el *boom* ganadero texano finalizó hacia mediados de la década de 1880. Fue el momento en que la expansión del mercado y la apertura de tierras para el pastoreo en Estados Unidos coincidieron con el arribo del ferrocarril a la frontera binacional. Este contribuyó a la creciente integración del norte mexicano con el suroeste estadunidense en las dos últimas décadas del siglo XIX y reorientó el comercio externo hacia el país vecino del norte. Las líneas férreas favorecieron también que pobladores del sur y del centro se mudaran al norte. Dio principio la "ocupación plena" del septentrión mexicano.[29]

En Estados Unidos, entretanto, tuvo lugar el arribo masivo de migrantes europeos, el fin del repoblamiento de las "tierras libres" y el término de la construcción de la red férrea que conducía a la frontera sur. Asimismo, se manifestó el interés por abrir nuevos mercados y ámbitos de inversión en la industria minera y ferrocarrilera.[30] No fue producto del azar que los gobiernos de la ciudad de México y Washington pusieran fin a las querellas generadas por las correrías indias y acordaran el paso recíproco de tropas en persecución de los indios libres.

ALGUNAS CONSIDERACIONES

Pero retornemos a nuestro asunto central y cavilemos en torno a las miradas sobre comanches y apaches. Lo obvio: la mirada de los "fronterizos" a ambas naciones debe de entenderse en el contexto en el que sus interacciones tuvieron lugar. El periodo que cubre el presente estudio fue testigo de cambios dramáticos no sólo a nivel de las *borderlands* (una nueva frontera, cambios en la demografía y en la interrelación), sino a escala general de ambos países: México y Estados Unidos consolidaron sus Estados nacionales, afirmaron su presencia en las respectivas regiones fronterizas y el control sobre los flujos de personas, animales y bienes. Algo muy relevante hacia el final de los años estudiados fue que ambas economías se integraron, estimuladas por el trazado de las vías férreas que las conectaron. Este último hecho resultó decisivo para la acción recíproca entre las sociedades

[29] Kuntz, "De las reformas liberales", 2010, p. 317.
[30] Riguzzi y de los Ríos, *Destino no manifiesto*, 2012, p. 76, vol. II.

estadunidense, mexicana, apache y comanche y derivó en la alianza entre los gobiernos de Estados Unidos y México en contra de los indios libres.

Sin duda la *interacción* entre fronterizos mexicanos e indios fue principalmente violenta. De ella sí tenemos testimonios: los emanados de la prensa, los testimonios ante la Comisión Pesquisidora y los originados en la correspondencia diplomática. Sin embargo, las fuentes en las cuales rastrear *la mirada de los vecinos mexicanos* sobre comanches y apaches (los que vivieron y sufrieron sus correrías) es limitada, por no decir nula. Así, no encontramos reseñas detalladas de las naciones indias, sólo hallamos quejas, lamentos, demandas, maldiciones. En tal sentido, la declaración de Alexander Shepherd viene a reforzar la percepción sobre los fronterizos, con quienes tendría más afinidades que con los indios. Por otra parte, una visión más descriptiva "etnográfica" la brindan los viajeros extranjeros.[31]

La imagen de bárbaros que sonorenses y chihuahuenses se formaron de apaches y comanches en los primeros lustros de la posguerra nos remite a la etimología griega de la palabra "barbaros", igual a pueblo extranjero (traducción: el que balbucea). Pero la connotación que adquirió en los estados fronterizos fue diversa. Se originó en la lucha que ambas sociedades tuvieron por los recursos (ganado, cautivos, tierra y el libre tránsito por los territorios) y fue, en mucho, consecuencia de la desventaja con la que una sociedad pastoril enfrentó a culturas con tradición bélica y ecuestre, armada con pertrechos modernos y poderosos obtenidos de los estadunidenses. Los norteños emprendieron su defensa, incluso reproduciendo las prácticas sanguinarias de sus oponentes (cazar cabelleras) sin caballos, sin armas ni vituallas suficientes o efectivas. La resistencia más sistemática y organizada tuvo lugar hacia finales de la década de 1860. La mirada de odio y desprecio (seguramente mutuo) se originó a partir de las diferencias étnicas y culturales y la confrontación por los recursos. Tuvo que ver también con la impotencia con la que los vecinos de la margen derecha del Bravo vivieron a los *indios libres y sus expediciones*. Desde luego, reiteramos, las diferencias culturales y la competencia por la riqueza entre los criollos mexicanos avecindados en las regiones fronterizas y las muy diversas naciones indias pesaron en la configuración de la mirada de aquellos sobre estos. Sin embargo, debe precisarse que los mexicanos que se asociaron con comanches y apaches –e

[31] Una mirada de carácter etnográfico sobre los indios de Chihuahua la ofrece Philip Rondé, pintor y aventurero francés que publicó "Voyage dans l'etat de Chihuahua (Mexique): 1849-1852", que apareció en la revista *Le Tour Du Munde*, editada por Édouard Charton. Véase Vargas, *Viajantes*, 2000.

incluso estadunidenses– en el negocio del abigeo debieron tener imágenes distintas de los indios. De estas, no tenemos rastro alguno. Nada sabemos por boca de los actores sobre cómo miraron estos mexicanos a sus socios.

A lo largo de casi 35 años, la mirada de aversión y desprecio no parece haber cambiado. La transformación en la condición de México, el arribo de la modernidad, su integración a la economía del sur estadunidense, así como el contar con los vecinos del norte del río Bravo como nuevos aliados, fueron factores que se sumaron a la debacle de apaches y comanches. Al final, todo esto eliminó el sentimiento de impotencia y temor de la percepción de los fronterizos sobre los indios, quienes dejaron de ser el formidable rival que había sido durante tantas décadas. El desprecio racial, empero, permaneció.

FUENTES CONSULTADAS

Archivos

AHSREM Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, México.
AHM Archivo Histórico Militar de la Secretaría de la Defensa Nacional, México.

Bibliografía

Escobar Ohmstede y Teresa Rojas Rabiela (coords.), *La presencia del indígena en la prensa capitalina del siglo XIX: catálogo de noticias*, colaboración especial de Patricia Lagos Preisser, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Instituto Nacional Indigenista, 1992-1993, vol. 2, núm. 29.

Cramaussel, Chantal, "La violencia en el estado de Chihuahua a mediados del siglo XIX. Apaches y comanches" en José Marcos Medina Bustos y Esther Padilla Calderón (coords.), *Violencia interétnica en la frontera norte novohispana y mexicana. Siglos XXVII-XIX*, Hermosillo/Zamora/Mexicali/Chapel Hill, Carolina del Norte, El Colegio de Sonora/El Colegio de Michoacán/Universidad Autónoma de Baja California/Universidad de Carolina del Norte, 2015, pp. 195-226.

———————, y David Carbajal López (eds.), *El impacto de la viruela en México de la época colonial al siglo XX, vol. III: Estudios de larga duración*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2010.

DeLay, Brian, *War of a thousand deserts: Indian raids and the U. S. mexican war*, New Haven/Londres, Yale University Press, 2008 (The Lamar Series in Western History).

García Martínez, Bernardo, "Independencia nacional y movilidad espacial de la población" en Francisco Alba, Manuel Ángel Castillo y Gustavo Verduzco (coords.), *Migraciones internacionales, vol. III. Los grandes problemas de México*, México, Colegio de México, 2010, 16 vols., en <https://2010.colmex.mx/tomos/migraciones1.html>. [Consulta: 6 de octubre de 2020.]

González Milea, Alejandro, "Colonias militares y civiles del siglo XIX: Una aproximación a las utopías urbanas del norte de Coahuila", *Estudios Fronterizos*, vol. 13, núm. 25, enero-junio, 2012, pp. 191-219, en <http://ref.scielo.org/3xqd7w>. [Consulta: 6 de octubre de 2020.]

Hämäläinen, Pekka, *The comanche empire*, New Haven, Connecticut, Yale University Press, 2008 (The Lamar Series in Western History).

Kuntz Ficker, Sandra, "De las reformas liberales a la gran depresión, 1856-1929" en Sandra Kuntz Ficker (coord.), *Historia económica general de México*, México, El Colegio de México/Secretaría de Economía, 2010, pp. 305-352, en <https://www.doi.org/10.2307/j.ctv47wf39.14>. [Consulta: 6 de octubre de 2020.]

Medina Bustos, José Marcos y Esther Padilla Calderón (coords.), *Violencia interétnica en la frontera norte novohispana y mexicana. Siglos XVII-XIX*, Hermosillo/Zamora/Mexicali/Chapel Hill, Carolina del Norte, El Colegio de Sonora/El Colegio de Michoacán/Universidad Autónoma de Baja California/Universidad de Carolina del Norte, 2015.

Negrete Salas, Martaelena, "La frontera texana y el abigeato 1848-1872", *Historia Mexicana*, El Colegio de México, vol. 31, núm. *1*(121), julio-septiembre, 1981, México, pp. 79-100, en <https://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/view/2636>. [Consulta: 6 de octubre de 2020.]

Nieto Camacho, Ana Lilia, *Defensa y política en la frontera norte de México, 1848–1856*, México, El Colegio de la Frontera Norte, 2012.

Reyes Gutiérrez, Amparo Angélica, Ignacio Almada Bay, David Contreras Tánori, "Medidas ofensivas y defensivas de los vecinos de Sonora en respuesta a las incursiones apaches, 1854-1890. El despliegue de una autodefensa limitada", *Historia Mexicana*, El Colegio de México, vol. 65, núm. 3, enero-marzo, 2006, México, pp. 1193-1269, en <http://ref.scielo.org/tyms9g>. [Consulta: 6 de octubre de 2020.]

Richardson, John P., *Alexander Robey Shepherd. The man who built the nation's capital*, Athens, Ohio, Ohio University Press, 2016.

Riguzzi, Paolo y Patricia de los Ríos, *Las relaciones México-Estados Unidos, 1756-2010. Volumen II. Destino no manifiesto, 1867-2010*, México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM/Centro de Investigaciones sobre América del Norte/Secretaría de Relaciones Exteriores, 2012 (Serie Historia Moderna y Contemporánea, 58), en <http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/mexusa/v2destino.html>. [Consulta: 6 de octubre de 2020.]

Rivaya Martínez, Joaquín, "Incidencia de la viruela y otras enfermedades epidémicas en la trayectoria histórico-demográfica de los indios comanches, 1706-1875" en Chantal Cramaussel y David Carbajal López (eds.), *El impacto de la viruela en México de la época colonial al siglo XX, vol. III: Estudios de larga duración*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2010, pp. 63-80-

Terrazas y Basante, Marcela, "Ganado, armas y cautivos. Tráfico y comercio ilícito en la frontera norte de México, 1848-1882", *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, Universidad de California, Santa Bárbara, vol. 35, núm. 2, Verano, 2019, pp. 171-203, en <https://www.doi.org/10.1525/msem.2019.35.2.171>. [Consulta: 6 de octubre de 2020.]

Vargas Valdés, Jesús (ed.), *Viajantes por Chihuahua (1846-1853)*, Chihuahua, Gobierno del Estado de Chihuahua/Secretaría de Educación y Cultura/Dirección de Publicaciones, 2000 (Raíces de la Identidad Chihuahuense).

Velasco Ávila, Cuauhtémoc, "Milicias en El Carrizal: Los hombres bravíos y el miedo a los indios, 1825-1836", *Historias*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, núm. 87, enero-abril, 2014, México, pp. 67-90, en <https://www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/revistaHistorias/?p=7545>. [Consulta: 6 de octubre de 2020.]

Weber, David J., *Bárbaros. Los españoles y sus salvajes en la era de la ilustración*, trad. de Alejandra Chaparro y Luis Noriega, Barcelona, Crítica, 2007.

Enciclopedias

Enciclopedia del Derecho y las Ciencias Sociales Online

MATÍAS ROMERO Y ESTADOS UNIDOS EN LA ENCRUCIJADA DE LAS GUERRAS PARALELAS. COMUNICACIÓN, DIPLOMACIAS Y MODELOS, 1860-1867

Paolo Riguzzi

En este trabajo se analiza la experiencia de Matías Romero como representante del gobierno republicano de México en Washington en la etapa de las guerras paralelas de los años sesenta: la de secesión en Estados Unidos y contra la intervención francesa y el imperio de Maximiliano, en México.[1] Romero fue responsable de un entramado singularmente amplio de gestiones políticas y actividades informativas, de comunicación y propaganda, de naturaleza apremiante, dirigidas a proveer apoyo político y material para la causa republicana en su país, y que trascendían la esfera de la diplomacia oficial. Todas sus actividades se caracterizaron por la intencionalidad estratégica de incidir, de forma directa o indirecta, en algún aspecto de la relación bilateral.

Tres razones destacan para justificar el estudio de los perfiles de su experiencia en Estados Unidos. Una es de tipo contextual, por la encrucijada extraordinaria en los dos países, caracterizada por retos y conflictos que involucraron la existencia misma de las entidades estatales, puesto que los conflictos pusieron en peligro tanto a la Unión Americana como a la república mexicana.[2] Otra razón remite a la trayectoria política sucesiva de Romero como figura destacada del liberalismo mexicano: secretario de Ha-

[1] Acerca de los aspectos comparativos de los dos conflictos, véase Pani, "Constitución, ciudadanía", 2014.

[2] En los años sesenta del siglo XIX, México experimentó la combinación de un conflicto internacional, con Francia, y una guerra civil entre las facciones liberales y conservadoras. El gobierno de Napoleón III y la facción conservadora se aliaron alrededor de la instauración de un régimen monárquico en México, encabezado por el archiduque Maximiliano de Habsburgo. La intervención militar francesa se verificó a partir de 1862 y se prolongó hasta comienzos de 1867. El régimen duró cuatro años, de mediados de 1863 a mediados de 1867 (incluyendo al año preliminar de la llamada Regencia), periodo en el cual ocupó la capital, los principales puertos y gran parte de los estados,

cienda en tres ocasiones, y nuevamente ministro plenipotenciario en Washington, entre 1882 y 1898.[3] La tercera razón, no menos relevante, atañe a la naturaleza y los objetivos de su mirada a Estados Unidos, que fueron esencialmente instrumentales y operativos. Romero fue mucho más que un espectador asombrado de la modernidad política y la potencia económica estadunidenses –en clave bélica– o un observador interesado en revelar a sus connacionales las claves de su fuerza y éxito, sino un operador político transnacional, empeñado en alterar estados de opinión, alineaciones y decisiones políticas en Estados Unidos, además de transmitir a México información o imágenes de ese país.

El propósito de este ensayo es descifrar qué significó para Romero la intensa experiencia del periodo 1860 y 1867, en cuanto a los aprendizajes que realizó acerca de la política y la sociedad estadunidense, y a la manera en que los utilizó para su misión. En particular, se pretende discernir la relación entre su labor diplomática y las acciones informativas que llevó a cabo en la prensa y los medios de Estados Unidos; y cómo las instituciones de ese país funcionaron como modelo para él, y de qué forma transmitió esa referencia a México. En este sentido, el trabajo no se centra en las gestiones diplomáticas oficiales, sino en las relaciones, las ideas y las prácticas informativas que conformaron la experiencia de Romero en Estados Unidos.

La fuente documental principal utilizada para este trabajo ha sido la colección, en diez volúmenes, *Correspondencia de la legación mexicana en Washington durante la intervención extranjera*. Recopilada por el mismo Romero, contiene la correspondencia de la legación con el departamento de Estado y con el gobierno mexicano, durante su gestión. Los volúmenes (un total de 9 810 páginas impresas) reúnen un conjunto muy vasto de cartas, documentos, circulares, comunicados, notas de prensa, que atestiguan los alcances enormes de sus actividades.[4] También se ha consultado el *Diario personal* de

---

aunque sin conseguir nunca un control uniforme de todo el territorio mexicano. Pani, "Juarez vs. Maximilian", 2017.

[3] La figura de Romero ha sido objeto de cierto número de trabajos, pero existe un solo estudio de carácter general: Bernstein, *Matías Romero*, 1973. Esta biografía, sin embargo, adolece de una estructura confusa y en algunas de sus partes está más cercana a la forma de apuntes preliminares que a la de libro de investigación. Entre los estudios que intentan captar múltiples dimensiones de la experiencia de Romero están los de Mac Gregor, *Matías Romero*, 1992, que ofrece una recopilación de algunos de sus textos, aunada a un útil estudio introductorio; Riguzzi, "Escribe sin cesar", 2011.

[4] Romero, *Correspondencia de la legación*, 1868-1892. La publicación de los diez volúmenes se extendió en el arco de 20 años, de forma intermitente, que por lo general coincidían con los periodos de Romero en la Secretaría de Hacienda.

Romero, el cual cubre los años de 1855 a comienzos de 1865, cuando se interrumpe bruscamente; pero su formato es el de una agenda de actividades en la que Romero registró, de forma sintética, las abultadas labores oficiales, semioficiales y sociales, y los encuentros a los que dieron lugar.[5] Adicionalmente, se han utilizado escritos suyos, elaborados y publicados en esos mismos años, así como fuente de prensa.

El ensayo se estructura en cuatro secciones. La primera presenta la trayectoria y el perfil de Romero, desde su formación hasta la inserción en Estados Unidos como diplomático; la segunda reseña las principales vertientes de su actividad en aquel país y sus ámbitos diversos de actuación. La tercera sección analiza las modalidades y los contenidos de las campañas informativas que llevó a cabo contra la intervención francesa y el régimen imperial. La última identifica las enseñanzas acerca de la relación entre México y Estados Unidos que Romero extrajo de su experiencia.

LA TRAYECTORIA DE ROMERO

Romero (Oaxaca 1837-Washington 1898) fue uno de entre muchos liberales provincianos cuya socialización política ocurrió en el periodo de la Reforma. Sus raíces regionales lo ligaron a dos figuras presidenciales de gran peso en la historia mexicana, Benito Juárez y Porfirio Díaz. El primero, del que lo separaban 31 años, fue su maestro, de manera que en función de ello y de la diferencia generacional, la relación entre ellos fue de tipo más jerárquico; mientras que Díaz, seis años mayor, fue su compañero de estudios, lo cual imprimió a la relación rasgos de horizontalidad y camaradería, que se mantuvieron a lo largo del tiempo.

Romero nació en la capital del estado de Oaxaca, en el seno de una familia criolla que de forma estilizada es posible definir de clase media urbana, con algunas propiedades en sus haberes, y que contaba con relaciones sociales con exponentes de la elite política local. El fallecimiento temprano de su padre deterioró el balance y puso presión sobre los recursos de la familia; a finales de 1861, cuando el joven diplomático ofreció al gobierno

[5] Romero, *Diario personal*, 1960; Bernstein, "El secreto de Matías Romero", 1961.

reducir su remuneración a una tercera parte para cooperar con la defensa de la república, manifestó no contar con "otro patrimonio que mi sueldo".[6]

Romero perteneció a una generación demasiado joven para participar y vivir el trauma de la separación de Texas y la guerra con Estados Unidos, de manera que no fue afectada por la reacción de los años cuarenta, que enfatizó la referencia al liberalismo moderado europeo: Más bien, se formó en una cultura política, la de los liberales que destronaron el régimen de Santa Anna, que se caracterizó por una renovada admiración por las instituciones estadunidenses y su capacidad modernizadora, que los conservadores les reprocharon como algo *antinacional*.[7] Romero compartió plenamente estos postulados. En un discurso pronunciado en 1867, caracterizó el papel de Estados Unidos como referencia para el movimiento liberal mexicano, al mismo tiempo que personal, de la siguiente forma: "Poco después llegué a ser el representante de mi país, o a lo menos, de la parte de él que creyendo que tenía en los Estados-Unidos un grande ejemplo que imitar, estaba ansiosa de proporcionar a México las mismas ventajas de que este país gozaba, adoptando la misma política que lo ha engrandecido tan prodigiosamente."[8]

El diplomático reconoció, retrospectivamente, la fractura mexicana entre el campo liberal-republicano y el clerical-conservador, y la situó alrededor de la adopción del modelo estadunidense.

No está claro qué aprendizajes pudo haber adquirido acerca de Estados Unidos, en términos políticos, jurídicos y sociales, antes de su traslado a ese país, más allá de la lectura que hizo de *La democracia en América* de Tocqueville, que era casi la única referencia para la mayoría de los liberales mexicanos.[9] Sin embargo, es de notar que Romero, por su cercanía con Juárez, la colaboración con Melchor Ocampo, primero, y después con José María Mata en Washington, estuvo en contacto cercano con personajes que tenían un conocimiento relativamente amplio de Estados Unidos, por

[6] Bernstein, *Matías Romero*, 1973, pp. 7-13 y *El Siglo Diez y Nueve*, 21 de enero de 1863, ciudad de México.

[7] Olliff, *Reforma México*, 1981.

[8] *Banquete dado*, 1868, p. 55. Esta es la edición mexicana, mandada a hacer por Romero, del cuaderno *Dinner*, 1867.

[9] Hale, *El liberalismo mexicano*, 1972, p. 204. Romero da cuenta de la lectura de *La democracia en América* en su *Diario personal*. En 1855, se publicó por primera vez el libro de Tocqueville en México, por los tipos de Ignacio Cumplido, editor del diario liberal *El Siglo Diez y Nueve*. Antes de eso, sólo existían las ediciones realizadas en París y en Madrid.

haber vivido y actuado en ese país, a través de la Junta Revolucionaria, en Nueva Orleans, durante la última época santannista.[10]

Tras los estudios de derecho, en 1856 Romero ingresó, por impulso de Juárez, como empleado meritorio a la Secretaría de Relaciones Exteriores, en la sección de Europa; puesto que el político oaxaqueño le recomendó estudiar el francés y el inglés, es probable que pensara encaminarlo al servicio diplomático.[11] Su primera etapa de la carrera en el servicio exterior mexicano comenzó en diciembre de 1859, como secretario de la legación en Washington, a los 23 años, y concluyó en el otoño de 1867, después de la restauración del gobierno republicano en México. Desde la posición de secretario Romero, pese a su joven edad, protagonizó un ascenso rápido, hasta llegar a ministro plenipotenciario en el lapso de tres años, debido a la renuncia de los nombrados.[12] Lo que favoreció su ascenso acelerado fue la inestabilidad ligada a las circunstancias extraordinarias de México, con la guerra de Tres Años (o de Reforma), la posterior intervención tripartita y el despliegue del proyecto imperial bajo la égida de Napoleón III.

Es de notar que, en los mismos años, se verificó la presencia en Washington de una serie de figuras intelectuales y políticas latinoamericanas de relieve con funciones diplomáticas: el argentino Faustino Domingo Sarmiento, los chilenos Francisco Astaburuaga y Benjamín Vicuña Mackenna, el venezolano Blas Bruzual. Es útil contrastar las características de Romero con las de estos personajes, por lo que se refiere a generación, experiencia política o diplomática, y conocimiento de Estados Unidos. En tres de los cuatro casos, se trataba de personajes pertenecientes a una generación anterior, nacida todavía en las postrimerías del imperio español en las Américas, como Bruzual (1808), Sarmiento (1811) y Astaburuaga (1817); todos contaban con experiencia política en su país o como diplomáticos en el exterior; y dos de ellos, Sarmiento y Mackenna, gozaban de un conocimiento previo de Estados Unidos, sobre el cual habían incluso escrito libros.[13] Desde estos ángulos, claramente destaca la diferencia con el mexicano, mucho más joven

[10] Olliff, *Reforma Mexico*, 1981, y Muñoz Bravo, "Largo y sinuoso", 2014.

[11] Bernstein, *Matías Romero*, 1973, p. 9. Y cuando Melchor Ocampo, otro prohombre liberal, ocupó la cartera unificada de Gobernación y Relaciones Exteriores, Romero se desempeñó como su secretario privado.

[12] El ministro José María Mata renunció en 1860; el general José López Uraga, en 1861, y José Antonio de la Fuente, en 1863, pero los dos últimos ni siquiera asumieron el cargo.

[13] Véase Carilla, *El embajador Sarmiento*, 1961; Barros, *Chile y la guerra*, 1992; Morales, "Repercusión latinoamericana", 2004, p. 77-79. Es de notar que la presencia de estos personajes generó un florecimiento de publicaciones en español en Estados Unidos y contribuyó además a la labor de

e inexperto que sus homólogos. Significativamente, en ocasión de su ascenso –el primero– a encargado de negocios interino, lo calificó como "una carga superior a mis fuerzas", como pidió que se comunicara al presidente Juárez.[14]

La misión de Romero tuvo lugar en un marco de precariedad en cuanto a la falta de recursos y comunicaciones con su gobierno, que lo llevaron a crisis en más de una ocasión. La renuncia efectiva maduró entre enero y abril de 1863, cuando, frustrado por la postura del gobierno de Lincoln, que consideró demasiado parcial hacia Francia, el joven diplomático llegó a sugerir que se suspendieran las relaciones. En abril obtuvo la licencia temporal para volver a México y unirse a la resistencia contra los franceses, al séquito de Porfirio Díaz.[15] Tras un paréntesis de cinco meses, bajo la presión del presidente Juárez aceptó su regreso a Washington; pero consiguiendo un pequeño equipo de funcionarios para la legación, lo que le permitió retomar con mayor intensidad las labores.[16]

Tras la caída de Maximiliano, en el verano de 1867, Romero aseguró a sus superiores que eran de considerarse "concluidos y satisfactoriamente arreglados todos los negocios graves que tenemos aquí pendientes."… y que las relaciones bilaterales estaban "bajo el pie más bonancible que hasta entonces habían guardado" y pidió regresar a México, alegando su agotamiento físico y mental.[17]

ROMERO EN ESTADOS UNIDOS

Romero llevó a cabo una inmersión muy profunda en la sociedad estadunidense. Al cabo de pocos años, además de Washington, donde residía, había visitado todo lo que era posible en el noroeste del país, en cuanto a ciudades (Nueva York, Albany, Jersey City, Boston, Filadelfia, Baltimore, Richmond, Cincinnati, Cleveland, Buffalo, Chicago, Pittsburgh), y en cuanto a insta-

---

Romero, compensando en parte el aislamiento respecto a los diplomáticos europeos, que reconocían o simpatizaban con el régimen imperial.

[14] Romero a ministro de Relaciones, Washington, 16 de agosto de 1860, en Romero, *Correspondencia de la legación*, 1868-1892, vol. 1, p. 102.

[15] Romero a ministro de Relaciones, Washington, 26 de enero de 1863 y 16 de abril de 1863, en *Correspondencia de la legación*, 1868-1892, vol. 3, pp. 135-136, 409, 419.

[16] Romero, *Diario personal*, 1960, pp. 529, 541, 544; *New York Times*, 22 de octubre de 1863.

[17] Matías Romero, "Introducción", 1868-1892, vol. 1, p. III; Romero a Juárez, Washington, 15 de julio de 1867 y Romero a Juárez, Washington, 27 de julio de 1867 en Juárez, *Documentos, discursos*, 1964-1970, vol. 12.

laciones: edificios públicos (Congreso y legislaturas, palacios municipales, tribunales, monumentos, academias militares, penitenciarías, hospitales, cementerios); planta productiva (fábricas, molinos, astilleros, centrales de gas, imprentas); infraestructura (puertos, puentes, canales, ferrocarriles); instituciones culturales y científicas (museos, bibliotecas, academias, universidades, teatros); edificios religiosos (templos e iglesias).[18] No obstante la vastedad de sus visitas, en su *Diario* registra un número relativamente reducido de aspectos que le llamaban la atención o le causaran sorpresa, con base en comparaciones explícitas o implícitas con la realidad mexicana: en Washington, el Capitolio iluminado en la noche, con las cámaras en sesión; así como las dimensiones modestas de la catedral católica; en Nueva York, el tamaño de la Biblioteca Astor y sus 80 000 volúmenes, núcleo de la futura *Public Library*; en Filadelfia por el Colegio Girard, resultado de la filantropía, y en Camden, por los colegio para niños ciegos y sordomudos, y sus resultados formativos. En la esfera institucional, lo sorprendieron el desarrollo intenso pero ordenado de la votación presidencial en las casillas neoyorquinas, en 1864, así como la sencillez de los procedimientos de los juicios civiles.[19]

Otro motivo de asombro, de índole diferente, lo ocasionó la visita al campamento militar del ejército del Potomac, donde a Romero le impresionó encontrar a Ulysses S. Grant, el comandante de la fuerzas de la Unión, alojado en igualdad de condiciones con los soldados: "una humilde tienda de campaña, que en su apariencia exterior no se distinguía de la del último de sus ayudantes, y ni aun siquiera de las de sus ordenanzas".[20] La circunstancia, aunada al interés de Grant por la situación mexicana, suscitó su admiración, y el encuentro derivó, como se verá, en su mutua colaboración alrededor de la lucha contra el imperio de Maximiliano.

Además, si bien Romero no ofreció información al respecto, en el espacio del asombro es posible clasificar la experiencia amorosa, por la unión con Lucretia Allen, de Filadelfia, a quien conoció hacia el final de su estancia y fue su compañera de vida en las tres décadas siguientes.[21]

[18] Todos estos movimientos se registran en el *Diario*, 1960. Véase Terrazas, "Testimonio", 1995, pp. 120-121.

[19] Romero, *Diario personal*, 1960, pp. 307, 316, 320, 322-323, 328, 362, 620.

[20] Romero expuso su primer encuentro con Grant, en Romero, "Introducción", *Historia militar*, 1867.

[21] Bernstein, *Matías Romero*, 1973, pp. 167-170.

MISIÓN DIPLOMÁTICA Y REPUTACIÓN MEXICANA

Romero fungió como conducto principal para las relaciones del gobierno republicano con el resto del mundo durante el periodo itinerante entre mediados de 1863 y de 1867, en el cual Juárez y su gabinete se desplazaron de forma continua para eludir a las tropas franco-imperiales.[22] La gama de actividades que desempeñó en Estados Unidos, además de las funciones diplomáticas oficiales, fue excepcionalmente amplia e incluyó los siguientes aspectos:

a) Servir de nudo informativo, recolectando y transmitiendo información para el gobierno de Juárez;

b) publicar, diseminar y promover información acerca de la situación mexicana, y contrarrestar la propaganda de los agentes franceses y del régimen de Maximiliano;

c) adquirir armas y pertrechos de guerra, así como organizar su remisión a México, y

d) emitir y negociar bonos de deuda, para financiar la guerra.

Desde esta perspectiva, no es exagerado calificar las funciones de Romero como las de proveer ojos, oídos y voz a un gobierno como el de Juárez, cuyas peregrinaciones en el interior del país lo aislaron del acceso a la información, al intercambio diplomático y la emisión de mensajes. En el presente trabajo hago hincapié en la función de voz mediante la cual Romero representó el principal defensor del gobierno republicano de México en el exterior, volcado a comunicar en Estados Unidos los alcances de la resistencia militar y política en contra de la intervención francesa y el imperio.

Desde este punto de vista, el diplomático se topó con un obstáculo serio, dado por la tradición predominantemente negativa que envolvía la reputación de México como comunidad política en Estados Unidos. Se trataba de un conjunto de nociones y visiones que cruzaban, con diferente intensidad y matices, los campos republicano y el demócrata, y que se enfocaban en la inestabilidad política, el atraso social e incluso la supuesta inferioridad de su población. Dos testimonios de Romero en sus primeros años en Estados Unidos remiten a la reputación mexicana con la que se enfrentó, y a su reacción consiguiente. El primero lo expresó en una comunicación con sus superiores, quienes le habían solicitado tantear la posibilidad de obtener un empréstito de emergencia en Nueva York: "El Gobierno de

[22] Durante esos años, el gobierno de Juárez trasladó su sede a seis ciudades diferentes.

la República no tiene ningún crédito, y entre las personas acomodadas de dicha ciudad reina en lo general la creencia de que no es posible establecer el orden en México, porque nuestras tendencias naturales, y la depravación de nuestras costumbres nos harán estar en una perpetua anarquía..."[23]

El segundo lo planteó en un discurso en un evento neoyorquino, que publicó luego como opúsculo, donde su punto de arranque fue el siguiente:

> La opinión general parece ser que somos un pueblo no civilizado y heterogéneo, constantemente dividido por disputas mezquinas y ambiciones personales; siempre ocupado en llevar a cabo pronunciamientos; sin patriotismo ni sentimientos elevados; no adecuado para el autogobierno e incapaz de desarrollar nuestros grandes recursos naturales; por consiguiente, no digno de la simpatía y el respeto de la humanidad.[24]

Romero consideró que esta visión contenía "un juicio…tan injusto y sin fundamento", y actuó para rectificarla, porque era la premisa y la justificación de un estado de indiferencia en la opinión pública hacia el conflicto que se libraba en México. Desarrolló importantes campañas informativas dirigidas al público estadunidense y sus intervenciones en los medios vertebraron una labor de defensoría, ligada a los objetivos inmediatos, políticos y militares de la guerra; pero, al mismo tiempo, con el propósito de corregir la imagen de México y mejorar su reputación en Estados Unidos.

En este sentido, las dos grandes vertientes que articularon los mensajes emitidos por Romero en Estados Unidos se dirigían a resaltar, no las diferencias, sino los aspectos comunes entre los dos países, de la forma siguiente:

> 1. Que el conflicto mexicano no era un hecho nacional, sino un episodio de una disputa más amplia entre instituciones monárquicas y republicanas en el continente americano, activada por la ofensiva europea, que había explotado la coyuntura del conflicto estadunidense para pisotear a la doctrina Monroe.
>
> 2. Que la guerra contra el imperio mexicano era un fenómeno análogo a la guerra contra la esclavitud, y que la Confederación sureña y Maximiliano de Habsburgo eran enemigos comunes de las dos repúblicas. El recurso discursivo empleado por el diplomático fue el señalamiento de la

[23] Romero a ministro de Relaciones, Washington, 2 de octubre de 1861, en Romero, *Correspondencia de la legación*, 1868-1892, vol. 1, p. 735.

[24] Romero, *The situation in Mexico*, 1863, p. 3. La traducción al español es del mismo Romero.

matriz común a las minorías oligárquicas, la esclavista y la monárquica, que oprimían a las mayorías.

Estas dos líneas, que Romero agitó de forma sistemática a través de los medios impresos, en eventos públicos y conversaciones privadas, debían de servir como puntos focales para formar la opinión pública acerca del conflicto mexicano y, por consiguiente, como premisas y palancas para la estrategia política de mover al gobierno de Washington, de la neutralidad al apoyo pleno a la causa juarista, bajo el sello de la doctrina Monroe.[25]

CABILDEO Y RELACIONES POLÍTICAS

En aquella coyuntura álgida, la inserción de Romero en el paisaje político estadunidense fue muy profunda: se familiarizó de manera profunda con sus instituciones y tuvo acceso a un círculo muy amplio de personajes de la elite norteña; y forjó sus habilidades diplomáticas en el cabildeo, la comunicación con muchos interlocutores y la atención a la opinión pública. Todo ello conformó lo que Thomas Schoonover, de manera eficaz, ha definido como "el lobby mexicano en Washington".[26] Sin embargo, la definición es restrictiva, al enfocar esencialmente la esfera del cabildeo en la capital, mientras que las acciones y las gestiones informativas de Romero se esparcieron en la prensa y otros medios impresos, mucho más allá de Washington. Su gobierno reconoció el valor de su capital humano y su posición estratégica, bajo forma del "conocimiento que ha adquirido Ud. por largo tiempo de las personas, de las cosas y de la política de ese país", lo cual lo hacía difícilmente reemplazable.[27]

Romero estableció una alianza con un influyente círculo político de Estados Unidos, el de los republicanos radicales, cimentada en la defensa de la doctrina Monroe y las instituciones republicanas, es decir de un componente de la tradición política de ese país. En todo el vasto abanico de sus

[25] Adicionalmente, otra área relevante de impacto de las campañas informativas de Romero fue de naturaleza transatlántica, puesto que las expresiones de solidaridad con México tenían la función de mostrar a Francia que la hostilidad estadunidense hacia el proyecto de Napoleón III sólo podía ser creciente, al igual que los costos de sostenerlo.

[26] Schoonover, *Mexican lobby*, 1986. El libro recoge una selección de la correspondencia diplomática de Romero.

[27] Ministro de Relaciones a Romero, Paso del Norte, 11 de octubre de 1865, en Romero, *Correspondencia de la legación*, 1868-1892, vol. 6, p. 312.

labores, el diplomático contó con el apoyo de este grupo. Pero es oportuno distinguir por lo menos tres fajas de relaciones que cultivó en esos años:

1) La de mutua conveniencia política, que entabló con los congresistas radicales que se oponían a la política de William H. Seward, tales como Henry Winter Davis, Thaddeus Stevens, Benjamin F. Wade, Godlove Orth, Zacariah Chandler, John Kasson, John Logan, el presidente de la cámara de Representantes Schuyler Colfax, Robert Schenck o, incluso, políticos que no pertenecían a la facción radical como como el administrador de Correos, y miembro del gabinete, Montgomery Blair, y el congresista demócrata de California, James McDougall.[28]

2) La de naturaleza más personal, con personajes influyentes, pero no directamente involucrados en la política, que le abrieron o facilitaron el acceso a la prensa, a los círculos empresariales e intelectuales, tales como el propietario James Beeckman, el exadministrador de la aduana de Nueva York, Hiram Barney, el abogado John W. Hamersley, o el editor del *Evening Post*, el intelectual William Cullen Bryant.[29]

3) Las relaciones de conveniencia económica, con personajes interesados en negocios con México, para los cuales el apoyo a la causa juarista conllevaba la expectativa de rendimientos futuros, tales como el empresario-periodista Edward Dunbar, el diplomático Edward L. Plumb, el financiero John W. Corlies y sus agentes, como Robert Dale Owen; o por lo menos la remuneración de los servicios, como en el caso de George E. Church, o los militares involucrados en el suministro de armas a México (Lewis Wallace, Herman Sturm).[30]

Una mención aparte merece el vínculo especial con Ulysses S. Grant, originado por la visita de Romero a los mandos militares del ejército del Potomac, en la que traslucieron el interés del general por la situación mexicana y sus decididas simpatías hacia la lucha republicana. Tras la rendición de los confederados, Romero mantuvo una interlocución estrecha y prolongada con él, a través de entrevistas "largas, frecuentes y cordiales", y que derivó en una relación de amistad. El general, convencido de la existencia de un nexo político entre la rebelión sureña y el proyecto de Napoleón III en México, criticó la política de Seward, por "excesiva tibieza de Washington en los asuntos mexicanos" e intentó modificarla, en concertación con

[28] Goldwert, "Matías Romero", 1965; Schoonover, *Dollars over dominion*, 1978, pp. 116-121.
[29] Bernstein, *Matías Romero*, 1973, pp. 92-99.
[30] Miller, *Arms across the border*, 1973; Schoonover, *Dollars over Dominion*, 1978, pp. 128-137.

Romero, impulsando la colaboración explícita con las fuerzas juaristas.[31] El vínculo entre los dos se afianzó y prolongó por casi dos décadas, así como con exponentes de su círculo político.

ROMERO Y EL ESCENARIO INFORMATIVO ESTADUNIDENSE

Romero percibió rápidamente los alcances de la influencia que la prensa ejercía en Estados Unidos, y concibió su papel como formador de opinión a través del uso de los medios impresos. Ya en 1862, asentó de forma programática ante sus superiores que "en un país…en que la opinión pública es el árbitro de los destinos de la nación, no es en manera alguna tiempo perdido el que se emplee en formar aquélla".[32] Al reconocer el papel de la opinión pública y los periódicos en Estados Unidos, el diplomático identificó con claridad el eje jerárquico que lo vertebraba, constituido por los grandes periódicos neoyorquinos. En el contexto de la guerra civil, los tres grandes diarios, *Herald*, *Times*, *Tribune*, que sumaban más de 200 000 copias de tiraje, eran las principales organizaciones de la prensa en cuanto a tamaño y presupuesto, los únicos en disponer de ocho páginas y contar con una circulación de tipo nacional e incluso internacional, particularmente en el caso del *Herald*. Romero lo planteó así a sus superiores: "una de las primeras necesidades del que quiera conseguir algún objeto, o por lo menos conservar su buen nombre y reputación es contar con apoyo en alguno de los principales periódicos de Nueva-York, que circulan en toda la nación y aun en el extranjero".[33]

Romero se topó inicialmente con un panorama periodístico adverso, en razón de elementos coyunturales y otros estructurales. El primero era la obvia concentración de la agenda informativa alrededor de la guerra doméstica, cuyo desenvolvimiento acaparaba las columnas de los periódicos.[34] Desde el comienzo de su misión diplomática, comentó acerca de la restricción de espacio periodístico para las cuestiones ajenas a la guerra,

[31] Romero a ministro de Relaciones, Washington, 5 de junio de 1865 en Romero, *Correspondencia de la legación*, 1868-1892, vol. 5, p. 361; Badeau, *Grant in peace*, 1887, pp. 182-188, 391-393.

[32] Romero a ministro de Relaciones, Washington, 5 de marzo de 1862, en Romero, *Correspondencia de la legación*, 1868-1892, vol. 2, pp. 71-72.

[33] Romero a ministro de Relaciones, Washington, 8 de junio de 1861, en *ibid*., vol. 1, pp. 418-419.

[34] Se estima que una tercera parte del espacio de los periódicos estaba dedicada a las noticias relativas a la guerra.

informando que, debido a ello, "nuestros asuntos han perdido aquí su interés". Dos años después, describió así el contexto informativo: "el acopio de noticias de la guerra civil, que llaman más directamente la atención de este pueblo es tal, que los periódicos no se prestan a hacer publicaciones extrañas sobre asuntos que no afectan directamente a los Estados-Unidos, sino por retribuciones pecuniarias."[35]

Aseveró que estaba en un país en donde primaba la velocidad en la circulación de la información, mediante el uso intensivo de la telegrafía y el ferrocarril: "las noticias de ayer se consideran hoy atrasadas".[36] De hecho, en varias ocasiones, el recargo de información impidió la publicación de noticias mexicanas suministradas por el diplomático a los periódicos, o la difirió en el tiempo, en menoscabo de su valor. Ante este escenario, planteó que era de considerarse satisfactoria cualquier mención de los asuntos mexicanos, manifestando que "todo lo que contribuya a que la prensa se ocupe de ellos y los presente a los ojos del público, es altamente favorable".[37]

Romero planteó con claridad el nexo causal entre información, opinión pública y política, en ocasión de un convenio de ayuda a México rechazado por el Senado, al reconocer que: "el único recurso que nos queda es trabajar porque la cuestión se agite entre el pueblo lo más que fuere posible, para que una vez formada la opinión pública respecto de ella, pueda llevarse de nuevo ante el Senado con probabilidades de mejor éxito".[38]

La relevancia de las palabras de Romero consistía en señalar que fomentar voces favorables a la causa republicana en México era parte integral de una labor más amplia que conectaba estados de opinión y política exterior, alrededor de la cual giraron sus actividades.

La posición de la triada *Herald*, *Times*, *Tribune*, en relación con la gestación del proyecto monárquico en México, fue vacilante y contradictoria, de manera que el apoyo noticioso que Romero esperaba al llegar a Washington, no se manifestó sino de forma intermitente o débil. A finales de 1861, con la intervención europea en puertas, el diplomático se preocupó por la tónica de los periódicos neoyorquinos, y subrayó su distancia respecto a la

[35] Romero a ministro de Relaciones, Washington, 5 de junio de 1861, en Romero, *Correspondencia de la legación*, 1868-1892, vol. 1, p. 409; Romero a ministro de Relaciones, Washington, 21 de febrero de 1863, en *ibid*., vol. 3, pp. 224-225.

[36] Romero a ministro de Relaciones, Washington, 5 de noviembre de 1863, en *ibid*., pp. 489-490.

[37] Romero a Ministro de Relaciones, Washington, 24 de marzo de 1864, en *ibid.*, vol. 4, p. 117.

[38] Romero a ministro de Relaciones, Washington, 5 de marzo de 1862, en *ibid*., vol. 2, pp. 71-72. La nota hacía referencia al tratado Corwin-Doblado, en examen por parte del Senado en Washington, que postulaba la protección de Estados Unidos a México.

cuestión mexicana y "los peligros que nos amenazan", empleando la curiosa metáfora astronómica de que su postura manifestaba "una frialdad, una indiferencia y una inexactitud, que no usarían si tales peligros amenazaran a los habitantes de la luna".[39]

El diplomático descubrió con sorpresa que la colocación partidista de la prensa no era la clave para entender su posicionamiento ante la cuestión mexicana. Contrariamente a las expectativas, los dos periódicos ligados al Partido Republicano, el *Times* y *Tribune*, cuyos editores –Henry J. Raymond y Horace Greeley– eran también figuras políticas, fueron los menos inclinados hacia la solidaridad con la causa juarista.

En el caso del *Times*, al inicio Romero lo identificó con el órgano de prensa "que nos ha hecho más justicia y el que ha estado siempre de nuestro lado", pero a condición de que se ejerciera una "especie de sobrevigilancia constante sobre él", cuya viabilidad era obviamente muy dudosa.[40] Conforme la guerra en Estados Unidos se fue profundizando, la estrecha asociación política de Raymond con el secretario de Estado Seward moldeó la línea editorial del *Times*, como percibió el mexicano, al definirlo "enteramente en los intereses de Mr. Seward, cuyo órgano ha sido hasta aquí"; y eso lo llevó a una interpretación mucho menos optimista acerca de la línea editorial del periódico: "lleva tiempo de manifestarse, si no inclinado a la intervención, a lo menos creyendo que hay gran dificultad de que le opongamos una resistencia formal".[41] De hecho, Romero maniobró con sus aliados en el Congreso para impedir que Raymond obtuviera la presidencia de la comisión de Asuntos Extranjeros en la cámara.[42]

Por lo que se refiere al *Tribune*, Greeley había sido un opositor vehemente de la guerra de 1847, un abolicionista militante y un sostenedor de los derechos de los trabajadores y las mujeres; Romero calificó a su periódico como "órgano genuino del partido republicano y uno de los diarios de más influencia en este país". Pero el pensamiento heterodoxo de Greeley, que en el contexto de la guerra civil lo llevó a proponer la mediación europea en Estados Unidos, con el riesgo de ser enjuiciado por traición, a revalorar la fi-

[39] Romero a ministro de Relaciones, Washington, 5 de diciembre de 1861, en *ibid*., vol. 1, pp. 552-553, 621-622.

[40] Romero a ministro de Relaciones, 9 de octubre de 1861, en *ibid*., p. 552.

[41] Romero a ministro de Relaciones, Washington, 21 de julio de 1864, en *ibid*., vol. 4, p. 269. Acerca de Raymond, Dicken, *Journalistic standards*, 1989, pp. 31-32.

[42] Romero a ministro de Relaciones Exteriores, Washington, 26 de noviembre de 1865, en *Correspondencia de la legación*, 1868-1892, vol. 5, p. 831.

gura de Napoleón III como gobernante humanitario, a desestimar la doctrina Monroe, y posteriormente apoyar la libertad del presidente sureño Jefferson Davis, desconcertó a Romero.[43] A comienzos de 1862, el diplomático aseveró que *Tribune* se había distinguido en calumniar a la república mexicana, calificándolo como "el más violento enemigo de la causa liberal en México".[44]

La persistencia de esta línea editorial llevó incluso a una operación de manipulación informativa por parte de Romero, bajo la forma de un carteo con Greely en 1865. Plumb elaboró una carta, refutando las afirmaciones de un editorial del *Tribune*, que Romero firmó como suya y dirigió a Greeley en forma privada. Este le contestó alegando que la falta de impulso progresista en México era una característica común, preexistente a cualquier división política; que ningún orden republicano resultaba posible sin la educación del pueblo, pero que, a lo largo de 40 años de vida independiente, los gobiernos no se habían ocupado de eso, creando así las bases de sus propias convulsiones. Ante este estado de cosas, la opción recomendable para los liberales mexicanos estaba en utilizar la estabilidad provista por el imperio para desarrollar el espíritu ciudadano.[45] El intercambio con Greeley resultó amargo para Romero, quien comentó: "Es altamente desconsolador que uno de los hombres que por sus antecedentes y su posición, parecen destinados a guiar la opinión pública de este país, tenga semejante idea respecto de nosotros, nuestros asuntos y nuestros deberes."[46]

Así, de forma aparentemente paradójica, el que dio mayor espacio a la lucha contra el imperio fue el *Herald* de James Gordon Bennett, el periódico de mayor circulación, de orientación demócrata con alguna simpatía hacia el sur, pero de menor connotación partidista respecto al *Times* y *Tribune*. El *Herald* apoyó al bando unionista, aunque oponiéndose a Lincoln y a la abolición de la esclavitud y, pese a su línea editorial enfocada en el Destino Manifiesto, se convirtió en un aliado temporal de la causa juarista. La línea del *Herald* se desprendía de la adhesión a la doctrina Monroe, de matriz demócrata, más que de la simpatía política con el México republicano, como se manifestó con posterioridad; pero atrajo la atención de Romero, quien la

[43] Acerca de Greeley, véase Dicken, *Journalistic standards*, 1989, p. 47.

[44] Romero a ministro de Relaciones, Washington, 6 de enero de 1862, en Romero, *Correspondencia de la legación*, 1868-1892, vol. 2, p. 5.

[45] Greeley a Romero, Nueva York, 13 de abril de 1866, en *ibid*., vol. 7, p. 423.

[46] Romero a ministro de Relaciones, Washington, 15 de abril de 1866, en *ibid*., vol. 7, p. 424. Para amortiguar la disonancia cognitiva, Romero señaló que las ideas de Greeley no eran representativas de la mayoría de la opinión pública.

aprovechó ampliamente para llevar a cabo su batalla informativa. En 1865 definió a Bennett y su periódico como el aliado más sólido, "por la defensa de nuestra causa que con tanta constancia ha emprendido", aunque de forma sucesiva se decepcionó por sus posturas que incluían mensajes anexionistas o favorables a un protectorado como remedio al caos mexicano, y lo calificó de "periódico inconsecuente".[47]

En este panorama, una excepción la representó el *Evening Post*; cuyo editor-propietario era el célebre literato William Cullen Bryant, una de las principales figuras del movimiento abolicionista, con quien Romero estableció una colaboración destacada. El *Post* mantuvo una línea de apoyo a Juárez, siendo, por ejemplo, el primero en denunciar, en 1862, la venta de materiales de guerra a agentes franceses; abrió sus columnas a la información procedente de Romero, y llegó a defender lar razones del fusilamiento de Maximiliano. Al mismo tiempo, Bryant colaboró en varias de las actividades promovidas por el diplomático.[48]

DIPLOMACIA DE LA INFORMACIÓN. LAS CAMPAÑAS DE ROMERO CONTRA LA INTERVENCIÓN FRANCESA

Los ensayos iniciales, l861-1864

Desde el inicio de su misión, Romero se esforzó por suministrar noticias "presentándolas bajo una luz conveniente a nuestra causa" y publicar documentos oficiales de su gobierno, con éxito alterno. Elaboró notas periodísticas y ensambló materiales sobre la situación en México para la prensa neoyorquina, y estableció una relación con los agentes de la *Associated Press* para que se transmitieran a los demás periódicos.

Las intervenciones de Romero se basaron inicialmente en mecanismos poco sistemáticos, personales y ligados a la actuación de intermediarios ocasionales. Consciente de la vastedad y la complejidad de la misión, imposible de acometer a través de conexiones personales, muy pronto recomendó a su gobierno asignar recursos para montar una agencia confi-

[47] Romero a ministro de Relaciones, Nueva York, 18 de septiembre de 1865, en *ibid.*, vol. 5, p. 633; Romero a ministro de Relaciones, Washington, 21 de junio de 1866, en *ibid.*, vol. 7, p. 699.

[48] Gregg MacDonald, "William Cullen Bryant's 30 Years Crusade against Slavery" 2008, p. 61; William Dodge Jr. a Romero, Nueva York, 31 de agosto de 1864, en Romero, *Correspondencia de la legación*, 1868-1892, vol. 4, p. 343.

dencial en Nueva York que se encargara, bajo la supervisión de la legación, de elaborar y difundir noticias favorables, pero no lo consiguió; de manera que el peso de la batalla informativa recayó sobre él.[49]

Las actividades de Romero se intensificaron de manera sustancial y aumentaron en importancia por el efecto de dos circunstancias verificadas en la segunda mitad de 1863: el despliegue del proyecto francés de instaurar un régimen monárquico en México, con un príncipe europeo a la cabeza; y su ascenso al estatus de ministro plenipotenciario. Inicialmente, había solicitado a sus superiores destinar fondos para un programa de recepciones con "senadores y otras personas de influencia […] en qué poder hablarles de los asuntos de México y prevenir favorablemente su juicio".[50] En este sentido, había utilizado las cenas en la casa de la legación como instrumento confidencial de conexión política y, entre finales de 1863 y mediados de marzo del siguiente año, reportó haber realizado 20 cenas, con más de 200 huéspedes, incluyendo miembros del gabinete, congresistas, jueces de la Suprema Corte, diplomáticos y el mismo Seward.[51]

Posteriormente, activó una práctica de comunicación que trascendía la esfera confidencial de Washington, bajo la forma de banquetes y mítines políticos, en respuesta a la instrucción transmitida por su gobierno, a finales de 1863. Para ese entonces, en Europa, Maximiliano había aceptado la corona del imperio, lo cual explica la presión política sobre el campo juarista. Al mismo tiempo, el constreñimiento informativo, con la guerra interna que acaparaba casi toda la agenda periodística, planteó la necesidad de *crear* noticias, gracias a la presencia de figuras de renombre en los eventos, que aseguraran cierto espacio en las columnas de la prensa.

Las actividades en este ámbito requirieron, a finales de 1863, un desplazamiento de Romero a Nueva York, en donde organizó dos banquetes y contribuyó a un mitin público, que tuvieron una considerable resonancia informativa. Nueva York era una arena que ofrecía posibilidades de movilización mucho más amplias y efectivas, y también más libres, que las de Washington, donde los códigos del cabildeo diplomático prescribían contactos privados y encuentros confidenciales. La propuesta de los banquetes fue una adaptación a partir de las sugerencias de sus interlocutores neoyorquinos,

[49] Romero a ministro de Relaciones, Washington, 8 junio de 1861, en *ibid.*, vol. 1, pp. 418-419.

[50] Romero a ministro de Relaciones, Washington, 14 de julio de 1862, en *ibid.*, vol. 2, p. 262.

[51] Recibió la aprobación de Juárez, quien en referencia a estos tratos le expresó que "todo lo que sea poner de manifiesto la causa de México" representaba un servicio importante.

porque Romero pensó incialmente en una reunión masiva, "en la que se pronunciaran discursos en nuestro favor y contra la Francia".[52]

Los banquetes a los que Romero recurrió eran un instrumento de comunicación política socorrido en la primera época republicana estadunidense, y que aún estaba en boga. Se trataba de eventos plenamente políticos, codificados y rituales, que reunían a varios personajes influyentes de la elite política y social –masculina– norteña (banqueros, comerciantes, empresarios del transporte, literatos, periodistas y políticos), más que de ocasiones sociales. El móvil estratégico y los constreñimientos que inspiraban la acción de Romero se traslucen con claridad en sus comunicaciones con el gobierno, en las que señaló que, debido a la política adoptada en Washington, no podía darse ninguna expresión oficial de solidaridad, siendo por lo tanto necesario que la demostración de apoyo a México la emprendieran los particulares.

De los dos banquetes derivó un flujo de comunicaciones, desde la amplia cobertura periodística hasta la impresión de los discursos de Romero. En el primero, tras enunciar la cercanía de los liberales a los preceptos y las instituciones estadunidenses, planteó la analogía entre la Iglesia católica mexicana y el esclavismo sureño, poderes fácticos rivales del Estado, y causa permanente de inestabilidad y conflicto en los dos países.[53] La lista de distribución del folleto, preparada por la legación mexicana, abarcaba toda la comunidad política de la Unión: "diputados y senadores, miembros de las legislatura y gobernadores de los estados, ministros del gabinete y de la Suprema Corte y de la Corte de Reclamaciones, generales más notables…, miembros del cuerpo diplomático, y otras personas influyentes… cada uno de los periódicos".[54]

En el segundo banquete neoyorquino, en una larga intervención, Romero condenó primero al expansionismo sureño, con tonos fuertes, asentando que esta fuerza había dominado la conducta de Washington entre 1826 y 1860, haciendo aparecer a esa nación ante el mundo como "un rico avariento" dispuesto a valerse de todos los medios lícitos e ilícitos para su engrandecimiento. Sustanció que esa política había llevado a la inicua guerra con México y al fortalecimiento del esclavismo, que eran las raíces de la guerra de secesión. Luego, en referencia a la situación mexicana, recurrió a la imagen del incendio en la casa del vecino, en claro eco de la metáfora

[52] Romero a ministro de Relaciones, Nueva York, 12 de diciembre de 1863, en Romero *Correspondencia de la legación*, 1868-1892, vol. 3, p. 570.

[53] Romero, *The situation in Mexico*, 1864.

[54] Romero a ministro de Relaciones, Washington, 21 de marzo de 1864, en Romero, *Correspondencia de la legación*, 1868-1892, vol. 4, p. 110.

de la casa dividida inmortalizada por Lincoln: "Los Estados Unidos no podrían permanecer indiferentes en esta cuestión; así como un individuo no podría ser un espectador desinteresado al ver a un incendiario dar fuego a la casa de su vecino, puesto que su casa, que constituye su morada y su patrimonio, almacena combustibles en el sótano."[55]

Luego Romero financió la realización de un mitin de solidaridad con la lucha republicana, en Nueva York, que se llevó a cabo en el Cooper Institute en junio de 1865, organizado por círculos evangélicos y con la presencia de varios militares y liberales mexicanos. Del evento se desprendió una publicación adicional: un panfleto con los discursos pronunciados en la reunión y las dos alocuciones de Romero en ocasión de los banquetes neoyorquinos.[56] Este fue el último evento público que el diplomático organizó o contribuyó a organizar, probablemente por la necesidad de permanecer en Washington, cerca del gobierno, como le había instado Juárez.

Acciones informativas

Romero se dedicó a colocar varios textos suyos en los periódicos, bajo diferentes esquemas de autoría, para no generar contradicciones con su papel de diplomático. Así, de su pluma salieron artículos anónimos, notas de la legación, textos disfrazados de correspondencia de México. Ello fue parte de un más denso entramado de gestiones editoriales que emprendió o apoyó, con el fin de ampliar el espacio informativo disponible para la causa republicana. El *Herald* fue el vehículo principal para estas acciones, Edward L. Plumb el facilitador y la Prensa Asociada el conducto para diseminar nociones favorables en escala más amplia.

A partir de cierto momento, su actividad se volvió sumamente intensiva en información, en cuanto a su distribución, transmisión y uso, con resultados favorables reconocibles con claridad. La prensa fue el destino principal de tales intervenciones, por el impacto potencial más vasto y por las restricciones de recursos para publicar materiales de apoyo a la lucha contra el imperio. Por una parte, el fin de la guerra en Estados Unidos liberó progresivamente espacio informativo para la lucha en México, que ya no tenía que competir de

[55] *Dinner*, 1866, p. 21.

[56] Romero a Ministro de Relaciones, Washington, 3 de septiembre de 1865, en Romero, *Correspondencia de la legación*, 1868-1892, vol. 5, p. 604-605. El impreso es *Proceedings of a meeting*, 1865.

forma desventajosa en la prensa con los boletines militares y las noticias del frente. Por la otra, la política de Maximiliano, en particular, dos legislaciones promulgadas a finales de 1865, ofrecieron a Romero un espacio muy amplio para lanzar una ofensiva periodística y desacreditar al régimen imperial.

Se trataba de las medidas relativas al tratamiento de los combatientes republicanos, a los que se negó el estatus de prisioneros de guerra sometiéndolos a la corte marcial y la pena de muerte; y a la recepción de los confederados inmigrados en México, quienes huían de la ocupación del ejército unionista, a quienes Maximiliano, mediante las denominadas leyes de colonización, otorgó el privilegio de trasladar a sus esclavos e implantar relaciones de peonaje.[57] Romero captó de inmediato el significado y los alcances de la oportunidad y montó una vasta campaña político-informativa, cuyo despliegue entrelazó la esfera diplomática, las relaciones con el Congreso y la prensa.[58] Los temas de la campaña de Romero fueron la denuncia del gobierno imperial, que violaba toda convención del derecho internacional y las prácticas reconocidas en tiempo de guerra; y de la connivencia con el esclavismo de los sureños, para ofrecerles refugio y protección. Eran obviamente dos cuestiones, las atrocidades de guerra y la esclavitud, muy sensibles para el gobierno, el Congreso y la opinión pública del norte.[59]

El balance que Romero trazó de su actividad editorial en esta coyuntura fue puntual y esclarecedor del significado de su misión: había procurado suministrar a los periódicos información casi diaria sobre el desenvolvimiento de la situación mexicana, con el propósito de "tener ocupada siempre la atención pública con nuestros asuntos".[60]

Durante 1866 es posible notar cómo sus esfuerzos ensancharon el espacio en la prensa para la lucha contra el imperio, y el volumen de información provisto por el diplomático aumentó de forma significativa. Eso se verificó principalmente en el *Herald* y en menor medida en el *Times*, el cual, pese a las voces proimperio de su corresponsal en la ciudad de México, abrió sus columnas a noticias suministradas por la legación; pero incidió poco en la acostumbrada resistencia del *Tribune*. Por otra parte, la colaboración de los agentes de la Prensa Asociada permitió la distribución de

[57] Neely, *Civil war*, 2007, pp. 98-103; Chávez, *Maximiliano y la restitución*, 1961.

[58] Romero a Seward, 25 de octubre de 1865, en Juárez, *Documentos, discursos*, 1964-1970, vol. 10; *New York Herald*, 26 de abril de 1866, p. 6; "Washington News", *New York Times*, 14 de mayo de 1866.

[59] Neely, *Civil war*, 2007, pp. 98-103.

[60] Romero a ministro de Relaciones, Washington, 21 de diciembre de 1865, en Romero, *Correspondencia de la legación*, 1868-1892, vol. *5*, p. 915.

información favorable en varios periódicos más, y la contratación de un traductor para la legación agilizó el flujo de publicaciones de textos.

Con frecuencia Romero difundió información sobre las debilidades y las fallas del enemigo; colocó en el *Herald* y otros periódicos comunicaciones que recibió de Juárez, cuyo destinatario final era la opinión pública, poniendo así en contacto directo al líder del México republicano con los lectores estadunidenses.[61]

Romero, promotor editorial

A partir de 1866, Romero se dedicó a promover la publicación de textos de otros autores, gracias al apoyo financiero de una casa bancaria neoyorquina, Corlies and Co., que estaba interesada en la emisión de un empréstito para el gobierno de Juárez.[62] Mandó imprimir dos escritos, que circuló e hizo reproducir en varios periódicos estadunidenses. Uno consistía en la carta de Napoleón III al general Forey, de julio de 1862, en la cual se trazaban las coordenadas geopolíticas de la intervención francesa en México, como dique a la expansión del vecino país del norte;[63] el otro, un estudio sobre las responsabilidades financieras contraídas por Maximiliano, que demostraba la enorme –e insostenible– carga de deudas que el imperio había endosado al país.[64] El propósito era recordar a la opinión pública el sentido antiestadunidense que había inspirado el régimen imperial; y que el sostenimiento artificial de este tenía un costo desmedido. El *Herald* los reprodujo en lugar prominente, acompañados de editoriales favorables, y el segundo apareció también en el *National Republican* de Washington.[65]

Además, Romero financió y promovió la publicación de otros textos, como los de George E. Church y del general francés Gustave Cluseret,

[61] *New York Herald*, 13 de febrero de 1866, p. 5; Romero a ministro de Relaciones, Washington, 17 de febrero de 1866, en Romero, *Correspondencia de la legación*, 1868-1892, vol. 7, p. 175.

[62] Miller, *Arms across the border*, 1973.

[63] Romero a ministro de Relaciones, Washington, 22 de marzo de 1866, en Romero, *Correspondencia de la legación*, 1868-1892, vol. 7, pp. 316-317. La carta de Napoleón III a Forey, aparecida en los documentos diplomáticos franceses, había sido publicada anteriormente en Estados Unidos, siendo muy criticada. Perkins, *The Monroe Doctrine*, 1933, p. 483.

[64] Romero a ministro de Relaciones, Washington, 27 de febrero de 1866, en Romero, *Correspondencia de la legación*, 1868-1892, vol. 7, pp. 212-217. El autor del estudio financiero era Juan C. Zambrano, un exfuncionario de Hacienda juarista.

[65] *New York Herald*, 21 de marzo de 1866, pp. 8-9 del suplemento; *National Republican*, 21 de marzo de 1866, pp. 2-3.

un exiliado político que combatió por la Unión y se relacionó con varios políticos.[66] El primero, un exoficial unionista, con habilidades literarias y experiencias ferroviarias en Sudamérica, escribió *Mexico. Its revolutions*: *are evidences of retrogression or progress?*, el segundo, *Mexico and the solidarity of nations*. Los dos cuadernos compartían un formato común, en cuanto a tamaño, financiamiento, vínculos con Romero, y contenido.[67] En ambos se expresaba un vehemente ataque a Napoleón III y al despotismo monárquico; una exaltación de la Doctrina Monroe y una crítica a la indiferencia de Washington hacia su defensa, y un respaldo absoluto a la lucha republicana en México.[68] En el caso de Church, la publicación sirvió para gestar la idea de que este se convirtiera en corresponsal de guerra para el *Herald* en el séquito del gobierno de Juárez. Romero presentó la propuesta a su gobierno, subrayando el carácter estratégico de la presencia de un enviado de un gran periódico, misma que fue aceptada.[69]

Además de destinar fondos para la campaña de prensa ligada a la venta de los bonos y para el cabildeo en el Congreso, Corlies and Co. financió la impresión de los folletos con la carta de Napoleón III y las deudas de Maximiliano, contribuyó a la edición del cuaderno de Church y a la publicación de un impreso en contra de las pretensiones de Santa Anna de recuperar un papel político en México; también costeó los folletos escritos por el influyente Robert Dale Owen, político demócrata, hijo del reformador escocés del mismo nombre, quien en el decenio de 1860 se adhirió a las posturas antiesclavistas radicales.[70] Owen, autor de algunos panfletos de enorme circulación durante la guerra, se involucró por entonces en el cabildeo y en la propaganda mexicana. Romero lo asesoró para escribir seis folletos "en favor de nuestra causa", mismos que el diplomático distribuyó entre los congresistas y en la comunidad política.[71]

[66] Phalen, *The democratic soldier*, 2015.

[67] Church, *Mexico. Its revolutions*, 1866; Cluseret, *Mexico and the solidarity*, 1866. Romero a ministro de Relaciones, Washington, 8 de agosto de 1866 y Romero a ministro de Relaciones, Washington, 12 de agosto de 1866, en Romero, *Correspondencia de la legación*, 1868-1892, vol. 8, pp. 143, 171-172.

[68] Romero a ministro de Relaciones, Washington, 22 de julio de 1866, en *ibid*., vol. 7, p. 96.

[69] A finales de octubre de 1866, tras una complicada travesía, Church alcanzó a Juárez en Chihuahua, y lo siguió en la reconquista del país, hasta la caída de Maximiliano, suministrando en ese lapso por lo menos 49 artículos al *Herald*.

[70] Leopold, *Robert Dale Owen*, 1940, pp. 373-375; Romero a ministro de Relaciones, Washington, 22 de marzo de 1866, en Romero, *Correspondencia de la legación*, 1868-1892, vol. 7, pp. 316-317.

[71] Leopold, *Robert Dale Owen*, 1940, p. 375; Romero a ministro de Relaciones, Washington, 7 de julio de 1866, en Romero, *Correspondencia de la legación*, 1868-1892, vol. 8, p. 31.

Este conjunto muy amplio de gestiones informativas protagonizadas por Romero constituyó un componente crucial de la defensa exterior del gobierno republicano, y conectó de forma estrecha guerra, diplomacia e información. Los rasgos seriales y acumulativos de sus campañas generaron una masa crítica de información y de interlocutores que sirvió para movilizar y dar cohesión a la coalición binacional antiimperial, articular una narrativa de la solidaridad republicana y, en términos más generales, moldear la opinión en Estados Unidos acerca del conflicto mexicano y, por lo tanto, de la identidad de los contendientes.

ROMERO Y ESTADOS UNIDOS, DESPUÉS DE LAS GUERRAS: MODELO INSTITUCIONAL Y RIESGO POLÍTICO

El acto público con que culminó la misión de Romero en Estados Unidos fue la despedida que sus aliados organizaron en Nueva York en octubre de 1867, antes de su regreso a México, y que, acorde con la práctica de los banquetes políticos, tuvo amplia cobertura periodística y derivó en la publicación de las actas.[72] Se trató de un evento revelador de la amplitud de las conexiones del diplomático, que reunió a un grupo significativo de la elite política. En su largo discurso, Romero reseñó las etapas del declive y el hundimiento de Maximiliano, pero escogió ir más allá de la celebración de la victoria y la restauración de la república. Se enfocó en la relación entre instituciones republicanas, razas, capacidad de autogobierno y estabilidad política, que constituía uno de los nudos problemáticos alrededor del cual se había polarizado la visión de México en Estados Unidos, y que presentaba un reto para la narrativa de los liberales mexicanos. El diplomático lo afrontó a partir de un nítido planteamiento universalista y antirracial, del cual hizo descender una aplicación a la historia mexicana:

> No creo que la naturaleza haya formado diferentes cuerpos de leyes para cada pueblo o para cada familia de pueblos llamadas razas. En mi opinión, es más natural suponer que la Providencia rige al género humano por el mismo código de leyes, igualmente aplicable a la raza anglosajona que a la latina, a los indios que a los africanos. […] Por lo que concierne a la aptitud del

[72] *Banquet to señor*, 1867.

> pueblo mexicano para gobernarse a sí mismo, diré solamente, que o las instituciones republicanas son adaptables al género humano y a propósito para promover su bienestar y felicidad, o no lo son. Si lo son, no veo que haya razón ninguna para que al pueblo de México se le considere indigno de ellas. Si no lo son, no podría yo explicar el desarrollo que han tenido en este país.[73]

En particular, Romero intentó refutar que los recurrentes episodios de alzamientos y guerras remitieran a la incapacidad de "gobernarnos por nosotros mismos", puesto que en realidad se trataba de guerras sociales entre dos proyectos de nación, el clerical y el liberal, pese a que, como tuvo que admitir, "las apariencias hayan sido algún tanto engañosas".

La intervención de Romero, no por casualidad, fue objeto de críticas por el semanario *The Nation*, donde el intelectual E. L. Godkin, su editor, ironizó sobre la ingenuidad conceptual del diplomático y criticó, con fundamento, sus nociones sobre la revolución inglesa de 1640, que Romero había igualado a la francesa, la estadunidense y las independencias latinoamericanas, como una revolución del pueblo en contra de la aristocracia. Pero la verdadera contrariedad del semanario procedía de su afirmación de la universalidad de los principios republicanos, en la que veía tintes metafísicos incapaces de distinguir las capacidades y niveles de desarrollo de las naciones; en el trasfondo, claramente, estaba la irritación por la subestimación de la *república modelo* y la excepcionalidad del sistema estadunidense.[74]

Sin embargo, una vez de vuelta en México, Romero no tuvo empacho en manifestar a la opinión pública de su país sus ideas y sentimientos acerca de las virtudes republicanas del "coloso del Norte", y asentó:

> Admiración y respeto para un pueblo que ha sabido formarse y elevarse a la sombra de la libertad […] y que está llamado a ser con el trascurso de pocos años, gracias a su sistema de gobierno y a sus virtudes cívicas y sociales, el más grande de la tierra. Mi deseo como mexicano amante de mi patria, es que nosotros procuremos imitar ese grande ejemplo, para llegar, recorriendo el mismo camino, a los brillantes resultados que ha alcanzado en tan poco tiempo el coloso del Norte.[75]

[73] *Ibid*., p. 31. La traducción al español es del mismo Romero.
[74] *The Nation*, 10 de octubre de 1867, p. 286.
[75] Romero, "Introducción", 1868-1892, vol. 1, pp. XIII-XIV.

Pero el de Romero no era un entusiasmo acrítico y superficial. La enseñanza fundamental de su estancia en Estados Unidos, para Romero, fue la posibilidad y la conveniencia de la amistad y la cooperación entre los dos países, lo cual implicaba situar sus relaciones en un plano de respeto mutuo y garantías para la parte más débil. Es lo que expresó en tres comunicaciones casi simultáneas, de naturaleza oficial, pública y privada, respectivamente. En los tres casos, Romero planteó un compromiso personal y una expectativa política respecto a Estados Unidos.

En el mencionado discurso de 1867, en Nueva York, declaró: "Haré lo que pueda para contribuir a que se establezcan allí los mismos principios políticos que he aprendido a apreciar y admirar aquí, y que son, en mi opinión, indispensables para el bienestar de México; y que será mi orgullo, a la vez que mi placer, ser amigo de los Estados Unidos, mientras no abriguen designios hostiles o poco amistosos contra mi patria."[76]

En el acto de su despedida ante el presidente Johnson, en 1868, afirmó:

> me dedicaré a implantar y cultivar en mi patria los inteligentes principios políticos que tanto florecen en esta nación y que constituyen, a mi entender, una de las principales causas de la prosperidad y el desenvolvimiento extraordinario de Estados Unidos […] Y me sea permitido aquí expresar la esperanza que Estados Unidos continúe desempeñando el honroso y beneficioso papel de hermana mayor para con las repúblicas que han seguido su ejemplo.[77]

Y en una carta privada a Seward, en 1868, escribió lo siguiente: "Haré todo lo posible […] a fin de que el mejor entendimiento, el sentimiento de mutua confianza, consideración y respeto imperen entre las dos repúblicas, lo que debe producir resultados favorables para los intereses de ambas naciones y para las instituciones republicanas en América."[78]

Estas declaraciones planteaban una estrecha relación entre modelo institucional y riesgo político, en referencia a Estados Unidos. Al mismo tiempo que asentaban la admiración profunda de Romero por el funcionamiento de las instituciones republicanas, estipulaban un requisito para que eso diera pie a una amistad sólida entre los dos países: la actitud favorable y respetuosa hacia México por parte del vecino del norte. Esta idea marcó

[76] *Banquet to señor*, 1867 p. 31.
[77] "Recall of Senor Romero", *New York Times*, 14 de julio de 1868, Nueva York.
[78] Bernstein, *Matías Romero*, 1973, p. 160.

la pauta de gran parte de su carrera y sus actividades diplomáticas, con notable coherencia.

CONCLUSIONES

La coyuntura álgida de la década de 1860 generó presiones extraordinarias que marcaron claramente la experiencia de Romero en Estados Unidos, en cuanto a amplitud, intensidad, profundidad y originalidad. En ese contexto, en el que tuvo que realizar una aclimatación acelerada, desarrolló una labor diplomática no convencional, cuyos interlocutores eran los medios de comunicación y el destinario era la opinión pública del norte. Romero acometió lo que puede definirse como una diplomacia de la información, mediante una intervención constante sobre los circuitos editoriales, con el objetivo de modificarlos, tanto en cantidad como en calidad, para dar cabida a la información relacionada con la lucha en México, bajo una óptica favorable a la causa juarista. Su actuación fue capaz de influir considerablemente en los círculos periodísticos y políticos, mediante una acción sistemática, la dedicación militante y el empleo de instrumentos de todo tipo, incluso los muy alejados de su papel diplomático, al amparo de la alianza con una facción del partido republicano, los radicales, en nombre de la Doctrina Monroe.

La de Romero fue una diplomacia de tipo extraordinaria, en un contexto de guerra, y en la que la comunicación estratégica y el uso de la información fueron insumos centrales. El esfuerzo tuvo alcances de más largo plazo, relacionados no sólo con el conflicto mexicano, sino con la reputación de México en Estados Unidos. Romero era un admirador de las instituciones políticas de este país aun antes de la misión diplomática, y su estancia en él confirmó y profundizó esta predilección. Las experiencias de los años 1860 resultó plenamente formadora para él, en cuanto que marcó su trayectoria sucesiva, opiniones y preceptos, métodos y estilos. Pero eso no significó la adopción acrítica de un modelo, como muestran sus reflexiones y advertencias acerca de los riesgos geopolíticos que la relación asimétrica entre los dos países planteaba. En ese marco, Romero se asumió como intérprete, ejecutor, y testigo de una misión: la del entendimiento entre México y Estados Unidos.

FUENTES CONSULTADAS

Hemerografía

El Siglo Diez y Nueve, ciudad de México.
National Republican, Washington, Estados Unidos.
The Nation, Nueva York, Estados Unidos.
New York Herald, Nueva York, Estados Unidos.
New York Times, Nueva York, Estados Unidos.
New York Tribune, Nueva York, Estados Unidos.
Washington News, Nueva York, Estados Unidos.

Bibliografía

Badeau, Adam, *Grant in peace. From appomattox to mount McGregor. A personal memoir*, Hartford, S. S. Scranton & Company, 1887.

Banquet to Señor Matías Romero, envoy extraordinary and minister plenipotentiary of the republic of Mexico by the citizens of New York, Nueva York, Hosford & Sons, 1867.

Banquete dado en obsequio del señor don Matías Romero, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de México en Estados-Unidos por ciudadanos de Nueva-York, el 2 de octubre de 1867, México, Imprenta del Gobierno, 1868.

Barros Van Buren, Mario, *Chile y la guerra de Secesión: la misión Astaburuaga en los Estados Unidos*, Santiago, Editorial Universitaria, 1992.

Bernstein, Harry, "El secreto de Matías Romero", *Historia Mexicana*, El Colegio de México, vol. 11, núm. 1, 1961, México, pp. 119-123.

_____, *Matías Romero*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973.

Carilla, Emilio, *El embajador Sarmiento. Sarmiento y Estados Unidos*, Santa Fe, Facultad de Filosofía y Letras, 1961.

Chávez Orozco, Luis, *Maximiliano y la restitución de la esclavitud en México, 1865-1866*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1961.

Church, George E., *Mexico. Its revolutions*: *Are evidences of retrogression or progress? A historical and political review*, Nueva York, Baker and Godwin, 1866.

Cluseret, Gustave, *Mexico and the solidarity of nations*, Nueva York, William Blackwell, 1866.

Dicken Garcia, Hazel, *Journalistic standards in nineteenth-century America*, Madison, University of Wisconsin Press, 1989.

Dinner to señor Matias Romero, envoy extraordinary and minister plenipotentiary from Mexico, on the 29th of March, 1864, Nueva York, s. e., 1866.

Goldwert, Marvin, "Matías Romero and Congressional opposition to seward's policy toward the french intervention in Mexico", *The Americas*, Academia de Historia Franciscana Americana, vol. 22, núm. 1, 1965, Estados Unidos, pp. 22-40.

Hale, Charles, *El liberalismo mexicano en la época de Mora: 1821-1853*, México, Siglo XXI, 1972.

Juárez, Benito, *Documentos, discursos y correspondencia* (selecc. de Jorge L. Tamayo), México, Secretaría de Patrimonio Nacional, 1964-1970, 13 vols.

Leopold, Richard William, *Robert Dale Owen. A biography*, Cambridge, Harvard University Press, 1940.

MacDonald, Gregg, "William Cullen Bryant's 30 years crusade against slavery" en David B. Sachsman, S. Kittrell Rushing, Roy Morris Jr. (eds.), *Words at war: The civil war and american journalism*, West Lafayette, Purdue, University Press, 2008, pp. 61-70.

Mexico: Its present government and its political parties, Washington, Lemuel Towers, 1860.

McGregor, Josefina, "Introducción" en *Matías Romero; textos escogidos, México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992 (Cien de México).

Miller, Robert, "Matias Romero: Mexican minister to the United States during the Juárez-Maximilian era", *Hispanic American Historical Review*, Duke University Press, vol. 45, núm. 2, 1965, Carolina del Norte, pp. 228-245.

———, *Arms across the border: US aid to Juárez during the french intervention in Mexico*, Filadelfia, American Philosophical Society, 1973.

Morales Pérez, Salvador E., "Repercusión latinoamericana de la resistencia antiimperialista mexicana" en Adalberto Santana y Sergio Guerra Villaboy (comps.), *Benito Juárez en América Latina y el Caribe*, México, UNAM, 2006, pp. 69-92.

Muñoz Bravo, Pablo, "'Largo y sinuoso camino'. La incorporación a la revolución de Ayutla de los liberales exiliados en Estados Unidos", *Signos históricos*, UAM, vol. 16, núm. 31, 2014, México, pp. 161-190.

Neely, Mark Jr., *Civil war and the limits of destruction*, Cambridge, Harvard University Press, 2007.

Olliff, Donathon C., *Reforma Mexico and the United States: A search for alternatives to annexation, 1854-1861*, Alabama, University of Alabama Press, 1981.

Pani, Erika, "Constitución, ciudadanía y guerra civil: México y Estados Unidos en la década de 1860" en G. Palacios y E. Pani (coords.), *El poder y la sangre. Guerra, Estado y nación en la década de 1860*, México, El Colegio de México, 2014.

———, "Juarez *vs.* Maximilian. Mexico's experiment with monarchy" en Don Doyle (ed.), *American civil wars. The United States, Latin America, Europe,*

and the crisis of the 1860s, Carolina del Norte, University of North Carolina Press, 2017, pp. 167-184.

Perkins, Dexter, *The Monroe Doctrine, 1822-1867*, Baltimore, Johns Hopkins Press, 1933.

Phalen, William J., *The democratic soldier: The life of general Gustave P. Cluseret*, Delhi, Vij books, 2015.

Proceedings of a meeting of citizens of New York, to express sympathy and respect for the mexican republican exiles. Held at Cooper Institute, july 19, 1865 with an appendix, containing the speeches of Matias Romero ... at two banquets previously given in New York, Nueva York, John A. Gray & Green, 1865.

Riguzzi, Paolo, "Escribe sin cesar. La diplomacia de la información de Matías Romero entre México y Estados Unidos, 1863-1898" en M. Achim y A. Granados (comp.), *Itinerarios e intercambios en la historia intelectual de México*, México, CONACULTA/Universidad Autónoma Metropolitana, 2011.

Romero, Matías, *Tábla sinóptica de los tratados y convenciones que han negociado los Estados Unidos Mexicanos con las naciones extranjeras*, Tabasco, Tipografía del gobierno a cargo de J. M. Flores, 1859.

_____, "Introducción" en Adam Badeau, *Historia Militar del general Ulises Grant*, Nueva York, Appleton, 1867.

_____, *Correspondencia de la legación mexicana en Washington durante la intervención extranjera. Colección de documentos para formar la historia de la intervención*, México, Imprenta del Gobierno en Palacio, 1868-1892, 10 vols.

_____, *Diario personal, 1855-1865*, edición de Emma Cosío Villegas, México, El Colegio de México, 1960.

_____, *The situation in Mexico. Speech delivered by señor Romero, envoy extraordinary and minister plenipotentiary of the republic of Mexico to the United States, at a dinner in the City of New York, on the 16th of december, 1863*, Nueva York, Wm. C. Bryant & Co., 1864.

Sachsman, David B., S. Krittel Rushing, Roy Morris Jr., *Words at war. The Civil War and american journalism*, Purdue, University Prees, Indiana, 2008.

Schoonover, Thomas, *Dollars over dominion. The triumph of liberalism in Mexican-United States relations, 1861-1867*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1978.

Schoonover, Thomas (ed.), *Mexican lobby. Matias Romero in Washington, 1861-1867*, Kentucky, University of Kentucky Press, 1986.

Terrazas, Marcela, "Testimonio de una crisis. Matías Romero y el preludio de la guerra civil norteamericana, 1859-1861" en Víctor A. Arriaga y Ana Rosa Suárez (comp.) *Estados Unidos desde América Latina. Sociedad, política y cultura*, México, CIDE/El Colegio de México/Instituto Mora, 1995, pp. 118-135.

LA MIRADA DE UN PINTOR DECIMONÓNICO SOBRE EL VECINO PAÍS DEL NORTE, A PARTIR DE UNA ESTANCIA EN SAN FRANCISCO*

Ma. Esther Pérez Salas C.

…quedé asombrado al contemplar
el conjunto de rarezas que se
me ofrecían a la vista. Todo me cogía de nuevo.[1]

Felipe Santiago Gutiérrez (1824-1904), pintor académico activo en la segunda mitad del siglo XIX, se caracterizó por ser un viajero incansable, y fue de los pocos artistas de esa generación que dejó constancia escrita de los distintos países que visitó. A partir de su obra *Impresiones de viaje*, publicada en dos tomos en 1883, podemos conocer sus andanzas tanto por México, como por Estados Unidos, Europa, Centro y Sudamérica, las cuales duraron trece años, de 1862 a 1875. Es probablemente uno de los artistas decimonónicos que más viajó del cual tenemos noticia y, sobre todo, que dejó testimonios escritos, los cuales, dada su formación, estuvieron acompañados de dibujos y bocetos.

De personalidad inquieta, Gutiérrez consideraba que, para poder descollar en el mundo del arte, era necesario salir y conocer otros ambientes, tanto artísticos como culturales. Si bien en 1861 la Academia de San Carlos le concedió una pensión para ir a estudiar a la Academia de San Lucas

* Los nombres de los lugares en Estados Unidos se presentan de acuerdo con la gráfica de las fuentes originales.

[1] Gutiérrez, *Impresiones*, 1883, vol. 1, p. 402.

de Roma,[2] esto no fue posible debido a la situación económica por la que atravesaba el país a raíz de la guerra de Reforma (1858-1860), que había dejado las arcas completamente vacías, al grado que el gobierno suspendió toda clase de pagos, tanto internos como externos. No obstante, Gutiérrez decidió que haría el viaje por sus propios medios.

En una primera etapa, recorrió varias ciudades del interior de la república, y en una segunda, antes de trasladarse a Europa, que era su principal objetivo como el de cualquier artista académico de la época, residió en Estados Unidos durante año y medio. El vecino país del norte fue su contacto inicial con el exterior, al ser la primera vez que salía de México, de ahí que todo le resultara diferente a su entorno, más allá de lo meramente artístico. Algunas cosas lo deslumbraron, otras no tanto, pero todas las experiencias vividas fueron relatadas mediante cartas a una supuesta amiga llamada María,[3] las cuales constituyen la mencionada obra. Es precisamente el impacto de lo vivido en Estados Unidos lo que abordaremos en este ensayo.

Cabe señalar que el formato epistolar seleccionado por nuestro viajero para relatar sus andanzas, así como su forma clara y amena de contar sus experiencias a lo largo de su viaje y el detalle de muchas de sus descripciones sobre ciudades, costumbres y monumentos, favorecieron que antes de su edición como libro, se publicara a manera de folletín en *El Diario del Hogar*. De esta manera, según los editores del periódico, además de servir de esparcimiento, de igual forma resultaría instructivo para los lectores.[4] Sin embargo, pese a tratarse de un pintor y de haber tomado varios apuntes y bosquejos de los lugares visitados, estos no se reprodujeron en ninguna de las dos versiones en las que circularon sus memorias de viaje.

HACIA LA AVENTURA

Felipe S. Gutiérrez salió de la ciudad de Toluca el 9 de septiembre de 1862, para dar inicio a su tan deseado viaje "artístico y filosófico",[5] cuando el país

[2] Archivo de la Antigua Academia de Bellas Artes, gaveta 30, núm. 6048. Citado por Garrido *et al.*, *Felipe Santiago Gutiérrez*, 1993, p. 21.

[3] Se supone que es un destinatario ficticio, ya que a lo largo de las cartas alude a varios temas que en esos tiempos no era bien visto que se comentaran con una dama, como los relativos a los burdeles.

[4] "Nuestro folletín", *El Diario del Hogar*, 9 de febrero de 1882, p. 3.

[5] Gutiérrez, *Impresiones de viaje*, 1883, vol. 1, "Introducción", pp. 1-2.

se encontraba en plena guerra contra los franceses. Contaba con 38 años de edad, por lo que ya era un hombre moldeado tanto artística como culturalmente hablando. Además de su sólida formación con los principales maestros de la Academia de San Carlos, había estado al frente del taller de dibujo y pintura en el Instituto Literario de Toluca, entre 1848 y 1854.[6] Obtuvo varios premios y menciones honoríficas en las exposiciones anuales de la Academia, e inclusive el mismo año de su partida, el presidente Benito Juárez le otorgó un diploma por su brillante trayectoria, por lo que visitar otros países, y sobre todo ir a Europa, era el paso siguiente, casi obligatorio para nuestro viajero.

Antes de salir al extranjero recorrió durante cuatro años varias regiones de México. De acuerdo con sus relatos, no se advierte que contara con una ruta o bitácora claramente establecida, más bien nos deja entrever que su objetivo era llegar al puerto de Mazatlán, no sin antes aprovechar el recorrido para disfrutar de las bellezas del paisaje y adentrarse en las costumbres de las zonas que visitaba. Aunque no tenía ninguna prisa, y se quedaba en algunas poblaciones varios meses, en ocasiones tuvo que modificar sus planes, como cuando acortó su estancia en Valle de Santiago, Guanajuato, debido al avance de las fuerzas invasoras: "y si no hubiera sido porque los franceses se dirigen para acá y no quiero verles la cara, de buena gana me hubiera demorado". Evidenciaba de tal manera su malestar frente a los invasores, compartido con varios de los pobladores de la villa: "aún el jefe político y muchas familias tratan de emigrar, huyendo del inmundo hálito del invasor. Yo también dispongo mi viaje…"[7]

Los cuatro años durante los cuales recorrió parte del país, además de servirle para conocer México más de cerca, le permitieron hacerse de los medios económicos suficientes para emprender el tan anhelado viaje. Dado que era muy buen retratista, trabajó para las elites de ciudades del Bajío, Jalisco, Colima y Nayarit. Su desempeño y las recomendaciones que obtuvo, así como las relaciones que hizo a lo largo de este periodo previo a su salida al exterior, nos hablan de un personaje con un extraordinario don de gentes que supo alternar con los grupos más acaudalados de las regiones por las que anduvo, ya que además de ser un excelente pintor, también era un hombre educado.

En los días previos a su embarque rumbo a Estados Unidos, nuestro viajero tuvo una de las experiencias más excitantes al conocer el mar. Fue

[6] Raúl Arturo Díaz Sánchez, "Cronología" en Garrido, *Felipe Santiago Gutiérrez*, 1993, p. 58.
[7] Gutiérrez, *Impresiones de viaje*, 1883, vol. 1, pp. 190, 194-195.

con probabilidad el momento en que se le hizo patente, no sólo la inmensidad del mundo, sino al mismo tiempo se enfrentó a una realidad que le era del todo distinta: la furia del mar, con sus enormes olas, que se escuchaban a diez leguas de distancia y cuyo estruendo le parecía truenos o detonaciones; los colores y texturas tan diversos del agua y el brillo de la espuma derivado del oleaje, al igual que los peligros de las playas de Colima cercanas a la zona salinera, debido a la presencia de tiburones.[8] De igual manera, observó por primera vez los barcos y experimentó lo que era "el mareo de tierra" después de haber navegado en la Panchita, pequeña embarcación que lo trasladó del puerto de San Blas, Nayarit, al de Mazatlán, Sinaloa, en donde iniciaría su tan ansiado viaje el extranjero.

PRIMER CONTACTO CON EL EXTERIOR:

Nuestro personaje partió rumbo a Estados Unidos el 16 de enero de 1867 a bordo del buque el Continental, y tras quince días de travesía llegó a San Francisco, California. Desde su arribo, empezó su asombro ante la gran cantidad de embarcaciones en los muelles, la muchedumbre que pululaba por el puerto y la ciudad, así como la presencia de diversos carruajes que transportaban mercaderías o bien ofrecían sus servicios; movimiento y dinamismo que obviamente contrastaba con el puerto de Mazatlán, de donde había salido, el cual, según sus propias palabras, ofrecía un aspecto desconsolador: "… presentando la imagen del abandono, el quietismo y la soledad". En San Francisco, en cambio, todo era vida, inteligencia y movimiento.[9] Debemos destacar que en el momento en que Gutiérrez arribó a la ciudad estadunidense esta se encontraba en pleno crecimiento, ya que la fiebre del oro atraía a gran cantidad de inversionistas así como inmigrantes de todas partes que buscaban mejorar en lo económico. En cierto sentido, podemos considerar que nuestro artista fue testigo de la génesis de una gran urbe.

A pesar de que contaba con algunos ahorros, Gutiérrez buscó relacionarse con algunas familias acomodadas a las cuales ofrecer su trabajo como retratista, fórmula que le había dado buenos dividendos en nuestro país y que igual resultó en Estados Unidos, ya que gracias a ello pudo sostenerse durante año y medio. Y no sólo eso, sino que de igual manera fue reconoci-

[8] *Ibid.*, pp. 266-284.
[9] *Ibid.*, pp. 401-402.

do por la prensa, tal y como lo señalaban algunas crónicas sobre su trabajo de *The Morning Call*, *Evening Bulletin* y *The Examiner*,[10] el cual era expuesto en la Casa Roos, ubicada en Montgomery Street,[11] una de las más concurridas de la ciudad. Esta prolongada estancia le dio la oportunidad de, además de aprender más o menos el idioma –aunque después de año y medio todavía tenía que apoyarse en algún conocido que la hiciera de traductor–, conocer, apreciar y comprender a los estadunidenses, tanto en sus manifestaciones culturales como en su carácter.

Para su infortunio, pronto se dio cuenta que, en cuestión de pintura y en general de arte, Estados Unidos poco tenía que ofrecerle, a excepción de algunos óleos de gran factura que se encontraban en algunas casas particulares o comerciales, por lo que reconocía que había cierta afición por las bellas artes. La obra *Sansón y los filisteos*, que adornaba el muro de una "barra" o restaurante, lo dejó gratamente impresionado, por lo que en sus memorias le dedicó un espacio para describirla y analizarla con lujo de detalle.[12] Pero esta escasez de obras plásticas de calidad, así como la ausencia de museos o galerías en los pudiera nutrirse y ampliar sus conocimientos en cuanto a pintura se refiere, no fue ningún impedimento para que nuestro personaje valorara el mundo cosmopolita que se abría ante sus ojos. La oportunidad de conocer costumbres, modas, tradiciones, comidas, arquitectura, música, teatro y muchas otras cosas más, le permitió percibir la diversidad del exterior, y poder comparar y evaluar lo que se tenía en nuestro país desde una perspectiva mucho más amplia.

LA VISIÓN DE UN ARTISTA

A lo largo de las descripciones de Felipe S. Gutiérrez, notamos la visión de un artista académico, formado dentro de la tradición clásica de su maestro Pelegrín Clavé, con quien estudió casi diez años. De ahí que una de las cosas que primero llamó su atención fue la fisonomía de la bahía de San Francisco: "…

[10] Garrido, *Felipe Santiago Gutiérrez*, 1993, p. 36.

[11] Suponemos que la Casa Roos era un almacén comercial, ya que señala que en cuanto alguna de sus obras aparecía "en la ventana de Roos" inmediatamente la prensa publicaba comentarios sobre ella. Gutiérrez, *Impresiones de viaje*, 1883, vol. 1, pp. 559-560.

[12] Tal fue el impacto de esta obra que, al regresar a San Francisco, 16 años después, volvió al restaurante para admirarla de nueva cuenta y constatar que su valor comercial se había incrementado de 10 000 a 15 000 pesos. *Ibid.*, p. 428.

no te puedes imaginar el panorama más variado y encantador que presenta el conjunto, con sus edificios de mil caprichosas formas, sus torres góticas, las astabanderas, los diez mil carruajes, los transeúntes, y al fin los bosques, el mar y costas fronterizas".[13] Respecto a la distribución de la ciudad señala que, a pesar de lo irregular del terreno, todas las calles eran amplias, con banquetas espaciosas y tiradas a cordel, y que, a diferencia de las ciudades mexicanas, en San Francisco la clase acomodada vivía en los suburbios y no en el centro, área en la que se concentraba también la actividad comercial.

Dividió las construcciones en dos grandes grupos: arquitectura mercantil y arquitectura residencial. De la primera, admiró los avances tecnológicos constructivos, como el empleo de esbeltas columnas de hierro que permitían a los edificios comerciales lucir grandes ventanales en la planta baja, lo que facilitaba que se apreciaran las mercaderías desde el exterior. Se elevaban seis o más pisos, en los que se sucedían balcones y ventanas como si se tratara de una especie de almohadillado. Y al final, se remataban con una techumbre cónica recubierta de pizarra o zinc, lo cual les daba un aspecto pesado y "churrigueresco".[14] Asimismo destacaba el aprovechamiento de los sótanos de estas construcciones, en los que se ubicaban cantinas, cafés cantantes o fondas, con lo cual se reforzaba el carácter del edificio y por ende de la ciudad.

En cuanto al carácter arquitectónico, señalaba que no existía alguno definido, al contrario, se trataba de una sucesión de diferentes estilos cuyas formas eran caprichosas y raras, en los que se confundían todos los órdenes, que iban del gótico al griego o romano, situación determinada por la ausencia de una severa regularización arquitectónica, lo cual brindaba a la ciudad un "aspecto que deleitaba la vista".[15] De igual manera se refería a la tendencia de pintar las fachadas de diversos colores, principalmente en tonos pardos, rojizos y grises.[16]

Por lo que respecta a las casas habitación de las familias acaudaladas, Ramírez destaca el gusto por las fachadas monumentales, recubiertas de materiales como cantera, piedra, mármol y otros acabados pétreos, pero acotaba que, desde el punto de vista constructivo, su estructura era de "popotes y barajas", ya que sus paredes no resultaban más gruesas que el ancho de un ladrillo, y la mayor parte estaba formada por láminas de hierro, yeso

[13] *Ibid.*, p. 403.
[14] *Ibid.*, p. 418.
[15] *Ibid.*
[16] *Ibid.*, p. 404.

y madera.[17] Le impresionó mucho y agradó que las grandes residencias contaran con jardines y pequeñas fuentes al frente, lo que daba un bello aspecto a los suburbios, aunque también advertía que ninguna de las casas de Estados Unidos tenían patio ni zaguán.[18] Toda esta magnificencia exterior contrastaba con el interior, que era de madera. Esta ligereza constructiva le permitió a nuestro pintor entender lo fácil que resultaba desplazarlas de un lugar a otro, cosa que era impensable en nuestro país, así como explicarse por qué en tan pocos años se había desarrollado una gran ciudad, si bien la consideraba inferior respecto de la monumentalidad de la arquitectura de la ciudad de México.[19]

Para ejemplificar la posibilidad de poder desplazar las construcciones, Gutiérrez relató cómo los estadunidenses, gracias a su "espíritu emprendedor y atrevimiento para resolver dificultades, al parecer insuperables" fueron capaces de recorrer unos cuantos metros el Hotel Oriental, de Kearny St., que era de mampostería, cuando se ensanchó dicha calle. Relata que mediante plataformas de madera y máquinas de agua el proceso de traslado se hizo en 24 horas, lo que según sus propias palabras confirmaba que: "Así son los americanos. Para ellos no hay imposibles; todo lo emprenden, y desprecian ese axioma nuestro de que 'lo que no se hace hoy se hace mañana', que nos hace tan indolentes y perezosos."[20]

Pero si la ciudad ofrecía pocos ejemplos de obras artísticas dignas de admirarse, el cementerio de Lon-Mountain (*sic*) ubicado al oeste de la ciudad, le resultó un espacio ideal ya que, en lugar de "…inspirar tristeza, su posición, la suntuosidad de los sepulcros, y las hermosas vistas de que están rodeados, excitan a pensar más bien en el arte y la naturaleza, que está allí vestida con los arreos de la opulencia".[21] Y es que, conforme recorría las calles y avenidas del camposanto, desfilaban ante su mirada monumentos de todos los órdenes arquitectónicos, los cuales no sólo eran arcos y templetes sino, de igual forma, pirámides truncadas, capillas, columnas y esculturas realizados en diversos materiales, que destacaban por su buena factura. En cuanto al trabajo escultórico de muchas de estas tumbas subrayaba que eran de gran calidad.[22] Cabe señalar que este ostentoso espectáculo se daba en la sección

[17] *Ibid*., p. 405.
[18] *Ibid*., p. 419.
[19] *Ibid*., pp. 404-405.
[20] *Ibid*., p. 454.
[21] *Ibid*., p. 517.
[22] *Ibid*., pp. 516-520.

protestante, ya que la católica era mucho más modesta, y aunque nuestro viajero no lo apunta, la diferencia no se debía a las creencias religiosas, sino más bien al nivel socioeconómico de los deudos que manifestabam su amor hacia el ser que había muerto, de acuerdo con sus posibilidades.[23]

Otro aspecto de carácter visual que llamó mucho la atención a nuestro compatriota fue la gran cantidad de anuncios que había en toda la ciudad, resultado de la actividad comercial que ahí se desarrollaba. "No hay puerta ni fachada que esté vacía: todas están llenas de grandes rotulones… hasta sobre las banquetas hay carteles recargados o figuras de tablas pintadas que tienen su anuncio y rótulos de hierro embutidos en las losas".[24] En este sentido, la ciudad adquiría un carácter distinto que reflejaba un gran dinamismo.

Si bien, como mencionamos líneas arriba, en cuanto a pintura San Francisco no resultaba ser un lugar en el que Felipe S. Gutiérrez pudiera ampliar sus conocimientos, no fue así en cuanto a la fotografía, la cual consideró que se encontraba mucho más desarrollada técnicamente que en nuestro país. Sobre este tema señala que esta superioridad tanto de precisión como de finura podía apreciarse en cualquier trabajo, ya fuera una tarjeta de visita o un retrato de tamaño natural. Pero lo que más lo sorprendió fue la iluminación fotográfica, la cual consideraba difícil de superar, tanto en el colorido como en la ejecución, que daban como resultado trabajos "tan hermosos y limpios que no se cansaba la vista de mirar".[25] Cabe señalar que normalmente los fotógrafos recurrían a los pintores para que llevaran a cabo la iluminación de las fotos, de ahí que nuestro viajero pusiera tanta atención en este tipo de trabajo.

ESPECTÁCULOS Y DIVERSIONES

Acostumbrado a concurrir en nuestro país a las presentaciones de las compañías de teatro españolas y de ópera italianas, así como asiduo asistente a las tertulias en las que se interpretaban las arias de los compositores más destacados, Felipe S. Gutiérrez fijó su atención en las interpretaciones propias de Estados Unidos, como las que se llevaban a cabo en los cafés cantantes y que le parecían insufribles. Según su apreciación, en cuestiones de

[23] *Ibid.*, p. 418.
[24] *Ibid.*, p. 407.
[25] *Ibid.*, p. 416.

música "los americanos están en la infancia; el pianista manotea que es un gusto, el violín rechina, y el clarinete da unos berridos, […] porque estos yankees hacen consistir la bondad de la música en lo estridente y recio de la ejecución".[26] Y en cuanto a las cantantes, su evaluación no era muy diferente, al señalar: "Y no se diga de la ladye [*sic*] o soprano que está en pie junto al piano, entonando esas canciones yankees o inglesas de unas melodías tan ingratas y desabridas que corren parejas con el sabor de sus guisos".[27]

En relación con los espectáculos públicos, su principal queja consistía en lo reducido de los teatros, que resultaba un impedimento para que se pudieran llevar a cabo representaciones operísticas, por lo que se limitaban a conciertos. En general señala que los estadunidenses eran poco afectos a la música, por lo cual la asistencia a las funciones musicales era escasa en los primeros días, y al resto de la temporada sólo asistían los extranjeros.[28] En cambio sí se inclinaban por la comedia y el drama, por lo que casi todas las noches había funciones en la mayor parte de los teatros, que para ese entonces San Francisco contaba con cinco o seis, los cuales le resultaron construcciones insignificantes.[29]

Respecto de la asistencia a los teatros, nuestro personaje echaba mucho de menos el boato de las salas mexicanas, debido a que no había palcos, sino una gradería corrida en la "que se mira una masa informe de señoras, niños y caballeros, sin poderse distinguir las personas ni los trajes",[30] por lo que la concurrencia no brillaba como en su país. Pero al mismo tiempo reconocía que era una ventaja que no hubiese este carácter de lucimiento por parte de los asistentes, quienes vestían trajes de calle, ya que no se privaban de tales diversiones por no contar con indumentaria apropiada, lo cual se evidenciaba al registrarse llenos completos casi todas las noches. En cuanto a las demostraciones de beneplácito del público le llamó mucho la atención que fuera a base de silbidos, en lugar de aplausos.[31]

Entre los espectáculos típicamente estadunidenses que despertaron su curiosidad destacaron los *Minstrels*, género musical en el que uno o dos personajes, generalmente caracterizados de negros, llevaban a cabo una

[26] *Ibid*., p. 422.

[27] *Ibid*., p. 423.

[28] Subsanó la carencia de buena música con las tertulias, a las que asistían tanto estadunidenses, como extranjeros amantes de la música italiana y alemana. En la casa de Mathieu de Fossey, se organizaron varias reuniones de este tipo. *Ibid*., p. 561.

[29] *Ibid*., pp. 440-441.

[30] *Ibid*., p. 441.

[31] *Ibid.*

serie de sátiras, bailes y canciones, la más de las veces improvisados, que provocaban la hilaridad del público, "bailando de una manera tan grotesca y dando tan sendos zapatazos, que parecían cañonazos de ochenta; esto excitaba la risa de los concurrentes, y especialmente la mía, que encontraba nuevo semejantes payasadas".[32] Asimismo, señalaba que sólo había cierto orden en la ejecución de las piezas musicales, pero que las canciones "desabridas" eran interpretadas con las narices por aquellas "prima donas estrafalarias".[33] En pocas palabras, la música estadunidense no cumplía con los cánones operísticos a los que estaba acostumbrado.

Aparte de los cafés cantantes, de igual manera registró la presencia de burdeles, centros de diversión de otro tipo, en los cuales también había música. Estos eran muy numerosos y existían de varias categorías, pues no olvidemos que en esos años San Francisco estaba en pleno crecimiento, por lo que continuamente arribaban embarcaciones con trabajadores e inmigrantes, que eran los principales clientes de esos prostíbulos. De estos establecimientos, en lugar de referirse a la música que ahí se interpretaba, destaca que no solamente eran estadunidenses las mujeres que ahí trabajaban, sino que las había de diferentes nacionalidades. Reseña las diferentes formas que empleaban para lograr que el visitante bebiera, les comprara flores o dulces, pagase por bailar con ellas y demás artimañas utilizadas, por lo que recomendaba que quien deseara asistir a uno de estos lugares acudiera "con la bolsa bien provista".[34]

Cabe señalar que al referirse a este tema no lo hace desde un punto de vista de reprobación o censura, ya que igual existían en México. Lo que llamaba su atención era su elevado número –que en algunas zonas podía haber hasta diez en una misma calle–, que estuvieran abiertos durante todo el día y se pagara por bailar. Asimismo, le desconcertaba la gran cantidad de mujeres que trabajaba en estos lugares, las cuales, según le habían dicho, pasaban de mil. Sus reflexiones sobre estos negocios no eran de desaprobación para quienes ahí laboraban, sino más bien de rechazo hacia los que los regenteaban por las grandes ganancias que obtenían, que obviamente no se reflejaban en el sueldo de las mujeres que trabajaban en ellos.[35]

Un aspecto que no pasó inadvertido a la mirada de nuestro artista viajero fue el relacionado con la organización de las actividades comercia-

[32] *Ibid.*, pp. 442-443.
[33] *Ibid.*
[34] *Ibid.*, p. 424.
[35] *Ibid.*, pp. 425-427.

les, tales como la distribución perfectamente clasificada de los productos en almacenes y mercados, los cuales eran amplios y modernos, así como el hecho de que se manejaran precios fijos, por lo que no se perdía el tiempo en regateos.

Por otro lado, igual hacía alusión a la manera de anunciar los productos, ya fuera con arengas en las calles o mediante la utilización de grandes carteles comerciales, cuya redacción le parecía "retumbante". Consideraba los colores de las letras muy chillones, además de que empleaban figuras humanas o de animales para hacerlos aún más atrayentes. Según sus propias palabras: "El caso es llamar fuertemente la atención y meter por los ojos sus mercancías que son capaces de anunciarlas hasta sobre las nubes".[36]

USOS Y COSTUMBRES

Aparte de las diversiones y actividades comerciales, Gutiérrez también dejó constancia de algunas costumbres estadunidenses que le resultaron novedosas. Una de ellas fue la organización de bailes y días de campo, los cuales también se realizaban en México, pero la diferencia era que en Estados Unidos nada quedaba sin comercializarse, ya que en los bailes, hasta en los más aristocráticos, se pagaba por todo: entrada, refrescos, cena, vino, etcétera, aunque claro, había sus excepciones. En los paseos campestres, desde el transporte era pagado por los asistentes y, si bien las familias llevaban sus viandas, igual gastaban en las bebidas que consumían en los restaurantes ubicados en los parajes seleccionados, o en los que bien podían comer. Destaca que quienes asistían a estos paseos no interactuaban, a excepción a la hora del baile, ya que tomaban sus alimentos en lugares apartados. Esto le hizo considerar que estos días de campo eran individualistas, organizados por especuladores que solamente respondían al temperamento frío de la población. "En todo manifiesta este país sus tendencias positivistas y metalizadas y el sentimiento es una moneda desconocida en él."[37] Si bien, en México se llevaban a cabo bailes a los que se pagaba por el ingreso, como era el caso de los bailes de máscaras, el mismo autor señala que el pago de acceso comprendía todo lo que se comiera o bebiera; de igual manera, aclara que en los paseos campestres en los que se acudía a determinados

[36] *Ibid.*, pp. 485-486.
[37] *Ibid.*, p. 427.

establecimientos, como el Tívoli del Eliseo, ahí les proveían de todo, pero era pagado por quien invitaba a las familias. Es este sentido, nuestro viajero destaca el carácter mercantilista que adquieren ciertas actividades en aquel país, a diferencia de lo que sucedía en México, en donde privaba más el interés por pasar un buen momento y confraternizar.[38]

A la manera de relacionarse los jóvenes antes de casarse dedica un buen espacio de su texto. Destaca que los noviazgos en Estados Unidos eran mucho más libres y abiertos que en México, en la medida en que no eran continuamente vigilados por la familia, lo que permitía que se conocieran mejor y así se evitaban muchas decepciones después del matrimonio. Estos noviazgos duraban poco tiempo, lo cual también ve con buenos ojos, pues eso hacía que las jóvenes no perdieran el tiempo con relaciones prolongadas, como sucedía en México, las cuales a veces no culminaban en el altar, pero si la chica "perdió la flor de su juventud en amores inútiles; ha llegado a los treinta años, y o se malcasa con el primero que se le presenta […] o quedó célibe contra su voluntad […] aumentando el número de las víctimas sociales".[39]

La explicación para que todos los noviazgos en Estados Unidos terminaran en matrimonio estaba en que, según señala Gutiérrez, la ley que protegía los contratos matrimoniales era mucho más eficaz, lo que producía más saludables efectos en los contrayentes que esa estúpida rutina de los padres de familia de los demás pueblos. Asimismo favorecía el respeto hacia la mujer: "Aquí una mujer puede andar sola de día y de noche hasta muy tarde, sin ser molestada, requebrada, etcétera."[40]

Algo que llamó mucho su atención, la cual consideraba una extravagante costumbre, era el hecho de que las mujeres solteras en busca de marido se ofrecieran en los periódicos, como cualquier otra mercancía, ya que especificaban su edad, carácter, físico, profesión y medios económicos con los que contaban, "y lo gracioso es, que hallen hombres que se casen con ellas…" Al mismo tiempo señala que esta clase de anuncios, que eran frecuentes, llegaban al extremo de ser viles artimañas para estafar a los incautos, circunstancia que explica al afirmar: "Como el cerebro de los americanos está tan metalizado, hasta la línea del honor llega la explotación."[41]

Una característica de los estadunidenses que no pasó desapercibida para Felipe S. Gutiérrez fue el hecho de que los pertenecientes a las distintas

[38] *Ibid*., pp. 495-497.
[39] *Ibid*., p. 446.
[40] *Ibid*., p. 448.
[41] *Ibid*., p. 450.

clases sociales supieran leer, en especial la clase trabajadora. Si bien no se preguntó dónde aprendieron, sí resalta que tal condición había favorecido que el país hubiera llegado rápidamente a un estado de progreso, a la vez que reconocía el contraste con lo que se vivía en México y otras ciudades de Europa.[42] Advierte que la mayoría de los habitantes estaba suscrita a un periódico el cual resultaba ser el medio perfecto, no sólo para encontrar pareja sentimental, como señalamos líneas arriba, sino cualquier tipo de trabajo. Tanto los que buscaban algún empleo como los que ofrecían sus servicios, así como vivienda o cualquier otra prestación, se apoyaban en la prensa, la cual, más allá de ser simplemente un medio de información, se convirtió en un puente de comunicación entre los lectores.

De igual manera, veía con buenos ojos la manera de llevar la cuenta de lo consumido en los restaurantes o barras, ya que al anotar en un "cartón" los platillos consumidos, se evitaban abusos. Cabe señalar que las llamadas "barras" llamaron mucho su atención, esto es, la práctica de exhibir en un mostrador todos los platillos y de pedirlos directamente a los meseros, o bien servirse directamente, lo cual le resultaba impensable en nuestro país. De igual manera le pareció muy agradable que en estas barras en las que se comía al mediodía los alimentos resultaran muy baratos. Era tan abundante la comida que "con el *lunch*, que se hace en estas barras tiene uno lo suficiente para todo el día".[43]

La seguridad de la ciudad fue algo que también registró nuestro viajero. Así como las mujeres podían andar solas en la calle sin ser perturbadas hasta el anochecer, igualmente el resto de la población disfrutaba de seguridad, tanto en su persona como en sus pertenencias, lo cual permitía que los comerciantes, durante el día exhibieran sus mercaderías a la vista y alcance de todos en las calles, sin que en la noche se necesitara reforzar los aparadores de joyerías, bancos y otros almacenes que expendían objetos de lujo. La explicación que dio para esta situación fue que se debía a "las sabias leyes que el pueblo americano se ha sabido dar y a los guardianes de ellas que no las eluden ni consideran como simples papeles escritos". Y añade: "En los Estados Unidos impera la ley y cualquier representante de ella se hace obedecer…", por lo que cuando había algún pleito o tumulto, con sólo presentarse un policía hablando en nombre de la ley inmediatamente se disolvía el conflicto

[42] *Ibid*., p. 510.
[43] *Ibid*., pp. 433-434.

y cada quien regresaba a sus labores.[44] Según sus propias palabras, durante su estancia no presenció ningún desorden, robo o algo parecido, y señaló que, en aras de reforzar la eficacia de los guardianes de la ley, señalaba que: "Cuando suele haber un robo, es tan eficaz la policía que rara vez se escapa el ladrón y dejan de recuperarse los objetos robados."[45] En este sentido, de manera implícita advertimos no sólo una referencia a la inseguridad que se padecía en nuestro país, sino una crítica a los encargados de hacer cumplir las leyes, por lo cual se infiere que envidiaba ese orden que se respiraba en Estados Unidos "al recordar el desgraciado estado de nuestra sociedad".[46]

Para reafirmar sus aseveraciones sobre la efectividad de la legislación estadunidense, señalaba: "Los Estados Unidos están compuestos, como he sabido, de los elementos más heterogéneos y hay en el corazón de su sociedad una corrupción escandalosa; pero la ley y el trabajo neutralizan esta anomalía con sus saludables efectos, y el equilibrio se sostiene perfectamente."[47]

Otro elemento que sorprendió gratamente a nuestro viajero fue la organización establecida en la ciudad para dar aviso a los bomberos sobre los incendios, que eran muy frecuentes. La división del cuerpo de bomberos en diez cuarteles, de la ciudad también en cuarteles, así como el sistema establecido para comunicarse con la central mediante un aparato telegráfico ubicado en diferentes esquinas, facilitaba que se sofocara el fuego de manera inmediata, ya que lo único que se tenía que hacer para llamar a los bomberos era ir a donde se encontraba dicho aparato y accionarlo. Para que estos últimos supieran a cuál cuartel debían dirigirse, bastaba con que se dieran tantos golpes de acuerdo al número del cuartel en el cual se verificaba el siniestro.[48]

Pero al igual que Gutiérrez reconocía los logros de los estadunidenses en varios campos, en cuanto a organización, modernidad y seguridad, de la misma manera se asombraba de la escasa cultura de muchos de los integrantes de las clases acomodadas con las que alternó. Comentaba que eran muy pocas las damas que sabían tocar el piano, a pesar de que en varias de las casas que visitó había uno, y cuando llegaban a hacerlo su ejecución dejaba mucho que desear, al igual que las interpretaciones cantadas. De igual manera se quejaba del nulo conocimiento que tenían sobre América Latina y en especial de México, al grado que le preguntaban si la

[44] *Ibid*., pp. 437-438.
[45] *Ibid*., p. 438.
[46] *Ibid.*
[47] *Ibid.*
[48] *Ibid*., pp. 522-523.

forma de vestir o peinarse de las damas era como en Estados Unidos, si se conocían los pianos y cosas similares.[49] Atribuía tal ignorancia a que en la Unión Americana se estudiaba la historia de las grandes naciones y la de los países como el suyo eran considerados "…apenas un punto sobre el mapa geográfico". Esto le molestaba mucho, por lo que acostumbraba ponderar el nivel cultural del que gozaba México, con lo que lograba un gran impacto entre la concurrencia.[50]

Respecto a ciertas formas de comportamiento urbano, relativas a la vida diaria de los pobladores, desde su arribo a San Francisco detectó varias, las cuales eran impensables en México. Una de ellas era cómo se trasladaban de un lugar a otro las familias y las damas, ya que la gran mayoría lo hacía a pie o utilizaba los servicios públicos, aunque pertenecieran a las clases altas, lo cual daba un carácter distinto a la ciudad, pues en cualquier parte podían admirarse bellos rostros y elegantes atavíos.[51] De igual manera, señala que no era mal visto que cualquier señora hiciese directamente sus compras. A pesar de que existía un servicio de entrega a domicilio por parte de las tiendas de comestibles "…una persona decente toma su canasto y se dirige al mercado para proveerse, sin quedar degradada por esta circunstancia".[52] Esta práctica la explica debido a los sueldos de los sirvientes, que iban de 25 a 30 pesos mensuales, por lo cual no todas las familias podían darse el lujo de contratarlos. Eran muy pocos los que contaban con ellos.

CULTURAS EXÓTICAS

La estancia de Felipe S. Gutiérrez en Estados Unidos durante año y medio no sólo le permitió acercarse a sus costumbres y tradiciones, sino que de igual manera le dio la oportunidad de conocer las de otros pueblos, pues siendo San Francisco el principal puerto de inmigración de la costa este, y en esos momentos en franca expansión, tuvo contacto con otras culturas que en México tenían poca presencia.

Desde su arribo al puerto, los chinos llamaron fuertemente su atención, a los cuales describió y analizó desde un punto de vista occidental y a partir de cánones estéticos clásicos, de ahí que esta comunidad le resultara

[49] *Ibid*., pp. 502 y 543.
[50] *Ibid*., pp. 503-504.
[51] *Ibid*., p. 405.
[52] *Ibid*., p. 436.

verdaderamente exótica. A su llegada, en 1867, ya eran 10 000 residentes en un determinado sector de la ciudad. Físicamente, los consideraba muy poco agraciados, y en especial las mujeres. Su indumentaria le resultaba incómoda y ridícula, sobre todo la femenina; no se diga los peinados, en particular el masculino: la cabeza rapada por el frente y por la parte trasera una larga trenza "entretejida con cordones negros que les llega hasta los calcañales".[53] Para Gutiérrez: "Todo en los chinos es raro, extravagante y su cultura disiente en gran manera de las demás naciones."[54]

A pesar de que la apariencia y las costumbres de los chinos le parecían tan singulares, como el comer con dos palitos, valoraba positivamente su ejecución de obras artísticas como tallas en marfil y madera, bordados en seda, pintura en abanicos y otros soportes. Pero, sin abandonar su formación académica, advertía que, si bien en cuanto a la representación de la naturaleza poseían una gran maestría, no era así con relación a las figuras humanas. Sobre este aspecto señalaba "están muy atrasados y desconocen completamente la perspectiva y la estética".[55]

Igualmente reconocía que eran excelentes trabajadores, sobrios y económicos, de ahí que se encontraran laborando en fábricas de botines, ropa de hombre y dama, en lavanderías, al igual que desempeñaban puestos como cocineros o bien en el servicio doméstico. La ventaja de contratarlos estribaba en que además de ser muy trabajadores, aceptaban sueldos más bajos, lo cual ocasionaba que los estadunidenses, y en general todos aquellos a quienes desplazaban de sus puestos los despreciaran. Pero él justificaba a los chinos pues "mientras que aquellos se andan paseando y bebiendo cerveza a las seis de la tarde, los chinos a las diez de la noche trabajan con tanta actividad como si fueran las doce del día".[56]

El grupo racial que también le resultó interesante y digno de ser reseñado en sus *Impresiones de viaje*, fue el de los negros. Se advierte una cierta benevolencia que llegaba al idealismo, al tratar su forma de vida en San Francisco, ya que destaca que eran trabajadores y laboriosos, vestían igual que cualquier otro estadunidense, y sus modales y costumbres no diferían de las europeas. Resalta sus habilidades para las artes y ciencias, en especial las musicales, ya que tuvo oportunidad de escuchar los coros en los servicios dominicales de sus iglesias, los cuales estaban tan bien organizados

[53] *Ibid*., pp. 409, 454-455.
[54] *Ibid*., pp. 459-460.
[55] *Ibid*., p. 457.
[56] *Ibid*., p. 410.

que podían competir con los que se escuchaban en cualquier compañía de ópera.[57] Si bien aplaudía el que se hubiera abolido la esclavitud en Estados Unidos, consideraba que no resultaba suficiente, ya que el color de la piel seguía siendo un estigma.

OTRA CIUDAD ESTADUNIDENSE

Una vez reunido lo suficiente para embarcarse a Europa, Felipe S. Gutiérrez salió el 4 de julio de 1868 de San Francisco para cumplir con el sueño de todo artista: llegar a la cuna de la civilización occidental, que era en la que se había formado, pero para lograrlo antes debía realizar un largo periplo, ya que tuvo que viajar por el Pacífico hasta el canal de Panamá, para luego dirigirse a Nueva York, a donde llegó el 25 de ese mismo mes. Su estancia en esta ciudad fue de pocos días, sólo lo suficiente para hacer los arreglos necesarios para salir a su destino final, pero eso no fue impedimento para que paseara por ella y registrara todo aquello que llamó su atención.

Dada la brevedad de su estancia y el hecho de que conocía San Francisco, sus comentarios, además de ser escuetos ya no reflejaron aquel asombro sobre lo que le resultaba novedoso. No obstante, no dejó de admirar la gran urbe, a la vez que tuvo la posibilidad de advertir las diferencias entre ambas. En primer término, en Nueva York todo era más refinado, desde la manera de vestir hasta los edificios, los cuales se encontraban en las principales avenidas.

Una de las calles que más lo impresionó fue la de Broadway, tanto por su extensión, como por el hecho de que no fuera completamente recta, así como por sus plazoletas y fuentes, las cuales permitían a los transeúntes descansar y admirar las esculturas que las adornaban. Destaca las de Union Square y Madison, aunque en esta última tuvo una experiencia desagradable al descubrir un monumento en el que se conmemoraban las batallas ganadas por los estadunidenses durante la guerra de 1847. Su enojo se debió al "descaro" de glorificar "esos pretendidos triunfos, contra un pueblo casi inerme por la supina ignorancia de su general en jefe o por su traición incalificable".[58] Aún estaban muy frescos en la mayor parte de los mexicanos los recuerdos de la pérdida de gran parte del territorio nacional, aunque para-

[57] *Ibid.*, pp. 462-463.
[58] *Ibid.*, p. 588.

dójicamente, durante su estancia en San Francisco no hizo mención alguna a dicho enfrentamiento, ni mucho menos a la extensión territorial perdida. Tal parece, que el hecho de que en el vecino país del norte se erigiera un monumento que recordara la afrenta al pueblo mexicano, era lo que más le indignaba.

Central Park le resultó en extremo interesante, por su ubicación, casi en el centro de la ciudad, sus dimensiones, sus bosques y lagos artificiales con aves acuáticas, pero en especial por su "hábil combinación salvaje y artificial". De igual forma apreció varias de las estatuas de bronce que se encontraban en diversos sitios las cuales, de acuerdo con su ojo experto de artista, eran de excelente factura. Tuvo también la oportunidad de visitar el museo de Central Park, cuya colección de animales disecados lo impresionó gratamente.[59]

Una de las cosas que más llamó la atención de Felipe S. Gutiérrez y que ponía de manifiesto la superioridad de Nueva York frente a San Francisco fue un gran almacén que ocupaba toda una cuadra y siete pisos de altura. Se trataba de la primera tienda departamental de la ciudad. Además de sus dimensiones y los materiales constructivos empleados, entre los que destacaba el hierro, quedó sorprendido por la diversidad de productos que vendía, así como por el gran número de empleados que ahí laboraban. Aunado al resto de grandes comercios que existían en Nueva York, su visión sobre esta ciudad lo llevó a afirmar: "Esta esplendidez se nota a cada paso en el comercio y todas las empresas de Nueva York, que todo es grande y los millones se cuentan en los Estados Unidos, como nosotros contamos aquí los miles de pesos."[60] Y con esta última impresión sobre los vecinos del país del norte dejó costas americanas para dirigirse al llamado viejo continente.

ORDEN Y PROGRESO A LA MANERA ESTADUNIDENSE

Durante una estancia de casi año y medio en Estados Unidos, Felipe S. Gutiérrez no sólo conoció, sino que tuvo la oportunidad de alternar con sus habitantes, lo cual le permitió comprender su carácter. Si bien su formación

[59] *Ibid*., p. 589. Aún no existía el Museo Metropolitano de Arte creado en 1870 e inaugurado en 1872.

[60] Suponemos que se refiere a Macy's, primera tienda departamental fundada en Nueva York en 1858, aunque nuestro viajero se refiere a ella como Stuard. *Ibid*., pp. 596-597.

artística, tanto visual como musical, le hicieron valorar muchas cosas desde una perspectiva algo sesgada, eso no lo obstaculizó para que apreciara las virtudes de sus pobladores, su organización y legislación.

Encontró que las mujeres eran muy bellas, disfrutó la seguridad urbana, la ostentación de las construcciones, que incluso se daba en los sepulcros, así como las comodidades para transportarse. De igual forma valoró la actitud frente a ciertas actividades domésticas, las cuales desempeñaban sin considerarlo deshonroso, como sucedía en países como México, con lo cual criticaba la rancia aristocracia heredada de España.

Aunque, al igual que muchos otros compatriotas que viajaron al vecino país del norte, quedó gratamente impactado por los avances en varios campos, tanto legislativos como la abolición de la esclavitud, materiales, como sus grandes obras constructivas, y su carácter audaz y emprendedor que los había llevado a obtener grandes beneficios, no por eso olvidó en ningún momento el ultraje sufrido por nuestro país durante la guerra de 1847.

Felipe S. Gutiérrez tuvo la suficiente capacidad de análisis para evaluar las diferencias existentes entre un pueblo anglosajón y un pueblo hispanoamericano, que lo llevaron a entender y explicarse muchas de estas diferencias, y lo más importante, su propia realidad y la de México. El tan ansiado progreso no se iba a dar de manera espontánea, había que mirar hacia afuera para calibrar los pasos que deberían darse para obtenerlo.

La formación artística de Gutiérrez, así como su sensibilidad para la música, permitieron que sus apreciaciones fueran más allá de lo estrictamente novedoso. Sus descripciones iban más allá, en el sentido de que era capaz de advertir el colorido de las fachadas de las casas de la bahía de San Francisco, lo llamativo de los anuncios comerciales por el empleo de grandes carteles coloridos en los que mezclaban tipografía e imágenes, lo ostentoso de las fachadas de ciertas construcciones, sepulcros o mausoleos, y una infinidad de detalles que no pasaron desapercibidos para una mirada tan desarrollada desde el punto de vista plástico.

Asimismo, tuvo la capacidad de absorber todo aquello que consideraba positivo de las experiencias vividas, lo cual quedó de manifiesto en su producción artística. Se trataba de un pintor que se abría hacia el extranjero con la mejor disposición de aprender y aprehender todo aquello que reflejaba la modernidad y que contrastaría con el anquilosamiento artístico que se respiraba en la Academia de San Carlos. De ahí que su obra, *La cazadora de los Andes*, realizada varios años después (1891), es testimonio del encuentro

de Felipe S. Gutiérrez con el desnudo femenino como resultado de su estancia en Europa y su apertura hacia las nuevas tendencias pictóricas.

A pesar de que más tarde visitó otros países, tanto europeos como latinoamericanos, nunca dejó de considerar que su estancia en San Francisco fue una de sus mejores experiencias, por lo que afirmaba que "en Estados Unidos todo es excéntrico y excepcional".

FUENTES CONSULTADAS

Hemerografía

El Diario del Hogar, ciudad de México.

Bibliografía

Escobar Ceballos, Cecilia, *Pintando a la nueva nación*, México, Fondo Editorial Estado de México, 2012.

Garrido, Esperanza, Arturo Díaz Sánchez, Alfonso Sánchez Arteche y Héctor Serrano Barquín, *Felipe Santiago Gutiérrez, pasión y destino*, Toluca, Instituto Mexiquense de Cultura, 1993.

Gutiérrez, Felipe Santiago, *Impresiones de viaje*, México, Tipografía Literaria, 1883, 2 vols.

Lerner, Victoria, "Dos generaciones de viajeros mexicanos del siglo XIX frente a los Estados Unidos", *Relaciones*, El Colegio de Michoacán, vol. 14, núm. 55, verano de 1933, Michoacán, pp. 41-72.

Raspa, Darren A., *Bloody bay: grassroots policing in nineteenth-century San Francisco*, Lincoln, University of Nebraska, 2020.

Serrano Barquín, Héctor, "Catedrático institutense y artista plástico-cronista", *UAEM, 175 aniversario, 1828-2003*, Toluca, UAEM, 2003, pp. 45-56.

FRANCISCO BULNES. IMPRESIONES DE VIAJE EN ESTADOS UNIDOS*

Guadalupe Villa G.

Investido con el carácter de cronista y calculador por el presidente Sebastián Lerdo de Tejada, el 8 de septiembre de 1874, el ingeniero Francisco Bulnes se unió a la expedición científica que habría de atestiguar el paso de Venus por el disco solar, fenómeno aprovechado por los investigadores mexicanos para medir la distancia del Sol a la Tierra en algún lugar de Japón.[1]

Diez días después inició el largo y azaroso viaje. La noche del 18 de septiembre los expedicionarios tomaron el tren de la recién inaugurada línea del ferrocarril México-Veracruz,[2] para luego embarcarse a Cuba y, tras una breve estancia, seguir con rumbo a Estados Unidos en el vapor Yat-soo que, impulsado por las corrientes del golfo de México, pronto les permitió avistar, a inicios del mes de octubre, el cabo Hatteras en la costa de Carolina del Norte e ingresar a la corriente del río Delaware hasta Pennsylvania, punto de desembarco y donde habrían de abordar un "ómnibus" (diligencia), que los trasladaría a su hotel.

* Bulnes, *Sobre el hemisferio norte*, 2012. Se trata de una edición facsimilar.

[1] Francisco Bulnes (1847-1924) fue un ingeniero, maestro de meteorología y economía política, periodista, político y escritor polémico. Los demás miembros de la expedición fueron: Francisco Díaz Covarrubias (1833-1889), presidente de la comisión y científico destacado, ingeniero topógrafo, geógrafo, astrónomo, profesor y presidente de la Sociedad Humboldt, fundada con la finalidad de difundir el conocimiento científico; Francisco Jiménez de la Cuesta (1824-1881), presidente de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, ingeniero militar, geógrafo y segundo astrónomo; Manuel Fernández Leal (1831-1909), ingeniero topógrafo y calculador, quien sería director de la Escuela Nacional de Ingenieros; Agustín Barroso, ingeniero topógrafo y naturalista, calculador y fotógrafo aficionado, perteneciente a la Sociedad Minera Mexicana.

[2] Los viajeros no llegaron directamente al puerto de Veracruz ya que en aquel momento había una epidemia de "vómito negro" o fiebre amarilla. Esperaron, en Orizaba, el arribo del barco que los llevaría a Estados Unidos de América.

La ciudad de Filadelfia le pareció a Bulnes espléndida, sólida y lujosa, en la que no asomaban pobres ni vagos. A simple vista miró un bienestar generalizado, con prósperos bancos que evidenciaban la voluntad y el talento de los hombres para enriquecerse.

En esa histórica ciudad, la comisión científica se hospedó en el Hotel Continental y, pese a lo breve de la estancia, el cronista se esmera en sus reflexiones. El inmueble lo impresionó por su belleza y grandiosidad, llamándolo "Babilonia de mármol", con sus mil habitaciones repartidas en siete pisos, dotado de todas las comodidades. El elevador, movido por vapor, le pareció de una "elegancia indescriptible";[3] el servicio a las habitaciones notable, atendido por camareras "jóvenes *ladies* perfumadas y vestidas con gran lujo".[4] Le asombró el movimiento y el número de huéspedes llegados de todo el mundo, los que constituían una turba que se manifestaba con gran alharaca y cuyos equipajes formaban montañas.

Admiró la disciplina con que operaba el hotel, única forma de manejar el establecimiento, y pronto se adaptó a los formalismos, tales como ponerse el uniforme de las conveniencias (vestir de etiqueta) para ir al comedor. El viajero se sorprendió ante el orden y la precisión con que se trabajaba para atender a los numerosos huéspedes, la manera en que los mozos (meseros) se formaban como para una revista militar, distribuyéndose por las mesas. Pensó que el mayordomo (capitán, diríamos hoy) ejercía como un director de orquesta. El espectáculo de "etiqueta filarmónica" terminó por chocarle porque creía estar en la "más sencilla de las repúblicas".

El ingeniero Bulnes destaca que en el comedor el tema de conversación, con todo su significado especulativo, giraba en torno al dólar y, en tono irónico, subraya que le pareció natural tratándose de espíritus verdaderamente estadunidenses.

A lo largo de su escrito, Bulnes intenta demostrar la influencia de la dieta en la raza, estableciendo tres tipos de ella: pueblos alimentados con trigo, pueblos del maíz y pueblos del arroz: superiores los primeros en cuerpo, inteligencia y democracia por virtud del consumo de su particular cereal. Inferiores por su pequeñez, crueldad y despotismo los asiáticos arroceros; y, en medio, los hispanoamericanos, mestizos y borrachos. Pueblos que nunca podrían ser demócratas por no tener carácter: "el maíz ha sido

[3] Bulnes, *Sobre el hemisferio*, 2012, pp. 36-37.
[4] *Ibid.*

el eterno pacificador de las razas indígenas americanas y el fundador de su repulsión para civilizarse".[5]

Es posible que las consideraciones de Bulnes estuvieran influidas por los escritos de algunos autores europeos que señalaban que el "factor racial" era determinante en la historia nacional de los pueblos. Pasarían varios años para que el ingeniero desarrollara su teoría del determinismo climático y el papel de la dieta alimenticia en la historia de las civilizaciones. Sólo Japón se salva de las críticas a los "pueblos arroceros" por disponer de otro tipo de alimentos que "lo han librado de la conquista y lo han hecho conquistador".[6]

Vale la pena subrayar que el cronista sería muy criticado por su pensamiento racista. Vasconcelos señaló: "quizá no le perdone la historia que fuera escéptico siempre […] se conformaba con la derrota de la raza y aun contribuía a deprimirla".[7] En suma, Bulnes fue y sigue siendo estimado por muchos como un reaccionario. Utiliza la metáfora de la dieta para comparar laboriosidad, empuje y éxito de los estadunidenses, con el conformismo e indolencia de los mexicanos.

La siguiente parada de los miembros de la comisión fue Nueva York, urbe a la que se trasladaron en tren, maravilla tecnológica que no dejó de sorprenderlo porque, según confiesa, en ninguna parte había concebido ni encontrado tal lujo. Tras dos horas y media de viaje arribaron a la ciudad de Jersey, para luego atravesar el río en un barco de vapor y minutos después desembarcar en la gran urbe de hierro.[8]

Nueva York lo embelesó e hizo exclamar que "la civilización ha sido tomada por los americanos",[9] así como emitir consideraciones sobre la situación de Europa, continente que, de acuerdo con sus reflexiones, había perdido el equilibrio de su gravitación política y religiosa. Cuando la comisión salió de México, el Viejo Continente pasaba por cambios políticos y sociales profundos. Italia, por ejemplo, no podía lograr un equilibrio in-

[5] Solía decir: "A la naturaleza la interrogo por el clima para conocer al hombre, y al hombre le pido su estómago para conocer su civilización. La barbarie principia donde el hombre acaba como manjar, y la civilización comienza con las trufas", *ibid.*, p. 8.

[6] Bulnes, *El porvenir de las naciones*, 1899, p. 14.

[7] Vargas, "Biología", 2004, pp. 159-178.

[8] Francisco Díaz Covarrubias consigna en su libro: *Viaje. Comisión astronómica mexicana al Japón*, 1876, p. 63, que, como Manuel Fernández, Agustín Barroso y Francisco Bulnes no habían estado antes en Estados Unidos, era natural que quisieran ver algo de Nueva York. Durante el trayecto del viaje, no les había permitido conocer casi nada de los lugares por los que transitaban. En vista de que Francisco Jiménez y él habían vivido en esta ciudad, se encargarían de los arreglos necesarios para proseguir el viaje, a fin de que sus compatriotas pudieran recorrer la ciudad y aprovechar para lo que pudiesen ver.

[9] Bulnes, *Sobre el hemisferio*, 2012, p. 43.

terior debido a divergencias en su régimen parlamentario, y a la alianza con las potencias centrales que marcarían su destino en el siglo XX. No sin sarcasmo, el cronista señaló: "Inglaterra renunció a su mejor posesión americana; Francia estaba a punto de liquidar su pasado por medio de una gran tragedia. En España se ponía el sol todos los días, cosa que no pasaba en el imperio de Carlos V; Italia estaba a disposición del mundo, como jardín, y Alemania filosofaba mucho en medio de una sensible miseria."[10]

Bulnes destaca que, en cambio, Estados Unidos afirmaba su hegemonía sobre el continente americano y mostraba una ambición intensa, que se había apoderado de la materia de ese país: "brazos más poderosos levantaron ciudades; el espíritu, separado de las discusiones religiosas, absorbió en poco tiempo los conocimientos acumulados en el Viejo Continente. La mecánica y la geometría condujeron a la sociedad. Se le votó a Dios una Constitución y el sufragio universal ocupó el lugar de todas las locuras."[11]

El cronista considera al comercio estadunidense como el agente más enérgico para perfeccionar la vida: "La belleza humana circulará en forma de capitales, como las minas de Nevada o el petróleo en Pensilvania. Al presente, ayudados por la configuración geográfica de su país y por casualidades favorables, explotadas con atrevimiento, energía y perseverancia, han convertido a Nueva York en el primer templo de la enormidad, religión dominante en los Estados Unidos."[12]

Broadway, con sus lujosos almacenes, sus grandes hoteles, su legión de bancos y su infinidad de anuncios, lo deslumbró.

Atento observador y crítico irónico, Bulnes advierte que todas las casas-habitación eran idénticas en su distribución, y el estadunidense acostumbraba a vivir en varios planos, imitando a la bolsa de valores: subir y bajar, recibir en un piso, comer en otro, fumar en otro, dormir más arriba, agitarse y funcionar como una máquina sin volante, según la hora, la necesidad y las indicaciones de un programa sometido invariablemente a la aritmética del confort inglés.[13]

Sin duda, a ojos del ingeniero, el pueblo estadunidense era el que más amaba la civilización; sin embargo, ese gusto por lo monumental lo hacía olvidar la existencia del refinamiento. Califica de locura el mármol de sus palacios, inclusive pensó que los estómagos del pueblo funcionaban como

[10] *Ibid.*, p. 44.
[11] *Ibid.*
[12] *Ibid.*, p. 45.
[13] *Ibid.*, pp. 45-46.

las máquinas de vapor de su poderosa industria. Declaró que Estados Unidos había realizado una epopeya de piedra, fierro y papel moneda.

Otro aspecto que nuestro viajero observa con detenimiento es a la mujer estadunidense. Los elogios para ellas son especiales y destaca su belleza como prerrogativa racial (se alimenta de trigo) y su libertad como condición cultural. Todas le parecen hermosísimas y en un arranque de cursilería escribe: "¿De qué panteón antiguo han exhumado esa languidez de movimientos que parece hacerles extrañar el pedestal de la estatua?" Las clasifica en una "zoología especial de soberbios animales".[14]

La mujer de "buena sociedad" pertenecía –de acuerdo con sus palabras–, a la esfera de una educación superior, con instrucción sólida, brillante y espiritual, que sabe desplegar como los alemanes sus ejércitos. No obstante, en el trabajo –que el cronista llama insensato– critica el deseo femenino de querer colocar "su perfume en la tribuna parlamentaria" y disputar las funciones políticas del hombre. Por tal razón las considera indomables en su convicción y ásperas como el absurdo.[15]

Ni la prensa neoyorkina ni la bolsa de valores escapan al ojo crítico del viajero. Ve en la primera una verdadera potencia que manejaba la opinión y era el principio vital del comercio. Estima que el periódico estaba arraigado en la vida de los estadunidenses como una imperiosa necesidad por su vinculación con las transacciones en aquella. Ya con gran agudeza subraya el juego que todos jugaban:

> La ciencia ha llegado hasta procurar el tráfico de objetos que no existen. Todas las cosas están expuestas a cambiar de valor de un momento a otro, a aumentar, disminuir o desaparecer. Los jugadores toman como punto de partida el precio de una cosa ficticia o real en un instante dado, y pagan o reciben la diferencia del valor de la cosa en otro instante fijado al mismo tiempo que el primero. El procedimiento va perfeccionándose, puesto que los resultados aprovechan de la predicción, y los capitales más reducidos pueden agitarse en límites casi indeterminados.[16]

[14] *Ibid.*, p. 47.

[15] Bulnes supo de la tenacidad de la lucha femenina por conseguir el voto, se puso a discusión, desde 1848, con la Woman's Rights Convention (Convención pro Derechos de las Mujeres), celebrada en Seneca Falls, estado de Nueva York, organizada por Elizabeth Cady Stanton y Lucretia Mott. La perseverancia de una lucha feroz y cruel de casi tres cuartos de siglo llevaría a las estadunidenses a obtener el voto en 1920.

[16] Bulnes, *Sobre el hemisferio*, 2012, p. 57.

De acuerdo con Bulnes, las ganancias en la bolsa determinaban que un hombre de "medio uso" ofreciese la felicidad a una dama joven; que un anciano prometiera su mano y prodigalidad a una hermosura o, inclusive, que una mujer que había consumido "veintinueve mil doscientos cinco almuerzos (lo que se traduce en 80 años)" se allegara un hombre joven que no hubiese experimentado el encanto de los placeres.[17] Todos estos señalamientos se resumían en una frase: todo lo compra el dinero.

El ingeniero contrasta las diferencias entre las mujeres latinas y las estadunidenses: para él, las primeras manifestaban su conformidad con formar una familia sin tribuna y sin sufragio, rehusando pasar por un conjunto de deformidades masculinas que modificarían la estrategia de la alcoba.[18]

Las observaciones de Bulnes en torno al matrimonio son por demás sarcásticas, al girar toda la vida cotidiana de los estadunidenses alrededor del dinero. Considera que el vínculo matrimonial, más que un sacramento, era una simple asociación. El marido trataba a su compañera basado en el respeto que debía a su firma, colocada en un contrato. Pone el ejemplo de una mujer que viajaba en un barco que se perdía en el mar en medio de una furiosa tormenta: "la multitud grita, pregunta qué hace Dios y se pliegan a la rígida voluntad de su destino". ¿Qué hizo el marido ante tal suceso? Lápiz en mano calculaba la noticia sobre la compañía de seguros y la sonrisa cruda de la economía política animaba su semblante.[19]

Bulnes juzga que "la moralidad del hecho sacramental consiste en que una mujer tiene que emplear su juventud, haciéndose violar por un hombre que le ofrece simplemente subvencionar sus necesidades materiales hasta el momento del divorcio".[20] Describe, para sus lectores, un escandaloso caso publicado en el *Daily Telegraph*: el proceso Beccher, en el que un predicador de la Iglesia metodista de Brookling, "que ha incluido en su método, la necesidad de seducir a las esposas de los fieles", fue descubierto y llevado a juicio por el esposo agraviado, quien no pedía el divorcio, sino una indemnización pecuniaria por daños y perjuicios.[21]

¿Cuál fue el desenlace de lo anterior? A la hora de la votación, el jurado quedó empatado en cuanto a votos en pro y votos en contra, por lo tanto, no fue posible para el juez pronunciar un fallo. Pero el proceso vino

[17] *Ibid.*
[18] *Ibid.,* p. 58.
[19] *Ibid.*, pp. 61-62.
[20] *Ibid.*
[21] *Ibid.*, pp. 63-68.

a robustecer los argumentos a favor del *free love* (amor libre). Oradores de ambos sexos argumentaron a favor de la libertad de los sentimientos puesto que ya se tenía la libertad del pensamiento.

DE NUEVA YORK A CHICAGO

Desde la estación que Bulnes calificó "del primer ferrocarril del mundo", la comisión científica abandonó Nueva York para dirigirse a Chicago. Lo primero que llama la atención del cronista era el lujo de los vagones que los estadunidenses comenzaban a introducir en Europa con el nombre de *Pullman palace sleeping cars*; en el día presentaban el aspecto de majestuosos salones:

> cada pasajero dispone de un sofá y es inútil asomarse a las ventanillas, porque infinidad de espejos introducen paisajes variados y espléndidos en aquel interior donde se asienta elegantemente el confort de una civilización que responde a las fantasías de los más raros sueños. De noche el salón se convierte en dormitorio. Los espejos giran y forman lechos mullidos; del techo descienden cortinas, y brillan lámparas cuya luz hace olvidar la ausencia del sol. Ni la edad ni el sexo ni las pasiones de los viajeros impiden que duerman mezclados en un mismo vagón. Muchas veces se encuentran un Paris y una Helena, divididos por una simple cortina, mas en Estados Unidos esta cortina es el símbolo del respeto hacia la mujer y moralmente es más espesa que la muralla China.[22]

Ya en Chicago, el cronista destaca que se trataba de una ciudad donde la especulación era más fuerte, extensa y atrevida que en Nueva York. Lo que en la actualidad nosotros llamamos "alcanzar el sueño americano" se cumplía en aquel entonces en forma sobrada. Para algunos parecía ser suficiente tocar aquella urbe para "instantáneamente" suplir su pobreza y mudar harapos por ropas opulentas. Equipara el ritmo y la febril actividad diurna de Chicago con la de Nueva York; sin embargo, la cara nocturna la describe como animada a la vez que violenta y despiadada. Le asombran los lugares de diversión que llevaban el título de *Pretty girls saloons*, donde un grupo de ninfas –como las califica– con derecho a dejar ver sus formas, se sentaba sobre las rodillas de los consumidores.

[22] *Ibid*., pp. 71-72.

Al igual que en Filadelfia, el cronista de la expedición quedó cautivado por el hotel en el que se hospedaba, el Tremont, rival del Continental y ambos los califica –quizá sin muchas bases–, como los primeros del mundo. La arquitectura del edificio le parece portentosa, al grado de imaginar sentirse en la antigua Roma.

El día en que los mexicanos dejaron Chicago, para continuar el viaje, le asombró ver doce locomotoras, seguidas de 60 carros cada una. Otra inmensidad que daba idea del movimiento humano y comercial desplegado por los estadunidenses.[23]

Atravesar el río Misisipi sobre un puente de poca elevación –fabricado en Chicago y colocado en 1867 sobre 80 pies de profundidad– le causó a la vez asombro y temor. Atrajeron su atención el alto costo de su construcción, un millón de dólares, y su considerable extensión (una milla de largo). Considera que la ruta Omaha, Ogden, Sierra Nevada y California era larga y monótona. Finalmente, el transporte arribó a la costa y trasbordaron en vapores de río para entrar a la bahía de San Francisco.

Bulnes hace un alto en la narración para retomar lo que le había parecido uno de los mayores adelantos de la ingeniería, relaciona la vía férrea con los grandes ciudadanos de la Unión y quiere hacer comprender a sus lectores las dimensiones morales de la obra que describe. Narra de manera prolija la travesía de Nueva York a Chicago en la que hizo 40 horas; de Chicago a Omaha 27, de Omaha a Sacramento, 97 y de Sacramento a San Francisco, cinco. A una velocidad media de 35 a 40 kilómetros por hora. En siete días y siete noches recorrió 5 450 kilómetros. Admiró el empuje y el talento tecnológico estadunidense y en especial se explaya sobre el ferrocarril y el titánico trabajo para conectar por el norte las costas este y oeste de la Unión Americana.

Cinco días permanecieron los integrantes de la expedición en San Francisco, ciudad con cerca de 200 000 habitantes, que vivían en un lujo proporcionado por el comercio con Asia y los abundantes minerales de sus minas.[24]

Al segundo día de su llegada, los mexicanos más notables establecidos en San Francisco les ofrecieron un convite, en el que tuvieron oportunidad de probar el vino de California, al que auguraron gran éxito y

[23] *Ibid*., p. 77.
[24] California inició su crecimiento a partir de la fiebre del oro, entre 1845 y 1855.

su contribución a la riqueza del estado, tan luego como la exportación le permitiera ser conocido en el extranjero.

Bulnes reflexiona y opina que después de Nueva York y Chicago, San Francisco nada tenía de particular y concluye que las ciudades estadunidenses con sus casas y su sociedad resultaban idénticas:

> No es como entre nosotros, donde en la línea de Oriente, Veracruz vive en el siglo XX, Puebla en el XVI y México en el XIX. Nuestras costumbres varían a cada legua que se recorre en la diligencia y a veinte leguas de la capital el sueño toma la vida del hombre a las seis de la tarde. La diversidad de tendencias en las sociedades de los estados de la Federación atrae por consecuencia una lucha que impide la aceleración hacia esa prosperidad que debemos envidiar a nuestros vecinos.[25]

Juzga a los estadunidenses como los más impulsivos, los más atrevidos, los que más querían y los que más consumían. Su positiva facultad de acción no se extraviaba en cálculos abstractos ni ideas sin trascendencia. Cuando se veían con atención las grandes obras que ilustraban a Estados Unidos, cuando se pensaba en los prodigios que fascinaban todas las inteligencias, cuando se medía la fuerza que residía en este vigor incansable y la meditación que producía tanta invención espontánea, se recordaba que las civilizaciones pasadas no habían florecido sino para secarse. Finalmente, el cronista se pregunta si el coloso se desarticularía en estatuas y termina diciendo: "En América las últimas piedras del edificio serán recogidas entre las ruinas de Europa. Los muertos como Washington pueden reposar."[26]

El 19 de octubre la expedición tomó el vapor inglés Vasco de Gama para surcar el Pacífico rumbo a Japón, donde habrían de atestiguar el paso de Venus por el disco solar.

UNA MIRADA RETROSPECTIVA

Tras largos años de luchas intestinas civiles y extranjeras, México comenzó a buscar la forma de allegarse recursos para sanear su debilitada economía. Por ello resulta extraordinario que el gobierno de Sebastián Lerdo de Te-

[25] Bulnes, *Sobre el hemisferio*, 2012, p. 87.
[26] *Ibid*., pp. 88-89.

jada (1872-1876) patrocinara la expedición encabezada por Francisco Díaz Covarrubias. Las críticas a la decisión del mandatario no se hicieron esperar y algunos periodistas y ciudadanos desaprobaron el dispendio que, a su juicio, entrañaba el hecho, máxime cuando nuestro país había contratado un empréstito porque no había recursos en el erario debido, entre otros hechos, a la prolongada campaña mantenida en Tepic en contra de Manuel Lozada, conocido como "Tigre de Alica".

Sin embargo, Lerdo de Tejada comprendía bien la importancia de apoyar e impulsar el desarrollo de las artes, las ciencias y la industria, y de que México estuviera bien representado en congresos, ferias, exposiciones y certámenes en el mundo entero. Era necesario cambiarle la cara al país, dejando atrás los años de violencia y atraso.

Aceptó la invitación del gobierno de Estados Unidos de América para participar en la feria de Filadelfia con la que el país vecino celebraría el centenario de su independencia. México se esmeró "en enviar lo mejor de su producción industrial; pero entre los efectos exhibidos había muy pocos manufacturados".[27]

El apoyo otorgado a la expedición científica que fue a Oriente, fue un hecho extraordinario. Por primera vez la república estaría participando en un concurso mundial de sabios que intentaban resolver un problema que, en aquel entonces, revestía la más alta importancia para: determinar la distancia entre la Tierra y el Sol. Lerdo, con gran lucidez, estimuló el desarrollo de las ciencias, las que tendrían un notable avance durante el porfiriato.

Tras la caída del gobierno de Lerdo, se hizo cargo de la Secretaría de Fomento el general Vicente Riva Palacio quien habría de mostrar un gran empeño para que México avanzara en el camino de la ciencia. Fue en esta época que se fundó el Observatorio Astronómico.

Luis G. León escribió: "Los astrónomos del siglo XIX pudieron observar dos tránsitos de Venus por el disco del Sol: el del 9 de diciembre de 1874, y el del 6 de diciembre de 1882. En cambio durante el siglo XX no habrá ni un solo tránsito de esa naturaleza, y el más próximo se verificará el 7 de julio de 2004, cuando todos nosotros y nuestros hijos hayamos pasado a mejor vida."[28]

Pero salir del atraso tenía también que ver con las comunicaciones y salir de la economía autárquica. Los ferrocarriles serían el medio de trans-

[27] Cosío Villegas, *Historia moderna*, 1973, p. 114.
[28] Luis G. León, *Los progresos de la astronomía*, 1911, p. 20.

porte que facilitaría el desarrollo de la industria, por su abaratamiento, abriendo posibilidades para la atracción de capitales extranjeros que vendrían a reanimar el comercio y a hacer factible el crédito.[29]

Era, por tanto, necesario el establecimiento de vías férreas que impulsasen los mercados y propiciaran la movilidad de mercancías y pasajeros de manera segura y expedita. La primera línea que se estableció en la república mexicana fue la del Ferrocarril Mexicano, cuya vía corría de la ciudad de México a Veracruz, pasando por Orizaba, con un ramal de Apizaco a Puebla, inaugurada por el presidente Lerdo de Tejada a principios de 1873.

En proyecto estaban el ferrocarril de Puebla a Izúcar de Matamoros, que beneficiaría una extensa parte del estado de Guerrero y Morelos; el Pachuca-Ometusco y el de Jalapa. Se inauguró el tramo del ferrocarril México-Tlalnepantla –que debería extenderse a Toluca y Cuautitlán– y había otros de resolución pendiente:

> es tan grande y reconocida su utilidad, como lo es también el anhelo de la sociedad mexicana por la realización de esas empresas que deben producir los más abundantes frutos de prosperidad. Con los ferrocarriles proyectados se fomentará desde luego nuestra agricultura en el interior, y se obtendrán más adelante los grandes bienes de poner a la república en inmediata relación con Estados Unidos y Europa, teniendo también una vía de comunicación con Asia.[30]

En la mente del mandatario estaba, desde luego, la idea de establecer una comunicación interoceánica, aunque los grandes proyectos no cristalizarían sino hasta bien entrado el gobierno de Porfirio Díaz.

Lerdo de Tejada inició también la expansión de líneas telegráficas y el establecimiento de líneas regulares de diligencias. Subvencionó la línea de vapores entre Veracruz y Nueva York, así como entre Veracruz y La Habana. Se encargó de adquirir barcos –guardacostas– y de atender asuntos de índole diplomática y económica pendientes entre México y Estados Unidos.

[29] *Ibid.*

[30] El presidente Sebastián Lerdo de Tejada al abrir el 7º Congreso Constitucional el primer periodo del primer año de sus sesiones ordinarias, el 16 de septiembre de 1873, en *Los presidentes de México,* 1966. Esta obra contiene informes y las respuestas dadas, desde el 28 de septiembre de 1821 hasta el 16 de septiembre de 1875, vol. 1, p. 585.

En cuanto a la expedición de que nuestro cronista formaba parte, en 1875 el mandatario informó al Congreso: "La comisión enviada a observar en Asia el tránsito de Venus por el disco del Sol, comunicó haber obtenido un éxito completo en la observación. Es satisfactorio que la Comisión Mexicana haya podido cooperar a los adelantos de la ciencia, formando con sus estudios y datos una obra que ya se dispone a publicar."[31]

El atraso económico y social que privaba en México, la falta de comunicaciones y la escasez de población que mantenía al Congreso discutiendo una buena ley de colonización para atraer inmigrantes más que pagar a colonos, hacían pensar al ingeniero Bulnes en la poca laboriosidad y empuje de los mexicanos para salir de su atraso. Por eso, cuando llegó a Estados Unidos, no pudo evitar comparar el desarrollo que esta nación había logrado, a pesar de prácticamente haber concluido una guerra civil. La monumentalidad de sus edificios, el voluntarioso trabajo de sus habitantes, lo bien comunicado de aquel inmenso territorio no hacían más que constatar su teoría sobre la alimentación. El trigo había hecho de los pobladores del vecino país seres laboriosos, dispuestos a enfrentar y resolver cualquier obstáculo que se les pusiera enfrente. En cambio, el maíz había hecho de los mexicanos seres indolentes, conformistas y poco propensos al trabajo.

El paso por Estados Unidos lo dejó gratamente impresionado. A pesar de su ácida crítica sobre el interés de los estadunidenses por ganar dinero a costa de lo que fuera, no dejó de admirar sus logros. Lo que más le sorprendió fueron las vías férreas que cruzaban en todas direcciones, las fértiles campiñas bien cultivadas, la multitud de puentes de hierro sólidos, elegantes y ligeros que salvaban ríos y unían valles. Aunque el triunfo de los hombres del trigo sobre los indios "salvajes", no evitó que dedicara a estos unas líneas. Señala así que los "indios altivos" se paseaban por el desierto "con más arrogancia que si fuesen dueños del infinito. El tren no los asombra más, ni lo atacan; se aproximan a las estaciones para beber y embriagarse, y después se pierden en la oscuridad dando horribles gritos […]".[32] Atravesar el desierto para alcanzar la costa del Pacífico lo hizo sentir una inmensa soledad pues ante el tumulto de otros días sintió el efecto del silencio, dejando de percibirse los ruidos de lugares habitados.

[31] El presidente Sebastián Lerdo de Tejada al abrir el 7º Congreso Constitucional el segundo periodo del segundo año de sesiones, el 1º de abril de 1875, en *ibid*., p. 606.

[32] Bulnes, *Sobre el hemisferio,* 2021, p. 80.

Y retoma la tecnología ferroviaria. Cruzar por la Sierra Nevada y ver lo portentoso de la creación humana lo llevó a describir de forma profusa la necesidad que se tuvo de proteger las vías en contra de la nieve que, en las partes elevadas de la sierra, alcanzaba de tres a doce metros de espesor. Para tal fin, se construyeron galerías de techos inclinados, apoyados con solidez en la montaña. El triunfo del hombre sobre la naturaleza permitía cruzar una serie de galerías a media luz o de túneles completamente oscuros. El paso del Ferrocarril Central del Pacífico por la Sierra Nevada tuvo un costo de 100 millones de pesos, cifra que nuestro cronista no puede pasar por alto en sus comentarios.

Todo el portentoso progreso que atestiguó en Estados Unidos hubiera sido imposible sin riqueza y sin el empuje de sus hombres, y eso es precisamente lo que Bulnes no puede dejar de contrastar con nuestro país. Sin una paz duradera, finanzas sólidas y amor por el trabajo, era difícil que pudiera desarrollarse todo el potencial que México ofrecía. El comercio, considerado como el agente más a propósito para mejorar la vida de los hombres, sería imposible sin vías de comunicación adecuadas.

De vuelta en nuestro país, la comisión se disolvió y tanto el director como el cronista de esta pusieron manos a la obra para comenzar a redactar los resultados del dilatado viaje, cuyo fruto fue la publicación de dos obras que habrían de ver la luz con un año de diferencia. El libro producido por Francisco Díaz Covarrubias informa de los resultados científicos y es, al mismo tiempo, una crónica menos detallada que la de Francisco Bulnes. El trabajo de este es lo contrario, cumple con la encomienda de hacer el relato detallado del viaje que corta abruptamente cuando iniciaron el regreso y pasaron por Francia. Su narración, llena de rebuscamientos y citas históricas, entorpece un poco la lectura, sin embargo, es posible distinguir al atento observador y crítico agudo que a pesar de todo resulta un buen cronista.

Años más tarde, durante su exilio en 1914, la atracción que en su momento sintió Bulnes por Nueva York lo impulsó a establecerse en este centro económico y cultural. Desde ahí esperó la oportunidad para regresar al país, aunque eso no ocurrió pues optaría por quedarse en Cuba.

FUENTES CONSULTADAS

Bibliografía

Bulnes, Francisco, *Sobre el hemisferio norte. Once mil leguas. Impresiones de viaje a Cuba, los Estados Unidos, el Japón, China, Cochinchina, Egipto y Europa* (ed. facs.), México, Coordinación de Humanidades-UNAM, 2012.

_____, *El porvenir de las naciones hispano americanas ante las conquistas recientes en Europa y Estados Unidos*, México, Imprenta de Mariano Nava, 1899.

Cosío Villegas, Daniel, *Historia moderna de México. La república restaurada. Vida económica,* México, Hermes, 1973.

Díaz Covarrubias, Francisco, *Viaje. Comisión astronómica mexicana al Japón*, México, Imprenta Políglota de C. Ramiro y Ponce de León, 1876.

León, Luis G., *Los progresos de la Astronomía en México, desde 1810 hasta 1910. Memoria presentada en representación de la Sociedad Astronómica de México*, México, Tipografía de la Vda. de F. Díaz de León Sucs., 1911.

Los presidentes de México ante la nación 1821-1966, México, Editado por la XLVI Legislatura de la Cámara de Diputados, 1966, t. I.

Vargas, Manuel, "Biología y la filosofía de la raza en México: Bulnes y Vasconcelos" en Aimer García y Carlos Marichal (comps.), *Construcción de las identidades latinoamericanas: ensayos de historia intelectual (siglos XIX y XX)*, México, Centro de Estudios Históricos-UNAM, 2004, pp. 159-178.

VIAJE A LA MODERNIDAD: LA PRENSA ASOCIADA MEXICANA EN ESTADOS UNIDOS (1885)

Ana Rosa Suárez Argüello

El Fra Diavolo, el espléndido y lujoso carro *pullman* destinado a la excursión de periodistas que viajarían por Estados Unidos, inició la marcha en la estación de Buenavista el 18 de junio de 1885, enganchado al recién inaugurado Ferrocarril Central Mexicano, entre los acordes del Himno Nacional y las aclamaciones y los saludos entusiastas de quienes se quedaban atrás. Visitaría las principales ciudades del país vecino durante las semanas siguientes.[1]

Por lo pronto iban 16 periodistas, que sumarían 26 con quienes se incorporaron más adelante, además de algunos familiares.[2] Todos eran liberales y allegados al nuevo gobierno de Porfirio Díaz. Viajarían provistos de gramáticas y libros de texto pues pocos de ellos hablaban inglés.[3] Pertenecían a la Prensa Asociada, la agrupación de periodistas que se habían formado el año anterior con el fin de ayudarse mutuamente en sus penurias. A través de su presidente Ireneo Paz, E. H. Talbott, director del *Railway Age* de Chicago –publicación fundada en 1876–, quien estaba muy interesado en el desarrollo de este medio de locomoción y que en 1883 organizó la gran exposición ferrocarrilera de Chicago, invitó a sus integrantes a conocer las más importantes ciudades de su país.[4] Ponía a sus órdenes dos

[1] *El Diario del Hogar*, 20 de junio de 1885; Bianchi, *Los Estados Unidos*, 1887, p. 15. Se recomienda revisar los escritos sobre viajeros de Ortega, *México*, 1955; Carballo, *¿Qué país es este?*, 1996; Fey y Racine, *Strange pilgrimages*, 2000.

[2] *La Prensa*, 20 de junio de 1885.

[3] *La Patria*, 9 de julio de 1885.

[4] *La Prensa*, 9 de mayo de 1885; Bianchi, *Los Estados Unidos*, 1887, pp. 1, 11; Mott, *A History*, 1938, p. 125, n. 97.

vagones de lujo, el mencionado Fra Diavolo y el Railway Age, pertenecientes a la Mann Boudoir Car Company, que los facilitaba para la excursión de la prensa mexicana.[5]

Una vez que la Prensa Asociada dio su venia a "la galante invitación", una comisión preparó el viaje. Se dio por sentado que Mr. Talbott dispondría todo de manera que los viajeros tuvieran pocos gastos.[6] Aunque puede suponerse que los apoyaron los periódicos para los que trabajaban y nada más se les pidieron 150 pesos para cubrir los costos de hotel y alimentos, el resto fueron atenciones y facilidades que los distintos anfitriones –empezando por el Ferrocarril Central Mexicano– les fueron extendiendo. De hecho, todos sus gastos de transporte, alojamiento y alimentación estarían cubiertos, ellos nada más pagaron las compras que quisieron efectuar.[7]

Los excursionistas eligieron a Paz, editor de *La Patria*, como presidente; a Agustín Arroyo de Anda, de *La Prensa*, como secretario, y a J. Mastella Clark, editor de *The Two Republics*, como tesorero especial. Se nombró cronista a Alberto G. Bianchi, escritor de *La Prensa*.[8] Las crónicas que este último envió a México durante el recorrido y que se publicaron en *El Siglo Diez y Nueve*, *La Prensa* y *La Patria* son la base principal –si bien no la única– de este texto, así como el libro de su autoría que apareció dos años después: *Los Estados Unidos. Descripciones de viaje* (México, N. Lugo Viña, 1887).

Al hacer esta generosa invitación, Mr. Talbott pensaba en que sería bueno que "algunos mexicanos pudieran viajar a través de este país [Estados Unidos], ver a nuestra gente, las fábricas y recursos, y cómo se hacen negocios; y que esto beneficiaría los intereses de negocios de ambas naciones y ampliaría las relaciones sociales".[9] En cuanto a que fueran periodistas, se trataba de aprovechar "el gran servicio que puede hacer la prensa de ese país para alcanzar ese objeto". Se trataba, pues, de promover los ferrocarriles de su país en México. Su proyecto tuvo eco inmediato pues –según *The Railway Age*– tan pronto se informó sobre los lugares que tocarían, los periódicos, los ferrocarriles y negocios estadunidenses se dispusieron a atender a los viajeros, a "enterarlos de la manera más

[5] Bianchi, *Los Estados Unidos*, 1887, p. 14; White, *The American railroad*, 1978, p. 227.

[6] *The Two Republics*, 22 de mayo y 4 de junio de 1885; Bianchi, *Los Estados Unidos*, 1887, p. 10.

[7] "Editor Talbott's talk", *The National Republican*, 25 de julio de 1885; *The Two Republics*, 18 de junio de 1887; Bianchi, *Los Estados Unidos*, 1887, p. 25.

[8] *The Two Republics*, 22 de mayo de 1885; Bianchi, *Los Estados Unidos*, 1887, pp. 18-24.

[9] "Editor Talbott's talk", *The National Republican*, 25 de julio de 1885.

completa y práctica posible […], de las ventajas, servicios, etc., de esos puntos, para proporcionar al pueblo de México sus productos" y darles a conocer no sólo a la gente, sino también "nuestras principales industrias manufactureras, nuestros grandes establecimientos mercantiles, nuestros servicios de tren superiores, nuestras instituciones educativas y otras, y los muchos otros elementos importantes de nuestra grandeza comercial".[10] Se pretendía –como señaló el presidente de la Cámara de Comercio de New Haven– entrar en contacto con quienes compartían la misión y el interés de que sus compatriotas conocieran verdaderamente "nuestras instituciones, diversas industrias, recursos y fortalezas".[11]

Por su parte, los periodistas mexicanos partían con una mira distinta. Se trataba de:

> ponerse en contacto con el periodismo americano, a fin de destruir antiguas y funestas preocupaciones que muchos americanos han abrigado acerca de las personas y de las cosas de nuestra patria; mira que, una vez realizada, no podrá menos de producir resultados benéficos para esta república y la vecina, para dos grandes naciones que están llamadas a ejercer gran influencia en los destinos del mundo"[12]

Deseaban además tener "la oportunidad de estudiar a un pueblo culto, con el cual debemos estrechar relaciones de todo género por la posición que ocupa en América."[13]

De Buenavista, el ferrocarril tomó rumbo para el norte y, por la ruta de Querétaro, Celaya, Silao, León, Lagos, Aguascalientes, Zacatecas, Chihuahua, llegó a Paso del Norte, "el último pueblo de la frontera mexicana". Los nuevos itinerantes disfrutaron enormemente del "carro palacio" de Mr. Talbott: se trataba –a juicio de A. G. Bianchi– de "un carro espléndido en el cual se encuentra todo lo que desee la persona más exigente, y es imposible que otro alguno pueda tener las comodidades con que se halla decorado".[14]

Una vez en la frontera, los viajeros cruzaron el puente sobre el río Bravo, sin que en la aduana examinaran su equipaje, lo cual, a decir del

[10] *The Railway Age,* citado en *The Two Republics*, México, 14 de junio de 1885. Véase Bianchi, *Los Estados Unidos*, 1887, p. 276.

[11] *Daily Morning Journal and Courier*, 18 de julio de 1885.

[12] *El Lunes*, 22 de junio de 1885.

[13] Bianchi, *Los Estados Unidos*, 1887, p. 10.

[14] *Ibid.*, pp. 5, 29.

ocurrente Paz, "agradecemos mucho a los americanos que son muy rígidos y que sabían que nos acompañaban 500 botellas de pulque conservado y algunos cientos de puros".[15] Por su parte, Bianchi reconoció la bondad del gobierno de Estados Unidos al exceptuarlos de las leyes fiscales.[16]

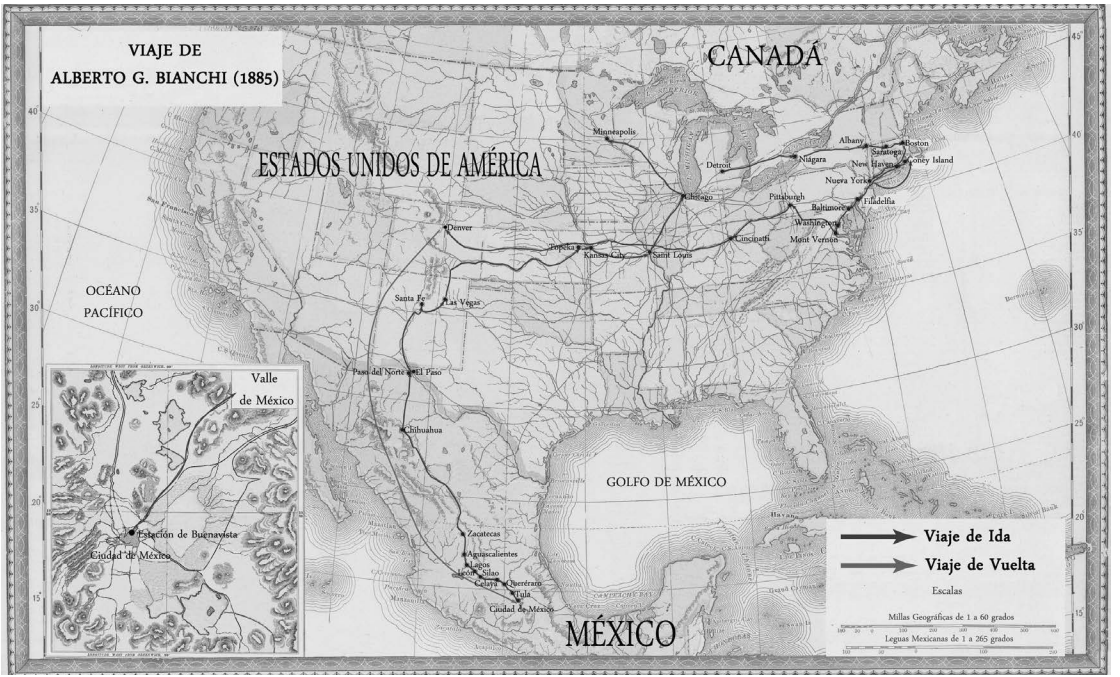
Los recibió en El Paso, Texas, un comité encargado de hacerles los honores y que les trató como invitados especiales. Mr. Talbott los invitó a la sazón a "considerarse como huéspedes de la nación americana".[17] El Fra Diavolo y el Railway Age se conectaron un poco después con el Ferrocarril Atchinson, Topeka y Santa Fe. Durante las semanas siguientes, cada vez que fue necesario, cambiarían de red férrea regional. De tal modo llegaron hasta el límite con Canadá, después volvieron a El Paso y, por último, al Distrito Federal, a donde estarían el 10 de agosto al mediodía.[18] A lo largo de este tiempo, se les proveyó de la comunicación con México, pues la compañía Western Union puso a su disposición, tan pronto tocaron territorio estadunidense, todas sus líneas telegráficas. Familiares y lectores de periódicos en la república mexicana pudieron así enterarse del desarrollo de la excursión.[19]

Visitaron Las Vegas, Topeka, Kansas City, Saint Louis, Chicago, Minneapolis, Detroit, las Cataratas del Niágara, Albany, Saratoga, Boston, Nueva York, Coney Island, New Haven, Filadelfia, Baltimore, Washington, Mount Vernon, Pittsburg, Cincinnati, Denver y las Montañas Rocallosas. En cada pueblo y ciudad donde se detenían eran recibidos por bandas que solían interpretar el himno mexicano, la canción popular titulada "La Paloma" o danzas habaneras que a sus anfitriones les parecían *ad hoc* para los mexicanos, y por comités de bienvenida –casi siempre formados por periodistas, hombres de negocios o ciudadanos "destacados"– los cuales asumían la tarea de pasearlos y de festejar su visita con banquetes, brindis y conciertos. Se les mostraba lo mejor de cada punto y sus alrededores, en particular aquello que exhibía el adelanto económico y tecnológico del lugar.[20]

Los estadunidenses resultaban tan galantes –se burla Paz en una carta dirigida a sus compañeros de *La Patria*– que "en todas partes nos preparan

[15] *La Patria*, 16 de julio de 1885.
[16] Bianchi, *Los Estados Unidos*, 1887, p. 43.
[17] *La Patria*, 24 de junio de 1885; *El Siglo Diez y Nueve*, 7 de julio de 1885.
[18] *Ibid*., 2 de julio de 1885.
[19] *La Voz de México*, 5 de agosto de 1885; *El Diario del Hogar*, 16 de agosto de 1885; *El Siglo Diez y Nueve*, 3 de julio y 9 de septiembre de 1885; Bianchi, *Los Estados Unidos*, 1887, pp. 222, 288.
[20] *The Two Republics*, 18 de junio de 1887. Véase Bianchi, *Los Estados Unidos*, 1887, p. 200.

Mapa 1. Viaje de Alberto G. Bianchi por Estados Unidos.



Elaboró: Sofía Crespo. Mapa original: Mitchell, Samuel Augustus, “Mexico and Guatemala”, 1855, World Atlas, Cowperthwait, Desilver & Butler, Philadelphia.

cuando llegamos en domingo misas de todo rumbo con sermón y […] con ruidos en el tapanco".[21] También relata cómo se topaban con banderas de México a cada paso:

> En los vagones en que hemos hecho nuestro viaje, en los hoteles en que hemos sido alojados, en los edificios públicos en donde se nos ha recibido, en los vapores diversos en que hemos hecho viajes o paseos, en muchas de las calles por donde hemos pasado, en los teatros a que hemos sido invitados […], en los salones en que se han verificado los muchísimos banquetes que se nos han ofrecido y […] en los ojales de las levitas de los caballeros y en los vestidos de las señoras que han formado las comisiones para recibirnos y obsequiarnos […]. Hasta los cuadernos que se imprimieron con el facsímil de nuestros periódicos y con nuestros retratos; las invitaciones, los billetes del menú, todo, todo fue hecho en papel o en raso tricolor, o con lazos y flores que contenían los matices de nuestra bandera.[22]

El ir de "asombro en asombro" comenzó en El Paso.[23] Allí admiró a los excursionistas que la población que cuatro años antes era "un páramo donde los salvajes cometían depredaciones", tuviese ya más de 5 000 habitantes y contara con una escuela pública, un hotel, dos bancos, un templo presbiteriano, otro bautista y otro católico, "una elegante corte", una "cárcel bien construida que no necesita para cuidarse más que de un solo hombre pues por medio de una palanca se cierran de golpe todas las puertas de los calabozos", un depósito desde el cual se distribuían las aguas del río Bravo, además de alumbrado público y "otras mejoras propias de los pueblos civilizados".[24] Paz sufrió ahí su primer gran estupor ante "el tiro de un diario que produce cien mil ejemplares en dos horas con poderosas máquinas".[25]

La experiencia en cuanto a transportes y comunicaciones modernas les resultó insuperable. Además de los ferrocarriles, los vapores en que se

[21] *La Patria*, 29 de julio de 1885.
[22] *La Patria*, 5 de agosto de 1885.
[23] *La Patria*, 29 de julio de 1885.
[24] *El Siglo Diez y Nueve*, 2 de julio de 1885; Bianchi, *Los Estados Unidos*, 1887, pp. 32-33.
[25] *La Patria*, 5 de julio de 1885. Otra población que admiró en el mismo sentido a los mexicanos fue Kansas, que les pareció "haber brotado por arte de magia, pues hace veinticinco o treinta años las márgenes del río Missouri, donde ahora se levanta, no eran más que desiertos recorridos por el salvaje, o terrenos habitados por los búfalos y los ganados sin dueño, que pastaban por sus inmensas llanuras. ¿Y que es ahora Kansas City? […] El número de habitantes que tiene llega a 130 000, y su tráfico de ferrocarriles es incalculable". Bianchi, *Los Estados Unidos*, 1887, pp. 58-59.

embarcaron causaron su azoro. Desde uno de ellos admiraron "una de las maravillas de la época presente: el soberbio, el grandioso, magnífico puente de hierro levantado por el capitán James B. Eads sobre el Mississippi. Pasan por debajo de sus inmensos arcos vapores de gran arbolada, y sobre él atraviesan locomotoras arrastrando pesados trenes, sin producir la menor trepidación".[26] Lo mismo experimentaron al cruzar "el soberbio puente colgante" sobre el río Ohio, que unía la ciudad de Cincinnati con la de Covington.[27]

Cuenta Alberto G. Bianchi cómo los sorprendió ver, junto al lago Michigan, que los vagones en que viajaban subieran a un barco de vapor: "No tengo palabras para manifestar a ustedes mi asombro, cuando vi ese prodigio del saber humano. Los vagones penetran sobre rieles al vapor; la embarcación se mueve lentamente, y después de veinte minutos de navegación, llega a […] Windsor", en Canadá.[28] Iban a las cataratas del Niágara, donde "en unas carretillas sostenidas por un cable sobre un plano inclinado de gran longitud, descendimos con rapidez vertiginosa al fondo del abismo".[29] Algo semejante vivieron cerca de Cincinnati, Ohio, donde viajaron en "un vagón *sui generis*, que por medio de un cable lo hace a uno bajar de la montaña en pocos minutos y de una manera que apenas se siente".[30]

En la ciudad de Nueva York disfrutaron de los ferrocarriles elevados como de una avanzada solución para el transporte urbano, ya que la empresa les asignó un tren especial para que recorrieran, "lo que nunca se hace, todas las líneas […], que son muchísimas, así es que pudimos conocer las diferentes alturas de la vía, lo sólido de la construcción y el aspecto general de esta metrópoli". [31] Bianchi concluyó:

> Sorprendente es la manera con que se ha logrado, por medio de estos ferrocarriles, verificar el transporte rápido en una ciudad tan populosa y de tanto movimiento como Nueva York. La gran ciudad norteamericana ha resuelto un problema de difícil solución, adelantándose a las más importantes ciuda-

[26] *El Siglo Diez y Nueve*, 10 de julio de 1885.
[27] Bianchi, *Los Estados Unidos*, 1887, p. 302.
[28] *El Siglo Diez y Nueve*, 22 de julio de 1885; Bianchi, *Los Estados Unidos*, 1887, p. 144.
[29] *El Siglo Diez y Nueve*, 24 de julio de 1885.
[30] *La Patria*, 13 de agosto de 1885.
[31] *El Siglo Diez y Nueve*, 27 de julio de 1885.

> des europeas, pues hasta ahora es la única que ostenta en el mundo como un timbre de gloria sus ferrocarriles elevados.[32]

En una de las estaciones, tuvieron la ocasión de conocer el modelo de ferrocarril para buques que les enseñó el "inteligente capitán" Eads:

> Uno de los hombres más prominentes del siglo, por su saber y su inventiva prodigiosa. [Él…] nos explicó su mecanismo, nos hizo ver cómo trataba de construirlo en el istmo de Tehuantepec, y además nos demostró las inmensas ventajas que a México produciría su empresa, por el contacto que tendría con las naciones más importantes del globo. […] quizá no sería aventurado suponer que el ferrocarril para buques ha de causar una positiva revolución en el campo de la ciencia, y que a nuestra patria le tocará la gloria de haber realizado una obra grandiosa, apoyando al renombrado inventor.[33]

En Chicago les impresionaron los puentes giratorios, que se abrían constantemente para dar paso a las embarcaciones que recorrían el río y el lago, dando así paso a ferrocarriles y vehículos distintos: "Admirable es la facilidad con que esos puentes se abren y se cierran; pero no es menos sorprendente ver los dos túneles que pasan debajo del río, que facilitan el tráfico y los cuales están construidos con bastante solidez a pesar de su extensión. Están iluminados con luz eléctrica y tienen dos compartimentos, uno para el público y otro para carruajes."[34]

Aunque los viajeros pasaron muchas noches en el Fra Diavolo y el Railway Age, los mejores hoteles los albergaron en diversos sitios. El primero fue el New Moctezuma en Las Vegas, Nuevo México, que Bianchi describió a los lectores mexicanos como:

> uno de los más elegantes que he conocido. […] es un grandioso edificio de piedra y madera construido con todas las condiciones que exigen el gusto y los adelantos modernos. Contiene multitud de cuartos, provistos de cuanto es necesario para comodidad del viajero; hay grandes salones, con excelente piano en uno de ellos; sala de lectura con infinidad de periódicos; salón para escribir, con todo género de útiles, y un comedor amplio, ventilado y

[32] Bianchi, *Los Estados Unidos*, 1887, p. 191.
[33] *El Siglo Diez y Nueve*, 31 de julio de 1885; Bianchi, *Los Estados Unidos*, 1887, p. 198.
[34] Bianchi, *Los Estados Unidos*, 1887, p. 84.

> elegante, amén de otros *dining-rooms* de menor tamaño. En el mismo establecimiento hay peluquería, oficina en que se limpia el calzado, billares, boliche, lavandería y, en fin, cuanto puede apetecer el viajero. Los cuartos, el comedor, los pasillos, las escaleras, todo, absolutamente todo se halla iluminado con luz eléctrica por medio de lámparas de Edison reformadas, que dan limpia y brillante luz.[35]

Sobra decir que, conforme fueron alojándose en otros hoteles, se sintieron cada vez más abrumados por "el confort y el lujo" de cada uno, sin duda entonces desconocidos en México.[36] Así, en Minneapolis, Bianchi se referiría al West Hotel como "uno de los más elegantes y bien servidos no solo de este país sino del mundo entero".[37] En el Hotel Hoffman de Nueva York conocieron un elevador, que describiría con el entusiasmo del novel usuario:

> diré algo sobre esos muebles indispensables en los Estados Unidos. El elevador de Hoffman es un pequeño gabinetito alfombrado, con elegantes muebles y valiosos espejos, que por medio de cables asciende o baja según se desea. Junto a la puerta hay un botón eléctrico que al oprimirse hace sonar en el mismo una campana, marcando con una aguja el número del piso donde tal mueble se necesita.[38]

Los viajeros tenían cada lugar una agenda muy activa. Visitaban todo aquello de lo que presumían sus anfitriones: fábricas, negocios, cámaras de comercio y bolsas mercantiles, oficinas de gobierno, obras de ingeniería o arquitectura, escuelas y universidades, monumentos, lugares de recreo, etcétera.[39] Así, en Kansas inspeccionaron los "grandiosos" talleres de la Compañía del Ferrocarril Atchinson, Topeka y Santa Fe, con sus "máquinas de vapor de gran potencia, enormes motores, ruedas de acero y papel, vagones y otra multitud de objetos necesarios en toda vía férrea".[40] Recorrieron también los corrales de ganado mayor y menor y el rastro donde:

[35] *El Siglo Diez y Nueve*, 3 de julio de 1885.
[36] *La Patria*, 29 de julio de 1885.
[37] *El Siglo Diez y Nueve*, 16 de julio de 1885.
[38] Bianchi, *Los Estados Unidos*, 1887, p. 193.
[39] *Ibid.*, *passim.*
[40] *El Siglo Diez y Nueve*, 7 de julio de 1885.

> Se matan multitud de reses, carneros y cerdos diariamente […]. Se preparan carnes conservadas, jamones, mantequilla fina y corriente, salchichones y otras mil cosas. Hay departamentos con máquinas para quitar el pelo y el cuero a los animales; para destazarlos, para limpiarlos y para todo cuanto se necesita. Hay hasta un refrigerador en que se coloca la carne para que no se eche a perder.[41]

En St. Louis, Missouri, les llamó la atención la Dozier Weyl Cracker Company, una fábrica donde eran preparadas "10 000 cajas de galletas diariamente en las cuales se consumen 1 400 barriles de harina" y que sostenía transacciones comerciales con Europa y América del Sur.[42] La capacidad de producción y las relaciones mercantiles parecían determinar la capacidad de sorpresa el nivel de asombro de los viajeros mexicanos.

Visitaron los establecimientos más importantes en Chicago: las fábricas de maquinaria agrícola de Cyrus McComick y William Deering y otra de maquinaria minera; las fábricas y almacenes de ropa para dama Marshall Field –predecesora de Macy's–, que ganaba 25 millones de dólares al año y tenía 2 400 empleados varones y mujeres; la fábrica de relojes Elgin, "que compiten por su precisión y baratura, con los de las mejores y más acreditas fábricas de Suiza"; el First National Bank; la Cámara de Comercio y el Club de Prensa. Les llamó la atención el gran número de mujeres contratadas; al respecto Bianchi diría que su trabajo "no está limitado como entre nosotros; aquí se paga bien y se utiliza en todo lo que requiera cuidado y delicadeza. […] hay mujeres empleadas en fábricas, almacenes y aun en oficinas públicas del gobierno".[43]

En Minneapolis, los periodistas visitaron el molino de Pillsbury, "que es quizá el más grande del mundo, pues fabrica 30 000 barriles diarios de harina", y las oficinas e imprenta del *Tribune* y el *Evening Journal*, donde lo que admiraron y seguramente envidiaron fue "la facilidad con que se hace el tiro de periódicos y en pocos minutos quedan hasta doblados por la máquina, y listos para hacer el reparto".[44] En Detroit vieron "la magnífica fábrica de estufas" dirigida por Mr. Jeremiah Broyer. [45] En Boston, "las ex-

[41] *El Siglo Diez y Nueve*, 10 de julio de 1885; Bianchi, *Los Estados Unidos*, 1887, p. 54.
[42] *Ibid*., pp. 61, 63.
[43] *Ibid*., p. 103. Véase *El Siglo Diez y Nueve*, 14 de julio de 1885; *La Prensa*, 16 de julio de 1885.
[44] *El Siglo Diez y Nueve*, 16 de julio de 1885.
[45] *El Siglo Diez y Nueve*, 22 de julio de 1885.

celentes fábricas [textiles] de Lowell.[46] Ya de vuelta, en Denver, estuvieron en dos haciendas de beneficio, donde "según nos dijeron [se] hace costeable el beneficio de los metales de baja ley".[47]

La ciudad de Pittsburgh les pareció un "templo del trabajo material" y, al parecer, no les perturbó que el cielo estuviera "cubierto de brumas y en vez de aire se respira el humo del carbón de piedra o emanaciones del gas natural". Conocieron diversas empresas, sorprendiéndoles, en especial, las que empleaban gas natural, como la Carnegie:

> Allí contemplamos toda la fuerza del gas natural como combustible, en una fragua que por su magnitud me pareció la morada de los cíclopes que nos refiere la fábula. Las fábricas son colosales, hermosas y de resultados que apenas pueden concebirse. El gas que en ellas no se emplea tiene fácil salida por altos tubos donde se inflama y despide por las noches una luz de gran intensidad.[48]

En cada lugar vieron de cerca los procesos fabriles, "habiendo quedado mil veces maravillados ante los avances que ha hecho en este país el uso de la maquinaria".[49] En pocas palabras, sus anfitriones querían que los mexicanos "compraran" Estados Unidos y lo lograron.[50]

Un recurso, muy utilizado por quienes así pretendían impresionarlos, fue el de los bomberos, y se empleó prácticamente en cada ciudad en la que estuvieron. Por ejemplo, los de Kansas "ejecutaron en nuestra presencia difíciles ejercicios, a fin de que viésemos como, en un caso dado, pueden quedar listas las bombas para salir del cuartel en ocho segundos. Los caballos están perfectamente educados, y apenas se oye el toque de alarma, cuando ellos mismos se colocan en el sitio donde deben caer las guarniciones para salir desde luego".[51] Aunque además de admirar lo que hubo de parecerles un número acrobático muy bien montado, lo que los visitantes

[46] *El Siglo Diez y Nueve*, 25 de julio de 1885.
[47] *La Prensa*, 13 de agosto de 1885.
[48] *La Patria*, 11 de agosto de 1885.
[49] *La Patria*, 5 de agosto de 1885.
[50] Bianchi, *Los Estados Unidos*, 1887, *passim*; *The Two Republics*, 18 de junio de 1887.
[51] Bianchi, *Los Estados Unidos*, 1887, p. 46. Pudieron también observar la actividad de los bomberos en Chicago, Detroit, Saratoga, New Haven, entre otras ciudades. *Ibid*., pp. 81-82, 142-143, 166-167, 234.

se preguntaron fue cómo podía "el voraz elemento ser el constante azote de las poblaciones americanas".[52]

Otra forma de persuadirlos del éxito del modelo estadunidense fueron los obsequios que les dieron, muchos de los cuales se llevaron a México, donde sin duda los exhibieron: desde tres barricas de cerveza, embotellada por Aunhenser, Bush, Manufactory Company de St. Louis Missouri,[53] hasta una navaja de bolsillo en una fábrica de mercería y ferretería de seis pisos en Kansas,[54] un rifle de Whitney Arms, en New Haven,[55] y piezas de la vajilla diseñada para el banquete que les ofrecieron en Washington y fueron decoradas con las banderas de ambos países.[56] No faltaron folletos, álbumes, libros, etcétera.

A lo largo del viaje, nuestros viajeros fueron presentados con empresarios, periodistas, escritores, comerciantes y políticos de primer rango. Así, conocieron a los gobernadores de Nuevo México, Kansas, Michigan, Nueva York, Massachusetts y Connecticut; a senadores y representantes federales y estatales; alcaldes; rectores universitarios; a los arzobispos de Nueva York, New Haven y otras altas dignidades de la iglesia católica en Estados Unidos. Desde luego, se reunieron con los cónsules mexicanos y algunos compatriotas residentes en este país. En Washington no sólo fueron atendidos por el ministro mexicano Matías Romero, sino recibidos en la Casa Blanca por el mismo presidente Grover Cleveland y varios integrantes de su gabinete que debieron suspender por un rato el duelo nacional decretado por la muerte del expresidente Ulysses B. Grant –a quien los excursionistas, que lo consideraban amigo de México, acababan de visitar en su casa de Mount McGregor, Nueva York.[57]

Los periodistas mexicanos tuvieron siempre claro –como señaló en un discurso Arroyo de Anda–, que habían ido "a ver, a comparar y a aprender de manera que podamos al regresar a nuestra querida patria reproducir en cuanto sea posible lo que hayamos visto y aprendido en este gran país".[58] En el mismo sentido, él mismo declaró casi al final del viaje:

[52] *Ibid.*, p. 143.

[53] *El Siglo Diez y Nueve*, México, 3 de julio de 1885.

[54] *La Patria*, 9 de julio de 1885; *El Siglo Diez y Nueve*, 10 de julio de 1885.

[55] *Daily Morning Journal and Courier*, 18 de julio de 1885.

[56] Bianchi, *Los Estados*, 1887, p. 267.

[57] *El Siglo Diez y Nueve*, 8 y 10 de agosto de 1885; *The New York Times*, 14 de julio de 1885; *Daily Morning Journal and Courier*, 16 de julio de 1885; Bianchi, *Los Estados Unidos*, 1887, pp. 46, 69, 242.

[58] Bianchi, *Los Estados Unidos*, 1887, p. 48. Esta idea se reprodujo en muchos de los discursos pronunciados por los mexicanos a lo largo del recorrido por Estados Unidos. Véanse por ejemplo

> Hemos visitado las principales ciudades de este país; hemos visto, si bien con rapidez pero con viva atención, su progreso; hemos admirado su grandeza; hemos hecho amistades entre sus ciudadanos y entramos en contacto con sus costumbres. Sin embargo, en medio de todo lo que se presentó ante nuestros ojos, por encima del asombroso progreso material de este gran pueblo, notamos el aún mayor desarrollo moral y político, el respeto por la libertad individual y a la gente unida firmemente por sus costumbres y patriotismo. De ahí que tengamos el firme propósito de tratar de extender esto en nuestro país.[59]

En efecto, no sólo les causó admiración el asombroso desarrollo económico y tecnológico de los estadunidenses, sino distintos aspectos de su sociedad, justamente porque debieron advertir que faltaban en México. Ante todo, el gran respeto por la ley, que reconocieron "como una de las cualidades del pueblo americano; cualidad en mi concepto –afirmaría Bianchi– a la que deben no pequeña parte de su grandeza". También admiraron su gran capacidad para atender problemas, ya que con su actividad encontraban remedio a todo.[60] Y pese a proceder de una nación eminentemente patriarcal, como aún lo era la mexicana, supieron apreciar "la franqueza con que se tratan las personas de ambos sexos, y el profundo respeto que se guarda a las señoritas" y, en especial que las mujeres pudieran laborar fuera de sus casas: allí hallaban "en todas partes trabajo y su condición no es tan precaria como entre nosotros".[61]

Valoraron sus establecimientos sociales, pues consideraron que mostraban que el pueblo anfitrión no era nada más "trabajador, activo y emprendedor, sino que tiene instituciones de toda clase para ayudar al desgraciado", como el sistema de casas de corrección de Filadelfia, donde los castigos de los delincuentes se fijaban "conforme a la gravedad de sus faltas", y el Soldiers' Home de Washington, en el que se atendía a los veteranos de guerra.[62] Pero sobre todo admiraron los adelantos y mejoras educativas a nivel elemental y superior que les hicieron anhelar para su país todas las ventajas obtenidas en Estados Unidos en cuanto a "instrucción de las masas". De tal forma, el doctor Gregorio Mendizábal, redactor de

las páginas 93 y 95 del mismo libro.

[59] *The National Republican*, Washington, 24 de julio de 1885.

[60] Bianchi, *Los Estados Unidos*, 1887, pp. 112 y 256.

[61] *Ibid.*, pp. 41 y 226.

[62] *Ibid.*, pp. 248 y 278.

El Reproductor, de Orizaba, después de visitar la Universidad de Harvard, manifestó haber entendido por qué los estadunidenses habían "llegado a la altura en que se encuentran y qué gran porvenir les espera", en tanto que, al visitar el Colegio Normal de Nueva York, Bianchi comentó: "Cuando uno ve tales colegios no puede menos que desear para México planteles que puedan rivalizar con ellos."[63]

En el mismo sentido se expresaron del mundo de la cultura. Francisco Icaza, quien representaba al semanario literario *El Álbum de la Mujer*, dijo, después de recorrer Boston, que deseaba rendir "un tributo de admiración al pueblo que ha sido y es grande en sus libertades, en sus instituciones y en su progreso material; y grande en las ciencias, en las artes y en las letras".[64] Por su parte, de nuevo Bianchi, declaró al ver en Tiffany el hermoso vaso de plata y porcelana dedicado por sus amigos al poeta William Cullen Bryant, que era "una prueba de que los ciudadanos de la gran república saben estimar a los que sobresalen en el estudio de las artes y las letras".[65] Es claro que en estas palabras se hallaba implícito que en México no sucedía lo mismo.

Ahora bien, además de que los anfitriones se propusieron y lograron vender a sus huéspedes un retrato distinto de Estados Unidos, los excursionistas quisieron dar otra imagen de México. Según indicó Paz casi al final del viaje, a lo largo de su periplo se esforzaron por ser "expresivos y corteses", con el fin de eliminar muchos temores "desfavorables" y "arraigados" sobre México, de suerte que en ese momento se consideraba a los mexicanos como "más civilizados y más capaces de podernos gobernar con nuestras leyes y con nuestros hombres por nosotros mismos". Tenía la certeza de que los efectos "que se han despertado con la palabra y todos los medios de comunicación de que hemos podido disponer –según él los seguían más de 100 periódicos al día– no se desvanecerán al dejar nosotros este suelo, sino que serán provechosos y de grandes resultados prácticos en el porvenir".[66]

Muy en broma, pero de forma bastante gráfica, Pedro Zubieta, redactor de *La Voz de Juárez*, dijo en algún momento al doctor Abel González, de *La Voz de Hipócrates*:

"Zubieta.– Antes creían aquí que estábamos vestidos de plumas.

[63] *Ibid.*, pp. 161, 174-175 y 221. Véase *Daily Morning Journal and Courier*, 18 de julio de 1885.
[64] Citado, en Bianchi, *Los Estados Unidos*, 1887, pp. 177-178.
[65] *Ibid.*, pp. 177-178 y 208.
[66] *La Patria*, 5 de agosto de 1885.

Abel.– A mí al salir de misa me alzó una vieja la levita, probablemente buscándome la cola."[67]

Algo que los viajeros se preguntaban contantemente era qué de lo que veían y gustaba podría ser útil a México. De tal manera, cuando visitaron en Chicago una fábrica de máquinas para minas, entre otras una que servía para pulverizar metales y otra que se empleaba para moler y amalgamar piedras con ley de oro, Bianchi lamentó no tener los conocimientos necesarios para "apreciar lo que valen esas máquinas y si pueden utilizarse con ventaja en nuestro país, que es esencialmente minero". [68]

Uno de los recursos a los que acudían era el de la comparación, a través de la cual, por contraste y de manera implícita, entendían al otro y se definían a sí mismos. Hubo terrenos, en particular los relacionados con la naturaleza, en los que México solía ganar. Así, la travesía por las montañas Alleghanies hizo pensar a Bianchi que "se había trasladado allí algún paisaje del ferrocarril de Toluca, y si no hubiese faltado en el seno de las montañas la vegetación tropical, tan exuberante y rica, nos habríamos creído algunas veces en la línea de Veracruz", en tanto que, a la vuelta, las montañas Rocallosas le trajeron a la memoria las cumbres de Maltrata, a la altura de la línea del ferrocarril México-Veracruz.[69] Los paseos en el campo favorecían este tipo de recuerdos: los caminos del parque Minnehaha, cerca de Minneapolis, Minnesota, le revivieron las veredas que por la sierra de Puebla llevaban a los ojos de agua de Tecajete, cerca de Acaxochitlán, Hidalgo;[70] las montañas del estado de Nueva York estaban "tan pobladas de árboles que, a veces, se cree uno transportado al hermoso *desierto* de Cuajimalpa";[71] las cavernas de Luray, cerca de Baltimore, se parecían a las de Cacahuamilpa", siendo estas superiores, y las aguas del manantial de agua ferruginosa cerca de Manitou, Colorado, semejantes, pero no tan fuertes, a las de Guadalupe y Aragón, cerca de la ciudad de México.[72]

Puestos a comparar, los periodistas-viajeros agregaban, en ocasiones, lo que su país podría aportar. De tal modo, al recorrer las márgenes del río Mississippi, ese "río legendario que ha dado tanto que decir a los poetas y los novelistas", su opinión fue que merecían ser pintadas por José María

[67] *La Patria*, 29 de julio de 1885.
[68] Bianchi, *Los Estados Unidos*, 1887, p. 177-178.
[69] *Ibid.*, pp. 289 y 329.
[70] *Ibid.*, p. 123.
[71] *Ibid.*, p. 163.
[72] *Ibid.*, pp. 282, 286 y 326.

Velasco, quien tan bien sabía expresar los paisajes del valle de México.[73] La visita al edificio de la New York Life Insurance Company trajo a la memoria de Bianchi al "célebre poeta dramático mexicano José Peón y Contreras, que inspirándose en asunto relativo a la compañía de seguros, escribió en sonoros versos su precioso drama: *Impulsos del corazón*".[74] Escuchar la prédica del arzobispo Patrick John Ryan en la catedral de San Pedro y San Pablo en New Haven les hizo sentir que se trataba de "un orador de la talla de nuestro compatriota el Ilmo. Sr. Montes de Oca".[75] A veces el contraste les hacía sentirse orgullosos de su país: en el Instituto Smithsoniano de Washington estimaban "en alto grado a nuestra Sociedad de Geografía y Estadística"[76] o incluso superiores: pese a la importancia de la colonia francesa de Nueva York su fiesta por la toma de la Bastilla en Nueva York, "no se parecía ni remotamente a la que celebran todos los años los franceses en México".[77]

Entre visita y visita, entre banquetes y brindis, nuestros itinerantes no dejaban de sentir nostalgia, la que aumentó en las últimas etapas del recorrido y que expresaban por distintos motivos. La ciudad de Detroit, por ejemplo, les trajo a la memoria las grandes poblaciones de México pues "al recorrer sus hermosas calles, parece que se halla uno cerca de la patria o en su propio suelo",[78] y en Nueva York, la orquesta que tocaba en el teatro del Casino les hizo acordarse de las que tocaban en los festivales mexicanos.[79] La evocación podía ser a veces muy vívida. De tal manera, al escuchar una pieza interpretada por una banda militar en el hotel Manhattan Beach, Bianchi declara ante sus oyentes:

> Aquí, a la orilla del mar, me habéis transportado al seno de mi patria. Cuando escuchaba las dulces armonías de la "Media noche", me he sentido arrullado por el rumor de los céfiros que murmuran en los plataneros, he aspirado el aroma de los azahares y recostado en la hamaca me he creído en una de las hermosas noches de luna, tan frecuentes en aquella tierra tropical.[80]

[73] *Ibid.*, p. 65.
[74] *Ibid.*, p. 197.
[75] *Ibid.*, p. 242.
[76] *Ibid.*, p. 264.
[77] *Ibid.*, p. 205.
[78] *Ibid.*, p. 138.
[79] *Ibid.*, p. 195.
[80] *Ibid.*, pp. 200-201.

Oír el himno nacional –y sucedió en numerosas ocasiones– solía conmover hondamente a los mexicanos. Una vez la impresión resultó ser tan fuerte que más tarde, por la noche, el mismo Bianchi podía escuchar "aun con la imaginación sus encantadoras armonías".[81]

¿Cuáles fueron las consecuencias de este largo periplo de los periodistas mexicanos por Estados Unidos? *The Two Republics*, el periódico en inglés que se editaba en la ciudad de México, admitía dos años después que aún resultaba difícil evaluar debidamente los buenos resultados de la excursión. Sin embargo, agregaba:

> Que así lo fueron muchos no pueden dudarlo. Muchos periodistas estadunidenses cuyo interés en México se despertó por primera vez al entrar en contacto con los integrantes del grupo, han desde entonces hecho servicios importantes al representar a este país correctamente […]; capitalistas que conocieron a estos editores han venido a hacer inversiones y muchas personas ricas que hasta entonces supieron de estos caballeros los atractivos de este país como un lugar de descanso, que pasaban los inviernos en Florida, volvieron sus pasos hacia México para escapar de los rigores del clima norteño.[82]

En suma, los efectos se advertían en la mejor imagen de México en Estados Unidos, en el incremento de las inversiones de sus ciudadanos y en el aumento del "turismo" de este país en México.

En cuanto a nuestros viajeros, que sin duda volvieron conscientes de todo aquello que faltaba a su país, *The Two Republics* agregó que si bien comenzaron el viaje con "fuertes prejuicios contra Estados Unidos regresaron a sus casas como amigos y admiradores entusiastas de los estadunidenses y sus instituciones. Cada miembro de esa excursión reunió información útil sobre numerosos temas importantes, muchos de los cuales fueron publicados para beneficio del público mexicano."[83]

A juicio del anfitrión, Mr. Talbott, sus huéspedes habían:

> experimentado un cambio asombroso de ideas con respecto a nuestra gente y sus costumbres. Están muy impresionados con lo que han visto y volverán a casa muy ilustrados. El viaje redundará en un gran beneficio en la relación

[81] *Ibid.*, p. 211. Véanse también las páginas 34 y 241.
[82] *The Two Republics*, 26 de mayo de 1886.
[83] *Ibid.*

> entre los dos países en cuanto a sus relaciones sociales y comerciales. [...] la información que han recibido se difundirá en todo México y será uno de los medios para acercar a las dos repúblicas y promover los intereses de ambas.[84]

Por su parte, Alberto G. Bianchi invitó a admirar el país que, para quienes pensaban como él, constituía el modelo a seguir, a fin de "cooperar a la mejor inteligencia de dos países limítrofes que deben tratarse y conocerse para que pueda haber entre ellos mayores lazos de estimación".[85] Agustín Arroyo de Anda fue más definitivo: en la siguiente ceremonia de aniversario de la batalla de Churubusco, en que durante la guerra de 1846 a 1848, las fuerzas estadunidenses se habían apoderado del convento de ese nombre, se refirió con elocuencia a "la nueva era de cercanía social y comercial que se ha inaugurado entre los dos países, declarando que el odio pronto se transformaría en amor y los prejuicios en aprecio".[86]

Fue penoso que estas afirmaciones no se quedaran más que en buenos deseos. Con todo, el viaje de los periodistas mexicanos a Estados Unidos en 1885 nos sirve para observar cómo –a través de la comparación y del contraste– estos se representaban al vecino del norte, la manera en que su percepción negativa del otro se modificó al acercarse mutuamente y pudo haber influido favorablemente, aun cuando acaso de forma mínima, en algunos aspectos de la relación bilateral. Pero también evidencia que, a lo largo de su periplo, estos viajeros se fueron percatando de las riquezas de su país, pero también, y en forma sin duda dolorosa, de todo aquello de lo que este carecía.

FUENTES CONSULTADAS

Hemerografía

Daily Morning Journal and Courier, New Haven, Estados Unidos.
El Diario del Hogar, ciudad de México.
El Lunes, ciudad de México.
El Siglo Diez y Nueve, ciudad de México.

[84] "Editor Talbott's talk", *The National Republican*, 25 de julio de 1885.
[85] *La Patria*, 16 de abril de 1887.
[86] *The National Republican*, 19 de octubre de 1885.

La Patria, ciudad de México.
La Prensa, ciudad de México.
La Voz de México, ciudad de México.
The National Republican, Washington, Estados Unidos.
The New York Times, Nueva York, Estados Unidos.
The Two Republics, ciudad de México.

Bibliografía

Bianchi, Alberto G., *Los Estados Unidos. Descripciones de viaje*, México, N. Lugo Viña, 1887.

Carballo, Emmanuel, *¿Qué país es este?: los Estados Unidos y los gringos vistos por escritores mexicanos de los siglos XIX y XX*, México, CONACULTA, 1996.

Fey, Ingrid y Karen Racine (eds.), *Strange pilgrimages. Exile, travel, and national identity in Latin America, 1800-1900's*, Wilmington, Delaware, Scholarly Resources Books, 2000.

Gooch, Fanny Chambers Gooch, *Face to face with the Mexicans. Domestic life, educational, social, and business ways, statesmanship and literature, legendary and general history of the Mexican people, as seen and studied by an American woman during seven years of intercourse with them*, Nueva York, Fords, Howard, & Hulbert, 1887.

Lerner Sigal, Victoria, "La idea de Estados Unidos a través de los viajeros mexicanos", tesis de maestría en Historia, México, El Colegio de México, 1971.

Mott, Franz L., *A history of American magazines, 1865-1888*, Cambridge, Harvard University Press, vol. III, 1938.

Ortega y Medina, Juan A., *México en la conciencia anglosajona*, México, Antigua Librería Robredo, 1955, 2 vols. (México y lo mexicano, 13 y 22).

Quirarte, Vicente, coord., *Republicanos en otro imperio. Viajeros mexicanos a Nueva York (1830-1895)*, México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas/Coordinación de Humanidades, UNAM, 2009.

White, John H., *The American railroad passenger car*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1978.

EL PAÍS DEL PORVENIR Y EL PAÍS DEL PROGRESO EN LA GUÍA PARA EL VIAJERO. *DE MÉXICO A CHICAGO Y NUEVA YORK* DE ADALBERTO DE CARDONA

Luz Carregha Lamadrid

Adalberto de Cardona publicó tres obras, cuyo tema común es un viaje. El primero es el texto que nos ocupa en este trabajo, el cual vio la luz en 1890 bajo el título *De México a Chicago y Nueva York: guía para el viajero en la que se describen las principales ciudades y ferrocarriles de México y los Estados Unidos del Norte*.[1] Cuatro años después apareció *El ferrocarril mexicano. Descripción de un viaje de la capital azteca al puerto de Veracruz*, editado en Nueva York por la Imprenta Moss Engraving Co., y en 1898, *México y sus capitales; reseña histórica del país desde los tiempos más remotos hasta el presente; en la cual también se trata de sus riquezas naturales*, cuya publicación realizó La Europea en la ciudad de México.

Como explica el autor, para elaborar su guía de viaje *De México a Chicago y Nueva York*, recorrió el territorio mexicano a bordo de las líneas troncales y los ramales del Ferrocarril Central Mexicano, Ferrocarril Nacional Mexicano y Ferrocarril Internacional Mexicano. Posteriormente viajó por el noreste de Estados Unidos a través de las vías ferroviarias de distintas empresas, hasta llegar a las dos ciudades que fijó como destino final. En lo que respecta a México, se trata con toda probabilidad de la guía para viajeros más amplia publicada en el siglo XIX, pues, en general, el resto centró su atención en la capital del país y sus alrededores, al tiempo que varias resultaron más bien en directorios de comercios, instituciones y cargos públicos.[2] El

[1] Originalmente fue publicado en San Francisco, California, por H. S. Crocker y Cía. La edición consultada para este trabajo fue realizada en 1892 en Nueva York, por la Imprenta de Moss Engraving Co.

[2] Entre ellas, *México y sus alrededores. Guía para los viajeros escrita por un mexicano* (1895); Ireneo Paz y Manuel Tornel, *Nueva guía de México, en inglés, francés y castellano, con instrucciones y noticias para viajeros y hombres de negocio* (1882); Juan N. del Valle, *El viajero en México. Completa guía de forasteros para 1864*

trabajo de De Cardona está dirigido a promover el incipiente turismo entre México y Estados Unidos, que a finales del siglo XIX recibía ya un impulso importante con la puesta en marcha de los ferrocarriles entre ambos países.

Sobre este autor pocos son los datos localizados y la mayoría proceden de la misma guía. En la introducción informa que siendo hijo de padres mexicanos nació en Estados Unidos, donde, al parecer, residió la mayor parte de su vida. También señala que vivía en California, por lo menos, cuando escribió su texto. Victoria Lerner lo incluye entre los viajeros de la segunda mitad del siglo XIX que desempeñaron alguna misión semidiplomática para abrir el comercio entre México y Estados Unidos,[3] mientras De Cardona hace alusión en su guía a los "modestos periódicos" que tuvo bajo su dirección. Asimismo, afirma que no ha recorrido Europa, pero a través de la lectura de su texto muestra que viajó varias veces por territorio estadunidense y tierras mexicanas.

No obstante haber nacido en Estados Unidos y residir por lo menos varios años allá, De Cardona se asume como mexicano,[4] de ahí que en este trabajo se considere que "el otro", en su caso, es el país del norte. ¿Cómo lo percibió? ¿Qué atrajo más su atención? ¿Qué elementos destacó de la sociedad estadunidense? Estas son algunas interrogantes que se responden en este trabajo, mismas que también se resuelven para el caso de México, pues a lo largo de la guía *De México a Chicago y Nueva York* está presente la dicotomía atraso/adelanto, que el autor evidenció cuando aludió a "el país del porvenir y el país del progreso".

ESTRUCTURA Y CONTENIDO DE LA GUÍA PARA EL VIAJERO

El origen de las guías de viaje se sitúa en la década de 1830, cuando Karl Baedeker, en Alemania, y John Murray III, en Inglaterra, dieron forma

(1864); Marcos Arróniz, *Manual del viajero en Méjico: o, compendio de la historia de la Ciudad de Méjico, con la descripción e historia de sus templos, conventos, edificios públicos, las costumbres de sus habitantes, etc. y con el plan de dicha ciudad* (1858) y Juan Nepomuceno Almonte, *Guía de forasteros, y repertorio de conocimientos útiles* (1852).

[3] Lerner, "Dos generaciones", 1993, p. 57.

[4] Son frecuente afirmaciones como las siguientes: "El sol de la República baña con sus rayos de oro nuestra hermosa patria y no hay ya nubes que enloden el cielo azul de la libertad." De Cardona, *De México a Chicago*, 1892, p. 46; "[…] penetremos a la tierra de nuestros vecinos del Norte." *Ibid*., p. 144.

a las primeras. Maria Vittoria Calvi señala que se trata de un género discursivo que derivó de los diarios y literatura de viajes, manuales prácticos para viajeros, libros de geografía e historia del arte. Asimismo, indica que las guías abandonan la dimensión autobiográfica y se centran en la descripción, "[…] pretendidamente objetiva, de los lugares, construyendo su lenguaje mediante una combinación de distintos léxicos especializados; la experiencia, sin embargo, se mantiene latente en el entramado textual".[5] Por su parte, Luis Alburquerque García distingue las guías para viajeros de los libros de viaje y señala que en las primeras el dominio de la descripción es total sobre la narración, "carecen de la huella personal que el narrador/viajero imprime a sus textos".[6]

Cuando Roland Barthes se refirió a las *Blue Guides* (publicadas en Inglaterra desde 1918), señaló que en ellas la vida humana desaparecía del escenario, el cual ocupaban exclusivamente los monumentos y concluyó que "…las guías: suprimen la realidad de las tierras de los hombres".[7] Con esta afirmación coinciden otros estudiosos del tema para el caso mexicano, como César Villalobos, quien retoma a Barthes y asevera que los monumentos "…son los protagonistas de las guías y no la vida humana".[8]

Visto lo anterior, podría afirmarse que *De México a Chicago* no encaja estrictamente en el género de guía para viajero pues, a lo largo del texto, su autor está presente a través de opiniones, calificativos y comparaciones, y en muchos momentos la narración domina la descripción. Incluso, en ocasiones, comparte con el lector experiencias a manera de los autores de libros o diarios de viaje. Así sucede, por ejemplo, cuando se ocupa del trayecto en el Ferrocarril Denver & Rio Grande, el cual indica que contaba con un carro observatorio para que los pasajeros pudieran disfrutar la vista del "Black Cañón", en el oeste de Colorado:

> En nuestro primer viaje a estos encantados sitios, recordamos que poco antes de llegar a la estación de Cimarrón se acercó a nosotros, con un par de anteojos de vidrio quemado en las manos, el chico que vende periódicos y frutas en el tren y nos dijo:
>
> –Supongo que usted pasará el cañón en el coche-observatorio.
>
> –Es la intención, contestamos.

[5] Calvi, "Guía de viaje", 2016, p. 18.
[6] Alburquerque García, "Los libros de viajes", 2006, p. 79.
[7] Barthes, *Mythologies*, 2016, p. 74.
[8] Villalobos Acosta, "Arqueología mexicana", 2014, p. 46.

–Pues en ese caso le recomiendo a usted que se arme de este par de anteojos para impedir que los carbones de la locomotora le entren en los ojos, pues acontece con frecuencia y es muy peligroso.

–¿Sí? ¿Y cuánto nos vendría costando seguir tan importante consejo?

–Oh, setenticinco [*sic*] centavos solamente.

–Pues vengan los anteojos.

Pagamos su importe, contemplamos por un momento agradecidos aquellos pequeños cristales a los cuales tendríamos que ser deudores desde aquel día por la conservación de nuestra vista, les hicimos una caricia con el pañuelo y los guardamos en el bolsillo del chaleco.[9]

Por otro lado, si bien los monumentos protagonizan la escena, no son los protagonistas exclusivos, pues De Cardona otorgó un lugar relevante a los aspectos humanos, como mostraremos más adelante. Sin embargo, en general, *De México a Chicago y Nueva York* cumple con requerimientos también indispensables en una guía de viaje, toda vez que estructura recorridos, ofrece sugerencias de sitios a visitar y distintas descripciones de ciudades, edificios y lugares naturales e informa sobre medios y horarios de transportes, hoteles y precios de hospedaje, además de ofrecer consejos prácticos al viajero.

El pretexto para la publicación de la segunda edición en 1892 de la guía en cuestión fue la que el autor denomina Exposición Universal Colombina, que se realizaría en Chicago un año más tarde para celebrar los 400 años de la llegada de Cristóbal Colón al hoy continente americano.[10] Con el interés de llamar la atención de posibles viajeros hacia ese destino, la compañía del Ferrocarril Central Mexicano financió 10 000 de los 20 000 ejemplares que sumó el tiraje de dicha edición, la cual se imprimió en Nueva York. Así, 5 000 ejemplares de la obra completa y otro tanto igual, que solo incluyó las descripciones de la línea troncal y ramales del Central Mexicano, tuvieron "circulación libre" en México, según señala el autor, quien añade "[…] no dudamos que los numerosos turistas mexicanos sabrán apreciarlo de la manera debida al emprender su vuelo hacia la poderosa y amiga nación norteamericana".[11]

[9] Cardona, *De México a Chicago*, 1892, p. 536.

[10] Fue la primera exposición de carácter universal realizada en el continente americano y gracias a ella, Chicago se ubicó al nivel de las grandes ciudades europeas, Londres, París y Viena, que desde 1851 organizaban certámenes para mostrar el progreso científico e industrial alcanzado. Martínez Moreno, "La exposición mundial", 1988, pp. 153-168.

[11] Cardona, *De México a Chicago,* 1892, p. 552.

De Cardona estructura la guía en cinco partes, que corresponden al mismo número de rutas que propone. Cada una corresponde al trayecto de las líneas ferroviarias que utilizó para hacer el recorrido:

> Ruta número 1. Ferrocarriles: Central Mexicano-Atchison, Topeka & Santa Fe-Lake Shore & Michigan Southern New York Central & Hudson River.
>
> Ruta número 2. Ferrocarriles: Nacional Mexicano-International & Great Northern-St. Louis, Iron Mountain & Southern-Chicago & Alton-Wabash Chicago, St. Paul & Kansas City.
>
> Ruta número 3. El Gran Ferrocarril de Pennsylvania.
>
> Ruta número 4. Ferrocarriles: Southern Pacific-Illinois Central-Richmond & Danville.
>
> Rutas varias. Internacional Mexicano-Texas & Pacific-Missouri, Kansas & Texas-The Burlington Route-Denver & Rio Grande-Erie-Cincinnati, Hamilton & Dayton-Ohio & Mississippi-Chicago Rock Island & Pacific.

A estas cinco partes se añade una sección de anuncios de establecimientos comerciales tanto de México como de Estados Unidos. Cabe mencionar que el número en el segundo caso dobla la cifra del primero. Finalmente, se incluye un apartado de índices de ferrocarriles, mapas e itinerarios, precios de pasajes, ciudades y estaciones.

La guía ofrece datos sobre el proceso de construcción de las tres líneas ferroviarias que De Cardona utilizó en México para su traslado: Central Mexicano, Nacional Mexicano e Internacional Mexicano, mismas que, como es sabido, fueron resultado de la inversión y operación del capital estadunidense. En el caso de las vías férreas que lo transportaron por el territorio del vecino país del norte, su atención se centra en anotar los servicios que ofrecía cada compañía ferroviaria y en la descripción del equipo rodante de algunas de ellas, con énfasis en las "mejoras" brindadas por cada una de las empresas: carros-alcoba, sillones giratorios o reclinables, entre otros. En este sentido, afirma que el Ferrocarril Wabash era conocido como "ferrocarril modelo" debido a las innovaciones que había introducido, entre ellas, los carros-alcoba, que proveían al pasajero de mayor comodidad que los carros-dormitorio.[12] Mientras en el caso del Ferrocarril de Pennsylvania,

[12] *Ibid.*, p. 395.

además de las descripciones mencionadas, añade información sobre la compañía e incluye la biografía e imagen del presidente de la misma:

> "publicar una guía de viajeros destinada a enterar al público de cuáles son las mejores vías de comunicación entre las principales ciudades de este país [Estados Unidos], y no incluir entre ellas al gran Ferrocarril de Pennsylvania, equivaldría a anunciar la publicación de una obra descriptiva de las principales ciudades del mundo sin hacer en ella mención ninguna de Londres, París y Berlín, de Nueva York, Chicago y Filadelfia.[13]

Cada recorrido se acompaña con un mapa que indica el trayecto de la línea ferroviaria respectiva, lo mismo que con itinerarios, horarios y precios de pasajes del ferrocarril correspondiente. Además, De Cardona anota los costos de traslado desde las principales estaciones a los hoteles de la ciudad en cuestión y asienta los precios de hospedaje por noche y los servicios que brindaban estos últimos.

La guía ofrece también información sobre personajes y hechos sobresalientes registrados en las capitales de los estados y ciudades de importancia que visitó. Cabe mencionar que en el caso de México esta información es más amplia que en el de Estados Unidos. También incluye datos sobre la ubicación geográfica de los lugares que recorrió, describe los principales inmuebles y diversos sitios naturales, y proporciona detalles de los interiores de algunos edificios. Además, anota fechas, procesos y costos de ciertas construcciones, entre las que considera viaductos y obras hidráulicas, entre otros, para el caso estadunidense.

A lo anterior, se suma una "Noticia" sobre las minas del estado de Guanajuato, donde asienta el nombre de cada una, su ubicación, quiénes eran sus propietarios y el producto mensual en cargas. Según señala el autor, obtuvo la información de la Noticia que la Diputación Minera del Distrito envió al gobierno de dicha entidad en 1890. Del mismo documento tomó los datos de la "Noticia sobre las haciendas de beneficio" en el mismo estado, que incluye también en la guía para informar sobre los nombres de las mismas, su ubicación, el número de arrastres y de molinos, así como las cargas semanales. Mientras en el caso de Estados Unidos, cuando De Cardona se refiere a El Paso, Texas, ofrece una relación de los valores de las mercancías exportadas de México que pagaron derechos en esa aduana y

[13] *Ibid.*, p. 405.

de aquellas libres de derechos entre 1885 y 1892, en tanto que para Nueva York incluye la lista de los consulados que funcionaban en la ciudad y sus respectivas direcciones. Asimismo, en el capítulo que titula "Chicago y la Exposición", anota los nombres y cargos de quienes integraron la Comisión Universal Colombina, la Comisión de Señoras de dicha exposición y la Corporación Illinois de la Exposición Universal, además de la lista de países participantes y su aportación monetaria al evento.

En algunas ocasiones, particularmente cuando se refiere al pasado mexicano, De Cardona recurre a otros autores, a quienes cede la palabra para describir a un personaje, inmueble o hecho que consideraba sobresaliente. Entre ellos anota a Isauro Manuel Garrido, Guadalupe Romero, Manuel Caballero, Juan A. Mateos e Ireneo Paz. Sin embargo, de manera general, no ofrece información sobre las fuentes donde obtuvo, por ejemplo, datos sobre los costos de construcción de alguna obra y es común que señale "se dice" o "se cree" antes de ofrecer alguna cifra. Como señala Calvi acerca de los autores de guías de viaje, "[…] adopta la identidad de 'experto de los lugares', que cumple el rol de divulgar conocimientos sobre los mismos, así como facilitar información práctica para que el destinatario pueda desenvolverse en ellos".[14]

El texto de Adalberto de Cardona se acompaña con diversos grabados de excelente calidad, los que no exhiben la firma de su autor. Las imágenes muestran sitios naturales, edificios, calles, monumentos, plazas, ferrocarriles, vapores, entre otros, así como habitantes de algunas poblaciones. En el caso de México, se incluyen también los retratos de Porfirio Díaz y de cinco gobernadores (los de Guanajuato, Aguascalientes, San Luis Potosí, Zacatecas y Chihuahua). Cabe mencionar que tanto el del presidente de la república como el del general Manuel González ocupan una página completa. Por su parte, en lo que corresponde a Estados Unidos, se insertan los retratos del presidente Benjamin Harrison y el de su secretario de Estado, James G. Blaine; así como los de la presidenta de la Comisión de Señoras de la Exposición Universal Colombina, el director general de la misma exposición y el presidente de la Comisión Universal Colombina, además de los del escultor Auguste F. Bartholdi, el primer vicepresidente y el presidente de la Compañía del Ferrocarril de Pennsylvania. Este último en página completa, resulta ser el único en dicho tamaño que muestre a algún estadunidense.

[14] Calvi, "Guía de viaje", 2016, p. 19.

FERROCARRILES, PROGRESO Y TURISMO

Como es sabido, los primeros proyectos para construir un camino de hierro en México datan de principios del siglo XIX y la primera línea ferroviaria (México-Veracruz) se inauguró en 1873, sin embargo, fue durante el porfiriato cuando el transporte en ferrocarril se convirtió en una realidad en el país. En 1884, la empresa del Ferrocarril Central Mexicano inauguró su línea troncal entre la capital de la república y Paso de Norte, Chihuahua (hoy Ciudad Juárez), convirtiéndose en la primera vía férrea que comunicó a la ciudad de México con la frontera norte. Cuatro años después lo haría la segunda, la línea troncal del Ferrocarril Nacional Mexicano, que enlazó a la capital del país con Nuevo Laredo, Tamaulipas. Al cruzar la frontera, ambos caminos de hierro se conectaron con la red ferrocarrilera estadunidense, como también lo hizo la vía del Ferrocarril Internacional Mexicano entre Torreón y Piedras Negras en 1888.

A partir de entonces, la posibilidad de viajar hacia Estados Unidos o hacia México en menor tiempo y con mayor comodidad se presentó como una oportunidad a la que tuvieron acceso distintos sectores de las poblaciones de ambos países, lo que, sumado a la seguridad de los trayectos, hacía prever que se potenciaría el turismo en las dos direcciones. Sin embargo, Daniar Chávez Jiménez señala que a pesar de que el número de viajeros mexicanos hacia el extranjero se incrementó a lo largo del siglo XIX, no se "[…] borraría de un plumazo el carácter sedentario del hombre latinoamericano; el espíritu viajero, entendido el viaje 'como aventura del alma, exploración de los sentidos', seguiría siendo propiedad casi exclusiva del hombre proveniente del norte".[15] Adalberto de Cardona señala en la introducción de su guía, que decidió realizar y plasmar los recorridos que ofrecía en la misma, toda vez que México ya se encontraba en paz y los ferrocarriles cruzaban el país, luego de preguntarse:

> ¿que no es de suponerse, me dije, que se despierte ya en aquellos mexicanos que no han salido nunca de su patria el deseo de conocer del mundo algo más que las tierras que les dejaran sus mayores? ¿Y siendo las hermosas al par que populosas ciudades de los Estados Unidos del Norte las más próximas a México, y por lo mismo las más fáciles de visitarse, no es de

[15] Chávez Jiménez, "Viajeros del siglo XIX", 2014, p. 58.

> suponerse también que hacia ellas se dirijan primeramente las corrientes de turistas mexicanos?[16]

Llama la atención que no haga aquí mención alguna a la posibilidad de utilizar también la guía para visitar las múltiples poblaciones y lugares ubicados en los distintos estados de la república mexicana que visitó en sus recorridos hacia la frontera norte, sobre los cuales brinda información similar a la que ofrecía en el caso de Estados Unidos y además ocupa poco menos de la mitad de la extensión de la obra. Su mirada estaba puesta en la oportunidad de conocer el país vecino, donde afirma que no abundan, como en Europa, los guías de profesión, por lo que considera que su libro sería de utilidad para el turista mexicano.

Cabe señalar que, aun cuando De Cardona tenía interés en motivar la actividad turística, también era consciente de los riesgos que representaban los turistas. A ellos se refería cuando anota que el ataúd de Maximiliano de Habsburgo, que se exhibía en el Palacio de Querétaro, tuvo que ser protegido en una caja de cristales para evitar su destrucción, ya que "[…] esa *polilla humana* conocida con el nombre de turistas, […] que no respeta ni los más sagrados objetos de interés histórico, había ya roto más de un cortaplumas en su empeño por llevarse algunas astillitas de las maderas manchadas con la sangre de Maximiliano de Austria".[17]

Según afirma Calvi, en esos años en que el turismo en general era un fenómeno minoritario, las guías para viajeros estuvieron orientadas a un público culto que demandaba información sobre aspectos geográficos, históricos, artísticos, culturales y económicos de los lugares a visitar.[18] A ese sector de la población se dirigió De Cardona, cuando afirmó tener confianza en que al despertar "[…] entre la buena y pudiente sociedad mexicana el deseo de viajar no tardará éste en convertirse en una necesidad y que se adoptará entonces la costumbre de emprender anual o periódicamente viajes de recreo [a Estados Unidos]".[19]

Así, el público objetivo de la guía *De México a Chicago y Nueva York* fue el mexicano, sobre todo aquel que contaba con recursos económicos para viajar, aunque de seguro esto no evitó que algún extranjero (estadunidense) se hubiera servido de ella para hacer uno o varios de los recorridos que

[16] Cardona, *De México a Chicago*, 1892.
[17] *Ibid.*, p. 35.
[18] Calvi, "Guía de viaje", 2016, p. 18.
[19] Cardona, *De México a Chicago*, 1892.

ofrecen sus páginas, particularmente por México. Es preciso señalar, que, al parecer, De Cardona se dirigió específicamente a los mexicanos que vivían en la capital del país, pues este resulta ser el único sitio que no describe en la guía, se limita a señalar que hay carruajes y tranvías que salían del Zócalo, frente al portal de Mercaderes, y conducían a la estación Colonia. Ahí inicia el viaje y si bien en varias ocasiones hace referencia a cómo hacer el traslado de regreso, no incluye información alguna sobre la ciudad.

El capitalino también desconocía el interior del país. Aun cuando no es el objetivo que señala, De Cardona pareció buscar motivarlo a conocerlo a través de las descripciones de los paisajes y los sitios que recorría sobre rieles. Insiste en la comodidad que ofrecían los ferrocarriles para los traslados y, contagiado por la confianza de la época en este medio de transporte, asegura que México está camino al progreso. Así, en distintos momentos, se refiere a algunas localidades como poblaciones con porvenir, el cual asegura que resultaría particularmente del tráfico ferroviario, como hace cuando afirma que, en su opinión, la ciudad de San Luis Potosí llegaría a ser para México lo que Chicago era entonces para Estados Unidos, pues afirma que su actividad comercial comenzaba a florecer gracias a la comunicación ferroviaria con las principales ciudades del país y el puerto de Tampico.[20] Cabe mencionar que si bien es mayormente en el caso del territorio mexicano cuando se refiere al futuro promisorio de alguna población debido a los caminos de hierro, también lo hace cuando alude a Eagle Pass, Texas, ubicada al lado oriente del río Bravo.[21]

En México, la fe en los ferrocarriles y en el progreso del país se asoció a Porfirio Díaz, a quien el autor se refiere como "esa figura colosal y simpática, que supo encender en medio del caos que envolvía al rico pero desventurado país, la antorcha de la paz que ilumina la senda del progreso por la cual hoy con seguro paso camina".[22] Cuando terminó de escribir la guía, recién se había registrado la tercera reelección del presidente y no dudó en asegurar que nadie "podrá desconocer las ventajas que la reelección del Gral. Díaz está destinada a proporcionar al país".[23] Dicho optimismo está presente a lo largo de toda la guía, donde también en distintos momentos elogia las mejoras logradas durante el régimen y alaba tanto la labor del presidente como la de varios gobernadores:

[20] *Ibid.*, p. 100.
[21] *Ibid.*, pp. 512 y 514.
[22] *Ibid.*, pp. 512-513.
[23] *Ibid.*

> Silao, lo mismo que todas las demás poblaciones de Guanajuato, ha mejorado muchísimo desde que se hizo cargo del Gobierno del Estado el Sr. Gral. Manuel González. Ya no es la población sucia y triste que era: en la actualidad se distingue por su aseo; se respira en ella alegría; no parece sino que ha renacido a una nueva vida. ¡Cuánto ayuda a la prosperidad de los pueblos la benéfica influencia de sus gobernantes![24]

Entre tanto, cuando se refiere al progreso alcanzado por Estados Unidos, es frecuente que señale que la ciudad que describe caminaba por la senda del progreso desde su fundación o que este se debía al "industrioso pueblo que la habita". Si bien alude también a las autoridades como impulsoras del progreso en aquel país, no se refiere a alguna en particular. Así, afirma que el avance alcanzado se debe "a las sabias instituciones que le rigen; a la estabilidad de su gobierno liberal; a las garantías que ofrece al hombre de bien, ya sea ciudadano del país o no, y a ese espíritu de adelanto que nace con cada uno de sus hijos".[25] Únicamente en dos ocasiones asienta el nombre de algún funcionario público, en ambas se trata del presidente Benjamin Harrison. La primera, cuando se refiere a la proclama que el mandatario publicó en 1890 para la celebración de la Exposición Universal de Chicago y la segunda para indicar que la convención republicana, donde recibió el nombramiento como candidato a la presidencia, se realizó en el edificio Auditorium de Chicago, inmueble que describe y sugiere visitar.

EL PAÍS DEL PORVENIR Y EL PAÍS DEL PROGRESO

De México a Chicago y Nueva York se publicó cuando "[…] la naturaleza de la relación mexicano-estadounidense se había transformado, de ser dominada por la expansión territorial de Estados Unidos pasó a ser determinada por la expansión económica".[26] Eso explica que las alusiones a México en las guías de viajes publicadas en aquel país durante la segunda mitad del siglo XIX fueran resultado del interés de los inversionistas estadunidenses en la riqueza natural y cultural del territorio mexicano, la que les ofrecía una oportunidad de explotación.[27] En este sentido, De Cardona expresa

[24] *Ibid*., p. 66.
[25] *Ibid*., p. 195.
[26] Meyer, "México-Estados Unidos", 1984, p. 9.
[27] Villalobos Acosta, "Arqueología mexicana", 2014, p. 44.

que uno de los objetivos de su guía es contribuir a estrechar las relaciones de comercio, además de la amistad, entre ambos países. Así, no obstante que su atención está puesta en la actividad turística, resultan frecuentes las alusiones a las actividades económicas que se desarrollan en varios puntos incluidos en los recorridos.

En el caso de México, insiste en la agricultura y el comercio como los ramos económicos más importantes y con mayor futuro en el país, aunque también hace mención a la minería, por ejemplo, cuando señala que en el trayecto hacia Zacatecas se ubicaban numerosas haciendas para el beneficio de ricos metales y desde la ventanilla del tren se podían observar malacates y hornos "de antigua invención", así como a miles de peones, mulas y burros que realizaban las tareas.[28] Asimismo, se refiere a la que denomina "incipiente industria" en el territorio mexicano. Señala que, en Salvatierra y Soria, ambas en el estado de Guanajuato, se localizaban grandes fábricas de tejidos de algodón y lana, industria que también dice que sobresalía en Morelia, Michoacán, con las empresas La Paz y La Unión. Asimismo, asienta que en Toluca funcionaba la principal fábrica de cervezas del territorio mexicano, la Compañía Cervecera Toluca y México, S. A., mientras en Parras, Coahuila, se producían las uvas con las que se fabricaban los mejores vinos del país.[29]

Entre las empresas mexicanas que menciona destacan dos casos, la fábrica de puros y cigarros La Fama, en San Luis Potosí, sobre la cual ofrece datos de sus propietarios y del funcionamiento de la misma,[30] así como la fábrica de textiles Hércules, en Querétaro, la que, según afirma, bien podía competir con las mejores del ramo de Estados Unidos y Europa.[31] Asimismo, señala que León, Guanajuato, era una de las ciudades industriales de mayor importancia en el país y además poseía ricos elementos para la agricultura, por lo que asegura que la esperaba un gran porvenir nada lejano.[32] El mismo futuro prevé para Monterrey, Nuevo León, donde dice que funcionaban fábricas de hielo, cerveza, muebles y almidón, molinos de harina y fundiciones de metales de gran capacidad, para añadir que en esa ciudad había un gran número de residentes estadunidenses "ocupados en

[28] Cardona, *De México a Chicago*, 1892, p. 120.
[29] *Ibid*., pp. 120, 340, 342, 511 y 351.
[30] *Ibid*., pp. 109-112.
[31] Para el caso de Querétaro también anota las fábricas textiles Purísima y San Antonio, las que indica que, junto con la fábrica Hércules, son las tres principales en el estado. *Ibid*., pp. 38-39.
[32] *Ibid*., pp. 84-91.

establecer fábricas en grande escala, contribuyendo así […] al desarrollo de sus industrias y comercio".[33]

Frente al futuro que asegura tenía México en la rama industrial, alude al presente de la misma en Estados Unidos, que llama su atención por el número de fábricas con que cuenta. Así, informa al lector que en Indiana destacan la ciudad de South Bend, por la fábrica de carruajes Studelnker, considerados los mejor construidos en el país, así como la ciudad de Dayton, que desde hacía tiempo figuraba como un centro industrial de gran importancia por la fabricación de maquinaria de vapor, estufas, coches de ferrocarril, papel de todo tipo y herramientas para la agricultura. También anota que, en Cincinnati, Ohio, se fabricaban a gran escala zapatos, ropa, muebles, carruajes, *whiskey*, cerveza, maquinaria y embarcaciones, a lo que se sumaba el empacado de carne de puerco que era otra industria local importante. En tanto, Wilmington, Delaware, poseía grandes astilleros donde se construían embarcaciones de toda clase, así como grandes fábricas de vagones para ferrocarriles y tranvías, tejidos de lana y algodón, zapatos y una que elaboraba pólvora (Dupont).[34]

De Cardona registra distintos ramos industriales incluso en las ciudades estadunidenses más pequeñas, como era el caso de Schenectady, Nueva York, la cual dice que contaba con 18 392 habitantes y poseía grandes fábricas de locomotoras y vagones de ferrocarril.[35] Sin embargo, son tres ciudades las que atraen mayormente su atención por su desarrollo fabril: Cleveland, Chicago y Nueva York. Sobre la primera señala que, además de contar con el astillero más importante del país (Globe Iron Works), era sede de la refinería de petróleo de la Standard Oil Company, la que asegura ser la empresa más grande del mundo en ese ramo. También hace alusión a Cleveland Rolling Mil Company, fabricante de artículos de hierro y acero, así como a Woods, Jenk & Co., la cual señala que manufacturaba toda clase de objetos de madera, así como a otras fábricas de implementos para agricultura, carros de ferrocarril, pintura, herramienta y maquinaria.[36]

Respecto a Chicago, asienta que la ciudad no detiene su progresista marcha "su millón y pico de habitantes ocupado en mil diferentes industrias, las chimeneas de sus grandes fábricas arrojando siempre humo en gruesos volúmenes y sus numerosos ferrocarriles llevando y acarreando

[33] *Ibid*., pp. 364 y 366.
[34] *Ibid*., pp. 216, 352-353, 421 y 544.
[35] *Ibid*., p. 250.
[36] *Ibid*., p. 223.

gente de todas partes del mundo".[37] Mientras en Nueva York, recomienda al turista que, para visitar algunos sitios de la ciudad, elija un día "claro y sereno, cuando los millares de chimeneas de las fábricas de la gran ciudad no invadan el espacio con sus voluminosos penachos de humo".[38]

De esta forma, el autor muestra el desigual desarrollo industrial en ambos países; mientras en el territorio mexicano busca evidenciar que son contadas las fábricas que encuentra, en las ciudades estadunidenses patentiza que la actividad fabril había alcanzado ya dimensiones significativas y no duda en señalar la importancia de la misma. También a través de las descripciones que plasma de las ciudades, calles y edificios que encuentra a lo largo de los recorridos busca mostrar al lector diferencias significativas en el desarrollo de México y Estados Unidos.

De manera general, se interesa en aspectos como el ancho y trazo de las calles, el material de construcción utilizado, el estado de limpieza que observaba en las mismas, así como el tipo de alumbrado público que tenían y la clase de transporte que transitaba por ellas. Hace alusión además a la infraestructura para surtir agua a los habitantes y a los desagües con que cuentan o no las ciudades. Asimismo, en muchos casos, se ocupa de indicar la altura de los edificios públicos, los materiales con que fueron construidos y los costos de construcción de los mismos. Anota también algunos datos sobre inmuebles residenciales y registra la existencia de parques, plazas, escuelas, hospitales, teatros, penitenciarías y otros, en los sitios que visitaba.

A lo largo de estas descripciones, De Cardona muestra nuevamente su admiración por el progreso materializado en las ciudades estadunidenses y la confianza en que pronto México llegaría a él. En este sentido, es frecuente que haga alusión a algún proyecto de cierto ayuntamiento o gobierno estatal mexicano para realizar una obra pública, como por ejemplo en los casos de Monterrey, Nuevo León, Saltillo, Coahuila y León, Guanajuato, donde afirma que las autoridades locales tenían entonces planeado entubar el agua. Sobre esta última ciudad, señala que también se proyectaba sustituir el alumbrado de petróleo por uno eléctrico, lo mismo que en la ciudad de Guanajuato.[39] En ocasiones, cuando se refiere a alguna obra de mejora realizada en territorio mexicano, emite su opinión sobre la poca conveniencia de la misma, lo cual no le sucede en el caso estadunidense.

[37] *Ibid.*, p. 204.
[38] *Ibid.*, p. 316.
[39] *Ibid.*, pp. 70, 84, 360, 364 y 366.

> Es de sentirse que el ayuntamiento [de Aguascalientes] no haya adoptado el sistema de luces eléctricas de arco para el alumbrado de las calles, de una potencia de 1 500 bujías cada foco, cuyo uso está generalizado en todas las poblaciones de alguna importancia. La luz incandescente es sólo buena para el interior de los establecimientos comerciales y las casas de familia, no para el alumbrado de las calles.

En los recorridos por México consigna que podían observarse modestas casas techadas con tejas rojas, chozas con techos sostenidos por piedras colocadas sobre ellos, antiguas casas de adobe, caseríos blancos, aunque también sólidos templos de cantera con esbeltas torres y edificios de dos o tres pisos. Estos últimos en algunas capitales de los estados. De manera general, acompaña las descripciones de las poblaciones que incluye en los recorridos por el país con adjetivos como pintoresca, encantadora o atractiva, aun cuando también indique que se trata de un punto sin avance material. Así lo hace, por ejemplo, cuando se refiere a Acámbaro, Guanajuato, sobre la que anota que "sin embargo del estado de postración en que parece estar sumida la población, con sus elevados campanarios, sus torcidas y estrechas pero aseadas calles y su fresca vegetación, ofrece un golpe de vista pintoresco, atractivo".[40]

Caso distinto es cuando se refiere a las ciudades en territorio estadunidense, sobre las que, de manera general, asienta que cuentan con "toda clase de modernas comodidades", cuando se refiere a los servicios públicos que poseían, mientras los adjetivos que acompañan sus descripciones hacen alusión a dicha modernidad. Así, se refiere a las anchas calles y hermosos bulevares, los extensos parques públicos, el magnífico alumbrado eléctrico, los sólidos edificios, además de las elegantes residencias particulares, que el turista podría admirar en su visita. En varias ocasiones, añade datos sobre la longitud que alcanzaba la infraestructura para los servicios públicos, como cuando se refiere a Kansas City, Missouri, la cual anota que tenía 620 millas de calles, 109 millas de atarjeas y 62 millas de tranvías.[41]

De Cardona coincide con Antonio Manero, quien afirmó que eran las obras materiales, además de las comunicaciones, donde se podía valorar el desarrollo de un país.[42] A lo largo de los recorridos turísticos que propone,

[40] *Ibid*., p. 342.
[41] *Ibid*., pp. 160-161.
[42] Manero, *El antiguo régimen*, 1911, p. 39.

insiste en mostrar que Estados Unidos contaba con los inmuebles más costosos y de mayor altura en el continente americano. Señala, por ejemplo, que en Albany, Nueva York, se estaba construyendo el edificio que sería el nuevo capitolio del estado y también el más caro de América, pues afirma que en los 20 años que llevaban las obras ya se habían gastado unos 10 000 000 de dólares en ellas y se calculaba que aún faltaban unos 3 000 000 para concluirlo.[43] Anota también que en Cleveland, Ohio, el turista encontraría grandes inmuebles de exquisito gusto arquitectónico, mientras en Saint Louis, Missouri, podría admirar sólidos edificios públicos y particulares de "indisputable elegancia", cuya altura alcanzaba los ocho y diez pisos.[44]

Si bien, lo mismo que a Francisco Bulnes y Justo Sierra,[45] Nueva York es una ciudad que impresiona a De Cardona por las grandiosas obras con que contaba, entre ellas, los trenes elevados –con los que asegura dejó atrás a las ciudades europeas, que aún no los tenían–, y se refiere a ella como "justo orgullo del pueblo norte-americano" o como "la primera ciudad de América", muestra más interés en Chicago, Illinois, a cuya descripción dedica el mayor número de páginas en su guía. Aun cuando dicho interés podría explicarse si se considera que el objetivo de la publicación fue invitar al turista a visitar la exposición universal que se realizaría ahí, también muestra una gran admiración por ella.

El autor anota que en 1830 Chicago era un "poblacho insignificante", sin embargo, logró importantes avances en los siguientes años, para luego recordar al lector que sufrió un gran incendio en 1871 y afirmar que logró resurgir "como el Fénix de la fábula, sacudir sus cenizas y aparecer más hermosa que antes y proseguir con rapidez mayor por la senda del progreso, en la cual se encarriló […] desde el día de su fundación".[46] Asegura al turista que en dicha ciudad quedará admirado por las anchas y animadas calles, los extensos parques y numerosos sitios de recreo, las miles de industrias mercantiles que allí funcionaban, así como por los sólidos y elegantes edificios. Sobre estos últimos, señala que algunos de ellos eran altísimos, pues tenían hasta trece y catorce plantas, además de anotar que había uno en construcción que alcanzaría los 21 pisos, el Templo Ma-

[43] Cardona, *De México a Chicago*, 1892, p. 251.
[44] *Ibid*., pp. 223 y 384.
[45] Véase Chávez, *Viajeros del siglo* XIX, 2014, y Treviño, "Miradas en tierra yankee", 2017.
[46] Cardona, *De México a Chicago,* 1892, p. 196.

sónico, "el edificio comercial de mayor altura que se haya construido hasta hoy en el mundo".[47]

En todos los casos, a lo largo de los recorridos por territorio estadunidense, el autor apunta elementos que muestran el progreso y modernidad de las ciudades. Señala que Boston, Massachusetts, recordaba las antiguas ciudades mexicanas fundadas por los españoles, por sus estrechas y asimétricas calles, sin embargo, también indica que en los nuevos barrios las calles eran amplias y tiradas a cordel. Mientras que, en Saint Paul, Minnesota, hacía tiempo que los anticuados tranvías de tracción animal se habían sustituido por los de moderna invención, movidos por cable y electricidad.[48]

Cuando se refiere a Santa Fe, Nuevo México, indica que su antiguo caserío se mezclaba con edificios de nueva construcción, y el añejo modo de vida con las costumbres y actividades modernas.[49] Cabe mencionar que, aun cuando en varias ocasiones De Cardona incluye información sobre la historia de las ciudades, en este y otros casos similares omite comunicar al turista que fue fundada por los españoles e integrada a la Nueva España y, posteriormente, luego de la independencia de México, pasó a formar parte del territorio de este país, como también que años más tarde, a raíz del tratado de Guadalupe Hidalgo, fue incorporada a Estados Unidos. Del mismo modo como aquí no menciona el conflicto armado registrado entre 1846 y 1848 que resultó en la pérdida de una amplia extensión del territorio mexicano, cuando recorre Texas tampoco menciona que había sido también parte de México. Dichas omisiones pueden explicarse si se recuerda que uno de los objetivos expresos del autor para escribir la guía fue contribuir a estrechar las relaciones de amistad entre ambos países, a lo que no serviría traer a colación esos asuntos que aún estaban frescos en la memoria de los mexicanos.

A pesar de lo anterior, durante el trayecto del Ferrocarril Atchison, Topeka y Santa Fe, De Cardona señala el área de transición entre la zona hispanoamericana y la angloamericana, al tiempo que anota las diferencias que podían observarse entre ellas:

> Desde el momento que se pasen las estaciones de Las Vegas y Trinidad los miembros de la raza hispano-americana van haciéndose cada vez más escasos, y de La Junta [Colorado] en adelante es ya tan difícil encontrarlos

[47] *Ibid.*
[48] *Ibid.*, pp. 262 y 402.
[49] *Ibid.*, pp. 152-153.

> como a los garbanzos de a libra. Ya allí se entra a otra clase de atmósfera, a otro mundo diferente; donde en vez de antiguas casas de adobe y de sólidos templos de cantera con torres esbeltas de tres y cuatro cuerpos, aparecen modernas construcciones de madera. De allí en adelante huele ya todo a anglo-americano, hasta los chamizales que cruza el tren; ya no se encuentran inditas de menudo paso llevando fardos monumentales sobre sus espaldas; pero ni tampoco extraña ya tropezar a esas alturas con un prójimo que se suene la nariz con los dedos: sí, todo comienza a ser muy anglo-americano.[50]

LOS HABITANTES

A lo largo de la guía, De Cardona ofrece también información sobre los pobladores de los lugares que recomienda visitar al turista, tanto en el texto como a través de los numerosos grabados que lo acompañan, cuya ejecución señala que encomendó a la Moss Engraving Co., de Nueva York, empresa que se encargó también de la impresión del libro.

Dichos grabados muestran imágenes en dibujo de diversos habitantes tanto de México como de Estados Unidos. En el primer caso, son varias las que representan de manera individual a vendedores y artesanos (mestizos y/o indígenas) que hacen su labor en las calles. En algunas ocasiones las acompaña con frases alusivas al oficio que desarrollan, como la que anota al pie de la imagen de un tejedor de sillas que, sentado en el suelo, realiza su trabajo: "¿Un remiendito mi amo? – Lo hago bien y barato" o "Un vasito de horchata, mi alma", en el caso de una vendedora de agua fresca de pie frente a su puesto.[51]

También se incluyen imágenes de gente en algunas calles, plazas, mercados y otros sitios públicos, así como en el campo. Cuando se trata de territorio mexicano, las más de las veces muestran grupos de personas del sector popular, con vestimenta de manta y rebozos. Por su parte, los estadunidenses –también en grupos– aparecen transitando por las calles a pie, en tranvías, ferrocarriles o a bordo de carros tirados por caballos, pero siempre portando elegantes y modernos vestuarios. Esto último excepto en dos ocasiones, cuando se trata de representaciones de los habitantes originarios de aquellas tierras y en el caso de Louisiana, donde se insertan

[50] *Ibid.*, p. 156.
[51] *Ibid.*, pp. 515 y 58.

imágenes de la población afroamericana que laboraba en los campos de algodón, azúcar y arroz.

A los primeros, De Cardona los define como salvajes y se refiere a ellos cuando alude a la fundación de alguna ciudad estadunidense o al peligro que representaban sus ataques para los viajeros en el norte de México y Estados Unidos antes de la puesta en marcha de los ferrocarriles. Sin embargo, también inserta una imagen que muestra a una mujer nativa de Nuevo Mexico, con el pecho descubierto, que acompaña con la frase: "Una bella de estas latitudes en sus 15 abriles."[52] Caso contrario es el de los afroamericanos, como se observa en las siguientes líneas, que corresponden al trayecto entre Houston, Texas, y Nueva Orleans, Louisiana:

> vense [*sic*] acudir en tropel a la llegada del tren a una multitud de muchachas y muchachos descalzos, sin sombrero y de color todos ellos como el del café cuando se ha pasado de tueste; y junto con esta gente menuda acuden también mujeres jóvenes y viejas, con rostros teñidos del mismo firme color y en los cuales se comprende que tuvo empeño en imprimir todos los grados de su fealdad una pródiga africana naturaleza. Pero sin embargo de esto, se lee claramente en las tinieblas de su fisonomía la alegría que les proporciona la llegada de cada uno de estos trenes, y causa buen efecto oírles reír estrepitosamente, con toda la boca, y después de poner los ojos en blanco varias veces y de hacer mil visajes, concluir con esa colilla o lánguido final de risa tan peculiar de las gentes de su raza.[53]

La despectiva descripción del autor muestra una postura de discriminación hacia ese sector de la población estadunidense, la cual compartieron otros viajeros mexicanos de la época, quienes discriminaron también a otras minorías, como a los chinos e indígenas.[54] En el caso de estos últimos, De Cardona alude a ellos como "esas pobres gentes" o "estos pobres comerciantes de sarape", cuando alude a aquellos que vendían sus productos alimenticios a los pasajeros de los ferrocarriles en distintas estaciones de territorio mexicano, asimismo, señala sus "trajes pintorescos". Sin embargo, reconoce que "los indígenas, son muy laboriosos y se dedican al cultivo de

[52] *Ibid*., p. 154.
[53] *Ibid*., p. 479.
[54] Lerner, "Dos generaciones", 1993, p. 44.

sus tierras y a la fabricación de objetos de un barro muy fino y oloroso, para lo cual tienen un gusto especial".[55]

Si bien, como se mencionó arriba, el autor afirma que gracias al régimen porfirista México se encontraba ya en la senda del progreso, a lo largo del texto también refiere, en numerosas ocasiones, a la falta de aspiraciones de la población en ese sentido. Así, afirma que "muchas ciudades de México que hoy languidecen podrían hacer grandes progresos si solo se despertara en sus habitantes […] un poco más de ambición, de actividad, de espíritu de empresa".[56] Esta es una de las grandes diferencias que, a su juicio, existían entre mexicanos y estadunidenses, pues a los últimos, afirma, los caracterizaba ese espíritu.

Como ya se dijo, De Cardona atribuye el progreso de Estados Unidos mayormente a su "industriosa" población. La admiración que sentía por aquel país y especialmente por sus habitantes resulta evidente a lo largo de la guía para el viajero:

> ¡Querer es poder! debería ser el lema inscrito en su bandera; pues, verdaderamente, parece que nada hay de imposible realización para este pueblo. Nace el norte-americano, no importa cuán humildes sean los pañales que le envuelvan, con el germen de una ambición legítima que parece gritarle constantemente al oído ¡adelante! ¡adelante! y él escucha aquellas voces y ¡se esfuerza, y lucha, y vence! y se rodea de esas comodidades que hacen la existencia más llevadera: y escala puestos distinguidos en la sociedad, en las ciencias y las artes, en los ramos todos del saber humano: y crece, y con él el país que le vio nacer.[57]

REFLEXIONES FINALES

Si bien Adalberto de Cardona expone que su objetivo al escribir la guía para el viajero es estrechar las relaciones de amistad entre México y Estados Unidos, también subyace su intención de que los viajeros mexicanos, luego de conocer los avances logrados por los estadunidenses, miren el ejemplo y se motiven a seguirlo. Esto explica la invitación que hace al turista mexica-

[55] Cardona, *De México a Chicago*, 1892, p. 30.
[56] *Ibid*., p. 91.
[57] *Ibid*., p. 145.

no de conocer el territorio estadunidense y no su propio país, aun cuando dedica cerca de la mitad de la guía a este último, como se señaló arriba.

De Cardona mira con admiración el progreso y la modernidad en Estados Unidos, como resultado del trabajo y la iniciativa de sus habitantes. Si bien espera que entre los mexicanos despierte el espíritu de empresa, que dice caracteriza a aquellos, para que México alcance también el progreso, considera asimismo que eran los mismos estadunidenses quienes podrían impulsarlo a través de la inversión de capital en el país, como anota en el mencionado caso de Monterrey.

De México a Chicago y Nueva York se diferencia en lo esencial de los diarios y libros de viaje, sin embargo, lo mismo que aquellos, contiene una carga ideológica importante. Muestra la visión que compartía un amplio sector de la sociedad mexicana sobre el vecino país del norte. Para entonces, el temor a que este buscara expandirse territorialmente a costa de tierras mexicanas parecía haberse disipado. Los positivistas mexicanos de finales del siglo XIX, a cuya generación perteneció De Cardona, miraban hacia el progreso como sinónimo de civilización y en ese sentido, el autor de la guía para el viajero consideró que Estados Unidos resultaba ser el mejor modelo a seguir para México, dada la vecindad entre ambos, según indica, aunque también por los logros materiales que había alcanzado aquel país.

Las descripciones que contiene el texto aportan información relevante para el conocimiento de México y Estados Unidos en la última década del siglo XIX. Se registran aspectos económicos, materiales, sociales, culturales y de paisaje en ambos casos, lo que convierte a la guía para el viajero en una interesante fuente para investigaciones sobre diversos temas.

FUENTES CONSULTADAS

Bibliografía

Alburquerque García, Luis, "Los libros de viajes como género literario" en Manuel Lucena Giraldo y Juan Pimentel (coords.), *Diez estudios sobre literatura de viajes*, Madrid, Consejo Superior de Investigación Científica/Instituto de la Lengua Española, 2006, pp. 67-87.

Barthes, Roland, *Mythologies*, New York, The Noonday Press, 1991.

Calvi, Maria Vittoria, "Guía de viaje y turismo 2.0: Los borrosos confines de un género", *Ibérica*, núm. 31, 2016, pp. 15-38.

Cardona, S. Adalberto de, *De México a Chicago y Nueva York. Guía para el viajero en la que se describen las principales ciudades y ferrocarriles de México y los Estados Unidos del Norte*, Nueva York, Imprenta de Moss Engraving Co., 2a. ed., 1892.

Chávez Jiménez, Daniar, "Viajeros del siglo XIX: el linaje mexicano y las 11 mil leguas de Francisco Bulnes por el hemisferio norte", *Estudios 108,* vol. XII, primavera, 2014, pp. 53-72.

Lerner, Victoria, "Dos generaciones de viajeros mexicanos del siglo XIX frente a los Estados Unidos", *Relaciones*, vol. XIV, núm. 55, 1993, pp. 41-72.

Manero, Antonio, *El antiguo régimen y la revolución*, México, Tipografía y Litografía La Europea, 1911.

Martínez Moreno, Juan M., "La exposición mundial colombina de Chicago, 1893", *Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras: Minervae Baeticae*, núm. 16, 1988, pp. 153-168.

Meyer, Lorenzo, "México-Estados Unidos las etapas de una relación difícil", *Revista Mexicana de Política Exterior*, vol. 1, núm. 4, julio-septiembre, 1984, pp. 8-15.

Treviño, Blanca Estela, "Miradas en tierra yankee: crónicas de viaje de Justo Sierra" en Miguel Ángel Castro (coord.), *El viajero y la ciudad*, México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas-Universidad Nacional Autónoma de México, 2017, pp. 304-319.

Villalobos Acosta, César, "Arqueología mexicana en guías de turistas: educación y pasatiempo", *Anales de Antropología*, vol. 48, núm. 2, junio, 2014, pp. 41-74.

"ESTA OLEADA DE PROSPERIDAD": NARRATIVAS SOBRE ESTADOS UNIDOS EN TORNO A LA EXPERIENCIA DE LOS TRABAJADORES AGRÍCOLAS TEMPORALES

Diana Irina Córdoba Ramírez

Entre 1942 y 1964 tuvo lugar una etapa en la relación migratoria entre México y Estados Unidos conocida como Programa Bracero. Con base en una sucesión de acuerdos internacionales ambas naciones gestionaron el traslado temporal de mexicanos para realizar tareas agrícolas, ganaderas y, en menor medida, ferroviarias más allá del río Bravo.

El programa atravesó por distintas etapas, que incidieron en los tipos y plazos de contratación y los lugares donde se llevó a cabo la documentación de los trabajadores para trasladarlos a Estados Unidos. Desde el primer acuerdo se definió un modelo migratorio que hizo a un lado el movimiento de familias, para privilegiar el de hombres solos, provenientes del mundo rural, que trabajarían temporalmente, bajo el amparo de un contrato legal. Sin embargo, el programa nunca pudo contener la migración indocumentada de hombres, mujeres y niños, ni tampoco mantener al margen a los habitantes de espacios urbanos.[1]

La experiencia de los braceros o trabajadores agrícolas temporales en el país vecino y el cómo era visto este espacio por otros miembros de las comunidades de origen pueden ser advertidos en cartas, peticiones, literatura e historias de vida. Las narraciones que contienen estas fuentes integran la base de este capítulo. Debo agregar que mientras la correspondencia –personal y con tono de petición– y la literatura son coetáneas al programa, los fragmentos tomados de las historias de vida son posteriores y se dieron en el contexto de un movimiento social que reclama la devolución de un fondo

[1] García y Griego, "Dos tesis", 2006, pp. 551-581.

de ahorro, es decir, ya no se trata de los hombres jóvenes que emigraron, sino de un grupo poblacional que ronda los 80 años.

Del registro del día a día a la selección e interpretación de hechos que constituye un ejercicio autobiográfico, los viajes que los trabajadores temporales realizaron repararon constantemente en un espacio físico, pero también construyeron un espacio, imaginado, una representación sobre Estados Unidos que además de ser el resultado de su experiencia, fue el primer contacto con ese país para una comunidad más amplia.[2]

Según Roger Chartier, los individuos generan representaciones contradictorias y enfrentadas que originan distintas visiones de la realidad. Para este autor, las representaciones se asocian a grupos que intentan ordenar la estructura social con base en su forma de ver las cosas, de manera que las distintas identidades sociales generan representaciones opuestas en las que está en juego el sentido del mundo.[3] Un punto que debe subrayarse es la dificultad de distinguir la representación del espacio, de la del individuo, pues en gran medida el lugar se constituye por lo que vive ahí el sujeto. En este caso, las narrativas y la memoria pasan por la experiencia individual y los contextos para delinear las características de Estados Unidos.

La representación de este país recupera y preserva la idea de un lugar hospitalario, a la par que la de un lugar hostil y ajeno. En el primer caso, ofrecía a los trabajadores temporales destrezas que beneficiarían al propio campo mexicano, idea sustentada por un discurso oficial que subrayó que México librara una estrategia de guerra conjunta en el marco de la segunda guerra mundial. Esta representación quedó plasmada en diversas imágenes, como aquella que forma parte del acervo de la Biblioteca del Congreso y preserva la memoria de la bienvenida a los braceros en los campos agrícolas de Dakota del Norte durante 1944. En la fotografía que anunciaba la llegada de los mexicanos priva la idea de una hermandad simbolizada por las ondeantes banderas de ambas naciones.[4] En un sentido también favorable a la experiencia que adquirirían los trabajadores en el país vecino, la Alianza de Braceros Nacionales de México en Estados Unidos consideraba una obligación del gobierno mexicano "dar oportunidad a los trabajadores parados mexicanos, a acudir al extranjero a ganar

[2] Garay y Aceves, *Entrevistar ¿para qué?*, 2017, pp. 10, 18.

[3] Chartier, *El mundo como representación*, 1995, pp. 49, 56-57.

[4] "Stockton (vacinity), California. Mexican agricultural laborels arriving by train to help in the harvesting of beets (1943)". Recuperado de https://www.loc.gov./item/2017853214/.

sueldos humanos, vivir en planos superiores y aprender sistemas nuevos y mejores en el cultivo de la tierra".[5]

La mirada de Estados Unidos como fértil laboratorio de experiencias, idea que ya en la década de 1930 había expresado Manuel Gamio y que ponderaba los beneficios de la migración temporal o circular, convivió con representaciones que subrayaron lo peligroso del lugar, por lo tanto, la vulnerabilidad de los mexicanos que se internaban en un espacio ajeno que entrañaba una pérdida de identidad en lo individual y de generación de riqueza en lo nacional.[6] En ese tenor se había expresado el secretario de Agricultura Marte R. Gómez.[7] Esta idea, enunciada por las voces de oposición a los acuerdos que sustentaron el Programa Bracero desde su inicio ganó importancia a ambos lados de la frontera al concluir la segunda guerra mundial, sin embargo, no impidió que el programa operara por 22 años, después, tampoco restó aliento a la migración y ha sido cuestionada por investigaciones que advierten que las identidades son dinámicas y se preservan, incluso, frente a la desterritorialización.[8] Y es que en cartas y memorias los trabajadores se explayaron al referir la otra cara del país vecino. Una que dejaba los argumentos de los actores políticos de lado, para subrayar la aventura, la curiosidad y el cúmulo de posibilidades que se abrían para quienes trabajaban al otro lado de la frontera.

Atenta a la diversidad de representaciones que se pueden encontrar en los testimonios es de suma utilidad la perspectiva que articula la semiótica sobre lo liminal. La liminalidad postula una idea de frontera que pugna por "revertir el cuadro polarizado de la topografía binaria", para centrar su atención en "los sistemas de signos producidos por la combinación o reprocesamiento de códigos culturales".[9] Esto nos permite advertir las experiencias migrantes como un espacio, no sólo físico, sino subjetivo, en el que "se confrontan diferencias, heterogeneidades, hibridismos que contrarían todo un orden determinista y causal" y dejan de lado una explicación simplista que

[5] Alianza de braceros nacionales de México en los Estados Unidos de Norteamérica al Poder Ejecutivo, 2 de julio de 1945, en Archivo General de la Nación (en adelante AGN), Presidentes MAC, exp. 546.6/120.

[6] "La tragedia del bracero", 16 de marzo de 1945 en Acervo documental (en adelante AD), Instituto de Investigaciones Históricas (en adelante IIH) y Universidad Autónoma de Baja California (en adelante UABC), Fondo Miscelánea, exp. 3.18.

[7] Driscoll, *Me voy pa' Pensilvania*, 1996, p. 112.

[8] García y Griego, "Dos tesis", 2006, pp. 551-581. Weber, Melville y Palerm, *El inmigrante mexicano*, 2002, pp. 33-34.

[9] Machado, "Liminalidad", 2001, pp. 20-21.

Imagen 1. Stockton (vicinity), California. Mexican agricultural laborers arriving by train to help in the harvesting of beets (1943).



Fuente: Library of Congress. Farm Security Administration.

miraría las experiencias en sentidos opuestos meramente como contradicciones.[10] La construcción de las representaciones y de la memoria tiene cualidades liminales, así la frontera física que atravesaron los braceros constituyó la posibilidad de reflexionar lo propio y lo ajeno desde la reconstrucción autobiográfica, en un marco que no responde a lo físico, sino que reconoce límites flexibles: un nodo de constante reflexión sobre la nacionalidad, como frontera vivencial; un umbral necesario para visibilizar al otro.[11]

LA EPÍSTOLA

El día 25 de julio de 1943, José Becerra escribía a su esposa sobre las crecientes responsabilidades que, por cinco centavos más de sueldo por hora, tenía en el campo ganadero en el que se desempeñaba como bracero.

Don José se contrató en la ciudad de México junto con algunos conocidos. Fue enviado a California, donde su ventaja se fundó en el hecho de ser bilingüe. Había pasado su niñez en aquel país de donde salió con ocho años junto con su familia, debido a las repatriaciones de la década de 1930. Establecido en la ciudad de Guadalajara, tuvo que aprender a hablar español para integrarse a la nueva sociedad en la que viviría por varios años hasta encontrar en la segunda guerra mundial una coyuntura para regresar, como bracero, a Estados Unidos.

El hecho de ser bilingüe le permitió comunicar a sus empleadores otras habilidades que le sirvieron de mucho al norte del río Bravo. En Estados Unidos, en el campo ganadero en el que se contrató, su labor era casi la de un mayordomo pues conducía un camión y una de las tareas del trabajo "duro, pero llevadero" que desempeñaba fue tener a su cargo a quince hombres, a quienes indicaba qué trabajo realizarían debido a que él recibía en inglés las instrucciones correspondientes a toda la cuadrilla.[12]

En el día a día que compartió con su esposa por medio de su carta queda en evidencia el contraste entre su acercamiento a lo moderno (conducir) y el padecer algunas situaciones que evidentemente trastocaban el

[10] *Ibid.*, 2001, pp. 22.

[11] Irene Machado sostiene que "en la teoría de la liminalidad *frontera* no es solamente división o borde: *frontera* es un mecanismo donde actúan fuerzas centrípetas y centrífugas, una vez que se procesa entre conjuntos heterogéneos y estructuras evolutivas de sistemas". *Ibid.*, p. 28.

[12] José Becerra a Agripina Pedrote, 25 de julio de 1943, en archivo personal de María Eugenia Becerra Pedrote.

orden doméstico al que estaba acostumbrado: "Debes saber en qué forma estoy viviendo, sabes que estamos 8 personas en una casa que tiene tres recámaras, su cocina y su sala y dicha casa se encuentra a la orilla de un río, como a una milla se encuentran dos tiendas y eso es todo, nosotros tenemos que hacer nuestra comida y lavar la ropa".[13]

Es evidente que muchas de las responsabilidades que estos hombres adquirían al estar lejos de sus hogares cuestionaron su visión de lo que eran las tareas masculinas. También es cierto que para algunos braceros ir a Estados Unidos significó en muchas ocasiones dejar, por primera vez, el entorno rural y con esa perspectiva encontraron fascinante la mayor parte de la experiencia. Roberto Guardado Montelongo señalaba que una de las cosas que más le desconcertaba y atraía de estar en Estados Unidos era la "libertad" con que las jóvenes mexicoamericanas se desenvolvían.[14] Debe considerarse que una proyección cinematográfica, para alguien que emigraba de un área rural en la que apenas iniciaba la electrificación, o acercarse a formas de esparcimiento bajo convenciones que les resultaban tan ajenas como estimulantes no fue la experiencia de todos los trabajadores. Pese a lo negociado en los acuerdos, fue común que los patrones evitaran la salida de los braceros de los campos agrícolas, como reportó Ernesto Galarza en la década de 1950 por medio del informe que apareció publicado en la revista *Problemas agrícolas e industriales de México*. En este sentido, don José anotó: "como a unas 35 millas se encuentra el mentado pueblo de Fresno, que cuenta con una población de 150,000 habitantes (según dicen) porque nunca nos han llevado".[15]

En franco tono de queja agregaba: "ando como mudo, no he podido hacerme el pelo, el trabajo desgraciado es tan fuerte que ya me hizo pedazos toda la ropa, y no conforme con eso, hasta las manos". Más adelante añadió "no obstante todo esto[,] estoy conforme porque estoy trabajando y estoy desempeñando un trabajo que tuvieron confianza para depositar en mis manos".[16] Y es que, según los cálculos de don José, el dinero que podría enviar a su esposa cada semana ascendía a la cantidad de 25 dólares. De

[13] Una milla equivale a 1 609 m. José Becerra a Agripina Pedrote, 25 de julio de 1943, en archivo personal de María Eugenia Becerra Pedrote.

[14] Entrevista al exbracero Roberto Guardado Montelongo, realizada por Diana Irina Córdoba Ramírez, Monterrey, Nuevo León, 5 de marzo de 2010.

[15] José Becerra a Agripina Pedrote, 25 de julio de 1943, en archivo personal de María Eugenia Becerra Pedrote. Galarza, "Trabajadores mexicanos", 1958, pp. 1-50.

[16] José Becerra a Agripina Pedrote, 25 de julio de 1943, en archivo personal de María Eugenia Becerra Pedrote.

esta forma, la imagen de Estados Unidos para varios miembros de las numerosas generaciones de hombres que participaron en el Programa Bracero se enlazó con el espíritu industrioso, de trabajo y superación, de esfuerzo y esperanzas materializadas por medio del ahorro y ciertos sacrificios que no resultaba imposible sortear.

EL ARTE DE LA PETICIÓN

Lejos del uso de términos como el de "válvula de escape", Estados Unidos aparece como una alternativa para las crisis laborales en México, tal como muestra la carta petición de la Unión Civil de Obreros sin Trabajo de Torreón, quienes en representación de 3 569 desempleados señalaron al presidente Manuel Ávila Camacho (1940-1946) lo siguiente: "no dudando de su benevolencia que lo ha caracterizado como el más digno exponente de las necesidades de la familia mexicana, le suplicamos se sirva resolver nuestro problema [la pobreza vinculada a la pérdida de cosechas e inundaciones], ordenando la salida como braceros [de nuestros miembros] a los Estados Unidos".[17]

Las peticiones, en buena medida, retratan el desamparo y la pobreza cotidiana, pero también frenesí por un país donde se abría una oportunidad, así lo pensó por lo menos Ángela Velarde de Madrigal, de Mexicali, B. C., quien también en el otoño de 1944 pedía al presidente que concediera "a su esposo y a ella facilidades para que puedan ir a trabajar como braceros a los Estados Unidos del Norte", esto debido a encontrarse en "muy difíciles circunstancias económicas para sostener a sus cuatro hijos".[18]

La mirada que veía en Estados Unidos una "oleada de prosperidad" para aquellos que no tuvieran recelo por emigrar como trabajadores temporales convivía con una crítica severa frente a la discriminación, los prejuicios y el aislamiento subyacentes a la experiencia.[19] Así se advierte en la documentación oficial, la prensa de la época y algunos testimonios orales.[20]

[17] Comité Ejecutivo de la Unión Civil de Obreros sin Trabajo de Torreón al Poder Ejecutivo, 29 de septiembre de 1944, en AGN, Presidentes MAC, exp. 546.6/120-9-21-43.

[18] Ángela Velarde de Madrigal al Poder Ejecutivo, 25 de octubre de 1944, en AGN, Presidentes MAC, exp. 546.6/120-9-21-43.

[19] Alianza de braceros nacionales de México en los Estados Unidos de Norteamérica al Poder Ejecutivo, 2 de julio de 1945, en AGN, Presidentes MAC, exp. 546.6/120.

[20] Ejemplos de lo anterior son dos trabajos que se publicaron de manera simultánea al programa. El primero está integrado por los artículos de Pedro de Alba que aparecieron entre 1953 y

Por ejemplo, Gregorio Vallejo Mireles rememoraba con desencanto: "se nos figuraba que íbamos a traer costales de dólares".[21] Ya con la experiencia de ir y venir en más de una ocasión era frecuente que los trabajadores rechazaran ir a alguno de los lugares en los que se ejercía con más violencia la discriminación, por ejemplo, Pecos, Texas. Aun con los esfuerzos que promovió The Good Neighbor Commission, una agencia estatal creada en 1943 para hacer frente a los problemas de la población mexicoamericana y estrechar los lazos entre México y Texas,[22] según rememora el exbracero Agapito Calzada Reyes, "ir ahí era lo más pesado […] pues a lo extenuante del trabajo se sumaba el mal trato del mayordomo y de la gente de por allá".[23] La pesadez evidenciaba la discriminación que, en diversas ocasiones, constituyó un argumento para que el gobierno mexicano vetara la participación del estado de la estrella solitaria en el programa.[24]

A veces quedaba en evidencia la incomprensión, como permite advertir el relato de Salvador Novo respecto al dinámico movimiento de contrataciones que se vivió en la ciudad de México entre 1942 y 1944. El poeta, desde una postura crítica y racista, describía a los aspirantes a un contrato como "malinches monetizados". Al referirse a la experiencia de su jardinero, de nombre Aristeo, anotó:

> De nada han servido, pues, mis tácticas, consistentes en pagarle más que a nadie del rumbo; en hacer que coma en casa, darle zapatos viejos; soltarle indirectas contra la tontería de los que van a servir de esclavos de los gringos, cuando aquí uno en su tierra está tan bien, y allá nada más comen *sándwiches* de jamón. De nada ha servido esta política. Habrá sido más poderoso el ejemplo de los que regresan con mucho dinero, como Juan, nuestro chofer de hace casi diez años, que el otro día vino a vernos de regreso de su bracería, dueño de 6,000 pesos. O habrá sido más fuerte la voz de la sangre de la

1954 en *El Nacional* y *Novedades* y que hoy forman parte de una antología. El segundo es el trabajo de Ernesto Galarza publicado en 1958 en la revista *Problemas Agrícolas e Industriales de México*. Durand, *Braceros. Las miradas*, 2007, pp. 251-283.

[21] Entrevista al exbracero Gregorio Vallejo Mireles, realizada por Diana Irina Córdoba Ramírez, Monterrey, Nuevo León, 7 de marzo de 2010.

[22] Texas State Library and Archives Commission (en adelante TSLAC), Beauford H. Jester Records (en adelante BHJR), box 4-14/69, folder Good Neighbor Commission 1948.

[23] Entrevista al exbracero Agapito Calzada Reyes, realizada por Diana Irina Córdoba Ramírez, Monterrey, Nuevo León, 10 de marzo de 2010.

[24] Pecos, Texas, fue uno de los lugares con más reportes de discriminación hacia la población mexicana o de origen mexicano. TSLAC, TGNC, box 1989/59-19, folder Pecos.

> Malinche, que subordina la voluntad enamorada de todos estos indios ante el nuevo y descortés Cortés.[25]

¿Qué del cosmopolita y moderno espíritu de la nación vecina se compartía con los mexicanos dispuestos a emigrar? Desde la perspectiva de Novo, algunos dólares, casi nada, pero desde la de los propios emigrantes una invaluable cantidad de experiencias, sobre todo, el acceso a oportunidades que de otro modo eran inalcanzables. Así lo expresó un bracero de nombre Jesús, cuyo testimonio se encuentra en el libro titulado *El norte es como el mar*, a quien la experiencia le permitió "construir la casa en que siempre había soñado".[26]

Sin embargo, insisto, las miradas son plurales. La carta que Carmen Gallegos dirigió al presidente Ávila Camacho, una vez concluida la segunda guerra mundial, afirmó:

> Como mujer, señor Presidente poco entiendo de estos problemas, poco entiendo del espíritu que anima a Ud. para haber permitido la salida de braceros a Estados Unidos, cuando reiteradamente ha estado usted haciendo un llamado a las clases campesinas a producir más en el campo y el taller; máxime cuando por los periódicos se sabe que nuestros braceros irán en condiciones desventajosas, ya que no se les pagará el salario que percibieron en la época de la guerra y por, lo tanto, en nada mejorará la situación de ellos y sus familias.[…] Considero al Estado el único responsable de la salida de nuestros hombres, ya sé que nuestros campesinos son irresponsables, incapaces de medir las circunstancias, ni siquiera creen que se les irá a pagar esa miseria de salarios; pero para eso está el Estado para velar por nuestra Patria y no permitir semejantes absurdos.[27]

El testimonio debe enmarcarse en una percepción del Estado como agente estabilizador y garante del desarrollo, también en una dinámica que generó una prolongada tensión entre la diplomacia y el espacio fronterizo de ambos países. La conclusión de la guerra se tradujo en un continuo desacuerdo que dio lugar a tres cambios contundentes en la gestión y operación del Programa Bracero entre 1947 y 1948. Primero, al término de la

[25] Novo, *La vida en México*, 1994, p. 98.

[26] Durand, *El norte es como el mar*, 1996, pp. 124, 204.

[27] Carmen Gallegos al Poder Ejecutivo, 17 de abril de 1946, en AGN, Presidentes MAC, exp. 546.6/120.

guerra el gobierno de Estados Unidos dejó de ser el empleador directo de los trabajadores.

Segundo, se inició un proceso de legalización –término usado en la época– de mexicanos que habían entrado sin documentos a Estados Unidos. Este procedimiento, conocido como *Dry out* (secar a los mojados, en referencia a quienes cruzaron por el río Bravo) satisfizo las necesidades de mano de obra de manera más ágil, pues fue una alternativa al empantanamiento de las negociaciones diplomáticas. Lo anterior constituyó una solución para el agro empresariado estadunidense, pero no para los trabajadores, quienes quedaron excluidos de la protección que el Programa Bracero dio a quienes se contrataron en su marco regulatorio. Es verdad que, para muchos de los individuos que cruzaron la frontera en busca de trabajo el asunto era menor, muchos se contrataron como braceros y también como indocumentados –en ello se vislumbran los atropellos continuos al contrato de trabajo y el poco margen que tuvieron los cónsules para ofrecer a los trabajadores una protección real–, pero también es cierto que la posibilidad del *Dry out* generó un profundo problema en distintas poblaciones fronterizas, pues atrajo de manera constante a una población flotante que trastocó las dinámicas locales a ambos lados de la frontera. Celia M. Castro Berton, quien se desempeñó como secretaria en el centro de recepción establecido en Rio Vista Farm, en Socorro, Texas, recuerda que su novio, con el tiempo esposo, sentía celos continuos ante el hecho de que ella estuviera en contacto todo el tiempo con hombres jóvenes, algunos de los cuales, ella acotaba, "eran muy humildes, pero atractivos".[28]

Tercero, se estableció que los centros de contratación excluirían los puntos "situados al sur de una línea de costa a costa que pase por Guadalajara y Querétaro".[29] Esto es, se sentaron las bases para trasladar la contratación al norte del país. Las consecuencias de esta decisión fortalecieron el cruce indocumentado. Los acuerdos establecieron dinámicas particulares para llevar a cabo las contrataciones. Conforme a lo negociado y con ánimo de controlar los desplazamientos, la Secretaría de Gobernación estableció que en las cabeceras municipales de las que provenían los trabajadores temporales se levantaran las listas de aspirantes a un contrato. Enlistados, los interesados se dirigieron a las ciudades designadas como centros de contra-

[28] Celia M. Castro Berton, testimonio, *Bracero history summit*, Universidad de Texas en El Paso, 23 de septiembre de 2017.

[29] *Temporary migration... 1948*, 1950, p. 12.

tación. Sin embargo, no todos los aspirantes que llegaron a los centros de contratación se encontraban registrados en una lista. Un flujo permanente de personas buscó contratarse como bracero, sin encontrarse en un listado municipal. Estos individuos, llamados trabajadores "libres", fueron atraídos por la posibilidad de obtener un contrato; su hacinamiento, fue una experiencia por la que pasaron todas las ciudades donde se realizaron las contrataciones dentro de México.

Las largas esperas, en promedio de 21 días, llegaron a ser de hasta tres meses. Cada centro de contratación contó con la presencia de un interlocutor del gobierno local, los intereses que este representaba también tuvieron peso para generar mecanismos que permitieran obtener un contrato a quien llegaba a buscarlo de manera espontánea. En ese horizonte, las decisiones para otorgar los contratos abrieron la posibilidad de que su gestión rebasara los criterios establecidos por la negociación diplomática. La presencia de los aspirantes a un contrato produjo, incluso, un cambio demográfico profundo en ciertas localidades. Por ejemplo, en abril de 1959 se encontraron en Empalme, Sonora, 12 000 aspirantes a braceros. En 1955 este pequeño municipio comenzó a funcionar como centro de contratación y así, en cinco años, para 1960 dejó atrás su historia como comunidad rural al alcanzar los 22 485 habitantes.[30]

En el siguiente apartado me referiré a los sujetos que migraban y a los contextos que mediaron sus representaciones sobre los lugares de procedencia y destino.

¿SUJETOS DESPOJADOS… SUJETOS INVISIBILIZADOS?

Para Alicia Smith Camacho, los trabajadores que participaron en el Programa Bracero fueron sujetos desprovistos de su humanidad. Esta autora afirma que se les valoró "como cuerpos trabajadores, meros brazos separados del intelecto o la voluntad política".[31] Con base en esta autora, Catherine

[30] González Barragán, "El sistema", 1988, p. 206. Garza, *La urbanización de México*, 2003, p. 174. Población total, extensión territorial y densidad de población, por municipio. VIII Censo General de Población, 1960, <https://www.inegi.org.mx/programas/ccpv/1960/default.html#Tabulados>. [Consulta: 5 de noviembre de 2019.]

[31] La traducción es mía. "The term bracero derived from the Spanish word brazos, a designation that captured the limited terms of the men's recruitment. Carted to and from the border, they were valued as laboring bodies, mere arms detached from intellect or political will. Braceros were

Vézina, al estudiar las diversas miradas y análisis que se han hecho sobre los trabajadores temporales, advierte la caracterización de los mismos como una suerte de "soldados laborales".[32]

Ante esta representación, resulta primordial vislumbrar, hasta dónde la complejidad de experiencias lo hace posible, cómo los trabajadores se miraban a sí mismos y bajo qué marcos explicaron y reclamaron –a la autoridad política– su participación en el Programa.[33] Las peticiones que dirigieron a esta visibilizan la voz con la que contaron y mediante la cual expresaron la identidad que asumían como trabajadores en un contexto político nacional caracterizado por la verticalidad y la cultura política de los líderes charros, el clientelismo y la corrupción.[34] Es posible que advertir esta dinámica en las dificultades que muchos de ellos encontraron para contratarse como braceros y en otros aspectos de la vida cotidiana influyera en la representación que construyeron sobre Estados Unidos. Es decir, los matices positivos sobre aquel país resultaban del hecho de que no necesitaron cruzar la frontera para verse en una situación vulnerable: ya la tenían como jornaleros agrícolas en México.

Desde los primeros años en los que el programa estuvo vigente estas características fueron visibles y se denunciaron. En distintos espacios se evidenciaron contextos de fraude.[35] En Mexicali, por ejemplo, se retenía de manera arbitraria un porcentaje de los salarios de los braceros que pizcaban en el valle local para gastos de repatriación si no lograban ser contratados en el Programa.[36] En muchas ocasiones, como en el caso mexicalense, los desfalcos se llevaban a cabo con el aval de las autoridades federales.[37]

Es verdad, también, que las acciones de los sindicatos agrícolas a ambos lados de la frontera fueron débiles. En el caso de México estuvieron limitados por un contexto clientelar y corporativo y si es cierto que algunos activistas y líderes sindicales en Estados Unidos creyeron que el bracero

designed not by name but by a serial number on their contracts." Smith Camacho en Vézina, "El bracero", 2019, p. 184, n. 8.

[32] *Ibid.,* p. 184.

[33] Cohen, *Braceros. Migrant,* 2011, pp. 223-229.

[34] Snodgrass, "The golden age of *charrismo*", 2014, pp. 188-190.

[35] Madrazo, "La verdad en el 'caso' de los braceros", 2007, pp. 55-84.

[36] "El robo a los braceros", *El Regional*, 17 de julio de 1948.

[37] "Otra descarada estafa. Víctimas: los braceros", *El Regional*, 11 de agosto de 1948 y "Por caridad, no más contrataciones", *El Regional*, 25 de diciembre de 1948.

podría acabar con la emigración indocumentada, esto sólo sucedería si se les permitía sindicalizarse antes de cruzar la frontera.[38]

Sin ignorar el contexto, los trabajadores articularon discursos en los que era evidente su objetivo de presionar para encontrar una solución a sus problemas. En abril de 1962, los trabajadores reclutados por el comité mixto de control de pizcadores que operaba en el valle del Mayo, en Sonora, quienes pretendían obtener un contrato en Estados Unidos luego de trabajar temporalmente en la agricultura local, reclamaban ante la oficina de quejas y denuncias de la presidencia de la república el no haber recibido el salario mínimo establecido en la Ley Federal del Trabajo y concluían: "sufrimos las consecuencias de una clase patronal excesivamente tiránica", pero, subrayaban, "como mexicanos, como trabajadores y como integrantes de la ciudadanía de la Patria, tenemos pleno derecho a la protección de nuestra leyes y de los funcionarios encargados de aplicarlas".[39]

Este argumento, basado en la ciudadanía para constituir un reclamo, se advierte también cuando los trabajadores definen la calificación que poseían para realizar sus tareas. Esta calificación se relaciona con el lugar de procedencia y tuvo detrás un afán de distinción que los exbraceros oriundos o establecidos en los estados fronterizos rememoran frente a quienes ellos llaman "trabajadores del sur". Un exbracero nacido en San Pedro de las Colonias, Coahuila, en la región de La Laguna y residente por más de cinco décadas en la ciudad de Monterrey, concluía "la gente de por acá del norte estamos acostumbrados más a trabajar [*sic*] que la de por allá". Orgulloso al referirse a su experiencia en la pizca de algodón en Texas, tarea en la que participó en cuatro ocasiones, añadió: "a todos los de La Laguna nos separaban para ese trabajo".[40] El testimonio es de suma importancia porque expresa que los braceros obtuvieron en el país vecino un reconocimiento que en el campo mexicano parece haber sido, tal vez no negado, pero sí omitido; creo que la perspectiva favoreció la visión de Estados Unidos como lugar de trabajo.

Sin embargo, al otro lado del río Bravo las cosas no fueron siempre sencillas. Don José Becerra denunció por medio de una carta al presidente de Estados Unidos, según recuerda su hija, los malos tratos que él y sus

[38] Loza, "Alianza de Braceros", 2010, p. 232.

[39] Julián Favela Botello y otros a León García, Navojoa, 16 de abril de 1962, en AGES, OM, caja 342, t, 2076.

[40] Entrevista al exbracero Francisco Hernández Salinas, realizada por Diana Irina Córdoba Ramírez, Monterrey, Nuevo León, 3 de marzo de 2010.

compañeros recibían en el campo ganadero. En el mismo sentido, Jaime Vélez Storey se refiere a la novela escrita por Jesús Topete, *Aventuras de un bracero. Relato de seis meses en Estados Unidos*, en la que el autor asienta haber organizado "un paro laboral en su campamento de trabajo […] en protesta por la pésima comida que les servían, y contra el cambio del pago a destajo por el de horas trabajadas".[41] En ambas denuncias se vislumbran ecos de un presidencialismo que, de manera vertical, parecía resolver en México los agravios, pero también una representación del país vecino en la que la justicia era asequible para un trabajador extranjero y temporal.[42] Aunque es cierto también que en aquella nación las demandas de los trabajadores agrícolas se encontraron en el eslabón más bajo de los movimientos sindicales.[43]

La imagen positiva sobre Estados Unidos también se encuentra en el relato titulado *El Bracero*, escrito por José P. Melgoza, quien sorprendido por la cordialidad de los estadunidenses escribió: "sí, en mi memoria, quedó hondamente grabada la diferencia entre el trato recibido por los encargados de nuestro transporte en el lado mexicano y el que nos diera el cruzar la frontera".[44] Debe, sin embargo, considerarse el dejo propagandístico y favorable al programa, bajo el que se publicaron varios relatos.[45] Las palabras de Melgoza bien pudieron estar dirigidas a matizar el descuido con el que se efectuó el traslado de trabajadores temporales, lo que resultó en accidentes mortales dentro de las fronteras estadunidenses.[46]

En México el estereotipo del delincuente potencial pesó en las decisiones que llevaron a las autoridades sonorenses a trasladar el centro de contratación, establecido inicialmente en Hermosillo, al municipio de Empalme, con el objeto de evitar la aglomeración de "vagos" en la ciudad capital. En el mismo sentido, la autoridad municipal de Monterrey consideraba que la presencia de aspirantes a un contrato daba un aspecto "desagradable" a la ciudad, contrario a "su grandeza y laboriosidad", pues se veía inundada

[41] Vélez Storey, "Los braceros", 2015, pp. 348, 355-356.

[42] Entrevista a la señora María Eugenia Becerra Pedrote, realizada por Diana Irina Córdoba Ramírez, Ciudad de México, 9 de junio de 2019.

[43] Acuña, *Los chicanos*, 1976, pp. 185-187, 212.

[44] Melgoza, *El Bracero*, 2003, p. 16.

[45] Un análisis de la tarea propagandística sobre el programa, por medio de la literatura, se encuentra en el capítulo de Jaime Vélez Storey, "Los braceros", 2015, pp. 347-377.

[46] Uno de esos incidentes tuvo lugar el 28 de enero de 1848 en Fresno, California, cuando en un accidente aéreo perdió la vida una tripulación formada por 28 mexicanos, algunos de ellos braceros, y cuatro estadunidenses. Los cuerpos de los mexicanos nunca fueron repatriados, ni siquiera identificados y terminaron en la fosa común, lo que ha motivado investigaciones como la de Tim Z. Hernandez. Hernandez, *All they will call you*, 2017.

"de personas hambrientas o desvalidas que solicitaban caridad, comida o trabajo en la vía pública".[47]

El artículo publicado por Catherine Vézina, con base en el análisis del discurso de periódicos nacionales y locales, advierte que, a mediados de la década de 1950, el bracero era contemplado abiertamente como un ente social "clandestino".[48] Con base en esta afirmación, puedo sugerir que para los exbraceros, la violencia en Estados Unidos se significó como consecuencia de la otredad; la que vivían en México obedecía de manera clara a la discriminación con la que su condición de clase era vista.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA MEMORIA

En abierta oposición a la descripción de Novo –Estados Unidos como un nuevo y descortés Cortés–, los exbraceros, luego de décadas de haber tenido esa experiencia de trabajo, nos permiten advertir por medio de sus relatos de vida la manera como han reconstruido un episodio que, en muchos casos, constituyó un parteaguas en lo individual y familiar.

La percepción de los extrabajadores sobre Estados Unidos es distante y distinta al discurso que prevalece en otras fuentes como la prensa y los testimonios que arroja la estructura administrativa encargada de la evaluación del programa. Recordemos que la historia oral es un procedimiento por el que se recuperan las experiencias almacenadas en la memoria de los individuos, en este caso, las representaciones de corte autobiográfico reparan en lo que los trabajadores temporales vislumbraban al otro lado de la frontera, una compleja red de emociones en la que están presentes la aventura, la necesidad, el deslumbramiento, el temor, la curiosidad, la incertidumbre; para los jóvenes de algunas comunidades cruzar la frontera constituía una suerte de rito de iniciación.

Las entrevistas con extrabajadores que realicé en las ciudades de Hermosillo, Mexicali, Tijuana, El Paso, Ciudad Juárez, Chihuahua y Monterrey entre los años 2009 y 2013 están cargadas de "olvidos significativos"; el olvido como parte del "hacer memoria".[49]

[47] Acta de cabildo, Monterrey, 17 de enero de 1958, Archivo Histórico del Municipio de Monterrey (en adelante AHMM), MC, vol. 999, exp. 1958/004.

[48] Vézina, "El bracero, ¿héroe", 2019, pp. 183, 191-192.

[49] Benadiba y Plotinsky, *De entrevistadores y relatos de vida*, 2007, p. 17.

Ya se ha mencionado que la prensa y algunos documentos oficiales denunciaron la discriminación como un rasgo esencial de las experiencias de los trabajadores temporales en Estados Unidos. Esta situación también se explica debido a los obstáculos que enfrentaron en los centros de contratación, también ya señalados. Aunque ambas experiencias están muy presentes en las denuncias del movimiento que busca la devolución del fondo de ahorro, no evita que al rememorar su vivencia, los exbraceros destaquen aspectos que consideran positivos.[50] Aquí debemos recuperar lo señalado sobre la memoria por Daniel Bertaux: "observar el esfuerzo de rememorización de un sujeto que se esfuerza por reconstruir el hilo de su itinerario biográfico es una fuente de información sobre lo que tiene sentido para él".[51]

La historiografía ha documentado ampliamente las restricciones que, para entrar a cafés, restaurantes o albercas públicas, hallaban con claridad "mexicanos, negros y perros", según la icónica cédula que la Texas Restaurant Association repartía en aquel estado, para reforzar las políticas de segregación en la década de 1920. Los limitados resultados de la Good Neighbor Commission permiten advertir la percepción hostil que existía en Texas sobre los mexicanos y mexicoamericanos.[52] Pese a ello, en los relatos orales las circunstancias denigrantes no son siempre referidas, como señalé antes, parecería que la segregación fue entendida como una experiencia que formaba parte de las penurias y aventuras del rito que era ir al norte. Esta normalización mereció que *El Regional*, un periódico de Mexicali, advirtiera en la disposición de los aspirantes a trabajar como braceros en Estados Unidos "un estoicismo muy propio de la raza".[53]

Otro aspecto que merece ser anotado es que al ser Estados Unidos definido como una "tierra extraña" aquellos que habían estado algún tiempo en su territorio y regresaban a México eran vistos como ajenos. Así lo permite advertir la caricatura de los repatriados de la década de 1930, en la que se devela con ironía cierta mirada de recelo frente a los que retornaban y habían adquirido hábitos y costumbres ajenas a la de los entornos a los que volvieron. Durante la vigencia del Programa Bracero, la prensa siguió

[50] Véase *supra*, n. 20.

[51] Bertaux, *Los relatos de vida*, 2005, p. 82. En el mismo sentido, Alessandro Portelli, en el texto *La orden ya fue ejecutada*, advierte: "La credibilidad específica de las fuentes orales consiste en el hecho de que, aunque no correspondan a los hechos, las discrepancias y los errores son hechos en sí mismos". Portelli, *La orden ya fue ejecutada*, 2003, p. 27.

[52] Lytle Hernández, *Migra! A history*, 2010, pp. 49-51.

[53] "Los hermanos braceros", *El Regional,* 12 de junio de 1948.

mostrando esta representación, como lo muestran los comentarios de Salvador Novo que aparecieron en el semanario *Mañana*.[54]

En abierta oposición con esas representaciones que hacen del trabajador temporal una víctima, el exbracero Francisco Hernández Salinas afirmó que su experiencia en Estados Unidos fue "la gloria, un paraíso para nosotros, pues aunque estuviéramos muy mal pagados […] nos iba mucho mejor".[55] Incluso, algunos exbraceros refieren su participación en el programa como una alternativa que solucionó problemas apremiantes que, de haber permanecido en México, difícilmente habrían encontrado salida, aun cuando la encontrada pudo haber sido parcial. En este sentido, no se pueden obviar las pésimas condiciones que los peones agrícolas vivían en el campo mexicano y los bajos salarios que las urbes en crecimiento les ofrecieron al incorporarse, sobre todo, a las tareas de la construcción.[56]

Qué recuerdan sobre Estados Unidos los extrabajadores en este ejercicio de memoria liminal. La introspección que acompaña al diálogo permite advertir que algunos de ellos vieron en Estados Unidos "*the last best hope of earth*", en referencia a la frase de Abraham Lincoln.

Los exbraceros adquirieron consciencia sobre la diferencia y no sólo respecto a los estadunidenses, sino frente a otros trabajadores de origen mexicano. Este punto queda ilustrado con la reflexión del exbracero Antonio González, quien rememora: "Yo estaba bien puesto a mi tierra", para ahondar:

> Bueno, resulta de que uno se hace a como, uno está puesto a otros, a decir, se encuentra uno a la gente, a decir "buenos días le de dios", "buenas tardes le de dios". Y ahí yo una vez iba por la orilla de la viña, tenía una viña ahí el patrón, y mucho algodón. Y me encuentra un amigo y me dice:
>
> –"Qué tal". Dije, bueno, pues éste ya me conocerá o qué.
>
> –Pues "Qué tal", yo me quedé… Que se decía "Quihúbole qué tal".
>
> Bueno pues ya después, yo también "Quihúbole, qué tal". Me familiaricé ya con la gente.[57]

[54] Alanís Enciso, *Voces de la repatriación*, 2015, p. 192.

[55] Entrevista al exbracero Francisco Hernández Salinas, realizada por Diana Irina Córdoba Ramírez, Monterrey, Nuevo León, 3 de marzo de 2010.

[56] Reyes Osorio *et al*., *Estructura agraria*, 1974, p. 425.

[57] Entrevista al exbracero Antonio González, realizada por Diana Irina Córdoba Ramírez, El Paso, Texas, septiembre de 2009.

Imagen 2. Perspectivas sobre los repatriados.



Fuente: Rafael Ibarra (caricaturista), "Los repatriados", La Prensa, San Antonio, Texas, 6 de noviembre de 1932.

En su estancia en Estados Unidos, los extrabajadores encontraron la oportunidad de abandonar lo que ellos mismos identifican como su perspectiva local de la vida.

Hay otra cuestión que debe considerarse y es que las regulaciones que dieron forma al modelo migratorio fueron dejadas de lado en innumerables ocasiones. En más de un caso, la documentación y los exbraceros advierten cómo funcionaron estas excepciones, entre las que se cuentan: haber sido menores de edad al documentar su solicitud en alguno de los centros de contratación;[58] haber contado con tierras ejidales –que ya no sostenían sus necesidades– y tener conocimiento de esto las autoridades que autorizaron su salida;[59] o provenir de espacios urbanos como expresa el testimonio de Novo, respecto a Aristeo. El exbracero Guillermo Estrada Moreno, nacido en Moctezuma, Sonora, y radicado en la ciudad de Hermosillo desde hace décadas rememora:

> Ganamos una carta, en la costa, con ejidatarios de allá […] tenía uno que hacer como 2 000 kilos, dos toneladas. Yo le voy a decir que como traía unos centavitos de Obregón, de por allá, nosotros comprábamos a otros "pesadas", porque desconfiábamos, porque iban a rifar las cartas. Necesitaba uno de comprar "pesadas" a otros para tener kilos, le comprábamos a cinco pesos lo que habían pizcado y así nos íbamos.[60]

Las "pesadas" eran las cantidades de algodón que un trabajador agrícola pizcaba y compraba a un tercero para juntar las dos toneladas que le permitían tener una carta del Comité Mixto de Control de Pizcadores en la Costa de Hermosillo. En el caso de los trabajadores llamados "libres" obtener una carta de los comités mixtos era la alternativa para aspirar a un contrato como bracero. Lo anterior muestra cómo los aspirantes a un contrato temporal recurrieron a las estrategias que tuvieron a la mano para trabajar como braceros en el país vecino, desde maltratar sus manos con el objeto de mostrar pericia en las tareas agrícolas durante el proceso de revi-

[58] En 1951 el acuerdo exigió que los "trabajadores debían haber cumplido con la Ley del Servicio Militar para poder ser seleccionados", pero aun antes de aparecer como un requisito establecido por la diplomacia, en algunos municipios ya se había exigido tal condición. *Mexican Agricultural Workers… 1951*, s. a., p. 5.

[59] Córdoba Ramírez, "El Programa Bracero", 2016, p. 256, n. 24.

[60] Entrevista al exbracero Guillermo Estrada Moreno, realizada por Diana Irina Córdoba Ramírez, Hermosillo, Sonora, 1 de octubre de 2009.

sión, hasta omitir abiertamente alguna de las regulaciones que dieron forma al modelo migratorio. Es cierto que estas estrategias podrían ser calificadas como actos de corrupción, pero también debe pensarse en esta como "la mediación para salvar la brecha entre orden jurídico y orden práctico, vigente socialmente".[61] Para aquellos hombres llegar a Estados Unidos, atravesar una frontera que abría la posibilidad de contar con nuevas vivencias, requería jugar con todos los medios que tuvieron a la mano para lograrlo.

A MANERA DE CONCLUSIÓN…

Los testimonios creados a través de la oralidad hablan de la perspectiva desde la cual los trabajadores emigrantes recuerdan y se saben participantes de un proceso social más amplio. Rememoran desde un presente en el que reclaman un fondo de ahorro en una situación en la que la vitalidad, la salud y la fuerza se encuentran mermadas y, aunque el ánimo de estas páginas dista de victimizarlos, es un hecho que sus vidas transcurrieron frente a escenarios limitados de oportunidad.

Los análisis sobre las fuentes que describieron a los trabajadores temporales del Programa han concluido que las ambivalencias y las contradicciones atraviesan las categorías con que los caracterizaron. En medio de propagandas que ensalzaron o rechazaron la migración temporal, muchas veces esas categorías, por extensión, delinearon la forma como se supuso los propios braceros miraron o entendieron su vivencia en el país vecino.

Testimonios como los aquí citados permiten advertir que la mirada de los trabajadores temporales sobre Estados Unidos es una visión idealizada, la de la oportunidad, la del parteaguas. La modernidad con la que aquel país se mira es en tanto rompió con el día a día, con el mundo rural, con el hacer asequible aquello que en México era imposible. La memoria que los testimonios orales arrojan no es únicamente la memoria personal, se trata de la memoria familiar que se entreteje entre recuerdos y explicaciones que al paso del tiempo le han dado las comunidades migrantes a lo vivido. De aquí que la remembranza de los exbraceros subraye las características liminales de su experiencia.

Es indiscutible que las condiciones de trabajo del Programa fueron precarias, pero esa precariedad la vivió el peón agrícola a ambos lados de la

[61] Escalante, "La corrupción política", 1989, p. 333.

frontera. La injerencia de los cónsules y de las autoridades –federales, estatales y municipales– que participaron en la gestión de las contrataciones y realizaron la supervisión efectiva de los contratos parece haber estado muy limitada. Sin embargo, la correspondencia de los extrabajadores y los fragmentos, que he seleccionado de sus historias de vida, ofrecen remembranzas que tienen un enorme significado para la comprensión de esta etapa del proceso migratorio entre ambas naciones, pues se sumaron a aspectos estructurales en torno a la manera como en ambos países se resolvían las demandas de los trabajadores agrícolas y a los contextos en los que emergieron esas demandas.

Ver en Estados Unidos a un nuevo Cortés, como lo denominó Novo, devela los sesgos de clase y parece romper con la imagen que muchos migrantes han construido de aquel país, una comunidad imaginada que los sedujo y que encontraron, pese a lo hostil, fascinante. Recurrir a las fuentes por medio de las que se describió aquel país de manera simultánea a la vigencia del programa y a las remembranzas de los exbraceros nos permite advertir las narrativas por medio de las que los extrabajadores han dotado de sentido su experiencia.

FUENTES CONSULTADAS

Archivos

AD-IIH-UABC	Acervo Documental del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de Baja California, Tijuana, Baja California.
AGES, OM	Archivo General del Estado de Sonora, Fondo Oficialía Mayor.
AGN, MAC	Archivo General de la Nación, Fondo Presidentes Manuel Ávila Camacho.
AHMM, MC	Archivo Histórico del Municipio de Monterrey, Fondo Monterrey Contemporáneo, Monterrey, Nuevo León.
	Archivo Personal de María Eugenia Becerra Pedrote, Ciudad de México.
TSLAC, TGNC	Texas State Library and Archives Commission, Fondo Texas Good Neighbor Commission, Austin, Texas.

Hemerografía

El Porvenir. El Periódico de la Frontera, Monterrey, Nuevo León.
El Regional, Mexicali, Baja California.
La Nación, ciudad de México.

Bibliografía

Acuña, Rodolfo, *Los chicanos y su lucha de liberación*, México, Ediciones Era, 1976.

Alanís Enciso, Fernando Saúl, *Voces de la repatriación. La sociedad mexicana y la repatriación de mexicanos de Estados Unidos, 1930-1933*, San Luis Potosí, El Colegio de San Luis/El Colegio de la Frontera/El Colegio de Michoacán, 2015.

Benadiba, Laura y Daniel Plotinsky, *De entrevistadores y relatos de vida. Introducción a la Historia Oral*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras-UBA, 2007.

Bertaux, Daniel, *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica*, Barcelona, Ediciones Bellaterra, 2005.

Cohen, Deborah, *Braceros. Migrant citizens and transnational subjects in the postwar United States and Mexico*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2011.

Córdoba Ramírez, Diana Irina, "El Programa Bracero: intereses y dinámicas regionales bajo el esquema de los acuerdos internacionales" en Fernando Saúl Alanís Enciso y Rafael Alarcón Acosta (coords.), *El ir y venir de los norteños. La historia de la migración mexicana a Estados Unidos (siglos XIX y XXI)*, Tijuana, Baja California, El Colegio de la Frontera Norte/El Colegio de San Luis/El Colegio de Michoacán, 2016, pp. 241-260.

Chartier, Roger, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 1995.

Driscoll, Bárbara, *Me voy pa' Pensilvania por no andar en la vagancia. Los ferrocarrileros mexicanos en Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.

Durand, Jorge, *El norte es como el mar. Entrevistas a trabajadores migrantes en Estados Unidos*, México, Universidad de Guadalajara, 1996.

Durand, Jorge (coord.), *Braceros. Las miradas mexicana y estadounidense. Antología (1945-1964)*, México, Senado de la República/Universidad Autónoma de Zacatecas/Miguel Ángel Porrúa Editor, 2007.

Durand, Jorge y Patricia Arias, *La vida en el norte. Historia e iconografía de la migración México-Estados Unidos*, México, Universidad de Guadalajara, 2004.

Escalante Gonzalbo, Fernando, "La corrupción política: apuntes para un modelo teórico", *Foro Internacional*, El Colegio de México, vol. 30, núm. 2, octubre-diciembre, 1989, ciudad de México, pp. 328-345.

Galarza, Ernesto, "Trabajadores mexicanos en tierra extraña", *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, vol. x, núms. 1-2, 1958, pp. 1-50.

Garay Arellano, Graciela de y José Eduardo Aceves Lozano, *Entrevistar ¿para qué? Múltiples escuchas desde diversos cuadrantes,* Ciudad de México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2017.

García y Griego, Manuel, "Dos tesis sobre seis décadas. La emigración hacia Estados Unidos y la política exterior mexicana" en Jorge A. Schiavon, Daniela Spenser y Mario Vázquez Olivera (eds.), *En busca de una nación soberana. Relaciones internacionales de México, siglos XIX y XX*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores/Centro de Investigación y Docencia Económicas, 2006, pp. 551-581.

Garza, Gustavo, *La urbanización de México en el siglo XX*, México, El Colegio de México, 2003.

González Barragán, Gabriela, "El sistema de contratación para los trabajadores migrantes en la región costa-centro de Sonora (Hermosillo-Empalme 1949-1962)", tesis de licenciatura en Sociología, Hermosillo, Universidad de Sonora, 1988.

Hernandez, Tim Z., *All they will call you*, Tucson, The University of Arizona Press, 2017.

Loza, Mireya, "Alianza de Braceros Nacionales de México en los Estados Unidos 1943-1964" en Paul López (ed.), *¿Qué fronteras? Mexican braceros and a re-examination of the legacy of migration*, Dubuque, Kendall Hunt Publishing Company, 2010, pp. 215-238.

Lytle Hernández, Kelly, *Migra! A history of the U. S. Border Patrol*, Berkeley, Los Ángeles, Londres, University of California Press, 2010.

Madrazo, Carlos A., "La verdad en el 'caso' de los braceros: origen de esta injusticia y nombre de los verdaderos responsables" en Jorge Durand (coord.), *Braceros. Las miradas mexicana y estadounidense. Antología (1945-1964)*, México, Senado de la República/Universidad Autónoma de Zacatecas/Miguel Ángel Porrúa Editor, 2007, pp. 55-84.

Melgoza, José Piedad, *El bracero*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2003.

Mexican Agricultural Workers. Agreement between the United States of America and Mexico. Replacing agreement of August 1, 1949. Effected by exchange of notes signed at México August 11, 1951. Entered into force August 11, 1951, Government Printing Office, s. f.

Miranda, Arturo Vicencio, La industria automotriz en México: Antecedentes, situación actual y perspectivas. *Contaduría y Administración*, núm. 221, 2007, México, pp. 209-246, <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0186-10422007000100010&lng=es&tlng=es>. [Consulta: 4 de junio de 2019.]

Machado, Irene, "Liminalidad e intervalo: la semiosis de los espacios culturales", *Signa. Revista de la Asociación Española de Semiótica*, núm. 10, 2001, pp. 19-40.

Novo, Salvador, *La vida en México en el periodo presidencial de Manuel Ávila Camacho*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1994.

Portelli, Alessandro, *La orden ya fue ejecutada*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

Reyes Osorio, Sergio *et al., Estructura agraria y desarrollo agrícola en México. Estudio sobre las relaciones entre la tenencia y uso de la tierra y el desarrollo agrícola en México*, México, Fondo de Cultura Económica/Centro de Investigaciones Agrarias, 1974.

Snodgrass, Michael, "The Golden Age of Charrismo: Workers, Braceros, and the Political Machinery of Postrevolutionary Mexico" en Paul Gillingham y Benjamin Smith (eds.), *Dictablanda. Politics, Work, and Culture in Mexico, 1938-1968*, Durham y Londres, Duke University Press, 2014, pp. 175-195.

Temporary migration of Mexican agricultural workers. Agreement between the United States of America and Mexico. Superseding agreements of April 26, 1943, and March 10, 1947. Effected by exchange of notes signed at Mexico, D. F., February 20 and 21, 1948. Entered into force February 21, 1948, Washington, Government Printing Office, 1950.

Vélez Storey, Jaime, "Los braceros. Testimonio, ficción y propaganda" en Aidé Grijalva y Rafael Arriaga Martínez (coords.), *Tras los pasos de los braceros. Entre la teoría y la realidad*, México, Universidad Autónoma de Baja California/Instituto de Investigaciones Sociales/Juan Pablos Editor, 2015, pp. 347-377.

Vézina, Catherine, "El bracero, ¿héroe o paria? Su representación mediática, 1942-1964", *Signos Históricos*, XXI, vol. 21, núm. 42, 2019, pp. 180-221.

Weber, Devra, Robert Melville y Juan Vicente Palerm (comps.), *El inmigrante mexicano: la historia de su vida, entrevistas completas, 1926-1927*, México, CIESAS/UCMEXUS/Porrúa, 2002.

ESTADOS UNIDOS Y ESTADUNIDENSES EN EL CINE MEXICANO DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL. INCIDENCIAS DE SU RECREACIÓN EN ARAS DEL PANAMERICANISMO PRO-ESTADUNIDENSE*

Francisco Peredo Castro

Entre finales de la década de 1930 y principios de la de 1940 las relaciones diplomáticas y culturales entre Estados Unidos y México cobraron un nuevo auge. En el primero gobernaba Franklin Delano Roosevelt y en el segundo Lázaro Cárdenas, quienes poseían algunas afinidades en materia de política social: en Estados Unidos con el "Nuevo Trato" o New Deal, y en México con las políticas reivindicativas de las clases obreras, campesinas e indígenas. El embajador de Washington en México era Josephus Daniels, quien tenía la encomienda de matizar las tensiones derivadas de la expropiación petrolera cardenista del 18 de marzo de 1938 y, además, promover en el país la "política del buen vecino" con la cual su país proyectaba una nueva relación con Latinoamérica, habida cuenta de que en el ominoso panorama internacional, con los radicalismos ideológicos desatados (el nazismo alemán, el fascismo italiano, el totalitarismo japonés, el nacionalismo/falangismo español y el socialismo soviético), la segunda conflagración internacional que pronto asolaría al mundo era vista como inminente.

Salvo por las naturales tensiones que se desataron por la expropiación petrolera, por ejemplo, para acordar el proceso de indemnización de las empresas expropiadas, y las medidas de presión que tomaron las naciones afectadas, como la cancelación de las compras de plata, entre otros productos de

* Este capítulo es resultado de mis actividades de investigación en el Proyecto de Investigación Historia Sociocultural del Cine en México (1896-2017), adscrito al Programa PAPIIT-DGAPA-UNAM y registrado en el mismo con la clave IN307118. En tanto está relacionado con la interacción entre procesos históricos y medios de comunicación colectiva en México, deriva también de las actividades realizadas en el proyecto Historia y Procesos de Comunicación, registrado en el Programa PAPIME-DGAPA-UNAM con la clave PE312018.

México, muy pronto quedó claro que Estados Unidos no estaba dispuesto a escalar una confrontación mayor, porque no le resultaba conveniente en aquel momento de la geopolítica mundial. De hecho, se opuso terminantemente al proyecto británico-holandés para impulsar una intervención armada al sur del río Bravo y hasta a un derrocamiento posible de su gobierno, a causa de la expropiación. México, que también acudió a medidas de presión, como intentar vender su petróleo a los países del Eje, mostró a la larga que estaba en disposición de alcanzar acuerdos para mantener la paz en el continente, porque a todos les sería necesaria, como ya se discutía y se discutiría más en lo sucesivo en las conferencias panamericanas.

Aquella diplomacia mutuamente compartida en aras de la paz y la estabilidad continental de América, no obstante contener todos los rasgos de la conveniencia de Estados Unidos como eje rector, se manifestó también en los terrenos de la cultura y las industrias de medios de comunicación que, en el caso de las mexicanas, con la excepción relativa del cine, eran casi absolutamente dependientes de la tecnología y los insumos de ese país. La prensa mexicana, representada sobre todo por *Excélsior* y *El Universal* se hacía con tecnología, y a imagen y semejanza de la prensa vecina. Detrás del desarrollo de las industrias radiofónica y discográfica, que se fortalecían una a la otra, y además también harían fuerte sinergia con el cine sonoro, estaban las cadenas Columbia Broadcasting System y National Broadcasting Company (CBS y NBC, a través de empresas subsidiarias como Radio Corporation of America, RCA, y The Mexico Music Co., por ejemplo).[1] Incluso industrias como la publicitaria y editorial, así como las agencias informativas de origen estadunidense cobrarían cada vez mayor auge en México, con excepción hecha de la de cine que probaría por sí misma ser capaz de desarrollarse y hasta de competir con la de Hollywood. Esto justo cuando el Departamento de Estado necesitaría no tanto de la competencia, sino de la colaboración entre las industrias de medios, estadunidenses y mexicanas, para afrontar los desafíos de la propaganda en tiempos bélicos.[2]

En este punto debe recordarse que el cine mexicano sí dispuso de un sistema de sonido propio (el Sistema Sonoro Rodríguez Hermanos o Rodríguez Bros. Sound System), con el cual se sonorizaron un buen número de películas mexicanas de los años 1930, evitando así la dependencia excesiva de las patentes estadunidenses (con los sistemas Vitaphone, Mo-

[1] Fernández, "La gestación de la industria", 1982. También es muy útil Mejía, *La industria*, 1989.
[2] Un libro muy útil sobre estos aspectos es el siguiente: Ortiz *México en guerra*, 1990.

vietone, Photophone, etc.), lo cual marcó una diferencia respecto a otras cinematografías del mundo de habla hispana, que en consecuencia no se desarrollaron tanto como la mexicana (o como la argentina y la española), que así se convirtieron no solamente en competidoras entre sí, sino contra el propio Hollywood. Por consiguiente, durante el final de ese decenio el cine mexicano (tanto como el argentino y el español), se convertiría cada vez más en un considerable desafío para La Meca del cine y no sería sino hasta el inicio y el desarrollo de la segunda guerra mundial cuando se alcanzaría una situación de entendimiento entre ambas industrias de América.

En virtud de lo anterior, este capítulo busca exponer, en la medida en que un capítulo de libro lo permite, las formas en que, susceptibles de abordarse desde la economía política de la comunicación, la geopolítica y, sobre todo, con base en la interacción entre la historia y los procesos de comunicación, los acontecimientos que en materia fílmica ocurrieron en México y Hollywood, durante los decenios de 1930 y 1940. Estos muestran cómo las formas de la producción textual-discursiva de las industrias culturales, como los medios de comunicación y, principalmente, el cine para nuestro interés particular, delatan las incidencias, las notaciones cronotópicas y las redes de relaciones que determinaron unas formas de representar en el cine mexicano a los Aliados, en sentido positivo para unos (los estadunidenses), y negativo para otros (los franceses), en contrasentido de lo que se suponía y planteaba, en el discurso diplomático y periodístico, como una estrategia conjunta proaliada (de México y Estados Unidos), a través del cine.

HACIA UNA NUEVA ERA

Estados Unidos y México habían afrontado fuertes confrontaciones por las formas en que el cine de Hollywood representaba en sus filmes, en sus tramas y personajes, a México, los mexicanos y los latinos en general. Las tensiones comenzaron desde la revolución, pero se agudizaron entre 1919 y 1922 y, pese a tentativas de acuerdos y entendimientos, continuaron durante el final de la etapa muda y los primeros años del cine sonoro (1926–1936).[3] En aquel panorama de transición entre décadas ocurrió también un hecho significativo en términos de procesos de comunicación y cultura. Tanto Francia como Inglaterra y, en general, los países europeos, estaban

[3] Vasey, *The world*, 1997.

en enorme desventaja en cuanto al poder de penetración de sus cinematografías en los mercados latinoamericanos, que incluían a México como un mercado potencial de expansión. El sonido había traído aparejada, junto con la evolución y la competencia tecnológica, una problemática en cuanto a los idiomas.[4] Las audiencias de la región latinoamericana contaban con altos índices de analfabetismo, lo cual hacía poco prácticas las estrategias pensadas por las potencias fílmicas para retener o ganar mercados: no existía la cultura de leer subtítulos durante todo un filme y menos sería posible entre poblaciones no del todo alfabetizadas. El sistema mismo de subtitulado no estaba cabalmente desarrollado, como tampoco el doblaje. Por consiguiente, tanto para Europa como para Estados Unidos la única estrategia posible para ganar los mercados latinoamericanos era entrar en ellos con producción fílmica hablada en español. Estados Unidos lo intentó mediante versiones en español de filmes rodados en inglés, lo que se conoció como el "cine hispano" de Hollywood.[5] Pero para potencias fílmicas como Francia y en particular Alemania, su más fuerte competidor en Europa y el mundo, la estrategia a seguir fue la de intentar establecer acuerdos con España y entrar en Latinoamérica a través de coproducciones.

Un primer proyecto se planteó por Francia a España y un segundo plan de acuerdo europeo para entrar en el mercado latinoamericano, mediante el cine español, surgió cuando en 1938 intereses del cine alemán establecieron acuerdos con la empresa española CIFESA (Compañía Industrial del Film Español, S. A.), y se creó así Hispano Film Produktion, con la cual se producirán algunas "españoladas", pero rodadas en los estudios de la UFA en Alemania.[6] Pese a lo pactado, mientras Alemania intentaba apropiarse de importantes intereses dentro del cine argentino (mediante las entidades Agfa, Siemens y el Banco Germánico, entre otras), España hizo lo propio para apoderarse de la infraestructura de distribución y exhibición que con su éxito había generado el cine mexicano en Latinoamérica. Muy pronto

[4] El diferendo por la competencia tecnológica y la guerra de patentes entre las potencias fílmicas, por la compatibilidad o incompatibilidad de sus respectivos equipos de cine sonoro, se había resuelto con el llamado "tratado de paz del cine sonoro", firmado entre los principales contendientes en París, en junio de 1930. Pero si aquel tratado, con sus cláusulas de intercambiabilidad de equipos y el reparto del mundo en regiones que podrían explotar las principales potencias fílmicas (Estados Unidos y Alemania), resolvió los diferendos por la tecnología, no zanjó, sino agudizó, la lucha por los mercados para la distribución y exhibición del cine producido, es decir, por las audiencias, y dejó abierta la puerta para la próxima lucha de propaganda.

[5] Heinink y Dickson, *Cita en Hollywood*, 1990.

[6] Díez, "Los acuerdos cinematográficos", 1999, pp. 34-59.

quedaría claro que con todas aquellas estrategias la Europa fascista buscaría primero una expansión comercial, que paulatinamente también abriera la posibilidad de la infiltración ideológica, mediante la difusión del ideario de la propaganda fascista, alemana y española en la región. En la transición de los años treinta a los cuarenta era ya evidente el muy peligroso esquema de acuerdo con el cual, desde México por el norte y Argentina por el sur, España y Alemania se proponían cubrir toda la región latinoamericana y del Caribe con propaganda de corte nazi-fascista.

Aquellas cuestiones habrían de explicar la forma en la que evolucionaron las relaciones diplomáticas entre México y los Aliados, una vez iniciada la segunda guerra mundial y, sobre todo, de explicar el camino que tomarían las acciones conjuntas de los Aliados en la conducción de sus actividades de propaganda en Latinoamérica. La muy temprana capitulación de Francia ante la invasión del ejército alemán el 25 de junio de 1940, habría de revelar la actitud que los otros dos principales Aliados (Estados Unidos y Gran Bretaña) tuvieron para con la nación francesa durante casi toda la guerra en materia de propaganda proaliada y contraria al Eje, a través de todos los medios entonces disponibles. Aquella situación, sumada a la soterrada rivalidad existente entre Estados Unidos y Gran Bretaña, que a pesar de ser aliados en la guerra luchaban entre sí por el predominio en Latinoamérica, determinaría a la larga las estrategias estadunidenses para prevalecer sobre el Reino Unido y sobre Francia, tanto en términos diplomáticos como culturales y económicos, durante la guerra y también con la vista puesta ya en la segunda posguerra.

Si bien en octubre de 1941, Thomas Ifor Rees informó a sir Anthony Eden, ministro británico de Asuntos Exteriores, que en México "la situación local es ya favorable en relación con la cooperación interaliada" (entre Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia con México),[7] para las actividades de propaganda contra el Eje y a favor de los Aliados, lo cierto es que muy pronto quedaría claro que ellos mismos librarían entre sí una batalla tan encarnizada como la que, se suponía, los tres en conjunto debían encauzar contra la propaganda enemiga, en México y Latinoamérica. En virtud de esto, es posible advertir ahora, en la correspondencia diplomática inglesa de la época, la evidencia de que Albión se aprestaba a tomar ventaja de la

[7] Edward Ifor Rees a Anthony Eden, México, 17 de octubre de 1941, en Public Record Office, Kew Gardens, Londres (en adelante PRO), Carpeta sobre el Comité Interaliado en México, PRO/FO371/1941/26087.

situación de Francia a través de sus constantes referencias en documentos diplomáticos respecto al hecho de que "el colapso de la producción [fílmica] francesa (por la invasión nazi) ha dejado un hueco que los filmes británicos podrían muy bien llenar".[8] Desde luego, esta insinuación se hizo teniendo en consideración que "los filmes estadunidenses constituyen la mayor parte del entretenimiento de centro y Sudamérica",[9] lo cual dejaba en claro que los británicos eran conscientes de la dura batalla que tendrían que enfrentar contra Hollywood. Tanto como Gran Bretaña pretendía aprovechar la situación de Francia para su beneficio, también Estados Unidos buscaba sacar ventaja tanto de la situación francesa como de la británica en la guerra, con esta última duramente asediada por los bombardeos de la fuerza aérea del Tercer Reich sobre sus ciudades y puertos.

Lo anterior explica que, ante la señal de alarma que desató la intromisión en el mundo de habla hispana de Alemania y España en las dos cinematografías latinoamericanas más pujantes, Gran Bretaña diseñara por su cuenta un proyecto para introducirse también en el cine argentino, después de desplazar a los alemanes, para producir cine de propaganda proaliada. Se explica también que, ante este proyecto, en Estados Unidos se concluyera que, si bien no se quería la intromisión del nazi-fascismo fílmico de España o Alemania, tampoco se quería la del Reino Unido en los mercados latinoamericanos del cine, ni en términos propagandísticos y mucho menos en términos comerciales, los que serían más importantes una vez terminada la segunda conflagración que asolaba al mundo.

De todo lo anterior se desprendió que el proyecto que finalmente se impuso, para la producción de propaganda a favor de los Aliados y contra el Eje, en el mundo fílmico de habla hispana, fue el que se concretó mediante la alianza de Estados Unidos con México, una vez que quedaron anulados los proyectos fascistas de España y Alemania para el efecto, y también el británico en Argentina, que fue desarticulado por Estados Unidos. Para esta nación el acuerdo tenía que ser con México o no sería con nadie más, porque de las cuatro cinematografías que contaban con la infraestructura mínimamente indispensable para la guerra de propaganda fílmica Argentina no resultaba ser una opción, pues sus gobiernos militares, que no declararon la guerra al Eje sino prácticamente hasta terminada la guerra,

[8] British Ministry of Information, Memorándum interno, Londres, 21 de diciembre de 1940. PRO/INF1/607/F109/31.

[9] *Ibid.*

eran sospechosos de profesar simpatías profascistas. En España gobernaba desde 1939 Francisco Franco, quien había triunfado sobre la república con los apoyos fascistas de Alemania, Italia y Portugal. En cuanto a Brasil, donde también había gobiernos militares y algunos intereses profascistas, la producción fílmica en habla portuguesa no tendría resultados eficaces en el mundo de habla hispana, incluso con la posibilidad de subtítulos o doblaje, que podrían complicarlo todo en un momento de emergencia como la que se enfrentaba en el inicio de los años cuarenta.

Visto aquel panorama, y una vez que México se declaró en estado de guerra contra el Eje, después de que Alemania no respondió a su requisitoria diplomática por los buques mexicanos Faja de Oro y Potrero del Llano, hundidos por submarinos alemanes en aguas del océano Atlántico, todo quedó listo para la multitud de acuerdos mexicano-estadunidenses en todos los terrenos, de gran significación en lo estrictamente cinematográfico.[10] Estos últimos se pactaron el 15 de junio de 1942 y, mediante ellos, se acordó que México recibiría apoyo financiero, asesoría técnica, dotaciones de equipo de filmación,[11] y apoyo para la distribución de su cine, siempre que su industria fílmica se ajustara a la política de producción de cine de propaganda contra el Eje, que sirviera a los Aliados, y sobre todo que disminuyera el sentimiento antiestadunidense prevaleciente entre las sociedades latinoamericanas en general.[12] Fue en este punto en el que quedó claro que el poder de penetración empresarial, comercial e ideológica de Estados Unidos sería utilizado no únicamente contra Gran Bretaña (su gran aliado desde siempre), sino sobre todo contra Francia.

Conviene precisar que el propio gobierno mexicano de suyo apoyó muy fuertemente su industria fílmica, porque la necesitaba para sus fines

[10] Aunque se mencionan casi siempre solamente esos dos buques, en realidad fueron torpedeados por submarinos nazis siete buques mexicanos. Desde finales de los años treinta, la prensa había denunciado con regularidad las incursiones de los navíos alemanes en aguas continentales de América. Véase por ejemplo, Anónimo, "Un submarino alemán en aguas americanas", *Excélsior*, 2 de noviembre de 1939, p. 1.

[11] Anónimo, "Nuevos aparatos de sonido RCA", *Cinema Reporter*, año III, núm. 142, sección, El cine en la semana, 4 de abril de 1941.

[12] Anónimo, "Soria y Santander a E.E.U.U.", *Cinema Reporter*, 11 de diciembre de 1942, ciudad de México. La nota refiere la película *La virgen Morena* (Gabriel Soria, 1942), que se convirtió en uno de los múltiples instrumentos propagandísticos, a través del cine de temas histórico-religiosos, para transformar a la virgen de Guadalupe en "Patrona de las Américas". Por otra parte, el filme contuvo notables intentos de paralelismos, si bien muy forzados, entre las guerras de conquista europeas en América, en el siglo XVI, con las guerras de conquista de nazis e italianos que, en ese momento, en el siglo XX, asolaban a Europa y África y se suponía podrían eventualmente amenazar a Latinoamérica.

de unidad nacional y reconstitución de la cohesión social, luego de la fuerte división interna en que había terminado el cardenismo, y actuó en consecuencia en sus formas de referir a Estados Unidos y los estadunidenses en sus películas. Desde la película *Águilas frente al sol* (de Antonio Moreno, 1932), se habían planteado interacciones entre personajes estadunidenses y mexicanos en las que, pese a malos entendidos entre una espía mexicana y un contraespía estadunidense, los asuntos tenían un final feliz, y hasta con boda de por medio entre la dama joven (la mexicana) y el galán (el estadunidense).[13] En *No matarás* (de Miguel Contreras Torres, 1935), un mexicano aparece como protector de Blondie, una "gringa" en aprietos hasta que él, con sus aliados estadunidenses, logran desarticular a una banda de delincuentes, entre ellos el amenazador de la chica.[14] En *Almas rebeldes* (de Alejandro Galindo, 1937), ante una pugna entre mexicanos (revolucionarios contra "gobiernistas"), los militares estadunidenses de la frontera, hasta donde se han trasladado los confrontados, se portan solidarios con los perseguidos, porque no intervienen en el conflicto, permiten asilarse en su territorio a los revolucionarios que logran cruzar la frontera y aparecen investidos de gran autoridad militar y moral, sobre todo cuando las tropas gobiernistas detienen en seco su persecución ante su sola presencia, patente al grito de "*Hey!, What's the matter here?*".[15]

En *La golondrina* (de Miguel Contreras Torres, 1938), se hace referencia subrepticia a los amores de la escritora estadunidense Alma Reed (Alma Gilbert en el filme) con Felipe Carrillo Puerto (David Castillo en la trama). Y aunque en un principio ella y sus paisanas Tracy y Mrs. Hughes, entre otras personas, son acusadas falsamente de contrabandistas de armas en el contexto revolucionario de México, todo se aclara merced a los buenos oficios del cónsul estadunidense en Yucatán y la buena voluntad de los mexicanos que no solamente retiran la acusación contra los extranjeros, sino que los agasajan con gran amistad, hasta que el filme termina con el romance frustrado entre Alma y Castillo, porque él muere asesinado (como Felipe Carrillo Puerto en la realidad), y Alma regresa a Estados Unidos.[16]

En *El cementerio de las águilas* (de Luis Lezama, 1938), cuya acción ocurría durante la guerra de Estados Unidos contra México de 1846 a 1848, con

[13] Sobre los filmes que se refieren a continuación, puede verse García Riera, *Historia documental*, 1993, vol. 1, 1929-1937.

[14] Ramírez, *Miguel Contreras*, 1994, pp. 153-155.

[15] Peredo, *Alejandro Galindo*, 2000, pp. 229-233.

[16] Ramírez, *Miguel Contreras*, 1994, pp. 51-53 y 161-167.

los "niños héroes" como protagonistas fundamentales, se advierte un ánimo de conciliación de México con el vecino del norte. Los soldados del ejército invasor, que nunca aparece referido en el filme como estadunidense, aunque sí hay imágenes con la bandera de ese país, aluden al gran valor y el heroísmo de los jóvenes cadetes que defendieron el castillo de Chapultepec. En *Adiós mi chaparrita* (de René Cardona, 1939), un melodrama sobre migrantes mexicanos en Estados Unidos, aparece un "bondadoso mister Clark", quien al no poder pagar a sus trabajadores, los deja expuestos, sin desearlo desde luego, al riesgo de que trabajen "en una ilegal tala de árboles".[17] La trama se resolvía felizmente, y prevalecían en ella, más que el problema de la migración, las desventuras de Chabela (la "chaparrita" del argumento, y de la canción tema), y el migrante Chávalo, que regresaba para salvarla de las tribulaciones que padecía mientras él se hallaba en Estados Unidos.

Podemos darnos una idea sobre cuánto era el ánimo de conciliación existente entre ambos países en 1939, si consideramos lo siguiente. En aquel año, Hollywood, en una estrategia de acercamiento con Latinoamérica, mediante referencias más respetuosas sobre la región en el cine, produjo dentro de dicha "política fílmica del buen vecino", nada menos que un *Juárez* (de Willam Dieterle), a todo lujo y con gran despliegue de recursos por la Warner Brothers. Sucedió después que esta película sobre el Benemérito de las Américas se estrenó justo cuando comenzaba la filmación, también en Hollywood, de una película mexicana (*The Mad Empress* o *La emperatriz loca*, de Miguel Contreras Torres), sobre la infortunada princesa belga que acompañó a Maximiliano de Habsburgo en su trágica aventura.

> La Warner, para evitar una demanda de plagio por parte de Contreras Torres, le compró *La emperatriz loca* y la exhibió bajo el rubro de sus marcas subsidiarias Vitaphone y First National […] En México, *Juárez* fue estrenada casi medio año antes que *La emperatriz loca* y se mantuvo en cartelera cinco semanas después de su proyección especial, por acuerdo del presidente Cárdenas, en el Palacio de Bellas Artes.[18]

Conviene agregar que la Warner de Hollywood no solamente compró a Contreras Torres los derechos de exhibición, sino le dio una muy buena indemnización, con lo cual quedaría claro que los sucedidos de aquel

[17] García Riera, *Historia documental*, 1993, vol. 2, 1938-1942, pp. 98-99.
[18] *Ibid*., pp. 140–141.

año, precisamente cuando se iniciaba segunda guerra mundial, dejaban ver cuánta cautela existía en las relaciones y en la resolución de las tensiones que pudieran surgir entre México y Estados Unidos.

Cuando en pleno desarrollo de la guerra, México apareció en el panorama de la geopolítica internacional como el más firme de los Aliados en el mundo iberoamericano, si acaso en relativa competencia con Brasil, y se convirtió en el gran proveedor de toda clase de materias primas para Estados Unidos, a las que se sumó el cine que a la Casa Blanca le parecía tan necesario, la competencia entre los Aliados por su presencia e imagen en el país se haría cada vez más evidente. Si bien resulta entendible que los autores de obra literaria más adaptados por el cine mexicano fueron los nacionales y los españoles, por la innegable afinidad cultural y las raíces históricas que unen a México y la llamada madre patria, la contienda de las imágenes salió a la luz cuando se trató de los autores extranjeros más adaptados por el cine mexicano para la época. Con una producción que desde 1943 y hasta 1945 comprendió hasta 47% de filmes basados en obras literarias, destaca el hecho de que los autores franceses y los estadunidenses estuvieran en franca competencia en las preferencias de productores, argumentistas/guionistas y directores, con los primeros a la cabeza por sobre todos los demás, incluidos los estadunidenses y los demás europeos.[19]

Esta situación tendría como reverso, sin embargo, el hecho innegable de que la mayor presencia en pantalla, sobre todo la más positiva, la tendrían los cineastas estadunidenses, mientras que a los franceses se les obstaculizó toda posibilidad de trabajar en México. Puede percibirse como una mera cuestión de geografía que, desde la transición del mudo al sonoro, y durante los años treinta, hubiesen tenido desempeños en México cineastas de Hollywood como David Kirkland (con *Alma mexicana*, *Pecados de amor* y *El impostor*, de 1929, 1933 y 1936, respectivamente); John H. Auer (con películas como *Una vida por otra* y *Su última canción*, de 1932 y 1933, respectivamente); Louis Gasnier (con *Juan Soldado* de 1938 y *La inmaculada* de 1938); William Rowland (con *Perfidia* y *Odio*, ambas de 1939) y sobre todo Paul Strand y Fred Zinnemann (con la muy célebre e importante película *Redes*, de 1934), producida por la entidad SEPBA (Departamento de Bellas Artes de la Secretaría de Educación Pública), y cuyo argumento de lucha social y reivindicación de derechos laborales se adscribiría de lleno a las políticas del cardenismo, quizá tanto como a los intereses similares de

[19] Vidrio, *La adaptación de obra*, 2013, pp. 38-42.

los intelectuales y artistas estadunidenses que actuaban en sintonía con la política estadunidense del New Deal.

Pero si todo aquello sucedió en el periodo inmediato anterior al inicio de la segunda guerra mundial, fue durante el desarrollo de la contienda cuando la prevalencia de los cineastas, personalidades y personajes de ficción estadunidenses en México, por sobre los de cualquiera otra nacionalidad, se hizo patente en la producción, en la forma y en el fondo. En Estados Unidos las entidades directamente involucradas con la alianza serían la Office of the Coordinator of Interamerican Affairs (u Oficina del Coordinador de Asuntos Interamericanos, OCIAA u OCAIA), a cargo de Nelson Rockefeller; la Motion Picture Society for the Americas y el Comité Panamericano de la Industria de Hollywood, sobre todo.[20] Desde México, la creación de un Comité Coordinador y de Fomento de la Industria Fílmica Mexicana, de un Banco Cinematográfico ex profeso para la cinematografía,[21] de una Cámara Nacional de la Industria Cinematográfica,[22] una Asociación de Productores y Distribuidores de Películas Mexicanas, una Academia Cinematográfica para la formación de los cuadros artísticos y técnicos que le fueran necesarios a la industria,[23] en adición al envío de un representante especial del Departamento Cinematográfico de la Secretaría de Gobernación a Hollywood, dieron forma cabal al proyecto de un cine nacional, que por necesidades bélicas mudaría también, temporalmente, en propagandístico, universalista, cosmopolita, panamericanista, latinoamericanista, etc., lo suficiente como para que se convirtiera en la primera sede del Primer Festival Panamericano del Cine, celebrado entre el 12 y el 15 de abril de 1941.

El terreno estaba preparado para que la ciudad de México se convirtiera en sede de una especie de Hollywood iberoamericano, pues a la incorporación de cineastas de Hollywood siguió la de las grandes estrellas mexicanas que ya estaban en La Meca del cine (como Dolores del Río, Lupe Vélez o Ramón Novarro). A ellas se sumaría la llegada de multitud de talentos, de todos los terrenos del cine, procedentes de casi toda Iberoamérica y de otras partes del mundo, para fortalecer al cine nacional y convertirlo en

[20] Anónimo, "La importancia del panamericanismo en el cine. Astros de Hollywood en México", *Cinema Reporter*, 4 de abril de 1941.

[21] Anónimo, "El Banco Cinematográfico se inauguró oficialmente ayer. Prominentes banqueros asistieron", *Cinema Reporter*, 17 de abril de 1942.

[22] Anónimo, "Quedó formada la Cámara Nacional de la Industria Cinemática", *Cinema Reporter*, 11 de diciembre de 1942.

[23] La Academia Cinematográfica inició labores el 8 de mayo de 1942.

el hegemónico de todo el mundo de habla hispana, en principio, en una ruta en la que al final alcanzó gran éxito y prestigio también a nivel mundial.[24]

En aquella tónica diplomática y geopolítica, el cine mexicano transformó radicalmente su faz. Desde luego se siguieron produciendo los géneros fílmicos netamente nacionales: melodrama y comedia rancheros, cine indigenista, melodramas revolucionarios, familiares, religiosos, históricos y, dentro de ellos, los llamados de "añoranza" porfiriana (por su mirada edulcorada e idealizada de la dictadura de Porfirio Díaz). También se cultivaron géneros de comedia musical, melodrama urbano, policiaco, y, por último, un cine encaminado a la colaboración geopolítica con los Aliados, en particular con Estados Unidos, que buscaba corresponder a la gentileza proponiendo representaciones que parecieran cada vez más amigables de México y Latinoamérica.[25]

Ya en el contexto de la guerra, México continuó con su política de plantear retratos más que positivos de los estadunidenses, como ocurrió en el filme *Mala yerba* (de Gabriel Soria, 1940), en un argumento que, basado en la novela homónima de Mariano Azuela, también trataba asuntos de jóvenes campiranas asediadas por malvados caciques y hacendados, en ausencia de sus enamorados que no podían defenderlas por estar como migrantes al norte del río Bravo. En esta trama, ante el peligro de que su enamorado, que ha regresado de California para salvarla, sea asesinado, la joven huye con el "gringo" John, socio del patrón que la asedia. "John lleva a Marcela a la capital y le compra ropa a la moda, pero ella no puede corresponder a su amor [puesto que ama a su novio Gertrudis: Arturo de Córdova]. *Noblemente, John se ofrece a facilitar el viaje de Marcela y Gertrudis a la frontera*",[26] para que alcancen en suelo estadunidense [California], la felicidad que en México les ha sido vedada. Emilio García Riera agregaría sobre este argumento, tan sibilinamente, y a la vez tan rampantemente elogioso

[24] Anónimo, "Ramón Novarro, Tito Guízar y Esther Fernández con el cine mexicano. Lupe Vélez, Arturo de Córdova y Dolores del Río también lo harán", *Cinema Reporter*, 25 de septiembre de 1942.

[25] Hollywood había intentado con denuedo representar lo latinoamericano, como atestiguaba una nota en la que se informaba lo siguiente: "Hollywood. Dos nuevas obras de fondo latinoamericano han sido preparadas por el escritor y productor Santiago Reachi para ser producidas próximamente. Reachi acaba de llegar de La Habana, a donde fue para recabar datos auténticos del señor presidente Batista. Una de las obras luce por título *Cuba libre*, una obra histórica, y la otra *Habana*, comedia musical". Anónimo, "Dos películas de fondo latinoamericano", *Cinema Reporter*, 4 de abril de 1941.

[26] García Riera, *Historia documental*, 1993, vol. 2, pp. 155-157

de lo estadunidense, de sus costumbres y de su modernidad en cuanto a los conceptos de la moral, lo siguiente:

> La humilde heroína ranchera […] vuelve de la capital, donde la ha llevado un gringo, vestida de casquivana, pero no llega a ser eso por *dos detalles que significan otros tantos elogios de lo norteamericano*: el tal gringo […] respeta a Marcela mientras ella no quiere entregársele, y sólo la posee ("yo soy gringo –dice–, pero no soy un bloque de hielo") cuando ella se cree traicionada por Gertrudis; el tal Gertrudis, por su parte, ha vuelto de California no sólo vestido al modo gringo, con sombrero tejano y camisa a cuadros, sino convencido de que en los Estados Unidos hay cosas malas y cosas buenas, y entre las segundas, que "por un mal paso no se pierde una mujer". Así, gracias a un espíritu comprensivo del galán, *un espíritu cultivado más allá de la frontera*, la película puede tener no sólo un final feliz, sino un auténtico *happy ending* californiano.[27]

Aquel positivo espectro de representaciones, complementario de la presencia de los cineastas de Hollywood que habían llegado durante el decenio de 1930, se complementa en términos de los nuevos directores que llegaron al país desde la soleada California. En virtud del nuevo gran "romance" existente entre ambas naciones, destacarían las presencias de Norman Foster (con filmes como *Mi amigo Benito*, *Santa*, *La fuga*, *La hora de la verdad*, *El ahijado de la muerte* y *El canto de la sirena*, todas rodadas desde 1941 hasta 1946, prácticamente los años del gobierno ávilacamachista y la segunda guerra mundial). Junto a Foster se harían notables las presencias de Herbert Kline (con películas como *Pueblo olvidado*, o *The Forgotten Village* de 1941 y *Cinco fueron escogidos* de 1942, ambas en versión inglesa y español), y Dudley Murphy (con filmes como *Yolanda* o *Brindis de amor* de 1942 y *Alma de bronce* o *La campana de mi pueblo* de 1944). No sólo se trató de que fueran los cineastas estadunidenses quienes tuvieran mayor presencia en México por sobre cualquier otro de los países aliados, sino que tanto Foster como Murphy y Kline participaron en el cine mexicano de propaganda proaliada, pero más en especial proestadunidense y antieuropea, en varios sentidos, con Francia como el país cuya imagen se afectaría más.[28]

[27] *Ibid.* Las cursivas son mías.

[28] Ramírez, *Norman Foster*, 1992. Véase particularmente las filmografías de cada uno de los cineastas en el final del volumen.

Esto sería muy notorio por dos acontecimientos de 1941. En primer lugar Hollywood, que había planeado una estrategia de producciones fílmicas apologéticas de Latinoamérica, decidió que ante la no muy entusiasta aceptación de su versión sobre *Juárez* (de William Dieterle, 1939), quizá fuera mejor transferir la estafeta a México para dicha tarea, sobre todo en relación con un *Simón Bolívar* que iba a realizarse en La Meca del cine y finalmente se hizo en México (dirigida por Miguel Contreras Torres, en 1941), al costo exorbitante entonces de un millón de pesos, cuando el costo promedio de un filme mexicano era de 150 000.[29] Es casi seguro que el *Simón Bolívar* mexicano fue financiado desde Estados Unidos, cuando ya corría sobre rieles la estrategia propagandística con el cine. Aunque hoy no es considerada una película de gran calidad, de entre las que tuvieron temas históricos, con arengas de defensa de las libertades, la paz y la fraternidad, *Simón Bolívar* resultó un éxito continental. Y fue, en muchos sentidos, un esfuerzo más digno que algunos otros filmes hechos bajo la boga de la propaganda panamericanista, como *La liga de las canciones* (de Chano Urueta, 1941), sobre una hipotética conferencia latinoamericana con participaciones de agentes secretos, como el estadunidense Johonson (Cliford Carr), que "demuestra ser amigo de todos", desfiles de banderas y exposición de toda la música continental, lo cual explicó su gran éxito comercial, o las muy olvidadas *Unidos por el Eje* (de René Cardona, 1941), comedieta ínfima hecha en abierta alusión al Eje Roma-Berlín-Tokio, *Las cinco noches de Adán* (de Gilberto Martínez Solares, 1942), *Canto a las Américas* (de Ramón Pereda, 1942), y *Hotel de verano* (de René Cardona, 1943), que también aludían musicalmente a cuestiones panamericanistas y, en algunos casos, con desfiles de banderas de todo el continente incluidos.[30]

[29] García Riera, *Historia documental*, 1993, vol. 2, pp. 205-206.

[30] Aquellos filmes mexicanos se hicieron bajo el ejemplo de Hollywood, que con filmes musicales como *Serenata argentina* (*Down the Argentine Way*, de Irving Cummings, 1940), *¡A La Habana me voy!* (*Weekend in Havana*, de Walter Lang, 1941), *Aquella noche en Río* (*That Night in Río*, de Irving Cummings, 1941) y *Canción de México* (*Down the Mexican Way*, de Joseph Santley, 1941), trataba de congraciarse con Latinoamérica toda. En esta disposición, la prensa informaba que "el vicepresidente de E.E. U.U. *y un grupo de personas ansiosas por conocer y relacionarse con las costumbres latinoamericanas*", estaban muy dispuestas a conocer el cine mexicano, para representar mejor al país en sus producciones hollywoodenses. Anónimo, "El vicepresidente Wallace y las películas mexicanas", *Cinema Reporter*, 11 de diciembre de 1943, ciudad de México. Producto de aquella disposición fue también la visita que Walt Disney hizo a México con su equipo, para tomar imágenes que luego sirvieron para la producción de *Los tres caballeros* (Walt Disney, 1943). En ella aparecerían los tres grandes aliados del continente: Pepe Carioca (Brasil), Pancho (el gallo mexicano) y el Pato Donald (Estados Unidos). Anónimo, "Walt Disney en México", *Cinema Reporter*, 11 de diciembre de 1942.

Muy pronto, junto a la apoteosis del panamericanismo en ristre desatado con *Simón Bolívar*, la primera andanada contra Francia llegó con la película mexicana *La isla de la pasión* (*Clipperton*, de Emilio el Indio Fernández, 1941), sobre la isla del Pacífico que por un laudo del rey Víctor Manuel III de Italia había pasado de ser mexicana a ser propiedad de Francia. La trama abrió la puerta para despliegues de patriotismo, nacionalismo y heroísmo, el de los mexicanos que luchaban contra "los invasores franceses" y al fin morían en la contienda. El cine mexicano, como dijimos antes, continuó cultivando los géneros fílmicos que le eran propios y sumó nuevos planteamientos, como la reafirmación de la virgen de Guadalupe como patrona de las Américas (por ejemplo, con filmes como *Alma de América*, de Alfonso Bustamante Moreno, 1941) y las subsiguientes de temas similares, que incluirían un cine nacional de epopeyas bíblicas (como *Jesús de Nazareth*, de José Díaz Morales, 1942).[31]

Cuando por último se incursionó en la producción de cine de temas bélicos y de espionaje, con fuerte carga discursiva a favor de los Aliados, quedaría más claro que no todos ellos eran iguales para el cine nacional y no se presentarían de la misma manera a las audiencias mexicanas e iberoamericanas que se habían vuelto muy afectas al cine mexicano. Fue pues en este terreno en el que habría de parecer muy claro, a la larga, el esquema en el que la imagen que en el cine mexicano se daba sobre los Aliados no era equitativa, pues tanto Gran Bretaña como Francia, sobre todo la última, quedarían muy desdibujados, y hasta perjudicados, en la producción de aquel cine propagandístico.[32] Nunca se refirieron alianzas de mexicanos con británicos o franceses en la lucha contra el fascismo, pero sí se plantearon tramas en las que no solamente aparecían mexicanos y espías estadunidenses luchando hombro a hombro contra el enemigo, en argumentos en los que, además, los primeros triunfaban y conservaban la vida, frente a sus colegas, que terminaban muertos.

[31] En *La virgen morena* (de Gabriel Soria, 1942), se llegó incluso al extremo de establecer paralelismos entre la conquista de América por España en el siglo XVI con las conquistas de los nazis en Europa en el siglo XX.

[32] Desde luego, no fue tan sólo cine de ficción el que se hizo como propaganda. Se produjeron también diversos documentales, en México y Estados Unidos, relacionados con el involucramiento de México en la guerra. Entre ellos, puede mencionarse *México alerta* (de Frank Z. Clemente, 1942), "filmada en la Baja California, con las fuerzas defensoras de la costa del Pacífico", entonces a cargo de Lázaro Cárdenas. Anónimo, "Frank Z. Clemente en México", *Cinema Reporter*, 25 de septiembre de 1942.

En *Soy puro mexicano* (de Emilio Fernández, 1942), la bailarina de flamenco Raquel, en aparente papel de agente doble, aunque en realidad es espía estadunidense (texana) y a favor de los Aliados, lucha junto al periodista mexicano Juan, del cual se enamora, para desarticular una banda de espías del Eje en México. Lo logran con la ayuda de un bandido "generoso", Lupe Padilla (Pedro Armendáriz), pero al final ella muere en brazos de su amado, con lo cual ambos mexicanos son vencedores en la contienda. En *Espionaje en el Golfo* (de Rolando Aguilar, 1942), nuevamente los protagonistas son un periodista-agente secreto (Luis) y otra espía estadunidense (Linda), que también se hace pasar como "agente doble", en su lucha contra espías y saboteadores nazis en México. En estas tareas, Linda (nuevamente Raquel Rojas o Janet Alcoriza en papel muy similar al que hiciera en *Soy puro mexicano*), es auxiliada por Luis y por un paisano suyo, William O'Malley. Esta vez la heroína no muere, pero sí termina asesinado por los nazis el agente O'Malley, lo cual no es óbice para que juntos los dos grandes aliados del continente (Luis y los otros mexicanos, junto a los estadunidenses Linda y O'Malley), logren de todos modos derrotar a los espías y quintacolumnistas del Eje. Por añadidura, Luis ha conquistado a Linda, con lo cual juntos y enamorados, seguirán en la lucha.

En aquella tesitura se filmaron a continuación películas como *Cinco fueron escogidos* (de Herbert Kline, 1942), publicitada como una muestra de la "Cooperación de la industria fílmica [mexicana] a la causa de las Américas". Basada en los sucesos reales de la tragedia del poblado de Lídice en Checoslovaquia, que fue destruido por los nazis en venganza por la muerte de un alto jerarca alemán a manos de la resistencia checa, esta película se hizo en español e inglés, y se le criticaron varios aspectos, entre ellos que se hubiera utilizado en la versión hispana a todo un elenco de actores y actrices mexicanas para interpretar personajes checos o yugoslavos y también a unos nazis que así resultaban absolutamente inverosímiles. Sin éxito de público ni de crítica, el filme sirvió sin embargo para dejar en la memoria colectiva la impronta de las razones por las cuales el entonces poblado mexicano de San Jerónimo terminó llamándose San Jerónimo Lídice, en abierta respuesta de oposición de varios países, ante la demanda de Hitler de que Lídice desapareciera de todos los mapas, y por lo cual en diversos lugares del mundo se nombró así algún pueblo.

Todo parecía marchar viento en popa, en materia de relaciones cinematográficas entre México y Estados Unidos, sobre todo por la imagen tan positiva que los filmes mexicanos planteaban respecto al segundo,

dejando para los personajes mexicanos el rol de triunfadores, como en una especie de acto de afirmación frente al tradicional predominio del otro. Sin embargo, a la larga lo que no llegó a verse del todo bien fue el patrioterismo cinematográfico, como lo calificaron algunos descontentos, cuando se percibió con claridad el sesgo pro-estadunidense de la producción fílmica mexicana, que se tradujo literalmente en un denuesto de la imagen histórica de los otros Aliados, en particular de Francia. Las películas mexicanas no refirieron nunca, durante el periodo de la guerra, en sus filmes de temas históricos, ninguna de las agresiones estadunidenses a México durante el siglo XIX y el principio del siglo XX. En cambio, comenzando con *La isla de la pasión* arriba mencionada (*Clipperton*, 1941), sí se refirieron a las agresiones de Francia a México en el siglo XIX, en una forma que pareció excesiva (en *Caballería del imperio*, *Mexicanos al grito de guerra* o *Historia del himno nacional*, *Una carta de amor* o *Cuba libre*, *El rebelde* o *Romance de antaño*, *La fuga* o *La diligencia*, *La guerra de los pasteles*, *El camino de los gatos*, *Alma de bronce* o *La campana de mi pueblo* y sobre todo *El jagüey de las ruinas*), hasta el punto de que llegó a decirse en la prensa que no había por qué ensañarse haciendo "leña del árbol caído", en abierta alusión a que se estaba actuando de manera parcial e injusta con una nación que también era parte de los Aliados y en ese momento estaba invadida por los nazis. Dos directores estadunidenses (Norman Foster con *La fuga* y Dudley Murphy con *Alma de bronce*) participaron en aquella campaña de denuestos contra los franceses decimonónicos, quienes aparecían equiparados en las tramas con los nazis del siglo XX.

Fue también muy notorio que, cuando se hablaba de los Aliados como defensores de las libertades y la democracia, la referencia se hacía con base en el presente, y en alusión a Estados Unidos como el protagonista en la materia. Así, poco importaba que la literatura francesa fuera más adaptada para las pantallas que la estadunidense, o que en la adaptación que Ramón Pérez Peláez hizo de *Los miserables* (de Fernando A. Rivero, 1943), un epígrafe inicial estableciera que "esta película está dedicada a todo el público de habla española y constituye un férvido homenaje a la memoria de Victor Hugo, excelso poeta, gran romántico y denodado paladín de las libertades humanas".[33] Frente a este planteamiento, los personajes de *Tres hermanos* (de José

[33] Tomado del epígrafe introductorio del filme. García Riera supuso que "en *Los miserables* de Rivero es muy posible que haya partes de *Les Miserables*, película francesa dirigida por Raymond Bernard en 1935". García Riera, *Historia documental*, 1993, vol. 2, p. 141. Las tensiones entre México y Francia no habían iniciado aún.

Benavides hijo, 1943), con el argumento sobre una familia chicana cuyos tres hijos se debaten sobre si deben o no sumarse al ejército de Estados Unidos, llegaban a una conclusión final y contundente: sí debían incorporarse y combatir con el ejército estadunidense porque hacerlo equivalía a combatir por la democracia y la libertad. Además de aquellos planteamientos del vecino del norte como el adalid en la materia, el filme se pensó para inducir a los mexicanos allá residentes a que se sumaran a la contienda.

Estrenada casi ocho meses después de su producción, el 19 de julio de 1945 y cuando ya la guerra en Europa había terminado, *El jagüey de las ruinas* (de Gilberto Martínez Solares, 1944), fue el último gran golpe de propaganda negativa que el cine nacional adjudicó a Francia, una nación que se suponía también era amiga de México y parte de los Aliados con los cuales estaba hermanado en la lucha contra el fascismo mundial. Vistas en perspectiva histórica, todas aquellas películas con una imagen diferenciada de lo estadunidense (que se centró más en el presente, en el siglo XX), y lo francés (que se centró más en el pasado, en el siglo XIX), forman parte de una producción cultural que respondió a la necesidad del gobierno mexicano de fortalecer, a través de su industria fílmica, un sentimiento de unidad y reconciliación, un sentimiento común de identificación con una experiencia histórica pasada, que en efecto había configurado una percepción y adhesión a una idea de nación y un nacionalismo que, en las condiciones derivadas de la segunda guerra mundial, reclamaban un reforzamiento por todos los medios posibles.

A esas necesidades respondieron en general todos los demás filmes mexicanos que se hicieron para el efecto, entre los diversos géneros, subgéneros o temas, entre ellos los de carácter religioso (sobre vidas de santos, pasiones de Cristo y otros efluvios, como el guadalupanismo), que apelaban a los sentimientos de piedad como antídoto contra la barbarie que estaba desatada por el planeta. A esas necesidades respondieron por igual películas como *Corazones de México* (de Roberto Gavaldón, 1945), que se hizo para promover la necesidad de la conscripción de la juventud masculina de México, en marzo de 1945, cuando todavía no terminaba formalmente la guerra, para contar de tal manera con los cuerpos militares que pudieran ser necesarios, mediante el servicio militar obligatorio, en el caso de que México tuviera que defenderse de una agresión externa. A esas necesidades respondió también, finalmente, el filme *Escuadrón 201* (de Jaime Salvador, 1945), que se hizo como una suerte de homenaje a los mexicanos que, después de haberse entrenado en instalaciones estadunidenses, participaron

del lado de los Aliados en las contiendas del Pacífico, mediante una película que con toda oportunidad se estrenó en noviembre de 1945, a poco de haberse consumado el fin absoluto de la guerra con la rendición de Japón en agosto del mismo año.

REFLEXIÓN FINAL

Aunque es claro ahora que aquel cine mexicano de la coyuntura bélica se hizo bajo la incidencia de un acuerdo de colaboración hecho exprofeso para la estrategia, es claro también que el resultado fue, visto en perspectiva histórica, un tema relativamente "artificioso". Se dejaron de lado las cuestiones pasadas no resueltas, e irresolubles en el futuro inmediato de las relaciones entre México y Estados Unidos, para promover la idea de un hipotético sentimiento de equidad, hermandad, solidaridad o fraternidad entre dos naciones, México y Estados Unidos, que históricamente han tenido, y tienen hasta la fecha, un trato muy conflictivo.

Por otra parte, plantear en las tramas a algunos personajes mexicanos masculinos, como los conquistadores y hasta los dominadores de las damas estadunidenses en peligro, que aparecían como espías y terminaban locamente enamoradas de ellos, fue más bien una especie de "revancha" que el cine mexicano tomó respecto a una ofensa que venía del pasado. Durante casi toda la etapa del cine mudo estadunidense, y en el principio del sonoro, resultó muy frecuente ver en el cine de Hollywood la situación de la chica mexicana, o latina, locamente enamorada del galán alto, rubio, corpulento y de tierna y avasalladora mirada azul. Las "*beautiful* señoritas" de ascendencia más bien criolla eran sobre todo las preferidas de los argumentistas hollywoodenses, que las presentaban como dispuestas a traicionar a los suyos incluso (a los mexicanos), con la finalidad de asegurarse un destino "glorioso" con un marido estadunidense. Por el contrario, fue casi siempre nula la posibilidad de que los personajes masculinos nacionales aparecieran en el cine de Hollywood en posición de conquistar y poseer a las damas anglosajonas, a menos que se tratara del típico "*greaser*", el bandido mexicano violador, secuestrador y asesino. Fue notorio por tanto el caso de ¡*Guadalajara pues!* (de Raúl de Anda, 1945), hecha cuando la guerra estaba a punto de terminarse, donde un mexicano (Pedro), seduce otra vez a una estadunidense (Betty). Como era de esperarse, Betty y otros personajes aparecen en la trama como salvadores, con su poder económico, de unos

mexicanos en aprietos (unos alfareros endeudados que, con su ayuda, pueden resolver sus problemas). Y en el terreno amoroso Betty, que se supone engañada por Pedro, se rebela e intenta regresar a Estados Unidos. Cuando está a punto de conseguirlo, se ve obligada a ceder su lugar en el vuelo, por las prioridades de la guerra, a un militar de alto rango. Es en ese momento en el que Pedro, "el macho mexicano" se decide por fin a tomar control de la situación y la doblega con una bofetada y besándola casi por la fuerza, hasta que ella cede al arrebato pasional y de dominio de su "intenso" novio, mientras como fondo se escucha la tradicional canción *Guadalajara*, con música de mariachi.

Aquel final, en aquella película, con aquella escena, resultó ser la conclusión apoteósica de un imaginario construido de manera coyuntural, artificial, para servir a los fines de un acercamiento geopolítico que estaba próximo a concluir y por cierto no de la mejor manera, ni con buenos resultados en el futuro inmediato. En México no todos estaban demasiado de acuerdo con que los mexicanos residentes en Estados Unidos hubieran sido enviados a los campos de batalla. Se sabía también que se les negaban reconocimiento por sus méritos en la contienda. Se sabía además que los trabajadores migratorios eran violentados en sus derechos y remuneraciones, a pesar de que se les contrataba de manera supuestamente regular y bajo condiciones de protección diplomática y laboral.

En este sentido, poco importaría que poco tiempo después, en *Los tres García* y *Vuelven los García* (ambas de Ismael Rodríguez, 1946), apareciera una "gringa" simpática (Marga López como Lupita, hija de otro gringo "simpático", John Smith, emparentado con la familia García), y que también termina enamorada de uno de los mexicanos (José Luis García). Poco importa que el personaje de Luis Antonio García (Pedro Infante), grite en algún momento del filme que "¡Viva el panamericanismo!..., y el acercamiento de las americanas". Poco importa también que el personaje de doña Luisa García viuda de García (Sara García), aparezca en ambos filmes como una mujer "de gran temple" y aspavientos de dominio, frente a un John Smith casi siempre muy atolondrado, como fueron presentados muchos personajes de estadunidenses cuando no eran referidos como los peores villanos.

Esta dicotomía en la forma de retratar a algunos de los personajes "gringos" del cine mexicano, como tontos, villanos a ultranza o muertos para el caso de la guerra, en cuyos filmes de propaganda triunfan los mexicanos, que permanecen vivos y se quedan con "las gringas", estaba por resolverse muy pronto. Cuando Alejandro Galindo recuperó estaduniden-

ses menos distorsionados, como los que se habían hecho para satisfacción de un imaginario nacional ávido de revanchas ficticias en la pantalla, una mirada más realista de la idiosincrasia y la caracterología de los mexicanos afloró en lo relativo a las percepciones nacionales sobre Estados Unidos y sus ciudadanos. El boxeador "gringo" y deleznable que, en *Campeón sin corona* (de Alejandro Galindo, 1945), desestabiliza al boxeador mexicano solamente hablándole en inglés, con lo cual lo desarma, llevó al director a recordar, con ánimos de explicación socio-antropológica, el trauma histórico no resuelto frente a una nación que siempre ha sido vista como avasalladora de México y los mexicanos.

De la misma manera, cuando en *Espaldas mojadas* (*Río Bravo* o *Pan ajeno*, de Alejandro Galindo, 1953), el director hizo aparecer a los miembros de la patrulla fronteriza, los agentes de migración, baleando a los mexicanos que intentan cruzar la frontera a través del río Bravo, la película tuvo la virtud de referir una situación que era cotidiana antes y después de la guerra y, en consecuencia, más cercana de la realidad respecto a lo que ha sido relación entre Estados Unidos y México, sobre todo en materia de conflictos migratorios. Víctimas de estadunidenses abusivos como el personaje de Sterling (Víctor Parra) y de "pochos" mezquinos y poco solidarios con sus paisanos, los mexicanos maltratados, humillados, vilipendiados, toman venganza aventando al malvado al río, donde muere tiroteado por sus connacionales, los guardias de la policía fronteriza. Es cierto que este final parece más un resarcimiento emocional para los mexicanos que siempre han padecido atropellos en la frontera, pero por todos estos planteamientos la película fue censurada durante poco más de dos años, a petición de diplomáticos estadunidenses ante el gobierno mexicano, por riesgo de que complicara las relaciones entre ambas naciones. Ante la propuesta de que la embajada en México se acercara informalmente a la empresa productora, para asistirla en la coproducción de las secuencias de la película que los estadunidenses consideraban abiertamente distorsiones de su país y sus conciudadanos, Manuel Tello, entonces embajador de México en Washington, dio una respuesta contundente: "[…] Hizo hincapié en el hecho de que el gobierno mexicano ha tenido frecuentemente problemas idénticos con la industria estadunidense del cine, y sus acercamientos a dicha industria para corregir distorsiones en relación con la imagen de México y los mexicanos

(en las películas de Hollywood), han sido exitosos en algunas ocasiones y todo lo contrario en otras".[34]

Ese diferendo, y esa contestación, fueron el corolario, en pleno contexto de la guerra fría, de la realidad de una relación tensa que, por condicionamientos derivados de la segunda guerra mundial, se había matizado, y se había tergiversado para responder a los fines que fueron más útiles para Estados Unidos que para México, como puede atestiguarse en todas esas películas que por todas estas razones son ahora válidos testimonios de un periodo histórico, de un contexto específico en las relaciones entre ambos países y ahora pueden analizarse, criticarse, interpretarse y explicarse, a través de un tipo de producción cultural como es el cine.

Todo aquel conjunto de filmes, con contenidos históricos, o biográficos (como el *Juárez*, de William Dieterle, 1939, o el *Simón Bolívar* de Miguel Contreras Torres, 1941), o incluso sin absolutamente ninguna referencia a la historia o las vidas de personajes históricos, son de todos modos Historia porque, como dijera Marc Ferro en su libro pionero, *Cinéma et histoire*, el cine, intriga auténtica o pura invención, se convierte con el paso del tiempo en un documento útil para el historiador, como cualquier otro testimonio en cualquier tipo de repositorio o archivo para la investigación. Quedaría claro entonces, como decía el título original del libro de Ferro, que aquel cine fue primero "agente" de la historia, y se convertiría, pasado el tiempo, en fuente para la historiografía.

FUENTES CONSULTADAS

Archivos

NAW National Archives of Washington (NAW Records).
PRO Public Record Office. Kew Gardens, Londres.

[34] William Benton, funcionario a cargo de los asuntos diplomáticos mexicanos en el Departamento de Estado en Washington, a la embajada de Estados Unidos en México, Washington, 24 de agosto de 1953. El memorándum refiere la conversación que Benton y otro personaje referido solamente como Muches, sostuvieron con Manuel Tello, embajador de México ante Estados Unidos, y con Alfonso Cortina, consejero de la embajada mexicana, sobre el problema suscitado a propósito de *Espaldas mojadas*, y que se había tratado en un documento previo del 6 de agosto de 1953. Confidential U. S. State Department Central Files, National Archives of Washington (NAW Records). Citado en Peredo Castro, *Alejandro Galindo*, 2000, pp. 383-384.

Hemerografía

Cinema Reporter, ciudad de México.
Excélsior, ciudad de México.

Bibliografía

Díez Puertas, Emeterio, "Los acuerdos cinematográficos entre el franquismo y el Tercer Reich", *Archivos de la Filmoteca. Revista de Estudios Históricos sobre la Imagen*, núm. 33, 1999, Valencia, pp. 34-59.

Fernández Christlieb, Fátima, "La gestación de la industria de radio y televisión" en Fátima Fernández Christlieb, *Los medios de difusión masiva en México*, México, Juan Pablos, 1982, pp. 87-100.

Ferro, Marc, *Cinéma et histoire: Le cinéma, agent et source de l'histoire*, París, Denoel/Gonthier, 1977 (Bibliothèque Médiations).

García Riera, Emilio, *Historia documental del cine mexicano*, México, Era, 1970, 9 vols.

———, *Historia documental del cine mexicano*, México, Universidad de Guadalajara/Gobierno de Jalisco/Conaculta /Imcine, 1993, 18 vols.

Heinink, Juan B. y Robert G. Dickson, *Cita en Hollywood. Antología de las películas norteamericanas habladas en castellano*, Bilbao, Mensajero, 1990.

Mejía Barquera, Fernando, *La industria de la radio y la televisión y la política del Estado mexicano 1920-1960*, México, Fundación Manuel Buendía, 1989.

Ortiz Garza, José Luis, *México en guerra. La historia secreta de los negocios entre empresarios mexicanos de la comunicación, los nazis y E.U.A*, México, Planeta, 1990 (Espejo de México).

Peredo Castro, Francisco Martín, *Alejandro Galindo. Un alma rebelde en el cine mexicano*, México, Conaculta/Imcine/Cineteca Nacional/Miguel Ángel Porrúa, 2000.

Ramírez, Gabriel, *Norman Foster y los otros. Directores norteamericanos en México*, México, unam, 1992.

———, *Miguel Contreras Torres 1899-1981*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara/ciec, 1994 (Cineastas de México, 9).

Vasey, Ruth, *The world according to Hollywood 1918-939*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1997.

Vidrio, Martha, *La adaptación de obra literaria en el cine mexicano*, Guadalajara, Rayuela, 2013.

Filmoteca

Adiós mi chaparrita, René Cardona (dir.), México, 1939.
Águilas frente al sol, Antonio Moreno, (dir.), México, 1932.
¡A La Habana me voy! (*Weekend in Havana*), Walter Lang (dir.), Estados Unidos, 1941.
Alma de América, Alfonso Bustamante Moreno (dir.), México, 1941.
Alma de bronce, Dudley Murphy (dir.), México, 1944.
Alma mexicana, David Kirkland (dir.), México, 1929.
Almas rebeldes, Alejandro Galindo (dir.), México, 1937.
Aquella noche en Río (*That Night in Rio)*, Irving Cummings (dir.), Estados Unidos, 1941.
Brindis de amor, Dudley Murphy (dir.), México, 1942.
Caballería del Imperio, Miguel Contreras Torres (dir.), México, 1942.
Campeón sin corona, Alejandro Galindo (dir.), México, 1945.
Canción de México (*Down the Mexican Way*), Joseph Santley (dir.), Estados Unidos, 1941.
Canto a las Américas, Ramón Pereda (dir.), Portugal, 1942.
Cinco fueron escogidos, Herbert Kline (dir.), México, 1942.
Corazones de México, Roberto Gavaldón (dir.), México, 1945.
Cuba libre, Santiago Reachi (dir.), proyecto, s. l., s. f.
El ahijado de la muerte, Norman Foster (dir.), México, 1946.
El camino de los gatos, Chano Ureta (dir.), México, 1944.
El canto de la sirena, Norman Foster (dir.), Portugal, 1946.
El cementerio de las águilas, Luis Lezama (dir.), México, 1938.
El impostor, David Kirkland (dir.), México, 1936.
El jagüey de las ruinas, Gilberto Martínez Solares (dir.), México, 1944.
El rebelde o *Romance de antaño*, Jaime Salvador (dir.), México, 1943.
Escuadrón 201, Jaime Salvador (dir.), México, 1945.
Espaldas mojadas (*Río Bravo* o *Pan ajeno*), Alejandro Galindo (dir.), México, 1953.
Espionaje en el Golfo, Rolando Aguilar (dir.), México, 1942.
¡Guadalajara pues!, Raúl de Anda (dir.), México, 1945.
Habana, Santiago Reachi (dir.), proyecto, s. l., s. f.
Hotel de verano, René Cardona (dir.), México, 1943.
Jesús de Nazareth, José Díaz Morales (dir.), México, 1942.
Juárez, Willam Dieterle (dir.), Estados Unidos, 1939.
Juan Soldado, Louis Gasnier (dir.), México, 1938.
La campana de mi pueblo, Dudley Murphy, s. l., 1944.
La fuga (*La diligencia)*, Norman Foster (dir.), México, 1943.
La guerra de los pasteles, Emilio Gómez Muriel (dir.), México, 1944.
La hora de la verdad, Norman Foster (dir.), México, 1944.

La inmaculada, Louis Gasnier (dir.), Estados Unidos, 1938.
La isla de la pasión (*Clipperton*), Emilio, el Indio, Fernández (dir.), México, 1941.
La liga de las canciones, Chano Ureta (dir.), México, 1941.
La virgen Morena, Gabriel Soria (dir.), México, 1942.
Las cinco noches de Adán, Gilberto Martínez Solares (dir.), México, 1942.
Los Miserables, Fernando A. Rivero (dir.), México, 1943.
Los tres caballeros, Walt Disney (dir.), Estados Unidos, 1943.
Los tres García, Ismael Rodríguez, (dir.), México, 1946.
Mala yerba, Gabriel Soria (dir.), México, 1940.
Mexicanos al grito de guerra (*Historia del himno nacional*), Álvaro Gálvez y Fuentes (dir.), México, 1943.
México alerta, Frank Z. Clemente (dir.), México, 1942.
Mi amigo Benito, Norman Foster, s. l., 1941.
No matarás, Miguel Contreras Torres (dir.), México, 1935.
Odio, William Rowland (dir.), México, 1939.
Pan ajeno, Alejandro Galindo (dir.), México, 1953.
Pecados de amor, David Kirkland (dir.), s. l., 1933.
Perfidia, William Rowland (dir.), México, 1939.
Pueblo olvidado, Hebert Kline (dir.), s. l., 1941.
Redes, Paul Strand, Fred Zinnemann, Julio Bracho y Emilio Gómez Muriel (dirs.), México, 1934.
Río Bravo, Alejandro Galindo (dir.), México, 1953.
Santa, Norman Foster (dir.), México, 1943.
Serenata argentina (*Down the Argentine Way*), Irving Cummings (dir.), Estados Unidos, 1940.
Simón Bolívar, Miguel Contreras Torres (dir.), México, 1941.
Soy puro mexicano, Emilio, el Indio, Fernández (dir.), México, 1942.
Su última canción, John H. Auer (dir.), Estados Unidos, 1933.
The Forgotten Village, Herbert Kline (dir.), Estados Unidos, 1941.
The Mad Empress o *La emperatriz loca*, Miguel Contreras Torres (dir.), Estados Unidos, 1939.
Tres hermanos, José Benavides hijo (dir.), México, 1943.
Una carta de amor (*Aquella carta de amor*), Miguel Zacarías (dir.), México, 1943.
Una vida por otra, John H. Auer (dir.), Estados Unidos, 1932.
Unidos por el eje, René Cardona (dir.), México, 1941.
Vuelven los García, Ismael Rodríguez (dir.), México, 1946.
Yolanda, Dudley Murphy (dir.), México, 1942.

SOBRE LOS AUTORES

Ana María Romero Valle

Maestra en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Es académica del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la misma universidad donde colabora en la edición de la obra de Ángel de Campo, *Micrós.* Imparte cursos de historia de México. Ha participado en *Pueblo y canto. La ciudad de Ángel de Campo,* Micrós y Tick-Tack. *Homenaje en el centenario de su muerte* (2011), Ángel de Campo, *Micrós. Obras II. Revista Azul (1894-1896) y El Universal (1896)* (2014) y *Los papeles para Euterpe: La música en la ciudad de México desde la historia cultural, siglo XIX* (2015), *El viajero y la ciudad* (2017) y *José María Vigil. A cien años de su muerte* (2018).

Ana Rosa Suárez Argüello

Doctora en Historia por la UNAM, profesora-investigadora de tiempo completo del Instituto Mora, profesora en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y del posgrado del Instituto Mora. Recibió los premios Francisco Javier Clavijero (1994) y Genaro Estrada (2001). Ha escrito *Un duque norteamericano para Sonora* (1990), *De Maine a México: La misión diplomática de Nathan Clifford (1848-1849)* (1994), *La batalla por Tehuantepec. El peso de los intereses privados en la relación México-Estados Unidos, 1848-1854* (2003) y *El camino de Tehuantepec. De la visión a la quiebra, 1854-1861* (2014), además de artículos y capítulos. A la fecha es editora de *BiCentenario. El Ayer y Hoy en México* y

coordinadora de la maestría en Historia Moderna y Contemporánea del Instituto Mora.

Antonio Nájera Irigoyen

Maestro en Historia Moderna y Contemporánea por el Instituto Mora. Colaboró en *La escritura poliédrica. Ensayos sobre Daniel Sada* (2011) y *Valuación de obra de arte. Elementales consideraciones* (2020). Ha publicado también en periódicos como *El Diario del Sureste* y *Milenio Diario* y en revistas como *Crítica* de la BUAP, *La Palabra y el Hombre* de la Universidad Veracruzana, *Foro Internacional* de El Colegio de México, *Foreign Affairs Latinoamérica* y *Nexos.*

Carlos Estela Vilela

Poeta y editor peruano. Maestro en Études ibériques et hispanoaméricains en la Universidad Bordeaux Montaigne, Francia, donde actualmente escribe su tesis doctoral sobre fotografía y migración durante el siglo XIX y se desempeña como profesor de español, civilización latinoamericana y traducción. Ha colaborado con poemas y traducciones en múltiples revistas literarias latinoamericanas y editado diversas publicaciones en torno a escritores peruanos como Jorge Eielson (*Nu/Do. Homenaje a J.E. Eielson*, 2002) y César Moro (*Amour à Moro*, 2003).

Diana Irina Córdoba Ramírez

Doctora en Historia por El Colegio de México, adscrita al Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, en el área de Historia Moderna y Contemporánea. Obtuvo los premios Luis González y González del COLMICH y Francisco Xavier Clavijero del INAH, así como la Charles A. Hale Fellowship for Mexican History de la Latin American Studies Association (LASA). Ha publicado diversos trabajos en forma de artículos y capítulos de libro y es autora del libro *Manuel Payno: los derroteros de un liberal moderado.*

Élodie Vaudry

Doctora por la Universidad de París-Nanterre, ocupa actualmente el cargo de asesora científica en el Centro Alemán de Historia del Arte de París (Deutsche Forum für Kunstgeschichte). Fue becaria de posgrado en el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM. Recibió un premio del Instituto de las Américas en París por su tesis de doctorado que fue publicada en 2019. Ha colaborado en revistas como *Perspective* o *Estudios Indiana* y participado en coloquios del Instituto Nacional de Historia del Arte en París, la Bauakademie en Berlín, la UNAM en México y la Universidad de la Católica en Lima.

Francisco Peredo Castro

Doctor en Historia por la UNAM. Realizó un posdoctorado en Análisis Cultural en la Universidad de Ámsterdam). Autor de *Alejandro Galindo, un alma rebelde en el cine mexicano*; *Cine y propaganda para Latinoamérica. México y Estados Unidos en la encrucijada de los años cuarenta*; *Gregorio Wallerstein y el cine. Historia de una pasión*; coautor y coordinador de *José Revueltas. Obra cinematográfica 1943-1976*; *Historia sociocultural del cine mexicano. Aportes al entretejido de su trama 1896-1966*. Profesor e investigador en la Facultad de Ciencias Políticas, UNAM.

Graciela de Garay Arellano

Doctora en Historia por la Universidad Iberoamericana. Profesora-investigadora en el Instituto Mora. Últimamente ha publicado "El uso de las fuentes orales para el estudio de la vida cotidiana" en *La historia y lo cotidiano* (2019); "La vida de los otros después de 1968. Arquitectos mexicanos revisitan el acontecimiento" en *Revisitando el movimiento estudiantil de 1968: la historia contemporánea y el tiempo presente de México*; "De la palabra a la escucha. Una reflexión sobre la legitimidad del testimonio de historia oral" en *Entrevistar ¿para qué? Múltiples escuchas desde diversos cuadrantes*; "Arquitectura global desde los márgenes mexicanos. Pedro Ramírez Vázquez (1919-2013) en *A la sombra de la diplomacia. Actores informales en las relaciones internacionales de México, siglos XIX y XX*.

Guadalupe Villa Guerrero

Doctora en Historia de México por la UNAM. Ha participado en la creación de diversos museos en la ciudad de México y estados del norte del país. En el Instituto Mora es profesora-investigadora de tiempo completo, coordinadora académica de la Licenciatura en Historia, y miembro del comité editorial de *BiCentenario, el Ayer y Hoy de México*. Cuenta con numerosas publicaciones sobre historia del norte de México y sobre revolución mexicana. Ha intervenido en un sinfín de actividades culturales que han contribuido a la difusión del conocimiento histórico.

Isabelle Tauzin-Castellanos

Es catedrática de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Bordeaux Montaigne, miembro del Instituto Universitario de Francia y miembro correspondiente de la Academia Peruana de la Lengua. Entre sus últimos trabajos académicos compiló, con Efrén Ortiz Domínguez, *Viajes, exilios y migraciones: representaciones en la literatura latinoamericana del siglo XXI* por la Universidad Veracruzana. En Francia, coordina el programa interdisciplinario Escrituras Migrantes Latinoamericanas (Emila, https://emila.hypotheses.org/) sobre la historia de la migración transatlántica a América Latina, exilios de artistas y migración retorno.

Itzel Toledo García

Doctora en Historia por la Universidad de Essex (Colchester, Reino Unido). Actualmente es becaria posdoctoral en el Departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana. Participó también en el Programa de Becas Posdoctorales de la UNAM de 2018 a 2020. Sus líneas de investigación son la historia de las relaciones internacionales de México, el giro de género en la nueva historia diplomática y la literatura de viajeros de finales del siglo XIX al periodo de entreguerras.

Laura Suárez de la Torre

Doctora en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México, profesora-investigadora de tiempo completo en el Instituto Mora. Ha coordinado *Más allá del amor, la nostalgia, la pasión y el éxtasis… El Romanticismo en México en el siglo XIX* (en prensa); *En distintos espacios: la cultura. Ciudad de México, siglo XIX* (en prensa); *Constructores de un cambio cultural: Impresores-editores y libreros en la Ciudad de México (1830-1855)*; *Impressions du Mexique et de France/ Impresiones de México y de Francia*; *Los papeles para Euterpe. La música en la ciudad de México desde la historia cultural. Siglo XIX*, con Lise Andries; *Tras las huellas de Eugenio Sue. Lectura, circulación y apropiación de* Los Misterios de París. *Siglo XIX*; *Estantes para los impresos. Espacios para los lectores. Siglos XVIII-XIX.*

Luz Carregha Lamadrid

Doctora en Historia por la Universidad Autónoma del Estado de Morelos. Profesora-investigadora de tiempo completo en El Colegio de San Luis. Sus libros más recientes son: *¡Ahí viene el tren! Construcción de los ferrocarriles en San Luis Potosí durante el porfiriato* y *¡Ya llegó el tren! Fiestas de inauguración de los ferrocarriles en San Luis Potosí, 1888-1902.*

Marcela Terrazas y Basante

Doctora en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM e investigadora del Instituto de Investigaciones Históricas de la misma universidad. Pertenece a la Academia Mexicana de las Ciencias. Impartió la Cátedra Mexicana en la Universidad Toulouse Le Mirail, en Toulouse, y ha dictado conferencias en universidades del Reino Unido, Francia, Estados Unidos y México. Es autora de libros, capítulos y artículos referentes a las relaciones entre México y Estados Unidos; el Reino Unido y México y sobre la frontera norte de este país. Imparte seminarios en el Posgrado en Historia y en la licenciatura en Estudios Latinoamericanos de la UNAM; asimismo, en la licenciatura de Relaciones Internacionales de El Colegio de México y en la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Margarita Pierini

Doctora en Letras por la UNAM. Se ha desempeñado como docente e investigadora en diversas universidades de México y de Argentina. Actualmente es profesora titular en la Universidad Nacional de Quilmes. Es autora de numerosas publicaciones sobre literatura de viajes en Latinoamérica, sobre el campo editorial en Argentina y sobre escritoras latinoamericanas de los siglos XIX y XX.

María Esther Pérez Salas Cantú

Doctora en Historia del Arte por la UNAM. Investigadora de tiempo completo en el Instituto Mora. Sus investigaciones han girado alrededor de las publicaciones ilustradas mexicanas durante el siglo XIX, en especial las relacionadas con la imagen litográfica y la formación de talleres litográficos en la ciudad de México, en especial los franceses. Ha presentado el resultado de sus investigaciones en reuniones académicas nacionales e internacionales, mismas que han dado origen a la publicación de libros, capítulos de libro y artículos, tanto en México como en el extranjero.

Miguel Ángel Castro

Investigador en el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, especialista en bibliografía y hemerografía del siglo XIX, en la historia de la Biblioteca Nacional de México y en la literatura mexicana de esa centuria. Entre sus publicaciones se encuentra la coordinación de *El viajero y la ciudad*. Participa en los proyectos colectivos *Publicaciones periódicas mexicanas del siglo XIX, 1822-1910*, y *Cultura liberal México y España*. Imparte *Crónica, historia, prensa y literatura* en El Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras y es profesor de español como segunda lengua y de literatura en el Centro de Enseñanza para Extranjeros. Actualmente es secretario académico de su instituto.

Paolo Riguzzi

Investigador del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Es coautor de *Historia de las relaciones México-Estados Unidos. II. 1867-2010. ¿Destino no manifiesto?* Entre sus publicaciones recientes están "Between Diplomatic Crisis and Economic Interaction: An Information Battle, Public Diplomacy and Investments in US-Mexico Relations, 1876-1880", en *Mexican Studies/ Estudios Mexicanos*, y *Diplomacia de supervivencia. Información, comunicación estratégica y la defensa de la República mexicana en Estados Unidos, 1861-1867*, en prensa en El Colegio de México.

Rosa María Talavera Aldana

Maestra en Literatura Iberoamericana por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Participó en el *Programa de Apoyo a la Docencia* de la Universidad Autónoma de Madrid y la Universidad de Extremadura en España. Es profesora de Lengua Española y Literatura Mexicana e Iberoamericana en la Escuela Nacional Preparatoria de la UNAM. Entre sus publicaciones está su participación en *Republicanos en otro imperio, Viajeros mexicanos a Nueva York,* y el estudio introductorio a *Recuerdos de un viaje en América, Europa y África* de Ignacio Martínez.

Víctor Villavicencio Navarro

Doctor en Historia por la UNAM, cuenta también con estudios de especialización en Historia del Mundo Hispánico, realizados en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid, España. Se especializa en las instituciones y el pensamiento político mexicano del siglo XIX, particularmente el conservadurismo y el monarquismo. Actualmente es profesor de tiempo completo, adscrito al Departamento Académico de Estudios Generales, en el Instituto Tecnológico Autónomo de México. También ejerce la docencia en el Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Miradas mexicanas hacia Francia y Estados Unidos
se terminó de imprimir el 10 de diciembre de 2021,
en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso S. A. de C. V. (IEPSA).
Calz. San Lorenzo 244, Col. Paraje de San Juan, Alcaldía Iztapalapa,
C. P. 09830, Ciudad de México
Edición realizada a cargo de la Subdirección de Publicaciones
del Instituto Mora. En ella participaron:
corrección de estilo, Mario Salgado;
corrección de pruebas, Anastasia Rodríguez, Estela García,
Javier Ledesma y Claudia Nava.
diseño de portada, Natalia Rojas;
formación de páginas, Punto Gif DS;
cuidado de la edición, Yazmín Cortés.
La edición consta de 600 ejemplares.

Fecha de aparición en formato PDF
14 de diciembre de 2022.

Los viajeros transcribieron su visión del Otro, francés o estadunidense, de diversas maneras. Casi siempre en primera persona y con un estilo introspectivo, en textos escritos sobre la marcha o poco después, en forma de diarios íntimos, apuntes de viaje, epistolarios privados, memorias o crónicas de prensa. Pero también en informes y comunicaciones oficiales, más institucionales y, por tanto, solemnes, y en forma literaria —cuentos, novelas, poemas—, escritos más tarde. Los testimonios podían existir paralelamente o combinarse: de tal modo, contamos con el diario personal de Matías Romero y a la vez con sus despachos diplomáticos, o con los recuerdos de Paula Amor, a través de la pluma de su hija Elena Poniatowska. O con la guía de Adalberto Cardona para impulsar el turismo desde México a los Estados Unidos.

El lector descubrirá en estas páginas a innumerables mexicanos ilustres o anónimos que dejaron un valioso testimonio revelado ahora gracias a la veintena de investigadores mexicanos y extranjeros que contribuyeron en ese inesperado fresco de los mexicanos pintados por sí mismos y ahora publicado por el Instituto Mora.

CONACYT Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología | 40 Aniversario | Instituto Mora

El Colegio de Michoacán